

WALTER SCOTT

WAVERLEY

Traducción de la Librería-Imprenta de Oliva

Barcelona, 1836

JOSÉ ENRIQUE GARCÍA GONZÁLEZ

**ESTUDIO Y EDICIÓN DIGITAL
DE**

WALTER SCOTT

WAVERLEY

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-2004-00721
Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos
traducidos al español

Málaga, 2007

WAVERLEY DE WALTER SCOTT TRADUCIDO POR LA LIBRERÍA-IMPRENTA DE OLIVA (1836)

José Enrique García González

Universidad de Sevilla

1. LA TRADUCCIÓN EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

El texto a cargo de la librería-imprenta de Oliva (Barcelona, 1836) constituye la primera traducción de *Waverley* (Walter Scott) al español que se publica en nuestro país. Ni en la propia obra ni en las fuentes secundarias consultadas existe indicación alguna del nombre del traductor. En este sentido, hay que señalar que la práctica de mantenerlo en la *invisibilidad* de la que habla Venuti (1995: 8), junto con el uso de iniciales para identificarlo a veces, es recurrente en un buen número de las novelas traducidas que publica Oliva. En opinión de Montesinos (1980: 138), esta «moda del anónimo» responde en la mayor parte de los casos a un desinterés del traductor por la tarea que realiza, de escaso reconocimiento literario y que le aporta pocos beneficios económicos. Por otra parte, si bien en ocasiones este anonimato puede encubrir el plagio de otro texto, ése no es el caso de la obra que nos ocupa, la cual es una traducción nueva de una versión francesa anterior (véase epígrafe 3).

El título completo del TM, *Waverley, ó Sesenta años ha*, viene acompañado del subtítulo «novela original inglesa de Sir Walter Scott». Con dicho añadido se quiere dejar constancia de que se trata de una obra genuina del autor y no de una imitación, aunque –como ya hemos señalado– la traducción no se hace directamente del original inglés. El texto de Oliva consta de seis tomos en 16º (12 centímetros). Los 72 capítulos que conforman la novela de Scott quedan distribuidos en el TM de la siguiente manera: tomo I (caps. 1-13. 198 pp.), tomo II (caps. 14-24. 188 pp.), tomo III (caps. 25-34. 165 pp.), tomo IV (caps. 35-45. 163 pp.), tomo V (caps. 46-58. 187 pp.) y tomo VI (caps. 59-72. 232 pp.). A juzgar por el ejemplar procedente de la Biblioteca de Cataluña, se trata de una obra con una esmerada presentación: encuadernación en pasta (cartón cubierto con pieles bruñidas), cuidadas ilustraciones (véase epígrafe 7), y ornamentos tipográficos (por ejemplo, los diversos tipos de

letra, rasgueos formando una especie de círculos y líneas entrelazadas que adornan las anteportadas).

Waverley se enmarca dentro de la «Colección de novelas escogidas», posteriormente denominada «Nueva colección de novelas escogidas», que Oliva publica entre 1836 y 1846, con más de ochenta volúmenes que corresponden a más de treinta títulos. Dentro de este repertorio la gran mayoría son traducciones de obras de autores franceses (Chateaubriand, Mme. Genlis, Jorge Sand, el Vizconde de Arlincourt y Víctor Hugo son algunos de ellos). Por lo que se refiere a la producción de Scott, además de *Waverley* (1836. Vols. IX-XIV) se incluyen las traducciones de tres de sus novelas: *Las aguas de San Ronan* (1843. Trad. Eugenio de Ochoa. Vols. LXXI-LXXIV), *El enano misterioso* (1844. «Traducido del original inglés», pero sin nombre del traductor. Vol. LXXVI), y *El monasterio* (1845. Trad. Eugenio de Ochoa. Vols. LXXVII-LXXVIII)¹.

Respecto a esta colección, al final del tomo VI de *Waverley* se incluye una nota de la editorial con un marcado carácter publicitario. En primer lugar, se establece la superioridad de dicha colección respecto a otras similares que han visto la luz en España, apoyándose para ello en la calidad literaria y moral y en la relativa a la impresión (finura del papel, limpieza y perfección tipográfica)². Por lo que se refiere al criterio de selección de las obras, se han escogido las mejores novelas románticas «á juicio y dictámen de personas de ilustracion y criterio», con un contenido variado que abarca cuadros históricos, escenas sentimentales y «ejemplos de saludable moral». Además, se acentúa que las obras de esta colección no han sufrido ninguna manipulación por causa de la censura y se ofrecen íntegras, «sin variaciones que las desfiguren, ni mutilaciones y supresiones, que son el mayor defecto que puede caber en cualquier escrito, y particularmente en las novelas»³. Esta propaganda editorial finaliza con una lista de las novelas impresas hasta ese momento y su precio (el volumen sale a ocho o nueve reales, según la obra), con el anuncio de que «seguirán otras muchas»⁴. Este deseo

¹ Dos traducciones de Ochoa con esos mismos títulos se publican anteriormente tanto en París (Rosa) como México (Imprenta de Galván): *El monasterio* (1840) y *Las aguas de San Ronan* (1841). Posiblemente se trate de las mismas traducciones que luego saca a la luz Oliva. Cfr. Montesinos (1980: 120) donde se comenta la deficiente legislación en materia de propiedad intelectual: «Los libros de gran éxito (...) de que todos se apoderan tan pronto advierten apetencias favorables del público; algún editor hasta debió de aprovecharse de traducciones ya hechas y publicadas por otro competidor».

² Esta calidad de impresión contrasta con ciertas erratas localizadas en la edición de Oliva que nos ocupa, tanto en la ortografía de los nombres propios extranjeros como en los signos de puntuación.

³ Nótese que esta afirmación se rebate en el epígrafe 8, donde nuestro análisis pone de manifiesto una labor de autocensura que se refleja mayormente en la omisión de ciertos segmentos contrarios a los intereses religiosos, al publicarse el texto en una época en la que el control censorio sigue funcionando en la práctica.

⁴ El precio de las novelas publicadas por Oliva se encuentra dentro de la media de la época. Aun así, hay que señalar que el libro romántico es caro. Ferreras (1976: 55) observa que durante la década de 1830 y parte de

editorial de obtener beneficios económicos queda patente asimismo en otro paratexto al principio del tomo I: un listado de las librerías donde «se hallan venales» las novelas que componen la colección de Oliva. Este anuncio editorial recoge ciudades de distintas partes del territorio español, inclusive de la zona de ultramar (La Habana).

Por lo que respecta a la época de la traducción, cabe destacar que el texto de Oliva se ubica dentro del período de mayor popularidad de Scott en el polisistema de llegada, esto es, de 1830 a 1845. Este *scottismo* –como lo llama Varela Jacome (1974: 15)– queda patente en el gran número de traducciones de su obra, en las novelas históricas españolas que reflejan la influencia del maestro escocés, y en la valoración por parte de la crítica (v. Churchman y Peers, 1922). La difusión de la obra de Scott en la cultura meta también se ve favorecida por el desarrollo de la industria editorial, que experimenta un impulso considerable a partir de 1833 con la progresiva desaparición de las trabas impuestas por la censura gubernativa de Fernando VII. La labor de producción se concentra principalmente en Madrid y Barcelona. La mayoría de las obras de Scott aparecen insertas en colecciones o bibliotecas (véanse, por ejemplo, las publicadas por Moreno, Bergnes de las Casas y Mellado), que por lo general abarcan una mezcolanza de autores y títulos y cuyos volúmenes van saliendo al mercado con una periodicidad variable, desde los quince días hasta el mes o más (Ferrerías, 1976: 41).

Durante los años de la gran popularidad de Scott en España, también se traduce a otros cultivadores de la novela histórica como Víctor Hugo, Alessandro Manzoni y el norteamericano Fenimore Cooper; sin embargo, no llegan a alcanzar el éxito del novelista escocés, que se convierte en uno de los autores más vertidos a nuestro idioma en el siglo XIX (véanse Churchman y Peers (1922) y Palau y Dulcet (1968)). Este gusto generalizado por la novela histórica va parejo al espíritu de evasión romántica, que huye de la insatisfacción de la realidad cotidiana y gusta de la lejanía espacial y temporal (Montesinos, 1980: 116-17). Por otra parte, Lloréns (1989: 254) resalta que el romanticismo es un movimiento cosmopolita interesado por la literatura y cultura de otros pueblos, y en este sentido constituye un impulso importante a las traducciones.

2. LA OBRA ORIGINAL Y SU RECEPCIÓN EN LA CULTURA FUENTE

Waverley; or 'Tis Sixty Years Since (1814) constituye la primera producción novelística de Walter Scott, considerado el padre de la novela histórica. El marco en el que se

1840, el público lector de novelas se limita a aquellas clases con un nivel cultural y económico elevado (la mayoría burgueses, seguidos por la aristocracia y el clero).

sitúa la acción corresponde a la segunda y última revolución jacobita (1745), uno de los momentos claves en las relaciones anglo-escocesas. Junto a esta tensión histórica entre ambas naciones, el autor presenta el conflicto entre las Tierras Altas y las Tierras Bajas, otro aspecto fundamental de la historia de Escocia, a la vez que aboga por un espíritu de reconciliación. En ésta su primera novela, Scott incorpora el dialecto escocés a los diálogos, lo que supone una innovación estilística con repercusiones lingüísticas y literarias.

Por lo que se refiere a la recepción de *Waverley* en la cultura de salida, tanto la acogida de la crítica como la del público de la época son muy satisfactorias. Se valora sobre todo el carácter novedoso de la obra, el retrato de los personajes y las descripciones de las costumbres y paisajes escoceses (véase, por ejemplo, la reseña de Francis Jeffrey en el *Edinburgh Review* (noviembre 1814), nº 24, págs. 208-43). Esta recepción tan entusiasta no está exenta de algún que otro comentario negativo, dirigido principalmente a las inexactitudes históricas y a la dificultad para entender los diálogos en escocés (véase la opinión de John Wilson Croker en el *Quarterly Review* (julio 1814), nº 11, págs. 354-77). La acogida favorable mayoritaria se traduce asimismo en un gran éxito de ventas: los 1000 ejemplares de la primera edición –7 de julio de 1814– se venden a los pocos días de su circulación, y para noviembre de ese año la novela va ya por la cuarta edición, con una venta total de 6000 ejemplares (Humphrey, 1993: 108).

Respecto al lugar que ocupa *Waverley* en la producción novelística de Scott, hay que señalar que esta primera obra –publicada de forma anónima– da nombre y fija el modelo para las restantes 29 novelas del autor, conocidas colectivamente como las *Waverley Novels*. La primera colección completa de estas novelas, con introducciones y notas del autor, se publica entre 1829 y 1833. Se trata de la denominada *Magnum Opus*, edición revisada y corregida por Scott y donde el anónimo «autor de *Waverley*» deja ya constancia de su propio nombre.

En líneas generales, la crítica coincide en señalar el enorme entusiasmo con que son recibidas estas novelas por el público británico de la época, así como su repercusión en los ámbitos literario y cultural, e incluso en el terreno de la moral y de las costumbres; a este respecto, comenta Hook (1972: 9) que «The fantastic scale of the Scott phenomenon is something we have to recognize, even if we find it hard to understand». En este sentido, junto a las numerosas (re)ediciones de su obra con amplias tiradas, se realizan versiones para niños, adaptaciones operísticas y teatrales, retratos de sus personajes, calendarios con citas de Scott, guías turísticas sobre Escocia, y exposiciones y acontecimientos varios⁵.

⁵ Véanse las bibliografías comentadas sobre Scott y su obra que elaboran Corson (1943) y Rubenstein (1978).

Dentro de las *Waverley Novels*, hay que destacar que *Waverley* inaugura una serie de novelas sobre la historia de Escocia a partir del Tratado de Unión con Inglaterra de 1707 (las denominadas *Scotch Novels*)⁶, consideradas por la crítica contemporánea las mejores dentro de las novelas históricas de Scott. En este sentido, las siguientes apreciaciones constituyen una muestra representativa de esta valoración:

(...) three stand out from the others for the range of their interests, the sustained merit of their writing, and the superior impact of their total effect: *Waverley*, *Rob Roy*, and *The Heart of Mid-Lothian* (...) Among the three novels (...) *Waverley* has the greatest wealth of inherited themes and styles. Also, it is intense in parts; it contains memorable major characters; it is beautifully, if rather too abundantly plotted; and generally it is the most diversified of all Scott's novels (Tillyard, 1963: 74-76).

From 1814 to 1819 he produced work of merit and originality surpassed by few and of quantity equalled by none of our leading writers of any century (...) *Waverley* remains almost, if not quite, his greatest achievement (Cockshut, 1969: 11-13).

Por lo que se refiere al texto original inglés utilizado en nuestro análisis (a partir de ahora WAV), se ha seleccionado la edición de Andrew Hook (Penguin English Library, 1972)⁷. Este texto está basado en la *Centenary Edition* que, a su vez, hace uso de la *Magnum Opus* preparada por Scott, aunque Hook también incorpora ciertas enmiendas textuales procedentes del manuscrito de *Waverley* y no recogidas por el novelista en su edición⁸. Por otra parte, la primera novela histórica de Scott puede encontrarse en formato electrónico (*e-text*) en diversas bibliotecas virtuales. En este sentido, cabe destacar el listado de sitios que recopila el «Archivo Digital de Walter Scott» (Biblioteca de la Universidad de Edimburgo), el cual incluye, entre otros, *Blackmask*, *Electronic Scotland*, *English Server* y *Project Gutenberg* (Internet: 15/11/06, <<http://www.walterscott.lib.ed.ac.uk/etexts/novels.html#waverley>>).

⁶ Además de *Waverley*, pertenecen a este grupo las siguientes novelas: *Guy Mannering* (1815), *The Antiquary* (1816), *The Black Dwarf* (1816), *Old Mortality* (1816), *Rob Roy* (1818), *The Heart of Mid-Lothian* (1818), *The Bride of Lammermoor* (1819), *A Legend of Montrose* (1819) y *Redgauntlet* (1824).

⁷ Esta misma edición cuenta, a partir de 1980, con varias reimpressiones en la colección *Penguin Classics*. Además, la editorial publica la novela dentro de *Penguin Popular Classics* durante la década de 1990, aunque sin la «Introducción» de Andrew Hook.

⁸ Walter Scott, «The Centenary Edition», David Laing (ed.) (Edinburgh: Adam and Charles Black, 1870-1871) 25 vols. Para otras ediciones canónicas, véanse «The Border Edition», Andrew Lang (ed.) (London: John C. Nimmo, 1892-1894) 48 vols, y la reciente «The Edinburgh Edition», David Hewitt (ed. general) (Edinburgh: Edinburgh University Press, 1993-); en esta última, en concreto, la edición de *Waverley* (2006) está a cargo de Peter D. Garside.

3. LA TRADUCCIÓN INTERMEDIA

El TM publicado por Oliva –a partir de ahora OLI (1836)– constituye un caso de traducción indirecta a partir de un texto francés, el cual actúa de intermediario entre el texto original inglés de Scott y la traducción española. A este respecto, Lafarga (1999: 15) comenta que en la España del siglo XVIII y gran parte del XIX, es práctica frecuente el recurrir a traducciones francesas como vía intermedia para trasladar textos ingleses y alemanes al español. En el caso que nos ocupa, OLI (1836) toma como texto fuente la traducción francesa intermedia realizada por Auguste-Jean-Baptiste Defauconpret (a partir de ahora DEF (1830)), aunque no se deja constancia explícita de este hecho⁹.

Defauconpret (1767-1843), que llega a ser considerado el traductor canónico de Scott en Francia, ejerce de notario durante bastantes años en París, y tras perder su fortuna se establece en Londres. Allí se dedica a traducir al francés obras de autores ingleses y norteamericanos, como Walter Scott, Fielding, Sterne, Washington Irving o Fenimore Cooper, que alcanzan gran popularidad en Francia. En algunas de estas traducciones cuenta con la colaboración de su hijo. Defauconpret escribe también algunas novelas históricas y de costumbres, además de participar en la elaboración de diccionarios y obras de carácter enciclopédico. En relación con su labor traductora, se critica el que sus versiones carezcan a veces de fidelidad con respecto al TO (véase *Enciclopedia Universal Ilustrada*: XVII, 1272). Valoración similar a esta última es la que aparece en un artículo sobre la recepción de Fenimore Cooper en Francia, donde se presenta a Defauconpret como un traductor que manipula los originales, simplificando el estilo y omitiendo alusiones políticas, sociales y religiosas que no comparte: «The translator's prejudices sometimes show through. He did not, for example, permit French readers to learn the worst that Cooper had said about the New France in the *Last of the Mohicans*» (Thorp, 1954).

En el caso de *Waverley*, el alcance de la supresión textual por motivos ideológicos no es representativo; de hecho, DEF (1830) apenas cuenta con omisiones que superen la extensión de la oración. Por otra parte, se trata de una traducción extensamente anotada con añadidos a pie de página de tipo cultural, histórico y semántico, los cuales facilitan la comprensión al lector a la vez que le introducen en el universo extranjero. En comparación con su texto francés de partida, OLI (1836) presenta algunas eliminaciones pero éstas no sobrepasan normalmente la oración, con la excepción de la omisión de la mayoría de los

⁹ Cfr. Churchman y Peers (1922: 309) para los que OLI (1836) constituye un caso probable de traducción directa del inglés.

poemas y canciones, las supresiones por autocensura (véase epígrafe 8) y la eliminación de notas a pie de página de cierta extensión.

4. RECEPCIÓN DEL TEXTO META EN LA CULTURA DE LLEGADA

No se tiene constancia de reseñas que puedan orientar acerca de la posible influencia literaria y cultural de OLI (1836) en el polisistema español. No obstante, el hecho de que la colección de novelas de Oliva aparezca anunciada en diversos boletines bibliográficos resulta significativo de su política editorial: buscar la difusión de las obras y la obtención de beneficios económicos con la venta de las mismas. Así, Hidalgo (ed.) (1840: I, 37-38) da cuenta de las obras que comprende hasta ese momento la «Nueva colección de novelas escogidas», así como la librería de Madrid en la que se vende (Cuesta). Mientras que no se recogen algunos de los títulos anunciados por Oliva en *Waverley* (véase epígrafe 1), para otros se indica una segunda edición. Por otra parte, al comparar el precio de los libros en ambas fuentes, se observa que éste ha bajado en la mayoría de los casos (p. ej. los seis tomos de *Waverley* pasan de costar 54 reales en 1836 a 42 reales en 1840). Dos décadas después, el boletín de Hidalgo (ed.) (1860-1866: II, pp. xxxvii-xxxviii) informa de una «Colección de obras» impresas por Oliva, que recoge algunos de los títulos ya anunciados en 1836 y 1840 y otros posteriores. Se observa que se ha producido un cambio de los puntos de venta: para Barcelona, la casa de los Sres. Alou Hermanos (antes, en la propia librería de Oliva); y para Madrid, la Administración de dicho boletín. Dado que la colección de novelas de Oliva deja de editarse en 1846, los volúmenes a los que se hace referencia en ese anuncio son restos de serie que todavía no se han podido vender. Éste es el caso de *Waverley*, que mantiene el precio de 42 reales.

5. OTRAS TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

Waverley cuenta con siete traducciones al español, incluida OLI (1836). Tomando como referencia el país de publicación, se pueden establecer tres grupos: México (1833. Imprenta de Galván. Trad. Jose María Heredia); Francia (1835. Burdeos: Imprenta de Don Pedro Beaume. Trad. Pablo de Xérica / s.a. [1910?]. París: Garnier Hermanos. Trads. Francisco Gutiérrez-Brito e Isidoro López Lapuya); y España, con tres traducciones que ven la luz en Barcelona (1836. Librería-Imprenta de Oliva. Sin traductor / 1934. Ramón Sopena.

Trad. José Pablo Rivas / 1958. Mateu. Trad. Luis Solano Costa) y una en Madrid (1935. Lecturas para todos. Sin traductor).

A pesar de ser la primera novela histórica de Walter Scott, el número de traducciones de *Waverley* que se publican en España es bastante reducido: cuatro en total, destacando que dos de ellas –Sopena y Mateu– ven la luz más de un siglo después de la obra original y en versiones reducidas. Este hecho pone de manifiesto el poco interés que ha suscitado la novela –tanto a nivel estético como en términos editoriales– en comparación con otras obras del mencionado autor mucho más populares en la cultura meta, como *Ivanhoe* y *Quentin Durward* con su temática medieval y caballeresca.

La primera traducción de *Waverley* al español data de 1833 y corresponde a una traducción directa del inglés. José María Heredia –bajo el auspicio de Galván– lleva a cabo esta tarea con el objetivo de ofrecerle al público mexicano una novela de Walter Scott nueva para él, aunque el escritor ya goza de gran popularidad en el polisistema meta. Con este propósito, opta por una política de pocas omisiones textuales, que normalmente no sobrepasan la oración ni privan al lector de información relevante en el desarrollo del relato.

El siguiente TM se publica en Burdeos en 1835. Se trata de una traducción mediada basada en el texto francés de Defauconpret (1830), que Xérica vierte al español con pocas omisiones (nótese que la traducción intermediaria es la misma que en OLI (1836)). El traductor, emigrado liberal que se asienta en Francia huyendo de la monarquía absoluta de Fernando VII, deja constancia en el Prólogo de su deseo de dar a conocer otra novela del popular autor escocés, el cual ha sido objeto de críticas por parte de la mentalidad estricta y conservadora dominante en la cultura española. Esta actitud transgresora lleva en ocasiones a Xérica a manipular el texto fuente para subvertir el orden establecido en los ámbitos de la religión y la moral, desafiando desde el exilio la falta de libertad de expresión que todavía se deja sentir en la sociedad española de la época.

El texto de Gutiérrez-Brito y López Lapuya (s.a. [1910?]) constituye asimismo un caso una traducción mediatizada, aunque se anuncie como «traducción directa del inglés». A pesar de que no se ha podido determinar cuál es la traducción francesa concreta que actúa de intermediaria, el estudio realizado (véase García González, 2005) muestra que dicho texto fuente utiliza DEF (1830) en algunos momentos textuales, aunque también cabe la posibilidad de que sean los propios traductores españoles los que manejen las dos versiones francesas (traducción compilada). En comparación con las dos traducciones de *Waverley* precedentes y sus frecuentes notas, el TM en cuestión constituye una edición menos filológica. Por lo que

respecta a la editorial, conviene señalar que Garnier Hermanos publica dentro de su colección «Biblioteca de los novelistas» la traducción de todas las novelas de Walter Scott entre finales del siglo XIX y la primera década del siglo XX. Aunque en esa época el autor escocés ya no goza de la popularidad de tiempos anteriores, ha pasado a formar parte del canon de los autores extranjeros traducidos, por lo que la retraducción de sus novelas tiene bastantes posibilidades de generar beneficios económicos en el terreno editorial. El hecho de que el TM forme parte de una colección sería dentro de una editorial de prestigio posiblemente influye para que la traducción presente pocas omisiones y de pequeña extensión, que no son sistemáticas ni privan al lector de contenido básico para el desarrollo de la novela.

Al igual que la mayoría de las traducciones de *Waverley* anteriores, el texto de Rivas (1934) constituye un caso de traducción mediatizada, aunque no se ha podido determinar cuál es la versión francesa concreta que sirve de fuente al texto meta español. Por lo que respecta a la editorial, Sopena publica el TM en cuestión dentro su «Biblioteca de Grandes Novelas», colección miscelánea que comprende un conjunto de obras españolas y extranjeras, con predominio de traducciones de autores franceses, británicos y norteamericanos. Por lo que se refiere a la producción de Scott, se incluyen tanto las novelas más populares (p. ej. *Ivanhoe* y *Rob Roy*) como aquellas otras menos difundidas (p. ej. *Peperil del Pico*). Este fondo editorial se va reeditar total o parcialmente en colecciones posteriores, como la «Biblioteca Sopena» y la «Biblioteca Sopena. Clásicos ingleses», esta última en la década de los setenta.

Aunque los autores que integran estas colecciones ocupan una posición secundaria en el polisistema español de la primera mitad del siglo XX, las sucesivas reediciones de sus novelas que Sopena saca al mercado a precios populares son indicativas del éxito de ventas obtenido, destacando asimismo que algunas de ellas contribuyen a llenar el vacío literario de la posguerra. El propósito de intentar captar a un público amplio —ofreciendo obras conocidas a precio reducido— puede influir en una política editorial que fomenta la omisión textual en la traducción de obras extensas, con el doble objetivo de presentar un producto cuya lectura resulte asequible y abaratar los costes de impresión. En el caso de *Waverley*, se eliminan íntegramente dos capítulos y la mayoría de los restantes muestran eliminaciones textuales extensas. Estas omisiones, que afectan mayormente a los pasajes descriptivos, tienen una repercusión en el entramado textual; en este sentido, cabe señalar una labor de manipulación (con adiciones y sustituciones) para intentar que dichas supresiones no incidan negativamente en la coherencia textual, aunque no siempre se consigue.

Por lo que se refiere a la traducción publicada en «Lectura para todos» (1935. Números 149 y 150), hay que señalar que se trata de un plagio de OLI (1836), si bien se omite

el último capítulo, se añaden algunos dibujos propios, y la ortografía y puntuación se adaptan a las normas de la época. La mencionada colección abarca una miscelánea de autores, la mayoría extranjeros (p. ej. Bulwer, Cooper, Dickens y Stevenson). Por lo que respecta a la edición, se trata de una publicación en rústica de precio asequible que sale al mercado como suplemento de la revista semanal *Jeromín* (Editorial Católica), desde 1932 hasta comienzos de la Guerra Civil.

Por último, la traducción de Solano Costa *Aventuras del joven Waverley* (1958) constituye un caso de traducción compilada, basada en un texto inglés y en la traducción de Rivas (1934). Por lo que se refiere a esta última fuente, aunque a lo largo del texto de Solano aparecen evidencias de ciertos segmentos similares o idénticos a los que emplea la traducción de Sopena, es a partir del capítulo XLIII cuando se recurre al plagio de forma sistemática, quizás por la falta de tiempo para cumplir con el plazo de entrega impuesto por la editorial. No obstante, no se trata de una mera reproducción literal sino que se introducen algunas modificaciones, para así preservar la coherencia con el material textual previo y que el plagio pase desapercibido.

El TM publicado por Mateu forma parte de la «Colección Juvenil Cadete», que comprende una serie de autores –buena parte extranjeros– considerados clásicos de la literatura infantil y juvenil (Twain, Cooper, Verne y L. May Alcott, entre otros). De Scott se incluyen también otras novelas, como *Ivanhoe* y *El astrólogo*. La traducción-adaptación de las obras de estos escritores –la mayoría concebidas inicialmente para un público adulto– contribuye a llenar el vacío en una parcela de la literatura que todavía no cuenta con una producción autóctona suficiente para satisfacer las necesidades de sus lectores. Por otra parte, hay que destacar que la colección alcanza los años ochenta, con sucesivas tiradas.

El hecho de que el texto de Solano esté dirigido a un público juvenil se manifiesta en el uso de ilustraciones y en la omisión como estrategia más productiva, con la eliminación íntegra de tres capítulos y condensaciones macroestructurales amplias que pueden abarcar varias páginas. Estas supresiones tienen ciertas repercusiones en el entramado textual, aparte de la omisión de contenido (especialmente en los pasajes descriptivos): por un lado, se lleva a cabo una redistribución del material textual, de manera que a veces varios capítulos del texto inglés se agrupan en uno solo condensado en el texto meta; por otro, se opta por la adición y la sustitución para compensar –en cierto modo– la pérdida de información y mantener la coherencia textual.

6. TRADUCCIONES A OTRAS LENGUAS

Waverley (1814), a pesar de ser la primera novela histórica escrita por Walter Scott, cronológicamente no es la primera de las *Waverley novels* en ser vertida a otras lenguas – puesto que normalmente corresponde a *Guy Mannering* (1815)– ni tampoco la que cuenta con mayor número de traducciones, lugar que ocupa la popular *Ivanhoe* (1820). A diferencia de lo que ocurre en España donde median más de veinte años entre la fecha del original inglés y la primera traducción de *Waverley* (OLI, 1836), en el caso de otras lenguas europeas –como francés, alemán e italiano– la obra en cuestión ya se traduce durante la década siguiente a la publicación en Gran Bretaña¹⁰. El retraso en la aparición del TM español va en consonancia con la entrada relativamente tardía del escritor en nuestro país, motivada por las circunstancias histórico-políticas (la censura gubernativa impuesta por la monarquía absoluta de Fernando VII) y estéticas (pervivencia de los gustos neoclásicos). Este hecho influye para que las últimas novelas del autor se encuentren –en general– más cercanas temporalmente a sus traducciones españolas.

Las lenguas europeas más productivas por lo que se refiere a la traducción de *Waverley* coinciden con aquéllas a las que se traduce antes. En este sentido, el primer trasvase de la novela pionera de Scott se hace al francés, a cargo de Joseph Martin. EL TM data de 1818, con una segunda edición al año siguiente. Sin embargo, el traductor por excelencia de Scott en Francia es Defauconpret, cuyo *Waverley* cuenta con numerosas ediciones: la primera se remonta a 1826 y la última alcanza 1981. Por otra parte, conviene destacar que la popularidad de Scott es tal que se le atribuyen obras «inéditas» que en realidad son apócrifas: *Allan Caméron* (1841) y *Aymé Verd* (1842), compuestas por Pier A. Callet y Javelin-Pagnon; y *La Pythie des Highlands* (1844), superchería de Jules A. David. Por lo que respecta al alemán, el primer texto término es de 1821-22, y la obra se sigue traduciendo durante los siglos XIX y XX, alcanzando una decena de versiones. Al igual que en Francia, aparecen pseudotraducciones de supuestas novelas de Scott, como *Walladmor* (1824) y *Schloss Avalon* (1827) escritas por Alexis (pseudónimo de G. W. H. Haering). Por lo que se refiere al italiano, con más de una decena de traducciones, la primera se remonta a 1822 (reeditada en 1828) y la última es de 1972. Entre los textos meta destaca el de Corrado Alvaro (1934) con tres reediciones, la última de 1971.

¹⁰ Los datos relativos a las traducciones de *Waverley* a otros idiomas proceden de los catálogos de las respectivas bibliotecas nacionales. Internet: 22/11/2006, <<http://exlibris.usal.es/bibesp/nacion/index.htm>>.

El segundo grupo de lenguas en cuanto al número de traducciones de *Waverley* lo conforman el portugués, el checo y el holandés, con entre cinco y diez textos meta en cada idioma. Mientras que en el caso del portugués las traducciones se concentran principalmente en la década de 1840, para el checo la mayoría se publican en la segunda mitad del siglo XX. Por lo que se refiere al holandés, los textos de llegada se encuadran mayormente en la segunda mitad del siglo XIX. Por último, el tercer grupo abarca ciertas lenguas del norte y del este de Europa que cuentan con menos de cinco traducciones. Este es el caso del danés, con textos meta que se publican en el siglo XIX; el polaco y el finlandés, con traducciones que ven la luz en la primera mitad del siglo XX; el húngaro y el rumano, con textos de la segunda mitad del siglo XX; y el sueco, esloveno y ruso, cuyos respectivos TM se reparten entre los dos siglos.

Para terminar este apartado, hay que destacar que las traducciones de las novelas históricas de Scott, en especial *Waverley*, ejercen una influencia importante en el desarrollo del género en la mayoría de los polisistemas literarios europeos. En este sentido, observa Humphrey (1993: 100-102) que:

Of Scott novels in general it could be said that their broader canvases matched the wider horizons of the Europe of the 1820 and 1830s, their museum impulse, the losses due to exponential change. *Waverley* itself, however, had a specific appeal: its theme of rebellion. This was the Europe which Metternich described as seething with insurrection, and countless historical novels, tales and *Novellen* took up the theme (...) Whether the historical novels of Balzac, Pushkin, Tieck and the like are Scott look-alikes or not, their own marked impact on their own national literatures must also go in part to *Waverley's* account.

7. PARATEXTOS DE LA TRADUCCIÓN DE OLIVA

Genette (1987: 8-11) describe el paratexto como una zona de transición entre lo que hay dentro y fuera del texto. Este amplio concepto engloba diferentes tipos de discurso clasificados en dos categorías: el peritexto, que abarca los elementos paratextuales que aparecen insertos en el mismo volumen del libro (título, prólogo, epígrafes, notas a pie de página, ilustraciones...), y el epitexto, que incluye los mensajes situados fuera del texto pero referidos a él (anuncios, boletines editoriales, entrevistas, etc. Véase epígrafe 4). Por lo que se refiere a los peritextos de OLI (1836), además de los ya comentados en el epígrafe 1 (la nota

de la editorial sobre su colección de novelas y el listado de librerías donde se pueden adquirir, ambos con un marcado carácter publicitario), cabe destacar otros referidos específicamente a la traducción de *Waverley*. Este es el caso del prólogo del editor, las notas a pie de página y las ilustraciones.

El prólogo del editor, que se incluye en el primer tomo del TM, señala como objetivo fundamental de esta obra de Scott «dar á conocer las costumbres de los habitantes de las montañas de Escocia, y los resortes que mueven las pasiones políticas», y ello bajo el doble prisma de deleitar y enseñar. Con respecto a la faceta instructiva de la novela, se afirma que las motivaciones políticas que guían la actuación de los personajes constituyen una fuente importante «para la meditación del filósofo, del político y del moralista». Por otro lado, el editor reconoce que esta obra puede resultar lenta y pesada para los lectores que sólo busquen sucesos extraordinarios y amoríos; sin embargo, el público más inteligente «ha puesto al WAVERLEY hasta las nubes», cautivado por las descripciones, la naturalidad del carácter de los personajes y la hermosura de los diálogos. Por último, se hace alusión a la esmerada y correcta impresión de la obra y sus láminas, lo cual contribuye a que la novela resulte digna de su «distinguido autor» y de los lectores.

Respecto a las notas a pie de página de OLI (1836), hay que hacer una distinción entre las que proceden de la traducción francesa intermediaria y las que son añadidos propios del TM español. En el primer caso, hay que mencionar que DEF (1830) deja constancia en sus notas de si éstas corresponden a la labor del editor (ED) o del traductor (TR)¹¹. Las primeras ofrecen normalmente una explicación de tipo histórico o cultural, que pretende proporcionar al lector el bagaje necesario respecto a las costumbres y alusiones locales. Las segundas, de carácter semántico, son menos numerosas, y suelen incluir la traducción de los términos y expresiones que aparecen en una lengua distinta del francés. OLI (1836), en cambio, solo recoge parte de las notas del texto francés y siempre prescinde en ellas de la distinción explícita apuntada. Los ejemplos siguientes son una muestra representativa de los distintos tipos de nota que tienen su origen en DEF (1830) y se incorporan al texto español: (A) combina la información de tipo cultural con una alusión a otra novela de Scott; (B) ofrece al lector información histórica; y (C) comprende la traducción al español de una expresión en italiano:

¹¹ Aunque DEF (1830: 530, nota 1) apunta explícitamente que estas funciones las desempeñan personas distintas, no se menciona el nombre del editor. Por otra parte, los catálogos bibliográficos consultados atribuyen a Defauconpret tanto la autoría de la traducción como el papel de editor.

- (A) (...) he [Macwheeble] began to insinuate, 'that the Banks had removed a' their ready cash into the Castle; that, nae doubt, Sandie Goldie, the silversmith, would do mickle for his honour [the Baron of Bradwardine] (...) (WAV: XLII, 308).

(...) il insinua que toutes les banques avaient envoyé leur argent monnayé au château; – que sans doute Sandie Goldie l'argentier (*) ferait beaucoup pour Son Honneur (...).

(*) Long-temps les orfèvres ont été aussi banquiers. Nous verrons dans *Nigel* l'orfèvre Heriot banquier de Jacques I^{er}. – ED (DEF, 1830: 318).

(...) insinuó que todos los bancos habían enviado su dinero metálico al castillo: que sin duda Sandie Goldie, el platero (*), hacía mucho por su señoría (...).

(*) Por mucho tiempo fueron también los plateros banqueros: vemos en Nigel al platero Henet [sic] banquero de Jacobo 1.º (OLI, 1836: IV, 109-10).

- (B) (...) he [Waverley] heard the tidings of the decisive battle of Culloden (WAV: LXIII, 429).

(...) il apprit la victoire décisive de Culloden (*), remportée par les troupes anglaises¹².

(*) Ce fut le 16 avril 1746 que se termina à Culloden, dans le comté d'Inverness, la romanesque expédition du dernier des Stuarts. Quatre compagnies françaises protégèrent de leur valeur les Highlanders, atteints pour la première fois d'une terreur panique. Mais les supplices attendaient encore les vaincus après la défaite. – ED (DEF, 1830: 455-56).

(...) supo la victoria decisiva de Culloden (*), que habían alcanzado las tropas inglesas.

(*) En 16 de abril de 1746 se terminó en Culloden, en el condado de Inverness, la caballeresca expedición del último de los Estuardos: cuatro compañías francesas protegieron con su valor a los highlanders, heridos por la primera vez de pánico terror; pero los suplicios esperaban aun a los vencidos después de la derrota (OLI, 1836: VI, 67-68).

- (C) [Fergus] '(...) let the man that would supplant me look well to himself – *Bisogna coprirsi, Signor*' (WAV: LIII, 376).

¹² Aparte de la nota a pie de página, nótese que DEF (1830) recurre a una adición intratextual, y ésta también se recoge en la traducción española.

–(...) Que l'impudent qui m'a supplanté prenne garde à lui. – *Bisogna coprirsi, signor* (*).

(*) Il faut se cacher, monsieur. – TR (DEF, 1830: 394).

–(...) Guárdese de mí el imprudente que me ha suplantado: *bisogna coprirsi, signor* (*).

(*) Es preciso esconderse, señor (OLI, 1836: V, 119).

Junto a las notas anteriores, OLI (1836) introduce otras cuyo contenido lo conforman la información procedente de DEF (1830) –ya sea íntegra o con omisiones– y cierto material textual incorporado por la propia traducción española. Este segundo tipo de adición extratextual proporciona información referida al universo histórico y cultural propio de la realidad foránea (ejs. A y B); por otra parte, su contenido refleja la tendencia dominante en el tipo de notas autóctonas que introduce OLI (1836) (*vide infra*):

(A) [Fergus is talking to Waverley] '(...) your antiquarian researches in detecting the Oggam character (...) ' (WAV: XXVIII, 223).

–(...) votre érudition d'antiquaire pour découvrir l'écriture oggam (*) (...).

(*) L'écriture *oggam*, ou *ogham*, était une espèce de sténographie ou de chiffre secret inventé, dit-on, par les Irlandais. – ED (DEF, 1830: 219).

–(...) vuestra erudicion de anticuario para descubrir la letra *ogham* (*) (...).

(*) La letra oggam ú ogham era una especie de estenografía ó cifra secreta, inventada, según dicen, por los irlandeses. Carlos II seguía correspondencia con sus partidarios por medio de este carácter, del que se hallan letras en varios monumentos antiguos (OLI, 1836: III, 67).

(B) The Adventurer had intimated a resolution to charge in person at the head of his first line (...) (WAV: XLVII, 338).

L'aventurier (*) avait d'abord manifesté le désir de charger à la tête de la première ligne (...).

(*) *The adventurer*. Ce mot ne doit pas être pris ici en trop mauvaise part. L’auteur vent dire que Charles-Edouard était un prince de roman, un héros aventurier. – ED (DEF, 1830: 351).

El Aventurero (*) había manifestado al principio deseos de atacar al enemigo á la cabeza de la primera línea (...).

(*) *The adventurer*. Esta palabra no debe tomarse aqui en mal sentido: el autor quiere decir que Cárlos Eduardo era un príncipe de novela, un héroe aventurero. Sir Walter Scott nos le pinta valiente en los momentos de peligro á pesar de cuanto han repetido su pretensa cobardía (OLI, 1836: V, 20).

Junto a las adiciones que proceden total o parcialmente de DEF (1830), la traducción española recurre a otras que no tienen su origen en el texto francés. Estas notas a pie de página autóctonas, inferiores numéricamente a las importadas, pueden clasificarse en tres grupos en función de su contenido. Las más frecuentes son las que añaden datos de carácter cultural o histórico (véase ej. A), a veces junto con información procedente de la crítica literaria (B). Algunas notas comprenden referencias a otros momentos textuales de la novela (C). Por último, la visibilidad del traductor se hace explícita en ciertos añadidos – normalmente de tipo léxico-semántico– que, como los de la categoría precedente, cuentan con una presencia limitada (D):

(A) [Mrs Mucklewrath] ‘(...) ye cut-lugged, graning carles!’ (WAV: XXX, 237).

–(...) ô vieux rustres aux oreilles coupées! (DEF, 1830: 236).

«(...) Viejos zafios de orejas cortadas (*)».

(*) Alusión á la manera con que se cortaban los cabellos (OLI, 1836: III, 100).

(B) Thus saying, he [Prince Charles Edward] extended his hand to Edward with the utmost courtesy, who could not, had he desired it, have avoided rendering him the homage which seemed due to his rank, and was certainly the right of his birth (WAV: XL, 294).

A ces mots il tendit la main avec la plus aimable courtoisie à notre héros, qui ne put éviter de lui rendre l'hommage qui semblait dû à son rang, et qui était certainement un droit de sa naissance (DEF, 1830: 300).

Dichas estas palabras alargó la mano con la mas amable cortesía á nuestro héroe, quien no pudo evitar el rendirle el homenaje que parecia debido á su rango, y que era ciertamente un derecho de su nacimiento (*).

(*) Ved aquí una de aquellas frases semi-jacobitas que se le han escapado al autor en el curso de sus novelas, y que le han acarreado ciertas críticas de parte de los celosos partidarios de la casa de Hannover y de Brunswick (OLI, 1836: IV, 71-72).

- (C) [Janet Gellatley] '(...) and when he [the Baron of Bradwardine] keepit my puir Jamie at school and college, and even at the Ha'-house, till he gaed to a better place' (WAV: LXIV, 440).

—c'est Son Honneur qui fit entrer mon pauvre Jamie au collège et qui l'entretint de même au château jusqu'à ce qu'il partît pour un meilleur monde (DEF, 1830: 468).

«Su señoría fué quien metió en el colegio á mi pobre Jamie, y quien le mantuvo en el caserío hasta que partió para un mundo mejor (*).»

(*) El hermano de David de quien hablamos en el capítulo 12 tomo 1 (OLI, 1836: VI, 95).

- (D) [Mrs Mucklewrath] '(...) independency, and supremacy (...) and antinomianism (...) ' (WAV: XXX, 237).

—(...) l'indépendantisme, et la suprématie (...) et l'antinomianisme (...) (DEF, 1830: 235).

«¡(...) el *independentismo*, y la *supremacia* (...) y el *antinomianismo* (...)!(*)».

(*) Sin tomarnos la libertad de poner aquí algunas voces no admitidas ó autorizadas todavía en nuestra lengua, seria imposible traducir este pasaje (N. del T.) (OLI, 1836: III, 99).

Por lo que se refiere a las ilustraciones, la traducción española incluye dos por tomo (un total de doce): un pequeño grabado central en la anteportada y una lámina frontispicio en

la página siguiente. Todos los grabados son obra de Bartolomé Planella y J. Amills, que también ilustran otras novelas traducidas publicadas por Oliva. Estas ilustraciones, junto con otros adornos tipográficos, son representativas de la esmerada presentación que caracteriza al libro romántico (Artigas Sanz, 1953-1955: I, 80).

En relación con los grabados de las anteportadas, se incluye a continuación una breve descripción de algunas de las escenas que recrean, indicando el número del tomo en que se inserta la ilustración y el capítulo donde aparece el pasaje en que se basa aquélla: 1) Edward Waverley, vestido con el uniforme del ejército inglés, y un criado que se ocupa de su caballo aparecen a la entrada de la mansión de Tully-Veolan, propiedad del barón de Bradwardine (tomo I / cap. VIII); 2) El protagonista, a caballo, se despide de Fergus Mac-Ivor en el desfiladero de Bally-Brough para dirigirse a las Tierras Bajas (tom. III / cap. XXIX); 3) Edward Waverley, con el traje típico de montañés, se encuentra a la entrada de la mansión de Tully-Veolan que ha quedado devastada por la guerra y los saqueos (tom. VI / cap. LXXVIII)¹³, una imagen bien distinta de la que ofrece el grabado de la anteportada del primer tomo.

Las láminas frontispicio, por su parte, contienen un grabado al acero de forma rectangular, así como un pie de ilustración cuyo texto está sacado de la traducción y guarda relación con la imagen. Estas láminas reflejan la tendencia a incluir varias figuras en cada una de ellas, con bastantes detalles por lo que se refiere a la vestimenta y al entorno. Esta práctica, como apunta Artigas Sanz (1953-1955: I, 53), es característica del espíritu romántico de la época, «que sensibiliza los conceptos, utilizando las imágenes con la evocación más descriptiva y palpable de ellos». Por otra parte, los personajes se muestran expresivos, tanto por la forma de representarlos como por el texto que aparece bajo la ilustración.

Los siguientes ejemplos son representativos de las características comentadas: 1) «Sacaron al punto las espadas, y descargaron muchos y terribles golpes de una y de otra parte» (tom. I / cap. XI, p. 160): escena en la taberna de Luckie Macleary, cuando ésta y Waverley contemplan sobresaltados el combate entre Balmawhapple y el barón de Bradwardine; 2) «[sic: ¡] Ah! [sic: ¿] porqué no realizais vos misma este cuadro que tan bien describís?» (tom. III / cap. XXVII, p. 47): el protagonista le declara su amor a Flora Mac-Ivor en un entorno romántico (junto a una cascada en un lugar escondido del bosque), pero ella no

¹³ Nótese que la vestimenta de Waverley en este grabado no se corresponde con la que lleva en realidad en ese pasaje de la novela, pues ya en el capítulo sesenta las circunstancias aconsejan que —por seguridad— se quite el traje escocés, y no volverá a ponérselo: «[Ned Williams] propuso á Eduardo que se quitase su uniforme de los highlanders y se vistiese á estilo del pais [la zona de Westmoreland, en Inglaterra], á fin de conducirlo a la granja de su padre (...)» (OLI, 1836: VI, 25).

puede corresponderle; 3) «El señor Rubrick tuvo la satisfaccion de dar la bendicion nupcial á los dos esposos» (tom. VI / cap. LXX, p. 197): cuadro del casamiento de Waverley y Rose Bradwardine, acompañados por el señor Rubrick (capellán del barón de Bradwardine), Frank Stanley (sobrino del coronel Talbot), el padre de la novia y otros invitados.

8. AUTOCENSURA Y MANIPULACIÓN

El sistema de censura gubernativa tan estricto durante la «década ominosa» (1823-1833) es objeto de cambios importantes tras la muerte de Fernando VII. La publicación y circulación de libros e impresos en general quedan reguladas por el Reglamento de Imprenta de 4 de enero de 1834 que insta un sistema mixto de libertad y censura: «No puede existir absoluta e ilimitada libertad de imprenta (...) sin ofensa de nuestra Religión Católica y detrimento del bien general; pero tampoco todas las trabas y restricciones, sin menoscabo de la ilustración, tan necesaria para la prosperidad de estos Reinos» (*apud* Rumeu de Armas, 1940: 198). De esta forma, se establece que queden todavía sujetos a censura previa los impresos que traten de cuestiones religiosas y eclesiásticas, así como los que versen sobre materias relacionadas con la moral, la política y el gobierno. El resto de las publicaciones de temática diferente a las anteriores gozan, en principio, de libertad de impresión, lo que va a suponer un incremento considerable en la producción nacional y en las traducciones, al igual que en la entrada de libros extranjeros. No obstante, como señala Rumeu de Armas (1940: 200-01), en la práctica, frente a la censura previa o «preventiva» anterior, lo que funciona ahora es un «sistema represivo» que ejerce igualmente coacción sobre la libertad de expresión del individuo: el temor a la posible pena o sanción lleva a una autocensura por parte del escritor, traductor y/o editor.

La traducción de Oliva (1836) muestra los efectos de una reescritura condicionada por esas restricciones ideológicas. En este sentido, hay una labor de autocensura que se manifiesta mayormente en la omisión de ciertas alusiones religiosas que podrían ser consideradas ofensivas. Los siguientes ejemplos dan testimonio de dicha manipulación textual:

- (A) [Donald Bean Lean] ‘What a blessing it would be to the puir **blinded** popish nations among whom I hae sojourned, to have siccan a light to their paths!’ (WAV: XXXVI, 270).

–Quel bonheur ce serait, dit-il, pour tous les peuples aveugles et **papistes** que j’ai visités, si le ciel leur envoyait une telle lumière pour leur montrer le sentier de la vérité! (DEF, 1830: 274).

«¡Qué fortuna seria para todos los pueblos ciegos que he visitado yo, decia, que el cielo les enviase semejante luz que les mostrase la senda de la verdad!... (...)» (OLI, 1836: IV, 15).

OLI (1836) suprime el calificativo peyorativo de «papistas», aplicado a los católicos romanos que obedecen al Papa.

(B) ‘Evil to him that thinks otherwise,’ said Mr Morton; ‘or who holds **church government** and ceremonies as the exclusive gage of **Christian faith** or moral virtue’ (WAV: XXXIII, 258).

–Malheur à qui pense autrement! répondit M. Morton; malheur à celui qui regarderait les cérémonies comme la partie essentielle de **la religion chrétienne** ou de la morale! (DEF, 1830: 260).

–¡Desgraciado del que piensa de otro modo! respondió M. Morton; ¡desgraciado del que considera las ceremonias como la parte esencial de la moral! (OLI, 1836: III, 153).

Las dos omisiones del texto meta español –la primera de ellas por mediación de DEF (1830)– dan como resultado la eliminación de la conexión del poder, la organización eclesiástica y lo ritual del culto con la fe cristiana.

(C) [Donald Bean Lean] ‘But if your honour would consider the case of Tobit’ – ‘Tobit!’ exclaimed Gilfillan, with great heat; ‘**Tobit and his dog baith are altogether heathenish and apocryphal, and none but a prelatist or a papist would draw them into question.** I doubt I hae been mista’en in you, friend’ (WAV: XXXVI, 271-72).

–Si Votre Honneur daignait se rappeler l’histoire de Tobie...

–Tobie! s’écria vivement Gilfillan; Tobie et son chien sont tous deux et païens et apocryphes. Il n’y a qu’un partisan des prélats ou du papisme qui puisse en douter... Je crois que je me suis mépris sur vous, l’ami! (DEF, 1830: 276).

«Si vuestra señoría se dignase traer á la memoria la historia de Tobías....

–[sic: ¡] Tobías! gritó Gilfillan: me parece que me he equivocado al formar opinion de vos conmigo mismo» (OLI, 1836: IV, 18).

Gilfillan, defensor a ultranza de la doctrina presbiteriana, considera apócrifo el Libro de Tobit o Tobías, y censura a otras iglesias como la católica romana que lo aceptan como parte integrante de los escritos del Antiguo Testamento. OLI (1836), apartándose de su texto francés intermediario, suprime la crítica de dicho personaje.

- (D) [Talbot] ‘Being ordered for execution, his [Donald’s] **conscience was assailed** on the one hand by a Catholic priest, – on the other by your friend Morton. **He repulsed the Catholic chiefly on account of the doctrine of extreme unction, which this economical gentleman considered as an excessive waste of oil**¹⁴. So his conversion from a state of impenitence fell to Mr Morton’s share, who, I dare say, acquitted himself excellently (...)’ (WAV: LXII, 423).

–Lorsqu’il fut condamné à être exécuté, sa conscience fut assaillie d’une oreille par un prêtre catholique, et de l’autre par votre ami Morton. **Il repoussa le catholique, surtout à cause de la doctrine de l’extrême-onction que cet économe gentilhomme considérait comme un dégât excessif d’huile.** La tâche de le tirer d’un état d’impénitence finale resta donc à M. Morton, qui, j’ose dire, s’en acquitta à merveille (...) (DEF, 1830: 449).

–Cuando le condenaron á muerte, **presentáronsele** por una parte un sacerdote católico, y por otra vuestro amigo Morton: **escogió á este último**, quien, me atrevo á decirlo, desempeñó maravillosamente su deber (OLI, 1836: VI, 53).

OLI (1836), prescindiendo de DEF (1830), suprime la justificación poco ortodoxa utilizada por Donald Bean Lean para rechazar al sacerdote católico y elegir al presbiteriano Morton: el derroche de óleo que supone el sacramento de la extremaunción. Además, sustituye el verbo *assail* (en francés, *assaillir*), con sus connotaciones de intento de control y dominio hacia el

¹⁴ Robertson (1994: 9) menciona la desconfianza y el recelo que tiene Scott hacia el clero de la Iglesia católica y romana, sentimientos que deja patente especialmente en sus cartas y en su diario.

otro, por la forma neutra «presentar», con lo que se pierde la alusión al deseo de control espiritual que ejercen los hombres de la Iglesia sobre los fieles.

9. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- SCOTT, Walter (1814) *Waverley; or 'Tis Sixty Years Since*. Edinburgh: Archibald Constable and Co.; London: Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown. 3 vols.
- (1829) *Waverley; or 'Tis Sixty Years Since*. The *Magnum Opus* Collected Edition of *The Waverley Novels* (1829-1833). Vols. I-II. Edinburgh: Robert Cadell; London: Whittaker and Co. 48 vols.
- (1972) *Waverley*. HOOK, Andrew (ed.) The Penguin English Library. Harmondsworth: Penguin Books.
- (1830) *Waverley, ou Il y a soixante ans (Waverley, or sixty years since)*. [Auguste Jean Baptiste] Defauconpret (trad.) *Oeuvres de Walter Scott (1830-1832)*. Vol. III. Paris: Furne, Libraire-Éditeur. 32 vols.
- (1836) *Waverley, ó Sesenta años ha*. Sin traductor. Colección de novelas escogidas. Vols. IX-XIV. Barcelona: Librería-Imprenta de Oliva.

Fuentes secundarias

- ARTIGAS SANZ, M^a Carmen de (1953-1955) *El libro romántico en España*. 3 vols. Madrid: Instituto Miguel de Cervantes.
- CHURCHMAN, Philip Hudson y Edgar Allison PEERS (1922) «A Survey of the Influence of Sir Walter Scott in Spain». *Revue Hispanique*. LV. 227-310.
- COCKSHUT, Anthony Oliver John (1969) *The Achievement of Walter Scott*. London: Collins.
- CORSON, James Clarkson (1943) *A Bibliography of Sir Walter Scott: A Classified and Annotated List of Books and Articles Relating to His Life and Works, 1797-1940*. Edinburgh: Oliver & Boyd.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (1907?-) Barcelona: José Espasa e Hijos. 70 vols. Apéndices (10 vols.).

- FERRERAS, Juan Ignacio (1976) *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*. Madrid: Taurus.
- GARCÍA GONZÁLEZ, José Enrique (2005) *Traducción y recepción de Walter Scott en España: estudio descriptivo de las traducciones de Waverley al español*. Tesis doctoral. Universidad de Sevilla. En prensa.
- GENETTE, Gérard (1987) *Seuils*. Paris: Seuil.
- HIDALGO, Dionisio (ed.) (1840) *Boletín bibliográfico español y extranjero*. Vol. I. Madrid: Librería europea. 11 vols. (1840-1850).
- (ed.) (1860-1866) *Boletín bibliográfico español*. 7 vols. Madrid: Imprenta de las Escuelas Pías.
- HOOK, Andrew (1972) «Introduction», en SCOTT, Walter. *Waverley*. The Penguin English Library. Harmondsworth: Penguin Books, págs. 9-27.
- HUMPHREY, Richard (1993) *Waverley*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LAFARGA, Francisco (1999) «Hacia una historia de la traducción en España (1750-1830)», en LAFARGA, Francisco (ed.) *La traducción en España (1750-1830): lengua, literatura y cultura*. Lleida: Universitat de Lleida, págs. 11-31.
- LLORÉNS, Vicente (1989) *El romanticismo español*. 2ª ed. corregida. Madrid: Castalia.
- MONTESINOS, José F (1980) *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*. 4ª ed. Madrid: Castalia.
- PALAU Y DULCET, Antonio (1968) *Manual del librero hispanoamericano: bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los artículos descritos*. 2ª ed. (1948-1977). Vol. XX. Barcelona: Librería Anticuaria de A. Palau. 28 vols.
- ROBERTSON, Fiona (1994) *Legitimate Histories: Scott, Gothic, and the Authorities of Fiction*. Oxford: Clarendon Press.
- RUBENSTEIN, Jill (1978) *Sir Walter Scott: A Reference Guide*. Boston, Mass.: G. K. Hall & Co.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio (1940) *Historia de la censura literaria gubernativa en España: historia - legislación - procedimientos*. Tesis doctoral. Madrid: Aguilar.
- THORP, Willard (1954) «Cooper Beyond America». *New York History*. 35.4 (special issue: *James Fenimore Cooper: A Re-Appraisal*). 522-39. Internet: 24/05/06, <www.oneonta.edu/external/cooper/articles/nyhistory/1954nyhistory-thorp.html>.

TILLYARD, E. M. W (1963) «Scott», en TILLYARD, E. M. W. *The Epic Strain in the English Novel*. 2ª ed. London: Chatto & Windus, págs. 59-116.

VARELA JACOME, Benito (1974) *Estructuras novelísticas del siglo XIX*. Barcelona: José Bosch.

VENUTI, Lawrence (1995) *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. London: Routledge.

ENLACES

1. Texto en inglés: El «Archivo Digital de Walter Scott» (Biblioteca de la Universidad de Edimburgo), recopila un listado de sitios que incluye, entre otros, Blackmask, Electronic Scotland, English Server y Project Gutenberg (<<http://www.walterscott.lib.ed.ac.uk/etexts/novels.html#waverley>>).

2. Texto en francés:
<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k283244>

W A V E R L E Y .

***Esta novela y las que componen la Coleccion
se hallan venales en las librerias siguientes:***

Barcelona.. <i>Oliva.</i>	Zaragoza... <i>Polo.</i>
Madrid..... <i>Cuesta.</i>	Barbastro.. <i>Lafita.</i>
Cádiz <i>Hortal.</i>	Tarragona. <i>Berdeguer</i>
Sevilla..... <i>Hidalgo.</i>	Alicante.... <i>Carratalá.</i>
Toledo <i>Hernández</i>	Cartagena. <i>Benedicto.</i>
Cuenca..... <i>Feijóo.</i>	Palma<i>Gelabert.</i>
Granada.... <i>Sanz.</i>	Cáceres..... <i>Búrgos.</i>
Málaga..... <i>Martínez.</i>	Oviedo <i>Longoria.</i>
Salamanca. <i>Blanco.</i>	Orense<i>Pazo.</i>
Cortina <i>Calvete.</i>	Córdoba... <i>Santaló.</i>
Santiago... <i>Romero.</i>	Gerona..... <i>Oliva.</i>
Valencia.... <i>Mallen.</i>	Figueras.... <i>Matas.</i>
Valladolid. <i>Roldan.</i>	Puerto de
Bilbao..... <i>Garcia.</i>	Sta. Maria. <i>Galarza.</i>
Santander.. <i>Martínez.</i>	Mahon..... <i>Tintoré.</i>
Pamplona.. <i>Longas.</i>	Habana.....<i>Mas.</i>

WAVERLEY, NOVELA

original inglesa

de
Sir Walter-Scott.



TOMO I.

Barcelona

**Librería de Oliva
1836.**



R. Planella d. Amillo g.
Sacaron al punto las espadas,
y descargaron muchos y terribles
golpes de una y de otra parte.

WAVERLEY,
Ó SESENTA AÑOS HA;
NOVELA ORIGINAL INGLESA,
Por Walter Scott.
Con Láminas

TOMO PRIMERO

BARCELONA

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1836.

EL EDITOR

INSIGUIENDO el plan propuesto de dar á luz en esta Coleccion de novelas lo mas selecto que han producido los escritores célebres en el romanticismo, continuamos el WAVERLEY Ó SESENTA AÑOS HA , obra sublime del inmortal Walter Scott. Lo mismo que casi á todas las novelas de dicho Autor, préstale asunto á la presente la guerra civil de Inglaterra, y esta circunstancia colócala bajo un aspecto instructivo al paso que interesante. Sin embargo, parece que el objeto primordial de esta novela es dar á conocer las costumbres de los habitantes de las montañas de Escocia, y los resortes que mueven las pasiones políticas. En cuanto á las primeras, ofrécese

ADVERTENCIA

el hombre , semejante á los primeros moradores de la tierra, formando, digámoslo así, una aristocracia natural, constituida por el derecho del mas fuerte y la intriga del mas astuto; y respecto alas causas políticas que ocasionaron los grandes acontecimientos de una prolongada lucha, confundiendo los hombres de todos rangos y circunstancias, hallamos un fondo inagotable de reflexiones , abundante materia para la meditacion del filósofo, del político y del moralista. Los que desean que una novela sea la multiplicacion continua de sucesos extraordinarios y estupendos, ó que ofrezca interminables amoríos, encontraran ni **WAVERLEY** lento en su accion y tal vez pesada su lectura ; mas los inteligentes, que solo anelan un traslado fiel de la naturaleza, unánimes han puesto al **WAVERLEY** hasta las nubes, admirados de la verdad y primor de sus descripciones, que trasportan al lector á la época y lugar de los acontecimientos , del tino , naturalidad y á veces originalidad del carácter de los personajes, los que ve el lector y hasta llega á contraer amistad ó enemistad con ellos, y finalmente por la hermosura y exactitud de los diálogos y su calculada relacion con las personas y sucesos, y con las circunstancias propias de la situacion respectiva de los inter-

DEL EDITOR.

locutores. No es nuestro propósito , y fuera no acabar jamás, el enumerar las bellezas de esta obra; el lector podrá juzgarlas: por nuestra parte hemos procurado que fuera su impresion hermosa y correcta , perfectas las láminas y digno todo así de su distinguido autor como del público, que es testigo de nuestro esmero en la impresion de las novelas anteriores á la presente , esmero que será constante en *El Renegado*, hermosísima produccion del vizconde de Arlincourt, que seguirá al **WAVERLEY, y en cuantas novelas sucesivas se publiquen hasta completar la Coleccion.**

EL AUTOR¹.

ESTE rápido bosquejo de las antiguas costumbres de la Escocia ha merecido del público una acogida mas lisonjera de la que se atrevia á esperar su autor, ó de la que él propio se prometia. Ha visto con satisfaccion igual á su reconocimiento, que han atribuido su obra a distinguidos escritores. Consideraciones particulares le impiden colocar su nombre al frente de ella para destruir las falsas suposiciones; de modo que por ahora quedará la misma incertidumbre de si W-A-V-E-R-L-E-Y es parto de un poeta, de un crítico, de un legista ó de un eclesiástico; ó si el

¹ Prefacio de Walter Scott a la tercera edición de *Waverley* (1814). El TM de Oliva es una traducción indirecta que toma como texto fuente la traducción francesa de Defauconpret (1830. París: Furne). Cuando resulte conveniente, se compararán las soluciones translativas de Oliva con las de otras dos traducciones indirectas de *Waverley* al español: la de Pablo de Xérica (1835. Burdeos: Beaume. 4 tomos), que también toma como texto fuente la traducción francesa de Defauconpret, y la de Francisco Gutiérrez-Brito e Isidoro López Lapuya (1910? París: Garnier. 2 tomos), traducción del francés pero no basada en la versión de Defauconpret (1830).

Cuando se haga referencia a los mencionados textos, se utilizarán las siguientes abreviaturas: WAV (texto original inglés. Las citas proceden de la edición de "The Penguin English Library", 1972), DEF (traducción intermediaria francesa de Defauconpret, 1830), OLI (traducción española a cargo de la imprenta de Oliva, 1836), XER (traducción al español de Xérica, 1835), GUT-LOP (traducción al español de Gutiérrez y López, 1910?).

PRÓLOGO

autor, sirviéndome de la frase de Mistress Malaprop, es como el Cancerbero, tres personas á la vez.

No teniendo esta composicion cosa alguna (esceptuando su frivolidad) que la imposibilite de hallar un padre que consienta en reconocerla, dejo á la perspicacia del público el adivinar , éntre las diferentes consideraciones particulares de los distintos estados de la vida, cuales me obligan á suprimir mi nombre. Puedo ser novel en la carrera literaria y rehusar un título á que no estoy acostumbrado; puedo por el contrario ser un autor muy conocido á quien cause rubor el presentarse con tanta frecuencia en el mundo, y que recurra á este misterio, cual recurría la heroina de la antigua comedia á la leve mascarilla para llamar la atencion de aquellos á quienes su rostro se habia hecho sobrado familiar. Puedo pertenecer también á una profesion grave y temer no me perjudique la reputacion de

DEL AUTOR.

novelista. Quizás seré un hombre de mundo y que juzgaré pedantesca toda pretension de parecer escritor , quizás demasiado jóven para tomar el título de tal, demasiado anciano para no renunciar á él.

Se que me han criticado que en el personaje Callum Beg y en la relacion que hace el baron de Bradwardine de los insultos hechos á la propiedad, de los cuales acusa á los highlanders, he tratado con rigor e injusticia su carácter nacional. No ha sido esta mi intencion : Callum Beg es naturalmente inclinado al mal, y las circunstancias de su posicion arrástranle á un género particular de delitos. Los que han leído las curiosas cartas escritas por los highlanders, publicadas en 1726, no han podido menos de hallar en ellas ejemplos de estos caracteres atroces pintados por mí; pero siempre seria injusto el considerar á tales miserables como los representantes de todos los mon-

PRÓLOGO DEL AUTOR.

tañeses de esta época, así como tampoco caracterizan á los ingleses de nuestros tiempos los asesinos de Marr y de Williamson. En cuanto al pillaje á que se entregan algunos insurgentes de 1745, debemos tener présente que , aunque ni la sangre ni la devastacion señalaron el paso de este infortunado ejército , y aunque por el contrario es admirable el buen orden de su marcha, ninguno atraviesa hostilmente un país sin causar el menor estrago. La mayor parte de las fechorias que el baron echa en cara riéndose á los montañeses rebeldes se les imputaron realmente en aquel tiempo. Convéncennos de su verdad muchas tradiciones, y principal mente las que nos ha transmitido el Caballero del espejo.

WAVERLEY.

CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

No he dado título á esta obra sin haberme entregado alas graves y profundas reflexiones que debe hacer el hombre en un asunto de importancia. Hubiera podido, á ejemplo de los que me han precedido, ahorrarme penosas averiguaciones contentándome con elegir en la historia de Inglaterra el nombre mas sonoro para ponerlo á mi héroe; pero ¿ qué hubieran podido esperar mis lectores de los ca-

TOMO I.

1

ballerescos nombres de Howard , Mor-daunt, Morlimer, Stanley; ó en tono mas sentimental y mas dulce, de los nombres de Belmour , Belville, Belfield y Belgrave? No hubieran tenido razon en temer que se les ofreciese uno de tantos libros frivolos á quedan título estos nombres hace ya medio siglo? Confieso que desconfio demasiado de mi mérito para ir contra las opiniones recibidas. A imitacion de los caballeros noveles, que se presentaban por primera vez en la palestra con un escudo sin divisa, me he contentado con dar á mi héroe el título sencillo de *Waverley*, nombre sin prevencion, y al que el lector añadirá el epíteto que mejor le parezca.

Pero la eleccion de mi segundo título, que es el suplemento del primero, era por otra parte un asunto harto difícil. ¿No debia hacerme contraer el empeño de seguir un plan determinado , de dibujar tal ó tal carácter, de describir estos ó los

CAPITULO I.

3

otros acontecimientos? Si por ejemplo hubiera titulado mi libro: *Waverley, historia del tiempo de antaño*, ¿qué lector de novelas no hubiera dicho al punto: « Tendremos otro castillo de Udolfo, cuya parte oriental no habrá estado habitada por espacio de medio siglo ; las llaves se habrán perdido ó confiado á una dueña ó mayordomo, que caminando con trémulos pasos hacíala mitad del tomo tercero, deben necesariamente servir de guía al héroe ó á la heroína por entre los arruinados, aposentos?» No hubieran cantado desde la primera página el buho y el grillo ? No me hubiera impuesto la obligacion de amenizar mi obra con las agudezas de un criado rústico pero fiel, ó con las relaciones de una doncella que contase las horrorosas y sangrientas historias que habia oido en la antesala? Si hubiera escrito: *Waverley, historia traducida del alemán*, ¿qué lector habria de tan cortos conocimientos que no se hu-

biera representado al instante un abad no muy ejemplar, un duque déspota, una asociación misteriosa de las rosas, iluminadas mortajas, sombras sangrientas, cavernas, máquinas eléctricas, trampas, faroles de ronda, etc? Si hubiera dado á mi producción el nombre de *Historia sentimental etc.*, ¿no hubieran adivinado todos que habria una heroína con sus numerosos rizos castaños, y una arpa , dulce consuelo de su soledad, y la que siempre halla medios de llevar consigo á los castillos y á las cabañas , aunque algunas veces se vea obligada á saltar de una ventanua y aunque ande extraviada en sus viajes, á pie, guiada por una paisana cuya jerga apenas puede entender? Si hubiese titulado mi Waverley: *Historia moderna*, ¿qué lector no hubiera exigido de mí un cuadro de los caracteres del gran mundo, algunas anécdotas escandalosas ligeramente encubiertas, ó quizás en toda su desnudez, y una heroína de Grosvenor

CAPITULO I.

5

Square, un miembro del club de los Barranches, un señorito en su carroza de cuatro caballos y una multitud de personajes secundarios, escogidos entre los elegantes de Queen-Anne-Street-Earst², ó los brillantes héroes de Bow-Street-Office?

Podria descendiendo a unas particularidades demostrar la importancia de un titulo , haciendo ostentacion al mismo tiempo de mis vastos conocimientos en la composicion de las novelas de todas clases ; pero bastante he dicho , y no es mi ánimo cansar mas á mis lectores, impacientes sin duda por conocer la eleccion de autor tan versado en su arte.

Al fijar la época de esta historia sesenta años mas atrás de aquel en que escribo (1.º de noviembre de 1805), debo prevenir al público que no va á leer una novela del tiempo de la caballeria, ni una descripcion de las costumbres de ogaño. Mi héroe no vestirá coraza como se acostumbraba muchos siglos hace, ni

² La repetición es la estrategia que se emplea casi siempre para la traducción de los nombres de calles, plazas y barrios.

llevará herraduras en las botas siguiendo la moda de Bond-Street; ni mis señoritas se envolverán en un manto de escarlata, como aquella lady Alice de un antiguo romance, ni se presentarán con la desnudez de una elegante moderna en las tertulias.

La época que he elegido anuncia que mas me dedicaré á pintar á los hombres que á las costumbres. La historia de estas para interesar ha de transportarnos á un siglo bastante remoto que haga venerables estas costumbres, ó bien ser como el espejo de las escenas que acontecen cada dia á nuestra vista y que nos divierten por su novedad. Así es que las cotas de maila de nuestros antepasados, y los ropones con tres forros de nuestros modernos, pueden convenir igualmente á todos los personajes de una fábula: pero ¿qué escritor deseoso de captarse la atención por el vestido de su héroe, querrá engalanarle con el traje de corte que se usaba en

CAPITULO I.

7

el reinado de Jorge II, sin cuello, con las mangas largas y los bolsillos bajos? Otro tanto podemos decir de los castillos góticos, que con sus sombrías y pintadas ventanas, su elevado techumbre y sus enormes mesas de encina, cubiertas de cabezas de jabalí, de faisanes, de pavos, de grullas, de cisnes, producen un grande efecto. Mucha mas impresion debe causar todavia la descripcion de una fiesta moderna, como las que diariamente refiere un periódico titulado: *Espejo de la moda*. Si comparamos una de estas dos pinturas con la seria magnificencia de un convite dado sesenta años hace, reconoceremos que el pintor de las costumbres antiguas ó de las costumbres modernas llevan ventajas al que describe las de la generacion anterior. Conociendo pues que mi asunto no se prestaba á las descripciones, he procurado evitarlas en cuanto me ha sido posible, para escitar mas el interés con los caracteres y las pa-

siones de mis personajes. Iguales son pasiones en todos los estados de la sociedad; y lo mismo han agitado el corazón humano bajo la coraza de acero del siglo XVI³, y los trages de brocado del XVII⁴, que bajo el frac azul y los chalecos de bombasí blanco de nuestros días. No cabe duda en que estas pasiones reciben un nuevo colorido del diferente estado de las costumbres y de las leyes; pero, para servirme del lenguaje del blason, el distintivo de un escudo de armas permanece el mismo aunque no solo varíen sino que también sean contradictorios los colores. Nuestro odio que procura satisfacerse por contrarios caminos y minar los antemurales que no puede destruir abiertamente, está representado con propiedad por el color negro; pero su impulso es siempre el mismo. El par orgulloso, que no puede ya en nuestro tiempo arruinar á su vecino legalmente sino por medio de un proceso muy largo, muestra ser el verdadero

³ OLI, a partir de DEF, cambia el siglo. Cfr. WAV: "the fifteenth century" (el siglo XV).

⁴ Cfr. DEF: "dix-huitième" y WAV: "the eighteenth" (dieciocho). Nótese que el cambio numérico no viene motivado por el texto francés intermediario.

CAPITULO I.

9

descendiente de aquel baron que no temia poner fuego al castillo de su riva), y le asesinaba con sus propias manos si procuraba escaparse de las llamas.

Mi obra es un capítulo del gran libro de la naturaleza, siempre nuevo, á pesar de las mil ediciones que de él se han hecho, ya en caracteres góticos, ya en caracteres modernos, lustrosas vitelas ó en finísimo papel. He encontrado hombres felices en el norte de esta isla durante la época de mi historia; me aprovecharé de ellos para variar y hacer resaltar la moral de mis descripciones, que considero como la parte mas importante de mi plan; y nunca he dudado que no acertaria este estremo de utilidad si no procurase amenizar al mismo tiempo que instruir, objeto mas dificil en este siglo crítico que lo era *sesenta años hace*.

CAPITULO II.

EL CASTILLO DE WAVERLEY-HONOUR. – OJEADA AL TIEMPO PASADO.

HACE sesenta años que Eduardo Waverley⁵, el héroe de esta obra, dejó su familia para reunirse al regimiento de dragones en que acababa de conseguir una plaza de oficial. Fue un día de tristeza para el castillo de Waverley-Honour aquel en que el joven militar se despidió de sir Everard, su apasionado tío, de quien era heredero. La diferencia de opiniones había malquistado al baronet con su hermano menor Ricardo, padre de nuestro héroe. Sir Everard había heredado todas las preocupaciones de tory ó anglicano, que habían siempre distinguido á la casa

⁵ La naturalización es la estrategia utilizada para traducir los nombres de pila que cuentan con un equivalente en español (DEF: "Edouard"; WAV: "Edward"). Cuando este tipo de antropónimos no dispone de su correspondiente en la lengua meta, el procedimiento utilizado es la repetición (p. ej. "Fergus; "Una"). Nótese que en algunos casos OLI "españoliza" el nombre extranjero mediante una adaptación ortográfica (p. ej. "Wallace": "Walacio").

CAPITULO II.

11

de Waverley desde el tiempo de la guerra civil. Ricardo por el contrario, con diez años menos de edad y reducido á la humilde fortuna de cadete, opinó que ningún honor ni ventaja se le seguiría de representar semejante papel. Conoció muy pronto que para hacer su peregrinacion sobre la tierra no necesitaba de mucho boato. Si los pintores encuentran tantas dificultades cuando quieren espresar muchas pasiones al propio tiempo en una misma figura, no es menor el embarazo de los moralistas al analizar las causas de la mayor parte de nuestras acciones. Ricardo Waverley después de haber formado su opinion por la historia y por plausibles argumentos, dijo para sí, usando de las palabras de la antigua cancion:

De asnos es llevar la carga,
Y de antaño el no tirarla.

No hubiera bastado sin duda la razon

á destruir de todo punto sus preocupaciones hereditarias , si hubiera podido prever que á causa de un primer amor desgraciado se ofenderia su hermano contra el bello sexo hasta el extremo de permanecer soltero por espacio de setenta y dos años. La perspectiva de una brillante herencia, por remota que estuviese, hubiérale determinado á contentarse la mayor parte de su vida con que le designasen con el título de mister Ricardo del castillo, hermano del baronet, y con la esperanza de que le llamasen antes de morir sir Ricardo Waverley de Waverley-Honour, propietario de un noble feudo y el hombre mas importante del condado. Pero ¿como habia de hacer Ricardo este cálculo, cuando sir Everard estaba todavía en la flor de su edad, y seguro de poder elegir una esposa de casi todas las familias, ora le arrastrase el interés, ora le deslumbrase la belleza? La fama misma de su matrimonio entretenia á los

CAPITULO II.

13

vecinos una vez al año por lo menos. Su hermano no halló otro medio de independencia que su proyecto de vivir enteramente para sí, y de adoptar una creencia política que fuese mas conforme con su razon y con sus intereses, que heredada fe consagrada por los Everard al episcopado y á la familia de los Eduardos. Principió por consecuencia su carrera con una retractacion., y se presentó en el mundo como un whig declarado y un partidario de la casa de Hannover.

Ocupábase el ministerio en esta época con mucha prudencia de debilitar el número de la oposicion. La nobleza tory, deudora de su esplendor al sol de la corte, reconciliábase poco á poco con la nueva dinastía; pero los ricos hidalgos de provincia, que con un resto de las antiguas costumbres y de la primitiva integridad conservaban tambien muchas preocupaciones y obstinacion afectando una oposicion inquieta y altanera, arrojaban algu

nas veces una mirada de dolor y de esperanza á Bois-le-Duc , á Aviñon y á Italia⁶ (1). El ascenso del pariente de uno de estos gefes inflexibles considerábase como un medio de multiplicar las conversiones. Los ministros recibieron pues á Ricardo Waverley dispensándole un favor muy superior á su mérito y á su importancia política : reconocieron sin embargo que no carecia de talento para los negocios públicos; y habiéndose negociado su primera admision á la presencia del ministro, fué rápida su fortuna.

Sir Everard supo por el artículo de novedades públicas que la villa ministerial de *Barter faith* habia nombrado á Ricardo Waverley diputado de la cámara; que este se habia distinguido en la discusion del *bill* de Sisas en favor del gobierno; y

(1) Puntos donde residieron sucesivamente los Estuardos en el continente⁷.

⁶ Los nombres de países y ciudades que disponen de una forma consagrada en la lengua meta se traducen por dichos equivalentes. Cuando esos topónimos carecen de una traducción prefijada, la estrategia empleada es la repetición. Cfr. DEF: "Bois-le-Duc, Avignon et l'Italie"; WAV: "Bois le Duc, Avignon, and Italy".

⁷ La traducción intermediaria de Defauconpret incluye numerosas notas a pie de página con información cultural, histórica y semántica. La traducción de Oliva, en cambio, omite gran parte de esas notas.

CAPITULO II.

15

por último que Ricardo Waverley acababa de lograr una de aquellas plazas en las que al placer de servir á la patria se agregan gratificaciones, tanto mas agradables, cuanto se repiten por lo regular cada tres meses.

Sucedieronse estos acontecimientos con tanta rapidez, que el sagaz editor de una gaceta moderna hubiera podido vaticinar los dos últimos al anunciar el primero : sin embargo, consiguíólos por grados sir Everard, y por decirlo así destilados gota á gota por el frio y tardío alambique del *Semanario de Dyer*. Debemos advertir de paso que en aquella época, en vez de estas postas que facilitan al obrero mas pobre el poder comprar cada noche veinte gacetas contradictorias en su club de *seis sueldos* y de ponerse al corriente de todas las novedades de la capital, el correo de Lóndres llegaba una sola vez por semana a Waverley-Honour. Conducia una gaceta única y semanal, que satisfacía pri-

mero la curiosidad del baronet, de su hermano y del viejo mayordomo; del castillo solia pasar á la abadía, de la abadía á la granja habitada por Stubbs, de esta al Steward del baronet, y por último recorrería un numeroso círculo de mugeres y el de sus compadres de manos duras y callosas, llegando por lo comun llena de borrones pasado un mes á manos del administrador.

Esta lenta graduacion de novedades favoreció entonces á Ricardo Waverley. Si el baronet⁸ hubiera sabido de golpe todos sus pasos, no hubiera tenido motivo para felicitarse del buen suceso de su política. Sir Everard, aunque adornado con el carácter mas suave del mundo, cedia á la impresion del dolor, y la, conducta de su hermano lo hirió en extremo. El dominio de Waverley no estaba gravado con vínculo alguno, porque nunca habia pasado por las mientes á los antiguos poseedores de Waverley que uno de sus

⁸ OLI adapta ortográficamente el término utilizado por DEF: "baronnet", coincidiendo así con la forma inglesa "Baronet". La traducción francesa añade una nota donde se explica que dicho vocablo designa el título hereditario que ostenta el señor de la comarca o provincia.

CAPITULO II.

17

descendientes podria con el tiempo hacerse culpable de todas las atrocidades de que el *Semanario de Dyer* acusaba á Ricardo. Si hubiese existido el vínculo el matrimonio del actual propietario hubiera podido ser funesto á un heredero colateral. Estos distintos pensamientos agitaron por largo tiempo á sir Everard antes de arrancarle una determinacion invariable.

Examinó su árbol genealógico, que oruado de emblemas de honor y de heroicos hechos de armas, cubria las embarnizadas paredes de la sala. Los descendientes mas inmediatos de sir Hildebrand Waverley, en defecto de su hijo Wilfredo, á quien sir Everard y su hermano representaban únicamente, eran los Waverley de Highley-park, con los que la rama principal, ó por mejor decir el tronco de la familia, habian roto toda relacion desde el proceso de 1670. Estos renuevos de los Waverley habian cometido otra falta enor-

me á los ojos del gefe y origen de su nobleza por el matrimonio de su representante con Judit , heredera de Olivier Bradshawe de Highleypark , conde de Hantz, cuyos escudos de armas, los mismos que los de Bradshawe el regicida, habian sido acuartelados con el antiguo escudo de Waverley. Sin embargo, sir Everard en el calor de su resentimiento habia borrado todas estas circunstancias de su memoria; y si el procurador Clippurse, á quien habia enviado á buscar por medio de su caballerizo, hubiese llegado antes, hubiera tenido el lucro de un traspaso, en el que Ricardo quedara privado del señorío de Waverley y de sus dependencias; pero una hora de serias reflexiones basta para resolver lo contrario cuando se emplea en pesar los inconvenientes de dos proyectos, por mas que ninguno halague al corazon.

El procurador Clippurse halló á su señor territorial embebido en profundas me-

CAPITULO II.

19

ditaciones, y era demasiado respetuoso para turbarlas de otro modo que dejando su tintero y su papel, en señal de que estaba dispuesto á estender la minuta de la voluntad de su Señoría. Esta operacion embarazó á sir Everard cual si fuera una repulsa á su indecision. Volvióse al procurador con intencion de decirle que no le haria esperar mas tiempo; pero el sol, que acababa de disipar una nube, iluminó súbitamente el sombrío gabinete introduciendo los varios colores de sus rayos por las pintadas vidrieras. Cuando el baronet abrió los ojos, encontráronse con su escudo, donde estaba grabado el mismo emblema que su ascendiente llevó á la batalla de Hastings, esto es: tres armiños de plata sobre campo azul, con la divisa: *Sin tacha*. «Perezca el nombre de Waverley, dijo sir Everard hablando consigo mismo, antes que ver este emblema del honor y de la lealtad manchado por las armas de un traidor republicano.

Tal efecto causó el paso de un rayo del sol; y aunque el procurador tuvo el tiempo necesario para cortar la pluma, su trabajo fué inútil, porque lo despidió mandándole que estuviese dispuesto para cumplir las órdenes que se le comunicasen.

La llegada de este hombre á casa del baronet dio causa á mil conjeturas en aquella parte del mundo cuyo centro era el castillo de Waverley. Pero los mas hábiles políticos auguraron á Ricardo Waverley peores consecuencias de las que tuvo el colérico movimiento que siguió á su apostasia. Consistió este en el viaje que hizo el baronet en un coche de seis caballos y cuatro lacayos con magníficas libreas, en visitar detenidamente á un noble par que habitaba en el extremo del condado, individuo de una familia ilustre y sin mezcla de humildes enlaces, resuelto tory y dichoso padre de seis lindas doncellas.

Es fácil de adivinar que sir Everard

CAPITULO II.

21

fué muy bien recibido; pero por su desgracia fijó la eleccion en lady Emilia , la menor de las hermanas. Oyó la jóven su solicitud con un embarazo que anunciaba que si no osaba rehusarle, tampoco probaba mucho gozo con la preferencia que le concedia. Sir Everard no pudo dejar de reconocer alguna timidez y estrañeza en el modo con que le escuchaba; pero habiéndole asegurado la condesa como madre prudente que era efecto natural de una educacion lejos del mundo, hubiérase consumado el sacrificio, como sucede tantas veces en iguales circunstancias, sin el arrojio de una hermana mayor que reveló al rico pretendiente que la doncella habia hecho eleccion de un oficial jóven algo pariente suyo. Quedóse atónito sir Everard al saber esta particularidad, que en una entrevista le confirmó su amada lady Emilia toda temblando por el temor de la cólera paterna.

El honor y la generosidad eran atribu-

tos hereditarios en la familia de Waverley : así sir Everard se encargó de renunciar á lady Emilia con una gracia y delicadeza dignas de un héroe de novela. Tuvo también la destreza de obtener de su padre , antes de abandonar el castillo de Vandeville, que la uniria al objeto de sus amores. No conocemos exactamente los argumentos que emplearia en esta ocasion; pero desde que quedó concluido tal matrimonio, logró el oficial muchos grados en el ejército, y con una rapidez nada común cuando no acompaña la proteccion al valor; y el jóven no tenia en la apariencia mas títulos que su mérito.

Aunque el convencimiento de haber obrado como hombre de honor disminuyó sus penas, influyó sobre el resto de la vida de sir Everard este primer infortunio. Habia concebido en un movimiento de indignacion su proyecto de matrimonio ; no se conformaban con la gra-

CAPITULO II.

23

vedad de su natural indolencia las acciones de un enamorado: acababa deliberarse del riesgo de casarse con una muger que nunca le hubiera amado; y la conclusion de sus amores no podia lisonjear su orgullo , aun suponiendo que no padeciese su corazon. El resultado de todo este negocio fué volver á tomar el camino del castillo de Waverley Honour sin elegir otro objeto. No le conmovieron los suspiros ni las lánguidas miradas de la linda confidenta, que no habia revelado la inclinacion de su hermana sino por puro afecto; ni lo sedujeron las alusiones indirectas , las ojeadas significativas , las medias palabras de la madre, ni los elogios que el conde no cesaba de prodigar á la prudencia, al juicio, al carácter admirable de su primera , segunda, tercera, cuarta y quinta hijas. La memoria de su desgraciado amor bastó para preservarle de una nueva mortificacion y del disgusto de amar en vano; lo que

acontece á muchas personas del carácter de sir Everard, que era al mismo tiempo tímido, fiero, susceptible é indolente. Siguió viviendo en el castillo de Waverley á usanza de un antiguo gentilhombre tan rico como noble. Su hermana miss Raquel Waverley presidia en la mesa, y convirtiéronse ambos poco á poco en viejo solteron y doncella rancia, acomodándose con razonable talante al tedio del celibato.

El tiempo disminuyó el resentimiento de sir Everard con su hermano ; pero si su antipatia al whig y al hombre de estado no pudo nunca decidirle á obrar de un modo perjudicial á sus intereses, tampoco desvaneció la frialdad que reinaba entre ellos. La casualidad los reunió por último: habíase casado Ricardo con una jóven de elevado nacimiento, cuya fortuna y relaciones de familia debian servir igualmente á su acrecentamiento y fortuna. Este enlace le dio la posesion de un

CAPITULO II.

25

dominio de algun precio solo distante algunas millas del castillo de Waverley.

El niño Eduardo, héroe de nuestra historia, á la sazón de cinco años de edad, era su hijo único. Sucedió que paseándose con su aya , alejáronse mas de una milla de Brere-Wood-Lodge, donde habitaba su familia. Llamó vivamente su atencion un coche cuya cinceladura y dorado hubieran hecho honor al del lord corregidor, y tirado de seis caballos negros de rozagantes colas. Estaba parado esperando á su dueño, que no muy lejos inspeccionaba la construccion de una nueva granja. No puedo asegurar si la nodriza del niño era natural del pais de Gales ó de Escocia, y de que modo ostentaba el niño un escudo adornado de tres armiños con honorífica distincion personal; pero lo cierto es que luego que distinguió estos blasones de familia, obstinóse en hacer valer sus derechos sobre el rico coche en que se veian pintados. Llegó el

baronet en el momento en que el aya pretendía inútilmente alejarle de la dorada carroza. El encuentro no podía ser mas afortunado para el infante Eduardo; porque su tío no dejaba de mirar con complacencia y casi con envidia á los hijos rollizos del robusto agricultor cuya casa hacia edificar. Cuando vio á este niño fresco y colorado que llevaba su nombre y que reclamaba los derechos que tenia á su parentesco , afecto y proteccion, por un lazo que sir Everard consideraba tan sagrado como la Jarretiera ó el manto azul de esla orden, parecióle que la Providencia se le enviaba para endulzar la vida con el suave halago de sus esperanzas y caricias. El coche condujo al niño y á su aya á Brere-Wood-Lodge con un recado que abria á Ricardo Waverley las puertas de la reconciliacion con su hermano mayor. Durante largo tiempo reynaron en su trato mas política y ceremonias que cariño fraternal; pero semejantes

CAPITULO II.

27

relaciones bastaban al uno y al otro. Al ver á su sobrino inflamábase el orgullo aristocrático de sir Everard con la idea de perpetuar su noble estirpe, y satisfacía al propio tiempo su necesidad de ser dichoso gozando dulces afecciones. Por su parte Ricardo Waverley veía en el mutuo afecto de tío y de sobrino los medios de asegurar, sino para él al menos para su hijo, una herencia, cuya sucesion temía comprometer si vivía mas íntimamente con un hombre del carácter y de las opiniones de su hermano.

Así por una especie de tácito convenio, el jóven Eduardo pasaba casi todo el año en el castillo, igualmente estimado de ambas familias, aunque se contentasen con ceremoniosos cumplimientos y con aquellas visitas que la política exigía. El gusto y las opiniones de su tío y de su padre dirigian sucesivamente la educacion del niño; pero hablaremos con mas estension de este asunto en el capítulo siguiente

CAPITULO III.

LA EDUCACION.

LA educacion de nuestro héroe Eduardo Waverley esperimenló muchas vicisitudes. En su infancia el aire de Londres perjudicaba su salud, ó lo que es lo mismo parecia perjudicarle. Así, cuando los deberes de su destino, la convocation del Parlamento , ó la necesidad de seguir sus planes de ambicion y de fortuna , llamaban su padre á Londres, donde residia ocho meses al año, Eduardo se trasladaba al castillo de Waverley, donde no solo mudaba de residencia, sino de maestros y de lecciones. Su padre hubiera podido remediar este inconveniente dándole un preceptor determinado; pero imaginaba

CAPITULO III.

29

que un maestro de su eleccion no seria bien recibido en el castillo de Waverley , y que si lo buscaba sir Everard, arriesgábase á introducir en su casa un huésped desagradable, ó un espia político. Rogó pues á su secretario particular , jóven de gusto y de talento, que consagrarse una hora ó dos á la educacion de Eduardo durante su permanencia en Brere-Wood-Lodge ; y hacia responsable á su tio de sus progresos literarios cuando vivia en el castillo. En cierto modo no carecia de medios de instruccion : el capellán de sir Everard, individuo de la universidad de Oxford, y que habia perdido su *fellowship*⁹ por no haber querido prestar juramento al advenimiento de Jorge I, no solo estaba versado en los estudios clásicos, sino que poseia dilatados conocimientos de las artes y de las ciencias y de las lenguas vivas ; pero era viejo é indulgente. El interregno durante el cual Eduardo estaba enteramente sus-

⁹ Cfr. DEF que acompaña la repetición del término inglés con una nota donde explica que se trata de un título aplicado a los individuos de un colegio universitario. Cfr. GUT-LOP: "beneficio". Para los objetos culturales que la traducción intermediaria deja en versión original, la norma en OLI es también la repetición o bien la sustitución por una glosa en español.

traído á sus doctrinas produjo una relacion tal de su autoridad, que el discípulo se tomó la libertad de estudiar cuando queria, como le agradaba y lo que le placia. Este desorden hubiera sido funesto á un niño de lenta comprension, que conociendo que era un trabajo penoso el aprender, hubiéralo descuidado todo, á espaldas de su maestro ; no hubiera sido menos peligroso para un discipulo cuyo temperamento fuese mas poderoso que la imaginacion ó la sensibilidad y á quien la irresistible influencia de la variedad arrastrase á la caza y á los otros placeres de la juventud desde la mañana hasta la noche, cuando tuviese libres sus brazos y sus piernas ; pero Eduardo Waverley no tenia ninguno de estos dos caracteres: su espíritu era tan penetrante y su comprension tan pronta, que , como diria un cazador, su maestro no tenia otra cosa que hacer sino impedirle el que se adelantase á la caza, es decir, impedirle el

CAPITULO III.

31

que adquiriese los conocimientos de un modo ligero, vago y sin método. El preceptor debia á mas combatir en él otra disposicion no menos grave , que se encuentra muchas veces reunida á la mas brillante imaginacion y al talento mas feliz: hablo de esa indolencia de temperamento á la que estimulan solamente poderosos incentivos, y que renuncia al estudio luego que ha satisfecho su curiosidad , paladeado el placer de vencer los primeros obstáculos, y agotado el encanto de la novedad.

Eduardo se entregaba con ardor á cada autor clásico cuya lectura le proponia su maestro. Familiarizábase bastante con su estilo para entender el asunto del libro, que acababa si la obra le divertia; pero en vano se cansaba en llamar su atencion á la diferencia de los idiomas, á las observaciones críticas y filológicas, á la belleza de una espresion, ó á las artificiosas combinaciones de la sintaxis: « Leo y

entiendo, decia él con la presuncion y la ligereza temeraria de un estudiante de quince años, un autor latino. Scaligero y Bentley no me llevaban ventaja.» Ah!¹⁰ mientras le permitian leer de este modo y solo por diversion, no debian dudar que perdia para siempre la ocasion de adquirir la costumbre de una aplicacion constante y regular, y el arte de dirigir, modificar y concentrar la facilidad de su entendimiento por medio de los estudios serios, arte mucho mas precioso que la ciencia que formaba el objeto principal de su enseñanza.

Me recordarán sin duda la necesidad de hacer agradable la instruccion á la juventud, y la miel del Taso mezclada á la bebida preparada para el niño ; pero un siglo como el nuestro, en que los jóvenes aprenden las ciencias mas áridas por el método seductor de los *juegos de instruccion*, no debe temer las consecuencias de una enseñanza demasiado austera y de-

¹⁰ OLI incurre con frecuencia en la omisión de los signos de apertura en exclamaciones e interrogaciones. Estas erratas tipográficas contradicen la "Advertencia del Editor" incluida en el presente tomo: "por nuestra parte hemos procurado que fuera su impresion hermosa y correcta (...)".

CAPÍTULO III.

33

masiado seria: la historia de Inglaterra está reducida en nuestros dias á un juego de naipes, los problemas matemáticos á un juego de enigmas, y adquiere el conocimiento de la aritmética en el espacio de una semana, ejercitándose algunas horas en un método nuevo y mas complicado que el juego real de la oca. Con algunos progresos mas se enseñarán también de este modo único la moral y la religion , sin necesidad de la gravedad , del tono de modestia y de sabiduria y de la precisa atencion que se exigian hasta ahora de la iufancia bien educada de este reino.

Siempre debe ser un asunto de serias meditaciones el examinar si debe ó no temerse que aquellos que han adquirido la instruccion bajo la forma de un entretenimiento rechazarán con el tiempo todo lo que presente el carácter de un estudio: ¿los que aprenden la historia con los naipes , no están espuestos á preferir

TOMO I.

3

los medios al fin? Y si hemos de enseñar la religion bajóla forma de un juego, ¿no podrán nuestros discípulos poco á poco dejarse llevar al extremo de mirar su religion como un juego?

En cuanto á nuestro héroe, permitiéronle procurarse la instruccion siguiendo sus caprichos; y como es natural no la buscaba sino cuando hallaba en ella un entretenimiento. Esta indulgencia de sus maestros tuvo funestas consecuencias, que influyeron por largo tiempo en su carácter, en su dicha, y en sus progresos en el mundo. La imaginacion de Eduardo, su ardiente inclinacion á la literatura , lejos de remediar el daño aumentáronle. La biblioteca de Waverlev-Honour , vasto salon gótico con dobles arcos y galeria, contenia una coleccion variada. Habia reunido estos libros como se acostumbra , y durante el período de dos siglos, una familia que habiendo sido siempre rica, habiase impuesto como una señal de

CAPITULO III.

35

esplendor la obligacion de adquirir todas las producciones literarias del dia sin escogimiento ni juicio. Eduardo tuvo libertad para errar á su talante por estas inmensas regiones. Su preceptor hacia allí sus estudios de política eclesiástica y de controversias teológicas, reuniendo á esto su amor á los lugares comunes ; examinaba á las horas señaladas los progresos del heredero presuntivo de su prolector ; pero se valia con mucho gusto de cuantas excusas podia para no ejercer una vigilancia severa y regular sobre los estudios generales de su discípulo.

Nunca habia sido estudioso sir Everard, porque opinaba que no era compatible la lectura con la ociosidad de los ricos; y miss Raquel Waverley seguia esta opinion vulgar. Estaban ambos persuadidos que basta pasar los ojos por las letras del alfabeto sin seguir las ideas del autor. Una educacion mas acertada hubiera podido convertir en sed de instruccion el

deseo de entretenerse; y el jóven Waverley se halló en medio de este Océano de libros como un bajel sin piloto y sin gubernalle. Contráese fácilmente el hábito de leer sin orden ni plan cuando, la ocasion es tan favorable. Juzgo que una de las causas porque se encuentran en las últimas clases de la sociedad tantos ejemplós de erudicion, es que el pobre estudiante, con las mismas disposiciones, no tiene sino un número reducido de libros: para satisfacer su pasion de leer se ve obligado á grabar en su memoria todos los que posee antes de poder adquirir otros. Eduardo, por el contrario, á imitacion de los golosos que se dignan gulusmear una sola vez el pescado por el lado que está dorado por el sol¹¹, dejaba de leer un volumen al punto que no despertaba ya su curiosidad ó su interés. Sucedio pues que la costumbre de no buscar sino este género de placer le volvió de dia en dia mas descontentadizo, hasta que su

¹¹ Nótese el error de traducción: el término francés “pêche” significa tanto ‘melocotón’ (WAV: “peach”) como ‘pesca’; OLI opta por la acepción equivocada, pues normalmente se dice de la fruta –pero no del pescado– que toma un color más lustroso cuando va madurando al sol.

CAPITULO III.

37

pasion á la lectura , como otras tantas pasiones, le causó á la larga una especie de saciedad.

Sin embargo, antes de llegar á esta indiferencia habia enriquecido su memoria, me era de las mas felices, con una variada mezcla de conocimientos curiosos, aunque mal clasificados en su mente. Habíase familiarizado por lo tocante á la literatura inglesa con Shakespeare, Milton, con nuestros antiguos autores dramáticos; conocia también muchos de los pasajes pintorescos é interesantes de nuestros antiguos cronistas; pero estaba impuesto principalmente en la lectura de Spencer, Drayton, y otros poetas que han adquirido celebridad por sus ficciones romancescas. Estas obras arrastran las primeras a una imaginacion todavia jóven antes que las pasiones se hayan despertado y reclamen una poesía mas sentimental.

Bajo este concepto brindábale la literatura italiana con un campo mas vasto.

Habia recorrido los numerosos poemas románticos que desde Pulci han sido la ocupacion favorita de los caprichosos ingenios de la Italia. Habia leído las numerosas colecciones de novelas que creó el talento libre y elegante de esta comarca , en imitacion del *Decameron*. Por lo que hace á la literatura clásica, Waverley habia adquirido los conocimientos ordinarios, y leído los autores que se dan en las clases. La Francia le habia suministrado una coleccion casi inagotable de memorias, que no son mas verdaderas que las novelas, y de novelas tan bien escritas, que se las podia hacer pasar por memorias. Las páginas brillantes de Froissard, sus descripciones entusiastas y deslumbrantes de los combates y de los torneos, entraban en el número de sus lecturas favoritas; en Brantome y De Lanoue habia aprendido á comparar el carácter franco, leal aunque supersticioso, de los fautores de la Liga, con la dureza, la selvática rustici-

CAPITULO III.

39

dad y á veces con el espíritu inquieto de los hugonotes. Los autores españoles habian despertado sobre todo su aficion á las caballerescas hazañas y á las pasiones romancescas. La literatura primitiva de los pueblos del norte no debia parecer indiferente á un mancebo que procuraba escitar su imaginacion antes que satisfacer su juicio. A pesar de poseer bastantes conocimientos de materias que están al alcance de un corto número de individuos, podia considerarse sin injusticia á Eduardo Waverley como un ignorante , puesto que nada habia aprendido de lo que contribuia á la dignidad del hombre y á colocarlo en un honroso rango en la sociedad.

Por poca atencion que hubieran puesto sus parientes , pudieran haberle preservado del peligro de disipar así las facultades de su entendimiento por medio de un curso de lectura tan vago y tan mal ordenado; pero Ricardo Waverley murió

40

WAVERLEY,

algunos años después de haberse reconciliado con su hermano; y el mismo Ricardo, que desde este acontecimiento fijó con mas frecuencia su morada en Londres, estaba demasiado ocupado en sus planes de ambicion y de engrandecimiento para no contentarse con oir que Eduardo amaba mucho los libros, y que llegaría á ser obispo. Si hubiese podido descubrir y analizar los desvarios de su hijo, hubiera sacado una conclusion bien diferente.



CAPITULO IV

CASTILLOS EN EL AIRE.

HE dicho ya que nuestro héroe, de un gusto caprichoso, difícil de contentar y desdeñoso , por una superabundancia de frivolas lecturas, no solo era incapaz de un estudio serio y provechoso, sino que babia llegado al punto de disgustarse de lo mismo que le agradara primero. Frisaba en los diez y seis años , cuando su amor á la soledad y su carácter distraído y meditabundo principiaron á inspirar tiernas inquietudes á sir Everard. Procuró sacar á su sobrino de esta apatia invitándole á que se entregara á la caza, que habia sido en otro tiempo el principal entretenimiento de su juventud. Es-

perimentó Eduardo durante una estacion un placer bastante vivo en usar el fusil; pero cuando consiguió manejarlo con destreza esta diversion no lo fué ya para el. A la primavera siguiente , el seductor libro del viejo Isaac Walton determinó á Eduardo á hacerse cofrade del anzuelo; pero de todas las distracciones ingeniosamente inventadas para pasatiempo de los holgazanes, ninguna es menos á propósito para divertir un carácter tan impaciente como perezoso. No tardó nuestro héroe en fijar en otra parte su alencion. La sociedad y el ejemplo de sus iguales que reprimen y modifican mas que cualquier otro motivo nuestras inclinaciones, hubieran quizás obrado su efecto ordinario en nuestro jóven meditabundo; pero el vecindario no era numeroso, y los jóvenes propietarios del canton , educados por sus parientes , no pertenecian á una clase bastante distinguida para ser los compañeros habituales de Eduardo, y

CAPITULO IV.

43

mucho menos propios eran para escitar su emulacion en los ejercicios que formaban el importante objeto de su vida.

Sir Everard, á medida que entraba en años, veia disminuir al número de sus contemporáneos, y habia renunciado desde la muerte de la reina Ana á sentarse en el Parlamento , retirándose poco á poco de la sociedad. De suerte que cuando Eduardo se hallaba en compañía de algunos mancebos de su rango cuya educacion habia sido distinguida , conocia la superioridad de sus compañeros, no por falta de instruccion, sino porque no sabia manifestar la que habia adquirido; y á este disgusto del mundo púsole colmo una delicadeza estremada.

La idea verdadera ó imaginaria de haber cometido el menor solecismo en política era para él una agonía; porque quizás el delito mas bien justificado causa á ciertos caracteres un sentimiento menos vivo de vergüenza y de remordimientos

que el que experimenta un jóven modesto, sensible y sin experiencia cuando cree haberse descuidado en la etiqueta ó merecido la ridiculez. Y como cuando no estamos contentos, no sabemos ser felices , no debe causarnos sorpresa que Eduardo Waverley supusiese que no amaba la sociedad, y que no habia nacido para ella, tan solo porque no habia contraído el hábito de vivir feliz y gozoso, de regocijarse y de contribuir al placer délos otros.

Todo el tiempo que pasaba con su tío y con su tía ocupábanlo en las relaciones cien veces repetidas por la anciana. Sin embargo, su imaginación, facultad que predominaba en su alma, distraíale entonces con frecuencia. Las tradiciones de familia y las historias genealógicas, texto frecuente de los discursos de sir Everard, eran el opuesto del ámbar, que siendo sustancia preciosa en sí misma, encierra por lo común insectos y pajillas; mientras que

CAPITULO IV.

45

estos estudios por insignificantes y frívolos que fuesen, servían sin embargo para perpetuar la memoria de cuanto había de apreciable en las antiguas costumbres, con tantos detalles minuciosos y curiosos, que no se nos hubieran podido transmitir de otro modo. Si el Joven Eduardo bostezaba algunas veces al oír el insípido catálogo de los nombres de sus ilustres antepasados y la relación de sus matrimonios; si se lamentaba en secreto de la larga y desapiadada exactitud con que el respetable sir Everard traía á la memoria los diversos grados de alianza que existían entre la familia de Waverley-Honour y tantos nobles barones, caballeros é hidalgos; si á pesar de todo su respeto á los tres arriños corriendo, maldecía en el fondo de su alma toda la jerga del blason, sus grifos, sus topos, sus dragones, con toda la amargura de Hostpur : había sin embargo momentos en que estas relaciones interesaban su imaginación, y le indemni-

zaban de la pérdida de su paciencia. Las hazañas de Wilibert de Waverley en la Tierra Santa, su larga ausencia y sus peligrosas aventuras , su supuesta muerte y su inesperado regreso la noche misma en que la amada de su corazón acababa de unirse al héroe que la había defendido de los insultos y de la opresión durante su ausencia; la generosidad con que este noble cruzado renunció sus derechos para buscar en un convento la paz que nunca se ve alterada ; estas relaciones y otras semejantes inflamaban el corazón de Eduardo y arrancábanle las lágrimas de los ojos. No probaba una conmoción menos viva cuando su tía, miss Raquel, le refería los sufrimientos y el arroyo de lady Alice Waverley en tiempo de la guerra civil. Una noble majestad animaba las suaves facciones de esta respetable señora cuando contaba que Carlos, después de la batalla de Worcester, había encontrado asilo por un día en Waverley-Honour , y qu

CAPITULO IV.

47

al acercarse un destacamento de caballería á registrar el castillo, lady Alice envió á su hijo menor y á sus domésticos con la orden de morir si era necesario para detener á los enemigos del Rey al menos una hora para que Carlos tuviese tiempo de salvarse. «¡Háyala Dios recompensado! gritaba miss Raquel clavando sus miradas en el retrato de esta heroína: compró hartos cara la salvación de su Rey, á precio de la vida de su amado hijo. Trasladáronle al castillo prisionero y herido; todavía podéis ver las señales de su sangre desde la gran puerta, siguiendo lo largo de la galería hasta el salón donde le depositaron para morir á los pies de su madre. En este último momento la madre y el hijo recibieron un mutuo consuelo; porque una mirada de la madre declaró al hijo que su desesperada defensa había logrado el éxito que esperaba. «Ah! me acuerdo muy bien haber visto una persona que había cono-

cido y apreciado á este bravo mancebo Miss Lucy Saint- Aubin vivió y murió doncella, aunque era de las mas lindas damas y uno de los mas ventajosos partidos del país. Todos los hombres la pidieron en matrimonio; pero ella vistió hasta el último dia de su vida luto por su pobre William, porque habian estado desposados. Llegó su muerte... no puedo fijar precisamente la fecha, pero creo que fué en el mes de noviembre del año en que sintiéndose muy mala , pidió con instancias que la trasladasen por última vez á Waverley-Honour. Recorrió todos los sitios en que se habia hallado con el hermano de mi abuelo; quiso que quitasen los tapices para volver á contemplar las señales de su sangre. Ah! si las lágrimas hubieran bastado á borrarlas, no existirían ya porque todos los ojos derramaron abundante llanto. Ya sabes, amado Eduardo, que pareció que los árboles tomaban parte en el sentimiento general, porque caye-

CAPITULO IV.

49

ron las hojas al rededor de Lucy sin el menor soplo del viento. ¡ Oh Dios! todo presagiaba que no volveria á verlas reverdecer.

Después de haber escuchado estas leyendas retirábase Eduardo á solas para entregarse á los sentimientos que habian producido en él. Complaciase nuestro héroe en gozar una especie de fantasma goría mental desde uno de los extremos de la biblioteca , iluminado por la débil luz de las últimas ascuas de la chimenea; entusiasmábase su imaginacion por grados, y acababa por hacerle sensibles los objetos que la ocupaban. Veia los ricos preparativos de boda que se hacian en el castillo de Waverley, la talla alta y majestuosa de su antepasado en hábito de peregrino, tranquilo espectador de la felicidad de su heredero supuesto y de su amada, la sorpresa que ocasionaba la escena del reconocimiento, el movimiento tumultuoso de todos los vasallos que

TOMO I. 4

50

WAVERLEY ,

corrian á las armas, el asombro del desposado, la confusion de la desgraciada esposa, la desesperacion muda y concentrada de Wilibert, su noble y majestuoso talante cuando arrojó al pavimento su espada medio desnuda, y su fuga precipitada lejos del castillo de sus padres, Trocábase en seguida la escena a placer de la imaginacion de Eduardo, que le reproducia la representacion de la trágica historia contada por su tia Raquel: veia á lady Waverley sentada en su retrete, pálida deagonia á cada ruido inmediato , y escuchando mas y mas débil el eco de los pasos del caballo del rey; y cuando no lo percibia ya , imaginándose distinguir en el menor silbido que agitaba los árboles del parque el lejano estruendo del combate. Levántase súbito un mormullo sordo como el derrumbamiento de un torrente, acércase mas y mas, y Eduardo reconoce el galope de los caballos , los gritos y las aclamaciones de los sol-

CAPITULO IV.

51

dados, y los tiros de pistola. Vedlos ya: lady Alice se levanta pálida; un vasallo horrorizado lánzase al castillo. Pero ¡para qué acabar esta escena dolorosa!

Cuanto mas se saboreaba nuestro héroe en el mundo ideal, mas desagradable le era toda interrupcion. Daban en el país el nombre de *Cacerías de Waverley* á los dominios que cercaban el castillo ; porque tenian una estension mucho mas considerable que el mas dilatado parque. En su principio habia sido solamente un bosque , aunque cortado por muchos vacíos, donde iban á jugar los gamos jóvenes , conservaba siempre un aspecto selvático; cruzábanle en todas direcciones largas avenidas, de las que muchas estaban embarazadas con espesos matorrales y á donde las hermosuras de antaño se reunian para presenciar la caza de ciervos, verlos acosados por los galgos, ó ejercitarse ellas mismas en clavarles una flecha. En un sitio notable

por un monumento gótico cubierto de musgo, que se llamaba el *Alto de la Reina*, habia muerto Isabel por su propia mano siete corzos, según decian; y este era el lugar favorito de Eduardo. Otras veces con su fusil y su faldero; que le servian de pretexto á los ojos de otros, y con un libro en el bolsillo, que le servia quizás de disculpa á él propio, seguia una de las largas avenidas, que después de un recinto de algunas millas estrechábase poco á poco viniendo á formar una senda desigual y escabrosa por medio de un desfiladero cascajoso y lleno de árboles, llamado *Mirkwood-Dingle*¹², rematando súbito en un lago profundo y sombrío, al que daban por esta causa el nombre de *Mirkwood-Mere*. En tiempo remoto elevábase una solitaria torre encima de una roca, cercada por todas partes de agua, y á la que daban el nombre de *Fortaleza de Waverley*; porque cuando amenazaba algun riesgo era

¹² OLI omite la nota a pie de página de DEF donde se explica el origen lingüístico y el significado del topónimo ('desfiladero del bosque sombrío').

CAPITULO rv.

53

con frecuencia el asilo de esta familia. En la época de las guerras de York y de Lancaster , los últimos partidarios de la rosa encarnada habian osado resistir á los vencedores y continuar una guerra de escaramuzas y de pillaje, basta que el famoso Ricardo de Glocester ganó la fortaleza. Allí se mantuvo también por largo tiempo un partido de caballeros, mandado por Nigel Waverley, hermano menor de aquel William cuya heroica muerte celebraba miss Raquel. En estos sitios complaciase Eduardo en *entregarse al encanto ya melancólico ya suave de su imaginacion*; allí, semejante al niño en medio de sus juegos, escogia las figuras y los emblemas incompletos pero brillantes que ocupaban su imaginacion, para crear visiones tan resplandecientes y tan fugitivas como las de una noche de estío. En el capitulo siguiente observaremos el efecto de semejante carácter y de su costumbre de meditar.

CAPITULO V.

ELECCION DE ESTADO.

DESPUÉS de todos estos detalles minuciosos de la juventud de Waverley y la direccion inevitable que sus primeros hábitos debieron dar á su imaginacion, creerá quizás el lector que voy á presentarle en la historia siguiente una imitacion de la novela de Cervantes. Pero semejante suposicion no haria honor á mí prudencia. No es mi animo seguir las huellas de este inimitable escritor y pintar como él el total trastorno del entendimiento que desnaturaliza los objetos en el momento mismo en que hieren los sentidos; procuro describir otro desvarío del espíritu mucho mas común, que los

CAPITULO V.

55

presenta tales como son, pero con los colores exagerados que él mismo les presta.

Eduardo Waverley no habia conseguido la esperanza de hallar en los otros su manera de ver y de sentir; y distaba tanto de él el pensamiento de que se realizasen las lisonjeras ilusiones á las que con mucho placer se abandonaba, que nada temia tanto como dejar que penetrasen los sentimientos que eran el fruto de sus meditaciones. Nunca habia deseado tener un confidente; y aunque conocia también la ridiculez que caería sobre él si tuviera que elegir entre una punicion que no es ignominiosa y la necesidad de dar cuenta exacta del mundo ideal en el que pasaba la mayor parte de los dias, no hubiera dudado en someterse con preferencia al castigo. Su secreto y aislamiento fuéronle mas caros cuando con el transcurso de los años sintió la influencia de las nacientes pasiones. Las criaturas de una gracia y de una donosura perfectas

comenzaron á hacer papel en sus aventuras ideales, y no tardó en echar una mirada en torno suyo para comparar las bellezas del mundo real con la de su imaginación.

La lista de las lindas damas que cada domingo ostentaban sus adornos en la iglesia parroquial de Waverley no era ni numerosa ni escogida. La que mas se acercaba á la hermosura era miss Lissly¹³, ó como queria que la llamaran, miss Cecilia Stubbs, hija del propietario Stubbs. No sé si por acaso (frase que en los labios de una muger no siempre excluye la premeditación), ó si por una conformidad de gustos, Eduardo encontró con frecuencia á miss Cecilia en sus paseos favoritos por las inmediaciones de Waverley. No habia tenido aun valor para hablarle , pero el encuentro producía siempre su efecto. Un amante novelesco es un extraño idólatra que no siempre examina de que madera forma el objeto de su ado-

¹³ Cfr. DEF y WAV: "Sissly". OLI comete con cierta frecuencia erratas tipográficas en la repetición de los nombres propios, tanto antropónimos como topónimos.

CAPITULO V.

57

racion; y si la naturaleza ha dado algunos encantos á este objeto, representa fácilmente el papel de joyero y del De-rois del cuento oriental, hallando en los tesoros de su propia imaginacion prendas que reunidas á sus verdaderos atractivos y á todos los dones del entendimiento, producen una beldad celeste. Mas antes que los encantos de miss Cecilia Stubbs la hubiesen elevado positivamente al rango de diosa , ó colocado al menos en la categoria de una ninfa, mistress Raquel Waverley juzgó , en virtud de algunos indicios recogidos por ella, que habia llegado el tiempo de prevenir el apoteosis. Las mugeres mas sencillas y las mas ingenuas (Dios las bendiga) tienen siempre en esta especie de negocios un instinto de penetracion que , á decir verdad, les hace suponer algunas veces lo que no existe, pero que les descubre por lo común lo que existe. Mistress¹⁴ Raquel te preparó con mucha prudencia á eludir

¹⁴ Nótese el uso sistemático de la forma de tratamiento inglesa tomada de DEF. Lo mismo sucede con "miss".

el peligro antes que á combatirlo abiertamente. Insinuó á su hermano la necesidad de que viajara el heredero de la familia, con el objeto de que adquiriese el conocimiento de un mundo distinto de aquel que le presentaba su continua residencia en Waverley-Honour. Sir Everard se negó desde luego á una proposición que iba á separarle de su sobrino. Convenía en que Eduando era algo aficionado á librajos viejos; pero habia oído decir siempre que la juventud era el tiempo del estudio , y no cabe duda en que cuando quedara satisfecho su furor por las letras y su cabeza llena de conocimientos, entregaríase Eduardo á los entretenimientos y á las ocupaciones del campo. En cuanto á él mismo, apesadumbrábase Everard de no haber consagrado al estudio una parte de su juventud; porque decia que por esto no hubiera nanejado el fusil ni cazado con menos destreza , y hubiera podido hacer

CAPITULO V.

59

resonar las bóvedas de san Estevan de la Cámara de los comunes con discursos mas largos que esos: *no! no!* llenos de entusiasmo, con que acogia todas las medidas del gobierno, cuando en tiempo de la administracion del conde de Godolphin, era miembro de la Cámara de los comunes.

Sin embargo, la tia Raquel tuvo bastante destreza para conseguir el blanco de sus deseos. Recordó que todos los miembros de la familia antes de fijarse en el castillo de Waverley habian visitado los países extranjeros, ó servido á su patria con las armas en la mano; y para probar la verdad de lo que decia apeló al árbol genealógico , autoridad que nunca habia rehusado sir Everard. Por último propuso á sir Ricardo Waverley el viaje de su hijo bajo la conducta de su administrador M. Pembroke¹⁵ con la conveniente suma que el baronet se encargaba de suministrarle. Ricardo no opuso obs-

¹⁵ Nótese la repetición de la forma de tratamiento francesa, abreviatura de ‘Monsieur’ (WAV: “Mr”). Esta solución se alterna con “señor” y “Mr”, sin que exista una justificación aparente para esta falta de coherencia. Cfr. GUT-LOP: “míster Pembroke”.

60

WAVERLEY,

táculo á este proyecto ; pero habiendo hablado de ello por casualidad en la mesa del ministro, púsose serio este personaje, y esplicó sus motivos particulares. A mas de las opiniones políticas de sir Everard, no seria prudente, dijo el ministro , que un jóven que daba tan lisonjeras esperanzas recorriese el continente bajo la vigilancia inmediata de un ayo elegido por su tio , y que le daria las instrucciones á su modo. ¿ Qué sociedad frecuentaria el jóven Eduardo en París? ¿A qué reuniones asistiria en Roma, donde el Pretendiente y sus hijos le tendrian toda clase de lazos? Sir Waverley debia pesar cuidadosamente tales consideraciones. Añadió que creia poder asegurar que S. M. apreciaba demasiado los servicios de sir Ricardo Waverley, para que no obtuviese su hijo, si queria entrar en el servicio por algunos años, una compañía en los regimientos de dragones que acababan de llegar de Flándes.

CAPITULO V.

61

No debia despreciarse impunemente la proposicion apoyada por el ministro; y a pesar del temor de tropezar con las reocupaciones de su hermano, juzgó Ricardo Waverley que debia aceptar el destino que le ofrecian para su hijo. Es verdad que podia contar sin equivocarse con la ternura con que sir Everard miraba á su sobrino , y no era probable que la olvidase porque se sometiera á la autoridad paterna. Escribió luego al baronet y á Eduardo dándoles parte de esta determinacion. En la carta á su hijo referia con sencillez el hecho é indicábale los reparativos que debia hacer para reunirse á su regimiento. Pero en la que dirigia á su hermano estendiase mas, y no llegaba al punto principal sino por medio de circunloquios. Aprobaba su consejo del modo mas lisonjero diciendo que era conveniente que su hijo viese por algun tiempo el mundo, y espresaba humildemente su reconocimiento por sus ofer-

tas generosas; pero desconsolábale que no fuese posible á Eduardo el seguir exactamente el plan que habia trazado su mejor amigo y bienhechor; pues observaba con sentimiento de algun tiempo á esta parte la inaccion de este mancebo, en una edad en que todos sus antepasados habían ya manejado las armas. S. M. misma habíase dignado informar si el jóven Waverley estaba ó no en Flándes á la edad en que su abuelo habia ya vertido su sangre por su rey en la guerra civil, y habia acompañado esta pregunta con la oferta de una compañía. ¿Qué podia hacer? No habia tenido tiempo para consultar la inclinacion de su hermano, aunque hubiera imaginado que encontraria algun obstáculo en que siguiera su sobrino la gloriosa carrera de sus antepasados. Por último , después de haber saltado Eduardo con una rapidez extraordinaria los grados de alférez y de teniente, era ya el capitan Waverley en el regimiento de

CAPITULO V.

63

dragones al que debia reunirse en sus cuarteles de Escocia dentro de un mes.

No dejó de conmover esta nueva á sir Everard Waverley. Habíase retirado del Parlamento cuando la casa de Hanover subió al trono , y su conducta en el año memorable de 1715 no estaba libre de sospechas: se habló de secretas revistas de propietarios de caballeria, pasadas á la luz de la luna en las cercanias de Waverley, y de muchas cajas de fusiles y de pistolas enviadas desde Holanda al baronet , é interceptadas por la vigilancia de un oficial de caballeria de la Sisa ; y que en castigo del celo que habia desplegado en esta ocasion, habia sido manteado el oficial una noche con capas por una multitud de robustos paisanos. Añadian que cuando arrestaron al gefe de los torys, sir W... .W.... encontraron en su bolsillo una carta de sir Everard; pero no existia un acto positivo de rebellion; y contento el gobierno con haber sofocado la i n-

surrección de 1715, creyó que no era prudente ni seguro estender su venganza mas allá de aquellos que habian tomado las armas. Sir Everard no manifestaba temor por su persona en justificación de las hablillas que circulaban entre los whigs del vecindario. Era muy claro que habia ayudado con metálico á los desgraciados habitantes de Northumberland y de Escocia , que hechos prisioneros en Preston , habian sido encerrados en las cárceles de Newgate y de Marshalsea: su procurador y sus abogados se habian encargado de la defensa de estos desgraciados durante el proceso ; y así reinaba generalmente la persuasión de que si los ministros hubiesen tenido alguna prueba real de que habia tomado parte en la revuelta , no se hubiera atrevido á insultar al gobierno de hecho, ó al menos no le hubiera insultado impunemente. Pero habian dirigido su conducta en aquel tiempo de revolucion los sentimientos pro-

CAPITULO V.

65

prios de un jóven; y el jacobitismo de sir Everard habíase disminuido desde entonces como un fuego que se apaga por falta de pábulo. Es cierto que en las elecciones y en las sesiones de cada trimestre hallaba ocasion de entretener y manifestar sus principios de tory y anglicano de la alta Iglesia ; pero estas opiniones sobre el derecho hereditario habian caducado. Sin embargo, causábale mucha pena considerar que entraba su sobrino al servicio de la dinastia de los Brunswick: pero á mas de la importancia que daba á la autoridad paternal, hubiera sido imposible, ó al menos muy imprudente, el que hubiese procurado impedirlo. Este contratiempo, cuyo conocimiento tuvo que ocultar, alteró su tranquilidad y le ocasionó un ataque de gota; hasta que examinando el *Almanaque militar*, con solóse al leer los nombres de los descendieules de las familias de acrisolada lealtad, como los Mordaunt, los Granville y

TOMO I.

5

los Stanley. Despertóse toda su ambicion de familia y de gloria militar, y concluyó con un argumento semejante al de Falslaff en el Enrique IV de Shakespeare: que cuando se enciende la guerra, no existe sino un partido único que el honor manda seguir; porque seria mas vergonzoso permanecer en el ocio que seguir el peor estandarte, por despreciable que pueda hacerlo la rebellion. En cuanto á miss Raquel, aunque los asuntos no habian rodado exactamente en el punto de su esperanza, supo resignarse y conformarse con las circunstancias. Tuvo el recurso de divertir sus pesares ocupándose en disponer el equipaje de campaña de su sobrino, y también le consoló la esperanza de verle lucir el uniforme.

Eduardo mismo experimentó la mas viva conmocion y sorpresa al leer la carta de su padre. Fue para él, valiéndome de las espresiones de un antiguo poeta , como un fuego prendido en el material,

CAPITULO V.

67

que cubre el ribazo con el humo, y alúmbrale al mismo tiempo con sombría llama. Su preceptor Mr. Pembroke, porque pocas veces tomaba el título de preceptor, halló en el aposento de Eduardo un fragmento poético, que parecía haber compuesto en los primeros momentos de su desorden y de su agitación. Mr. Pembroke apreciaba mucho los versos compuestos por sus amigos, y copiados en ordenadas líneas, que principian por una mayúscula y no llegan al margen. Comunicó este precioso tesoro á la tia Raquel, que los leyó con los ojos bañados de lágrimas, y los colocó en su libro de memoria entre las recetas de los médicos y de los cocineros, los textos sacados de la sagrada Escritura, y las canciones amorosas ó del jacobitismo que habia cantado en su juventud. De allí sacaron este fragmento, cuando confiaron el manuscrito y otros muchos papeles auténticos de la familia de Waverley, al indigno escritor de esta

68**WAVERLEY,**

memorable historia. Si estos versos no ofrecen gran interés al lector, servirán al menos mejor que relacion alguna para pintarle el desorden y agitacion que reinaban en el espíritu de nuestro héroe.

ROMANCE¹⁶.

**Los rayos del sol poniente
Doraban aun el campo,
Y reflejaba su imagen
El límpido y puro lago.
La postrera luz del dia,
De oro y púrpura su lampo,
La vieja torre alumbraba ,
Las rocas y el arbolado.
A la magia semejante
Este deslumbrante cuadro
Era como un mundo nuevo
En las ondas apagado.
Mas súbito roncos silbos
A su genio despertando,
Azotan el alta encina
Que se dobla á sus amagos.
Cual el guerrero que oyendo**

¹⁶ El título del poema alude a la composición métrica elegida (octosílabos con rima asonante en los pares). DEF no incluye ningún título y opta por un esquema de rima en estrofas (ABAB), frente a WAV que lo titula "Mirwood Mere" y lo construye en pareados. Conviene destacar que OLI casi siempre recurre a la omisión de las canciones y poemas, mientras que aquí se decanta por una combinación métrica característica del polisistema literario español.

CAPITULO V.

69

**Señal de ataque en el campo
A ilustrar su nombre corre
En marcial bridon montado,
Responde al estruendo el genio
Con gritos de horror y estrago.
Cubren por mitad su rostro
Flotantes pliegues del manto;
El rayo brilla en sus ojos,
Y se lanza de su carro
Por cima de su cabeza,
Cual un erguido penacho;
La onda espumosa se agita
Reventar amenazando....
A Dios, encantado sitio!
A Dios, delicioso engaño !
Paróme junto á la torre,
Que á definir ya no alcanzo
El dulce placer que pruebo
La tormenta contemplando:
Cual en víspera de fiesta
Siento el pecho alborozado;
Así tú, verdad severa,
Disipando el falso encanto
Que nos pintaba la dicha
En un guarda de ganado,
De la juventud ligera
Alza el velo del engaño.**

70

WAVERLEY ,

A Dios afán de agradar,
A Dios amor dulce.. al campo
Del honor me llama ya
El clarín de Marte airado.

Añadiremos en simple prosa, porque estos versos no lo dicen con claridad, que la imagen de miss Cecilia Stubbs no se borró enteramente del corazón del capitán Waverley¹⁷, en medio de la enagenación que le causó su nuevo destino. El domingo, en que asistió por última vez al oficio divino á la antigua iglesia de su parroquia, ostentóse miss Cecilia Stubbs con todo el esplendor de su belleza en el banco de su padre; y Eduardo, á invitación de su tío y de su tía, y á decir verdad sin hacerse mucho de rogar, presentóse en esta ocasión con su gran uniforme.

El medio mas seguro de formar una opinión mas elevada de los otros, es tenerla aun mas elevada de nosotros mismos. Miss Cecilia habia empleado todos

¹⁷ OLI cambia el sentido al negar la forma verbal. Cfr. DEF (36): "(...) s'effaça du coeur du capitaine Waverley (...)"; WAV (61): "(...) passed from Captain Waverley's heart (...)"; XER (I, 74): "(...) se borró del corazón del señor capitán Waverley (...)".

CAPITULO V.

71

los recursos que el arte puede prestar á la hermosura; pero ay! las sayas con ballena, las cintas, los cabellos rizados, y un vestido nuevo de seda francesa , no bastaron para rendir á un oficial de dragones que llevaba por primera vez un sombrero engalonado , botas y espada. No sé si, semejante al paladín de una antigua balada,

**Por el honor solo ardia,
Y en vano una dama bella
Su pecho abrasar queria,
Que era hielo para ella.**

O quizás los brillantes ojaes bordados de oro que cubrian su pecho desafiaban las abrasadoras miradas que le lanzaban los ojos de miss Cecilia ; pero ninguna de estas miradas logró conmoverle.

Siento tener que anunciar que es preciso decir á Dios á la linda Cecilia, que como otras muchas hijas de Eva , se consoló después de la partida de Eduardo

de la pérdida de ciertas ilusiones lisonjeras con que se habia entretenido, se consoló, digo, sin inquietarse con su suerte. Al cabo de seis meses dio su mano á Jonas, hijo del administrador del baronet, heredero de los caudales de un administrador, ¡ dichoso porvenir! y que tenia á mas las mas lisongeras esperanzas de suceder al padre en su empleo. Todas estas ventajas movieron á Mr. Stubbs á prestar su consentimiento ; y su hija halló un aliciente poderoso para aceptar la oferta que le hacian en las formas varoniles y el aspecto de robustez del pretendiente. Dejaron pues aparte los escrúpulos en cuanto al artículo del nacimiento, y quedó concluido el matrimonio. Ninguno recibió un placer mas vivo que la tia Raquel, que hasta entonces, á pesar de su bondad natural, habia mirado de reojo á la presuntuosa doncella. Pero cuando vió á los dos desposados en la iglesia, dignóse honrar á la esposa con

CAPITULO V.

73

una sonrisa y con una reverencia profunda , en presencia del rector, del teniente , del sacristán y de todos los dignitarios de las parroquias reunidas de Waverley y Beverley.

Ruego por única vez á aquellos de mis lectores que no leen las novelas sino por entretenimiento, me perdonen si les hablo con tanta frecuencia de las antiguas opiniones políticas de los whigs y de los torys, de los partidarios de Jacobo, y de los partidarios del Elector de Hano-ver; pero á decir verdad, sin esta circunstancia es imposible que entiendan esta historia. Mi plan exige que explique todos los motivos que dan impulso á la accion principal. Y estos motivos originanse necesariamente de los sentimientos, las preocupaciones y las opiniones de los diversos partidos. No invito á mis lindas lectoras, á quienes su sexo y su impaciencia autorizan para quejarse de los detalles, no las invito á ocupar un

asiento en un carro tirado por hipogrifos, ó que vuela por los aires por via de encantamento; mi carruaje es la humilde silla de posta de Inglaterra, con cuatro ruedas, y que no sale del camino real. Si no place á algunos este modo de viajar, pueden abandonar el carruaje á la primera parada, y esperar el maravilloso tapir del príncipe Hussein, ó la voladora azotea de Malek, el tejedor en las mil y una noches. Los que se contenten con venir conmigo espondránse alguna vez al inseparable tedio de un largo camino, donde se experimentan todos los inconvenientes que hay para sufrir los barraneos que se atraviesan, y otras dilaciones de este mundo miserable. Pero gracias á unos caballos bastante ligeros y á un conductor experimentado, imitando el lenguaje de los avisos al público, encárgome de llevarlos á un pais mas pintoresco y romántico si tienen paciencia mis viajeros durante las primeras jornadas.

CAPITULO VI.

DESPEDIDA DE WAVERLEY.

SIR Everard entró en la biblioteca la noche de este memorable domingo, y sorprendió á nuestro héroe ejercitándose en la esgrima con la vieja espada de sir Hildebrand, que conservada como una preciosa herencia, estaba por lo comun colgada encima de la chimenea , bajo el retrato ecuestre del paladin, que tenia el rostro casi cubierto con su inmensa peluca, asi como lo estaba su Bucéfalo, con el ancho manto de caballero del Baño . con que habian condecorado á sir Hildebrand. Apenas entró sir Everard, arrojó una mirada al retrato y otra á su sobrino, y dio principio á un discurso ,

que continuó después con sencillez y en el tono natural de una conversacion comun, aunque agitado por sentimientos desconocidos: «Sobrino, dijo, Sobrino!.. Procuró en seguida calmarse, y exclamó: Mi amado Eduardo, nos abandonas para entregarte á la profesion militar, en la que se distinguieron muchos de tus antepasados ; tal es la voluntad de Dios y la de tu padre, á quien tienes obligacion de obedecer después de Dios. He dispuesto todo lo necesario para que puedas entrar en campaña de la manera que conviene al descendiente y al heredero presuntivo de Waverley. Me atrevo á esperar , amigo, que en el campo del honor recordarás tu apellido... Eduardo!... mi amado niño! recuerda que eres el vástago postrero de esta estirpe, y que en ti solo descansa la esperanza de que se perpetue. Evita, pues, los peligros cuando el honor y tus deberes te lo consientan; quiero decir todo peligro que no

CAPITULO VI.

77

sea necesario. Huye la compañía de los libertinos, de los jugadores y de los whigs, de los que temo halles un crecido número en el servicio. Me han dicho que tu coronel es un excelente hombre, aunque es presbiteriano. No olvides nunca tus deberes para con Dios, para con la iglesia de Inglaterra....» Aquí iba á añadir, según la letra, estas palabras : *Y para con el Rey*; pero como por desgracia conocia dos, uno de *hecho* y otro de *derecho*, el caballero acabó de otro modo la frase : «para con la iglesia de Inglaterra , y para con todas las autoridades constituidas.»

Y poniendo fin á su discurso, condujo a Eduardo por las caballerizas, para enseñarle los caballos que le habia destinado á su entrada en la carrera militar. Dos eran negros, para el servicio del regimiento , soberbios caballos de escuadron; tres igualmente ligeros y hermosos estaban destinados para el camino ó para los

criados. Debían acompañarle dos lacayos del castillo, y si necesitaba á mas otro podia elegirle en Escocia.

«¡Emprendes el viaje, dijo el baronet, con una comitiva bien modesta en comparacion de la de sir Hildebrand, cuando pasó revista en las puertas del castillo á un cuerpo de caballeria mas numeroso que vuestro regimiento entero! Deseaba que los veinte mancebos de mis dominios que van á servir en tu compañía caminasen contigo hasta Escocia, hubiéranse servido al menos de aparato; pero me han dicho que eso seria faltar al orden establecido en nuestros dias, en los que se procura por todos los medios posibles romper los lazos de dependencia que unen al vasallo con el señor.» Sir Everard no habia descuidado medio alguno para facilitar la costumbre que estaba en oposicion con las circunstancias. Habia dorado en cierto modo la cadena que debia unir á los reclutas con su jó-

CAPITULO VI.

79

ven capitan, no solo por medio de un abundante banquete de despedida, donde no se economizaron la carne y la cerveza , sino también con dádivas pecuniaras, mas propias para conservar el gusto de los manjares durante el camino que la disciplina. Después de haber visitado los caballos, sir Everard volvió á conducir á su sobrino á la biblioteca, donde le entregó una carta cuidadosamente doblada; estaba atada con una cinta de seda conforme á la moda antigua , y sellada con el escudo de la familia de Waverley. Decia esta carta, con toda la etiqueta del tiempo : — *A Cosme Comyne Bradwardine, esc. de Bradwardine, en su morada principal de Tully-Veolan en el Pertshire, Norte-británico. Le entregará esta carta Eduardo Waverley, sobrino de sir Everard Waverley Honour, baronet.*

El caballero á quien debia entregarse, y de quien tendríamos ocasion de hablar

80

WAVERLEY ,

mas adelante, habia tomado las armas en 1715 á favor de los Estuardos desterrados, y cayó prisionero en Preston. Descendia de una familia muy antigua, pero no muy rica; era un letrado á la escocesa : es decir, que habia estudiado mucho pero sin método, mereciendo mas el nombre de lector que de crítico ó de gramático. Decian que habia dado un ejemplo raro de aficion á los autores clásicos. Habiendo conseguido escaparse de sus guardias en el camino de Preston á Londres, halláronle al dia siguiente errando con muestras de descuido, no lejos del sitio donde habia dormido la víspera ; reconocieronle y arrestáronle de nuevo. Y como le manifestasen sus camaradas, y también los que le escoltaban, su admiracion de que no hubiese aprovechado la ocasion de ponerse en seguridad lo mas pronto posible, respondióles con ingenuidad que tal era su proyecto pero que habia vuelto de buena fe á bus-

CAPITULO VI.

81

car su *Tito Livio*, que Labia dejado olvidado con la turbacion de su fuga. Este rasgo de sencillez hirió al gentil-hombre, que como hemos dicho estaba encargado por sir Everard, y quizás por otros muchos, de defender á los desgraciados misioneros. Era este gran entusiasta por el historiador de Padua, aunque probablemente su admiracion no subiera á tan alto punto, aunque se hubiera tratado de descubrir el *Tito Livio* de Sweynheim y de Paunartz, que pasa por la *primera edicion*. Pero no apreció por eso menos el entusiasmo del escocés, y se esforzó cuanto pudo para destruir ó debilitar las pruebas de su culpa , para destruir los vicios del proceso, teniendo la felicidad de librar á Cosme Comyne Bradwardine de las consecuencias muy desagradables de una accion seguida en el tribunal de nuestro Soberano en la corte de Westminster.

El baron de Bradwardine, como gene-

TOMO I.

6

ralmente le llamaban en Escocia (sus amigos le daban también el nombre de *Tully-Veolan*, y con mas frecuencia de *Tully*), apenas quedó absuelto por el tribunal , cuando corrió en posta al castillo de Waverley-Honour á rendir sus homenajes á sir Everard. Una misma pasión por la caza y por las otras diversiones del campo, y una conformidad general de opiniones políticas cimentaron su amistad , á pesar de la diferencia de sus costumbres y de sus estudios bajo otros aspectos. Despues de haber permanecido algunas semanas en su compañía, despidióse Bradwardine de sir Everard, prodigándole las mas tiernas espresiones de su aprecio y de su afecto, y rogándole con instancia que le volviera la visita para cazar juntos la ortega en sus matorrales de Pertshire. Algun tiempo despues , Mr. Bradwardine remitió de Escocia una suma en reembolso de las costas de su proceso seguido en la corte del

CAPITULO VI.

83

Rey en Westminster. Aunque esta suma, reducida á su valor en Inglaterra, no pareció tan exorbitante como lo era en su primera forma de monedas escocesas, causó una impresion tan terrible en Duncan Macvheeble . secretario del señor escocés, su administrador y prestamista, que fué acometido por un acceso de cólico por espacio de cinco dias, ocasionado, según dijo , únicamente por el dolor de ser el desgraciado instrumento destinado á sacar de Escocia tanta plata, y ponerla en manos de los pérfidos ingleses. Aunque el patriotismo es el mas noble de los sentimientos, no por eso deja de ser muchas veces una máscara muy sospechosa. Algunas personas que creian conocer muy bien al administrador Macvheeble , estaban persuadidas de que su pesar no era del todo desinteresado, y que hubiera sentido menos la plata pagada á los bribones de Westminster si no hubiera tenido parte en los dominios de

84

WAVERLEY,

Bradwardine, cuyas rentas miraba como propias; pero el administrador protestaba su desinterés absoluto:

No mi suerte, la Escocia me interesa.

En cuanto á su señor , regocijábese de poder devolver las sumas que su digno amigo sir Everard Waverley de Waverley-Honour habia suplido por la casa de Bradwardine; y como se trataba del honor de esta casa y de la gloria nacional, se habia acelerado á pagar la deuda. Sir Everard, acostumbrado á mirar con indiferencia sumas de mas consideracion, recibió 294 l., 13 s., 6 d., sin imaginar que el honor de ambas naciones se interesaba en el pronto reintegro de este adelanto; y hubiérala olvidado del mismo modo, si el administrador Macvhe- eble hubiera interceptado este pago para curar su cólico. Comenzó desde entonces entre Waverley-Honour y Tully Veolan,

CAPITULO VI.

85

el trueque anual de una breve carta, de una canasta, y de un tonel con las producciones del país. El regalo del señor inglés consistía en grandes quesos, en excelente cerveza, faisanes y jabalíes. En retorno enviaba el escocés ortegas¹⁸, liebres blancas, salmon salado y alguna bebida¹⁹. Remitían y recibían recíprocamente estos regalos como prendas de una amistad constante entre los dos ilustres señores: era pues natural y conveniente que el heredero presuntivo de Waverley no partiese á Escocia sin cartas de recomendación para el barón de Bradwardine. Dispuesto y concluido este negocio, Mr. Pembroke manifestó desear una entrevista privada de despedida con su amado discípulo. El Maestro unió sus preocupaciones políticas á las exhortaciones que dirigió á Eduardo, recomendándole una conducta pura, una moral severa, la constancia de sus principios religiosos, y el cuidado de evitar la compañía pro-

¹⁸ Cfr. DEF y WAV: "grouse" (urogallo). OLI sustituye el ave de caza del texto francés por un animal común en España (actitud domesticadora).

¹⁹ Mientras que DEF repite el término gaélico "usquebaugh" (agua de vida), acompañado de una nota donde se explica que se trata de whisky, OLI se decanta por una traducción que neutraliza las referencias a la cultura foránea. En otras apariciones textuales, sin embargo, OLI alterna "whisky" con "escuba", cierto licor cuyo ingrediente principal es el azafrán, solución esta última que acerca el objeto cultural al universo español. Cfr. GUT-LOP que emplea la repetición en cursiva, precedida de una glosa intratextual en la primera aparición del término: "aguardiente llamado *usquebaugh*".

fana de los impíos y de los sectarios, que eran muy numerosos en el ejército. «El cielo ha querido, dijo, sin duda en castigo de los pecados de sus antepasados de 1642, que los escoceses permanezcan en un estado mas deplorable de ignorancia que el infortunado reino de Inglaterra. Aquí al menos, añadió, aunque hayan quitado en cierto modo de su lugar el candelabro de la iglesia anglicana, suministra todavía una luz vacilante: existe aun una gerarquía, aunque muy ambigua, y que se separa de los principios defendidos por los ilustres padres de la iglesia de Saneroft y sus hermanos; existe una liturgia, aunque cruelmente pervertida en algunas de las principales preces. Pero en Escocia todo es tinieblas, á escepcion de algunos restos de fieles esparcidos y perseguidos; todas las cátedras están en poder de los presbiterianos y de los sectarios de todas clases. Es pues mi deber facilitar á mi amado discípulo medios

CAPITULO VI.

87

para resistir á tantas doctrinas impías y perniciosas en materias políticas y religiosas, doctrinas que se verá precisado á escuchar con el tiempo.

Mr. Pembroke le entregó dos enormes lios, que al parecer contenian una resma entera de papel manuscrito. Eran el fruto de los trabajos de la vida entera del digno ministro, que perdió inútil é ingratamente el tiempo y el afán. Habia hecho un viaje á Londres con intencion de publicar este manuscrito con el auxilio de un librero de las inmediaciones de San Pablo, muy conocido por su habilidad para vender esta clase de obras. Aprendió antes de presentarse una frase y una seña secretas, con que se reconocian en aquella época los partidarios de Jacobo. Apenas Mr. Pembroke hubo pronunciado la palabra misteriosa con el gesto convenido, y presentado su carta, cuando el librero se empeñó en darle el título de doctor, á pesar de sus modestas reclama-

ciones, dándose prisa á entrarle en su trastienda; y despues de haber registrado todos los rincones donde era posible é imposible ocultarse, habló así: «Eh! doctor!... Y bien!... Estamos en un sitio seguro , muy retirado; y no dejo aquí un solo agujero donde pueda agazaparse un raton hanoveriano. Por favor..... Y bien! ¿qué nuevas traéis de nuestros amigos de la otra parte del Océano ? Como está el digno Rey de Francia?... O quizás vendréis de Roma? Porque Roma es la que debe llevarlo un dia todo á cima. Es preciso que la Iglesia atice la vela ó la vieja lámpara... Y bien?... Qué! guardais aun reserva ? Mas os aprecio por eso; pero no teneis que temer.»

Mr. Pembroke interrumpió entonces no sin dificultad este torrente de preguntas , acompañadas de movimientos de cabeza, de gestos y de miradas significativas. Habiendo por último convencido al librero de que le honraba demasiado

CAPITULO VI.

89

reputándole emisario del Pretendiente, esplicóle su verdadero negocio.

El librero comenzó con mucha calma á examinar los manuscritos. El título del primero era: *Division de las divisiones, ó la comprension refutada, con la demostracion de la imposibilidad de composicion alguna entre la iglesia y los puritanos, presbiterianos y demás sectarios, con las pruebas sacadas de las escrituras de los santos Padres y de los teólogos controversistas*. Despues de haber leído este título el librero exclamó: «Buena intencion, precioso libro sin duda ; pero pasó el tiempo. Impreso en caracteres de lectura resultarian por lo menos ochocientas páginas, y no llegaria á producir los gastos. Escusadme, pues... Amo y venero la verdadera iglesia en el fondo de mi alma, y si fuese un sermon sobre el martirio, un folleto, arriesgaria cualquier dinero en honor de vuestro estado. Pero verémos el otro *Justificacion del derecho hereditario* Ah

este envuelve otro sentido. Hum! hum! Tantas páginas; el papel, tanto ; la impresion, tanto. Ah! dígoos, doctor, que debiais aligerarle algo de citas griegas y latinas; porque eso es muy pesado, doctor, diabólicamente pesado! Os pido perdón, doctor; también seria bueno animar el estilo, añadirle algunos granos de pimienta como decimos nosotros. Nunca me ha agradado criticar á los autores. He impreso obras de Drake y de Charlwood-Lawton, y del pobre Amherst. Ah! Caleb, pobre Caleb ! es una vergüenza el dejar morir de hambre al pobre Caleb! Y con tantos reverendos rectores y señores ricos que hay en Inglaterra! Por lo comun le doy á comer una vez cada semana pero ¿qué es una comida á la semana, cuando no se sabe donde ir en los restantes seis dias? Pues bien, doctor, enseñaré vuestro manuscrito á mi agente Tom-Alibi, que está encargado de todos mis negocios. No se puede ir contra la

CAPITULO VI.

91

corriente. La canalla se portó muy mal en la corte del antiguo palacio. Juzgo tales á los whigs y á los republicanos²⁰, á los partidarios de Guillermo y los ratones de Hanover.

Al dia siguiente Mr. Pembroke volvió á casa del librero, quien le dijo francamente que Tom-Alibi le habia aconsejado no entrar en esta empresa. Estad bien seguro que me condenaria de buena gana á Qué iba yo á decir? á tener que plantar tabaco en Virginia! pero, amado doctor, tengo muger é hijos que alimentar. Tomad, recomendaré vuestro negocio a Trimmel mi vecino: es soltero y va á retirarse del comercio ; de suerte que nada le importará un viaje por mar á las colonias occidentales. Pero Mr. Trimmel se mostró tambien inflexible ; y quizás fué una fortuua para Mr. Pembroke el verse en la precision de volver á Waverley-Honour llevando sano y salvo en las alforjas su defensa de los principios fun-

²⁰ DEF traduce por "Têtes-Rondes" (WAV: "Roundheads"), explicando en una nota que 'cabezas redondas' es el mote que se daba a los republicanos por su corte de pelo. OLI, en cambio, prescinde de la connotación cultural.

damentales de la Iglesia y del Estado.

Como, según todas las apariencias, quedaria privado el público del beneficio de su obra por el egoísmo y la cobardía de los libreros, Mr. Pembroke sacó una copia de sus formidables manuscritos para uso de su discípulo. Conocia que habia sido indolente como preceptor, y á mas acusábale su conciencia de su condescendencia en haber cedido á las insinuaciones de M. Ricardo Waverley de no inculcar á su hijo principios opuestos á los del gobierno actual. «Ya que sale pues de mi tutela ¿dijo, puedo sin faltar á mi palabra, facilitarle los medios de obrar arreglado á la justicia. Si algun cargo debo hacerme á mí propio , es el de haber ocultado por tan largo tiempo la luz con que esta lectura va á alumbrar sus ojos.» Mientras se entregaba á las meditaciones de autor y de político, no hallando su amado neófito atractivo ninguno en los títulos de ambos tratados , y aterrado por

CAPITULO VI.

93

otra parte con la inmensa mole y apiñadas líneas del manuscrito, lo puso con mucha flema en un rincón de la maleta.

La tía Raquel se despidió en pocas palabras, pero con mucho afecto: contentóse con encargár á su jóven Eduardo que no cediese á los seductores encantos de las lindas escocesas. «No ignoro, le dijo, que hay en el norte algunas familias nobles; pero ah! todos sus individuos son whigs y presbiterianos, á escepcion de los highlanders²¹. Me veo también en la precision de decirte que no he formado el mas alto concepto de la delicadeza de las damas de esa comarca; porque me han asegurado que sufren que lleven los hombres un traje muy singular, por no decir otra cosa, y que no les conviene de modo alguno. «Puso fin á su despedida bendiciendo al oficial toda conmovida y afectuosa , y le regaló al mismo tiempo sortija guarnecida de diamantes , y un

²¹ OLI, a partir de DEF, emplea por norma la estrategia de la repetición para designar a los habitantes de las Tierras Altas de Escocia. Para nombrar la región, en cambio, alterna la repetición: "Highlands" (a veces sustituida por el gentilicio "highlanders") con dos traducciones: "tierras altas" (más literal) y "montañas / montes" (neutraliza el componente cultural escocés). Cfr. el tratamiento de "Lowlands", alternando la repetición con la traducción: "tierras bajas".

94 W A V E R L E Y ,
bolsillo lleno de esas grandes monedas
de oro que circulaban en mayor número
entonces que ahora.



CAPITULO VII.

GUARNICION DE CABALLERIA EN ESCOCIA.

Al dia siguiente al amanecer, Eduardo, agitado de mil sentimientos contrarios , y principalmente de una estraordinaria inquietud al verse del todo abandonado á sí propio, partió del castillo en medio de las bendiciones y de las lágrimas de todos los criados antiguos y de los habitantes del lugar; y entregáronle también algunos memoriales para la corte, solicitando grados y ascensos en el ejército. Declararon los paisanos que nunca hubieran dejado partir á Jacobo, á Gines y á Jonatas, á no ir acompañando á su merced como debian. Desembarazóse Eduardo , como era también su deber, de los de-

mandantes haciéndoles mil ofertas; pero sin embargo, no les produjo tantas como era de esperar de un jóven que tan poca experiencia tenia del mundo. Despues de haberse detenido unos dias en Londres, siguió su camino á caballo, que era entonces el modo mas común de viajar, á Edimburgo, y desde allí á Dumdee, puerto de mar en la costa oriental del condado de Angus , donde estaba entonces acuartelado su regimiento.

Entraba en un mundo nuevo, donde todo le parecia á primera vista encantador, porque todo era nuevo para él. El coronel G.** que mandaba el regimiento era un objeto de estudio para un jóven no menos curioso que novelero: era de alta talla, bien formado y muy activo, aunque ya de edad avanzada: habia sido en su juventud lo que se llama á modo de paliativo, un mancebo muy distraido. En materia de religion habia vivido en la incertidumbre, ó quizás en la increduli-

CAPITULO VII.

97

dad, antes de convertirse en un espíritu severo y entusiasta al mismo tiempo; habianse divulgado cuentos muy estraños sobre su súbita conversion. Decíanse al oido que habia tenido una revelacion sobrenatural, pero visible á los sentidos exteriores; y aunque generalmente pasaba por exaltado, ninguno se atrevia á tacharle de hipócrita. Esta circunstancia misteriosa causó una profunda impresion en el jóven Eduardo, y le inspiró un interés particular por el coronel G.** Imaginóse fácilmente que con semejante gente formarian los oficiales del regimiento una sociedad mas tranquila y mas uniforme de la que compone por lo comun una reunion de oficiales, y que se preservaria de muchas tentaciones que hubiera encontrado en cualquier otro regimiento. Ocupóse primeramente en la instruccion de los deberes de su grado; habia aprendido mucho tiempo antes el arte de la equitacion, y se dedicó al de la prácti-

TOMO I.

7

ca , que llevada á su perfeccion realiza en cierto modo la fábula del Centauro; pues las evoluciones del caballo parecen mas el efecto de la voluntad del ginete, que el resultado de movimiento ó de un impulso exterior. Impúsose minuciosamente en las obligaciones que debia llenar; pero pasado el primer entusiasmo , sus progresos no fueron tan rápidos como habia creido. Los deberes de un oficial parecen de gran importancia á los que no los conocen, á causa del aparato exterior que los acompaña ; pero de hecho no son sino una rutina seca y árida, una especie de cálculo que exige solo atencion, un entendimiento comun, y la simple comprension. Nuestro héroe se entregó á algunas distracciones que escitaron á sus expensas la risa de sus compañeros, y le ocasionaron repulsas de parte de sus gefes. Esperimentó el doloroso sentimiento de su inferioridad en punto á las cualidades de su nueva profesion, que parecian

CAPITULO VII.

99

merecer y obtener principalmente los elogios: en vano se preguntaba á sí propio porque su vista no media las distancias con tanta perfeccion como los otros oficiales; porque no se acostumbraba á calcular con igual exactitud todos los movimientos de las diversas evoluciones en un espacio limitado; porque su memoria, naturalmente tan fiel, no podia retener las palabras técnicas , ni las minuciosidades de la orden y de la disciplina. Eduardo era modesto , y por consiguiente no tenia la necia presuncion de creer que estos detalles fuesen indignos de él, y que habria nacido general, por que era solo un mediano subalterno. Lo cierto es que su costumbre de estudiar sin orden y sin plan habia aumentado su distraccion natural, y le habia hecho incapaz de una aplicacion seria y no interrumpida.

Deslizábase entre tanto el tiempo rápidamente , y ninguna utilidad ni placer encontraba. Los oficiales se habian mal-

quistado con los nobles del vecindario, que no siendo muy amantes del gobierno, ninguna hospitalidad mostraban á los militares; y los habitantes de la ciudad, ocupados únicamente de sus intereses mercantiles, vivian de un modo poco atractivo para que Waverley deseara sus relaciones. La proximidad de la primavera y el deseo de conocer mejor las costumbres de Escocia obligáronle á pedir permiso para ausentarse durante algunas semanas. Resolvió principiar su viaje visitando al antiguo amigo de su tío, y proponiéndose permanecer en su casa el tiempo que las circunstancias le permitiesen. Partió á caballo acompañado de un criado único, y pasó la noche en una mala posada , cuya posadera no llevaba medias ni zapatos; y el huésped que tomaba el titulo de gentilhombre, no miraba á nuestro oficial de buen ojo, porque no le habia suplicado que le hiciese el honor de sentarse á su mesa. Al

CAPITULO VII.

101

dia siguiente atravesó Eduardo un pais enteramente raso, y se acercó poco á poco á las montañas de Pertshire, que á lo lejos le parecian una línea azul en medio del horizonte, cuyas gigantescas moles se levantaban con una especie de amenazas de provocacion sobre la llanura que se dilata á sus faldas. Al pie de esta majestuosa barrera , pero sin salir de los Lowlands habitaba Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine ; y si hemos de dar crédito á las canas de la vejez, aquí habian morado sus antepasados desde el reinado del gracioso monarca Duncan.



CAPITULO VIII.

CASAS DE ESCOCIA SESENTA ANOS HA.

EL Sol estaba en la mitad de su carrera cuando el capitan Waverley entró en el pueblo de diseminadas casas, ó por mejor decir en los hogares de Tully-Veolan, que estaban contiguos al edificio de este nombre. Los albergues anunciaban una miseria estremada, principalmente á los ojos acostumbrados al risueño aseo de las habitaciones de Inglaterra. Habian edificado las casas sin regularidad á una y otra parte de la calle no empedrada, y en la que los niños casi desnudos se revolcaban por tierra á riesgo de que los aplastasen los primeros caballos que pasasen por

CAPITULO VIII.

103

ella. Es verdad que algunas veces cuando esta desgracia parecia inevitable, la abuela de avanzada edad que los cuidaba , con su estrecho gorro, su rueca y su huso, abalanzábase como furiosa sibila á una de estas miserables criaturas, precipitábase al medio del camino, y agarrando á su chico de cabellos blanquizcos , saludábalo con un fuerte bofeton y lo transportaba á su lugar. El niño atronaba con sus agudos y penetrantes gritos, que parecian salir de lo mas profundo de sus pulmones, respondiendo á la repulsa de la colérica vieja. Veinte mastines mohinos y vagamundos formaban parte de este concierto ladrando y aullando sin cesar, y procurando morder las piernas del caballo. Habianse acostumbrado tanto á este fastidio los que recorrian la Escocia, que queriendo un viajero francés á instancia de otros muchos hallar la causa de todo lo que veia, dijo que entre las curiosidades de la Caledonia se conserva en

cada pueblo una relacion de los mastines llamados perros de collar y destinados á hostigar á los *Caballos de posta*, que están de tal suerte flacos, que sin auxilio de tan poderoso *incentivo* no se podria conseguir hacerles caminar. Las cosas no han variado de aspecto : el mal y el remedio existen; pero este episodio no corresponde á nuestra historia; hablo solamente con los que están encargados de alzar el impuesto señalado por el *bill* sobre perros, de M Dent.

Siguiendo Waverley su camino, encontraba de trecho en trecho algun anciano encorvado con el peso de la fatiga y de los años, que con los ojos amortiguados tanto por la polvareda como por la vejez, adelantábase medio cayendo á la puerta de su cabaña para examinar el rico vestido del viajero y la traza de su caballo. Dirigíase en seguida con sus vecinos á casa del albéitar para participarse mutuamente sus conjeturas sobre

CAPITULO VIII.

105

el objeto que tendria el viaje del extranjero. Tres ó cuatro doncellas que regresaban de la cisterna ó del arroyo llevando en la cabeza el cubo ó el cántaro, presentaban un espectáculo mas lisonjero: al verlas con sus sencillos jubones cortos y ligeros, con los brazos , las piernas y los pies desnudos, y con sus luengos cabellos, que cayendo en crenchas componian una especie de peinado, hubiérases las tomado por uno de los lindísimos grupos que con tanta frecuencia se hallan en Italia. Quizás un aficionado á la pintura hubiera vacilado antes de decidir que traje merecia la preferencia, ya por la forma ya por la elegancia. Sin duda un inglés hubiera deseado que su vestido fuese menos extravagante; que sus pies y sus piernas estuvieran mas protegidos contra la intemperie; y su cabeza y su cutis menos espuestos á los rayos del sol; ó quizás hubiera también creido que ganarian mucho las personas y sus adornos con

una abundante provision de agua clara y suficiente cantidad de jabon. El conjunto de este cuadro era triste, porque parecia anunciar la parálisis de la industria y la de la inteligencia. La curiosidad misma, la mas activa de las pasiones de los hombres ociosos, no reinaba en Tully-Veolau; los mastines de que ya hemos hablado eran los únicos que daban pruebas de lo contrario, porque los lugareños permanecian en algun modo pasivo. Clavaban los ojos, es verdad, en el jóven militar y en su criado; pero sin ninguno de los animados movimientos ó de los ademanes de admiracion con que, por lo comun, los que viven en una monótona holgazanería espresan la impresion que les causa la vista de los objetos que están fuera de su radio. Sin embargo, examinada mas de cerca la fisionomía del pueblo, no anunciaba de modo alguno la indiferencia de la estupidez; las facciones de los aldeanos eran vulgares, pero animadas

CAPITULO VIII.

107

por un rayo de inteligencia; sus rostros eran graves y denotaban por lo mismo la ausencia de la estupidez. Entre las doncellas un artista hubiera podido escoger mas de un modelo, que por sus lindas formas y donoso semblante se asemejasen á Minerva. Los niños que tenían el cutis tostado y los cabellos emblanquecidos por la influencia del astro del dia, distinguíanse á las veces por sus espresivas é interesantes miradas. Por último hubiérase dicho que la pobreza y la indolencia, que es casi siempre su companera, unian su influencia para degradar el carácter natural y moral de un pueblo robusto, inteligente y reflexivo.

Waverley entregábase á sus pensamientos siguiendo al paso el camino lleno de guijarros. Sacábanle de sus meditaciones los saltos que daba el caballo acometido por los perros que seguían mordiéndole las piernas. El pueblo tenía mas de media legua de longitud, porque las

casas, edificadas singularmente á derecha é izquierda del camino, veíanse separadas por huertos ó patios, siendo cada una de distinta forma. En aquella época, porque ya han transcurrido sesenta años, no se conocían allí las patatas tan comunes en el día; abundaban los plantíos de coles gigantescas, llamadas *kails* en el país y cercadas de ortigas. De trozo en trozo la cicuta y el cardo sombreaban parte del cercado. Nunca habían nivelado el terreno sobre el cual estaba edificada la aldea ; de suerte que presentaba á la vista desigualdades de toda clase, elevándose en unas partes en forma de terraplén, y ahondándose en otras en figura de vertiente. Entre las paredes de piedra seca que defendían, ó por mejor decir que parecían defender estos huertos semejantes á un anfiteatro, una estrecha senda conducía al campo comun. Allí reuniendo sus trabajos los aldeanos, cultivaban centeno, avena, cebada, gui-

CAPITULO VIII.

109

santes; en cuadros tan reducidos, que la superficie de esta llanura, que por otra parte producía muy poco á causa de la extraordinaria variedad , parecía de lejos el libro de muestras de un tendero. En algunos sitios mas favorecidos distinguíase detrás de las casas una miserable cabaña construida con tierra , guijarros y césped, donde los ricos del pueblo podían albergar una vaca moribunda de hambre, ó algun caballo enfermo ; pero casi todas estas cabañas estaban cubiertas por un lado con una pared negra , y por el otro con un monton de estiércol, que rivalizaba con ellas en elevacion.

A alguna distancia del pueblo descubríanse muchos cotos, á los que daban el pomposo nombre de parque de Tully-Veolan : consistían en diferentes campos cuadrados que rodeaban y defendían con redes de piedra de seis pies²² de alto. En el centro de la barrera exterior veíase la puerta de la entrada, que estaba edifi-

²² El TM español cambia la altura del muro por mediación de la traducción francesa; cfr. WAV: "five feet" (cinco pies).

cada bajo una bóveda recortada por arriba y adornada con dos largos y macizos pilares, viejos y arruinados, que según la tradición de los lugareños representaban en otro tiempo , ó estaban destinados á figurar, dos osos rampantes que sostenían las armas de la familia de Bradwardine. Esta entrada era recta á lo largo, y se prolongaba entre dos hileras de viejos castaños, interpolados con sicómoros, cuyas túpidas ramas de tal suerte se cruzaban que formaban una bóveda impenetrable. Detrás de estas dos hileras de árboles venerables descubríanse dos paredes iguales no menos antiguas, cubiertas de hiedra, de madreselva y otras plantas de igual naturaleza. Pocos penetraban por este lugar y siempre eran gente de á pie; de suerte que siendo tan larga la entrada y como estaba defendida de la sombra, crecía por todas partes abundante césped, escepto en medio del camino, donde había una senda para ir los colonos de la primera a

CAPITULO VIII.

111

la segunda puerta. Esta á semejanza de la otra se veía en medio de una pared adornada con algunos groseros relieves, y rodeada de almenas, por encima de las cuales se percibían medio ocultos por los árboles de la entrada los escarpados techos y la fachada de la casa , con dos especies de dentellones y dos torrecillas en los ángulos. Aparecía abierta una de las hojas de la segunda puerta ; y como los rayos del sol daban perpendicularmente en el patio , llegaba su luz hasta la sombría calle de los árboles ; efecto que tanto agrada representar á un pintor. Esta claridad se confundía maravillosamente con las vistosas ráfagas que lograban introducirse por entre las ramas de la verde bóveda formada por los árboles.

La calma y soledad de semejante sitio parecía en algun modo monástica; y Waverley que habia entregado su caballo al criado al llegar á la primera puerta, avanzaba con lentitud, gozando de la frescu-

ra de la sombra, y tan poseído de las ideas de reposo y de retiro que inspiraba este apacible lugar, que olvidó la miseria y la pobreza de la aldea que dejaba á sus espaldas. El interior del enlosado patio correspondía perfectamente á lo que acabamos de describir. La casa, que consistir al parecer en dos ó tres estancias muy altas, muy estrechas y muy escarpadas, ocupaba parte del coto. Había sido fabricada en un tiempo en que no se necesitaban castillos, y cuando los arquitectos escoceses no conocían todavía el arte de distribuir las habitaciones. Las ventanas eran muchas y muy reducidas ; el techo presentaba extraordinarias aberturas, y en cada ángulo había una torrecilla que semejaba más á un cajón que á una torre gótica. La fachada anunciaba seguridad absoluta contra un ataque: veíanse varias troneras y palos salientes en las ventanas inferiores, sin duda para rechazar las bandas errantes de egipcios²³, ó para dispen-

²³ Cfr. WAV (78): "any roving band of gipsies". Nótese el error de traducción derivado de una mala comprensión del texto francés por parte de OLI: el vocablo "egyptien" (DEF) recoge las acepciones de 'egipcio' y 'gitano', aunque es la segunda la que cobra valor en el texto, tal como lo aclara el propio traductor francés en una nota a pie de página. Cfr. XER y GUT-LOP: "gitanos".

CAPITULO VIII.

113

sarse de recibir la visita de los ladrones²⁴ de las montañas vecinas. Los establos y oficios ocupaban otro lado del palio: los primeros eran bóvedas bajas, con hendiduras en vez de ventanas ; tales establos en forma de calabozos se parecían mas, como notó el criado de Eduardo, á una prision para los asesinos y ladrones, que á un abrigo de ganado. Encima estaban los graneros, llamados en Escocia *girnels*, y á los que se subía por escaleras esteriores de grosera mazonería. Dos paredes con almenas, de las cuales la una estaba en frente de la entrada , y la otra que separaba el patio del jardín, completaban el cercado. El patio tenía también sus adornos: veíase en uno de sus ángulos un palomar en forma de tonel, circular y vastísimo, semejante á un edificio llamado el *horno de Arturo*, que hubiera trastornado la cabeza de todos los anticuarios ingleses si el respetable propietario no le hubiese destruido para repararla pared de

TOMO I.

8

²⁴ DEF opta por repetir el término de origen gaélico "Caterans", con nota a pie de página con el significado: 'ladrones de ganado'. Frente a esta estrategia, OLI prefiere una traducción que neutraliza el componente cultural.

una presa contigua. Este palomar, *columbarium*, como le llamaba el señor Bradwardine, no era mediano recurso para un laird²⁵ escocés de aquel tiempo, cuyas rentas se aumentaban con las contribuciones que estos forrajeadores alados imponían á las granjas, y con la conscripción á que se habían sometido en provecho de su mesa.

En otro ángulo del palio había una fuente, donde un enorme oso de piedra dominaba en un ancho estanque derramando el agua por su garganta. Esta acabada obra era la admiración de la comarca á diez millas al rededor. No debemos olvidar que varios osos de todos tamaños, osos enteros y medios osos, esculpidos en las ventanas y al extremo de los puntales, terminaban las gárgolas del techo, y sostenían las torrecillas, con esta divisa: *Guardaos del oso* (beware the bear). El patio era vasto, bien enlazado y aseadísimo; pues probablemente había otra sa-

²⁵ OLI alterna la repetición de "laird" –forma escocesa para *lord*– con una glosa intratextual: "señor escocés". DEF, en cambio, tiene por norma la repetición solamente.

CAPITULO VIII.

115

lida detrás de las caballerizas para sacar el estiércol de los caballos. No interrumpía el profundo silencio de esta soledad mas que el ruido de la fuente ; y la imaginacion de Waverley continuaba representándosela como un claustro abandonado. Con el permiso del lector damos aquí fin á este capítulo consagrado á describir cosas inanimadas.



CAPITULO IX.

OTRA VEZ LA CASA Y SUS ALREDEDORES.

DESPUÉS de haber satisfecho su curiosidad contemplando durante algunos minutos todo lo que le rodeaba, cogió Waverley la enorme aldaba de la grande puerta, cuyo arquitrabe llevaba la fecha de 1594; pero llamó y no le respondieron, á pesar de que el ruido resonó á lo lejos en todos los aposentos , y fué repetido por el eco del patio, espantando á los palomos en su venerable rotunda, y aun á los perros de la aldea que se habian dormido en la basura²⁶. Fatigado de mover inútilmente tanto ruido, y de obtener respuestas tan estrepitosas, principió á creer Eduardo que estaba como el victo-

²⁶ OLI manipula la traducción francesa: "son fumier" (su estiércol) para encubrir ciertos tintes escatológicos, que también están presentes en WAV: "their respective dunghills". Se trata de un caso de autocensura para hacer el texto meta más aceptable desde el punto de vista del decoro. Cfr. XER que omite el segmento, y GUT-LOP: "sus montones de estiércol".

CAPITULO IX.

117

rioso Arturo en el castillo de Orgalio, cuando hizo resonar el castillo con sus gritos.

Nuestro héroe tenía esperanza de encontrar á quien poder dirigir sus preguntas sobre aquella desierta morada, cuando dio una vuelta , y se acercó á un postigillo de roble, construido en la pared del patio y en el ángulo que formaba la casa. A pesar de la apariencia de fortificación de la puerta, la cerraba únicamente un picaporte: levantóle Eduardo , y entró en un jardín que le sorprendió agradablemente. La parte del mediodía, cubierta de árboles frutales y de otros muchos arbustos siempre verdes, se dilataba irregular pero venerable á lo largo de una azotea en parte empedrada y en parte rodeada de flores. De la azotea se bajaba al jardín, propiamente dicho, por tres escaleras , colocada la una en el centro y las otras dos á los extremos: cercábalo un parapeto de piedra con una ba-

laustrada grosera, adornada de distancia en distancia con figuras grotescas de animales, entre quienes sobresalía el oso. En medio de la azotea, entre una mampara y la escalera del centro, un enorme animal de esta especie sostenía con su cabeza y con sus piernas de delante un ancho cuadrante, en cuya circunferencia había grabadas unas ecuaciones que podía descifrar Eduardo con los conocimientos matemáticos que tenía.

El jardín que parecía en extremo cuidado, y que era abundante en frutos, ofrecía una profusión de flores y de árboles podados que formaban figuras grotescas: estaba dividido en muchas azoteas que se sucedían de fila en fila desde la pared de la parte de occidente hasta un ancho arroyo, cuya agua pura y apacible servíale de límite; algo más lejos vencía este arroyo con estrépito una grande parada, causa de su momentánea tranquilidad, y formaba su cascada junto á un

CAPITULO IX.

119

invernadero de figura ovalada. Desde allí volviendo á tomar la rapidez natural de su curso, perdíase de vista el riachuelo en un valle muy poblado de árboles. Veíase en el verde soto una arruinada torre, que habia sido la primera morada de los barones de Tully-Veolan. La ribera opuesta al jardin formaba una estrecha llanura, ó un *hangli*, como le llamaban, que era un pradecillo; la segunda llanura de la orilla estaba también cubierta de arbustos.

Por agradable que fuera este jardin no podia comparársele á los de Alsine ; sin embargo habia en él las *garrulas madamiselas* de este paraíso encantador. En efecto, en el prado dos doncellas con las piernas desnudas , puestas cada una en un cubo espacioso hacian con sus pies las veces de una máquina de lavar de nueva invencion. No permanecieron tranquilas como las ninfas de Armida para saludar á su huésped con la melodía de su voz: alarmadas al aspecto de un lindo estran-

jero, dejaron caer sus vestidos, ó por mejor decir su único vestido, para cubrir sus piernas que su ocupacion mantenía descubiertas. *Eh sir!* exclamaron con un acento que manifestaba tanta modestia como coqueteria, y echaron á correr con la rapidez del gamo.

Principiaba Waverley á desesperarse de poder penetrar en aquella casa solitaria y como encantada , cuando un hombre se adelantó por las calles del jardin. Pensando que era el jardinero ó algun criado, bajó Eduardo los escalones de la azotea para ir á su encuentro ; pero antes de llegar al sitio donde pudiera examinar sus facciones , admiráronle sus gestos y la singularidad de su exterior. Algunas veces este individuo cruzaba las manos sobre su cabeza como un indio que se impone cierta penitencia; otras dejaba caer sus brazos perpendicularmente imitando el movimiento de una péndula, ó bien los cruzaba rápidamente sobre el pe-

CAPITULO IX.

121

cho. Su andar no era menos extraordinario: tan pronto iba á la coscojilla alternativamente con el pie derecho y con el izquierdo, y tan pronto saltaba á pie juntillas. Su vestido parecia tan antiguo como extravagante: llevaba una especie de gabán gris acuchillado , con vueltas y forrado de grana ; sus zapatos eran del mismo color, así como su gorro, en el que ondeaba una pluma de pavo. Eduardo, á quien según trazas no habia visto, percibió en breve que las facciones de su rostro confirmaban lo que de lejos habian anunciado sus gestos y su andar: no era en la apariencia ni el idiotismo ni la demencia lo que daba aquella espresion vaga y estraviada á su fisonomia naturalmente agradable; sino una composicion de uno y otra, una mezcla de la simplicidad del idiota y de la extravagancia de un seso vacío. Principió á cantar, luego levantó los ojos, que habia tenido clavados en sus pies para ver si llevaban bien

el compás; y percibiendo á Eduardo, qui-
tóse al punto el gorro , y manifestó con
gestos groseros su sorpresa y su respeto.
No esperando obtener una respuesta sa-
tisfactoria á las preguntas que pudiera ha-
cer Waverley, le preguntó al menos si es-
taba en casa el señor de Bradwardine ó
si podria hablar con alguno de sus cria-
dos. Eduardo no pudo entender la estra-
ña respuesta que le dio, pues hablaba un
dialecto tan particular, que únicamente
pudo comprender la palabra *despensero*.
Waverley dijo si podria verle; entonces
aquel hombre , mirándole con aire de
inteligencia, le hizo seña de que le siguie-
se, y principió en seguida á bailar por
una calle de árboles. Vaya un guia es-
traño , pensó Eduardo , y muy parecido
á los *clowus* medio locos de Shakespeare:
no soy muy prudente en tomarle por pi-
loto ; pero á hombres mas sabios que yo
ha guiado un demente. Con todo llega-
ron al cabo de la calle de árboles, y dan-

CAPITULO IX.

123

do una ligera vuelta entraron en la era, defendida contra los vientos de levante y del norte por una fila de tejos. Eduardo halló allí un anciano ocupado en cavar la tierra , y que se habia puesto un vestido inferior: su aspecto hacia dudar si era un criado de primer rango ó un jardinero. Su encendida nariz y su camisa con pechera pertenecian á los hombres de la primera de las dos profesiones; pero su tez tostada del sol, y su mandil verde le presentaban semejante á Adan cultivando aquel jardín.

El mayordomo, pues lo era, y sin contradiccion el segundo oficial de la baronia (y hasta en su calidad de ministro del interior, era mas que el baile²⁷ Macwheeble por lo respectivo á la cocina y á la bodega); el mayordomo pues dejó ocioso el azadon, y arrojó colérica mirada al guia de Eduardo , sin duda por que habia introducido á un extranjero en tanto que él estaba ocupado en aquellas penosas

²⁷ Cfr. DEF: "bailli"; WAV: "Bailie", palabra de origen francés que en escocés se emplea para referirse tanto a un concejal como a un administrador, siendo esta segunda acepción la que tiene el término en la novela. OLI oscila entre la traducción domesticadora ("baile", que era el que entendía en algunos territorios de rentas reales) y la neutralización ("administrador").

faenas, que consideraba como inferiores á su dignidad. «¿Qué tiene que mandarme V. señor mio? preguntó.» Apresuróse Waverley á decirle su nombre, y á informarle de que deseaba presentar sus respetos á su dueño. El anciano tomó de repente un aire de veneracion y de importancia diciendo : «Puedo asegurar en mi conciencia que el baron se alegraria de veros. ¿El señor de Waverley quiere algun refrigerio ? El baron está con los obreros que derriban la *Hechicera negra*, y se ha hecho acompañar de *dos* jardineros (apoyóse con énfasis en la palabra *dos*). Esperando su vuelta me divertia arreglando el jardin de miss Rosa, y no queria ausentarme, á fin de recibir las órdenes del señor baron : soy muy aficionado á las flores , pero tengo poco tiempo para entregarme á este entretenimiento.

— No puede trabajar mas que dos dias á la semana , añadió el extraño conductor de Eduardo.»

CAPITULO IX.

125

Segunda mirada colérica castigó al indiscreto interlocutor; y el mayordomo le mandó, llamándole David Gellatley, con un tono que no admitía réplicas ir á buscar al señor baron á la Hechicera negra, y decirle que un hidalgo del mediodia habia llegado á su casa.

«¿Este pobre hombre es capaz de entregar una carta? preguntó Eduardo.

— Muy fielmente, señor, á las personas que respeta, aunque sin duda no le confiaria yo una comision verbal..... no obstante ser mas bribon que demente.»

Waverley entregó sus credenciales á Gellatley, quien pareció confirmar la última observacion del mayordomo, haciendo gestos mientras que volvia la cabeza á otro lado: en este momento se parecia á la estrambótica figura de ciertas pipas de Alemania. Después de esto despidiéndose de Waverley con un extraño saludo, partió danzando á cumplir su comision.

Es un inocente, señor, dijo el mayordomo, de los que nunca faltan en nuestros lugares; pero este goza de mucho favor. Trabajaba como cualquiera otro, y bastante bien : pero socorrió á propósito á miss Rosa perseguida por el nuevo toro inglés del laird de Killancureit, y desde entonces le llamamos David Do-little ; y á fe mía que pudiéramos llamarle también David Do-nothing (1), porque después que ha tomado el alegre papel de divertir al señor baron y á su señora hija (los ricos tienen sus caprichos), no hace mas que correr danzando todos los rincones y escondrijos del lugar, sin mas trabajo que limpiar el sedal del laird ó poner una mosca en el anzuelo, ó bien tomar un plato de truchas²⁸. Mas ved aquí á miss Rosa; y yo salgo fiador de que se

**(1) Do-little, que hace pocas cosas. –
Do-nothing, que no hace nada.**

²⁸ En WAV, el mayordomo Alexander Saunderson emplea el dialecto escocés en su conversación con Waverley, que se expresa en inglés. OLI, a partir de DEF, sigue la norma de no reflejar la variedad lingüística, optando por traducir a la lengua meta estándar. Cfr. WAV (84-85): ““(...) ours is brought far ben. He used to work a day’s turn weel enough; but he help’d Miss Rose when she was flemit with the Laird of Killancureit’s new English bull, and since that time we ca’ him Davie Do-little; indeed we might ca’ him Davie Do-naething (...) he has done naething but dance up and down about the toun (...)””. XER y GUT-LOP tampoco reconocen la variación dialecto-estándar presente en el texto inglés.

CAPITULO IX.

127

alegrará de ver á uno de los miembros de la familia de Waverley en su casa paterna de Tully-Veolan.

Miss Rosa Bradwardine merece muy bien que su indigno historiador la introduzca en un capítulo particular.

Entretanto y antes de acabar este, harémos observar al lector que Waverley habia aprendido en este coloquio como llamaban en Escocia á una casa sola *lugar*, y á un demente por naturaleza *inocente*.



CAPITULO X.

ROSA BRADWARDINE Y SU PADRE.

Miss Rosa Bradwardine no contaba mas que diez y siete años. Sin embargo, en las últimas corridas de caballos de la ciudad de ***, habiendo propuesto brindar á su salud, como á la de otras beldades escocesas, el laird de Bumperguaigh (1), brindador y jugador perpetuo de la sociedad de Bautherwhillery, no dijo solamente *vaya* , á esta proposicion, á la que se trataba de responder apurando un vaso que contenia una pinta de Burdeos; sino que llamó á la divinidad á

(1) Esta palabra significa *copa llena*.

CAPITULO X.

129

quien se dirigia este homenaje *linda Rosa de TullyVeolan*. En esta memorable sesion prorumpieron en tres aclamaciones todos los miembros presentes de tan respetable sociedad á quienes el vino habia dejado fuerzas para levantar la voz. Y aun mas, me han asegurado que los que se habian dormido aplaudieron roncando; y que dos ó tres bebedores que habia tendidos en el suelo, gracias á los repetidos brindis, hicieron oír algunos sones inarticulados, para manifestar su aprobacion.

Tan unánimes aplausos no podia arrancarlos mas que un mérito reconocido: miss Rosa no solamente era digna de ellos, sino que hubiera obtenido los de personas mucho mas razonables que las reunidas en la sociedad de Bautherwhill, y aun antes de la discusion del primer *magnum*. Era en efecto una belleza escocesa , es decir, con abundantes y rubios cabellos, y con un cutis mas blanco

TOMO I.

10

que la nieve de sus montañas. Sin embargo su rostro no era pálido ni melancólico , su fisonomía y su carácter poseían amable viveza , su tez sin ser colorada era tan pura que parecía transparente, y la mas ligera emoción cubría de rubor su rostro y cuello. Su estatura era mas que mediana, pero elegante y llena de gracia y facilidad en sus menores movimientos. Venía por el otro lado del jardín para recibir al capitán Waverley, á quien se acercó con modales que manifestaban una mezcla de timidez y de cortesía.

Después de los primeros cumplimientos , participó á Eduardo que la Hechicera negra á quien había ido á visitar el barón , no tenía ni gato negro ni mango de escoba; sino que era simplemente parte de un antiguo soto que hacían cortar; ofrecióle con política y cierto embarazo enseñarle el camino; pero en esto oyeron al barón de Bradwardine en persona, que advertido por David Gellatley, corría con

CAPITULO X.

131

una prisa que recordó á Eduardo las botas de siete leguas del cuento de las hadas. Era un hombre alto , delgado, de formas atléticas, avanzado en edad, y con los cabellos blancos , pero cuyas fibras se habian conservado firmes y flexibles por un ejercicio continuo. Iba vestido con cierta negligencia, y mas se parecia á un francés que á un inglés de aquella época. Al ver sus rasgos pronunciados y su erguida y flaca figura , se le hubiera creído un oficial suizo, que habiendo vivido algun tiempo en Paris, hubiese copiado los vestidos pero no la facilidad de los parisienses; su lenguaje y sus maneras no eran menos estrañas que su exterior.

A consecuencia del gusto que habia manifestado en el estudio, ó tal vez en un sistema de educacion generalmente adoptado en Escocia para los jóvenes de calidad, le habian destinado al foro; pero como los principios políticos de su fami-

lia no le permitian ilustrarse en esta carrera , el señor de Bradwardine habia viajado durante muchos años, y aun se habia encontrado honrosamente en muchas campañas al servicio del extranjero. Después de su desavenencia con los tribunales, en 1715 , por crimen de alta traicion, habia tomado el partido de retirarse al campo, no teniendo mas sociedad que la de sus vecinos, cuyos principios eran iguales á los suyos. Esta alianza de la pedanteria del legista y del amor propio del guerrero podrá recordar á mas de un celoso miembro de la milicia urbana el tiempo en que las togas de los abogados se veian muchas vestidas encima de brillantes uniformes. Añádese á esto las preocupaciones de una familia antigua íntimamente afecta á los Estuardos, el hábito de mirarse como independiente en su retiro, y de ejercer sin apelacion su autoridad en toda la estension de sus tierras medio

CAPITULO X.

133

cultivadas. Esta jurisdiccion no era muy estensa en verdad, pero poseia un derecho tan incontestable como no contestado; porque, como él decia á menudo, las tierras de Bradwardine, Tully-Veolan y dependencias, fueron erigidas en baronia franca por David I , *cum liberali potestate habendi curias et justitias, cum fosa et furca et saxa et soxa, et thol et team et infag-thies et outfang-thief sive hand-habend, sive bax barand*; palabras cabalísticas cuyo sentido particular pocos podrán explicar , pero que en suma significan que el baron de Bradwardine podia aprisionar, juzgar y hacer ajusticiar á sus vasallos y terratenientes segun su voluntad. Esto no obstante, el baron como Jacobo I queria mas hablar de su autoridad que hacer uso de ella. A escepcion del encierro de dos cazadores furtivos en la antigua torre de Tully-Veolan, donde fueron cruelmente espantados por los espectros y casi devorados por los ratones:

y la multa puesta á una vieja que habia dicho que Gellatley no era el único loco que habia en la casa del laird: no se supo que el baron fuese nunca acusado de abusar de su grande poder. Sin embargo, la idea de poseer unos derechos tan extensos aumentaba en gran manera la importancia de sus discursos y modales.

En el modo con que al pronto recibió á Waverley notóse que el placer de ver al sobrino de su amigo habia turbado algun tanto la dignidad del baron de Bradwardine; porque las lágrimas se asomaron á los ojos del anciano cuando habiendo apretado cordialmente la mano de Eduardo á la *manera inglesa*, le besó la una y la otra mejilla á la manera *francesa* mientras que el apretón de su mano, y la nube de tabaco de Escocia que hizo volar su abrazo, bastaban para sacar igualmente lágrimas á los ojos de su huésped. «Válgame el honor de un hidalgo! le dijo; rejuvenezco viéndoos aquí

CAPITULO X.

135

señor de Waverley ; reconozco en vos un digno vastago del antiguo tronco de Waverley-Honour , *spes altera*, como ha dicho Maron. Os parecéis á los de vuestra familia, capitan Waverley; no tenéis todavia el andar imponente de mi digno amigo sir Everard ; *mas esto vendrá con el tiempo*, como decia uno de mis amigos de Holanda, el baron de Kikkitbroeck, hablando de la *sabiduria de su señora esposa*. ¿Con qué habéis tomado la cucarda? Muy bien , muy bien ; quisiera que fuese de otro color, y creo que mi amigo sir Everard pensará del mismo modo; pero no hablemos de esto; soy viejo y los tiempos han variado. ¿Y como está el digno caballero baronet y la bella mistress Raquel? Os reís, jóven? Sí, la bella mistress Raquel era el año de gracia 1716, pero el tiempo corre y no perdona cosa alguna , *singula praedantur anni*; es una verdad iucontestable. Os lo repito , seais bien llegado , muy bien lle-

gado, á mi pobre morada de Tully-Veolan..... Mi querida Rosa, corre á casa y cuida de que Alejandro Saunderson nos dé de aquel añejo vino de Castillo-Alargot que envié de Burdeos á Dundée en 1713.

Ausentóse Rosa á pasos contados, por decirlo así, hasta el cabo de una calle de árboles, y luego principió á correr, ó por mejor decir á volar como una hada, á fin de poder, después que hubiese cumplido la comision de su padre , arreglar su compostura, porque la proximidad de la hora de comer le dejaba muy poco tiempo para ello.

«Capitan, dijo el baron , no hallaréis aquí el lujo de las mesas de Inglaterra, ni las *epulae lantiores* del castillo de Waverley. Digo *epulae* y no *prandium*, por que el *prandium* no es mas que para el pueblo; Sueton lo ha dicho: *Epulae ad senatum, prandium vero ad populum attinet*; pero espero que os agradará mi vino de Burdeos, es *de las dos orejas*, como

CAPITULO X

137

dice el capitan Vinsauf. Es de primera calidad, *vinum primee notae*, como lo ha proclamado el director de san Andrés. Os digo otra vez que me alegro muchísi-mo de teneros aquí, capitan Waverley, para ofreceros el mejor vino de mi bodega. Waverley contestaba á estas razones con las interjecciones que exige la política; y el baron hablaba todavía cuando llegaron á la puerta de la casa, donde se hallaban reunidos cinco ó seis criados con antigua librea. Alejandro Saunderson , el dispensero, estaba á su cabeza vestido de gala, y habiendo hecho desaparecer todas las manchas de la jardinería, intro-dújolos en un vasto salon decorado de trofeos, como picas , carcajes y corazas mohosas. Con todas las ceremonias de costumbre, y con una benevolencia aun mas real, el baron, sin detenerse en ninguno de los aposentos intermedios, condujo á Eduardo al espacioso comedor, adornado con los retratos de la familia.

Habia puestos en la mesa seis cubiertos; y una alacena de figura gótica contenía la antigua y maciza vajilla de plata de la casa de Bradwardine. Oyóse el sonido de una campana al lado de la entrada, pues un anciano que llenaba las funciones de portero los días de gala, habiendo sabido la llegada de Waverley, se había apresurado á colocarse en su puesto, y anunciaba en este momento otros convidados.

Eran, como el baron aseguró á su amigo, personas muy estimables. Uno, dijo, es el jóven laird de Balmawhapple, de la familia de Glenfarguhar, aficionadísimo á la caza, *gaudet equis et canibus*; por lo demas jóven muy reservado. Otro es el laird de Killancureit, que consagra todos sus ocios á la agricultura teórica y práctica, y que se vanagloria de poseer un toro de incomparable belleza, nacido en el condado de Devon; y según sus gustos habituales, podemos suponer que es de estraccion agrícola. Sabeis aquel adagio

CAPITULO X.

139

latino: *Servabit odorem testa diu*, y sea dicho entre nosotros, creo que su abuelo escendia del mal lado de la frontera : llamábanle Bullsegg, y vino aquí para ser baile, procurador ó cosa semejante , dependiente de Girnigo de Killancureit , que murió de una atrofia. Después de la merte de su dueño , señor mió (apenas podréis concebir semejante escándalo como este), Bullsegg era buen mozo y se casó con la viuda jóven y enamorada. Habia quedado esta propietaria de toda la baronia por las disposiciones de su difunto esposo, contraviniendo directamente á una substitucion olvidada , y en perjuicio de la sangre del testador en la persona de su legítimo heredero , uno de sus primos en séptimo grado , Girnigo de Tipperhewit, cuya familia quedó de tal modo arruinada por el proceso que se siguió , que uno de sus descendientes se ha visto precisado á servir como simple soldado en la guardia negra higlandesa. Pero por las venas

de este hidalgo Bullsegg Killancureit circula sangre noble por parte de su madre y de su abuela , descendientes una y otra de la familia de Psikletllim : cumple con su puesto y es generalmente amado. Dios nos preserve , capitan Waverley, á nosotros cuyas familias son *sin tacha*, Dios nos preserve, digo, de querer humillarle! Puede suceder que pasadas nueve ó diez generaciones , sus sobrinos caminen al lado de las buenas familias del pais. Rango y nobleza son dos palabras que raras veces deben pronunciar personas que como nosotros son de sangre pura. *Vix ea nostra voco*, como dice Nason. Tendrémos también un eclesiástico de la verdadera, aunque perseguida, iglesia episcopal de Escocia. Fue confesor de su causa, pasado el año 1715, cuando el populacho de los whigs destruyó su capilla, rasgó su sobrepelliz y saqueó su casa, donde le robaron cuatro cucharas de plata sin perdonar su dispensa, y dos barriles, el uno

CAPITULO X.

141

de cerveza inferior, y el otro de cerveza fuerte, y á mas dos botellas de aguardiente. El señor Duncan Macwheeble, mi agente y baron, baile, será el cuarto convidado; la incertidumbre de la antigua ortografía hace dudar si pertenece á la tribu²⁹ de Wheedle ó a la de Quible; mas una u otra han producido hábiles jurisconsultos.

Mientras que le pintaba así á sus convidados, entraron estos, y sirvieron al punto la comida.



²⁹ Cfr. DEF y WAV: "clan". La traducción de OLI no recoge la alusión específica a la cultura gaélica, donde el 'clan' agrupa a los montañeses con vínculos entre sí al considerarse descendientes de un antepasado común.

CAPITULO XI.

EL BANQUETE.

LA comida fué abundante y excelente según las ideas escocesas de entonces; y los convidados mostraron buen apetito. El baron comió como un soldado hambriento, el laird de Balmawhapple como un cazador, Bullsegg de Killacureit como un arrendador, Waverley como un viajero, y el baile Macwheeble como todos cuatro juntos. Pero queriendo manifestar el respeto que le inspiraba la presencia de su dueño, se habia sentado en su silla, colocada á tres pies de la mesa desde donde para llegar á su plato formaba un arco con su cuerpo; de modo que el convidado que se hallaba en frente de

CAPITULO XI.

143

él no veía mas que la punta de su peluca.

El digno baile estaba acostumbrado , ya estuviera sentado, ya caminase, á tomar esta postura que hubiera sido penosa para cualquier otro , y que para él no tenía nada de incomodidad. Cuando caminaba esta proyeccion de su cuerpo era tal vez poco decente para los que iban detrás de él, pero poco le importaba : el señor de Macwheeble poniendo la mas escrupulosa atencion en ceder el paso á todos aquellos cuyo rango era superior al suyo, se cuidaba muy poco de los sentimientos de desprecio que pudiera inspirar á sus inferiores. Mas cuando atravesaba el patio meneándose montado en su viejo *poney* pardo semejábase algun tanto á un perro que hace andar una rueda con sus piernas.

El eclesiástico no conformista era un anciano, cuyo aire melancólico inspiraba interés, y anunciaba que pertenecía al número de los que sufrían la persecucion

por su conciencia: era uno de aquellos sacerdotes que sin ser despojados se despojan ellos mismos.

Así cuando el baron no podia oírle el baile reia de gana de la singularidad y de los escrúpulos del honrado señor de Rubrick. Nos vemos precisados á convenir en que no obstante que el señor de Macwheeble fuera en el fondo de su corazon un sincero partidario de la familia desterrada , habia sabido siempre acomodarse prudentemente á las circunstancias. Así es que David Gellatley decia un dia que este era un hombre bravísimo, con una conciencia muy tranquila y apacible que nunca le habia causado daño alguno. Cuando levantaron la mesa, propuso el baronet un brindis á la salud del Rey, dejando cortesmente á la conciencia de sus convidados, según su opinion, la eleccion del soberano actual ó del soberano legítimo. La conversacion fué general y miss Bradwardine, que habia esta-

CAPITULO XI.

145

do en la mesa con mucha gracia y modestia, se apresuró á retirarse; el eclesiástico no tardó en imitar su ejemplo. El resto de la sociedad hacia el mayor honor al vino, digno de los elogios del baron; circulaban las botellas rápidamente, y Waverley obtuvo como un favor el dejar de tiempo en tiempo lleno su vaso. En fin, como habian ya transcurrido algunas horas, el baron hizo una seña particular al señor Saunders Saunderson, *Alexander ab Alexandro*, como le llamaba jocosamente; este respondió con una ojeada espresiva y salió al instante. Entró en breve con aire satisfecho y misterioso, y como midiendo los pasos, colocó respetuosamente delante de su dueño una arqueta de roble, con adornos de marfil trabajados curiosamente. El baron tomó una llavecita que no abandonaba nunca, abrió la arqueta, y sacó una copa de oro no menos notable por su antigüedad que por su figura, que

TOMO I. 10

representaba un oso rampante; y miróla el baron con unos ojos en que se veían pintados el respeto, el placer y el orgullo. Waverley se acordó involuntariamente del Tom Otler (1) de Ben Jouson, con su toro, su caballo y su perro, como llamaba este hombre singular á sus principales copas; pero el señor de Bradwardine se volvió a él con modo complaciente, y le rogó que examinase aquel curioso monumento de los tiempos antiguos.

« Representa, dijo, las armas de nuestra familia. El oso es *rampante*, porque un sabio heráldico pinta siempre á los animales en su posicion mas noble: á un caballo , *con los brazos levantados*; á un lebel, *corriendo*; á un animal carnívoro, *in actu ferociore*, despedazando y devorando su presa. Es bueno que sepais, capitan, que poseemos esta pieza maes-

(1) Personaje original del teatro de Ben Jouson.

CAPITULO XI.

147

tra del arte por el wappenbrief, ó concesion de armas de Federico Barbaroja, emperador de Germania , quien la concedió á uno de mis antepasados, Godmund Bradwardine. Era la cimera de un agigantado danés, á quien mató en singular combate en la Palestina á consecuencia de una reyerta sobre la castidad de la esposa ó de la hija del Emperador: la tradicion no dice espresamente cual de las dos ; esto fué , como dice Virgilio:

Mutemus clypeos danaumque insignia nobis
Aptemus.

«En cuanto á la copa, capitan Waverley mandóla hacer san Duthac , abad de Aberbrothock, en reconocimiento de los servicios que le habia prestado otro baron de Bradwardine , defendiendo generosamente los derechos del monasterio contra las injustas pretensiones de algunos nobles de la vecindad: con razon la lla-

man *el oso sagrado de Bradwardine*, aunque el viejo doctor Doubleit quiso llamarla riendo *la osa mayor*. En los tiempos florecientes de la religion católica creían que esta copa poseía virtudes sobrenaturales: aunque tengo en poco estas *analia*, estas patrañas de viejas, es cierto que la reliquia fué considerada siempre como la porcion mas bella y el mueble mas precioso de la herencia de mis padres. No uso esta copa mas que en los dias de estraordinaria fiesta, y no deja de ser fiesta para mí el tener en mi casa al heredero de sir Everard. Bebo pues á la prosperidad creciente de la antigua, de la poderosa y siempre pundonorosa familia de Waverley.»

Durante esta larga esplicacion el baron habia apurado con cuidado una botella cubierta de telarañas, que contenia cerca de una pinta inglesa de Burdeos. Entregó la botella vacía á su dispensero, y apuró devotamente todo lo que con-

CAPITULO XI.

149

tenia el oso sagrado de Bradwardine. Eduardo quedó poseido de espanto y de horror al ver andar á la redonda al animal, y pensó con inquietud en el sentido de la divisa: *Cuidado con el oso!* pero vió que como ninguno de los convidados tenia escrúpulo en hacerle , después del baron , el mismo honor extraordinario, una negativa por su parte seria muy mal recibida : decidióse pues á someterse á este último acto de tiranía para dejar en seguida la mesa si era posible. Confiando en la fuerza de su temperamento, saludó á la compañía vaciando á su turno el oso sagrado, y soportó mejor que hubiera podido esperar una tal dosis de la bebida. Los otros convidados, que habian empleado su tiempo de una manera mucho mas activa , principiaron á dar señales de mudanza : *el buen tino hizo su efecto.*

La frialdad de la etiqueta , el orgullo del nacimiento , cedieron á la influencia

150

WAVERLEY,

de la constelacion, y los ceremoniosos títulos que se habian dado hasta entonces los tres dignitarios fueron reemplazados por las tres abreviaciones familiares de Tully Bully y Killie. Los dos últimos, cuando el oso hubo dado algunas vueltas por la mesa, se dijeron algunas palabras al oído , y pidieron permiso para proponer el último brindis , proposición que divirtió a Eduardo. Apuraron en fin, después de alguna demora, el último brindis; y de aquí concluyó Waverley que las orgías de Baco se habian terminado para aquel día : nunca se engañó mas completamente.

Como los huéspedes del baron habian dejado sus caballos en la reducida posada de la aldea llamada la *casa de Cambio*, el baron creeria faltar á las leyes de la política si no los acompañara hasta la entrada de la calle de árboles. Siguióle Waverley, bien por el mismo motivo, ó bien para respirar el aire puro de que

CAPITULO XI.

151

tenia necesidad. Cuando llegaron á casa la madre Macleary³⁰ los lairds Balmawhapple y Killancureit declararon que querian probar su reconocimiento á la hospitalidad que habian recibido en Tully-Veolan, y que esperaban que su noble vecino y su jóven huésped el capitan Waverley les harian el honor de beber con ellos lo que llamaban tégnicamente *doc au docroch*, el brindis del estribo, en honor de las vigas del techo del baron.

Es preciso advertir que el baile, sabiendo por experiencia que la fiesta del dia, que hasta entonces habia costado su dueño , podria terminarse en parte por su cuenta, montó en su caballo pardo; y escitado en parte por la alegría que se experimenta después de comer , y en parte por el miedo de pagar su escote, habia obligado á fuerza de espolazos al pobre animal á correr á medio galope , pues no podia trotar á causa de los esparavanes que le oprimian las articulaciones. Los

³⁰ Cfr. DEF: "la mère Macleary"; WAV: "Luckie Macleary". 'Luckie' es un caso de antropónimo con carga semántica significativa; según el *Oxford English Dictionary (OED)*, es un nombre familiar que se da a las señoras mayores, así como a la dueña de una taberna, circunstancias ambas que concurren en el personaje de la novela. La traducción de OLI, al igual que la de XER y GUT-LOP: "tía", recoge parcialmente el significado del nombre inglés.

otros entraron en la casa de Cambio; Eduardo dejóse conducir dócilmente por su huésped ; le habia dicho al oido que cometeria un delito contra las leyes de la mesa, *leges conviviales*, si oponia alguna objecion. Al parecer la viuda Macleary esperaba el honor de aquella visita; pues así se terminaban todos los alegres festines, no solamente en Tully-Veolan, sino en casi toda la Escocia sesenta años ha.

Los convidados pagaban por este medio su reconocimiento al huésped, aumentaban el comercio de su casa de Cambio , honraban el lugar donde sus cavalgaduras hallaban abrigo, y se resarcian de la sujecion que les imponia la hospitalidad de un particular, disfrutando lo que llama Falstaff las dulzuras de la noche en la licencia de una taberna.

La madre Macleary , que como ya hemos dicho esperaba la visita de tan ilustres huéspedes, habia tenido el cuidado de barrer su casa por primera vez despues

CAPITULO XI.

153

de quince dias, y de acomodar su fuego de césped al grado de calor que reinaba durante el verano en su choza. Habia limpiado su mesa de abeto , y la habia equilibrado con un pedazo de césped que sostenia uno de sus pies; cinco ó seis taburetes toscamente trabajados evitaban por otra parte las desigualdades de su piso que era de tierra. La huésped se habia adornado á mas el tocado, y aguardaba gravemente á la compañía, cuyos usos conocia. Cuando se hubieron sentado los convidados en los negros y ahumados bancos del único aposento de la madre Macleary, entapizado de tupidas telarañas , la huésped que habia ya recibido las órdenes del laird de Balmawhapple, se presentó con un enorme vaso de estaño, que contenia al menos tres cuartos de una pinta, que segun la espresion de la madre Macleary, estaba lleno hasta el colmo de un excelente Burdeos sacado un instante habia de la pipa.

No era difícil prever que la poca razón que les había dejado el oso se la arrebataría en breve el vaso de estaño³¹. En el tumulto que reinaba ya, pudo Eduardo dejar circular alegremente la copa sin llegar á ella los labios. Todos los otros hablaban á un tiempo y como tartamudeando ninguno atendía á lo que decía el del lado , y sí solamente á dejarse oír. El baron de Bradwardine cantaba canciones báquicas francesas, y citaba sentencias latinas. Killancureit hablaba en tono monótono de las diversas maneras de cortar un árbol, y de corderos de un año y de ovejas de dos años, y de vacas y de bueyes y de becerros, y de una ley sobre caminos; en tanto que Balmawhapple con voz que ahogaba las de los demás alababa su caballo, sus halcones, y un lebrele llamado Whistler (1). En medio de esta baraunda, el baron pi-

(1) Silbador.

³¹ Cfr. DEF: "*poule huppée*"; WAV: "*Tappit Hen*"; XER: "*gallina con copete*"; GUT-LOP: "*gallina moñuda*". Nótese el nombre que se da al recipiente debido a la forma de la tapadera. Al no traducir dicha alusión, OLI priva al lector meta de la situación cómica derivada de beber de una gallina que va a reemplazar el vaso en forma de oso.

CAPITULO XI.

155

dió muchas veces que guardasen silencio, y cuando por fin se acordaron lo bastante de las leyes de la política para concedérsele , se apresuró á exigir la atencion de sus amigos para cantar una arieta francesa cuyo estribillo era *lon lon laridon*.

Balmawhapple no pudiendo contenerse mas, levantó la voz anunciando una cancion en extremo regocijadora, segun sus propios términos, y compuesta por Gibby Gaethronghwit el tañedor de gayta de Cupar.

El baron, cuya voz se perdía entre los sonoros acentos de Balmawhapple renunció luchar con él; pero continuaba en gorgear su *lon lon laridon* y en mirar con desden al dichoso rival que le privaba de la atencion de la compañía.

Balmawhapple, después de haber procurado en vano traer á la memoria la segunda copla, volvió á principiar la primera, y en el entusiasmo de su triunfo declaró que valian mas sus versos que todos

los refranes de Francia del condado de Fife. El baron no le respondió si no tomando un buen polvo, y mirándole con la espresion del mas profundo desprecio. Mas gracias a la alianza del oso y *del vaso de estaño*, el jóven laird se habia desprendido del respeto que el baron le inspiraba habitualmente y exclamó diciendo que el Burdeos era una bebida insípida, y pidió vociferando aguardiente. Trajeron el licor fuerte , y el demonio de la política tuvo sin duda zelos hasta de la armonía de este concierto , porque no se mezclaba ni una nota de cólera en la estraña música que producía. Inspirado por el enérgico licor, el laird de Balmawhappie despreció los ademanes y miradas significativas con que el baron por atencion á Eduardo le habia impedido entablar una discusion política. Con voz estentórea propuso el siguiente brindis: «Al hombrecillo vestido de terciopelo negro que cumplió tan bien en 1702:

CAPITULO XI.

157

¡ojalá el caballo blanco le rompa el cuello en un cerro!»

Eduardo no tenía en este momento bastante ordenadas las ideas para acordarse de que el rey Guillermo había muerto á consecuencia de una caída , habiendo tropezado su caballo con una topera; sin embargo se sintió dispuesto á resentirse de un bríndis, que acompañado de la mirada de Balmawhapple parecia contener una alusion injuriosa al gobierno á quien servia. Previólo el baron y se apoderó de la querella. « Laird de Balmawhapple le dijo, cualesquiera que sean mis principios, *tanquam privatus* , como particular, os declaro que no sufriré hagais aquí la menor alusion que pueda herir los sentimientos de mi hidalgo huésped. Si no guardais ninguna consideracion á las leyes de la política , respetad al menos el juramento militar, el *sacramentum militare*, que une todo oficial á su bandera y que siempre fué sagrado. Abrid á Tito

Livio ; ved lo que dice de aquellos soldados romanos que tuvieron la desgracia de renunciar á su juramento de legionarios: *Exuere sacramentum militare...* Pero vos conoceis tan poco la historia antigua como la urbanidad moderna.

—No soy tan ignorante como quereis decir ; sé que aludís a la santa Liga, pero si todos los whigs del infierno....»

Eduardo y el baron tomaron la palabra al mismo tiempo, y el último gritó. «Callad, señor mío ; no solamente probais vuestra ignorancia , sino que avergonzais á vuestros compatriotas , y delante de un extranjero , de un inglés.»

Por su parte Waverley suplicó en vano á Bradwardine que le permitiera rechazar un insulto que al parecer iba dirigido á su persona. La cabeza del baron estaba exaltada por el vino, por la cólera y el desden, y no atendia á ninguna consideracion.

«Capitan Waverley, le dijo, os ruego me

CAPITULO XI.

159

dejeis hablar: en todas partes sois *sui juris*, es decir emancipado , teniendo derecho para defenderos; mas aquí en mis tierras.... en esta pobre baronia de Bradwardine, y bajo este techo que es *cuasi mio*, pues es de un terrateniente que le habita á falta de arrendatario , por una renovacion dependiente de mi voluntad, me hallo respecto á vos *in loco parentis* , y obligado á conservaros sano y salvo. En cuanto á vos , señor Falconer de Balmawhapple , espero que no os separaréis mas de las reglas de la cortesía.

— Y yo os digo señor Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine y de Tully-Veolan, respondió el cazador con desden, y os declaro que si alguno rehusa beber mi bríndis, le trataré como trataria á un gallo silvestre , sea inglés whig pelado, ó con una cinta negra a la oreja, y al hombre que desierta de sus amigos para hacer compañía á los ratones de Hanover.»

Sacaron al punto las espadas, y descargaron muchos y terribles golpes de una y de otra parte. Balmawhapple era jóven, ágil y vigoroso; pero el baron manejaba su arma con mas destreza, y no hay la menor duda de que, como sir Toby Belch, hubiera dado una severa leccion á su antagonista si no se hallara bajo la influencia de la *osa mayor*.

Lanzóse Eduardo entre los dos combatientes, pero le detuvo el cuerpo del laird de Killancureit, quien oculto en el suelo se opuso á su paso. En un momento tan crítico, ¿como fué que se halló en esta postura Killancureit? Ved aquí lo que se ha podido saber de un modo cierto. Algunos pensaban que habia querido ocultarse bajo la mesa; pero él sostuvo que se le deslizó el pie al ir á armarse de un taburete para matar á Balmawhapple á fin de prevenir una desgracia; como sea, si no hubiese habido alguno mas pronto que él y que Waverley en separar á los

CAPITULO XI.

161

combatientes , correria ciertamente la sangre; mas el sonido de las armas, bien conocido en la casa, hirió los oídos de mistress Macleary , que estaba á la otra parte de la pared exterior de tierra de su choza, ocupada delante de la puerta en sumar el importe del escote, aunque sus ojos estaban fijos en el libro de Boston titulado *the Croor of the lot* (1). Mistress Macleary corrió gritando: «¡Cómo! sus señorías quieren matarse aquí para desacreditar la casa de una pobre viuda ! ¿No pudieran escoger otro lugar para batirse, teniendo todo el llano delante? «Diciendo estas palabras, echó con mucha destreza su manto³² encima de las armas, de los combatientes; los criados que afortunadamente habian guardado bastante sobriedad, entraron también, y con la ayuda de Eduardo y de Killancureit lograron

(1) El Cayado de la suerte

TOMO I.

11

³² DEF opta por repetir el término de WAV: "plaid", que designa una especie de manta con la que se envuelven los montañeses para protegerse del frío. OLI opta por la traducción en cuestión, que alterna con "capa" y con la repetición en cursiva de la solución de DEF.

**separar á los dos furiosos campeones
Condujeron y montaron como les fué
posible en su caballo al laird de
Balmawhapple, quien se deshacia en
blasfemias, imprecaciones y amenazas
contra todos los whigs , presbiterianos
y fanáticos de Escocia ó de Inglaterra ,
desde *John ó Groat's* hasta *Land's
Erid*.**

**Nuestro héroe condujo al baron de
Bradwardine á su casa con la ayuda de
Saunderson ; no pudo tener libertad
para retirarse hasta despues de haber
oido una larga y sabia apología de lo
que acababa de acontecer : cuanto
Eduardo pudo comprender es que
trataba de los *Centauros y Lapitas*.**



CAPITULO XII.

ARREPENTIMIENTO Y RECONCILIACION.

WAVERLEY estaba acostumbrado á no beber vino con la mayor sobriedad: así es que no despertó hasta muy tarde al día siguiente por la mañana, y su memoria le trazó de golpe la escena de la víspera la que le causó dolorosa impresion. Conocía que habia recibido una afrenta pernal, siendo hidalgo oficial, y llevando nombre de Waverley. « Es mucha verdad decíase á sí mismo, que quien me ha insultado se hallaba en estado en que no podía usar de la poca razón que ha recibido del cielo; es mucha verdad que si le pido satisfacción violo todas las leyes divinas y humanas. Tal vez arrebatá-

ré la vida á un jóven que puede hacer grandes servicios á su patria; tal vez llevaré la desolacion al seno de su familia. También puedo perecer á sus golpes: por valiente que sea, esta alternativa examinada á sangre fria y sin testigos es siempre desagradable.»

Ocupábanle todas estas ideas sucesivamente, pero la primera dejaba en su mente impresion mas profunda; habia recibido una afrenta personal, era de la casa de Waverley, era oficial; no quedaba pues ninguna alternativa. Bajó á la sala de desayuno decidido enteramente a despedirse de la familia de Bradwardine, para escribir á uno de sus camaradas que fuera á encontrarle á una posada situada á mitad del camino entre Tully-Veolan y su guarnicion, y para encargarle del cartel que enviaria al laird Balmawhapple. Halló á miss Rosa ocupada en preparar el té y el café. Cubrieron la mesa con pan fresco de harina de trigo

CAPITULO XI.

165

y de cebada, al que habian dado la forma de tortas y de bizcochos con huevos, jamon de ciervo, piernas de carnero, tasajos de vaca, salmon ahumado , mermelada , y todas las golosinas que obligaron al mismo Johnson (1) á preferir los desayunos de Escocia á los desayunos de todos los paises (2); un desmesurado plato lleno de sopa y rodeado de una especie de vasija de plata que contenia una mezcla igual de nata y de suero, veíase colocado frente por frente de la silla del baron, pues este era su desayuno ordinario. Miss Rosa dijo á Waverley que su padre habia salido muy de mañanita, y

(1) El Doctor Johnson viajaba por la Escocia con todas las antipatías nacionales.

(2) Dicen que en casa de sir Walter Scott, amante de todos los antiguos usos de la Escocia, se conserva religiosamente la tradicion de los desayunos nacionales. Principiando por Waverley, sus héroes figuran bastante bien en la mesa³³.

³³ Este añadido no procede de la traducción francesa intermediaria. Las notas a pie de página propias, inferiores numéricamente, pueden clasificarse en tres grupos en función de su contenido. Las más frecuentes son las que añaden datos de carácter cultural o histórico, a veces con información procedente de la crítica literaria. Algunas notas comprenden referencias a otros momentos textuales de la novela. Por último, la visibilidad del traductor se hace explícita en ciertos añadidos ('Nota del Traductor') –normalmente de tipo léxico-semántico– que cuentan con una presencia bastante limitada.

que habia recomendado en gran manera que no dispertasen á su huésped.

Eduardo, casi sin responder una sola palabra , tomó una silla con aire pensativo y preocupado, poco adecuado para dar una idea ventajosa de su talento en la conversacion, respondió á la aventura á dos ó tres preguntas que le hizo miss Bradwardine sobre objetos indiferentes. Enfadada esta de haber procurado en vano sacarle de su taciturnidad, renunció á su proyecto, no pudiendo concebir por que no eran mas amables los modales de un hombre vestido con uniforme colorado. Dejóle pues entregado á sus fantasias y á maldecir entre si *La osa mayor*, constelacion favorita del doctor Doubleit, como la causa de todas las desgracias que habia acarreado, y que podia acarrear todavia.

Estremecióse de repente Eduardo al ver por la ventana al baron y al jóven Balmawhapple asidos del brazo y en ani-

CAPITULO XII.

167

mada conversacion. « ¿ El señor Falconer ha dormido aquí? preguntó Waverley á miss Kosa. Poco satisfecha esta de su árida pregunta , contentóse con responderle friamente *no*; y la conversacion cesó denuevo.

Entró el señor de Saunderson para anunciar que su dueño esperaba al capitan en la pieza inmediata. Levantóse de golpe Eduardo, latiéndole violentamente el corazon, lo cual no pudiera atribuirse sin injusticia al miedo , sino al efecto de la incertidumbre en que estaba acerca de la esplicacion que iba á entablarse. Encontró de pie á los dos hidalgos: cierto aire de satisfaccion y de dignidad reinaba en la figura del baron; mas la palidez que cubria el rostro siempre arrogante de Balmawhapple mudaba que se hallaba poseido de vergüenza , de despique y de mal humor. El baron pasó su brazo por bajo del suyo, y se adelantó a Eduardo; queria cami-

nar de frente con Balmawhapple; pero de hecho le arrastraba. Paróse en medio del aposento, y dijo con mucha gravedad : «Capitan Waverley, mi jóven y estimable amigo , el señor Falconer de Balmawhapple en consideracion á mi edad y á mi esperiencia en todo lo que mira á puntos de honor y al duelo ó *monomachie* (1), me ha encargado del papel de intérprete para manifestaros el pesar que experimenta al acordarse de ciertas espresiones que se le escaparon ayer noche, y las que sin duda fueron desagradables para vos que servís al gobierno actual. Os pido, caballero, que tengáis á bien olvidar esta infraccion de las leyes de la política como efecto de un ímpetu que desaprueba ahora que se halla con sangre fria; y os ofrece su mano en señal de

(1) Combate singular, palabra derivada del griego.

CAPITULO XII.

169

amistad. Puedo aseguraros , capitan Waverley, que únicamente el convencimiento de *haber obrado mal*, como me decia un dia en circunstancias parecidas á estas el bravo caballero francés Mr. Bre-taillene, y el sentimiento de vuestro mérito personal, han podido determinar á mi amigo á dar este paso; porque es de una familia en la que de tiempo inmemorial es hereditario el valor, *mavortia pectora*, sirviéndome de las espresiones de Buchanan, tribu ó familia valiente y guerrera : ¡valerosos corazones!»

Apresuróse Eduardo á aceptar con natural política la mano que Balmawhapple, ó por mejor decir, que el baron le presentaba en calidad de mediador. «Me es imposible, dijo, acordarme de las espresiones que siento haber pronunciado, y las atribuyo tan solo á la influencia de los brándis sobrado repetidos del banquete de ayer.

—Muy bien, respondió el baron: un

hombre puede estar *ebrius* beodo, sobre todo en un día de fiesta y de algazara, sin dejar por eso de ser hombre de honor, si desaprueba en ayunas las injurias proferidas cuando no lo estaba atribuyéndolo al vino : *vinum locutus est*, él es quien habló. Mas yo me guardaré muy bien de estender esta disculpa á los beodos por costumbre á los *ebriosi*, quienes pasan por decirlo así su vida entera en una enagenacion de espíritu que no les permite respetar las reglas de la política ni las leyes de la sociedad: aprendan al menos á moderarse y á vencerse cuando se hallan bajo la influencia del báquico *stimulus*; pero vamos á desayunarnos y no hablemos mas de lo acontecido.»

Cualquiera que sea la consecuencia que saque el lector de lo que voy á confesarle, debo decir en honor de la verdad que despues de esta esplicacion Eduardo hizo mucho mas honor al excelente desayuno de Rosa de lo que habia anuncia-

CAPITULO XII.

171

do al principio. Balmawhapple al contrario estaba mortificado y triste : percibió Waverley que tenia el brazo derecho con cabestrillo, lo que esplicaba la manera embarazosa con que habia ofrecido la mano. Respondió á las preguntas de miss Bradwardine diciendo que habia caido su caballo; como le poseia un temblor visible, se levantó al punto despues del desayuno, y despidióse de la compañía, á pesar de las urgentes invitaciones del baron para detenerle á comer.

Waverley anunció que llevaba intencion de partir muy de mañana de Tully-Veolan para ir á dormir á la primera posta; pero al ver la dolorosa impresion quo esta nueva inesperada habia hecho en el corazon del viejo hidalgo, no tuvo ánimo para insistir. Apenas el baron hubo obtenido de Waverley la promesa de prolongar algunos dias su visita , ocupóse en los medios de retardar la época de su partida, destruyendo los motivos que pu-

dieran haberle determinado á tomar semejante resolucion.

«Capitan Waverley» dijo, sentiria mucho creyerais que autorizo la intemperancia con mi ejemplo ó con mis discursos. No niego que en la fiesta verificada ayer tarde algunos de nuestros amigos estaban sino completamente beodos, *ebius*, al menos un poco bulliciosos, *ebrioli*; epitetos con que los antiguos designaban á los que habian perdido la razon, ó á los que, como dice metafóricamente la frase inglesa, están en alta mar. No creais que quiero hablar de vos, capitan Waverley, ¡Dios me libre! vi con placer que, como jóven prudente y reservado, rehusasteis beber mas de una vez. No pueden hacerme á mí esta replica: me he encontrado en la mesa de muchos grandes generales y mariscales; pero siempre he sabido usar discretamente de los brándis en aquellos banquetes solemnes, y vos sois testigo de que ayer tarde no traspasé un

CAPITULO XII.

173

punto los límites de una modesta alegría.»

Nada podía oponerse á una decision tan formalmente anunciada por él mismo; aunque siguiendo sus propias observaciones, persuadióse Eduardo de que no solamente estaba el baron bullicioso, *ebriolus*, sino que principiaba á estar beodo ó en buen inglés que era incomparablemente el mas beodo de la compañía, esceptuando tal vez á su antagonista el laird de Balmawbapple. Sin embargo, después de recibir el cumplimiento esperado ó antes bien exigido acerca de su sobriedad, continuó el baron : « No , señor mio, aunque soy de constitucion muy fuerte, aborrezco la embriaguez, y detesto á los que no beben vino sino por *gulae causa*, por la satisfaccion del paladar. Así mismo desaprobaria la ley de Pittacus mitileno, que castigaba de dos maneras los crímenes cometidos bajo la influencia de *liber Pater* (1) y no admito entera-

(1) Sinonimo clásico de Baco.

174

WAVERLEY,

mente las reconvenções que hace Plinio el jóven á los bebedores en el libro catorce de su *Historia naturalis*... No señor, yo sé distinguir el tiempo y los lugares para escusar ó condenar: apruebo aquella alegría que da el vino mientras no haga mas que ensanchar el corazon³⁴, ó en el lenguaje de Flaccus, *recepto amico*, cuando se recibe á un amigo.»

El baron terminó esta apologia, que habia creído necesaria para escusar su esceso hospitalario con sus convidados: fácilmente creerá el lector que Eduardo se guardó muy bien de interrumpirle para contradecir ó para manifestar duda alguna. El baron convidó á su huésped á una partida de caza para el dia siguiente, y mandó á David Gellatley que fuera á esperarles de mañana al *derupath* (1) con sus perros Ban y Buscar. « Esperando la estación de la caza, dijo, quisiera daros una

(1) Senda solitaria ó escusada.

³⁴ Cfr. DEF (86): "(...) tant qu'elle ne fait qu'épanouir le visage (...)"; WAV (104): "(...) so far only as it maketh glad the face (...)". OLI sustituye el efecto que tiene el vino en la cara por el que produce en el corazón. Cfr. XER (I, 154): "(...) mientras no hace mas que sonrorear el rostro (...)"; GUT-LOP (I, 98): "(...) en cuanto no hace sino dar alegría al rostro (...)".

CAPITULO XII.

175

idea de la manera con que cazamos en el pais, y si Dios quiere encontraremos un corzo: el corzo, capitan Waverley, se caza en todas las estaciones, porque este animal tiene época fija para estar en lo que llaman su *orgullo* de gordura (2), así es que su carne no vale nunca tanto como la del gamo rojo ó flavo. Al menos veréis correr mis perros, los que soltaremos y dejaremos al mando de David Gellatley. Waverley manifestó su sorpresa de que encargase una comision semejante al amigo David; pero el baron se apresuró á participarle que este pobre inocente no era ni insensato, ni *naturaliter idiota*, como dicen en términos forenses en las informaciones de locura, sino que era simplemente una cabeza sin meollo , que desempeñaba muy bien las comisiones de que le encargaba, con tal de que no es-

(2) Pride of griase , estar perfectamente gordo.

tuviesen en contradicción con su genio; y que sabía servirse de su locura paralizarse de los demás.

«Nos ha ganado el afecto, continuó el baron, salvando la vida de Rosa á riesgo de la suya; el bribon, desde aquella época bebe nuestro vino y come nuestro pan, hace lo que puede ó lo que quiere; y si damos crédito á las relaciones algo sospechosas del baile y de mi dispensero lo mismo es para él uno que otro.»

Miss Bradwardine dijo entonces á Waverley que el pobre *inocente* estaba prendado de la música, le conmovían profundamente los cantos melancólicos, y se ponía locamente alegre al oír canciones vivas y festivas. «Respecto á esto, está dotado de prodigiosa memoria, y provisto de diversos fragmentos de coplas y canciones de todos géneros que adapta á menudo á las personas y á las circunstancias con mucha destreza, ya para hacer una advertencia, ya para dar cualquiera explica-

CAPITULO XII.

I77

cion, ó como medio de sátira. Se aficiona a las personas que le manifiestan amistad; pero también se resiente mucho de las injurias y de los malos procederes, y cuando se le presenta ocasion de vengarse sabe hacerlo maravillosamente. Las genios del vulgo , que se juzgan unos á otros con la misma severidad con que juzgan á sus superiores, habian manifestado mucha compasion al pobre *inocente* cuando erraba cubierto de andrajos por la aldea; pero después que le han visto decentemente vestido, bien provisto, y gozando de los privilegios de una especie de favorito, han recogido todas las pruebas de disimulo y de malicia que ha dado en su vida, y han sacado caritativamente la hipótesis de que David Gellatley es bastante loco para dispensarse de toda faena. No fundan mejor su opinion que los negros, quienes pretenden que si los monos no hablan es porque temen que los hagan trabajar. David Gellatley es ente-

TOMO 1.

12

I78

WAVERLEY ,

ramente lo que parecía ser: una cabeza sin meollo , é incapaz de una ocupacion regular. Tiene bastante juicio para sacar partido de su locura, bastantes agudezas para no pasar plaza de idiota; está dotado de cierta destreza para la caza, pues se han visto grandes locos que han sabido distinguirse en ella. Por último, David usa de mucha humanidad con los animales que le confían , es afecto y fiel á sus señores, posee prodigiosa memoria, y fino oído para la música.»

En este punto oyéronse en el patio pasos de caballos y la voz de David, que cantaba unos graciosos versos dirigiendose á los dos sabuesos.

«¿Esos versos pertenecen á vuestra antigua poesia Escosesa ? preguntó Waverley á miss Rosa. —Creo que no, le respondió esta: ese infeliz tenia un hermano, y el cielo, sin duda para indemnizar á su familia de la desgracia de David, habia dado á este hermano un talento que

CAPITULO XII.

179

reputaban extraordinario las gentes de la aldea. Hacíale educar un tío con deseos de que fuese sacerdote de la iglesia de Escocia; pero no pudo obtener el menor beneficio porque era de nuestros dominios. Volvió del colegio sin esperanzas, con el corazón traspasado de dolor, y cayó en mortal languidez. Cuidóle mi padre hasta su muerte, que le asaltó antes de cumplir veinte años: tocaba muy bien la flauta, y creíasele generalmente con ventajosas disposiciones para la poesía. Amaba mucho á su hermano, quien no lo dejaba mas que á su sombra, y pensamos que de él ha obtenido David esos fragmentos de canciones que en nada se parecen á las de esas comarcas: cuando alguno le pide que le enseñe algo de estos fragmentos como el que acabais de oír, no responde sino soltando grandes risotadas ó vertiendo lágrimas acompañadas de sollozos: nunca ha dado otra esplicacion, nunca se le ha oído pronun-

ciar el nombre de su hermano desde su muerte.»

Esta relacion que tenia algo de estraña interesó á Eduardo. «Tal vez se podria, dijo, sacarle otras aclaraciones preguntándole con dulzura y destreza....

—Posible es, le respondió mis Rosa; pero mi padre no ha querido permitir, añadió , que le hiciese preguntas sobre este objeto.

Durante esta conversacion, habia logrado el baron con la ayuda de Saunderson calzarse un par de botas de dimension anchísima; é invitando á nuestro héroe á que le siguiese, bajó la escalera apoyando fuertemente los talones y golpeando con el mango de su zurriago de caza los barrotes del pasamano. Gorgeaba el aire de un cazador de Luis XIV.

**Pour la chasse ordonnée il faut preparer tout.
¡Hola ! oh ! debout! vite debout.**

CAPITULO XIII.

DIA MAS RISUEÑO QUE EL ANTERIOR.

EL baron de Bradwardine oprimia los lomos de un caballo activo y bien domado; y al verle sentado en la silla cubierta con ancha mantilla del mismo color que su librea, creeríase reconocer un modelo verdadero de la antigua escuela de equitacion. Su bordado uniforme de color claro, su chupa ricamente engalonada, la peluca de comandante de brigada, y un sombrerillo de alas dobladas con presillas de oro, completaban su vestido; seguíanle cabalgando dos criados armados con dos pistolas.

Con semejante equipo trotaba por mon-

tes y por valles , escitando la admiracion de todos los arrendadores que encontraba. Llegaron en fin al fondo de una verde cañada , donde ya habia acudido Gellatley con sus dos enormes lebreles y una media docena de perros de todas especies. Rodeábale una bandada de muchachos con las piernas y la cabeza desnudas, quienes á fin de disfrutar el honor de seguir la caza, habian tenido la atencion de lisonjear los oídos de Gellatley, dándole el título del *señor Gellatley*, aunque no se hallare entre ellos ninguno que en otras ocasiones no le saludara con el apóstrofe de *Daft-Davy*, *David el Orate*. No son solo los aldeanos con los pies desnudos de Tully-Veolau los que echaban mano de la lisonja en caso de necesidad; era esta una usanza general sesenta años hace; todavia existe, y existirá sin duda de aquí á seiscientos años, si la ridícula mezcla de locura y de bajeza á que llaman mundo subsiste en aquella época.

CAPITULO XIII.

183

Los muchachos de piernas desnudas estaban destinados á cortar la retirada por la parte de las breñas , y llenaron su objeto tan perfectamente, que al cabo de media hora arrojaron de ellas un corzo, á quien persiguieron y dieron muerte. El baron acudió con toda la velocidad de su caballo blanco, como en otro tiempo el conde Perey; sacó su cuchillo de caza, abrió majestuosamente el vientre al animal, le vació, y dijo á Waverley que los cazadores franceses llamaban á esto hacer la ralea. Acabada esta ceremonia, condujo otra vez á su huésped á Tully-Veolan por un camino tortuoso pero pintoresco, que dominaba un vasto pais adornado de varias casas y aldeas, de cada una de las cuales contaba el baron alguna anécdota histórica ó genealógica. Descubríase en sus visajes la singularidad de sus preocupaciones y de su pedantismo, aunque no dejaban de presentar inteligencia y pundonorosos sentimientos; en

fin, algunas veces eran poco importantes, pero siempre curiosos por su espresion.

El paseo agradaba igualmente á ambos amigos, á pesar de que sus caracteres y sus costumbres fuesen enteramente opuestos. Hemos dicho que Eduardo era sensible , que poseia una imaginacion viva, un espíritu caballeresco y un gusto delicado para la poesía. El señor de Bradwardine era el reverso de la medalla; y se vanagloriaba de correr el camino de la vida con la estoica gravedad que desplegaba en sus diarios paseos de la tarde por la azotea de Tully-Veolan, donde caminaba horas enteras cual modelo verdadero del viejo Hardyknute , héroe de una balada escocesa.

En cuanto á la literatura , habia leído los poetas clásicos: el Epitalamio de Jorge Buchanan, los salmos de Arturo Johnston, las *Deliciae poetarum*, las obras de sir David Lindsay, el *Brusio* de Barbour, el *Walacio* de Henri-el-Ciego , el *Gentle*

CAPITULO XIII.

185

Shepherd de Ramsay, el Guindo, y el Ciruelo. Pero á pesar de este incienso consagrado á las Musas, prefiriera, á decir verdad, que le hubiesen puesto en buena prosa los sabios y piadosos apotegmas y las relaciones históricas contenidas en sus diversos libros. Alguna vez no podia menos de manifestar su desprecio hacia el arte inútil de componer poemas. El único escritor que descollaba en su tiempo, decia, era Allan Ramsay el peluquero.

Puesto que Eduardo se diferenciase de él *toto caelo*, como hubiera dicho el baron, la historia era para los dos un terreno neutral donde podian estenderse; es verdad que el baron gustaba tan solo de los grandes acontecimientos y de las vicisitudes políticas que describe la historia de una manera sencilla y sin ornatos; al contrario á Eduardo placíale acabar y colorar el diseño con una imaginacion que daba alma y vida á los actores de lo

pasado. No obstante tan opuestos gustos, agradábanse mutuamente. Los detalles que el señor Bradwardine hallaba en su memoria daban á Waverley asuntos para ocupar su mente, y abríánle una nueva mina de acontecimientos y de caracteres: por su parte correspondia á las fruiciones que le procuraba su amigo escuchándole con la mayor atención. No hay ningún relator de cuentos que no sea sensible á esta política; el baron recibia con indecible placer semejante muestra de respeto y deferencia hácia su persona, interesándose también en las advertencias ó alusiones que confirmaban ó esplicaban sus pensamientos. El señor de Bradwardine gustaba de hablar de las aventuras de su juventud, que habia pasado en los campos de países extranjeros; y sabia varias particularidades curiosas de los generales á cuyas órdenes habia servido, y de los combates en que se habia encontrado.

CAPITULO XIII.

187

Nuestros dos cazadores volvieron á entrar en Tully-Veolan muy satisfechos uno del otro. Waverley formó el proyecto de estudiar con atencion el carácter del baron, el cual le parecia original pero interesante , mirándole como un precioso repertorio de todas las anécdotas antiguas y modernas. El señor de Bradwardine por su parte consideraba á Eduardo como un *puer* (ó antes bien como un *juvenis*) *bonae spei et magna indolis*; un jóven que no se parecia en cosa alguna á aquellos atronados que no pueden tener á raya la petulancia de su edad, y que escuchan con impaciencia los consejos de los hombres sensatos, pasando algunas veces al extremo de ridiculizarlos; así es que aseguraba que su suerte venidera seria dichosa. En este dia no hubo mas convidado que el señor de Rubrick; y su conversacion, ya como eclesiástico, ya como letrado, guardaba armonía con la del baron y su huésped.

Algunos minutos después de comer, para probar el baron que no se habia cotentado con encomiar la sobriedad, sino que la habia practicado, propuso hacer una visita á Rosa, ó para servirnos de sus espresiones, *subir a su tercer piso*. Condujo pues á Waverley por medio de dos ó tres largos corredores, verdaderos laberintos para embarazar á un huésped que inventaron los antiguos arquitectos. Subiendo despues el primero y de dos en dos las gradas de una angosta escalera de caracol, adelantóse á los señores Waverley y Rubrick para anunciar á su hija la visita que iba á recibir.

Habiéndose encaramado por esta escalera espiral hasta el punto de perderse de vista, llegaron por último á una piececita cuadrada guarnecida con esteras, que servia de antesala al aposento de Rosa, á su *sanctum sanctorum*; y de allí pasaron á su retrete. No era muy dilatado este aposento , pero era muy agra-

CAPITULO XIII.

189

dable con vistas al mediodia: estaba adornado con tapices y con dos retratos, uno de los cuales representaba á la madre de Rosa vestida de pastora con una saya loreada ; y el otro al baron de edad de diez años, con uniforme azul, chupa bordada , sombrero engalonado, peluca y marco en la mano. No pudo menos de sonreirse Eduardo viendo aquel trage , y la estraña semejanza que habia entre la figura redonda , bermeja é ingenua del retrato, y el rostro descarnado , la tez morena, la barba, los ojos cóncavos y las arrugas del original, en quien todo atestiguaba los trabajos de la guerra, las fatigas de toda especie, y una edad avanzada. El baron mismo rió con su huésped: «Este retrato, le dijo, fué un capricho mugeril que tuvo una buena madre, hija del laird de Tulliellum ; capitan Waverley, ya os enseñé su morada cuando estuvimos en la cumbre de Shinny-Heuch : entregáronla a las llamas

190

WAVERLEY,

en 1715 los holandeses, cuando vinieron en calidad de auxiliares del gobierno. Despues ya no he mandado hacer ni trato mas que una vez, y fué por instancias reiteradas del mariscal duque de Berwick.

El buen anciano no añadió lo que señor Rubrick supo después por Eduardo: esto es que el mariscal le habia hecho semejante honor para recompón-sarle el valor que manifestara subiendo el primero á la brecha en el sitio de una fortaleza de la Saboya durante la memorable campaña de 1709, y en la que se defendió con su media pica mas de diez minutos antes que le socorriesen. Debemos hacer justicia al baron; aunque acostumbrase á exagerar la dignidad de su familia, era en realidad sobrado valiente para mencionar cuanto no tuviere relacion mas que con su mérito personal.

Miss Rosa salió en este momento de su sala á recibir á su padre y amigos. Las|

CAPITULO VIII.

191

ocupaciones y tareas á que se habia entregado al parecer, hacian el elogio de las felices disposiciones que recibiera de la naturaleza , las que solo necesitaban que las cultivaran. Habíale enseñado su padre el francés y el italiano ; y tenia en los estantes de la biblioteca algunos autores en estas dos lenguas. El baron tratara tambien de enseñarle la música; pero como habia principiado las discusiones mas abstractas, ó tal vez como no se hallaba en estado de enseñar esta ciencia, pudo solamente aprender la hija á acompañarse con el arpa, lo que en aquella época no era muy común en Escocia. En cambio de esto cantaba con mucho gusto y espresion, sin desnaturalizar el sentido de las palabras, lo que ahora seria un modelo que deberia proponerse á damas mas filarmónicas que ella. La simple razon habíale enseñado que si, como dice una grande autoridad, marídase la música con la inmortal poesía , sobrado á menudo el

192

WAVERLEY,

cantor las divorcia vergonzosamente. Quizás á este gusto poético, y á este talento de acomodar su espresion con la de la música, debia Rosa el que agradase su canto á personas que no poseian el menor conocimiento en la gaya ciencia, como también á no pocos músicos que preferian su voz á otras mas dulces y de mas brillante efecto, pero que carecian de la inspiracion de un sentimiento tan delicado como el suyo.

Una especie de galería circular que habia delante de las ventanas del retrete, descubria otra ocupacion de miss Rosa. Estaba adornada con toda clase de flores que cultivaba ella misma; pasábase por una torrecilla a este balcon gótico, que tenia una vista admirable. El jardín cercado de altas paredes , y al que daba la galería, visto de aquella altura parecia solo un cuadro. Estendíase á lo lejos un sombrío valle , donde unas veces se descubria la corriente del rio, y otras de-

CAPITULO XIII.

193

saparecia en el verde soto. La vista se detenía con placer en las rocas que aquí y allá levantaban sus cúspides á manera de campanarios por encima del florido bosque , ó por encima de una vieja torre, cuyas sombrías y sublimes ruinas veíanse enteramente desde la cumbre de un promontorio reflejadas en las ondas. A mano izquierda distinguíanse algunas chozas de la aldea; la espalda de la montaña ocultaba las otras. Acababa este valle en una porcion de agua á que llamaban el *lago Veolan*; el rio desembocaba allí su corriente, que en este momento resplandecía con los rayos del sol poniente. El pais lejano era variado, aunque no estuviese poblado de árboles; solo llamaba allí la atencion una cerúlea barrera que formaba por la parte de mediodia una cadena de peñascos á la entrada del valle. En este divertido balcon mandó servir Rosa el café.

La antigua torre ó fortaleza dio mate-

TOMO 1.

13

lia al baron para contar con entusiasmo muchas anécdotas ó historias de caballeros escoceses. El ángulo saliente de una roca inclinada que se veia cerca se llamaba *la caza de San Swithin*³⁵. Era teatro de una supersticion de que el señor Rubrick contó algunos detalles que recordaban á Waverley el fragmento de una balada citado por Edgar en el *Rey Lear*. Invitaron á miss Rosa á que cantara un romance que habia compuesto siguiendo la leyenda algun poeta aldeano, quien

Obscuro como sus padres
Su nombre arranca al olvido
Con sus versos melodiosos
Y muy dulces al oido,
Sin haber trepado al templo
Do brilla ingenio divino.

La dulzura de su voz y la melodía de la música sencilla y natural, dieron á aquel canto todo el placer que el vate hubiera deseado, y de que tanto necesitaba su poesía. Temóme que este romance pri-

³⁵ Nótese el error de traducción al confundir 'chaise' (silla) con 'chasse' (caza); cfr. DEF: "La chaise de Saint Swithin"; WAV: "St Swithin's Chair". OLI, además, omite el largo poema que lleva por título el mencionado topónimo.

CAPITULO XIII.

195

vado de aquellas ventajas ha de apurar la paciencia del auditorio cuantas veces vuelva á cantarse.

«Siento no corresponder á la bondad de los que me oyen, y en particular a la del capitan Waverley , que con tanta atencion escucha , dijo miss Rosa ; pero he cantado solo un fragmento de un romance, en que describe el poeta la vuelta del baron de sus largas guerras , y el modo como encontraron á milady , fria como la tierra , en la orilla del rio.

— Es una de aquellas ficciones, dijo el baron , que desfiguraban las crónicas de las mas ilustres familias en los tiempos supersticiosos. Roma tuvo sus prodigios, así como muchas naciones de la antigüedad , de lo que nos convencemos leyendo la historia antigua, ó el opúsculo recopilado por Julius Obseques, y dedicado por el sabio editor Scheffer á su protector Benedictus Srytte, baron de Dudeashoff.

— Mi padre tiene la mayor desconfianza en lo maravilloso, añadió miss Rosa: una vez conservó su sangre fría, en tanto que un sínodo de presbiterianos se dispersó con la aparición del espíritu maligno.»

Waverley manifestó con sus miradas que deseaba conocer los detalles de aquella escena.

«¿Queréis, dijo miss Bradwardine, que os refiera la historia de cabo á rabo? Pues bien: había una vieja llamada Juana Gellatley, reputada por hechicera, y sin duda por motivos poderosos: era decrepita, muy fea y muy pobre. Tenía dos hijos el uno poeta y el otro casi loco; decían las gentes que esta madre desnaturalizada había echado un maleficio á su desgraciado hijo. Arrestáronla como hechicera, y encerráronla en el campanario de la parroquia. Dábanle allí muy poco de comer, y no le permitían dormir: trastornóse su cerebro de manera, que llegó al punto de creerse verdaderamente

CAPITULO XIII.

197

hechicera como pretendian sus acusadores. Mientras que su entendimiento se hallaba en este estado , recibió orden de hacer una confesion general delante de todos los whigs y presbiterianos de la comarca que no fuesen también hechiceros. Como la acusada habia nacido en señorío de mi padre, fué este á la asamblea para ver el resultado de tan raro proceso. En tanto que la pobre muger confesaba que el diablo se le aparecia bajo la figura de un agraciado mancebo de color atezado (y si hubieseis visto á la desdichada Juanica y sus ojos legañosos, convendriais en que semejante eleccion hacia muy poco honor al buen gusto de Apolo) (1), todos los asistentes mudos de pasmo prestaban atento oído, y el escribano estendia con mano trémula tan estraña declaracion; cuando la vieja mudó súbito de tono, y dijo dando un descompasado

(1) Nombre de Lucifer en el Apocalipsis.

grito : Guardaos, guardaos, porque veo al diablo en medio de vosotros. El pavor se apoderó de toda la asamblea; apresuróse cada cual á poner los pies en polvorosa : ¡felices los que se hallaban cerca de la puerta ! ¡Qué confusion, qué desórden de tocas, de sombreros, y de pelucas antes que se vaciase la iglesia! Únicamente quedó en ella nuestro obstinado prelado, para arreglar las cosas con no poco peligro suyo entre la hechicera y su defensor.

— *Risu solvuntur tabulae* (1) dijo el baron. Cuando volvieron de aquel terror pánico tuvieron sobrada vergüenza para volver á principiar las diligencias contra Juana Gellatley.»

La anécdota suscitó una luenga discusion. Con esta conversacion y con las anécdotas romancescas que contó el baron, espiró el dia segundo que pasó nuestro héroe en Tully-Veolan.

(1) Con la risa se acabó el proceso.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
CAP. I. Introduccion	1
CAP. II. El castillo de Waverley-Honour.	
-Ojeada al tiempo pasado	10
CAP. III. La educacion	28
CAP. IV. Castillos en el aire	41
CAP. V. Eleccion de estado	54
CAP. VI. Despedida de Waverley	75
CAP. VII. Guarnicion de caballería en Es-	
cocia	95
CAP. VIII. Casas de Escocia sesenta años ha.	102
CAP. IX. Otra vez la casa y sus alrededores.	116
CAP. X. Rosa Bradwardine y su padre.	128
CAP. XI. El banquete	142
CAP. XII. Arrepentimiento y reconciliación	163
CAP. XIII. Dia mas risueño que el ante-	
rior	181

WAVERLEY.

WAVERLEY,

NOVELA



TOMO II.

Barcelona

Librería de Oliva
1836.



*Waverley no pudo menos de
estremecerse al oír el lenguaje
misterioso de aquel bandido.*

Pie de ilustración: Waverley no pudo menos de estremecerse al oír el lenguaje misterioso de aquel bandido.

WAVERLEY,
Ó SESENTA AÑOS HA;
NOVELA ORIGINAL INGLESA,
Por Walter Scott.
Con Láminas

TOMO SEGUNDO

BARCELON
A

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1836.

WAVERLEY.

CAPITULO XIV.

DESCUBRIMIENTO.---- WAVERLEY SE ESTABLECE
EN TULLY-VEOLAN.

AL dia siguiente levantóse Eduardo al alba y dio su paseo matutino en torno de la casa y por sus cercanías. Al volverse atravesó un reducido patio donde estaba la perrera; su amigo David se ocupaba en cuidar de los cuadrúpedos confiados á su cargo. Reconoció en seguida á Eduardo en un abrir y cerrar de ojos ; pero hizo como que no le habia visto , y vol-

TOMO II.

1

viendo la espalda principió á cantar una antigua balada.

Waverley no pudo menos de observar que en el tono de David habia un no sé qué, que prestaba á su canción un sentido satírico : acercósele é hizo cuanto pudo por saber que queria decir; pero David rehusaba esplicarse , y tenia bastante juicio para ocultar la malicia bajo la capa de su locura. No pudo arrancarle media sílaba ; solo le dijo que cuando el laird de Balmawhapple habia llegado al castillo la sangre manchaba sus botas. Halló en el jardín al viejo dispensero, quien no le negó que habiendo sido educado en el seminario de los señores Sumac y compañía de Newcastle , se ocupaba algunas veces en arreglar las macetas para dar gusto en ello al laird y á miss Rosa. Despues de muchas preguntas supo en fin Eduardo no sin experimentar un violento pesar, y con estraordinaria admiración, que las disculpas su-

CAPITULO XIV.

3

misas de Balmawhapple eran el resultado de un duelo con el baron. Habianse batido mientras que Waverley dormia aun, y el jóven habia recibido una herida en el brazo izquierdo y habia sido desarmado. Este descubrimiento mortificó á Waverley ; fuéen busca de su huésped, y le dirigió respetuosas quejas por la especie de injusticia que habia cometido adelantándosele en su intencion de batirse con Falconer , lo que en atencion á su edad y á su profesion podia interpretarse en desventaja suya. La apología que el baron hizo de su conducta es sobrado larga para referirla. Insistió fuertemente en que el insulto les era comun , y Balmawhapple segun las leyes del honor no podia dispensarse de dar satisfacción á uno y á otro. «Lo ha hecho, añadió, empuñando la espada contra mí, y dándoos justas disculpas; vos las recibisteis, y no se hable mas de ello.» Waverley , no pudiendo objetar cosa alguna á esta alega-

4

WAVERLEY,

cion , mostró quedar satisfecho; no pudo menos de maldecir el oso *sagrado* que suscitara aquella querella, y de manifestar que la copa no merecía el epíteto que le habían dado. El baron observó que aunque la heráldica represente al oso como animal dócil y sumiso, podemos sin embargo creer que su carácter tiene alguna cosa de duro, de salvaje y de melancólico , como lo ha demostrado Archivald Simson, pastor de Dalkeith, en su tratado de los *Geroglíficos de los animales*. El tal oso, añadió , ha ocasionado no pocas pendencias en la familia de Bradwardine. Puedo hablaros de un asunto que me es personal, y que me pasó desgraciadamente con uno de mis primos por parte de madre, sir Hew Halbert: tuvo la debilidad de ridiculizar mi nombre de familia, como si hubiera sido *casi Bear Varden*. Semejante chanza parecía muy impolítica, por que no sola mente suponía que el fundador de nuestra estirpe era un

CAPITULO XIV.

5

ganadero de bestias, oficio ejercido tan solo por los mas viles plebeyos, sino que tambien manifestaba que nuestro escudo de armas no era el noble precio de altas hazañas , y que se habia aplicado por patronomasia ó juego de palabras al título de nuestra familia: especie de emblema que llaman los franceses *armoiries parlantes*, los latinos *arma cantantia* , y vuestros autores ingleses *canting heraldry*. Seria esto una especie de blasón digno de los farfulleros , de gentes de alforja , y de otros mendigos, cuya jerga se compone de meras voces , antes que la noble, útil y honrosa ciencia del blason que señala los escudos de armas como la recompensa de nobles y generosas acciones, en vez de componerse de varios retruécanos que se encuentran en las colecciones de equívocos.» El baron no dijo otra cosa concerniente á su querella con sir Hew Halbert, sino que se habia concluido de un modo conveniente.

Despues de haber entrado en estos detalles acerca de los placeres de Tully. Veolan durante las semanas primeras de la residencia de Eduardo, á fin de dar á conocer mejor á los lectores sus habitantes , nos creemos dispensados de referir con exactitud tan escrupulosa cuanto acaeci6 despues. De presumir es que un jóven acostumbrado á sociedad mas alegre, hubiérase al fin aburrido de la conversación de un abogado tan ardiente de la dignidad del blason ; Eduardo empero hallaba una agradable recompensa en sus conferencias con miss Rosa. Oia esta con un placer siempre nuevo sus reflexiones sobre la literatura, y manifestaba en sus respuestas el gusto mas puro; gracias ala dulzura de su carácter, habíase sometido con complacencia y hasta con placer alas lecturas indicadas por su padre, aunque la habia condenado á leer no solamente enormes tomos en folio sobre la historia, sino tratados mas voluminosos aun sobre

CAPITULO XIV.

7

controversias eclesiásticas. En cuanto á la heráldica habíase contentado su padre con darle una ligera tintura de ella, haciéndole leer el Nisbett. El baron amaba á Rosa como á las niñas de sus ojos; su dulzura inalterable, su constante aplicación en prestar aquellos leves servicios que agradan tanto mas, cuanto que no hemos pensado en exigirlos; su belleza que retrataba al baron las adoradas facciones de una esposa querida ; su piedad sincera y su generosidad , fueran bastantes para justificar la ternura del mas parcial de los padres.

El amor que inspiraba al baron parecia con todo no estenderse hasta aquel punto de preocupacion paternal, en que un padre lo pospone todo á la ternura por su hija, esto es, al cuidardo de asegurar su fortuna, ya por medio de un rico patrimonio, ya por el de un enlace ventajoso. En virtud de una antigua sustitucion, debia heredar la baronía y sus

dependencias un lejano pariente; y todo inducia á creer que á miss Rosa Bradwardine le quedaria tan solo un cortísimo patrimonio ; porque el baile Macwheeble habia administrado demasiado tiempo el metálico del baron para que pudiese esperarse gran cosa de su sucesion paternal Verdad es que el baile amaba en extremo á su señor y á miss Rosa ; pero aun se amaba mas á sí mismo. Habia imaginado que no era imposible anular la sustitucion en favor de la descendencia masculina, y al efecto habia adquirido (*gratis* como decia) un informe firmado por un eminente abogado de Escocia, á quien habia consultado el asunto. El baron empero no queria en manera alguna oir bablar de esta transaccion ; al contrario, tenia un cruel placer en repetir con énfasis que la baronía de Bradwardine era un feudo masculino, y que el título que la habia fundado llevaba la data de aquellos remolos tiempos en que eran miradas las

CAPITULO XIV.

9

mugeres como inhábiles para heredar se mejantes feudos ; por que *segun las costumbres de Normandia, el hombre es quien, se bate y quien aconseja* ; ó como dicen espresamente otros autores mucho menos galantes aun, de los que le agradaba citar todos los nombres bárbaros, porque la muger no puede servir de señor feudal en la guerra en atencion al pudor y á la decencia, ni ayudar con sus dictámenes ó con un consejo , por causa de lo limitado de su entendimiento y de su debilidad física. «Que me digan, esclamaba con aire de triunfo, si seria de temer que una muger de la familia de Bradwardine tuviera el cargo de quitar las botas á su Rey en un dia de batalla ; y tal es precisamente la obligación de los barones de nuestra raza: *exuendi, seu detrahendi calloga regis post battaliam* No ; nos repetia , *procul dubio*, no hay duda que ha habido muchas damas de tanto mérito como Rosa escluidas de la sucesion

de la baronía para que yo llegase á heredarla. ¡ El cielo me preserve de disponer de ella de otro modo que lo hicieron mis antepasados, y de perjudicar los derechos de mi pariente Malcolm Bradwardine de Inehgrabbit! Aunque esté muy decaído, pláceme reconocerle por un ilustre miembro de mi familia.»

El baile, en calidad de primer ministro, despues de haber recibido de su señor esta decision irrevocable , creyó que no era prudente insistir en su proyecto; pero cuando encontraba á Saunderson, el ministro del interior, lamentábanse juntos de la indiferencia de su dueño. Un dia hablaban del proyecto de unir á missRosa con el jóven laird de Balmawhapple. «Posee una buena hacienda casi libre de deudas, decia el baile ; es un jóven que no tiene tacha, sobrio como un santo si le teneis lejos dal aguardiente, y el aguardiente lejos de él; no pueden echarle nada en cara , sino que algunas veces

CAPITULO XIV.

11

se juntaa con gentes de baja esfera , tales como Jinker el chalan y.... y Gibby Gaethrowit, el tañedor de gaita de Cu-par; pero él se corregirá.

—Sí, señor Saunderson, él se corregirá, pronunciaba el baile....

— Sí, *como la cerveza agria se corrige en el mes de agosto* , añadió Gellatley, quien se hallaba mas cerca de ellos de lo que suponían.»

Miss Bradvvardine , tal como la hemos pintado, tenia toda la sencillez y curiosidad de una reclusa; sirvióse ansiosamente de la ocasion que le presentaba la visita de Eduardo para engrandecer el círculo de sus conocimientos en literatura. Waverley mandó traer de la ciudad donde estaba su regimiento de guarnicion parte de sus libros, que abrieron á miss Rosa una fuente de placeres de que aun no tenia idea. Los mas acabados poetas de todos los géneros, y los mejores cursos de literatura formaban parte de los volú-

menes despachados á Tully-Veolan. La música y las flores fueron casi de todo punto olvidadas por miss Bradwardine; y Saunderson, no solamente se entristeció , sino que se aburrió de un trabajo que no le valia un solo cumplimiento. Los nuevos placeres que Rosa preferia éranle cada dia mas caros, porque los dividia con uno que tenia los mismos gustos. El conato con que Waverley esPLICABA un pasaje difícil ó leía un libro deseado hacia inapreciable su sociedad; y las disposiciones romancescas de su imaginacion aumentaban á un carácter sobrado novicio para conocer los defectos. Cuando el asunto le interesaba , y cuando estaba del todo contento, Eduardo poseia aquella elocuencia natural y á las veces brillante que causa mas impresion en el corazón de una muger que la belleza, el nacimiento y la fortuna. Habia pues en este comercio habitual un peligro siempre de aumento para la tran-

CAPITULO XIV.

13

quilidad de la pobre Rosa , mucho mas cuando su padre se hallaba en extremo ocupado en sus estudios abstractos , y tenia una idea sobrado elevada de su dignidad para soñar un momento en que su hija se esponia á los riesgos. En su opinión las señoras de la familia de Bradwardine se parecian á las de la casa de Borbon ó de Austria : colocadas en una alta esfera que las nubes de las pasiones no podian obscurecer , eran segun él superiores á las debilidades de las vulgares. En una palabra tanto cerró los ojos á las consecuencias de la intimidad establecida entre su hija y Waverley, que todo el vecindario dedujo de aquí que el baron habia comprendido las ventajas del enlace de su hija con el rico y jóven inglés: ai menos, anadian, obra con mas acierto que lo hasta aquí en materia de intereses.

Si verdaderamente hubiera pensado el baron en hacer esta alianza, hallara un

obstáculo invencible en la indiferencia de Waverley. Desde que nuestro héroe tenía relaciones mas directas con el gran mundo habia aprendido á avergonzarse y confundirse con su leyenda de santa Cecilia: y sus reflexiones poco agradables sobre este asunto sirvieron durante algun tiempo de contrapeso á la facilidad natural de su corazón. Por otra parte miss Rosa, á pesar de su belleza y amabilidad, carecia de aquella especie de mérito capaz de cautivar á un jóven inesperto y de una imaginación enteramente novelesca. Era sobrado franca , confiada y buena: estas cualidades son sin duda preciosas , pero destruyen todo lo maravilloso que tanto ansia la antojadiza mente de un jóven. ¿Érale posible á Eduardo suspirar, temblar y adorar á una doncella, tímida á la veidad, pero festiva, que tan pronto le pedia que le cortase su pluma, tan pronto que le tradujese una estrofa del Taso, tan pronto que la ayudase

CAPITULO XII.

15

a poner ortografía á la mala version de un trozo de prosa? Todos estos incidentes seducen al entendimiento y al cora-
ton en cierta época de la vida, pero no á la primera entrada en el mundo , cuando el jóven busca un objeto cuyo afecto le realce y ennoblezca á sus propios ojos, en vez de humillarse á aquel que espera de él igual distinción. Aunque no sea fácil establecer ninguna regla cierta acerca de un sentimiento tan caprichoso como el amor, podemos sin embargo decir que a un jóven amante guia de ordinario la ambicion en su eleccion primera, ó lo que viene á ser lo mismo, que cuida de buscarla (como en la leyenda de santa Cecilia ya indicada) de una esfera mas elevada que la suya , para dejar ancho campo á aquel *bello ideal* que desfiguran y descoloran las realidades de un comercio íntimo y familiar. He conocido a un jóven de mucho talento que enamorado de una apuesta doncella , cuyo juicio no

correspondia á su belleza y á su gracia, curóse de su pasión platicando libremente con ella un día después de comer. Estoy bien cierto que si Waverley hubiese tenido ocasión de entablar conversación con miss Stubbs, miss Raquel no tuviera necesidad de tomar tantas precauciones; porque así se hubiera enamorado de ella como de la lechera. Aunque miss Bradwardine fuese una persona muy diferente, no cabe duda en que la intimidad que reinaba entre ella y Waverley no permitió á este último probar por Rosa otro interés que el que siente un hermano por una hermana amable ; en tanto que la pobre se entregaba de día en día sin conocerlo á las impresiones de un afecto mas tierno.

Debia haber prevenido al lector que Eduardo obtuvo permiso para prolongar su ausencia. El coronel al concederla, le recomendaba en la carta de una manera del todo amistosa no acompañarse solo

CAPITULO XIV.

17

con aquellos hidalgos, que aunque apreciados por otra parte, tenían fama de no muy amantes del gobierno, y rehusaban prestarle juramento de obediencia. Insinuaba de una manera delicada que sería posible que relaciones familiares le obligasen á frecuentar algunas casas de personas que por desgracia eran sospechosas; pero que no debía olvidar que la posición en que se hallaba su padre no podía menos de hacer que desease ardientemente que su hijo no formase ninguna amistad íntima con aquellas. Advertíale también el coronel que al mismo tiempo que sus opiniones políticas corrían algún riesgo en la compañía de gentes de tal carácter, se esponía así mismo á recibir sobre la religión falsas impresiones de los ministros episcopales, que con tanta maledicencia trataban de introducir la prerogativa real en las cosas sagradas.

Esta postrera insinuación fué causa de que Waverley considerase á su coronel

TOMO II.

2

preocupado acerca de aquellos dos artículos. Había notado que la delicadeza del señor de Bradwardine llegaba al extremo de evitar escrupulosamente el pronunciar una palabra que pudiese tener la mas leve relacion con los negocios del gobierno , aunque fuera partidario entusiasta de la familia desterrada, y aunque hubiese desempeñado en su favor varias comisiones importantes. Estando pues muy convencido de que no debía temer que el baron hiciera la menor tentativa para vencer su fidelidad á su Príncipe , decíase á sí mismo Eduardo, que no seria justo dejar sin motivo la casa del antiguo amigo de su tio , donde se divertia y agradaba al propio tiempo, por acceder á prevenciones y sospechas infundadas. Contentóse con dar una respuesta vaga asegurando al coronel que no pasase inquietud por las sociedades que frecuentaba ; y. que la fidelidad que habia jurado al gobierno no corria el menor riesgo:

CAPITULO XIV.

19

**en consecuencia siguió considerándose en
Tully-Veolan como un amigo de la casa.**



CAPITULO XV.

UN ROBO¹ Y SUS CONSECUENCIAS.

HABITABA Eduardo en Tully-Veolan cerca de seis semanas, cuando una mañana saliendo para dar antes de desayunarse su paseo acostumbrado, admiróse de la confusión que reinaba en toda la casa. Cuatro lecheras con las piernas desnudas y teniendo cada una en la mano su cántaro vacío, corrían por aquí y por allá haciendo gestos convulsivos, y prorumpiendo en continuos gritos y exclamaciones de sorpresa, de dolor y de cólera. Al verlas tomáralas un pagano por un destacamento de bélidas escapadas de su suplicio. «¡Dios nos ampare! *Eh sirs!*» Eran todas las palabras que podían ar-

¹ Nótese que DEF mantiene el vocablo gaélico “creagh”, con una nota a pie de página donde indica que se trata de un ‘asalto’ o ‘incursión’. OLI, en cambio, se decanta por una traducción que neutraliza el objeto cultural.

CAPITULO XV.

21

rancarles , palabras que no manifestaban en manera alguna la causa de su desesperacion. Dirigióse pues Waverley al patio. donde encontró al baile Macwhecble: era fácil conocer que habia recibido un mensaje; y acompañábanle de ocho á diez lugareños que habian seguido sus acelerados pasos sin ninguna dificultad.

El baile estaba muy atareado y dábale sobrada importancia para entretenerse en hacer á Eduardo la menor explicacion; preguntó por el señor Saunderson, quien se le llegó con aire solemne y triste. En seguida pasó entre los dos un coloquio secreto. Distinguíase á Gelltley entre la multitud , ocioso é indolente , como Diógenes en el sitio de Sinope. El menor acontecimiento feliz ó desgraciado bastaba para sacar sus facultades de su apatía habitual : principió á brincar y bailar cantando el refrán de una antigua balada :

A Dios riqueza mia.

Pero al pasar por delante del baile recibió de su zurriago una advertencia que le hizo cambiar sus festivos cantos en lamentaciones.

Waverley iba á entrar por el jardin, cuando descubrió al baron corriendo apresurado por la azotea; eclipsaba su frente una nube de indignacion y de ajado orgullo : todo indicaba en sus movimientos y en sus gestos que cualquiera pregunta en aquel instante le seria importuna, si no se ofendia de ella. Waverley pues entró en la casa sin dirigirle la palabra, y se fué á la sala de desayuno, donde encontró á su jóven amiga Rosa, quien sin manifestar el furor del baron , el despecho de las lecheras , ni la ofendida importancia del baile, parecia estar apesadumbrada. Una sola palabra puso á Eduardo al corriente de todo. «Vuestro desayuno , dijo Rosa, no

CAPITULO XV.

23

será muy alegre, capitan Waverley: una tropa de ladrona ha descendido de la montaña esta noche y ha robado todas nuestras vacas.

— ¿Una tropa de ladrones ?

—Sí, capitan; ladrones del vecino monte. Nos habíamos preservado de sus insultos mediante el *blackmail* (1) que pagábamos á Fergus Mac-Ivor Vich Jan Vohr; pero mi padre ha creído que era indigno de un hombre de su rango y nacimiento abonar por mas tiempo semejante tributo : ved la causa del desastre que nos ha sucedido. Si me veis triste, capitan, no es por la pérdida que hemos experimentado , sino porque mi padre está indignado por semejante afrenta. Es tan temerario y tan ardiente , que me temo no pretenda recobrar sus vacas á la fuerza. Aun suponiendo que no le acontecie-

(1) Renta ó tributo del ladron.

se ninguna desgracia , y que no fuese herido él propio, podría herir y hasta matar á alguno de aquellos hombres salvajes: entonces ya no habriaa paz ni tregua entre ellos y nuestra familia. Carecemosde los medios de defendernos que teníamos en otro tiempo, el gobierno nos ha quitado todas las armas; y mi padre es tan poco prudente.... ¡Ah gran Dios! ¿en qué parará lodo esto?»

La pobre Rosa no tuvo fuerza para continuar, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Entró el baron y dió á su hija una severa reprimenda; Waverley todavía no habia oido hablar á nadie en tono tan duro.

«¿No te avergüenzas, le dijo, de mostrarte tan afligida por semejante motivo? Diráse que lloras por algunas vacas, y por algunos bueyes , como si fueses hija de un arrendador del condado de Chester. Capitan Waverley , podeis creer que su dolor proviene únicamente de ver que

CAPITULO XV.

25

ultrajan á su padre viles mero-deadores, que pronto vendrán á destruir sus tierras, sin que tenga á su disposición media docena de mosquetes para defenderse ó para hacerse temer.»

Pasado un momento entró el baile Macwheeble, y con la relacion que hizo de las armas y municiones que habia en la casa confirmó la verdad ele lo que acababa de decir el baron. Espuso en tono lastimoso que aunque toda su gente estaba dispuesta á obedecerle, no podian fundarse muchas esperanzas en su socorro. «Tan solo vuestros criados tienen pistolas y espadas; y los ladrones por lo menos son doce, y están completamente armados, segun la usanza de su pais.»

Despues de hacer estas tristes reflexiones, tomó la actitud de un hombre á quien enmudece el dolor; sacudió al punto la cabeza con la pausada oscilación de una péndula que va á cesar de vibrar, y despues quedó enteramente inmóvil, guar-

dando el mas profundo silencio, y formando por la inclinación de su cuerpo un arco mayor de lo que acostumbraba. El baron, sin embargo, lleno de indignación, paseábase con pasos desmesurados sin pronunciar una sola palabra: detúvose en fin para contemplar un retrato que representaba a un hidalgo armado de todas armas, y cuyo rostro estaba casi del todo cubierto con un bosque de cabellos que caian sobre su pecho y espaldas. «Capitan Waverley, le dijo, ved el retrato de mi abuelo! Con doscientos caballos que levantó á su costa batió y derrotó un cuerpo de mas de quinientos de esos ladrones montañeses, que siempre han sido la piedra de escándalo para los habitantes del llano , *lapis offensionis, et petra scandali*: digo que los batió completamente en una época en que tuvieronla temeridad de venir á atormentar esta comarca: sucedió durante las revueltas de la guerra civil, el año de gra-

CAPITULO XV.

27

cia de 1642. ¡Y se atreven á hacer á su nieto un ultraje semejante!....»

A estas palabras sucedió solemne silen-io, pasado el cual cada miembro de esta reducida sociedad manifestó un sentir diverso, como sucede siempre en semejantes circunstancias. *Alexander ab Alexandro* propuso enviar á algun lugareño para arreglar el asunto con los ladrones. «Estoycierto, dijo, que restituirán al punto las vacas dándoles un dollar por barba.» El baile repuso que una transacción tal seria *theft-boot*, ó composición de felonía; y que le parecia que fuera mas acertado enviar á las montañas un hombre diestro que compusiese el negocio por sí solo del mejor modo posible, sin que sonase que el baron tomaba parte en ello. Eduardo propuso hacer venir un destacamento de soldados de la guarnicion mas vecina, con la orden del magistrado para arrestar á los culpados. Rosa osó insinuar, aunque en voz baja , que

mas valdría pagar el tributo atrasado á Fergus Mac-Ivor Vich Jan Vohr, quien fácilmente, como sabian, mandaba restituir los ganados si se le tenia propicio.

Ninguna de estas proposiciones satisfizo al baron: parecíale ignominiosa toda idea de composición directa. El dictamen de Waverley probaba tan solo que no poseia el menor conocimiento de las costumbres y disensiones políticas del país. «En cuanto á arreglar la cosa con Mac-Ivor Vich Jan Vohr, dijo el baron, no consentiré en cederle nada aunque hiciese restituirme *in integrum* todas las vacas y todos los bueyes que tiene robados su tribu desde Malcolm Canmore.» El baron persistia pues en la guerra. «Particípese, dijo, á los lairds Balmawhapple, Killancureit, Tulliellum , y á todos los lairds de la vecindad espuestos á iguales rapiñas; junten sus esfuerzos á los nuestros para perseguir á los ladrones: y entonces *esos nebulones nequissimi*, como los llama

CAPITULO XV.

29

**Leslie, sufrirán la suerte de su
predecesor *Cacus* :**

Elisos oculos, et siccum sanguine guttur.»

El baile á quien no agradaba nada este belicoso dictamen, sacó de su secreto un reloj del color y casi del tamaño de un calentador de estaño, é hizo observar á su dueño que era mas de medio día; que habian visto á los ladrones al salir el sol en el desfiladero de Ballybrough , y que así, antes que sus aliados hubiesen reunido sus fuerzas , los bandidos estarian ya en sitio seguro, en medio de sus desiertos, donde seria tan inútil como peligroso ir á buscarlos.»

Nada podia objetarse á esta observacion; y la asamblea se disolvió sin haber decidido cosa alguna, como suele acontecer mas de una vez en circunstancias de alta importancia: determinaron tan solo que el baile enviaria sus tres vacas

al cortijo de Tully-Veolan, para las necesidades de la familia del baron, y que en su casa beberian cerveza en vez de leche. Habia imaginado este arreglo Saunderson, y el baile consintió en primer lugar por respeto á la familia de Bradwardine, y luego por que estaba bien convencido de que su cortesía le seria favorable.

El baron salió para dar algunas instrucciones necesarias, y Waverley se aprovechó de esta ocasión para preguntarle á miss Rosa si aquel Fergus, cuyo otro nombre le era imposible pronunciar, era el Thies-Taker de la comarca (el oficial encargado de arrestar á los ladrones).

«¡ El Thief-Taker! respondió Rosa riendo, es un honrado hidalgo de gran importancia, Chieftain de la rama independiente de una tribu poderosa de las montañas, y muy respetado así por su propio crédito como por sus amigos, parientes y aliados.

CAPITULO XV.

31

—¿Qué tiene pues que ver con los ladrones? es magistrado? es déla comision depaz?

—Antes pertenece á la comision de guerra.... Es terrible vecino para los que no son sus amigos ; y tiene una numerosa comision de hombres tres veces mas ricos que él. En cuanto á sus relaciones con los ladrones , no puedo daros una esplicacion muy clara ; solamente sé que no hay nada que temer de ellos con tal qué se le pague el blackmail á Vich Jan Vohr.

—¿Y qué viene á ser el blackmail?

—Es una especie de tributo de proteccion que los hidalgos de las tierras bajas que viven cerca de los highlanders pagan á un gefe de las montañas para que este no les haga mal alguno é impida que se lo causen los otros. Si os roban el ganado no tenéis mas que escribir una palabra al gefe, y os será devuelto al punto; ó bien hace una incursión á otro

lugar distante donde está de querella, y les toma algunas vacas para reemplazar las vuestras.

— ¡Y ese como Jonathan Wild de los highlanders (1), dijo Waverley, es admitido en la sociedad! Y le dan el título de hidalgo!

—Sí ciertamente; y de tal modo, que la reyerta de mi padre con Fergus Mac-Ivor tuvo su origen en una asamblea de la comarca, donde Fergus quería prece-der á todos los hidalgos de los lowlands, mi padre fué el único que osó disputarle este derecho. Entonces Fergus le replicó que estaba bajo de su bandera, y que le pagaba tributo. Encolerizóse en extremo mi padre, porque el baile Macwheeble que administra sus bienes segun sus ideas, habia arreglado el que se le pagase en se-creto el blackmail, y le habia pasado y

(1) Famoso ladrón que Fielding eligió para héroe de una de sus novelas.

CAPITULO XV.

33

contado entre las otras cuotas. Hubiera habido un duelo; pero Mac-Ivor dijo cortesmente que nunca levantaría la mano contra una cabeza cubierta de canas tan respetable como la de mi padre.... Ah! ojalá hubiesen continuado viviendo en buena inteligencia !

—Decidme, os ruego: ¿visteis alguna voz á ese Mac-Ivor , si tal es su nombre, missBradwardine?

—No, eso no es su nombre; se creeria insultado si le llamaseis *master* (1), pero como sois inglés no podeis saber mas. Los lowlands le dan de ordinario el nombre de su tierra de *Glennaquoich* ; mas los highlanders le llaman *Vich Jan Vohr*, esto es, *el hijo de Juan el Grande*. Por lo que hace á nosotros, que habitamos aquí á la espalda de la montaña, dámosle indistintamente el uno ó el otro de estos nombres.

(1) Señor.

34/|

WAVERLEY ,

— Mucho me temo no poder nunca obligar á mi lengua inglesa á pronunciar ninguno de los dos.

—Fergus es un buen mozo y bien educado , añadió miss Rosa; su hermana Flora es una jóven que á los talentos reúne la belleza ; ha sido educada en Francia en un convento, y era mi íntima amiga antes de aquella desgraciada disputa. Querido capitan Waverley, haced porque mi padre termine amigablemente el negocio : estoy muy cierta de que aun no hemos visto mas que el principio de nuestros infortunios. Tully-Veolan no ha sido nunca una mansion apacible ni segura en tanto que hemos estado en guerra con los highlanders. Apenas contaba yo diez años, cuando hubo un combate tras del cortijo, entre unos veinte de ellos y mi padre con sus criados. Muchas balas hicieron pedazos las vidrieras de las ventanas que salen á la parte del norte; tan cerca de nosotros se

CAPITULO XV.

35

hallaban los combatientes. Fueron muertos tres montañeses; envolviéronlos sus camaradas en sus capas, y depositáronlos en las losas de la sala mayor. Al día siguiente llegaron sus mugeres y sus hijas alzando las manos, llorando y cantando el *coronack* (1), lleváronse los cadáveres precedidos de los tañedores de gaita. Fue-me imposible dormir por espacio de seis semanas: herian continuamente mis oídos aquellos dolorosos gritos ; siempre tenia ante los ojos los cadáveres yertos y envueltos en sus capas ensangrentadas. Despues vino un destacamento de la guarnicion del castillo de Stirling con un *warrant* del *lord justice-clerk*, ó de otra dignidad semejante, y se nos llevó todas nuestras armas: ¿como podremos ahora rechazar á los montañeses si vienen á atacarnos á la fuerza ?»

(1) Canto fúnebre particular á los highlanders.

Waverley no pudo menos de estremecerse al oír la relación de unos acontecimientos que tanta analogía tenían con los que le ocupaban en sus ilusiones. Veía en su presencia una doncella que apenas rayaba con los diez y siete años, y encantadora por la reunión de la belleza y de la dulzura , que había sido ya testigo de escenas mas extraordinarias que las que pudiera sugerirle su imaginación estudiando la historia antigua. Desde este momento sintió el aguijón de la curiosidad que á vista de los peligros tornábase mas agudo. Hubiera podido decir con Malvolio (1): «No, no me acusarán ya de loco ni de que me deje engañar por mi imaginación. Eteme en el país de las aventuras militares y romancescas; para conocerlas de todo en todo no me falta sino tomar parte en ellas.

(1) Personaje cómico de Shakespeare.

CAPITULO XV.

37

Cuanto acababan de decir á Waverley acerca de las costumbres, de los usos y de los estilos del pais en que se hallaba parecía tan nuevo como extraordinario. Habia oido hablar muchas veces de los ladrones montañeses; empero no tenía la menor idea del sistema arreglado de sus rapiñas. No sospechara nunca que fuesen sus cómplices y aprobadores de su conducta sus propios gefes , que hallaban en aquellas escursiones la facilidad de acostumbrar á sus vasallos al manejo de las armas, y de hacerse temer de todos sus vecinos de las tierras bajas, para exigirles al mismo tiempo cierto tributo en calidad *de protección*.

El baile Macwheeble que acababa de llegar, dio detalles mas minuciosos sobre la materia. La conversacion del digno baile resentíase de tal modo de la profesión que ejercia, que cierto dia dijo Gellatley que sus discursos se parecían á *una carta de pago*. Aseguró á nuestro hé-

roe que de tiempo inmemorial «todos aquellos ladrones ilegales, bribones y bandidos de los highlanders. habían hecho una asociación común para causar á los honrados habitantes del país bajo los diversos robos, latrocinios y rapiñas, en que les arrebatában no solamente sus haberes en metálico, trigo, ganado y muebles etc : sino también haciéndoles prisioneros, tiranizándolos y exigiéndoles cauciones y rescates ; cuyas violencias prohibía el acta de 1667² y otras. Estos estatutos han sido vergonzosamente violados y vilipendiados por los susodichos merodeadores, ladrones y bandidos asociados por las dichas empresas de robos, pillajes, incendios, asesinatos, *raptus mulierum*, ó robo forzado de mugeres y otras fechorías arriba espresadas.

Cuanto acababa de oír Waverley le parecía un sueño; no podía concebir que aquellos actos de violencia fuesen tan frecuentes, que se hablara de ellos como de

² Nótese la fecha errónea; cfr. DEF y WAV: "1567".

CAPITULO XV.

39

cosa sabida; y que para ver los lugares donde pasaban tan horribles escenas no era necesario cruzar los mares, bastaba andar algunas millas por una parte de la isla tan culta como la Gran Bretaña.



CAPITULO XVI.

LLEGADA INESPERADA DE UN ALIADO.

EL baron entró á hora de comer; habia recobrado ya de todo punto su calma y alegría. No tan solo confirmó la verdad de las relaciones que Rosa y el baile hicieran á Eduardo, sino que añadió no pocas anécdotas sacadas de su propia experiencia acerca del estado de las montañas y de sus moradores. Declaró que en general eran los gefes de elevado nacimiento y amantes del honor; y que su menor palabra era una ley para todos los hombres de su descendencia ó tribu. «Sin embargo, no les está bien el pretender, como hemos visto poco ha, que su *prosapia* ó *linaje*, justificado sobre todo por

CAPITULO XVI.

41

las vanas y parciales baladas de sus *sen-navhies* ó *bardos* pueda ponerse en paralelo con la evidencia de los títulos y de los edictos reales concedidos á las nobles casas del pais bajo por diversos monarcas de Escocia. Pues bien! es tal su *fantasía* y su presuncion, que osan ajar á los que poseen semejantes títulos , como si tuvieran toda su propiedad en una *piel de carnero* (1).»

Esta observación esplicó á Waverley las causas de la querella del baron con su antiguo aliado de los highlanders. El señor de Bradwardine entró en detalles interesantísimos sobre las costumbres y usanzas de aquella raza patriarcal. La curiosidad de Eduardo se avivó, y apresuróse á preguntar al baron si seria posible hacer sin peligro una escursion al

(1) Alusión a los *pergaminos* de los títulos de nobleza.

pais de los highlanders vecinos, cuyas altas y sombrías barreras habian ya hecho nacer en él deseos de penetrar mas adelante en las montañas. El baron respondió á su huésped que no habia cosa mas facil, con tal que se terminase su querella; pues que entonces daríale él mismo cartas de recomendación para los principales, quienes se apresurarían á recibirle con cortesía y hospitalidad.

Ocupábales todavía esta materia, cuando Saunderson abrió la puerta; é introducido por este , entró un highlander armado y equipado completamente. Si en esta ocasion no hubiese llenado gravemente Saunderson las funciones de maestro de ceremonias, y sobre todo si el baron y Rosa no hubiesen permanecido tranquilos, Waverley creyera que era un enemigo el que se presentaba; no pudo empero menos de estremecerse, pues era la vez primera que veia á un montañés con su traje nacional. Este *gaél* era

CAPITULO XVI.

43

de mediana estatura, y de tez morena; su capa arreglada con arte hacia resaltar mas aun sus robustas formas. El *kilt* ó gaban³ dejaba descubiertas sus nerviosas piernas. Pendia de su cintura su bolsa de piel de cabra, con su *dirk* ó puñal⁴ al lado, y su pistola al otro. Coronaba su gorra una pluma corta, que indicaba sus pretensiones á ser tratado como un *Duinhwassel*, especie de hidalgo. Su ancha espada caía sobre uno de sus muslos; llevaba pendiente á la espalda una *tablachina* ó escudo; empuñaba con la una mano un fusil de caza español, y con la otra se quitó la gorra. El baron acostumbrado á tales visitas, le dirigió la palabra con aire lleno de dignidad, mas sin dejar su asiento; á los ojos de Eduardo parecia un soberano que recibia á su embajador. «Seáis bien venido, Evan Dhu Mac-Combick : ¿ qué nuevas me traeis de Fergus Mac Ivor Vich Jan Vohr?

—Fergus Mac Ivor Vich Jan Vohr,
res-

³ Cfr. DEF: "Le *kilt* ou jupon". La traducción española de OLI no refleja el referente original: 'kilt' es la falda de tablas típica de los montañeses, mientras que 'gabán' es un capote o abrigo. Cfr. XER: "enagüillas" y GUT-LOP: "falda corta".

⁴ OLI, a partir de DEF, recurre a una glosa intratextual en la primera mención de una de las armas típicas del pueblo montañés. Para las siguientes apariciones textuales se opta o por la repetición en cursiva o por la traducción que neutraliza el componente cultural: "daga" o puñal".

pondió el embajador en buen iuglés, presenta sus respetos al baron de Bradwardine de Tully-Veolan. Siente la densa nube que se ha levantado entre vos y él, nube que os ha impedido ver y considerar la antigua amistad que unia vuestras dos amilias. Pide que esta nube se disipe y que se restablezcan las comunicaciones entre la tribu Ivor y la casa de Bradwardine , como en el tiempo en que un huevo era la sola piedra puesta entre ambas , y el cuchillo de mesa vuestra única defensa. Espera que diréis como él que os incomoda esta nube; y en adelante nadie preguntará si la nube ha subido del llano á la montaña ,ó descendido de la montaña al llano; porque los montañeses no dan jamás golpe alguno ni aun con la vayna, como no le hayan recibido con la espada; y desgraciado de aquel que pierde sin pesar á su amigo por causa del nublado de una mañana de primavera. »

CAPITULO XVI.

45

El baron de Bradwardine contestó á esta arenga con toda la dignidad que exigian las circunstancias. «Sé, dijo, que el gefe de la tribu Ivor es un verdadero amigo del *Rey*, y siento que haya existido la mas ligera nube entre él, y un hidalgo que profesaba tan buenos principios; por mas que cuando los hombres pelean en las mismas filas es débil quien no cuenta un hermano de armas.»

Parecia conveniente solemnizar el restablecimiento de la paz entre los dos augustos personajes: el baron mandó traer un frasco de escuba del que llenó un vaso para beber á la salud y á la prosperidad de Mac-Ivor de Glennaquoich. El embajador celta apresuróse á responder á aquella muestra de cortesía; llenó á su vez un vaso de aquel generoso licor, y le apuró brindando por la familia de Bradwardine.

Despues de esta ratificacion de los preliminares del tratado de paz, retiróse el

plenipotenciario para conferenciar con Macwheeble sobre ciertos artículos secundarios con que era inútil molestar al baron. Es probable que tocaban á la interrupcion del pago de los subsidios, y que el baile logró terminarlo todo sin que su señor tuviese la menor sospecha de que quedara comprometida su dignidad. Al menos es cierto que así que los plenipotenciarios bebieron una botella de aguardiente, que no causó mas efecto en de cuerpos tan bien preparados como si lo hubieran bebido los *dos osos* colocados á la puerta de a entrada, Evan Dhu Maccombick se enteró de todas las circunstancias pertenecientes al robo de la noche anterior, y ofreció dar en seguida órdenes para encontrar las vacas: «Las cuales, decia, no deben de estar aun muy lejos. Ellos han roto el hueso, añadió; pero no han tenido tiempo para chupar la médula.

Nuestro héroe, que habia seguido

CAPITULO XVI.

47

Evan Dhu en sus pesquisas, admiróse de la franqueza con que se informaba del negocio, y del feliz resultado que se prometía. Complacíase Evan Dhu por su parte del interés con que Waverley le habia escuchado, y del deseo que manifestaba de conocer las costumbres y las situaciones de los highlanders. Sin mas ceremonia, invitó á Eduardo á acompañarle en un corto paseo de doce á quince millas por las montañas, para reconocer él sin duda donde habian conducido las vacas; y añadió: «Estoy persuadido de que nunca habréis visto lugar semejante, y de que no lo veréis jamás si no venís conmigo ó con uno de los nuestros.

Nuestro héroe sintió despertarse su curiosidad con la idea de visitar la caverna de un gefe de los highlanders; sin embargo, no se descuidó en informarse de si podia entregarse á su guia sin recelos. Díjole el baron que no le hubieran hecho la propuesta si corriese en ello el

menor peligro; que lo único que tenía que temer era la fatiga; y como Evan le proponía detenerse también al volver en casa de su jefe, donde sabía de cierto que sería bien acogido y tratado, resolvió emprender el viaje. Es verdad que Rosa se tornó pálida cuando oyó hablar de ello, pero su padre, á quien agradaban la viveza y curiosidad de su joven amigo, se guardó muy bien de disuadirle pintándole riesgos que no existían en la realidad. Llenaron una mochila de todo lo necesario para esta corta expedición; una especie de guardabosque la colocó á su espalda; y nuestro héroe con su fusil en la mano, se puso en camino con su nuevo amigo Evan Dhu. Seguía el guardabosque de que acabamos de hablar, y otros dos montañeses que servían de criados á Evan: empuñaba el uno su larga carabina y el otro una especie de segur, á la que llamaban hacha de armas del Lochaber.

CAPITULO XVI.

49

Evan informó al punto á Eduardo que aquella escolta militar érale enteramente inútil para la seguridad de su persona: «pero, añadió componiéndose su capa con dignidad, debia presentarme decentemente en Tully-Veolan y de una manera digna del hermano de leche de Vich Jan Vohr.» Ah ! quisiera que vuestros hidalgos ingleses (*duinhe-wassel saxons*) vieses á nuestro gefe con su cola !

—Con su cola! repitió Eduardo en tono de sorpresa.

— Sí..... con su ordinaria comitiva cuando visita á un gefe de su rango. Compónese , continuó deteniéndose y alzando la cabeza con dignidad, mientras contaba con los dedos los diversos oficiales de la casa de su gefe; componese de su *hanchman*, que va á su derecha ; de su bardo ó poeta; de su orador, para arengar á los personajes á quienes visita; de su *gillymore*, ó escudero encargado de llevarle la espada, la tablachina

TOMO II.

4

y el fusil; de su *gilly-casflinch*, que lo toma en brazos cuando le es preciso atravesar los rios y torrentes; de su *gilly-comstrain* , que conduce su caballo de la brida por las sendas difíciles y escarpadas; de su *gilly-trusharmisch*, á quien confia su mochila; y luego de su *piper*, tañedor de gaita, y del *gilly* del tañedor de gaita. En fin, vense en ella mas de una docena de jóvenes que no tienen otro destino que seguir al *laird* y estar siempre dispuestos á ejecutar las órdenes de su merced.

— ¿Y vuestro gefe mantiene regularmente á toda esa gente?

— ¿A toda esa gente, decís? si, y á otras muchas cabezas que no sabrían donde abrigarse sin la grande troj de Glennaquoich. »

Así hablando, Evan hizo parecer menos largo el camino , describiendo siempre la magnificencia y la grandeza del gefe, tanto en tiempo de paz como en

CAPITULO XVI.

51

tiempo de guerra , hasta que estuvieron mas cerca de aquellas inmensas montañas que Eduardo apenas habia columbrado de lejos. Aproximábase la noche, cuando entraron en uno de aquellos espantosos desfiladeros que sirven de comunicacion entre la montaña y el llano; la senda, en extremo rápida y escarpada, daba vuelta á dos enormes rocas, y seguia el paso que ya algunos siglos se habia abierto por medio de un espumoso torrente que bramaba mas abajo. Los últimos rayos del sol poniente herian la sombría superficie de las olas, descubriendo las multiplicadas vueltas y declives que formaba la senda por la desigualdad del suelo. El espacio que separaba del torrente á los viajeros era un verdadero precipicio. Percibíanse aquí y allá varias puntas de granito, en cuyas grietas habian echado raices algunos árboles. Aquellas rocas que se elevaban perpendicularmente á mano derecha no eran me-

nos inaccesibles; pero las cimas de las que se veían al otro lado del torrente estaban cubiertas de espesos sotos, en medio de los cuales crecían algunos pinos.

«Este es, dijo Evan, el desfiladero del Ballibrough. Antiguamente diez montañeses de la tribu de Donnochil rechazaron un cuerpo de cien hombres de las tierras bajas; distínguese aun el lugar donde fueron muertos; yacen en aquella hondonada que está á la otra parte del agua; si teneis buena vista descubriréis todavía una especie de manchas verdes en los matorrales. Deteneos, mirad, mirad un *earn*, á los que vuestra gente del mediodía da el nombre de águilas... En Inglaterra careceis de ellos... Sin duda va a buscar su cena á los dominios de Bradwardine; quiero enviarle un poco de plomo.»

Disparó el fusil, pero no tocó al soberbio monarca de las tribus aladas, que

CAPITULO XVI.

55

sin manifestar temor alguno siguió tranquilamente su vuelo hacia el sud.

Miles de aves de rapiña, halcones, gaviñanes, buhos, cuervos, atemorizados con la esplosion que los ecos repetían á lo lejos, abandonaron de repente el retiro que habian escogido para pasar la noche, y llenaron los aires con sus rancos graznidos, que el eco tornaba mezclados con el estruendo de los torrentes. Evan, algun tanto avergonzado de haber descargado inútilmente su fusil en vez de dar una prueba de su destreza, púsose á silbar un *pibroch* (1), tornando á cargar su arma sin detenerse.

Llegaron á un sitio estrecho situado entre dos montañas elevadísimas y cubiertas de matorrales; tenían siempre al torrente por compañero , y algunas veces

(1) Sonata particular de la música de los highlanders.

viéronse obligados á cruzarle á causa de sus rodeos. Evan ofrecía entonces á Eduardo la ayuda de sus criados para que le llevasen en brazos; empero nuestro héroe, que siempre habia sido buen andador, rehusó siempre su ofrecimiento. Por otra parte pretendia que Evan mudase de opinión acerca de los habitantes de las tierras bajas, y particularmente de los ingleses, á quienes miraba como afeminados.

Atravesando esta garganta llagaron á un barranco de prodigiosa estension, y dividido por numerosas grietas que no podian superarse sino con mucha faliga y peligro por sendas practicables tan solo para los montañeses. Estas sendas, ó mas antes la porción de tierra algo mas sólida, que tan pronto andaban á pie firme y tan pronto tenían que vadear, no ofrecian mas que un espacio cercado de aguazales ó pantanos poco seguros. Algunas veces se veian obligados hasta á dejar

CAPITULO XVI.

55

resbalar sus pies, ó á aproximarse á las míasas de las rocas. Para los highlanders quicteuinn un paso verdaderamente elástico era un juego, porque calzaban zuecos⁵ de delgada suela á propósito para semejantes caminos; no así para Eduardo á quien este insólito ejercicio fatigó mucho mas de lo que esperaba.

Alumbrábales el crepúsculo por entre aquellos oscuros barrancos; pero abandonólos casi al pie de una escarpada y pedregosa montaña que les quedaba que trepar: la noche no era con todo muy lóbrega, y el Tiempo bastante agradable. Waverley llamó en socorro suyo su energía moral para soportar la fatiga, y continuó caminando á pie firme ; aunque en secreto envidiaba el vigor de aquellos diestros montañeses, que no daban la menor señal de cansancio y que marchaban siempre al mismo paso, ó antes bien al mismo trote. Segun se calcula habian atravesado ya cerca de quince millas. La

⁵ Cfr. DEF: "brogues", con nota a pie de página donde se explica que se trata del calzado rudimentario con piel sin curtir que utilizan los habitantes de las Tierras Altas de Escocia. OLI, con una perspectiva domesticadora, elige un tipo de zapato de la cultura meta. En otras posiciones textuales, en cambio, se decanta por la adaptación ortográfica en cursiva ("*broques*"), con una nota a pie de página la primera vez cuya información está tomada de DEF.

espalda de la montaña que acababan de superar estaba cubierta de floridos árboles. Evan Dhu se detuvo aquí aparte con sus dos satélites highlanders. El resultado de esta conferencia fué que el bagaje pasó de la espalda del guarda-bosque á la de uno de los *gillyes*, y el guarda-bosque partió con dirección enteramente opuesta á la que seguían los otros tres viajeros. Waverley preguntó el motivo de aquella separación: respondióle Evan que el guarda-bosque iba á una aldeilla distante cerca de tres millas á fin de pasar allí la noche; porque á no ser un amigo muy querido, Donald Bean Lean, el digno montañés á quien suponían autor del robo del ganado, no llevaría á bien que se acercasen extranjeros á su retiro. Esta razón parecia justa, y bastó para ahuyentar de la imaginación de Eduardo algunas sospechas que no habia podido menos de concebir al verse á tal hora y en un lugar semejante separado de su

CAPITULO XVI.

57

único compañero de las tierras bajas. Evan añadió inmediatamente: «A mi ver hiciera bien en ir yo mismo á anunciar nuestra visita, porque un uniforme colorado podria causar desagradable sorpresa á Donald Bean Lean.» Sin esperar respuesta, partió trotando (como suelen los caballos) y desapareció en un momento.

Waverley quedó entregado á sus reflexiones, porque su nuevo guia, que iba armado con el hacha de armas, apenas sabia algunas palabras en inglés. Atravesaron un bosque de pinos muy espesos, y por consiguiente era imposible con la obscuridad distinguir las pisadas del camino; el highlander parecia hallarle por instinto, y caminaba con mucha rapidez; Eduardo le seguia de tan cerca como le era posible.

Pasado un silencio asaz largo, no pudo menos de preguntar si llegarian pronto.

La caverna distaba tres ó cuatro mi-

llas; pero como el Duinhewassel estaba algo fatigado, Donald podría enviar..., enviaria el *curragh*⁶.

Esta contestacion no daba mucha luz á Eduardo. ¿Qué seria este *curragh*? un caballo? una carreta? una silla de posta? Creyó oportuno reiterar sus preguntas, pero no obtuvo mas respuesta que: Sí, sí, *tu curragh*.

Eduardo principió á comprenderle á la salida del bosque, hallándose en las márgenes de un ancho rio ó lago. Aquí le dijo su conductor que debian sentarse y esperar algun tiempo. La luna, que se levantaba entonces, descubrióle la vasta estension de agua que tenia delante de sí y las formas caprichosas y confusas de las montañas que parecian circundarle. Respiraba deliciosamente un aire puro y fresco, embalsamado por las flores del abedul; y esta detencion restableció poco a poco sus fuerzas despues de fatiga tanta.

Tuvo no poco espacio de tiempo para

⁶ Nótese que en WAV Dugald Mahony, el acompañante de Waverley, se expresa en escocés montañés, dialecto atribuido por Scott a ciertos personajes de las Tierras Altas que hablan un escocés imperfecto, tanto por los fallos gramaticales como por la influencia ejercida por el gaélico como lengua materna. OLI, a partir de DEF, apenas se hace eco de la variación lingüística, optando por el español estándar con la repetición de los vocablos en gaélico. Cfr. WAV (137): “‘Ta cove was tree, four mile; but as Duinhé-wassel was a wee taiglit, Donald could, tat is, might – would – should send ta curragh’”.

CAPITULO XVI.

59

reflexionar acerca de su situación de todo en todo romancesca, en las orillas de un lago desconocido , y bajo la dirección de un salvaje cuya lengua casi no entendía. Habia emprendido aquel viaje por el placer de visitar la caverna de algun famoso *Outlaw*, tal vez un Robin Hood, ó un Adan de Gordon. La noche habia cerrado ya, su criado se habia separado de su compañía, su guia le habia dejado: cuantas circunstancias propias para ejercitar una imaginación naturalmente romántica! No se le ocultó la incertidumbre en que debia estar acerca de su posicion real, quizás no escenta de peligros. Lo que no podia acomodar con las otras circunstancias era el motivo de su viaje: las vacas del baron! Este incidente no muy heroico fue considerado por Eduardo como ageno del plan de su cuadro.

Mientras ocupaban su mente tales desvarios, su compañero tocóle suavemente el hombro, y haciéndole seña con el de-

do en dirección recta por medio del lago , le dijo : « *Yon's ta cave* , ved la caverna.»

Eduardo columbró á lo lejos una débil luz que aumentó por grados la claridad y la estension, y pareció deslizarse cual un metéoro en el horizonte. En tanto que miraba aquel fenómeno, creyó distinguir el ruido de las ramas⁷; este ruido se aumentó á cada minuto, y oyó al propio tiempo un agudísimo silbido, al que respondió su amigo del hacha de armas. En breve una barca, en la que remaban cinco ó seis highlanders, se acercó al lugar donde estaba sentado Eduardo; levantóse con su compañero para ir á su encuentro. Dos vigorosos montañeses le tomaron en sus brazos y condujéronle á la barca, que no tardó en alargarse con la mayor rapidez así que volvieron á tomar los remos.

⁷ Cfr. DEF: "rames" (remos); WAV: "oars". El cambio de sentido de OLI puede deberse a un error tipográfico, o bien a una equivocación del traductor por la similitud formal entre los términos francés y español.

CAPITULO XVII.

DOMICILIO DE UN LADRON HIGHLANDER.

EL profundo silencio que reinaba en la barca era únicamente interrumpido de tiempo en tiempo por el refran de una cancion gaélica, que cantaba en voz baja el hombre colocado en el gobernalle, como para arreglar el movimiento de los remos, que herían á compás la superficie del agua. La luz, á la que se aproximaban mas y mas, dejaba ver un fogon mucho mas vasto, y despedia una claridad muy viva: reconocíase que la causaba un grande fuego; pero Eduardo no podia discernir si le habian encendido en una isla ó en tierra firme. Al ver la reverberacion de aquella masa de luz en medio

de las ondas, creyó distinguir el carro de fuego de que se sirve el genio del mal en un cuento árabe para atravesar la vasta estension de los mares. La luz se lanzó por fin á mostrarle de una manera muy distinta que aquel fuego estaba puesto contra una escarpada roca que se elevaba cabe la orilla del agua. La frente de esta roca que la reverberacion de la llama coloraba con un rojo sombrío, formaba un contraste extraño y aun sublime con lo demas de la rivera momentáneamente aclarada por los pálidos rayos de la luna.

La barca tocaba la orilla, y Waverley vio que alimentaban el fuego con ramas resinosas de pino dos hombres, que á los reflejos de la luz semejaban dos demonios. Conjeturó con razón que habian encendido aquel fuego á la entrada de una alta caverna, donde el lago parecia penetrar, para que sirviese de faro los barqueros. Los montañeses dirigieron el esquife en línea derecha hácia aquella

CAPITULO XVII.

63

caverna; y luego apretando los remos, abandonáronse al último impulso de estos. La barca dobló la punta á la plataforma de la roca en que estaba encendido el fuego; y despues de haber corrido dos veces su longitud , detúvose en el lugar donde la caverna formando una arqueada bóveda se elevaba sobre el lago por encima de cinco ó seis fragmentos prolongados de roca, superpuestos de una manera tan regular, que pudieran tomarse por las gradas de una escalera. En este momento echaron de repente al fuego cierta cantidad de agua que le ahogó con un largo silbido, y la luz desapareció. Cinco ó seis brazos vigorosos sacaron á Waverley de la barca, le pusieron en tierra, y le arrastraron en algun modo hacia las entrañas de la caverna. Dió algunos pasos en las mas profundas tinieblas; oyó el ruido confuso de muchas voces que parecian salir del centro de la roca; y despues de haber superado un

ángulo de aquel subterráneo, se vió en la presencia de Donald Bean Lean y en medio de su domicilio.

Alumbraban el interior de la elevadísima caverna varias antorchas de pino que despedían una luz viva, acompañada de denso humo, y cuyo olor aunque fuerte no era desagradable. Mezclábase á esta claridad la de un grande fuego de leña, cerca del cual habia sentados cinco ó seis highlanders armados; otros estaban acostados mas lejos envueltos con sus capas. En una hondura de la roca, que el ladrón llamaba jocosamente su dispensa , veíanse colgado por los pies el armazón de un carnero ú oveja y dos vacas recientemente muertas. El principal habitante de esta estraña morada adelantóse para recibir á su huésped, acompañado de Evan Dhu que le servia de maestro de ceremonias. La profesión que ejercía, los lugares desiertos que habitaba, las figuras salvajes y guerreras que le rodeaban, todo era

CAPITULO XVII.

65

propio para inspirar el terror. Así es que Waverley esperaba encontrar un hombre de gigantesca estatura y de un aire feroz y duro que pudiera servir de tipo á Salvador para colocarle en el centro de uno de sus grupos de bandidos.

Donald Bean Lean no se parecia en nada á este retrato: era delgado y de corta estatura; sus cabellos de un rojo obscuro y su faz pálida le habian grangeado el sobrenombre de *Bean*, ó blanco. Aunque su exterior fuese agraciado, bien proporcionado y activo, su persona era en extremo ordinaria, y habia servido largo tiempo en Francia en un grado inferior. Para recibir á nuestro viajero á su modo y honrarle, segun creia, habia mudado su vestido de highlander en un viejo uniforme azul y colorado, y sombrero con plumas; pero lejos de favorecerle estos adornos, guardaban tan poca armonía con los objetos que le rodeaban, que Eduardo hubiera disparado en larga risa si pu-

TOMO II.

5

diera hacerlo sin faltar á la política y sin esponer su seguridad. Fué recibido con las mayores demostraciones de cortesía francesa y de hospitalidad escocesa. Su nombre, su familia , y los principios políticos de su tío, no parecían ser en manera alguna desconocidos á su nuevo huésped; quien le hizo sus cumplimientos, á los que solo correspondió Waverley de un modo vago é insignificante, como lo exigia la prudencia.

Eduardo se habia alejado del fuego lo bastante para que no le incomodase el calor, que la estación hacia insufrible, cuando una alta doncella highlandesa puso delante de él y delante de Evan y Donald Bean tres *cogues* ó vasos de madera con aros, los cuales contenían el *canar-nich*, especie de sopa con un tasajo de carne de buey. Despues de este primer servicio, que aunque groserísimo fué reputado escelente, gracias á la fatiga del viaje, sirvieron con abundancia costillas

CAPITULO XTII.

67

asadas á las brasas. Donald y Evan decoraron sus raciones con tanta rapidez, que admirado Eduardo no sabia como conciliar su voracidad con cuanto habia oido decir de la sobriedad de los montañeses. Ignoraba que aquella sobriedad era tan solo aparente y forzada en las casas de la clase inferior, y que semejantes á ciertos animales de rapiña , sabian ayunar en casos de necesidad , reservándose para las ocasiones el resarcimiento. Para completar el festin sirvieron profusamente el *whisky*: los highlanders bebieron mucho y siempre puro. Eduardo mezcló un poco con agua ; pero habiendo probado algunas gotas, no tuvo tentacion de volver á beber. Manifestóle su huésped que sentia mucho no poder ofrecerle vino. «Si hubiera sabido vuestra visita veinte y cuatro horas antes, dijo, yo le buscara aunque tuviese que ir cuarenta millas; mas un hidalgo que recibe una visita de otro ¿qué puede hacer mas que ofrecerle lo mejor

que tiene en su casa? No debemos buscar avellanas en lugar donde no hay avellanas, y hemos de vivir como aquellos con quienes vivimos.»

Dirigiéndose en seguida á Evan Dhu, lamentóse de la muerte de un anciano llamado *Donnacha an amrigh* ó Duncan del gorro, adivino inspirado (*á gifted seer*) á quien la *segunda vista* decia de repente si el que era recibido en una morada era amigo ó espía.

«¿Su hijo Malcolm no es *taishatr*? (adivino) preguntó Evan.

— Oh! nunca igualará á su padre, repuso Donald : predíjonos últimamente que recibiríamos la visita de un gran personaje que viajaría á caballo, y no vimos á nadie si no es el ciego Shemus Beg, el tañedor de arpa, con su perro. Otra vez nos anunció uu matrimonio, y fué un entierro. En un robo del que nos habia asegurado que sacaríamos mas de cien bestias con cuernos, no hicimos mas pre-

CAPITULO XVII.

69

sa que la de un grueso baile de Perth.»
Hablóse en fin de los negocios políticos y militares del país. Admiróse Waverley, y aun alarmóse, al ver á un hombre como Donald perfectamente instruido de la fuerza de los diversos regimientos que se hallaban de guarnicion al norte del Tay. Sabia exactamente el número de los reclutas que habian venido con Eduardo. Son buenos muchachos , añadió; y no queria decir buenos mozos , sino bravos soldados. Recordó á Waverley tres ó cuatro circunstancias sucedidas en una revista general del regimiento, y nuestro viajero quedó convencido de que su huésped habia sido testigo ocular. Con todo Evan Dhu habíase retirado á descansar ; Donald se apresuró á preguntará Eduardo de una manera muy espresiva si tenia algo de particular que decirle.

Waverley sorprendido y algun tanto confuso con esta pregunta inesperada, le respondió que su visita no tenia mas cau-

sa que la curiosidad de ver una habitación tan extraordinaria. Donald le miró de hito durante algunos instantes, y le dijo con una afectación muy notable. «Hubierais podido descubriros á mí: tal vez sea yo tan digno de vuestra confianza como el baron de Bradwardine, ó Vich Jan Vohr.... con todo no me alegro menos de que hayais venido á mi morada.

Waverley no pudo menos de estremecerse al oír el lenguaje misterioso de aquel bandido, y no tuvo bastante sangre fría para preguntarle el motivo de lo que acababa de decirle. Habíanle preparado un lecho de hojarasca en uno de los rincones de la caverna; cubrióse con capas viejas del mejor modo posible, y examinó por espacio de un buen rato á los otros habitantes de la cueva. Vio á dos ó tres hombres entrar y salir varias veces en ella, sin mas ceremonia que decir algunas palabras en gaélico al *outlan* principal, ó á un agigantado highlander que

CAPITULO XVII.

71

le reemplazaba mientras dormía. Los que habian entrado parecian volver de una expedicion de que daban cuenta; acercáronse sin melindre á las promisiones , y sirviéronse de sus cuchillos para cortar sus raciones de carne, que hicieron asar en seguida. No estaba de este modo a su disposicion la bebida; distribuía la Donald, su lugar teniente , ó la alta doncella highlandesa de que ya hemos hablado, la única muger que habia en aquella morada. Las dosis de *whisky* hubieran sido superabundantes para otros que no fuesen montañeses ; pero el hábito de vivir á la intemperie del viento y en un clima húmedo los hacia capaces de beber grandísima cantidad de licores fuertes sin experimentar los terribles efectos que producen contra la salud ó contra la razon.

Estos grupos movibles desaparecieron poco á poco á los ojos de nuestro héroe, que por último se quedó dormido. No se

72

WAVERLEY,

despertó hasta el día siguiente, cuando el sol estaba ya en el zenit del lago; sin embargo sus rayos no comunicaban sino escasa luz al interior de la caverna del Rey, nombre orgulloso de la morada de Donald Bean Lean.



CAPITULO XVIII.

WAVERLEY CONTINUA SU VIAJE.

CUANDO Eduardo hubo recogido sus ideas, sorprendióse de hallar desierta la caverna; y levantándose y limpiando algun tanto sus vestidos , miró con mas atencion; pero todo estaba aun solitario á su alrededor. A escepcion de los tizones convertidos en cenizas y de los restos de la cena, que consistian en varios huesos medio quemados ó medio roídos y una ó dos copas vacías, no quedaba ningun vestigio de Donald y de su banda. Salió, y cuando estuvo á la entrada de la caverna vio que la punta de la roca, donde se veian aun vestigios del fuego que habia servido de señal, era accesible por una

estrecha senda, ó natural, ó groseramente abierta por la mano de los hombres junto al estrecho canal que penetraba algunas toesas⁸ dentro de la caverna, y donde estaba amarrado el esquife de la víspera como una concha. Llegado al mismo terreno no hubiera podido creer al pronto que fuese posible ir mas lejos por tierra si los habitantes de la caverna no tuvieran mas camino que las aguas; pero en breve percibió algunas gradas construidas en el granito, que le sirvieron de escalera para encaramarse á la cima de la roca. No sin dificultad descendió por la parte opuesta ; y siguiendo una cuesta muy rápida, llegó á las desiertas orillas de un lago de cerca de cuatro millas de largo y una y media de ancho rodeado de selváticas montañas cubiertas de arbustos, en cuyas copas brillaba todavía el rocío de la mañana.

Volviendo la cabeza, admiró Eduardo con que acierto habian elegido por reti-

⁸ Cfr. WAV: "a few yards"; DEF: "quelques toises". La solución translativa de OLI se apoya en la unidad de medida francesa "toesa", equivalente a casi dos metros (aproximadamente el doble de la longitud de la yarda). En otros momentos textuales, OLI se decanta por "paso", neutralizando así el componente cultural.

CAPITULO XVIII.

75

ro aquel lugar solitario. La roca, á cuyos flancos habia dado vuelta con la ayuda de sus desigualdades casi imperceptibles, no ofrecía por este lado mas que un espantoso precipicio que cerraba enteramente toda comunicacion con la ribera. Era imposible por razón de la anchura del lago percibir de la otra parte aquella caverna de estrecha y honda garganta; así es que á menos que no la buscasen con barcas ó que alguno declarase el secreto, era aquel un retiro donde podia permanecer sin peligro la guarnicion mientras tuviese víveres. Eduardo, despues de haber satisfecho su curiosidad, miró por todos los lados con la esperanza de descubrir á Evan Dhu y á su criado, que creia no debian estar muy distantes, cualquiera que fuera el partido que hubiesen tomado Donald y su banda, á quienes su género de vida obligaba á menudo á hacer repentinas emigraciones. En efecto, divisó á distancia de media milla á

un highlander , que probablemente era Evan Dhu, ocupado en pescar; y al ver el arma de otro individuo que estaba á su lado reconoció el hombre que llevaba el hacha de Lochaber.

Mas cerca de la entrada de la caverna oyó los animadísimos sonidos de una cancion gaélica, que le guiaron á una hondura de la ribera oculta tras un frondoso fresno, y á la que la blanca arena servia de alfombra. Allí encontró á la doncella de la cueva ocupada en preparar con cuidado el desayuno, que consistía en leche, manteca fresca, huevos, miel y pan de cebada. La pobre doncella habia andado muchas millas para procurarse los hueros y la harina necesaria para hacer los pastelillos y demas elementos del desayuno, que habia pedido de grado ó á la fuerza en las cabañas de las cercanías. No tenían Donald y su gente mas comida substancial que la carne de los animales que robaban á los lowlands, y aun el pan

CAPITULO XVIII.

77

entre ellos era un bocado raro y muy buscado porque no lo adquirían con facilidad. Las provisiones comunes, tales como la leche, las aves, la manteca, etc., eran enteramente desconocidas en esta especie de campo de seytas.

Sin embargo, debo advertir al lector que aunque Alix hubiera empleado gran parte de la mañana en buscar víveres para su huésped, no le había faltado tiempo para atender á su compostura. Sus adornos eran muy sencillos: consistían en un corpiño colorado y una saya muy corta; pero todo limpio y arreglado con cierto arte. Un pedazo de grana bordada, llamada el *Suood*, sujetaba sus negros cabellos, que se escapaban en numerosos bucles; y se había quitado su capa colorada por estar mas alerta para servir al extranjero. Olvidaría los mas bellos adornos de Alix si no hablase de sus zarcillos y del rosario de oro que Donald Bean Lean, su padre, le había traído de Francia: sin duda sería

la porción de algun botin que ganó en los combates ó en alguna ciudad tomada por asalto.

Su estatura, aunque escedia a lo que pudiera prometerse de su edad, era regular; su aire gracioso y sencillo no mostraba en la menor cosa la natural rudeza de una aldeana. Sus sonrisas, que dejaban ver unos dientes blanquísimos, y sus miradas suplían por su ignorancia de la lengua inglesa para hacer buena acogida á Waverley. A un jóven fatuo, y hasta á un oficial que sin tener este defecto conocía bien sus ventajas exteriores, este lenguaje mudo hubiera podido parecer algo mas que la simple cortesía de una huésped. Es verdad que no me atreveré á afirmar que la jóven montañesa hubiera manifestado á un huésped mas anciano, por ejemplo al baron de Bradwardine, las atenciones y cuidados que tenia á Eduardo. Parecia impaciente por presentarle aquel desayuno que le habia preparado con

CAPITULO XVIII.

79

tanta solicitud, y al que acababa de añadir algunas bayas silvestres que habia cogido en un pantano vecino. Cuando vio á Eduardo en la mesa se sentó gravemente en una piedra á algunos pasos de distancia, desde donde espiaba la ocasión de servirle.

Evan y su satélite volvian á largos pasos de la playa; llevaba el último una gruesa trucha y la red que habia servido para prenderla; precedíale Evan con aire satisfecho y triunfante, y de este modo avanzaban hacia el lugar donde Waverley estaba tan agradablemente ocupado de su desayuno. Despues de los saludos de costumbre, Evan, fijos los ojos en Eduardo, se dirigió á la doncella y le dijo algunas palabras en lengua gaélica que la hicieron sonreir y ruborizarse de una manera muy sensible á pesar del color sombrío de su rostro espuesto casi de continuo al sol y al aire. En seguida dio orden para que preparasen el pescado, encendió

un pedazo de yesca en la cazoleta de su pistola, recogió paja y ramas de leña seca, y en pocos minutos logró encender un fuego chispeante, en el cual volvió la trucha dividida en anchas tajadas. Para coronar el banquete, sacó del bolsillo de su gaban una grande concha, y de encima de su capa un cuerno de carnero lleno de *whisky*. Después de beber amplia mente el primero dijo muy satisfecho que ya había tomado su trago de por la mañana con Donald Bean Lean antes de partir, y presentó el cordial á la jóven Alix y Waverley quienes le rehusaron. Entonces con el modo bondadoso de un gran señor le ofreció á Dugald Mahony su criado, el que sin esperar segunda invitacion vació el cuerno deliciosamente. Evan salió en direccion á la barca después de insinuar al jóven oficial que le siguiese. Alix puso en un canastillo cuanto creyó que lo merecía, se cubrió con su capa, se adelantó á Eduardo con la mayor ingenuidad, le to-

CAPITULO XVIII.

81

móle mano, le presentó su mejilla para que la besase, é hízole una reverencia. Evan, reputado por buen mozo entre las muchachas de la montaña se acercó como anunciando que no se le podría negar un favor semejante; pero Alix se apoderó prontamente de su canastillo y se lanzó á la roca con la ligereza de un corzo, desde donde se revolvió, soltó la risa, y le dirigió en lengua gaélica algunas palabras, á las que respondió Evan en el mismo tono y lenguaje. Saludó con la mano á Waverley, continuó su camino, y desapareció en breve por entre los arboles, aunque todavía se oían los alegres sonidos de su canción.

Nuestros viajeros entraron en la garganta de la caverna, y bajaron por ella á la barca que desató el highlander que acompañaba á Evan. Para aprovecharse de la brisa de la mañana tendió una especie de vela llena de girones, y Evan cogió el gobernalle. No tardó en percibir

TOMO II.

6

Eduardo que reflúan el lago en vez de dirigirse á la orilla donde se habian embarcado la noche anterior. Mientras la barca cortaba suavemente el argentado espejo de las aguas, Evan principi6 la conversacion elogiando á Alix. «Es tan gentil como diestra, dijo, y la que mejor danza en todo el valle.» Eduardo aprob6 de este elogio cuanto pudo comprender, añadiendo que era una lástima á su entender se viese reducida a llevar vida tan triste y tan peligrosa. «¿Mas decid, porqué? dijo Evan: no hay cosa en todo el condado de Perth de que ella no sea dueña si lo pide á su padre, á menos que no sea un objeto sobrado *pesado* ó sobrado *caliente*.

— ¡ Verse hija de un hombre que no tiene mas oficio que robar bestias!... hija de un ladron ordinario!...

— De un ladron ordinario?.... Nunca ha robado Donald menos de un ganado.

CAPITULO XVIII.

83

— ¡De esta suerte será á vuestro modo de ver un ladrón extraordinario!....

— No : el que roba la vaca de una pobre viuda ó el buey de un labrador es un ladrón ; pero el que roba un ganado á un rico sajón es un hidalgo boyero; y por otra parte, tomar un árbol en un bosque, un salmon en el río, un gamo en la montaña , ó una vaca en un valle de los lowlands, no ha sido nunca para un highlander una acción degradante.

— ¿Y cual sería el fin de Donald si llegasen á cogerle cuando se apropia de ese modo lo que no le pertenece ?

— Ah! ciertamente *moriría por la Ley*, como le ha sucedido ya á mas de un valiente.

— Por la ley ?

— Sí; es decir según la ley ó por la ley sería ajusticiado en un patíbulo, donde murieron su padre y su abuelo, y donde espero que morirá él sino le matan al hacer alguna presa.

— ¿Y creéis que tenga tal muerte vuestro amigo?

— Sin duda que la tendrá; ¿quereis que muera sobre un monton de paja húmeda..... en el fondo... de su caverna.... como un perro viejo y sarnoso?

— ¿ Pero qué seria de la pobre Alix?

— Como su padre ya no podría protegerla ni defenderla , me encargaria yo de este cuidado. y la haria mi esposa.

— Vuestro proyecto es muy galante; mas entretanto, ¿ qué ha hecho vuestro suegro , esto es vuestro futuro suegro si le ahorcan, del ganado del baron ?

— Aun no estaba el sol en la cima de Ben-Laweis, cuando vuestro criado y Allan Kennedy han hecho partir el ganado delante de ellos ; no faltaban mas que dos vacas que desgraciadamente habian sido muertas antes de mi llegada a la caverna real: el ganado debe estar en este momento en el desfiladero de Ballybrough,

CAPITULO XVIII.

85

y llegará en breve á los parques de Tully-Veolan.

—¿Y adonde nos dirigimos, si no teneis á mal que os lo pregunte? dijo Eduardo.

—¿Donde quereis que os conduzca sino es al castillo del laird Glennaquoich? Creo que no habreis imaginado venir á este pais sin ver á nuestro gefe, pues seria un crimen capital.

—¿Y nos hallamos aun muy lejos de Glennaquoich?

—Distamos cinco *brius* de milla ; Vich Jan Vohr nos saldrá al encuentro. »

Media hora despues la barca se detuvo en la ribera : cuando pusieron en tierra á Eduardo, la dejaron los montañeses á una hondura llena de cañas y juncos, en medio de los cuales quedó enteramente oculta. Condujeron los remos á otro paraje no menos propicio para que no pudiesen ser vistos, sin duda tomaban estas precauciones por Donald Bean Lean

quien pudiera llegar allí en sus correrías. Nuestros viajeros caminaron durante algun tiempo por un valle encantador, situado entre dos elevadas montañas: por medio de este valle corria un riachuelo dirigiéndose al lago. Eduardo volvió á principiar sus preguntas concernientes al huésped de la caverna. «¿Siempre reside allí?

— Oh! no ! muy astuto seria quien llegase á saber todos los pasos que da...No existe rincon, caverna, ni agujero en todo el pais que sea desconocido á Donald.

¿Y le dan tambien asilo otros ademas de vuestro dueño?

— *Mi dueño!* repitió Evan con altanería ; mi dueño está en el cielo, y luego tomando su tono cortés: Queríais hablar, dijo, de mi gefe?... No, mi gefe no da asilo á Donald ni á los que se le parecen ; pero , añadió riendo, le concede *el agua y el bosque.*

CAPITULO XVIII.

87

—No es estremada la fineza, pues esos dos objetos abundan en este pais.

—No me comprendéis: por el *agua y el bosque* entiendo el lago y las montañas. Biea conoceréis que si el *laird* se pusiese á perseguir á Donald en los bosques de Kalychat con treinta hombres, no se lo escaparía ; ó que si algun buen mozo como yo, guiase nuestras barcas por el lago, Donald no lo pasaría muy bien.

—Si subiesen del llano fuerzas considerables á atacarle vuestro gefe le defenderia?

—No ; ciertamente, si le perseguian en nombre de la ley, mi gefe no dispararia un tiro en favor suyo.

—¿Y qué haría Donald?

—Abandonaria este pais, y se refugiaria en las monlañas de Letter-Scriven.

—¿Y si le perseguian tambien allá?

—Iria á buscar un asilo en Raunoch cerca de su primo.

— ¿Y si iban tambien á echarle de ese refugio ?

— No es posible : no hay un solo habitante en el llano que ose perseguirle mas allá del desfiladero de Ballybrough, como no le guien los *Sidier dhu*.

— Los *Sidier dhu*? quienes son estos?

— Los soldados negros : tal es el nombre que dan á las compañías francas organizadas para mantener el orden y la tranquilidad en estas montañas. Vich Jan Vorh mandó una durante cinco años, y yo fui sargento de ella. Llámanles los *Sidier dhu* por causa del color de sus uniformes, como llaman entre vosotros á los soldados del rey Jorge lo soldados rojos: *Sidier roj*.

— Muy bien : mas cuando os pagaba el Rey no erais soldados del rey Jorge?

— Tenéis razón, pero podéis consultar este punto con Vich Jan Vorh; nosotros no pertenecemos ni mas ni menos al Rey que él propio ; nadie puede decir

CAPITULO XVIII.

89

que en el dia somos soldados del rey Jorge, puesto que ya doce meses que no nos han dado un sueldo de paga. »

Nada podia contestarse á este último argumento; así es que Waverley hizo recaer otra vez la conversacion sobre Donald Bean Lean.

«Donald, dijo, se limita á hacer guerra al ganado, ó bien por servirme de vuestras espresiones, roba cuanto le viene á las manos?

— El hombre no es muy delicado, y todo le viene bien; pero prefiere los bueyes, las vacas , los caballos , ó las criaturas humanas, á todo lo demas; las ovejas caminan muy despacio, y á mas es difícil venderlas en este pais.

—¿Luego tambien roba hombres y mugeres?

—Sin duda: ayer no le oísteis hablar de un bayle? su rescate le costó seiscientos⁹ marcos de plata, que entregó en el desfiladero de Ballybrough. Voy á refe-

⁹ Cfr. WAV: "five hundred" (quinientos). Nótese el cambio en la cantidad pagada como rescate por mediación de DEF: "six cents".

riros una hazaña que hizo Donald no ha mucho tiempo. Era la época del matrimonio de la vieja viuda de Cramfeezer con el jóven Gilliewhackit: este, como verdadero hidalgo, habia disipado todo su caudal en riñas de gallos, en corridas de toros, en corridas de caballos, etc., y necesitaba abastecer de nuevo sus cofres con tal enlace. Supo Donald que la viuda estaba enamorada, y una noche robó á Gilliewhackit con la ayuda de su gente, le transportó con increíble rapidez por en medio de las montañas, y le depositó en la caverna real. De este modo tuvo todo el tiempo necesario para estipular su rescate; Donald no quiso nunca rebajar un sueldo de mil libras.

—Qué diablo!

—Sí; pero libras de Escocia; porque la desposada no hubiera podido nunca completar esta suma, aunque vendiese la camisa. Dirigióse al gobernador del condado, como tambien al mayor de la guar-

CAPITULO XVIII.

91

dia negra: el primero respondió que el negocio no le atañía, por haberse verificado fuera de su distrito y el mayor dió por escusa que sus soldados habian ido al esquileo de los carneros, y que hasta que la plaza estuviese provista, no los mandaria venir por todos los Cramfezers de la cristiandad, pues perjudicaria en ello á los intereses del pais. Gilliewhackit se vió atacado de viruelas , y no hubo ningun médico en las cercanías que quisiese venir á curar al pobre mancebo; no los vitupero por esto, pues Donald á quien uno de aquellos doctores habia desollado en Paris, habia jurado echar en el lago al primero que encontrase. Sin embargo algunas viejas de buena condicion conocidas de Donald, cuidaron tanto de Gilliewhackit haciéndole tomar el aire y dándole avena fresca hervida, que se restableció tan pronto como si hubiese estado en un buen lecho, rodeado de cortinas y alimentado con pan blanco y

rico vino. Salióle á Donald el negocio tan al revés de lo que pensaba, que cuando le vio en disposicion de ponerse en camino, le envió á su casa dejando á su discrecion la recompensa de los cuidados que le habian prodigado. No sabré decir exactamente como se terminó el asunto; pero sí que se separaron tan satisfechos uno de otro, que Donald quedó convidado para la boda, y su bolsa nunca estuvo tan bien provista como en aquella ocasion. Decia Gilliewhackit que si le llamaban á servir de testigo contra Donald, declararia que estaba libre de todo á escepcion de algun incendio ó de algun asesinato.»

Con estas vagas conferencias trataba Evan de dar á conocer el estado de los highlanders, y tal vez distraian mas á Waverley, que divertirán al lector. Despues de haber andado buen espacio de tiempo por montes y por valles, Eduardo, aunque no ignoraba cuan generosos

CAPITULO XVIII.

93

son los escoceses en la cuenta de las distancias, principiaba á creer que se habian doblado las cinco millas de Evan, y manifestó su sorpresa de que los escoceses no eran tan económicos en la distribucion de sus medidas como en el cálculo de su moneda. «¡Vayan al diablo las piernas sobrado cortas!» respondió Evan repitiendo esta antigua frase proverbial.

En esto oyeron un tiro de escopeta y vieron delante un cazador acompañado de sus perros y de su criado. « No me engaño, dijo, Dugald Mahony, es el gefe.

– No, respondió Evan con tono de autoridad ; ¿saldria al encuentro de un hidalgo inglés sin comitiva y como un simple montañés ?»

Pero acercándose, se vio obligado á decir con sentimiento : «El mismo es, no puedo dudarlo: ¡como no lleva en su compañía los oficiales de su casa! No veo mas que á Callum Beg.

Con efecto, Fergus Mac-Ivor era uno

de aquellos hombres del que un francés hubiera podido decir: *Il connait bien son monde* (1)¹⁰. No habia querido darse cierta importancia á los ojos de un jóven inglés, presentándosele seguido de vana escolta de highlanders, no ocultándosele que tan inútil ostentacion mas pronto le parecia ridícula que imponente. Era celosísimo del poder feudal y de las atribuciones de un *chieftain*, y por esto mismo se abstenia prudentemente de ostentar sus distinciones personales á menos que el tiempo y las circunstancias no lo exigiesen para producir su efecto. Si hubiese de recibir á otro *chieftain*, sin duda se hiciera escoltar por aquel séquito que con tanto placer habia descrito Evan; pero juzgó que era mas conveniente para recibir á Waverley no hacerse acompañar mas que de un solo oficial (su Gillymore): era este un agraciado jóven, que llevaba el morral y la espada de su señor.

¹⁰ La llamada de la nota a pie de página no se corresponde en realidad con ninguna nota.

CAPITULO XVIII.

95

Cuando Fergus y Waverley se acercaron uno á otro, admiróse el último de la gracia y dignidad particular del gefe. Su estatura era mas que mediana y bien proporcionada, y su vestido de highlander en extremo sencillo daba mas gracia á su persona. Llevaba una especie de pantalones estrechos de una tela blanca y colorada¹¹, y en todo lo demas su vestido se parecia al de Evan, á escepcion de que no osaba mas arma que un cuchillo ricamente engastado de plata. Su page, como ya hemos dicho llevaba su espada; y la escopeta que empuñaba Fergus parecia tan solo destinada á divertirle; pues en el camino habia disparado algunos tiros á los ánades que encontraba al paso. Todas sus facciones eran características, es decir enteramente escocesas con las particularidades de las fisonomías algo duras del norte; pero esta especie de aspereza apenas era notable en su rostro, y en todas partes le hubieran tenido por

¹¹ OLI omite los términos extranjeros que designan el tipo de pantalón ("trews") y de tela ("tartan"), ambos característicos de la cultura escocesa. Cfr. DEF (143): "des *trews* ou pantalons étroits d'un tartan rouge et blanc". Nótese que OLI opta por la repetición en cursiva en otras apariciones textuales de dichos objetos culturales.

hombre muy cortés. El aire marcial de su gorro adornado con una pluma de águila, que era su distintivo, aumentaba en extremo la espresion varonil de sus rasgos; y los bucles naturales de sus negros cabellos tenían mas gracia que ninguna de las cabelleras postizas de los almacenes de Bond-street.

La impresión favorable que producía su exterior tan gracioso como imponente se aumentaba todavía con cierto aire de franqueza y de afabilidad. Un hábil fisiomista hubiera quedado sin embargo menos satisfecho al verle por segunda vez. Sus cejas y su labio superior anunciaban la costumbre absoluta de mandar; su política, aunque sencilla y natural, indicaba al parecer que estaba poseído del sentimiento de su superioridad; y el movimiento involuntario de sus ojos declaraba muchas veces su altivo , fiero y vengativo carácter, cuyos defectos no eran menos temibles porque supiese ocultarlos.

CAPITULO XVIII.

97

En una palabra, la vista de este gefe se parecía á la de aquellos dias hermosos que aunque nos encantan nos anuncian con señales ciertas aunque apenas sensibles que antes de la noche habrá tempestad.

En esta primera entrevista no tuvo ocasión Eduardo para hacer semejantes observaciones. Fergus le recibió como á un amigo del baron de Bradwardine , y le manifestó el placer que le causaba su vista: al mismo tiempo le reprendió amistosamente haber escogido para pasar la noche un abrigo tan salvaje y tan poco digno de él como la morada de Donald Bean. La conversación recayó sobre el interior de aquella habitación extraordinaria, pero Fergus no hizo la menor mencion de las rapiñas de Donald, ni del motivo que le procuraba la visita de Waverley, quien por consiguiente creyó que debía evitar hacer pregunta alguna. Mientras que se dirigian al castillo de Glenna-

TOMO II.

7

quoich . Evan formaba respetuosamente la retaguardia cou Callum Beg y Dugald Mahony.

Trataremos de dar á conocer al lector algunas particularidades concernientes á la familia y persona de Fergus Mac-Ivor. Mas Waverley no estuvo instruido de estos detalles sino cuando formara con él una amistad , que aunque producida por el acaso, tuvo durante mucho tiempo la mayor influencia en su carácter , en sus acciones y en toda su existencia. Esta materia es sobrado importante para que no merezca que principiemos capítulo.



CAPITULO XIX.

EL GEFE Y SU MORADA.

EL ingenioso licenciado Francisco de Ubeda al principiar su historia de *La pícara Justina*, que, entre paréntesis, es uno de los libros mas raros de la literatura española; Francisco de Ubeda, digo, apostrofa ásperamente su pluma porque ha tomado un pelillo del tintero , y principia con mas elocuencia que buen sentido una amigable esplicacion con aquel útil instrumento, al que reprende que sea pluma de oca; ave inconstante por naturaleza, pues frecuenta los tres elementos , el agua, la tierra y el aire; y por consiguiente es inconstante en el aire, en el agua y en la tierra. Me atrevo

á aseguraros , mi querido lector, que estoy muy lejos de pensar como Francisco de Ubeda, gozoso sobre todo de que mi pluma posea aquella útil propiedad de pasar fácilmente del estilo jocoso al grave, y de una descripción ó de un diálogo, á un retrato ó á una narración. Si no reprende otra cosa á mi pluma que ser mudable como su madre la oca, me felicitaré por ello con la mayor sinceridad, y todo me induce á creer que tampoco vos lo sentiréis. De la jerga de los Gillies de los highlanders voy á pasar al retrato de su gefe; esta empresa es importante, y por consiguiente, como decia Dogberry, debo poner en ello la mayor atencion.

Trescientos años ha uno de los antecesores de Mac-Fergus presentó una demanda para ser reconocido gefe de la numerosa y poderosa tribu de que era miembro y cuyo nombre es inútil mencionar. Habiendo sido preferido uno de sus competidores, por justicia ó por fuer-

CAPITULO XIX.

101

za, espatrióse Fergus, y cual segundo Eneas fué á buscar nuevo establecimiento hacia el mediodía: las circunstancias en que se hallaban los highlanders del Perthshire favorecieron su proyecto. Uno de los primeros barones del pais se habia hecho culpable de alta traicion; Jan, pues así se llamaba nuestro aventurero, se reunió á los encargados por el Rey para castigar al proscrito. Hizo entonces tan grandes servicios, que obtuvo la propiedad de los dominios que fueron la residencia y la herencia de su familia. Despues siguió al Rey cuando llevó la guerra á las fértiles llanuras de la Inglaterra , donde empleó tan útilmente su tiempo en poner subsidios en los condados de Northumberland y de Durham, que á su vuelta hizo construir una torre ó ciudadela de piedra, que escitó de tal modo la admiración de sus vasallos y de todo el vecindario, que le dieron el sobrenombre de Juan de la torre (Jan Nau Chaistel) en

vez del de Jan Mac-Ivor, ó Juan hijo de Ivor que tenia antes. Sus descendientes se vanagloriaban tanto de descender de él, que el gefe reinante tomaba siempre el sobrenombre patronímico de *Vich Jan Vohr*, esto es hijo de Juan el Grande; y la tribu para no confundirse con aquel de quien se habia separado se Lizo llamar *Sliochd Nan Ivor*, de la raza de Ivor.

El padre de Fergus, décimo de este nombre, descendiente en línea recta de Juan de la Torre, comprometióse enteramente en la insurreccion de 1715, y vióse obligado á refugiarse en Francia despues del desgraciado resultado de aquella tentativa en favor de los Estuardos. Mas feliz que los otros fugitivos, consiguió entrar en el servicio , y se casó últimamente con una señorita de rango en aquel reino; tuvo dos hijos, Fergus y Flora. Habian sido vendidas sus posesiones en Escocia al mayor postor; pero las volvieron á comprar á ínfimo precio

CAPITULO XIX.

103

en nombre del jóven heredero, quien pronto vino á fijar en ellos su residencia, No tardaron en conocer que era un carácter dotado de una inteligencia poco comun, ardiente y ambicioso. Cuando conoció del todo la situación del pais, tomó poco á poco un tono singular que no podia tomarse sino sesenta años ha.

Si Fergus Mac-Ivor hubiese existido sesenta años mas pronto fueran sin duda menores su política y el conocimiento del mundo que entonces poseia, y si hubiera existido sesenta años mas tarde el amor al orden y á sus verdaderos intereses pusiera un freno á su fogoso carácter. No puede negarse que fué en su reducida esfera un político tan profundo como el mismo Castruccio Castrucani. Dióse con la mayor actividad á apaciguar todas las controversias que se suscitaban frecuentemente en las tribus de su vecindario, que á menudo recurrían á su decisión. No descuidaba cosa alguna para estender su

propio poder patriarcal; y con esta mira hizo todos los gastos que su fortuna le permitia para ejercitar la hospitalidad con largueza y generosidad, primeros atributos de un gefe. Siguiendo estos mismos principios aumentó cuanto pudo el número de sus terratenientes para tener soldados en caso de guerra. Su principal fuerza consistia en los hombres de su tribu, á quienes no dejaba salir nunca de sus tierras, á menos que no pudiera impedirlo. Atraia tambien á su tribu todos cuantos desertaban de la tribu primitiva, mas rica pero menos belicosa, para alistarse en la de Fergus: bastaba en general para ser admitidos en ella ser como Ovins¹² hombres de manos ejercitadas , y que tuviesen deseos de tomar el nombre de Mac-Ivor.

En breve logró disciplinar sus numerosos vasallos. Cuando obtuvo el mando de una de aquellas compañías independientes que el gobierno habia organizado

¹² Cfr. DEF y WAV: "Poins". Nótese que la modificación, seguramente por error, afecta a la referencia intertextual al cambiar el nombre de uno de los compañeros de Falstaff, personajes de Shakespeare en *Enrique IV*.

CAPITULO XIX.

105

para mantener el orden entre los montañeses, desplegó en su destino tanta actividad como inteligencia, y procuró á su comarca la mas completa tranquilidad. Tuvo cuidado en hacer entrar por turno á los terratenientes en su compañía , y por este medio consiguió darles á todos un conocimiento general de la disciplina militar. Cuando combatia contra los bandidos, notóse que se atribuia un poder absoluto y casi ilimitado , con el pretexto de que no teniendo las leyes libre ejercicio entre aquellos highlanders , debia reemplazarlas la fuerza militar. Por ejemplo, trataba con mucha indulgencia á todos los merodeadores que obedeciendo sus órdenes restituían su botin y tenian á bien someterse á su autoridad; mientras que desplegaba la mas grande severidad con aquellos infames que despreciaban sus mandatos ó amonestaciones; y haciéndolos arrestar los entregaba á los tribunales competentes. Por otra par-

te, si algunos jueces de paz ó algunos oficiales civiles ó militares resolvian perseguir en sus dominios á los ladrones ó merodeadores sin intervencion suya y sin haber reclamado su asistencia , salian muy mal en su tentativa; porque en tales circunstancias Fergus Mac-Ivor era el primero que se reunia á ellos para deplorar la impotencia de las leyes, y vituperaba con dulzura su celo imprudente. El gobierno fué enterado por último de todo, y nuestro gefe se vio privado de su comandancia militar.

Cualquiera que fuese su resentimiento, tuvo arte para reconcentrarlo en el fondo de su corazon, y no dió la mas ligera muestra de descontento; pero las inmediaciones no tardaron en resentirse de los tristes resultados de su desgracia. Donald Bean Lean y otros de la misma calaña, que hasta entonces no habian ejercitado sus robos mas que en las comarcas de los alrededores, se establecie-

CAPITULO XIX.

107

ron al parecer en aquella abandonada frontera. Sus rapiñas no encontraban la menor oposicion , pues los habitantes del llano estaban casi todos desarmados como jacobitas: lo que obligó á la mayor parte á pagar por via de contrato el *blackmail*, que Fergns Mac-Ivor percibia en calidad de protector. Este tributo le daba mucha importancia , y le proveia de medios para seguir ejercitando la hospitalidad feudal con todos sus vasallos, socorros que llegaban muy á propósito para reemplazar sus sueldos suprimidos.

Guiaba á Fergus en su conducta un proyecto mas importante que el de pasar por hombre de consideración en el pais, ó el gobernar como déspota una corta tribu. Desde su infancia se habia consagrado á la causa de la familia desterrada, persuadido de que su restauracion al trono no solamente seria favorable para la nacion, sino que todos cuantos la hu-

biesen favorecido serian colmados de honores. Con tal intento habia puesto tanto cuidado en apagar los odios personales entre los montañeses, y habia aumentado sus fuerzas para hallarse dispuesto á operar á la primera ocasión favorable. Con la misma intencion habia procurado conciliarse la amistad de muchos hidalgos de los lowlands, que sabia eran partidarios de la justa causa. Habiendo tenido la desgracia de indisponerse imprudentemente con el baron de Bradwardine, quien á pesar de su originalidad era respetado en general, se aprovechó, llevando siempre sus miras de la escursion que Donald Bean Lean hiciera en Tully-Veolan, para enviar un plenipotenciario encargado de proponer la composicion de que hemos hablado ya. Supusieron algunas personas que el mismo Fergus habia dado á Donald el plan de esta correría, con el fin de poder entablar la reconciliacion: cualquiera

CAPITULO XIX.

109

que fuera la causa de ella , costó al *laird* de Bradwardine dos hermosas vacas. La ardiente adhesión de Fergus á la casa de los Estuardos tuvo por recompensa una confianza sin límites, comisiones delicadas, sacos de luises de oro , las mas halagüeñas esperanzas , y un despacho estendido en pergamino adornado de un enorme sello de cera, y firmado de la propia mano de Jacobo, rey tercero de Inglaterra y octavo de Escocia , quien conferia título de conde á su leal y amado vasallo Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich, en el condado de Perth , reino de Escocia.

Con esta brillante corona de blason ante los ojos, tomó Fergus muy activa parte en todos los movimientos verificados en aquella desgraciada época ; y como todos los agentes que se consagran á una revolución, reconcilió su conciencia con los excesos de su partido : pero nunca hubiese pasado tan adelante si no cre-

yera seguir mas en ello las leyes del honor que su interés personal.

Despues del breve examen que nos hemos atrevido á hacer acerca de este carácter ardiente, fiero, ambicioso, político y disimulado, volvemos á tomar el hilo interrumpido de nuestra narración.

Habian llegado Fergus y su huésped al castillo de Glennaquoich, que consistia en la habitacion de Jan Nau Chaistel. El abuelo de Fergus habia añadido á él una casa de dos pisos al volver de aquella memorable espedicion muy conocida en los condados de la parte de oeste bajo el nombre de *Highland host*, el ejército de los highlanders. Es de presumir que aquella cruzada contra los whigs no fué menos favorable á Vich Jan Vor que lo habia sido para su abuelo la espedicion en el Northumberland; pues que le proveia de medios para levantar para sus descendientes un monumento de su mag-

CAPITULO XIX.

111

nificencia, que debia servir de pendiente á la torre.

Hallábase colocado este castillo sobre una eminencia en medio de un estrecho valle de los highlanders: no se percibia ningun rastro de los cuidados que por lo comun toman para adornar los alrededores de la habitacion de un hidalgo. Uno ó dos cercados separados con muros de piedra eran las únicas partes del dominio que estuviesen defendidas; por lo demás, en todos los estrechos lindes que orillaban el arroyo encontrábanse campos sembrados de cebada y espuestos constantemente á ser devastados por los ganados que pasaban por las alturas vecinas. Estos ganados hacian tambien de tiempo en tiempo alguna incursion en las tierras de labor, y los rechazaban los ruidosos y roncos gritos de cinco ó seis pastores de los highlanders que corrian como locos y llamaban en socorro suyo un hambriento perro. Veíase algo mas

elevado un bosque de desmedrados álamos; y las rocas de las cercanías cubiertas de arbustos ofrecían monótono aspecto: la vista no se detenía sino en masas iguales y salvajes, antes que vastas y solitarias. Pero tal como era aquella morada, ningún digno descendiente de Jan Nau Chaistel la hubiera trocado por la de Stow ó de Blenheim.

Al entrar Waverley en el patio del castillo, sorprendióle un cuadro, que sin duda hubiera preferido el primer propietario de Blenheim á las mejores vistas del dominio que recibiera de su reconocida patria. Veíanse arreglados en batalla como unos cien highlanders, perfectamente armados y equipados. Al percibirlos Fergus, dijo á Waverley con cierta negligencia: « Se me olvidó deciros que habia reunido algunos hombres de mi tribu para poner el pais al abrigo de los insultos que han osado hacer con sentimiento mio al baron de Bradwardine:

CAPITULO XIX.

113

**quizás no sentiréis verles maniobrar ;
¿qué decís, capitan?»**

Eduardo aceptó la proposición, y al punto principiaron los montañeses á ejecutar con la mayor celeridad y destreza varias evoluciones militares. Rompieron sus filas para manifestar por menor su habilidad en el manejo de la pistola y del arcabuz; y disparaban caminando, cayéndose, retirándose, dirigiéndose á derecha é izquierda , y con todo rara vez erraban el tiro. Alineáronse en breve dos á dos para el manejo de la espada, y formaron en seguida dos pelotones contrarios como figurando un combate. Vióseles entonces acometerse, rehacerse, volverse á replegar, darse cara unos á otros y perseguirse: todas estas evoluciones, imágenes de una batalla, eran mandadas al son de la grande gaita guerrera.

A una señal del gefe cesó la escaramuza, y entonces este se reunió á ellos y principiaron á correr , luchar , saltar,

TOMO II. 8

echar la barra de hierro, y otros ejercicios , en los que aquella milicia feudal manifestó una destreza, una agilidad y una fuerza increíble. El gefe consiguió su objeto, que era dar á Waverley una idea favorable del mérito de sus gentes como soldados, y del poder del que con una señal los hacia obedecer.

«Cual es el número , preguntó Eduardo, de estos bravos que tienen la dicha de servir bajo vuestras órdenes?

— La tribu de Ivor, respondió Fergus, cuando se trata de defender una causa justa y cuando estima á su gefe ascendiendo á quinientos soldados; pero no ignoráis , capitan, que no podemos tenerla completa por haberla desarmado veinte años ha. Me basta tener bajo mis órdenes un corto número de hombres armados para proteger mis propiedades y las de mis amigos cuando se altera la tranquilidad pública como ha sucedido en Tully-Veolan; y ya que el gobierno no

CAPITULO XIX.

115

nos defiende, no debe llevar á mal que nos defendamos nosotros mismos.

— Con las fuerzas que tenéis á vuestra disposición , dijo Eduardo, os seria muy fácil destruir la banda de Donald Bean Lean.

— Teneis razón, pudiera hacerlo; ¿pero sabeis cual seria mi recompensa? Recibir orden para entregar en Stirling al general Blackeney las pocas armas que nos han dejado, y convendréis en que la política no me permite verificarlo. Mas las gaitas me anuncian que han servido la comida : venid, ansio tener el honor de recibiros en mi rústica habitacion.»



CAPITULO XX.

UN CONVITE DE LOS HIGHLANDERS.

ANTES que entrara Waverley en la sala del festin, vinieron á presentarle la palangana para lavarse los pies: este ofrecimiento patriarcal no era de despreciar despues del viaje que habia hecho por medio de tierras pantanosas y de espesos matorrales. No acompañó á esta ceremonia el lujo que ostentaron para el héroe de la *Odisea* ; no desempeñó la ablucion una jóven beldad instruida en la manera de frotar el cuerpo y de verter oloroso aceite ; sino una vieja highlandesa con cútis de color de hollin, que lejos de creerse honrada con la comision que le daban murmuró entre dientes: *Los ga-*

CAPÍTULO XX.

117

nados de nuestros padres no han apacentado tan cerca unos de otros para haceros semejante servicio. Una ligera gratificación reconcilió á esta rancia camarera con su degradación supuesta: cuando Waverley se dispuso á entrar en la sala , le bendijo la vieja repitiendo el proverbio gaélico: ¡Ojala la mano pródiga esté siempre llena! La sala del festin ocupaba todo el piso bajo de la habitación originaria de Jan Nau Chaistel, y veíase tan larga como aquella una enorme mesa de roble. La comida era sencilla , y hasta grosera ; y como los convidados eran muchos metían grande bullicio. Al cabo de la mesa estaba colocado el gefe con Eduardo y dos ó tres visitantes de las tribus vecinas; y en el segundo lugar los ancianos de la tribu de Mac-Ivor, *wadsetters* y *tacks-men*, como los llamaban, quienes poseían varias porciones de los dominios del gefe en calidad de arrendadores. En seguida se hallaban sus hijos , sobrinos y her-

manos de leche , luego los oficiales de la casa del gefe, segun su rango , y al extremo inferior de la mesa los terratenientes que cultivaban las tierras. Además de esta muchedumbre de convidados, pudo ver Eduardo por medio de una puerta partida en dos muchísimos higalanders de rango inferior sentados en la verde alfombra , los que se miraban tambien como convidados al banquete. Mas lejos habia varios grupos móviles de viejas , de niños cubiertos de andrajos , de mendigos viejos y jóvenes, de lebreles, galgos y toda especie de perros: todos los miembros de estos grupos cubrian una parte mas ó menos directa del festin.

La hospitalidad de Fergus, que parecia ilimitada , tenia sin embargo sus reglas de economía. Habian preparado con algun cuidado los platos de pescado y de aves servidas al cabo de la mesa y cerca del extranjero inglés; veíanse en el extremo opuesto enormes tajadas de carnero

CAPITULO XX.

119

y de vaca , las que si estuviesen acompañadas de otras de cierto animal abominado de los highlanders, hubieran recordado el convite de los amantes de Penelope. El plato colocado en el medio era un cordero de un año asado entero; estaba derecho, y tenia entre dientes un ramito de perejil; sin duda el cocinero le habia dado esta posicion para satisfacer su amor propio , y vanagloriándose mas de la abundancia de los platos que de su elegancia. Los íjares del pobre animal fueron vigorosamente atacados por los miembros de la tribu, los unos armados con sus *dirks*, y los otros con cuchillos que llevaban regularmente en la misma vaina que su daga: en breve la descarnada armazon del cordero no ofrecia mas que un doloroso espectáculo. El extremo de la mesa estaba guarnecido de platos todavía mas sencillos, pero servidos con abundancia. Sopas, cebollas, queso, y los restos de las carnes satisfa-

cían el apetito de los hijos de la casa de Ivor, que estaban al raso.

Distribuyeron las bebidas con el mismo orden y por los mismos grados: servían á los que estaban mas cerca del gefe excelente vino de Champaña y de Burdeos , y á los ademas *whisky* puro ó mezclado con agua , y cerveza fuerte. Todos sabían que su gusto debía arreglarse á su rango ; así es que los *tacksmen* y sus terratenientes decían que el vino era sobrado frio para su estómago, y preferían al parecer la bebida que les habían destinado. Los tañedores de gaita, que eran tres, no cesaron de hacer oír espantoso y bélico concierto durante toda la comida. El eco de los abovedados techos y los acentos de la lengua céltica produjeron un ruido, que Eduardo creyó que iba á perder el oído para todo el resto de su vida en aquella torre de Babel. Mac-Ivor le dijo que disimulase aquella confusion. No puedo , dijo , dejar de llenar los

CAPITULO XX.

121

deberes de una necesaria hospitalidad: estos parientes haraganes, añadió, miran mis dominios como una propiedad de que no soy mas que administrador ; comen y beben á mi salud, y su única ocupacion es ejercitarse en el manejo de la espada , cazar y cortejar á las hijas de Strath : ¿ mas que he de hacer , capitán Waverley ? todo ser humano ama á los de su familia , sea halcon ó sea highlander.»

Eduardo no dejó de darle la enhorabuena por el gran número de vasallos que tenia á sus órdenes.

«Es verdad, respondió Fergus, que si quisiese ir, á ejemplo de mi padre , á buscar un golpe en la cabeza ó dos en el cuello , los bribones no me abandonarían. ¿Pero quien puede pensar hoy día en proyectos semejantes , cuando todos han tomado por divisa : mas vale una vieja con una bolsa en la mano que tres hombres con sus espadas á la cintura ?»

Dicho esto, volvióse á sus numerosos convidados, y apuró un brándis en honor del capitan Waverley, digno amigo de su respetable vecino y aliado al baron de Bradwardine.

«Bien llegado sea, dijo uno de los ancianos, si viene de parte de Cosme Comyne Bradwardine.

—No lo diré yo, respondió otro anciano, á quien parece no agradó mucho el brándis; no lo diré yo, repitió; mientras haya hojas en el bosque habrá fraudes en el corazón de Comyne.

—Bradwardine es un hombre de honor, replicó con viveza otro de los ancianos ; y bien venido sea el extranjero que se presenta aquí de parte suya , aunque traiga las manos teñidas de sangre, con tal que esta sangre no sea de la raza de Ivor. — Sobrada sangre de la raza de Ivor ha sido derramada por mano de Bradwardine , repuso el anciano cuya copa permanecía siempre llena.

CAPITULO XX.

123

—Ah! Bellenkeiroch, mas presente teneis el carabinazo que disparó en Tully-Veolan que los fendientes que ha descargado por la justa causa.

—Y tengo motivos para ello: ¡su carabinazo me privó de un hijo!.... Sus fendientes no han servido de mucho al rey Jacobo.»

Fergus esplicó en francés á Waverley que el baron en una querella que hubo siete años antes habia muerto al hijo de aquel anciano. «Bellenkeiroch, añadió el gefe , este jóven oficial es inglés, y no tiene nada que ver con la familia de Bradwardine» El anciano tomó entonces la copa todavía llena , y la apuró cortesmente á la salud del viajero.

Despues de la ceremonia del bríndis, cesaron las gaitas á una señal de Fergus. «Amigos mios , dijo, ¿ qué se han hecho los cantos, que no puedo dar con ellos, Murrogh?

Levantóse al punto Mac-Murrough, el

bardo de su familia, que era un anciano cubierto de canas, y principió á cantar con voz primero lenta y despues rápida una larga serie de versos célticos, que fueron acogidos con aplausos y entusiasmo. Su númen iba de aumento: al principio veíanse inclinados sus ojos al suelo, luego los paseó altivamente por su alrededor, menos para pedir que para exigir la atencion , y sus ademanes no eran menos fieros y entusiasmados que sus acentos. Observábale Eduardo con el mas vivo interés : creyó comprender que deploraba el fin de los guerreros muertos, que invocaba á los ausentes, y que animaba y enardecia á los que le escuchaban. Creyó tambien distinguir su nombre en aquel canto, y le confirmó en esta idea ver que todos los ojos se volvieron á él por un espontáneo movimiento. Habíase comunicado á todos los convidados el entusiasmo del poeta: sus figuras salvajes y tostadas del sol tomaron cierto aire mas im-

CAPITULO XX.

125

nente y animado : levantáronse y se colocaron en derredor del poeta, levantando las manos con una especie de éxtasis , ó poniéndolas en los puños de sus espadas. Cuando el bardo hubo acabado de cantar reinó por algun tiempo el mas profundo silencio en toda la sala: calmáronse el poeta y sus oyentes, y cada uno tomó su natural carácter.

Fergus, que durante esta escena habia atendido mas á examinar las emociones que producía el canto del bardo que á tomar parte en ellas, llenó de vino de Burdeos una pequeña copa de plata. Dadla áMac-Murrough, dijo á un criado; y cuando haya apurado el licor rogadle que acepte la copa por amor de Vich Jan Vohr. El bardo recibió el presente con profundo reconocimiento: despues de beber el vino, besó la copa, la guardó respetuosamente para sí, y cantó de nuevo sin duda, como pensó Eduardo, para dar las gracias al gefe por su magnífico

don. Este canto improvisado fue aplaudido, pero no produjo el efecto del primero: notábase con todo que la tribu aprobaba altamente la generosidad del gefe. Propusieron entonces muchos brándis en gaélico; Fergus tradujo algunos á su huésped del modo siguiente:

«¡A la salud de los que nunca vuelven el rostro al amigo ni al enemigo!

— ¡A la salud de los que nunca abandonan á un camarada !

— ¡A la salud del que jamás haya comprado ni vendido la justicia!

— ¡A la salud del que dé hospitalidad ál desterrado y haga guerra á los déspotas!

— ¡A la de los hombres que llevan el *Kilt*!

¡A la salud de los highlanders!»

Eduardo hubiera querido entender el sentido de aquel poema que tanto efecto habia producido en los convidados, y participó su curiosidad á su huésped. «Como noto, le respondió Fergus, que ha

CAPITULO XX.

127

pasado muchas veces la botella por delante de vos sin que la hayais acogido, iba á proponeros que vayamos á tomar el té con mi hermana, quien mejor que yo podrá satisfacer vuestra curiosidad. Aunque no deseo sujetar la alegría de mi tribu en un dia de fiesta , no quiero condenarme á imitarla en sus escesos: y añadió riendo , no mantengo un oso para devorar la inteligencia que tanto me puede servir.»

Eduardo no vaciló y aceptó de golpe el ofrecimiento hecho. Fergus, despues que hubo dicho algunas palabras á los que se hallaban á su alrededor, levantóse de la mesa, y Waverley le siguió. Apenas se cerró la puerta al salir estos, cuando resonó la sala con los bríndis que apuraban en honor de Vich Jan Vohr : estas espressiones del reconocimiento y de la adhesion que profesaban á Fergus se prolongaron por mucho tiempo, y probaron á Waverley cuanto amaban á su huésped los convidados.

CAPITULO XXI.

LA. HERMANA DEL GEFE.

EL aposento de Flora Mac-Ivor estaba amueblado de la manera mas sencilla; porque en Glennaquoich se habian propuesto desprenderse enteramente del lujo , á fin de que el gefe tuviese siempre medios para ejercitar noblemente la hospitalidad , y pudiera aumentar el número de sus partidarios y vasallos. No se notaba la misma economía en su vestido: sus adornos eran a un mismo tiempo elegantes y ricos , y reinaba en ellos el gusto; pues las modas francesas habian llegado hasta los simples vestidos de los highlanders. Sus cabellos sin estar desfigurados por el hierro le caian sobre la espalda en

CAPITULO XXI.

129

largos bucles de color de azabache, deteniéndolos tan solo una cinta adornada de diamantes: adoptara este género de tocado para no oponerse á las ideas de los highlanders que no podian tolerar llevarse una muger la cabeza descubierta antes de casarse.

Flora Mac-Ivor asemejábase notablemente á Fergus hasta el punto que pudieran pasar por Sebastian y Viola, y producir el mismo efecto que mistress Henry Siddon y su hermano en aquellos dos papeles. La misma regularidad de perfil, los mismos ojos negros, las mismas pestañas, las mismas cejas y la propia tez, tenían uno y otro hermano ; únicamente el color de Fergus estaba ennegrecido del sol, y el de Flora era mas delicado. Mas el aire fiero y algun tanto severo de Fergus , tenia en las facciones de Flora cierto encanto, cierta dulzura; sus voces eran del mismo sonido, pero de diferente acento, sobre todo la de Fergus

TOMO II.

9

cuando mandaba á los montañeses en sus evoluciones militares recordaba á Waverley un pasaje muchas veces aplaudido de la descripción de Emetrio.

La de Flora era al contrario dulce y tierna, prenda apreciable en una muger; pero si trataba un asunto interesante, lo que hacia á menudo con natural elocuencia , aquella voz poseia los sonidos que hieren y convencen tanto como una insinuante persuasion. Aquella mirada ardiente de los vivos y negros ojos del gefe, que manifestaba hasta la impaciencia contra un obstáculo material, tenia en los ojos de Flora una lánguida gracia; las miradas del hermano parecian exigir gloria, poder y cuanto pudiera elevarle sobre el resto de los hombres, mientras que los de su hermana, como si poseyese el convencimiento de una superioridad de inteligencia, compadecian al parecer mas que envidiaban á los que deseaban una distincion menos noble. Sus sentimien-

CAPITULO XXI.

13 1

tos estaban de acuerdo con la espresion de su fisonomía : su educacion primera habíala penetrado , asi como á su hermano , de la mas sincera adhesion á la familia de los Estuardos. Se habia persuadido que era una obligacion sagrada para su hermano, para su tribu, y para todo habitante de la gran Bretaña, el arrosstrar todos los peligros y hacer cuantos sacrificios pudiesen para favorecer los proyectos á que nunca habian renunciado los partidarios del caballero de san Jorge. Hallábase dispuesta á sufrirlo y sacrificarlo todo por semejante causa, y su lealtad, si era mas fanática que la de su hermano, era tambien mas pura. Acostumbrado á intrigas de poca monta, y empeñado necesariamente en mil disensiones de amor propio, era Fergus ambicioso de suyo , y su fe política tenia un ligero tinte de interés personal por no decir mas. Si hubiese sacado la espada de la vaina, fuera difícil decidir si de-

seaba mas hacer un rey de Jacobo Estuardo, que un conde de Fergus Mac-Ivor: es verdad que no osaba confesarse á si mismo esta mezcla de sentimientos, pero no por esto existia menos.

Al contrario, en el corazón de Flora la llama del realismo ardia pura y desinteresada: lo mismo hubiera despreciado hacer de la religion una máscara para cubrir ambiciosos proyectos, que mezclar la menor mira de interés ó de amor propio con las opiniones que le inspiraran como patrióticas. Estos ejemplos de desinterés no eran raros entre los partidarios de aquella desgraciada familia, y el lector puede traer á su memoria muchos memorables. Las atenciones particulares del caballero de san Jorge y de su esposa á la familia de Fergus y de Flora, y á ellos propios cuando quedaron huérfanos, habian dado mas fuerza á su fidelidad. Cuando murieron sus padres sirvió Fergus á la princesa en calidad de page de

CAPITULO XXI.

133

honor; la viveza de su espíritu y su buen exterior le valieron que le tratase esta con cierta distincion, y estuvo dos años en su casa. Habia entrado su hermana en uno de los conventos mas famosos de Francia, y manteníase en él á espensas de la princesa: Fergus y Flora conservaban uno y otro la mas tierna memoria de esta benevolencia.

Despues de haber dado á conocer el rasgo dominante del carácter de Flora, podremos delinear mas fácilmente lo restante de él. Habíala dotado ricamente la naturaleza , y habia adquirido aquella elegancia de modales que era de esperar en una persona que desde su mas tierna juventud habia acompañado á una princesa : pero no habia aprendido á substituir el barniz de la política á una sensibilidad real. Cuando se vio establecida en los desiertos de Glennaquoich, conoció que los conocimientos que poseía en la literatura francesa, inglesa é italiana, no serian

para ella mas que recursos raros é interrumpidos. Para emplear el tiempo de una manera mas útil, consagraba parte de sus cuidados á la música y á las tradiciones poéticas de los highlanders: pronto halló en este estudio un verdadero placer, que su hermano menos sensible á las distracciones literarias suponía gozar mas con el objeto de popularizarse que por gusto que le redundase. En efecto, entregóse Flora con tanto mas ardor á sus investigaciones , cuanto conoció que agradaba así á aquellos á quienes dirigía varias preguntas.

El amor de su tribu, amor casi hereditario en su corazon, era como su lealtad una pasión mas pura que la de su hermano. Fergus era un político sobrado profundo, y consideraba en demasía su influencia como un medio de engrandecimiento personal para que podamos citarle como modelo de los gefes de los highlanders. Flora deseaba igualmente esten-

CAPITULO XXI.

135

der su soberanía patriarcal; mas era con la mira generosa de arrancar de la miseria , ó al menos de las privaciones y de la tiranía extranjera, á los que su hermano, segun las ideas del pais y del tiempo, gobernaba por derecho de nacimiento.

Recibia una corta pension de la princesa Sobieski, y destinaba sus ahorros á socorrer las primeras necesidades de los enfermos y dolientes ancianos de su tribu. Los otros miembros de esta querian mas pagar con el fruto de sus faenas un tributo voluntario á su gefe , que deberle otros socorros que los de la simple hospitalidad de su castillo , y las divisiones y subdivisiones generales de sus dominios entre sí. Amaban tanto á Flora, que habiendo dicho Mac-Murrough en uno de sus cantos en que enumeraba las bellezas de la comarca: *Que la mejor manzana pendia de la rama mas alta,* recibió de diversos miembros de la tribu mas cebada que necesitaba para

sembrar diez veces seguidas el Parnaso de los highlanders, el campo del bardo (*the bards croft*) como le llamaban.

La sociedad de miss Mac-Ivor era en extremo limitada, así por gusto como por efecto de las circunstancias. Había sido su mas íntima amiga miss Rosa de Bradwardine, y cuando estaban juntas pudieran ofrecer á un pintor dos encantadores modelos, uno de la musa del gozo, y otro de la musa de la melancolía. Con efecto, Rosa era tan tiernamente amada de su padre, el círculo de sus deseos era tan estrecho , y experimentaba tan pocas contrariedades, que todo debía darle un carácter de habitual alegría. No acontecía así en Flora, desde su infancia había experimentado las vicisitudes de la fortuna , y había pasado del esplendor y del lujo á la soledad y á una especie de pobreza , si se comparaba su estado actual al género de vida que llevaba antes. Sus ideas, sus secretos deseos, sus temores,

CAPITULO XXI.

137

y sus inquietudes por los acontecimientos políticos, debían necesariamente haberle dado un carácter grave y reflexivo, aunque se prestase de buen grado á contribuir con sus talentos á la distracción de la sociedad. Estimábala en extremo el anciano baron, á quien le agradaba cantar con ella los duos franceses que se cantaban al principio del reinado de Luis el Grande, tales como el de *Lindor et Chlo-ris etc.*

Todos imaginaban, aunque se guardaban muy bien de hacer la menor mencion al baron de Bradwardine, que los pasos de Mac-Ivor para reconciliarse con este eran resultado de los ruegos de Flora. Esta atacó á Fergus por el lado débil, haciéndole presente que no adquiriría ninguna gloria en triunfar de un anciano; y que llevando su desavenencia al extremo arriesgaba causar algun daño a la justa causa, como tambien comprometer la reputacion de prudencia tan ne-

cesaria á un gefe político. Estas consideraciones que estaban de acuerdo con un plan ulterior de Fergus vencieron su resentimiento , y evitaron un combate que parecia inevitable, ya porque las manos del baron habian derramado sangre de la tribu de Ivor, ya porque ofendia á Fergus la reputacion que habia adquirido el anciano de manejar con suma destreza la espada.

A esta jóven lady, que presidia el imperio femenino en la mesa donde habian servido el té, presentó Fergus el capitan Waverley , quien fue recibido con todas las muestras de urbanidad que el uso exige.



CAPITULO XXII.

LA POESIA DE LOS HIGHLANDERS.

DESPUES de los cumplimientos de costumbre , Fergus dijo á su hermana: «Mi querida Flora, antes que vuelva á cumplir el bárbaro ceremonial de nuestros antepasados, tengo mucho gusto en participarte que el capitan Waverley es un admirador de las musas célticas, mucho mas cuando no comprende su idioma. Le he dicho que tienes extraordinario talento para traducir la poesía de los highlanders, y que Mac-Murrough admiraba tus versiones siguiendo el mismo principio de admiracion del capitan, esto es porque no las entendia. ¿Tendrás la bondad de leer ó de recitar á nuestro

huésped en lengua inglesa esa estraña nomenclatura de nombres que ha reunido nuestro bardo en su cancion gaélica? Apostaria mi vida contra una pluma de pavo á que la has traducido ya; porque sé muy bien que eres la consejera constante del bardo, y que te enseña sus poemas antes de darlos al público.

— ¿Porqué has dicho eso Fergus? Ya sabes que semejantes cantos no pueden interesar en manera alguna á un extranjero, y mucho menos á un inglés, aun suponiendo que los tenga traducidos como pretendes.

— No le interesarán menos que á mi mismo, bella lady; tus producciones, pues persisto en decir que ayudas al bardo en su composicion, me han costado hoy la única copa de plata que quedaba en el castillo , y presumo que me costarán mucho mas la primera vez que tenga *consejo pleno* si la musa inspira á Mac-Murrough.....No ignoras aquel pro-

CAPITULO XXII.

141

verbio que dice : «Cuando la mano del gefe permanece cerrada el número del bardo se hiela en sus labios.» Deseo que sea esto pronto..... Tres cosas hay enteramente inútiles para un highlander de nuestros tiempos: la espada que ha de tener envainada, los cantos que celebran acciones que no osa imitar, y la ancha bolsa de piel de cabra que no encierra una sola moneda de oro.

—Esta bien, hermano mio, ya que no guardas mis secretos, no tendré el menor escrúpulo en revelar los tuyos... Puedo aseguraros capitán Waverley que mi hermano no trocaría su espada por un baston de general; que Mac-Murrough es á sus ojos un poeta mejor que Homero , y que no daría su bolsa de cuero por todas las monedas de oro que pudieran caber en ella....

—Bien dicho Flora, eso se llama volver golpe por golpe como decia Counan al diablo... Mas os dejó á los dos pa-

ra que hableis de poesía y de bardos, si no quereis hablar de bolsas y espadas mientras voy á hacer los últimos honores del convite á los senadores de la tribu de Ivor.» Dicho esto salió del aposento.

Siguieron la conversación Flora y Waverley, porque dos jóvenes decentemente vestidas que se hallaban en el aposento , y que parecían destinadas así á entretener á miss Ivor como á servirla, no tomaron la menor parte en ella: aunque eran las dos muy apuestas, aumentaban todavía las gracias de su señora. La conversacion recayó en el asunto que Fergus habia entablado , y Waverley no experimentó menos sorpresa que placer en todo cuanto oyó concerniente á la poesía céltica.

«Estos poemas , dijo Flora, que celebran las hazañas de los héroes, las penas de los amantes y las guerras de las tribus enemigas, son el principal entretenimiento

CAPITULO XXII.

143

miento de los highlanders cuando se sientan en torno de la chimenea en las noches del invierno. Algunos de estos poemas son muy antiguos segun dicen; y si llegan á traducirse en los idiomas de las naciones civilizadas de Europa , no pueden menos de producir la mayor sensacion. Hay otros mas modernos, compuestos por los bardos que los mas nobles y poderosos gefes mantienen á título de poetas y de historiadores de sus tribus. Sus obras no carecen de mérito , pero el germen poético se evapora en la traduccion, ó no es conocido de aquellos que no tienen los mismos sentimientos del poeta.

—¿Y vuestro bardo , cuyos cantos han producido hoy tanto efecto en la asamblea , es contado entre los favoritos de la musa de las montañas?

—No es fácil contestar á vuestra pregunta: su reputacion entre sus compatriotas es grande, y no soy yo quien debo despreciar su fama.

—Pero su canto, miss Mac-Ivor ha entusiasmado al parecer á todos los guerreros jóvenes y viejos.

—Este canto no es por decirlo así otra cosa que el catálogo de los nombres de las diferentes tribus de los highlanders con sus particularidades distintivas, y una exhortacion para que tengan presentes las hazañas de sus padres y para que las imiten.

—Por estraña que sea esta conjetura, pensé que habian pronunciado mi nombre en los versos.

—Vuestra estremada perspicacia no os ha engañado en esta ocasion, capitan Waverley; como la lengua gaélica es estraordinariamente vocal y muy propia para la improvisacion, siempre suele añadir el bardo al canto preparado algunas estancias que le sugieren las circunstancias del momento en que recita su composicion.

—Daña mi mejor caballo por saber que haya podido decir el bardo de los

CAPITULO XXII.

145

highlanders de un indigno habitante del mediodía como yo.

—No os costará una sola de sus crímenes. Una *Mavourneen!*» Dirigió algunas palabras á una de sus jóvenes sirvientas; esta hizo una profunda reverencia y salió corriendo.

« He mandado á Una , dijo Flora, que vaya á preguntar al bardo las espresiones de que se ha servido, y os ofrezco traducíros las. » La doncella entró casi al punto , y repitió á su señora algunos versos en lengua gaélica : Flora pareció reflexionar un momento.

«Capitan Waverley, dijo en seguida ruborizándose, me es imposible satisfacer vuestra curiosidad sin esponerme á que os cause risa mi presuncion. Si gustais de permitirme que me recoja por algunos minutos, probaré á traducir del mejor modo que me sea posible los versos que Una acaba de recitarme. Hemos tomado ya el té, y la tarde es hermosa;

TOMO II.

10

Una pues os conducirá á una de mis soledades , donde iré al punto con Cathleena.

Una, despues que recibiera en gaélico las intenciones de su señora, guió á nuestro viajero por otro camino del que le habia introducido en el aposento: al pasar oyó el sonido de las gaitas y los aplausos de los convidados que atronaban aun la sala del festin. Una y Waverley salieron al campo por una poterna, y caminaron algun tiempo por el agreste y estrecho valle en que estaba situado el castillo, siguiendo el curso del riachuelo que corria serpenteando. A un cuarto de milla del castillo se reunian los dos arroyos , que formaban con su union el riachuelo ; el mas considerable de los dos descendia al fondo del valle , que parecia estenderse hasta las montañas que formaban la última perspectiva del horizonte. El otro nacia en medio de las montañas, á izquierda del *Slrath*, y salia al parecer

CAPITULO XXII.

147

de una especie de cueva que separaba dos enormes rocas. Estos dos arroyos tenían diferente carácter: el primero era de apacible y casi lento curso, ya volviendo hacia el paraje de donde salía, ya reposando en anchos y azulados hoyos ; el segundo y el mas pequeño salía rápido y furioso de entre los precipicios, como un hombre delirante que se escapa de su prision arrojando espuma y con rabiosos gritos.

La jóven montañesa, silenciosa guia de Waverley, condujo á este héroe de novela hacia el manantial del último arroyo. Una estrecha senda, algun tanto reparada para que Flora pudiese pasar con mas comodidad, los transportó á un pais muy diferente del que acababan de dejar. En rededor del castillo todo estaba frio, desnudo, triste y solitario; pero este vallecito a tan corta distancia situado parecia como la entrada de encantado reino. Las rocas tomaban mil variadas y particulares formas; un enorme peñasco

oponia su gigantesca masa en un lugar como para impedir el paso , y hasta llegar á su misma base no descubrió Waverley el rápido giro de la senda que daba vuelta á aquel formidable obstáculo. Por otra parte, las rocas trazando todos los lados de la garganta se aproximaban en términos que dos pinos puestos al través y cubiertos de césped formaban un rústico puente sin pretil, de cincuenta pies de alto y tres de ancho.

Este peligroso puente parecia tan solo una línea negra trazada en la estrecha circunferencia de la atmósfera que dejaban percibir los flancos de las rocas. Estremecióse Waverley al mirarle, y mucho mas viendo aparecer en él á Flora y su sirvienta , que semejantes á dos aéreas criaturas, ponian las plantas en aquel trémulo apoyo. Al acercarse Waverley, detúvose Flora en medio del puente y saludóle con el pañuelo, con un ademan lleno de gracia y de elegancia. Aturdido

CAPITULO XXII.

149

Eduardo al ver la peligrosa situación de Flora, no pudo corresponder á su saludo, y no volvió en su acuerdo hasta que vio que habia pasado al otro lado aquella encantadora aparición, despues de haber atravesado el frágil puente que con tanta indiferencia hollaba.

Avanzó entonces Waverley y pasó por bajo de aquel puente cuya vista le causara tanto espanto. La senda era á cada momento mas rápida á medida que se apartaba de la orilla del riachuelo; y el valle terminaba en un rústico anfiteatro, rodeado de abedules robles, avellanos y de varios tejos esparcidos acá y acullá. Apartábanse las rocas mas y mas , pero siempre mostrando sus pardas y sombrías cimas en medio de los verdes sotos ; mas lejos se elevaban otros picos pelados los unos, y coronados los otros de árboles, acá cerrados en cúpulas y revestidos de la purpúrea flor de los matorrales, y acullá desigualmente herizados. Despues de

haber dado una vuelta , hallóse Waverley en frente de una pintoresca cascada, que se hacia menos notable por la altura de que caian sus abundantes aguas, que por los variados incidentes de sus cercanías. El agua caia de una elevacion de treinta pies en un espacioso estanque formado por la naturaleza, donde desaparecia la nevada espuma que cubria su superficie; y era tan límpida, que á pesar de su profundidad percibíase la mas pequeña guija de su lecho. Al salir de aquella especie de estanque corria el arroyo bastante apacible por un espacio de muchas toesas, precipitábase de nuevo y aparecia en busca del abismo; en seguida salia por medio de las rocas que su continuo paso habia bruñido; erraba murmurando por el valle , é iba á formar el rio que Waverley acababa de superar. No eran menos encantadores los alrededores de este estanque pintoresco, pero la belleza de estos sitios tenia un carác-

CAPITULO XXII.

151

ter mas severo y mas imponente. Veíanse varios bancos de césped colocados sin ningun órden entre los pedruscos de las rocas coronadas de arbustos. Flora habia hecho plantar algunos, pero con tanto arte, que daban mas gracia al pais sin quitarle cosa alguna de sus agrestes atractivos.

Waverley percibió á Flora en este lugar ocupada en contemplar la cascada, semejante á una de aquellas maravillosas figuras que decoran célebres paisajes. Gathleena , que estaba á dos pasos de su señora, llevaba una pequeña arpa escocesa : Flora era discípula de Rory-Dall, uno de los últimos arpistas de los Westen-highlanders. Caminaba el sol hacia su ocaso, y sus rayos que coloraban con mil variados matices los objetos que se ofrecian á las miradas de Waverley, daban mas espresion á los hermosos y negros ojos de Flora , haciendo resaltar la blancura de su tez y la gracia y digni-

dad de su taller. Eduardo decía para sí que los sueños de su imaginación no le habían dado nunca idea de una mujer tan bella y tan interesante. En aquella agraciada soledad poseía una especie de magia que aumentaba el sentimiento de respeto y de placer con que se acercó a ella como á una maga de Bojardo ó del Ariosto, cuya varilla parecía haber creado un paraíso en el desierto.

No ignoraba Flora , como toda mujer hermosa, el poder de sus atractivos, y agradábale notar el efecto que producían; echó de ver el temblor y respetuoso temor del joven oficial; pero dotada de esquisito tacto atribuyó una parte de la emoción de Eduardo á lo poético del lugar y á otras circunstancias accidentales. Como no conocía el carácter de Waverley creyó ser un tributo pasajero que hubiera podido esperar en semejante situación una mujer aun inferior á ella en gracias. Dejó las orillas del estanque, y

CAPITULO XXII.

153

dirigióse hacia uu bosquecillo bastante distante para que el ruido de la cascada sin cubrir los sonidos del arpa , pareciera al contrario que le servia de acompañamiento. Sentóse en un fragmento de roca cubierto de muzgo, y tomó el instrumento de manos de Cathleena.

«Capitan Waverley, dijo Flora, os he causado la molestia de venir hasta aquí, creyendo que podria interesaros el pais , y haceros mas indulgente con mi imperfecta traduccion, que necesita todos estos silvestres acompañamientos. La musa céltica, sirviéndome de las espresiones poéticas de nuestros bardos, se recrea en el vaho de la solitaria y silenciosa colina , y le agrada mezclar su voz con el murmurio de las aguas; quien quiera tributarle culto, debe amar mas las áridas rocas que el fértil valle, y mas la soledad del desierto que las pompas del salón.»

Pocas personas hubieran podido oir á

154

WAVERLEY ,

esta muger encantadora producirse así con una voz que la emoción hacia mas armoniosa, sin esclamar diciendo: que la musa que invocaba no se veria representada nunca por una belleza mas digna de ella. Waverley lo pensó, pero no tuvo fuerzas para decirlo ; pues los lamentables sonos que Flora sacó preludiando de su arpa sumergiéronle en una especie de éxtasis que tenia algo de melancólico. No abandonara su puesto junto á ella por todas las riquezas de la tierra: sin embargo deseaba estar solo para definir los impetuosos y confusos sentimientos que oprimian su corazón.

Flora reemplazó el monótono recitado del bardo con una dulce y melancólica sonata de los highlanders , que habia sido en los tiempos antiguos una marcha guerrera. A algunos sonidos irregulares sucedió un preludio de un carácter agreste y particular, que estaba en armonía con el lejano ruido de la cascada y el susurro

CAPITULO XXII.

155

de las hojas de un pobo, cuya sombra cubria la silla donde estaba sentada la bella arpista. Las estancias que vamos á citar no darán mas que una suscinta idea de la impresion que produjeron en el corazon de Waverley cantadas y acompañadas del modo que lo fueron.

Interrumpieron á Flora las caricias importunas de un lebel que acababa de llegar; oyóse un silbido, y el dócil animal volvió á bajar la senda con la rapidéz de un rayo.

«Es el fiel compañero de mi hermano, dijo Flora; ese silbido es su señal, no tardará á aparecer; no le gusta la poesía, y debéis felicitaros por su llegada, capitan Waverley, pues os ahorrará el fastidio de oír la enumeración de todas nuestras tribus.»

Manifestólo Waverley cuanto sentia aquella interrupción.

«No perdeis mucho en ello, le dijo Flora; hubierais oido muchas estancias

en honor de Vich Jan Vohr, de las banderas, de sus raras cualidades, y sobre todo de su generosidad y de su afición á la poesía; hubierais oído un apóstrofe del hijo del extranjero de cabellos rubios , que vive en el país donde siempre está verde el césped; luego la descripción del fogoso caballo ricamente enjaezado, mas negro que el cuervo de nuestras montañas, y cuyos relinchos son como el grito del águila antes del combate; y últimamente una memoria á los valientes caballeros, cuyos antepasados se distinguieron por su valor y por su lealtad.... Ved lo que habeis perdido; mas ya que no esta satisfecha vuestra curiosidad, y que creo por el son lejano del silbido de mi hermano que tengo tiempo para cantaros la conclusion antes que pueda oirme Fergus y burlárseme, ved las últimas estancias¹³.»

¹³ Nótese la falta de coherencia: OLI suprime una canción pero no las referencias a la misma, anunciando la aparición de unas estrofas que luego se omiten.

CAPITULO XXIII.

WAVERLEY PROLONGA SU RESIDENCIA EN GLENNAQUOICH.

APENAS terminaba Flora su canto, cuando apareció Fergus. «Ya sabia yo, dijo este , que os encontraria aquí, aunque Bran no me hubiese avisado. Os confieso francamente que prefiero los soberbios surtidores de Versailles á esta cascada, á pesar de las rocas y del ruido del agua ; pero aquí es el Parnaso de Flora, capitan Waverley , esta fuente es su Hipocrene; y haria un gran servicio á mi bodega si pudiera dar á conocer las virtudes de esta onda querida á Mac-Murrough, su cooperador: se me ha bebido mas de pinta de whisky para templar la

158

WAVERLEY,

frialdad del vino de Burdeos que su estómago no puede digerir.... Voy á probar yo mismo las virtudes de esta onda.

Llenó el hueco de su mano, y principió á cantar con modo enteramente teatral :

O lady of the desert hail!

That lovest the harping of the Gael;

Through fair and fertile regions borne,

Where never yet grew grass or corn (1).

«Conozco que la lengua inglesa no sabría pintar las bellezas de este Helicon escocés; veamos si la lengua francesa me será mas favorable: «Vamos, buen ánimo.

(1) ¡Yo te saludo, Ninfa del desierto! A ti que amas el arpa gaélica; á ti que naciste en estas bellas y fértiles comarcas, donde ni crece el trigo ni los pastos !

CAPITULO XXIII.

159

¡O vous, qui buvez a tasse pleine
A cette hereuse fontaine,
Ou on ne voit sur la rivage
Que quelques vilains troupeaux ,
Suivis de nimphes de village
Qui les escortent sans sabots...! (1)

—Basta, querido Fergus, basta, dijo
Flora ; dejad vuestros insípidos persona-
jes de Arcadia , pues no tenemos que ver
con Coridones ni Lindores.

—Ya que no os gusta el cayado ni el
caramillo, tocaré la trompa heroica.

—En verdad, querido Fergus, estoy
tentada á creer que os inspira mas la
Hipocrene de Mac-Murrough que la mia.

—No lo niego; *ma belle demoiselle*;
confieso con todo que daría la prefe-

(1) ¡O vos, que bebeis á manos llenas en esta
dichosa fuente, en cuyas riberas se ven tan solo
algunos miserables ganados, seguidos de las aldea-
nas que los escoltan descalzas....!

160

WAVERLEY,

rencia á aquella. Uno de los poetas románticos de Italia, dice :

Io d' Elicona niente

Mi curo in fe di Dio ; che l'bere d'acque

(Sea chi ber ne vuol) semprc mi spiacque (1).

Si preferís el gaélico, capitan Waverley, Cathleena nos cantará á *Drimmin-dhu*. Vamos, *astore* (querida mia), deja oír tu bella voz á este *cean kinne* (á este hidalgo inglés).»

Gathleena cantó con voz muy agradable una especie de cancion burlesca de un aldeano sobre la pérdida de su vaca: su tono cómico hizo reír á Waverley mas de una vez, aunque no comprendió una sola palabra de la cancion.

«Muy bien, Cathleena, le dijo Fer-

(1) Poco me curo de Helicón, á fe mía; y nunca me ha gustado beber agua, buena ó mala.

CAPITULO XXIII.

161

gus: te he de buscar un buen mozo de la tribu para dártelo por esposo.»

Sonrióse abochornada la pobre doncella, y se ocultó detrás de su compañera.

Al volver al castillo, Fergus instó con eficacia á Waverley á que permaneciese unos quince dias en Glennaquoich para ver una grande cacería en que debian reunirse muchos gefes montañeses. La melodía y la belleza habian hecho sobrada impresion en el corazon de Waverley para que dejase de aceptar con placer convite tan agradable. Acordaron pues que escribiria al baron de Bradwardine informándole de su proyecto, y suplicándole que le enviase á la vuelta del mensajero (un *gilly* del gefe) las cartas que hubiese recibido para él.

La conversación recayó naturalmente sobre el baron, á quien Fergus alabó mucho como hidalgo y como militar. Con tacto mas delicado encomió su carácter Flora , quien notó que ofrecía este

TOMO II.

11

el verdadero tipo del antiguo noble escocés con sus singularidades y virtudes.

«Es un carácter, capitán Waverley, dijo Flora, que todos los días desaparecía á nuestra vista ; por que lo mas feliz en él era el respeto que respiraba, prenda que es muy rara hoy día. Los hidalgos, á quienes sus principios prohiben adular al gobierno actual, contrayendo costumbres enteramente indignas de su nacimiento , se conducen á consecuencia de hallarse humillados y olvidados, como ciertas personas que habeis visto en Tully-Veolan. La implacable proscripción del espíritu de partido parece degradar hasta á las víctimas á quienes persigue injustamente. Esperemos que luzcan días mas felices. La Escocia verá á sus hidalgos cultivar las letras, sin ser pedantes como nuestro amigo el baron; divertirse en la caza y ocuparse en las perfecciones de la economía rural, sin ser un animal de dos pies como Killancureit.»

CAPITULO XXIII.

163

Así Flora predecía una revolucion que en efecto ha producido el tiempo, pero de un modo muy opuesto á sus esperanzas y deseos.

En seguida habló de la amable Rosa como de una jóven notable por su talento, gracia y belleza. ¡Feliz del que consiga poseer el corazón de Rosa Bradwardine! pues habrá encontrado un tesoro inestimable. Tiene concentrados todos sus afectos en el interior de su casa, y su único placer es ejercitar apaciblemente todas las virtudes domésticas. Su esposo será para ella lo que al presente es su padre, el objeto de todos sus cuidados y solicitud, ni vivirá ni respirará sino por él y para él. Si encuentra un hombre virtuoso y sensato endulzará sus pesares y doblará sus placeres; si desgraciadamente cae en manos de un esposo brutal ó indiferente con ella, no tendria que sufrirle mucho tiempo, porque no sobreviviria mucho á su ingratitud. ¡Cuan-

164

WAVERLEY,

to es de temer que mi tierna amiga dé con un esposo que no la merezca! Oh! si yo fuese reina, mandaria al mas amable y mas merecedor de los jóvenes de mis estados que recibiese la felicidad con la mano de Rosa Bradwardine.

—Entre tanto, dijo Fergus riendo, quisiera ver como le mandabas que aceptase la mia.»

No sabré decir porque singularidad este deseo, manifestado con modo de chanza, turbó el corazón de Waverley, aunque sentia cierta indiferencia por miss Bradwardine, y cuando Flora le ocupaba enteramente: estos son misterios del corazón humano imposibles de descifrar.

«Tu mano, hermano mio, respondió Flora mirándole fijamente.... eso no puede ser.... tú tienes ya una desposada.... la gloria!.... y los peligros á que te espondrías por esta rival destrozarían el corazón de la pobre Rosa.»

Llegaron al castillo, y Waverley pre-

CAPITULO XXIII.

165

paró sus cartas para Tully-Veolan : sabiendo cuan puntoso era el baron en lo tocante á la etiqueta, quiso poner las armas de su familia en la carta; pero no halló su sello en la cadena del reloj; participó á Fergus su pérdida, y este le prestó al mismo tiempo su sello de familia.

«Tal Tez, añadió, me lo he dejado olvidado en Tully-Veolan.

— Ciertamente, dijo miss á Mac-Ivor, porque Donald Bean Lean no hubiera...

— Yo afirmo que no es él quien ha robado el sello, dijo Fergus; pues no hubiera dejado el reloj.

— Como sea , Fergus , permitidme que os diga como me sorprende que concedais vuestra proteccion á semejante hombre.

—Mi proteccion ! Mi querida hermana quisiera haceros creer, capitan Waverley, que tomo lo que llamaban en otro tiempo un *steakraid*, esto es un pe-

dazo de *foray*, ó hablando mas claramente, una parte del botin que paga el ladron al gefe de los dominios en que hace sus robos. Es cierto, capitan, que si no logro poner un candado á la lengua de mi querida hermana, el general Blakney enviará cualquiera dia un sargento con un destacamento de Stirling para prender á Vich Jan Vohr, como me llaman, y encerrarle en la ciudadela. Estas últimas palabras las pronunció con una altivez y un énfasis irónicos.

— Nuestro huésped está muy persuadido de no hablar seriamente, repuso Flora; pero dime, ¿te faltan hombres bravos en tu tropa para que consientas que vengan unos bandidos á establecerse en tus comarcas ? Porqué no arrojas de ellas á ese Donald Bean Lean, á quien detesto de todo corazon mas que por sus rapiñas por su hipocresía y por su doblez? Nada en el mundo pudiera decirme á sufrir semejante hombre.

CAPITULO XXIII.

167

— *Nada en el mundo!* querida hermana, le dijo Fergus con tono espresivo.

— No , nada en el mundo ; ni aun la esperanza de servir á la causa que me ocupa noche y dia: ¡ojalá el cielo nos ahorre la vergüenza de haber de emplear tales hombres!

— Hermana mia , respondió Fergus riendo, ¿ olvidas mi respeto á la bella pasión? Evan Dhu Mac-Combick está enamorado de Alix, la hija de Donald, y exigiréis de mí que le turbe en sus amores; se levantaria un grito de indignacion contra mí en toda la tribu, y ya sabes el antiguo proverbio : un pariente es parte de nuestro cuerpo, pero un hermano de leche es parte de nuestro corazón.

— Muy bien, querido Fergus, es inútil que disputes conmigo , deseo ardientemente que todo se termine á satisfaccion tuya.

—Te doy gracias por tus deseos, mi

querida y profética hermana; ese es el mejor modo de terminar una discusion. ¿Mas oís el sonido de las gaitas, capitan Waverley? Acaso gustariais mas de bailar que dejaros atronar los oidos con su música , sin tomar parte en los ejercicios á que os convida?»

Waverley tomó la mano de Flora, y terminóse esta velada en el castillo de Vich Jan Vohr con la danza y con otros entretenimientos agradables. Eduardo se retiró con el corazon agitado por mil sentimientos contrarios que combatian su corazon , y que le impidieron durante algun tiempo conciliar el sueño. Abandonóse á aquel estado del alma que no carece de cierto encanto cuando la imaginacion toma el gobernalle, y la razon se deja arrastrar apaciblemente en vez de luchar contra sus quimeras ó examinarlas con detención : por fin se durmió, y soñó á Flora Mac-Ivor.

CAPITULO XXIV.

LA CAZA Y SUS CONSECUENCIAS.

¿ESTE capítulo será largo ó corto? Las consecuencias de esta pregunta os interesan , amable lector, pues se trata de poner una tasa nueva , aunque no teneis nada que ver en esto si no es la pequeña circunstancia de pagar. Yo al menos puedo por mi autoridad arbitraria estender mis materiales cuanto quiera; pero no podré citaros ante un tribunal si os negais á leerme. Reflexionemos el asunto : confieso que los anales y documentos que he adquirido hablan muy poco de esta caza de los highlanders ; pero me será fácil hallar por otra parte los materiales que necesito para desempeñar lo que promete el

título de mi capítulo. No tengo á mano la descripción de la caza del bosque de Athol del viejo Lindfay de Pitscothe, y «su palacio elevado y bien guarnecido de verdes vigas, con todas las especies de bebidas que se pueden agenciar en la ciudad y en los campos, tales como cerveza, moscateles, malvasía, hipocrás y aguardiente, con pan de candeal, pan de gengibre, vaca, carnero, cordero, aves, perdices y otras muchas cosas. »

Mas sin tiranizar demasiado á mis lectores, continuaré mi historia con toda la brevedad que me permita mi género de composición, que participa de lo que llaman los sabios estilo de perífrasis, y el vulgo estilo obscuro.

Muchos motivos hicieron retardar la caza cerca de tres semanas, que pasó agradablemente Waverley en el castillo de Glennaquoich. La impresión que habia hecho Flora en su corazón en su primera entrevista era cada dia mas viva;

CAPITULO XXIV.

171

pues Flora era á propósito para fascinar la imaginacion y los ojos de un jóven caballeresco ; y sus modales, su conversacion , y su talento para la música y para la poesía, daban nuevo brillo á sus atractivos. Aun cuando se entregaba á la alegría conservaba á los ojos de Eduardo un carácter que la hacia superior á las mugeres vulgares. Parecíale que únicamente por complacencia tomaba parte en aquellas diversiones y conversaciones galantes que ocupan todo el tiempo de la mayor parle de las hijas de Eva. Viviendo junto á esta amable encantadora , y pasando con ella los dias , entreteniéndose ya en el paseo y en la música, ya en el baile , estaba Waverley cada dia mas contento de su huésped y mas enamorado de su adorable hermana.

En fin , la época fijada para la caza llegó , y Waverley partió con el gefe para el lugar de la cita, situado á una jornada de Glennaquoich á la parte del septen-

trion. Siguieron á Fergus en esta ocasion trescientos hombres de su tribu armados y equipados completamente. Vistióse Waverley al uso del pais, como traje mas cómodo para la caza, y que le esponia menos á escitar la sorpresa con su aire extranjero , aunque no pudo resolverse á tomar el *kilt* ó cuchillo de los montañeses¹⁴. En el lugar indicado hallaron á muchos gefes poderosos, á quienes fue presentado Eduardo, y de quienes recibió cordial acogimiento. El número de vasallos y hombres de su tribu que los acompañaban era tan considerable, que hubieran podido formar un pequeño ejército. Hallábanse en una distancia de muchas millas, y formaban un círculo ó *tinchel*, sirviéndome de la palabra técnica: el circulo iba estrechándose, é impelia poco á poco á los animales monteses hacia el lugar donde se habian emboscado los gefes y principales cazadores. Estos ilustres personajes pasaban la noche en los

¹⁴ OLI incurre en un error de contenido al añadir una glosa intratextual: la explicación que da corresponde a "dirk" (un arma) y no a "kilt" (una prenda de vestir). Nótese que DEF incluye la definición correcta de ambos objetos pero en un capítulo anterior.

CAPITULO XXIV.

173

floridos matorrales envueltos en sus capas ; y este modo de pasar una noche de verano no pareció desagradable á Waverley.

Ya muchas horas que habia salido el sol, y reinaba el mas profundo silencio en los desfiladeros de las montañas; los gefes y sus montañeses divertíanse con diversos juegos, sin que olvidasen el placer de la copa: *the joy of the thell*, como dice Osian. Otros estaban sentados separadamente en la colina , sin duda discutiendo sobre asuntos políticos , sobre las noticias del dia, ó sobre materias metafísicas , á imitacion de los ángeles de Milton. En fin se oyó muchas veces la señal de acercarse la caza. Resonaban las aclamaciones á lo lejos y de un valle á otro, á medida que las diversas bandas de highlanders trepando las rocas, abriéndose con pena un paso por medio de los arbustos, vadeando los arroyos y atravesando los bosquecillos se acercaban los

unos á los otros, y cerraban en un círculo mas estrecho á los gamos espantados y á los otros animales salvajes que huían con ellos. Oíanse por intervalos varios mosquetazos, que repetían mil ecos, á cuyo ruido se unían los ladridos de los perros cada momento mas distintos. Percibióse por fin la vanguardia de los gamos, y cuando se mostraron brincando en el desfiladero en grupos de tres ó cuatro , apostaban los gefes quien señalaría el mas gordo, y quien le acertaría un balazo con mas destreza. Fergus sobresalió sobre todos, y Waverley fue bastante feliz para merecer por su parte numerosos aplausos.

Pero el principal cuerpo del ejército de los gamos principiaba á desembocar en el valle, y presentaba una falange imponente y terrible. Sus cabezas coronadas, vistas de lejos semejaban á un bosque despojado de hojas. Su número era verdaderamente considerable: al ver

CAPITULO XXIV.

175

su línea de batalla , su actitud amenazadora, y sobre todo la manera con que los gamos viejos poniéndose en la primera fila paseaban sus miradas por sus enemigos que los tenían cercados, los cazadores mas experimentados anunciaron que era de esperar algun peligro. Sin embargo, la mortandad principió en todos los puntos, y por todas partes se oían los ladridos de los perros , los gritos de los cazadores y las descargas de mosquetería. Los gamos, reducidos á la desesperacion, hicieron una carga terrible por el lado donde los mas famosos cazadores se habian situado. Al punto dieron la orden en lengua gaélica de echarse boca á tierra. La ignorancia de este antiguo dialecto por poco no costó cara á Waverley, quien no comprendió lo que le gritaban : notando Fergus su peligro, lanzóse sobre él, le cogió con fuerza y le arrojó al suelo en el momento en que el ganado arremetia contra ellos. Hubiera sido absolutamente impo-

sible resistir á aquel torrente, y los golpes de aquellos animales son muy peligrosos. Podemos pues decir que la destreza y valor de Fergus salvaron la vida á nuestro héroe, deteniéndole con mano firme hasta que el ganado de los gamos hubo pasado por encima de su cuerpo. Waverley probó entonces á levantarse; mas se sintió cubierto de contusiones, y no tardó en percibir que tenia el tobillo violentamente pisado.

Este accidente detuvo por un momento el ruidoso gozo de la asamblea, aunque los highlanders estaban acostumbrados á aquella especie de heridas. Dispusieron en seguida una como tienda, donde colocaron á Eduardo en rústica cama. El cirujano, ó el que se ofreció á llenar las funciones de tal, parecia doctor y hechicero al mismo tiempo: era un viejo montañés, con larga y blanca barba que hacia sobresalir aun mas su tez negra y arrugada frente. Su único vestido era un sobre-

CAPITULO XXIV.

177

todo que le llegaba hasta las rodillas. Acercóse á Eduardo con aire de ceremonia y dio vuelta al lecho por tres veces , teniendo cuidado de darlas de oriente á occidente, segun el curso del sol. El doctor y los asistentes parecian dar la mayor importancia al éxito de esta operacion que llamaban el *deasil*. Eduardo sufría demasiado para hacer la menor pregunta; y como por otra parte no debía esperar respuesta , sometiéndose silencioso.

Despues de esta ceremonia preliminar, el viejo Esculapio sangró muy diestramente á Eduardo con una ventosa. Hizo hervir muchas plantas, con que formó una pócima, no olvidándose de recitar ciertas palabras mágicas. Fortificó en seguida la bebida, siempre murmurando preces ó ensalmos mágicos al parecer, aunque Waverley no pudo distinguir mas que las palabras *Gaspar-Melchior-Balthazar-max-prax-fax* , y otras voces de jerigonza. Los confortativos no tardaron en produ-

TOMO II.

12

cir alivio al enfermo, lo que este atribuyó al zumo de las hierbas y al efecto de la pócima ; pero toda la asamblea no dudaba que era efecto de las palabras mágicas. Participaron á Eduardo que las plantas de que se habian servido estaban cogidas durante la luna llena, y que él al cogerlas el herbolario no habia cesado de recitar palabras poderosas , cuyo sentido es este:

**Yo te saludo, poderosa luna,
Cuyos rayos de plata
El campo llenan de naciente hierba,
Que la virtud encierra
De obrar tantos prodigios en la tierra¹⁵.**

Eduardo no vió sin alguna admiracion que Fergus, á pesar de su buen sentido y educacion, abrigaba la supersticion de sus compatriotas. Tal vez miraba como impolítico afectar septicismo acerca de una creencia generalmente recibida; ó mas probablemente, como otras mu-

¹⁵ La solución de OLI se aleja bastante de la traducción francesa intermediaria y del original inglés, con el resultado de que la plegaria queda reducida a su naturaleza pagana: la hierba bendita como objeto de invocación se sustituye por la luna, eliminándose las alusiones con connotaciones religiosas, quizás por censura; por ejemplo: la hierba nace en el Monte de los Olivos y hay que cogerla invocando a la Virgen. Cfr. DEF (185): "Jet te salue, *herbe divine*, / Jadis cueillie en *Palestine*, / Au mont *sacré des Oliviers*! / Grace à tes sues nourrieiers, / Tu peux rappeler à la vie / Les malades presque mourans. / Au nom de la *vierge Marie*, / Je viens te cueillir dans nos champs"; WAV (190-91): "Hail to thee, *thou holy herb*, / That sprung on *holy ground*! / All in the *Mount Olivet* / First wert thou found: / Thou art boot for many a bruise, / And healest many a wound; / In our *Lady's blessed name*, / I take thee from the ground" (cursiva mía).

CAPITULO XXIV.

179

chas personas que nunca reflexionan con seriedad estas materias, abrigaba un fondo de superstición que tenía como vacilante la libertad de sus palabras y acciones en otras circunstancias. Waverley no quiso hacer ningún comentario sobre el modo como le habían tratado; pero pagó al médico con una generosidad que sobrepujo en gran manera sus esperanzas. Le dio estas tantas gracias en inglés y en gaélico, que escandalizado Mac-Ivor de semejante exceso de reconocimiento, le dio fin con un juramento enérgico: *Ceud milem halloich ort!* (caigan sobre tí mil maldiciones) y al mismo tiempo le sacó por el hombro fuera de la tienda.

Cuando se quedó solo Waverley, el dolor y la fatiga le sumergieron pronto en un profundo sueño, aunque turbado por alguna fiebre; sin duda debió este reposo al narcótico que había compuesto el viejo montañés con el conocimiento de algunas plantas de su farmacopea.

Al día siguiente, terminada la caza, y turbada aun tanto la alegría con el accidente de Eduardo, á quien Fergus y todos sus amigos manifestaron el mas vivo interés, tratóse de transportar al cazador herido. Para esto hizo preparar Fergus Mac-Ivor una camilla con ramas de abedul, y sus highlanders transportaron á Waverley con tanta destreza, que no es cosa imposible que fuesen los antepasados de algunos de esos robustos gaélos que tienen hoy día la dicha de conducir en una silla de manos á las bellas de Edimburgo. Cuando levantaron á Waverley encima de sus hombros, gozóse este con satisfaccion del efecto pintoresco que producía la partida de aquel campo del desierto.

Reuniéronse las diferentes tribus cada una al *pibroch* de su tribu, y fueron conducidas por su gefe patriarcal. Percibíanse algunas que habían principiado ya á andar trepando los recodos de las monta-

CAPITULO XXIV.

181

ñas; ó descendiendo las gargantas que conducian al sitio de la caza: y de cuando en cuando heria los oidos el moribundo y lejano sonido de sus gaytas. Otros formaban grupos móviles en el estrecho llano; las plumas de sus gorros y sus anchas capas flotaban á voluntad de los vientos de la mañana, en tanto que sus brillantes armas reflejaban los rayos del sol levante. Fueron muchos gefes á despedirse de Waverley, y manifestarle la inquieta esperanza que conservaban de volverle á ver en breve; pero Fergns tuvo la atencion de acelerar la ceremonia de las despedidas. La tribu de Ivor se hallaba ya reunida y en orden para marchar. Fergus dio la señal de partida por otro camino que el que habian seguido al ir. Dio á entender á Waverley que una parte de los que le acompañaban tenian que hacer una expedicion; que cuando llegasen á casa de un hidalgo amigo suyo le confiaria á sus cuidados, pues se veria él obligado á

ausentarse por algunos dias. « Pero estad seguro, le dijo, que os guardará todas las atenciones debidas , y que yo no tardaré en reunirme con vos.

Sorprendióse algun tanto Waverley de que no le hubiese hablado Fergus de este proyecto al partir á la caza; pero la situacion en que se encontraba no le permitia hacer muchas preguntas sobre el asunto. La mayor parte de los miembros de la tribu partieron formando la vanguardia bajo el mando del anciano Ballenkeiroch y de Evan Dhu Mac-Combick; todos parecian animados del gozo mas vivo , y no quedaron con el gefe mas que algunos para servirle de escolta. Caminaba Fergus junto á la litera de Eduardo, y no cesaba de cuidarle con el mayor afecto. Despues de una marcha larga y penosa , llegaron al medio dia á casa del amigo de Fergus, que habia hecho los preparativos compatibles con la vida frugal de los highlanders en aquella época.

CAPITULO XXIV.

185

Eduardo vio en este anciano los restos de la primitiva sencillez : sus vestidos provenían de las producciones de sus propiedades: la lana de sus ovejas componía su tela, fabricada por sus criados; y con el zumo de las yerbas de las montañas le habían dado color. Habían fabricado sus lienzos con el cáñamo que él había cogido y que habían hilado sus hijas; su mesa no ofrecía mas platos que los que producían sus dominios, aunque fué abundante de caza y de pescado.

Poco ambicioso de los privilegios de gefe de tribu y del vasallaje, tenía en mucho la alianza y protección de Vich Jan Vohr y de algunos otros gefes no menos emprendedores. Es verdad que á menudo los jóvenes nacidos en sus dominios le abandonaban por servir bajo las órdenes de sus amigos mas activos; pero sus criados viejos y sus terratenientes mas avisados meneaban la cabeza cuando oían reprochar á su dueño su calma y

apatía, observando que , *si el viento sopla con suavidad la lluvia dura mas tiempo*. Este buen anciano, cuya beneficencia hospitalaria no tenia límites, hubiera guardado las mayores atenciones á Waverley aunque fuera el último aldeano sajón. Bastaba á sus ojos que necesitara sus cuidados; pero el título de amigo de Fergus le hizo considerar como un precioso depósito que merecia toda su solicitud.

Mac-Ivor, despues de haber manifestado á Waverley tal vez mas inquietud que no pedia el estado de su salud, le dijo á Dios , y le prometió volver á Tomanrait dentro de pocos dias.—Espero , dijo, que á mi vuelta os hallaréis en estado de montar uno de los caballos highlanders de vuestro huésped para volver á Glennaquoich.

Al dia siguiente el viejo *laird* participó á Eduardo que su amigo se habia puesto en camino al amanecer, acompa-

CAPITULO XXIV.

185

núndole toda su comitiva, á escepcion de Callum Beg su jóven page, á quien habia dado órden de no perder de vista á su amigo, y de obedecerle como á él propio. Waverley preguntó si sabian el objeto del viaje de Mac-Ivor: el anciano detuvo en él su vista y sonrióse tan solo: y cuando Waverley renovó su pregunta respondióle su huésped citando el proverbio:

A muchos pesa el hablar;
mas á ninguno el callar¹⁶.

Iba á continuar; pera Callum Beg no le dio tiempo para ello. «El gefe *Tighearnach*, dijo con tono casi impertinente, encargó que no exitasen á hablar al hidalgo sajón. Waverley concluyó que incomodaria á su amigo si tratase de conocer por medio de otro lo que no habia juzgado á propósito comunicarle.

Inútil es descubrir los progresos del restablecimiento de nuestro héroe; ape-

¹⁶ Cfr. DEF: "Pourquoi le messenger fut-il pendu jadis? / C'est qu'on lui demanda ce qu'il avait appris" [¿Por qué fue ahorcado el mensajero antaño? / Por preguntar lo que ya sabía]. OLI, adoptando una actitud domesticadora, sustituye el texto de DEF –cercano al contenido de WAV– por un proverbio de la cultura meta.

nas habian pasado cinco dias cuando se sintió en estado de andar ayudado de un baston. Fergus volvió con unos veinte hombres. El rostro de este parecia colmado de gozo; felicitó á su amigo por su pronta convalecencia; y viendo que podia montar á caballo, le propuso partir en seguida para Glennaquoich, proposicion que dio el mayor placer á Waverley, pues no habia cesado de ver en sus sueños á la hermosa castellana.

Mantúvose Fergus constantemente cerca de su amigo durante todo el camino, y sus *monicacos*, que caminaban con paso infatigable, no se separaron sino para disparar algunos tiros. El corazon de Waverley latia con fuerza cuando percibió la antigua torre de Jan-Nau-Chaistel, y sobre todo cuando pudo distinguir á la hermosa castellana que les salia al encuentro.

Fergus con su buen humor acostumbrado le gritó desde lejos: «Incomparable princesa, abrid las puertas al moro Abin-

CAPITULO XXIV.

187

darraez que conduce á vuestro castillo su amigo Rodrigo de Narvaez condestable de Antequera!... O bien si lo preferís, abrid al valiente marqués de Mantua, que tiembla por los dias de su desgraciado amigo casi moribundo Valdovinos de la montaña!... Paz hayas Cervantes! ¿Como podré sin citarte hacer que me comprenda una belleza romancesca ?

Acercóse Flora y recibió á Eduardo con las demostraciones del mas sincero afecto y de la mas viva inquietud por su desgraciado accidente, cuyos detalles habia sabido. Mi querido Fergus, dijo, que poco has cuidado de las seguridades de tu huésped... ¿ era de esperar tal indiferencia? Apresuróse Eduardo á disculpar al gefe, quien en efecto le habia salvado la vida con peligro de la suya.

Despues de los primeros cumplimientos, Fergus dijo algunas palabras en gaélico á su hermana, y las mejillas de Flora viéronse al punto inundadas de lágri-

mas que hacia correr al parecer la piedad ó el contento. Levantó sus hermosos ojos al cielo, y juntó las manos para darle gracias. Apenas habia pasado un minuto entregó á Waverley varias cartas que habian remitido de Tully Veolan durante su ausencia: entrego otras á su hermano, como tambien muchos números del *Mercurio de la Caledonia*, única gaceta que se publicaba entonces en la ribera septentrional del Tweed.

Ambos amigos se separaron para examinar sus cartas; y Waverley vio en breve que las suyas contenían objetos del mayor interés.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

CAP. XIV. Descubrimiento. — Waverley se establece en Tully-Veolan	1
CAP. XV. Un robo y sus consecuencias.....	20
CAP. XVI. Llegada inesperada de un aliado...	40
CAP. XVII. Domicilio de un ladron high- lander.	61
CAP. XVIII. Waverley continua su viaje.....	73
CAP. XIX. El gefe y su morada.	99
CAP. XX. Un convite de los highlanders	116
CAP. XXI. La hermana del gefe	128
CAP. XXII. La poesía de los highlanders....	139
CAP. XXIII. Waverley prolonga su resi- dencia en Glennaquoich	157
CAP. XXIV. La caza y sus consecuencias...	169

WAVERLEY.

WAVERLEY,

NOVELA

original inglesa



TOMO III.

Barcelona

**Librería de Oliva
1836.**



Pie de ilustración: Ah! porqué no realizais vos misma estos cuadros que tan bien describís?

WAVERLEY,
Ó SESENTA AÑOS HA;
NOVELA ORIGINAL INGLESA,
Por Walter Scott.
Con Láminas

TOMO TERCERO

BARCELONA

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1836.

WAVERLEY.

CAPITULO XXV.

NUEVAS DE INGLATERRA.

LAS cartas que Waverley habia recibido de Inglaterra hasta entonces no merecian ser comunicadas al lector. Su padre le escribia regularmente con la pomposa afectacion de un hombre sobrado abrumado de los negocios públicos para ocuparse en los de su familia. A menudo le nombraba algunas personas de rango en Escocia, á quienes deseaba que su hijo cumplimentase de su parte; pero Wa-

TOMO III.

verley, entregado enteramente á las distracciones de Tully-Veolan y de Glennaquoich, se creyó dispensado de cumplir unos deseos tan friamente espresados, mucho mas cuando tenia excusa en las distancias , y en la brevedad de sus licencias.

Ya algun tiempo que las epístolas paternales de Ricardo Waverley anunciaban con misterioso estilo la esperanza de un crédito y de una grandeza cercana que esperaba , con la que prometia á su hijo los mas rápidos ascensos si permanecia en el servicio. Las cartas de sir Everard eran de muy diverso tenor y cortas, pues no era de aquellos corresponsales infatigables que llenan hasta el margen de la carta, sin dejar lugar para la nema; pero eran tiernas y afectuosas. Algunas veces hacia alusiones al caballo de nuestro héroe , y otras muchas le preguntaba en que estado se hallaban las haciendas , y sobre todo de que modo se conducian los

CAPITULO XXV.

3

reclutas que habia llevado consigo. La tia Raquel le recomendaba que no olvidase sus principios religiosos , y que se precaviese contra las nieblas escocesas, que segun habia oido decir, calababan á un inglés hasta el cútis ; así le recomendaba que no saliese nunca por la noche sin su capa , y que llevase siempre una almilla de franela.

El señor Pembroke no habia escrito mas que una sola vez á nuestro héroe, pero su carta era seis veces mas larga que las que se escriben en nuestro degenerado siglo: contenia nada menos que diez enormes páginas de muy metida letra, y era el resumen de un manuscrito en cuarto , con adiciones, supresiones y correcciones á los dos tratados entregados á Waverley antes de su partida. Únicamente era un corto trozo para calmar el apetito de curiosidad que suponía á Eduardo, reservándose el enviarle en la primera ocasion favorable la obra entera, sobrado

voluminosa para ir por el correo. Anunciábale al mismo tiempo que le dirigiria ciertos folletos interesantes, recientemente publicados por su amigo el librero de la Pequeña Bretaña, con quien habia entablado una especie de correspondencia literaria ; resultando de aquí que los estantes de la biblioteca de Waverley-Honour estaban cargados de muchas producciones absurdas, y que regularmente enviaban una vez al año á sir Everard una cuenta que ascendia siempre á tres guarismos , con un: *Debe* sir Everard Waverley de Waverley-Honour á Jonathan Girbbet, librero y papelero de la Pequeña Bretaña.

Tales eran las cartas que Eduardo habia recibido hasta este dia; las que le entregaron en Glennaquoich eran de otra importancia. Con gusto las trasladada aquí literalmente, pero el lector no podria comprender la causa que habia hecho escribirlas antes de echar una ojea-

CAPITULO XXV.

5

da al interior del gabinete de Saint James de aquella época.

Habia , como acontece muchas veces, dos partidos en el ministerio. El mas débil queria suplir su inferioridad con sus activas intrigas: de poco tiempo á esta parte habia adquirido nuevos prosélitos, lo que le daba la esperanza de suplantar al partido rival en el favor del Soberano, y obtener la preponderancia en la Cámara de los comunes. Habiale parecido que, entre otros, Ricardo Waverley valia la pena de ser sobornado; este honrado hidalgo habia logrado cierta nombradia y crédito, y pasaba á los ojos de muchos por profundo político , gracias á la misteriosa gravedad de su conducta , á su atencion tanlo á la etiqueta como á la substancia de los negocios , y tambien por su facilidad en pronunciar largos discursos, que consistian en abundancia de lugares comunes y sentencias vulgares , las que adornadas de tégnica jerigonza cubrian

el vacío de sus frases. No era en verdad, decían, uno de aquellos brillantes oradores cuyo talento se evapora en tropos de retórica y en agudezas , sino un hombre dotado de un mérito real, y de *buen uso* , como dicen nuestras damas al escoger sus telas de seda, que segun ellas, deben ser excelentes para el uso de todos los dias, puesto que no tienen nada de comun con el tejido de las telas del domingo.

Esta idea acerca del señor Ricardo Waverley era tan general , que el partido de que acabamos de hablar, despues de sondear sus disposiciones , no vaciló en proponerle un destino elevadísimo en el nuevo orden de cosas en caso de cierta revolución ministerial. Es verdad que no se trataba de colocarle en el primer rango; pero su empleo debia ser mas honroso y mas lucrativo que el que ejercia. Sir Ricardo no podia resistir á una tentacion tal, aunque fuése su protector

CAPITULO XXV.

7

el personaje á quien se trataba de suplantar. Sobrada precipitacion hizo descubrir desgraciadamente esta maquinacion tenebrosa ; todas las personas dependientes del gobierno que se hallaban complicadas en la intriga y que no tuvieron la prudente precaucion de hacer dimision de sus destinos , fuéron informados oficialmente de que el Rey no necesitaba ya sus servicios : el señor Ricardo Waverley fué de este número; y como era culpable á los ojos del ministro de una negra ingratitude , su deposicion estaba concebida en términos de desprecio y de reconvencion. El público, y aun el partido á quien quiso servir, no lamentaron mucho la caida de este personaje , cuyas únicas guias eran su amor propio y sus intereses. Retiróse pues al campo , con la agradable reflexion de que habia perdido á un tiempo la reputacion, el rango, y lo que no sentia menos sus emolumentos. La carta que Ricardo Waverley escri-

bió á su hijo para participarle este acontecimiento era un modelo en su género: Arístides no habia sido mas desgraciado; un monarca injusto, una patria ingrata, tal era el refran de cada párrafo. Hablaba de sus largos servicios , y de sus numerosos sacrificios, aunque le habian pagado muy bien los primeros, y aunque se hubiera visto embarazado para decir en que consistian los otros, si no era haber desertado, no por convencimiento, sino por la esperanza del lucro , de los principios que profesaba su familia. Habiale abandonado enteramente la moderacion en los primeros párrafos de su carta : hablaba de venganza, y aunque sus amenazas fuesen tan vagas como inútiles, deseaba que su hijo hiciese dimision de su empleo así que recibiese su carta, para manifestar su indignación por el tratamiento que acababa de sufrir su padre ; así lo deseaba tambien su tio, como sin duda se lo daría á conocer.

CAPITULO XXV.

9

En efecto , la segunda carta que abrió Eduardo era de su tío : la desgracia de su hermano le habia hecho olvidar todas sus faltas y la oposicion de sus principios políticos. Sobrado distante de la capital para saber el verdadero motivo de la caída de Ricardo, en vez de atribuirle á sus ambiciosas intrigas, el bueno y crédulo baronet no vio en ella mas que una nueva prueba de la injusticia del gobierno actual. Es mucha verdad, se decia á sí mismo, y aun lo decia á su sobrino, que sir Ricardo no hubiera sufrido una injusticia semejante, la primera de que tenia que avergonzarse la familia de Waverley, sino hubiera olvidado lo que debia á sus nombres aceptando empleos de semejante gobierno; pero estaba persuadido, añadía, que sentia á la sazón toda la enormidad de su falta; y él tendria cuidado, sir Everard , de impedir que sus pesares tuviesen tambien por objeto sus pérdidas pecuniarias. Bastante era para un Wa-

verley haber sufrido una desgracia pública: el gefe de la familia remediaria fácilmente la disminucion de sus rentas; pero opinaban á un tiempo sir Ricardo Waverley y él que Eduardo, representante de la familia de Waverley-Honour, no debia permanecer en un puesto que le esponia á recibir una injuria semejante á la que abrumaba á su padre. Invitaba á Eduardo á tomar el medio mas seguro y mas pronto para hacer llegar su dimision al ministerio de la guerra, sin mas ceremonia , añadia, que la que habian usado con su padre. Encargábale al propio tiempo que cumplimentase de su parte al baron de Bradwardine.

La tia Raquel se manifestaba de una manera todavia mas enérgica : miraba la desgracia de su hermano como el justo castigo de la falta que habia cometido olvidando los sagrados lazos que le unian á su legítimo soberano aunque desterrado, y haciendo la bajeza de prestar jura-

CAPITULO XXV.

11

mento de obediencia al usurpador; lo que sir Nigel Waverley, su abuelo, no quiso hacer nunca ni al parlamento, ni á Cromwell, decia , aunque se espuso en ello á perder su fortuna y la vida; esperaba que su querido Eduardo caminaría por las huellas de sus antepasados, y que se apresuraría á abandonar las señales de esclavitud que habia tenido la desgracia de llevar: debia considerar como un aviso del cielo las desgracias que experimentaba su padre; porque desertar del camino de fidelidad es un crimen que lleva consigo su castigo. Tambien acababa presentando sus respetos al baron de Bradwardine, y preguntaba á Waverley si miss Rosa su hija era bastante vieja para llevar un par de pendientes que habia pensado enviarle como prenda de su amistad. Asi mismo deseaba saber la buena señora si el baron de Bradwardine tomaba tanto tabaco escocés, y bailaba tan infatigablemente como treinta años

antes en el castillo de Waverley-Honour.

Ya presumirá el lector que estas cartas escitaron la indignacion de Eduardo: á consecuencia de sus estudios mal dirigidos no abrigaba ninguna opinion política que pudiera contener el resentimiento que le causaban los pretendidos ultrajes hechos á su padre; ignoraba en un todo la verdadera causa de su desgracia, pues nunca habia apreciado la política del tiempo en que vivia, y no tenia la menor idea de las intrigas en que sir Ricardo Waverley estaba empeñado. La impresion que los diversos partidos que existian entonces hicieran en su espíritu no era favorable al gobierno actual, lo que debia á la sociedad del castillo de Waverley-Honour. Sintió pues el mismo resentimiento de los que tenian derecho para dictarle su conducta; tal vez pudiéramos añadir á estos motivos terminantes el enfado que habia sufrido en la guarnición, y su inferioridad entre sus camaradas en

CAPITULO XXV.

13

conocimientos militares. En fin, si hubiera vacilado en lo que debia hacer, la carta de su coronel bastara para resolver todas sus dudas: como es corta, vamos á trasladarla aquí literalmente.

«Señor mio, he llevado mas lejos de lo que debia la indulgencia que me inspiraban los sentimientos de mi corazon y la caridad cristiana por faltas que atribuia únicamente á la inesperienza de la juventud. Como mi condescendencia no ha tenido el efecto que esperaba , me veo obligado por las circunstancias críticas en que nos hallamos á emplear el único remedio que está en mi poder.

«Os mando pues ir al.....cuartel del regimiento dentro el término de tres dias, contando desde la fecha de mi carta. Si no os conformais con la orden que siento tener que daros, lo participaré al ministerio de la guerra, os señalaré como ausente sin licencia , y tomaré otras medidas que os serán desagradables así

como á vuestro muy humilde servidor.

«J. G.—*Teniente coronel,
Comandante del regimiento de dragones.*

La lectura de esta carta hizo hervir la sangre de Waverley: estaba acostumbrado desde su infancia á disponer de su tiempo á su gusto, y este hábito era una de las causas que le habian hecho tan desagradable la disciplina militar. Habíase imaginado que nunca le tratarian, y la indulgencia pasada de su coronel le habia confirmado en esta opinion: segun él nada habia pasado que debiera inducir á su gefe á tomar con él aquel tono tan arbitrario y casi insolente, como no fuesen los temores que hemos hablado al fin del capítulo diez y nueve¹. Uniendo aquella manera de escribirle con las nuevas contenidas en las cartas que acababa de recibir de su familia, Eduardo supuso fácilmente que

¹ Nótese el error numérico procedente de DEF; cfr. WAV: "the fourteenth chapter" (el capítulo catorce).

CAPITULO XXV.

15

habian formado el proyecto de abrumarle con el mismo abuso de poder de que se quejaba su padre , y que era un plan convenido para perseguir y degradar á todos los miembros de la familia de Waverley.

En seguida escribió Eduardo algunas líneas con estilo muy frio á su coronel: le daba las gracias por las bondades que habia tenido con él al principio, y le manifestaba su sentimiento por el tono que habia tomado al escribirle, el que no podia tener mas objeto que redimirle de todo lazo de reconocimiento. El estilo duro de su carta, como tambien porque creia que tal era su deber en la presente crisis le obligaban á hacer su dimision para dar fin á la penosa correspondencia que acababa de entablarse, y rogaba al coronel tuviese la bondad de participarlo á quien correspondiese.

Cuando hubo terminado esta magnánima carta , hallóse algo embarazado en

el modo con que debia estender su dimision, y decidióse a consultar á su amigo. Observemos de paso que la presteza y el atrevimiento que distinguian todos los pensamientos, palabras y acciones de Fergus, le habian dado un verdadero ascendiente en el espíritu de Waverley, tal vez dotado de inteligencia igual y aun superior. Eduardo se humillaba á la actividad, resolucion y atrevimiento de un carácter que debia gran parte de su superioridad á la costumbre de seguir un sistema regular, y de poseer profundo conocimiento del mundo.

Al encontrar Eduardo á Fergus, todavía tenia el último en la mano los papeles públicos que acababa de hojear, y adelantábase con el embarazo de quien tiene ne malas nuevas que comunicar.

«Capitan Waverley, le dijo, ¿ vuestras cartas confirman el anuncio poco agradable que hallo en esta hoja ? »

Al mismo tiempo le entregó el diario

CAPITULO XXV.

17

que referia en los mas amargos términos la desgracia de sir Ricardo: este artículo era sin duda extracto de alguna gaceta de Londres; y terminaban el párrafo estas notables palabras : «Dicen que este mismo Ricardo, que ha hecho todo esto, no es el único ejemplo del *honor versátil* de W-v-r-l-y-H-n-r. Véase la gaceta de este dia.

Nuestro héroe buscó con mano trémula la columna indicada, y leyó lo que sigue : «Eduardo Waverley, capitan en el regimiento de dragones, advertido de haber prolongado su ausencia del cuerpo sin licencia, depuesto.» Despues en la lista de las promociones militares del mismo regimiento leyó Eduardo este último artículo : «El teniente Julio Butler nombrado capitan, en lugar de Eduardo Waverley depuesto.»

El corazon de nuestro héroe se abandonó á todo el resentimiento que un insulto tan poco merecido, y premeditado

TOMO III.

2

segun toda apariencia, debia inspirar á un jóven amante del honor que se veia entregado con tanta ligereza al escarnio y á la vergüenza pública. Cotejando la fecha de la carta de su coronel con la del artículo del diario, vio que la amenaza de dar parte á los superiores contra él habia llegado á sus manos y de si trataba de obedecer : concluyó de aquí que era un plan concertado para deshonorarle. Inútiles fueron sus esfuerzos para ocultar la emocion que le oprimia , sus ojos se llenaron de lágrimas y dejóse caer en los brazos de Fergus.

Mac-Ivor no tenia el defecto de ser insensible á los pesares de sus amigos: aparte de ciertos planes que habia formado allá en su mente, inspirábale vivo y sincero interés. Semejante procedimiento le parecia tan extraordinario como á Waverley ; porque aunque sabia en verdad mejor que su amigo las causas de la orden perentoria de reu-

CAPITULO XXV.

19

nirse á su regimiento, el rigor con que habia procedido el coronel, sin atender á las circunstancias de un retardo necesario , y contradiciendo su bien conocida equidad, era un misterio que no podia penetrar. Calmó con lodo á nuestro héroe lo mejor que pudo , y principió á inspirarle esperanzas de vengarse.

Eduardo asió ansiosamente de los cabellos esta idea. «¿Me haréis favor , dijo, de llevar un cartel al coronel, querido Fergus? Es un servicio que no olvidaria en mi vida.»

Fergus pareció reflexionar. «Es una prueba de amistad, dijo, que tendriais derecho de exigir de mí, si pudiera seros útil ó parte para restablecer vuestro honor; pero no debo ocultaros que dudo quiera vuestro coronel daros razon de las medidas que ha tomado contra vos, porque en fin, por rigurosas que sean, no traspasan los límites de su autoridad. A mas G.... es un hugonote escrupuloso,

que ha adoptado ciertas ideas acerca de los duelos, ideas de que no se separará, mucho mas cuando su valor está al abrigo de toda sospecha. Y por otra parte, yo.. yo... diciéndoos la verdad.... no me alegrara de acercarme á una ciudad guarnecida en las circunstancias actuales.

—¡Me veo pues obligado a sufrir tranquilamente mi injuria!.....

— ¡No soy de ese dictamen; mas quisiera que no os vengaseis en la mano sino en la cabeza, no en los desgraciados instrumentos de la tiranía, sino en ese gobierno opresor, para el que la injusticia, el insulto, la ignominia, no son mas que un juego.

— En el gobierno!

— Sí, en la casa usurpadora de Hannover, á la que así quisiera servir vuestro abuelo como recibir por salario el oro fundido y ardiente del rey de los demonios.

— Mas desde el tiempo de mi abuelo

CAPITULO XXV.

21

han ocupado el trono dos generaciones de esta dinastía.

— No lo niego; pero decidme , ¿ porqué hemos dado tiempo á esos usurpadores para manifestar su verdadero carácter; porque hemos sufrido con paciencia su yugo.... y hasta hemos consentido en aceptar de ellos empleos, lo que les ha dado ocasion para insultarnos y humillarnos, deberemos permanecer insensibles á unas injurias cuya sola idea hizo estremecer á nuestros padres?.. La causa de la casa de Estuardo es menos justa, menos legítima, porque la representa un príncipe enteramente extranjero á los pretendidos crímenes que han osado reprobar á su padre?— Mas venid, desarrugad esa apesarada frente, y ateneos á mis medios de vengaros. Vamos a buscar á mi hermana , quien nos referirá menudamente cuanto haya acontecido durante nuestra ausencia; pero al punto añadid una posdata á vuestra car-

ta señalando la época del recibo de las primeras órdenes del calvinista coronel: decidle que su procedimiento ha sido tan pronto, que os deja el pesar de no haberle precavido enviándole vuestra dimision , y dejad que se avergüence de su injusticia.»

Incluyeron pues la dimision formal de Waverley en la carta, la que cerraron al momento. Mac-Ivor confió el paquete, que contenia tambien algunas cartas suyas , á un mensajero especial, quien recibió orden de llevarlo á la estafeta mas inmediata en los lowlands.



CAPITULO XXVI.

ACLARACIONES.

No sin intencion acaba de hablar de Flora el gefe: habia observado con placer el afecto siempre creciente del jóven inglés á su hermana, no viendo otro obstáculo á su unión que el empleo que ocupaba el padre de Waverley en el ministerio, y el grado del mismo Eduardo en el ejército de Jorge II. Estaban ya entonces superados estos obstáculos, y de un modo que parecia al menos preparar al hijo del señor Ricardo Waverley á reconocer otra dinastía. Por otra parte, este enlace no podia si no serle

muy ventajoso bajo todos aspectos: la futura felicidad de su hermana, á quien amaba tiernamente, parecíale asegurada con semejante union; felicitábase tambien al considerar cuanto placer daria al monarca enlazándose con una de aquellas antiguas y nobles familias de *caballeros*, en las que tan importante era despertar su afecto á la familia de los Estuardos. Por lo demas Fergus no percibia ningun obstáculo á este proyecto: Waverley amaba evidentemente á miss Mac-Ivor; y como su persona era agradable y sus gustos parecian estar en armonía con los de Flora, no podia prever objecion alguna por parte de su hermana. Con efecto, dominado por sus ideas de autoridad patriarcal y por las que habia adquirido en su residencia en Francia acerca del derecho de disponer de la mano de las mugeres sin su consentimiento, la oposicion de Flora seria el último obstáculo en que pondria la

CAPITULO XXVI.

25

atencion, aunque la alianza fuera menos correspondiente y mas desagradable á su hermana.

Entregado enteramente á estas ideas, condujo el gefe á Waverley junto á miss Mac-Ivor, no sin esperar que la emocion que agitaba á su huésped en aquel momento le daria valor para saltar por encima de lo que Fergus llamaba la novela del amor. Hallaron á Flora con sus dos fieles criadas, Una y Cathleena, ocupada en preparar lo que pareció á Waverley las cintas de boda. Disimulando lo mejor que pudo el temblor de su espíritu, preguntó Eduardo por que feliz acontecimiento hacia miss Mac-Ivor todos aquellos preparativos.

«Para la boda de Fergus, respondió Flora sonriendo.

—De veras? Ha guardado mucho secreto: espero que me concederá el favor de ser su padrino de boda.

— Es el papel de un hombre, y sin

26

WAVERLEY,

embargo no será el vuestra, como dice Beatriz (1).

— ¿Y cual es su hermosa desposada?

— No os dije que la gloria era desposada de mi hermano ?

— ¿Acaso soy indigno de acompañarle, de servirle de confidente en el seguimiento de la gloria ? Ah! miss Mac-Ivor, en tan mal concepto me teneis?

— Al contrario, capitan Waverley; ojalá fueseis de los nuestros!....

— Ya puedes, hermana mia, felicitar á Eduardo Waverley, quien no es ya el capitan Waverley, de verse libre del servicio de un usurpador, de lo que era siniestra emblema esa cucarda negra.

— Sí, dijo Eduardo, arrancando la escarapela negra de su sombrero : el rey

(1) *Mucho ruido por nada. Shakespeare. Beatriz durante una parte de la pieza hace el papel de indiferente, y rie de gana del amor y del matrimonio.*

CAPITULO XXVI.

27

que me habia entregado esta prenda, ha querido volverla á tomar de una manera que no me deja el menor sentimiento.

—Loado sea Dios! exclamó la bella entusiasta; ojalá sean siempre tan ciegos en tratar con la misma indignidad á los que los sirven, para que tenga menos que gemir el dia de la lucha.

—Ahora , hermana mia, apresúrate á reemplazar su cucarda por otra de color mas alegre: era costumbre de las damas en otro tiempo armar á sus caballeros y enviarles á ejecutar nobles empresas.

—Pero esto era cuando el caballero habia reflexionado bien la justicia y los peligros de la causa. En este momento está agitado el señor Waverley por una injuria reciente; ¿porqué apresurarlo á tomar una resolucion de tal importancia?»

Eduardo, medio atemorizado al pronto con la idea de adoptar una escarapela,

que á los ojos de la mayoría del reino era una señal de rebelion, no pudo ocultar el pesar que le causaba la frialdad con que miss Mac-Ivor habia acogido la proposicion de su hermano. « Conozco, dijo con cierta amargura, que miss Mac-Ivor reputa al caballero indigno de su fomento.

— No lo creais, señor Waverley, dijo Flora con mucha dulzura ; ¿ porqué negaría al digno amigo de mi hermano un don que me place otorgar indistintamente á todos los miembros de mi tribu? Mi mayor gusto es adherir un hombre de honor al partido abrazado por Fergus; mas este se ha decidido con los ojos abiertos, ha consagrado la vida á esta causa desde su infancia, y para él es una causa sagrada aunque le guiase á la muerte. ¿Como podré pues desear que os arrojeis, señor Waverley, á una empresa desesperada, vos que apenas habeis entrado en el mundo, que os ha-

CAPITULO XXVI.

29

llais lejos de los amigos, cuyos consejos podrian a y deberian guiaros, y á mas cuando estais bajo la influencia de un agravio reciente ?»

Fergus, que no comprendia tales escrúpulos, paseaba impacientemente el aposento mordiéndose los labios, y luego dijo con una sonrisa forzada: «Muy bien, hermana mia, muy bien; me gusta verte hacer el papel de mediadora entre el elector de Hanover y los vasallos de tu legítimo soberano y bienhechor. Dichas estas palabras salió Fergus.

—Mi hermano es injusto, dijo Flora pasados algunos momentos de penoso silencio; no puede sufrir que detengan el fuego de su entusiasmo.

—¿Vos no tomais parte en su ardor realista?

—Yo! ah! sabe Dios que mi celo escede al suyo si es posible; pero no estoy aturdida como él con el tumulto de los preparativos militares y con los numero-

esos detalles de nuestra empresa, que le impiden considerar los grandes principios de justicia y de lealtad en que esta se apoya. Medidas justas y leales pueden únicamente asegurar el triunfo; y sería apartarse de estos principios á mi entender empeñaros en un paso definitivo, sin que hubieseis examinado su justicia ó peligro.

— Incomparable Flora , exclamó Waverley , tomándole la mano, ¡cuanto necesito un consejero como vos!

— Teneis uno mucho mejor, respondió Flora, retirando suavemente la mano : el señor Waverley le hallará siempre en su propio corazon cuando permita á su conciencia elevar la voz.

— No, missMac-Ivor. no me atrevo á esperarlo; una continua indulgencia para con mis ilusiones fantásticas ha hecho de mi un hijo de la imaginacion antes que de la razon. Si pudiese esperar, si pudiese pensar, que vos os dignarais

CAPITULO XXVI.

31

ser para mí este amigo afectuoso que me daría fuerza para librarme de mis errores, toda mi vida....

— Deteneos, querido mio; no que el placer de haber escapado de un reclutador jacobita quite los límites á vuestro reconocimiento.

—Querida Flora! cesad de responderme en tono de chanza ; ya no podeis engañaros acerca de los sentimientos que experimento , y cuyo secreto se me ha escapado casi á pesar mio.... Puesto que me he atrevido á hablaros.... debo aprovecharme de mi osadia. Decidme , puedo hablar á vuestro hermano?

—De ningun modo señor Waverley.

—Que decís! ¿acaso una barrera fatal... acaso no está libre vuestro corazon?

—Lo está, creo deber confesaros francamente que no he visto nunca á persona alguna que me haya inspirado esta idea...

—Convengo en que hace tan poco tiempo que os conozco.... Si miss Mac-

Ivor se dignara concederme el tiempo...

—No recurriré á esta excusa; vuestro carácter es tan franco , es tal en una palabra , que fácilmente pueden distinguirse sus cualidades y sus debilidades.

—¡Y sus debilidades os le hacen despreciar !

—No me haceis justicia, mi señor Waverley?.... os ruego que os acordeis de que no hace media hora existia entre nosotros una barrera insuperable, y que yo no podia mirar á un oficial del elector de Haaover sino como un conocimiento debido á la casualidad.... Dadme tiempo para recoger mis ideas , no os pido mas que una hora para responder á vuestras preguntas.... Me atrevo á esperar que no os disgustará mi franqueza, si no os disgusta mi decision.» Dichas estas palabras, Flora dejó á Waverley reflexionar libremente sobre la manera con que habia recibido su declaracion.

Mientras que buscaba el verdadero sen-

CAPITULO XXVI.

33

tido de cuanto habia dicho miss, y que su corazon fluctuaba entre el temor y la esperanza, entró Fergus. «Hola , Waverley, dijo , á morir. Seguidme al patio y gozaréis de una ojeada que vale tanto como todos vuestros relazos de novelas... cien fusiles y otras tantas espadas que me han enviado buenos amigos.... y dos ó trescientos bravos que se los disputan.... Pero ahora que os examino de mas cerca gran Dios! ah! un verdadero highlander diria que os habia herido una mala mirada (1). ¿ Acaso os ha puesto en

(1) Atribuyen á la persona de *mal mirar* el poder de acarrear una enfermedad y aun la locura á aquellos á quienes mira. La supersticion de las *malas miradas* es de la mas remota antigüedad: el pastor de Virgilio atribuye la languidez de sus corderos á una *mala mirada*.

Nescio quis teneros oculos mihi fascinat agnos.

Biron ha dado mala mirada á su Giavur; esta exageracion del poder de una mirada siniestra se comprende con facilidad.

TOMO III.

3

semejante estado esa loca ? No penseis en ello, querido Eduardo; las mugeres mas sabias no son otra cosa que niños en los negocios de la vida.

—Es verdad, mi querido amigo, si algo hubiese de reconvenir á vuestra amable hermana, dijo Eduardo, seria el poseer sobrada profundidad....

— Y no es mas que eso?... apuesto un Luis de oro á que la hago mudar completamente de humor en veinte y cuatro horas. Flora no desmentirá su sexo, y si queréis la veréis tan fuera de razon como la primera muger del mundo Oh! mi querido Eduardo, quiero enseñaros á portaros como *mosquetero* con el sexo femenino...» Así hablando arrastraba á Waverley del brazo para enseñarle sus preparativos de guerra.

CAPITULO XXVII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

FERGUS Mac-Ivor tenia sobrada discreción y delicadeza para entablar de nuevo la conversacion sobre el mismo asunto: su cabeza parecia estar tan ocupada de fusiles, de espadas , de gorras , de cantinas y de telas de *tartan*, que **Waverley** no pudo en largo rato llamar su atencion á otra cosa.

«¿Llevais cuenta de estar en campaña, **Fergus**, tan pronto como parecen anunciarlo estos preparativos?

—Cuando me hayais prometido acompañarme os lo diré todo; hasta entonces mis confianzas no pueden sino enojaros.

— ¿Pensaríais seriamente en querer derribar un gobierno establecido con un puñado de hombres? sería una verdadera locura!

—*Dejad hacer á D. Antonio:* yo me cuidaré... Harémos como Conau, quien nunca recibió un golpe sin dar dos : sin embargo sentiria que me tomaseis por un loco de los que no saben ni esperar ni asir una ocasion favorable.... Yo no suelto mis perros hasta que la caza ha partido.... ¿Me prometeis, os digo otra vez, ser de los nuestros , y os lo diré todo?

— Puedo hacerlo? Era poco hace oficial , cuya dimisión acabo de enviar: ¿ al aceptar este cargo no prometí... no reconocí la legitimidad del gobierno establecido?

—Las promesas temerarias no son esposas de hierro; podemos desprendernos de ellas , particularmente cuando la fraude nos las ha hecho pronunciar, y que nos han pagado con insultos. Mas si

CAPITULO XXVII.

37

no podeis resolveros al punto á una gloriosa venganza , partid á Inglaterra : apenas habreis pasado el Tweed, cuando sabréis nuevas que moverán ruido en el mundo ; y si sir Everard es tan bravo caballero como he oido decir á nuestros *honrados* hidalgos del año 1715 , os dará un regimiento de caballería mejor que el que acabais de dejar, y serviréis á mejor causa.

—¿Pero y vuestra hermana, Fergus?

— ¡Oh demonio hiperbólico, como atormentas á este hombre!.... ¿No sabeis hablar de otra cosa mas que de las damas?

—Hablemos seriamente , mi querido amigo: no puedo disimularos que la dicha de mi vida depende de la respuesta que va á dar miss Mac-Ivor á una pregunta que la hice esta mañana.

—¿Hablais formalmente, ó estamos en el pais de las ficciones y de las novelas?

— Formalmente hablo: ¿me suponeis capaz de chancearme en semejante materia ?

—En este caso os digo formalmente que me admiro de lo que acabais de decirme. Tengo formada tan alta idea de Flora, que vos sois el único inglés á quien haria semejante confesion; pero antes de sacudirme tan afectuosamente la mano no valdria mas examinar si vuestra familia se creerá muy honrada en contar entre sus miembros á la hermana de un noble *pobre* de los highlanders ? (1)

—La posicion de mi tio, sus opiniones políticas y su constante indulgencia me autorizan para deciros que en tal alianza atenderá únicamente á las cualidades personales y al nacimiento; ¿y donde es posible encontrarlas en tan alto grado como en vuestra amable hermana ?

(1) *Altivo y pobre como un highlander* es un proverbio sabido en Inglaterra.

CAPITULO XXVII.

39

— Oh! en ninguna parte.... pero necesitais la autoridad de vuestro padre.

—Lo sé; mas la desgracia que acaba de experimentar no me permite temer la menor objecion; por otra parte estoy persuadido de que mi tio abogará ardientemente mi causa.

—Tal vez la religion , aunque no somos católicos beatos....

—Mi abuela era tambien de la iglesia de Roma , y su religion no le impidió entrar en nuestra familia. Perded todo cuidado, querido Fergus, acerca del consentimiento de mis padres; antes ayudadme á determinar á vuestra amable hermana.

—Mi amable hermana , como su tierno hermano, es bastante dada á no tomar consejo sino de sí propia, y su decision debe ser vuestra ley ; sin embargo, os ofrezco con gusto mis servicios y consejos En primer lugar será bueno que sepais que todos sus afectos se hallan concentrados en su amor á la familia de

su rey; desde que aprendió á leer siempre ha manifestado el mas profundo respeto y el mas vivo afecto á la memoria del bravo capitan Wogan , quien renunciando al servicio del usurpador Cromwell para ponerse bajo las banderas de Carlos II, condujo un cuerpo de caballería de Londres á los highlanders, reunióse con Middleton , armado entonces en favor del monarca, y murió gloriosamente por la causa real. Pedidle que os enseñe los versos que ha compuesto sobre esta historia; os aseguro que han sido ya muy alabados... En segundo lugar... Mas creo que he visto á Flora por el lado de la cascada; id, á encontrarla, id; no deis al enemigo tiempo para reconocerse, obligadle en sus trincheras; *alerte á la muraille*. Id á encontrar á Flora, sabed de ella su decisión lo mas pronto posible, y que Cupido sea con vos, mientras yo voy á examinar mis cajas de cartuchos y mis cinturones.

CAPITULO XXVII.

41

Waverley trepó la senda que conducía á la cascada palpitando de inquietud; el amor, con su fabuloso séquito de esperanzas temores y deseos, luchaba en él contra los sentimientos mas difíciles de definir. Reflexionaba cuanto habia cambiado su suerte en algunas horas, y en que embarazosa complicacion iba á envolverse probablemente. La mañana le habia visto en posesion de un rango honroso en la noble carrera de las armas; su padre parecia deber adelantar rápidamente en el favor de su soberano. ¡Todo esto habia pasado como un sueño !... su padre era desgraciado, él mismo estaba deshonorado... y era ya confidente, sino cómplice, en una trama peligrosa de conspiracion que iba ó á derribar el gobierno á quien sirviera hasta entonces, ó acarrear la pérdida de todos cuantos hubiesen tomado parte en ella. Suponiendo que la respuesta de Flora fuera favorable, ¿ podia esperar realizar sus proyectos de feli-

ciudad en medio del tumulto de una inminente insurrección ? ¿ Osaría proponerle abandonar á Fergus á quien tan tiernamente amaba, y seguirle á Inglaterra para aguardar allí sin peligro el éxito de la empresa de su hermano ó la ruina total de su fortuna y de todos sus proyectos? Si así no, ¿se comprometería en los imprudentes y arriesgados proyectos del jefe sin mas socorro que su brazo? ¿Se dejaría arrastrar por él asociado á todos sus movimientos impetuosos, y renunciando casi á su libre albedrío cuando se trataba de juzgar de la prudencia de sus acciones? Ciertamente que no era lisonjera perspectiva para el orgullo secreto de Eduardo; sin embargo, ¿qué otra alternativa le quedaba sino es la repulsa definitiva de Flora, alternativa que despedazaba su corazón con una agonía sobrado cruel en la exaltación de sus sentimientos actuales ?

Flora estaba sola, y así que le percibió

CAPITULO XXVII.

43

levantóse para salarle al encuentro. Eduardo quiso principiar por uno de aquellos cumplimientos que se usan en la conversacion ordinaria; pero no tuvo fuerzas para ello: creyó notar cierto temblor y embarazo en el rostro de Flora; mas serenóse al punto, y lo que fué un mal augurio para Eduardo, fué la primera en hablar del asunto de la última conferencia.

« Señor Waverley, dijo Flora, me parece que es de la mayor importancia para vos y para mí que no os dejé la menor duda acerca de la naturaleza de mis sentimientos.

— Ah! os conjuro no os apresureis á pronunciar vuestro fallo si no me es favorable, lo que temo con sobrada razon: dadme tiempo para probaros con mi conduct... permitid á vuestro hermano...

— Señor Waverley, conozco que seria culpable á mis propios ojos si difiriese un solo instante confesaros que nunca

podré abrigar respecto á vos otro sentimiento que el de la amistad. Veo que os será penosa esta confesion, y lo siento sinceramente; pero mas vale que la oigais hoy que no mas tarde. Señor Waverley, ¿puede compararse el vivo dolor que sentís momentáneamente con los largos pesares de una union mal concertada?

—¿No somos iguales en nacimiento y en fortuna ? no tenemos, si oso decirlo, los mismos gustos? cual puede ser pues la verdadera causa de vuestra repulsa cuando opinais tan favorablemente de aquel á quien desechais ?...

— Señor Waverley, os tengo en tan buena opinion, que aunque habia formado el proyecto de guardar silencio sobre las causas de mi determinacion, no vacilo en confiáros las si exigís esta muestra de estimacion y de confianza.»

Sentóse en el fragmento de una roca, y Waverley lo hizo tambien junto á ella, esperando con la mas penosa inquietud la

CAPITULO XXVII.

45

explicacion que acababa de prometerle.

«No sé, dijo Flora, si podré lograr daros á conocer la verdadera naturaleza de mis sentimientos, tan poco se parecen á los de las jóvenes de mi edad. No me atreveré á hablar de los vuestros por temor de no heriros queriendo daros algun consuelo. En cuanto á mi, desde mi mas tierna infancia hasta este dia no ha tenido mi corazon mas que un solo deseo, el de ver restablecida en el trono á la familia de nuestros augustos bienhechores: me es imposible manifestaros toda la energía de este único sentimiento de mi alma, confieso que me absorbe todos los demas y que nunca me ha permitido ocuparme en lo que llaman mi establecimiento. Con tal que vea esta feliz restauracion, me son indiferentes una cabaña en Escocia, un palacio en Inglaterra, ó un convento en Francia.

— Mas, querida Flora, decidme por favor ¿porqué os parece incompatible con

46

WAVERLEY,

**mi dicha vuestro entusiasmo por los Estu-
tuados ?**

**— Porque teneis derecho para esperar
del objeto que elijais un corazon que
ponga toda su felicidad en hacer la vues-
tra, á pesar de las ideas novelescas que
habeis adoptado. Un hombre que no po-
seyese vuestra sensibilidad, vuestro entu-
siasmo, vuestro modo delicado de ver y
de sentir, podria tal vez encontrar si no
la dicha, al menos la satisfaccion con
Flora Mac-Ivor, porque esta no se separa-
ria ya mas de los deberes contraidos.**

**— Decidme, os suplico, ¿porqué creéis
que hariais mejor la felicidad de un hom-
bre que supiera amaros menos y admira-
ros menos que lo haria yo propio?**

**— Porque nuestros sentimientos guar-
darian mas armonía; su sensibilidad
menos viva no me exigiria aquella exalta-
da ternura que no podríi mostrarle. En
cuanto á vos, señor Waverley, siempre
tendriais delante de los ojos la felicidad**

CAPITULO XXVII.

47

doméstica tal como os la ha pintado vuestra imaginacion, todo lo que fuera inferior á este cuadro ideal os pareceria frialdad é indiferencia, y tendriais zelos de mi entusiasmo por la familia real como si fuese un robo hecho al reciproco afecto que os creeriais con derecho de esperar.

—¡Es decir, miss Mac-Ivor, que os es imposible amarme!

—Puedo estimaros cuanto puede serlo un hombre, pero no puedo amaros como mereceis serlo. ¡No plazca á Dios que os esponga á esta peligrosa prueba! La muger á quien honreis con vuestra eleccion debe modelar sus afectos y opiniones á las vuestras, vos solo debeis inspirar sus deseos, sus sentimientos, sus esperanzas, sus temores, debe doblar vuestros placeres y suavizar vuestros pesares tomando parte en ellos.

—Ah! porqué no realizais vos misma este cuadro que tan bien describís!

— Conozco que no me comprendéis: ¿no os he dicho que todos los afectos de mi alma se hallan concentrados en el resultado de una empresa á la que no puedo contribuir si no con mis ardientes plegarias ?

— Acaso cediendo á mis solicitudes, ¿no podriais servir á la causa á que os habeis consagrado? Mi familia rica, poderosa, es afecta por principios á los Estuardos; y si una ocasion favorable...

— Afecta por principios á los Estuardos... y si una ocasion favorable... Ah! adivinad cuanto tendria que sufrir si llegase á ser miembro de una casa en la que veria los derechos que miro como sagrados sometidos á una fria discusion, y juzgados tan solo dignos de ser sostenidos cuando estuviesen á punto de triunfar.

— Vuestras dudas son injustas en lo concerniente á mí, respondió vivamente Waverley: creo que no me falta valor ni lealtad.

CAPÍTULO XXVII.

49

— Lo sé, lo sé; pero consultad con la fría razón antes que dejaros arrastrar por una inclinación inconsiderada, debida á la sola casualidad que os ha hecho encontraren en un asilo solitario y romántico á una doncella que no carece enteramente de atractivos. No os decidais á tomar parte en este drama terrible si no por un entero convencimiento, y no por consecuencia de unos sentimientos impetuosos que el tiempo no puede menos de debilitar»

Waverley no tuvo fuerzas para responder: los sentimientos que Flora acababa de pintarle justificaban toda la admiración que sentía por ella; porque aunque su amor al Rey fuese exaltado, era noble y generoso; y miss Mac-Ivor se desdeñaba de prevalerse de ninguna utilidad indirecta para sostener la causa á que se había consagrado.

Ambos caminaron silenciosamente durante algunos minutos.

TOMO III.

4

«Señor Waverley, dijo Flora, oid una palabra mas sobre un asunto de que ya no hablaremos y os ruego que escuseis mi atrevimiento si esta última palabra os parece un consejo. Mi hermano desea ardientemente que partais con él; no lo hagais, el socorro de vuestra sola persona no adelantaria el logro de su empresa, y os veriais envuelto en su pérdida si permitiese Dios hacerle sucumbir... á mas de que echariais una mancha indeleble en vuestra reputacion... Permitidme que os suplique volvais á vuestro pais natal: cuando hayais probado públicamente que estais desasido de todos los lazos que os ataban al usurpador me atrevo á esperar que os aprovecharéis de la primera ocasion favorable para servir útilmente á vuestro legitimo soberano, y que á ejemplo de vuestros valerosos antepasados, y como digno representante de la familia de Waverley, os pondréis al frente de vuestros terratenientes y vasallos naturales.

CAPITULO XXVII.

51

—Si tuviera la dicha de distinguirme en esta empresa podría esperar....

—Os ruego que me escuseis si os interrumpo : no nos queda mas que un momento para hablarnos, y tan solo puedo manifestaros francamente los verdaderos sentimientos de mi corazon. ¿Debo alterar su pureza haciéndoos promesas cuyo cumplimiento no depende de mí?... Estad bien persuadido, Waverley, que despues de la gloria de mi hermano no hay nada en el mundo que con tanta sinceridad desee como vuestra dicha , no cesaré de pedirla al cielo. »

Dichas estas palabras ausentóse Flora: habian llegado á una senda dividida en dos, y Eduardo entró en el castillo abrumado con el peso de sus reflexiones. Evitó encontrar á Fergus, pues no se sentia con fuerzas para sufrir sus chanzas, ni para resistir á sus solicitudes: y el tumulto y la confusion del festin, pues Fergus tenia mesa abierta á su tribu, aumentaron

su aturdimiento. Acabado el convite ocupóse en los medios de hablar otra vez a un á miss Mac-Ivor ; en vano lo esperó por espacio de algunas horas, pues no la vió aparecer. Fergus no habia podido ocultar su descontento al saber de Cathleena que Flora deseaba permanecer sola en su aposento: subió á él, pero todas sus amonestaciones fueron sin duda inútiles, pues volvió á entrar en la sala con muestras de un verdadero enfado. En el resto de la tarde ni Fergus ni Waverley hicieron la menor alusion al objeto que ocupaba todas las ideas del último y tal vez de los dos

Cuando Eduardo estuvo solo en su sala principió á resumir todos los acontecimientos de aquel dia. No podia dudar que Flora persistiria, al menos en la actualidad, en su repulsa; ¿pero podia esperar mas fortuna si las circunstancias le permitian renovar sus tentativas? Su entusiasmo en favor del Rey, que en este momento crítico no dejaba ningun lugar en|

CAPITULO XXVII.

53

su corazon para una pasion mas dulce, seria tan exclusivo despues del bueno ó mal éxito de sus esperanzas políticas? El interés que le habia manifestado no podia convertirse entonces en un sentimiento mas tierno?

Hizo por acordarse de todas las palabras de que se sirviera Flora, del tono de su voz, de sus gestos y miradas; pero siempre se quedaba en el mismo estado de incertidumbre. A pesar de las penas y agitaciones que habia experimentado durante el dia, no se durmió hasta muy tarde.



CAPITULO XXVIII.

UNA CARTA DE TULLY-VEOLAN.

POR la mañana, cuando las confusas reflexiones de Waverley dejaron lugar á Morfeo, parecióle oír una música entre-sueños; pero no la voz de *Selma* (1). Imaginó que estaba de vuelta en Tully-Veolan, y que oía á David Gellatley cantando sus canciones matutinas, los primeros sonidos que turbaban ordinariamente su reposo en casa del baron de Bradwardine. Los acentos que causaban este ensueño continuaron, y acabaron por despertar se-

(1) La voz de Selma, esto es, la música del palacio de Fingal. Sabemos que Selma era el sitio señalado para los bardos, etc. etc.

CAPITULO XXVIII.

55

riamente á Eduardo; sin embargo su vision no pareció del todo desvanecida. Hallábase en verdad en su aposento de la torre de Jan-Nau-Chaistel; mas era realmente la voz de David Gellatley que hacia resonar algunos versos por bajo de sus ventanas.

Deseoso de saber que pudiera haber determinado á Gellatley á hacer una excursion mucho mas larga que ninguna de las que acostumbraba hacer, apresuróse Eduardo a vestirse, y en el entretanto David mudó de canción mas de una vez. Antes que Waverley se hallase vestido y pudiera bajar, habiase asociado David con dos ó tres de los muchos ociosos de los highlanders que adornaban con su presencia la puerta del castillo , y saltaba y danzaba alegremente su parte en un *reel* (1) escocés de cuatro, silbando él mismo la música. Continuó en estos dos ejercicios has-

(1) *Reel*, especie de danza nacional.

ta que le reemplazó en sus funciones de músico un tañedor de gaita que observaba su entusiasmo, y que obedeció á la unánime llamada de *seid suas* (toque la gaita): principiaron á danzar jóvenes y viejos; la aparicion de Waverley no interrumpió la festiva ocupacion de Gellatley , quien tan solo le dio á entender que le reconocia con sus visajes, con sus señales de cabeza , y con la gracia con que ejecutó los contorneos de la danza highlandesa. En seguida, sin cesar de zaranearse, de gorgear ó de gritar, de crugir los dedos sobre la cabeza, y de llevar el compás, como Arlequin en una pantomima, prolongó de repente la danza hasta el lugar donde estaba nuestro héroe, y le entregó una carta. Eduardo que reconoció en el sobrescrito la letra de Rosa, retiróse para leerla dejando continuar al fiel mensajero sus ejercicios sin interrupcion hasta que se cansaron el tañedor de gaita y él. El contenido de esta carta le sorpren-

CAPITULO XXVIII.

57

dió mucho : estaba principiada por *dear sir* (querido señor mió); pero estas dos palabras borradas con cuidado habian sido reemplazadas por el monosílabo *sir* (señor mio). Copiaremos aquí todo el resto de la carta de Rosa.

«Señor mio:

«Tal vez me tomo una indiscreta libertad importunándoos con mi carta; mas no puedo dirigirme sino directamente á vos para haceros saber ciertas cosas acontecidas aquí , y de las que es necesario que esteis sabedor. Si hago mal en escribiros perdonádmelo, señor Waverley porque , ah! no puedo aconsejarme mas que de mis propios sentimientos. Mi tierno padre ya no está aquí... y ¡Dios sabe cuando volverá para protegerme y defenderme!... Sin duda habeis oido decir que á consecuencia de algunas noticias llegadas últimamente de los highlanders, han mandado arrestar á muchos hidalgos; y desgraciadamente mi padre es de este

número. A pesar de mis lágrimas y ruegos, mi padre no ha querido presentarse y se ha reunido con el señor Falconer y algunos otros amigos para huir hacia el norte con una tropa de cerca de cuarenta caballeros. Menos me inquieta la seguridad de mi padre en la actualidad que las consecuencias que puedan resultar, pues las turbulencias principian ahora. Todos estos detalles son poco interesantes para vos, señor Waverley; pero he creído que os alegraréis de saber que no corre ningun peligro su vida, suponiendo que no ignoraréis el mal caso.

«Al día siguiente de la partida de mi padre vino un destacamento de soldados á Tully-Veolan; trataron ásperamente al baile Macwheeble; pero el oficial me guardó muchas atenciones, y me dijo sentia verse obligado á hacer un registro por ver si hallaba armas ó papeles. Mi padre habia tenido la precaucion de hacer

CAPITULO XXVIII.

59

que se llevasen todas las armas, exceptuando las antiguas armaduras mohosas que están colgadas en la sala, y habia ocultado todos sus papeles. Pero ah! señor Waverley, ¿ como deciros que hicieron muy espresas preguntas respecto á vos; que preguntaron la época en que os fuisteis de Tully-Veolan, y el lugar que habitais al presente? El oficial ha partido con su destacamento, pero ha dejado de guarnicion cuatro hombres mandados por un cabo; hasta este dia se han conducido muy bien, pues nos vemos obligados á hacerles buen rostro. Los soldados han manifestado que correrias eminente peligro si cayeseis en sus manos: no me atrevo á referiros todas las estrañas noticias que han esparcido, y estoy persuadida de que no hay una palabra verdadera en cuanto dicen. Como sea, vos sabes mejor que yo lo que debes hacer: el destacamento se ha llevado á vuestro criado, vuestros dos caballos, y cuanto dejas-

teis en Tully-Veolan. Me atrevo á esperar que el cielo os protegerá, que os conducirá sano y salvo á Inglaterra, donde me deciais que no hay ni opresion militar, ni combates entre las tribus, sino que todo se hacia segun la ley, igual para todos y protectora del inocente. Me atrevo tambien á esperar que me escuseis la libertad que me he tomado en escribiros; por que, si no me engaño, he debido hacerlo, puesto que estaban comprometidos vuestro honor y vuestra seguridad personal: estoy cierta, al menos así me lo figuro, que mi padre aprobaria esta carta. El señor Rubrick se ha refugiado á su primo de Duchran, á fin de no verse espuesto á las vejaciones de los soldados y de los whigs. El baile Macwheeble no gusta, segun dice, de mezclarse en los asuntos de los demas; aunque me parece que no es indiscrecion hacer un servicio en tiempos como estos á un amigo de mi padre.

«A Dios, capitan Waverley, es pro-

CAPITULO XVIII.

61

bable que no os vea mas, y no es cosa de desear que vengais al presente á Tully-Veolan aunque no estuviesen los soldados; pero siempre me acordaré reconocida de todas las obsequiosas atenciones que tuvisteis á vuestra pobre discípula, como tambien las que guardasteis á mi padre, á mi querido padre. Queda á vuestro servicio.

Rosa Comyne Bradwardine.

«P. D. Tendréis la bondad de contestarme dos letras á la vuelta de David Gellatley, tan solo para saber que habeis recibido mi carta , y que os serviréis de los medios de ponerlos en salvo. Dispensadme si os suplico que no toméis parte en ningun partido , y que partais lo mas antes posible á vuestra afortunada patria. Espresiones de mi parte á mi querida Flora y á Glennaquoich: ¿no es hermosa y perfecta como os la habia pintado?»

Así acababa la carta de Rosa Bradwardine, que afligió á nuestro héroe tanto como le sorprendió. No habia cosa mas natural que el baron inspirase sospechas al gobierno , á consecuencia de la agitacion que se manifestaba entre los partidarios de la casa de Estuardo; pero no podia concebir como podian envolverle á él en estas sospechas, pues su conciencia le recordaba que hasta aquel dia no habia proferido una palabra contra la prosperidad de la familia reinante. En Tully-Veolan, como en Glennaquoich, sus huéspedes habian respetado religiosamente el juramento que le ataba al gobierno actual, aunque no ignoraba por mas de un incidente que el baron y el gefe eran de aquellos hidalgos contrarios á la casa de Hanover, los que eran numerosos en Escocia; pero hasta el momento en que su destitucion habia roto sus relaciones con el ejército no habia tenido el menor motivo para suponer que alimenta-

CAPITULO XXVIII.

63

ban en su corazon proyectos hostiles.

Eduardo no pudo menos de imaginar que si no abrazaba abiertamente el partido de Fergus Mac-Ivor, se comprometia permaneciendo en su vecindad; y que así debia partir sin demora para pedir el examen de su conducta. Tomando esta resolucion se conformaba con los consejos de Flora; y por otra parte indignábale la idea de hacerse cómplice en el azote de la guerra civil. La razon le decia, que dejando á parte la cuestion de saber hasta que punto Jacobo II habia perdido los derechos á su prosperidad, al menos habia perdido justamente los suyos á juicio unánime de la nacion (1). Desde aquella época habian reinado apacible y gloriosamente cuatro monarcas en la

(1) Sir Walter Scott pertenece á la opinión *tory actual*, es decir al partido ministerial, á pesar de que acaba de publicar recientemente un folleto antiministerial.

Gran-Bretaña , sosteniendo su gloria fuera de su nacion , y sus privilegios dentro de ella. Preguntábale la fria razon si merecia la pena de turbar un gobierno tan sólidamente establecido y sumergir el reino en las desgracias de la guerra por colocar en el trono á los descendientes de un monarca que le habia abandonado voluntariamente. Si por otro lado el conocimiento de la justicia de su causa ó las órdenes de su padre y de su tio le obligaban á servir á los Estuardos, era necesario limpiar su reputacion probando que no habia dado ningun paso en favor de ellos, á pesar de falsas insinuaciones, mientras permaneciera al servicio del Rey reinante.

La afectuosa sencillez de Rosa, la inquietud que manifestaba acerca de su seguridad , la idea de que se hallaba sin protector y espuesta á todos los peligros, hicieron impresion en su espíritu. Escribióle aquel dia mismo en los términos

CAPITULO XXVIII.

65

mas vivos, para manifestarle cuanto interés tomaba en su situación, y para asegurarle que nada habia que temer por su propia seguridad. Estos sentimientos dejaron lugar en breve á la idea de tener que despedirse de Flora Mac-Ivor.... y tal vez para siempre. ¡ Cuan dolorosa le fué esta reflexion! La noble elevacion de carácter de Flora, su sacrificio á la causa á que se habia consagrado, la escrupulosa lealtad de este sacrificio, todo justificaba á los ojos de Eduardo la eleccion de su amor; pero no habia tiempo que perder, la activa calumnia atacaba su reputacion , y la menor demora seria fatal á su honor : era preciso partir.

Despues de haber tomado esta determinacion , fué á buscar á Fergus, comunicóle la carta de Rosa, y le participó su intencion de marchar en seguida á Edimburgo para ponerse allí bajo la proteccion de muchos amigos de su padre, á quienes se habia descuidado en vi-

TOMO III.

5

sitar , aunque tenia cartas para ellos, persuadido de que no dejarian de publicar altamente su inocencia.

« Vais á echaros á la garganta del leon, le respondió Fergus: no conoceis la severidad de un gobierno atormentado por el temor y las inquietudes que le da todos los dias el sentimiento de su ilegitimidad ; y me veré obligado á libraros de algun calabozo de Stirling ó del castillo de Edimburgo.

—Mi inocencia, mi rango, la íntima amistad de mi padre con el lord M***, el general G***, etc. etc. serán suficiente proteccion.

—La hallaréis todo al contrario de lo que pensais: esos hidalgos bastante ocupados estarán en lo que les concierne á ellos. ¿Queréis, os digo por última vez, tomar *el plaid*, y permanecer algun tiempo conmigo en medio de las nieblas y las montañas por la mas justa causa que haya jamás existido?

CAPITULO XXVIII.

67

—Querido Fergus, tengo mas de una razon para suplicaros que acepteis mis excusas.

—No hablemos ya mas de esto: estoy bien cierto que dentro de poco os hallaré ocupado en ejercitar vuestro talento poético en *Elegías sobre una cárcel*, y vuestra erudicion de anticuario para descubrir la letra *ogham* (1) ó algun gerglífico de la lengua púnica, puesto en la clave de bóveda de un arco curioso por su arquitectura: oh! ¿qué decís *d' un petit pendement bien joli?* (2) Yo no querria saliros garante de esta ceremonia bastan-

(1) La letra *oggam* ú *ogham* era una especie de estenografía ó cifra secreta, inventada, segun dicen, por los irlandeses. Cárlos II seguia correspondencia con sus partidarios por medio de este carácter, del que se hallan letras en varios monumentos antiguos.

(2) Fergus, que ha vivido en la corte de Francia ha visto en los teatros de ella á *M. Pourceau-*

te desagradable, si diereis con un destacamento de whigs armados de la parte de oeste !

— Porqué me tratarían así?

— Por mil razones: 1.º sois inglés ; 2.º sois hidalgo; 3.º sois un *prelatista* perjuro; y 4.º ya mucho tiempo que no han tenido ocasion para ejercitar su destreza en esta especie de operaciones. Pero no os abandoneis al abatimiento, bien amado, todo se hará con temor de Dios (1).

— No dejaré de correr algun riesgo.

— ¿Habeis tomado ya vuestra determinacion?

— Sí.

gnac, y toma esta cita de Moliere, en la escena de los dos suizos que dicen á Pourceaugnac disfrazado: *Nous faire foir á fous un petit pendement bien cholí.*

(1) Fergus toma esta frase de la jerga de los puritanos escoceses. La palabra *bien amado*, *beloved*, y es muy usada entre ellos.

CAPITULO XXVIII.

69

—Como gustéis; mas no podréis caminar á pie.... Yo no necesitaré mi caballo cuando marche al frente de los hijos de Ivor; así podeis tomar mi bayo obscuro *Dermid*.

—Si me lo quereis vender me haréis gran favor.

—Si vuestro orgullo inglés se opone á que lo tomeis á título de don ó de alquiler, no rehusaré vuestras monedas, hallándome en vísperas de entrar en campaña.... su precio es veinte guineas. (Lector, acordaos de que esto era sesenta años ha). Y cuando quereis partir ?

—Cuanto antes mejor.

—Teneis razón: ya que debeis, ó antes bien, ya que gustais de partir, tomaré el *poney* de Flora , y os acompañaré hasta Ballybrough..... Callun Beg, haced que preparen nuestros caballos con un *poney* de mas para acompañar vos mismo al señor Waverley , y llevar su equipaje hasta que encuentre un caballo

y una guía que le conduzca á Edimburgo. Vestios á lo lowland, y tened quieta la lengua si no quereis que os la arranque con mis manos. El señor Waverley montará el *Dermid*. Luego , volviéndose á Eduardo: ¿vos vais a despediros de mi hermana?

—Si miss Mac-Ivor quiere concederme este honor....

— ¡ Cathleena! id y decid á mi hermana que el señor Waverley desearia presentarle sus respetos antes de partir... La pobre Rosa se encuentra verdaderamente en una situación cruel.... mucho me alegrara de que estuviera aquí... Y por qué no ha de venir ? no hay mas que cuatro soldados en Tully-Veolan, y sus mosquetes no serian muy útiles....»

Eduardo no respondió cosa alguna á estas reflexiones sin consecuencia : las oyó , es verdad , pero ocupábale demasiado la llegada de Flora para poner atencion en ellos. Abrióse la puerta, y

CAPITULO XXVIII.

71

Cathleena vino á anunciar que su señora rogaba al capitan Waverley se dignase disculparla si no admitia su propuesta, y que le deseaba feliz viaje y completa salud.



CAPITULO XXIX.

ACOGIDA QUE DIERON A WAVERLEY LOS LOW-
LANDS DESPUES DE SU VISITA A LOS
HIGHLOWERS.

EL sol estaba en la mitad de su carrera cuando los dos amigos llegaron al medio del desfiladero de Ballybrough. « No pasaré adelante, dijo Fergus, que durante el viaje habia procurado inútilmente sacar á Waverley de su abatimiento: si mi loca hermana, añadió, tiene la menor parte en vuestra tristeza, debo deciros que ha formado de vos la opinion mas lisonjera; pero que de tal suerte la agitan los grandes acontecimientos que se preparan, que le es imposible fijar la atencion en otro objeto. Confiadme vues-

CAPITULO XXIX.

73

tros pensamientos y no temais que os venda, con tal de que no me echeis ya en cara el usar esta vil escarapela.

— No debéis temer, si reflexionais en la manera con que me la han quitado... A Dios. amado Fergus, haced que no me olvide vuestra hermana.

—A Dios, Waverley, pronto iréis á hablar de ella bajo un título mas alto.... Volved á Waverley-Honour.... escribidnos.... reclutad partidarios , todos cuantos podais.... No tardaréis en ver huéspedes poco atentos en las costas de Suffolk, á no ser que las cartas que he recibido de Francia me hayan engañado.»

Así se separaron los dos amigos: Fergus regresó á su morada , mientras que Eduardo, acompañado por Callum Beg, se dirigia á la ciudad de.... Callum se habia transformado de pies á cabeza en criado de los lowlands. Eduardo viajó agitado por los senti-

mientos tristes pero no amargos que la separacion y la incertidumbre despiertan en el alma de un jóven amante. Ignoro si nuestras damas conocen ó no todo el poder de la ausencia; y no creo muy prudente descubrirles este nuevo resorte, no sea que, á imitación de las Clelias, se entreguen al capricho de desterrar á sus amantes. Es verdad que la distancia produce en las ideas el mismo efecto que la perspectiva: suaviza los objetos, redondea sus formas y los hace mucho mas graciosos. Desaparecen los defectos del carácter, y solo lo vemos pintado por rasgos de bondad ó de arrojó. Existen en el horizonte mental, lo mismo que en el horizonte natural, sombras propicias que ocultan los lunares que heririan de mas cerca los ojos. La luz produce tambien resultados que contribuyen al esplendor de todo lo que brilla en mitad del dia.

Olvidó Eduardo las preocupaciones de Flora Mac-Ivor: le perdonó su indiferen-

CAPITULO XXIX.

75

cia reflexionando en la importante y decisiva empresa que ocupaba toda su alma. Si el reconocimiento á un bienhechor la hacia tan adicta á su causa, ¿cual no seria su adhesion al feliz esposo que mereciera su mano ? Pero en seguida le atormentaban las dudas. ¿Podria ser un dia este venturoso mortal? Pregunta era esta á la que su imaginacion procuraba contestar afirmativamente, recordando las alabanzas que Flora le habia prodigado con la adicion de un comentario aun mas lisonjero todavía y que no autorizaba el texto. Los objetos comunes , todo cuanto pertenecia al mundo real, desaparecian en medio del delirio de una imaginacion que solo se representaba las gracias y la soberanía que remontaban á Flora á una esfera superior á la que ocupaba su sexo, y que olvidaba cuanto tenia de comun con las otras mugeres. Por fin, Eduardo se empleaba en hacer una deidad de una jóven linda, noble y amable, y siguió

76

WAVERLEY,

fabricando castillos en el aire hasta que llegó á la cumbre de una rápida montaña, á cuya falda descubrió el pueblo de....

Pocos países hay en los que la natural política llegue á mas alto punto que en el de los highlanders: Callum Beg hubiera creído faltar á sus leyes si hubiera interrumpido las imaginaciones de nuestro héroe; pero observando que Eduardo salía de su elevamiento á la vista del pueblo, se acercó y le dijo :

«Confío que cuando entremos en la posada su merced no hablará de Vich Jan Vohr ; porque las gentes de este país son los whigs mas frenéticos del mundo: ¡cargue el diablo con ellos!»

Waverley ofreció á su prudente guía ser circunspecto y reservado: y en aquel instante oyó no el repique de las campanas , sino un ruido sordo que parecia dimanar del toque de un martillo contra un viejo y verdoso caldero, medio destruido, y que habian colgado de una

CAPITULO XXIX.

77

ventana abierta y destinado para adornar el extremo oriental de un edificio muy semejante á la vieja granja. Preguntó á Callum Beg si aquel dia era domingo.

No puedo asegurarlo, respondió Callum Beg, porque á esta parte del desfiladero de Ballybrough rara vez es domingo....

Entraron en el pueblo, y dirigiéronse á aquella posada cuyo exterior prometia mas ventajas. Multitud de ancianas con jubones de grosera tela y con mantos colorados salian del edificio parecido á la granja, discutiendo entre sí el mérito comparativo del santo jóven Jabesch Rentowell y Goukthrapple. Al punto que vió Callum la muchedumbre, dijo á Eduardo que no dudaba ya que en aquel dia se celebraba la gran festividad, ó como decían en el pais, el *domingo del ayuno*.

Bajaron á la posada que tenia por señal el *Candelero de oro de siete brazos*, con una divisa en hebreo, para mayor

78

WAVERLEY,

comodidad del público. El huésped, figura puritana, alto y seco, adelantóse á ellos como deliberando si debia dar asilo á unas personas que viajaban en semejante dia; pero al fin, pensando que tenia en su poder los medios de hacerle pagar la multa por esta falta, castigo que podian evitar pasando á casa Gregorio Duncanson, posada del *Highlander* y de la *Pinta de Hawick*, el señor Ebenezer Cruickshands, condescendió en dejarles entrar en su casa.

Waverley dijo á este santo personaje que necesitaba un guia y un caballo para conducir su equipaje á Edimburgo.

« ¿ Y de donde venís? preguntó el huésped del *Candelero*.

— Acabo de deciros donde deseo ir; cualquiera otra esplicacion es inútil para el conductor y para el caballo que he menester.

—Hum! hum! dijo gruñendo el hombre del *Candelero*, algo aturdido con es-

CAPITULO XXIX.

79

ta sobarbada.... hoy es día de ayuno solemne, y no me es lícito hacer ninguna transacción carnal en día semejante, en que las almas deben humillarse, y los apóstatas volver al regazo de la iglesia, como decía el digno *maister* Goukthraple.

—Buen amigo , ya que no podéis procurarme un caballo y un guía, mi criado irá á buscarlo á otra parte.

— Hola ! vuestro criado !.... ¿Y por qué no os acompaña él mismo á Edimburgo ?»

Eduardo no poseía la viveza de un oficial de dragones, hablo de aquella viveza que muchas veces me ha servido á mí de mucho cuando viajando en coche de postas ó en diligencia he encontrado algun nililar que se ha tomado el trabajo de disciplinar á los mozos de las posadas, y de obligar á hacer de nuevo la suma de la cuenta; con todo habia recibido una tintura de este útil talento en el curso

de su carrera militar. La grosera provocación del posadero principió á acalorarlo.

«Hola , señor mio , le dijo ; he venido aquí á descansar y no á responder á preguntas impertinentes. ¿Lo oís, señor mio?... Decidme si podeis proporcionarme lo que os pido ; digais que si ó que no por eso no iré menos.»

El señor Ebenezer Cruikshands salió murmurando algunas palabras entre dientes: Eduardo no pudo comprender si estas palabras eran negativas ó afirmativas. La huéspeda, persona muy cortés, muy dulce, muy activa, vino á preguntar á nuestro viajero que queria para comer, Eduardo no pudo arrancarle una palabra concerniente al caballo y al guia que habia pedido : sin duda la *ley sálica* estaba en vigor en las caballerizas de la posada del *Candelero de oro*.

Al acercarse á una ventana que daba á un pequeño patio, donde Callum Beg

CAPITULO XXIX.

81

se ocupaba en limpiar los caballos, Waverley oyó el diálogo entablado entre el astuto page de Vich Jan Vohr y el dueño de la posada.

«Hola, jóven, le dijo este último, ¿venís del norte ?

—Bien podeis decirlo !

—Habeis andado mucho hoy ?

—Lo bastante para beber una gota con gusto.

—La beberéis al punto.... Muger, trae el vaso de una pinta de grande.»

En esto se dijeron recíprocamente algunos cumplimientos: el dueño del *Candelero de oro* creyó entonces haber abierto el corazon de su huésped con esta ceremonia propiciatoria de la hospitalidad, y volvió á principiari sus preguntas. «Sin duda tendréis mucho mejor *whisky* en el otro lado del estrecho de Ballybrough.

— Yo no soy del otro lado del estrecho.

TOMO III.

6

— Conozco muy bien en vuestro acen-
to que sois highlander.

— Vengo del camino de Aberdeen.

— ¿Y vuestro dueño ha venido tam-
bien con vos de Aberdeen ?

— Sí: es decir venia cuando yo, res-
pondió con serenidad el impenetrable
Callum Beg.

—Y qué especie de hidalgo es este?

— Creo que es oficial al servicio del
rey Jorge, al menos camina hacia el me-
diodia ; su bolsillo va bien provisto, y
no le regatea á un pobre , ni rebaja nada
en las cuentas de las posadas.

—¿Pide un caballo y un guia para
ir á Edimburgo ?

— Sí; debeis hacerle en seguida la di-
ligencia.

— Le costará caro.

— No rebajará un *bodle*.

—Muy bien, mi querido Duncan! ¿No
me habéis dicho que os llamais Duncan
ó Donald ?

CAPITULO XXIX.

83

—No, no.... Jamie , Jamie Steenson; ya os lo dije.»

Esta inesperada respuesta confundió al señor Cruickshands, quien se retiró poco satisfecho de la reserva del dueño y del criado; pero al menos quiso desquitarse con el precio del caballo de alquiler. No olvidándose de hacer valer que fuera día de ayuno, contentóse con pedir algo mas del doble del precio ordinario.

Apresuróse Callum Beg á participar á Waverley el ajuste que acababa de cerrar.

«Este viejo diablo, añadió, quiere acompañar él mismo al *Duinh-ewassel*.

—No es eso muy agradable ni muy seguro, Callum, porque nuestro huésped me ha parecido muy curioso ; pero un viajero debe saber sufrir estas ligeras impertinencias. Con todo, mozo, tomad esta bagatela para beber á la salud de Vich Jan Vohr.

Los ojos de águila de Callum Beg relumbraron de placer al ver una guinea

de oro, y apresuróse á meterla en él bolsillo , no sin maldecir el engorro de una faltriquera de calzones sajones, ó de un *splénchan* , como la llamaba ; despues, como si reflexionase que este don pedia algun servicio en pago, acercóse á Eduardo con ademan de inteligencia, y le dijo á media voz.

— Si su señoría mira como algo peligroso á ese viejo diablo de whig , yo me encargo de enseñarle á conducirse bien.

—¿Como, de qué manera? preguntó Eduardo.

— Yo mismo, repuso Gallum , iré á esperarle un trozo distante de la ciudad, y le acariciaré los lomos con mi *skene-occle*.

— *Skene-occle!* qué viene á ser esto?»
Callum desabrochó su chupa, levantó el brazo izquierdo , y enseñó con aire expresivo la punta de un pequeño *dirk* que habia ocultado cuidadosamente en el forro.

CAPITULO XXIX.

85

Waverley creyó haber comprendido el gesto de Callum, miróle de hito , y halló en las facciones de su rostro, muy bellas, aunque ennegrecidas por el sol, aquella maliciosa espresion que caracterizaria á un inglés de la misma edad que acabase de confiar un plan para robar los frutos de un verjel.

—Gran Dios ! Callum, imaginais acaso quitarle la vida ?

—Sí, ciertamente, respondió el desesperado jóven; y creo que ha vivido sobrado tiempo ya que es capaz de vender á gentes de honor que vienen á gastar el dinero en su posada.»

Waverley conoció que no adelantaria nada con buenas razones; contentóse con mandar á Gallum que no intentase cosa alguna contra la persona del señor Ebenezer Cruikshands, y á este mandamiento aquietóse al parecer el page con suma indiferencia.

—El *Duinh-ewassel* hará lo que le

plazca : el viejo bellaco nunca hizo ningun daño á Callum ; mas ved aquí algunas líneas que el *tighearnach* me ha encargado os entregará antes de volver.

La carta del *tighearnach* (del gefe) encerraba los versos de Flora al capitán Wogan, cuyo carácter emprendedor ha pintado tan bien Clarendon: al principio se habia adherido al parlamento, pero abjuró de este partido cuando ajusticiaron á Carlos I. Así que supo que el conde de Glencairn y el general Middleton habian enarbolado el estandarte real en los highlanders de Escocia, despidióse de Carlos II, que se hallaba á la sazón en París, volvió á Inglaterra, levantó un cuerpo de caballería en las cercanías de Londres, atravesó el reino , que estaba ya mucho tiempo bajo la dominacion del usurpador, y logró reunirse con hábiles marchas y sin haber perdido un solo hombre á un cuerpo de highlanders que seguia la bandera de los Estuardos. Despues de ha-

CAPITULO XXIX.

87

ber hecho una guerra inútil por espacio de muchos meses , y adquirido con sus talentos y valor una gran reputacion, tuvo la desgracia de que le hiriesen de peligro, y ningun socorro del arte fué capaz de prolongar su gloriosa carrera.

El político gefe tenia evidentemente mas de un motivo para desear presentar el ejemplo de aquel jóven á los ojos de Waverley, cuyo carácter caballeresco no ignoraba poseia cierta semejanza con el de Wogan ; pero su carta estaba consagrada sobre todo á recordarle algunas comisiones que Waverley habia prometido desempeñarle en Inglaterra. Hasta el último párrafo no halló Eduardo estas palabras :

«Ya que os causo la molestia de leer estas líneas, para recordaros vuestra promesa de enviarme de Londres el arpón y la ballesta (1), incluyo aquí los versos

(1) De que hablaban sin duda los párrafos anteriores.

de mi hermana al sepulcro de Wogan. Sé que ella se opondría si lo supiese ; por que hablándoos en verdad está mas prendada de la memoria de este jóven héroe que no lo estará nunca de ningun hombre vivo, á menos que no siga el mismo camino; pero los hidalgos de nuestros dias guardan sus *robles* para abrigar los corzos de sus parques, ó para reparar las pérdidas de una velada en la fonda de White (1); nunca han pensado en invocarlos para coronar sus frentes ó para sombrear sus tumbas. ¡ Permitidme que haga una brillante escepcion en un amigo querido , á quien daria con gusto un título mas caro á mi corazon !»

La llegada de mistress Cruickshands con los prosaicos elementos de la comida sacó á Eduardo del enagenamiento en

(1) *St. James street*, donde el juego arruina á mas de un milord.

CAPITULO XXIX.

89

que esta carta le tenia. Por 6n se presentó la alta y triste figura del señor Ebenezer: aunque la estacion no exigia tales precauciones, se habia puesto un ancho redingote de paño ordinario sujeto encima de sus vestidos con un cinto, y que remataba en un amplísimo capucho, llamado *trot cory*, el cual cubria en caso de necesidad el sombrero y la cabeza, y le abrochaba bajo de la barba. Armaba su mano un grueso látigo de criado guarnecido de cobre, y cubrian sus largas y delgadas piernas unas polainas pardas cerradas por el lado con presillas de metal.

Ataviado de este modo, detúvose en medio del aposento, y dijo en tono lacónico: «Los caballos están dispuestos.

— ¿Luego sois vos quien viene conmigo, huésped?—Sí, hasta Perth, donde tomaréis otra guia que os conduzca á Edimburgo.»

Esto diciendo, presentó á Waverley

la tarjeta de gasto que tenia en la una mano, y con la otra llenó un vaso de vino que bebió devotamente por su feliz viaje. Waverley se sorprendió algun tanto del descaro de este hombre ; pero como no habia de permanecer mucho tiempo con él y á mas necesitaba un guia, disimuló, pagó su gasto, y manifestó deseos de partir sin demora. Montó en *Dermid*, y salió del patio de la posada del *Candelero de oro* seguido de la figura puritana que hemos descrito. Con ayuda de un *lonping-onstane*, ó banco de cal y canto arrimado de intento á la casa, habia conseguido fácilmente Ebenezer izar su persona sobre los lomos de la fantasma de un largo y trashijado caballo que no tenía mas que piel y hueso», sobre el que tambien iba el portamanteo de Waverley. Nuestro héroe, aunque no estaba muy alegre, no pudo menos que reir del talante de su nuevo escudero, figurándose la sorpresa que causaria en

CAPITULO XXIX.

91

el castillo de Waverley verle con semejante equipaje.

La sonrisa de Eduardo no escapó á nuestro huésped del *Candelero*: comprendió cual era la causa, lo que dobló el sobrecejo de su sombrío rostro fari-saico, y prometiéndose á sí mismo que de un modo ó de otro el jóven inglés pagaría caro el desprecio con que parecia mirar su persona.

Callum que se hallaba tambien cerca de la puerta, rió largamente de la ridícula figura del señor Cruickshands. Cuando Waverley pasó por junto á él, quitóse el sombrero con respeto , y acercándose al estribo le dijo: «Tened cuidado no os juegue este viejo bellaco de whig alguna mala pieza.»

Dióle de nuevo las gracias Waverley, le dijo á Dios, y apresuró el paso de *Dermid*, alegrándose de no oir los clamores que despedían los niños al ver al viejo Ebenezer, quien para evitar el traqueo

92

WAVERLEY ,

del trote de su bestia en una calle medio enlosada , se levantaba y se abajaba sobre sus estribos.

El pueblo de ** quédoseles en breve detras á muchas millas de distancia.



CAPITULO XXX.

QUE LA PÉRDIDA DE UNA HERRADURA PUEDE
SER ALGUNAS VECES UN INCONVENIENTE
SERIO (1).

Los modales y noble continente de Waverley, y sobre todo el brillante contenido de su bolsillo, y el poco caso que hacia de él, impusieron algun tanto á su compañero, y no le permitieron atreverse á trabar conversacion. Sin embargo, agitábanle diversas sospechas, y ocupábanle al mismo tiempo ciertos planes para hacerlas servir en favor de su inte-

(1) Alusión á un refrán popular que compara una pérdida de poca monta á la pérdida de una herradura.

rés personal. Los dos viajeros continuaron pues su camino en silencio hasta que le interrumpió el guía anunciando que su jaco había perdido una herradura de delante, y que sin duda convendría señoría en que á él le tocaba volverla á poner.

Esto era lo que los legistas ingleses llamaban *fishing question* (una cuestion de pesca), para saber hasta que punto estaba dispuesto Waverley á someterse á sus posturillas: pero Waverley se engañó acerca del sentido de esta observacion.

«¡A mí me toca volver á poner la herradura de vuestro caballo, bellaco! exclamó.

— Ciertamente, aunque no pusimos esta cláusula en el trato, no me corresponde á mi pagar los accidentes que puedan acaecer al pobre jaco en tanto que está al servicio de su señoría.... sin embargo.... si su señoría....

— Ah! quereis decir que yo debo pa-

CAPITULO XXX.

95

gar al herrador: ¿ pues donde hallarémos uno?»

Admirado de que el dueño á quien servia en el momento no hiciese ninguna objecion, el señor Cruickshands aseguró que Cairnvreckan, pueblo donde iban á entrar, estaba favorecido con un excelente herrero; pero como este era al mismo tiempo profesor, nada del mundo le decidiria á clavar un clavo el dia de sábado ó de ayuno, á menos que no fuese en caso de absoluta necesidad, y entonces hacia pagar las herraduras á precio exorbitante². La parte de estas observaciones que miraba como mas importante el señor Ebenezer hizo poca impresion en el espíritu de Eduardo , quien se admiraba tan solo de hallar un profesor en una mala aldea: ignoraba que se servian de este nombre para designar á los que afectaban gran santidad de costumbres y de religion.

Al entrar en el pueblo de Cairnvreckan

² Cfr. DEF (233): "(...) six pences par fer" (seis peniques por herradura). OLI adopta una solución translativa que no recoge el nombre de la moneda, objeto cultural extranjero.

distinguieron fácilmente la casa del herrador : como al propio tiempo era posada , tenía dos pisos, y su techo de pizarras dominaba con orgullo las cabañas que le rodeaban. La fragua no se resentía en nada del silencio *sabático* que Ebenezer había anunciado; el yunque resonaba con los redoblados golpes de los martillos, gemía el fuelle, y todos los instrumentos de Vulcano estaban en actividad. Las faenas no eran de campestre ni pacífica naturaleza: el maestro herrero, llamado John Mucklewarth, según la muestra ó letrado que se veía en la puerta, ocupábase con dos oficiales en reparar, componer y bruñir espadas viejas y varios mosquetes y pistolas esparcidas acá y acullá en rededor del obrador con un desorden de guerra. Bajo el cobertizo abierto que contenía la fragua había una muchedumbre de gentes que iban y venían, como recibiendo ó dando importantes nuevas: basta echar una ojeada á

CAPITULO XXX.

97

todos estos aldeanos que cruzaban la calle de prisa ó permanecían reunidos en grupos con los brazos y los ojos levantados al cielo , para adivinar que un gran acontecimiento agitaba á todo el ayuntamiento de Cairnvreckan.

«Hay algo de nuevo? dijo el huésped del *Candelero*, lanzando de golpe su jaco trashijado en medio de la multitud y adelantando su pálida y descarnada figura ; hay algo de nuevo , y con la ayuda de mi Criador he de saberlo que es.»

Waverley, con una curiosidad mejor contenida que la de su guía, echó pie á tierra, y dio el cuidado de guardar su caballo á un mozuelo que había allí mirando con aire ocioso, y el que, sin duda á consecuencia de la falsa vergüenza contraída desde su infancia, no dirigía nunca á un extranjero la mas mínima pregunta sin haber examinado previamente su continente y fisonomía. Mientras que buscaba á su derredor alguno

TOMO III.

7

que le inspirase bastante confianza para entrar en conversacion , supo sin preguntar lo que queria saber. Oyó pronunciar los nombres de Lochil, de Clanronald, de Glengary y otros muchos gefes de los highlanders, y frecuentemente entre otros el de Vich Jan Vohr. Estos nombres eran tan familiares como las palabras mas comunes, y por la alarma que manifestaban generalmente comprendió con facilidad que estos gefes habian hecho ó, debian hacer en breve una incursion, en los lowlands al frente de sus tribus armadas.

Antes que Waverley tuviese tiempo de dirigir la menor pregunta, una muger alta y robusta, de rostro duro y coloradísimo en todas las partes no ennegrecidas por el hollin y el humo, y vestida á mas como si le hubiesen echado los vestidos encima del cuerpo con una horquilla , se lanzó en medio de la muchedumbre, y haciendo saltar en sus brazos un

CAPITULO XXX.

99

niño de dos años, sin atender a sus aterrados clamores, decia con toda la fuerza de sus pulmones : « ¿ Oís lo que os sucede viejos llorones de whigs? Oís lo que viene á sofocar vuestra jactancia? »

El Vulcano de Cairnvreckan , que conoció á su Venus en esta victoriosa bacante, la miraba con ojos siniestros y amenazadores, cuando los senadores del lugar se apresuraron á interponer su mediación: «Silencio! buena muger; ¿es este tiempo, es este dia de hablar así? ¡Un tiempo en que se ha derramado puro el vino de la cólera en la copa de la indignacion , y un dia en que el pais debe dar testimonio contra el *papismo*, y el *independentismo*, y la *supremacia*, y el *cristianismo* , y el *antinomianismo*, y todos los errores de la Iglesia ! (1).

(1) Sin tomarnos la libertad de poner aquí algunas voces no admitidas ó autorizadas todavía en nuestra lengua, seria imposible traducir este pasaje (N. del T.)³.

³ Ésta es una de las pocas notas a pie de página en las que se deja constancia explícita de su origen: "Nota del Traductor". Para el resto de las glosas extratextuales OLI no indica si proceden de DEF, la traducción francesa intermediaria, o son añadidos propios.

— ¿Y es esa toda vuestra *whigería*? repuso la agigantada muger, es esa toda vuestra *whigería* y *presbiterianismo*? ó viejos zafios de orejas cortadas (1): que! ¿pensais que á los bravos highlanders se les dará mucho de vuestros sínodos, de vuestros presbiterios, de vuestros *buttock-mails* y de vuestras sillas de penitencia? Odio y venganza á esas negras invenciones! Mas de una muger de las puestas en ellas era mas honrada que otra que cohabita no importa con que whig del pais; yo misma.....»

Aquí John Mucklewarth, que temia no entrase en los detalles de sus pruebas personales, apresuróse á interponer su autoridad de marido:

« Entra en casa, y ve al diablo, ya que me obligas á hablar así, y arregla la cena.

(1) Alusión á la manera con que se cortaban los cabellos.

CAPITULO XXX.

101

— Y tú tambien, caduco estúpido! respondió su dulce mitad, cuya cólera, que habia alucinado á todos los asistentes, iba á seguir su curso natural; tú te ocupas en preparar fusiles para unos locos que no se atreverán nunca á dispararlos contra un highlander : ¿no hicieras mejor en ganar el sustento para tu familia, y herrar el caballo de este jóven hidalgo que acaba de llegar del norte? Apostaria á que no es de esos llorones del rey Jorge, y sí al menos un bravo Gordon.»

Todos los ojos se volvieron al punto á Waverley, quien aprovechó este momento de calma para invitar al mariscal á herrar en seguida al caballo de su guia, por precisarle continuar su camino; lo que acababa de oir le hacia temer que corriera algun peligro en permanecer mas tiempo. Las miradas del mariscal permanecieron fijas en él con cierto aire de disgusto y de sospecha, la que habia

aumentado el zelo de su muger en favor del recién llegado.

«No has oído lo que ha pedido este bello jóven, bribon? le gritó la muger,
— ¿Y cual es vuestro nombre, señor mio, le dijo Mucklewarth?

— Poco os importa mi nombre, amigo , con tal que os pague vuestro trabajo.

— El gobierno puede tener interés en saber quien sois, respondió un viejo arrendatario que olía fuertemente á whisky y á humo de turba; dudo que se os permita continuar vuestro camino antes que hayais visto al *laird*.

— Ciertamente, respondió Waverley con altivez, que seria difícil y peligroso detenerme aquí, á menos que no me enseñéis que tenéis derecho para detenerme. »

Entonces hubo un momento de reflexion y de cuchicheo en la multitud.

«Es el secretario Murraylor Lewis Gordon, quizás el propio caballero

CAPITULO XXX.

103

Tales eran las sospechas que se comunicaban unos á otros, y en efecto parecían dispuestos cada momento mas á impedir la partida de Waverley. Trató este de hacerles oír la razon hablándoles con dulzura; pero mistress Mucklewarth se apoderó de la palabra, é interrumpió sus esplicaciones tomando su partido con una violencia que irritó contra Eduardo aquellos á quienes se dirigia. « Como detendriais, exclamó , á un hidalgo amigo del príncipe ? (porque tambien ella, aunque con sentimientos opuestos á los demas, habia adoptado la opinion general acerca de Waverley .) Os desafio á tocarle la punta del dedo: si alguno se atreve a ello, le aplico mis diez mandamientos de Dios en el rostro. » Así hablando , extendia sus largas manos bien musculadas y armadas de retorcidas uñas , que hubiera podido envidiar un buitre.

«Entrad en vuestra casa, *buena muger*, le dijo el arrendatario; id a cuidar

los hijos del *buen hombre*, y será mejor que no que nos aburrais aquí.

— *Sus hijos!* replicó la amazona mirando á su marido con el mas profundo desprecio : *sus hijos!....»*

Este paso que escitó entre los jóvenes de la asamblea mal disimulada risa, hizo perder enteramente la paciencia al hombre del yunque.

«¡Lléveme el diablo, dijo en un esceso de rabia, si no le clavo en el gaznate este hierro encendido!» Hubiera ejecutado su amenaza, pues ya habia sacado su barra de hierro de la fragua, si una parte de la muchedumbre no le detuviera, mientras que otros se esforzaban en apartar de su presencia su ruidosa mitad.

Waverley queria aprovecharse de este momento de confusion para escapar, pero no hallaba su caballo; percibió por fin á alguna distancia á su fiel guia Ebenezer, quien desde el instante que vio el rumbo que tomaba la discusion , habia

CAPITULO XXX.

105

sacado las dos cabalgaduras de la multitud, y habia montado en la suya, teniendo la otra de la brida. Waverley le gritó por repetidas veces que le llevase su caballo ; mas él respondió tranquilamente : «No , no; si no sois amigo ni de la iglesia ni del rey, tendréis que justificaros delante de las gentes honradas del pais por haber faltado á nuestros convenios, y debo guardar el caballo y la maleta, en atencion á que mi jaco y yo perdemos el trabajo del dia de mañana, ademas del sermon de esta tarde.»

Eduardo perdia la paciencia viéndose rodeado y amenazado por la canalla, y á punto de ser acometido á cada momento: resolvió probar á poner miedo, y enseñó una pistola de faltriquera amenazando al mismo tiempo con que haria saltar los sesos á cualquiera que se opusiese á su paso, y que haria otro tanto con Ebenezer si daba un paso mas con los caballos.

El sabio Partridge (1) dice que un solo hombre armado de una pistola vale como cien desarmados; por que aunque no puede matar mas que á uno de sus enemigos, cada uno teme ser él el muerto. A pesar del *levantamiento en masa* de Cairnvreckan, Eduardo lograra sin duda abrirse paso, y Ebenezer, cuya palidez era tres veces mas cadavérica, no hubiera osado resistir á una orden de tal naturaleza si el Vulcano de la aldea, que necesitaba desfogar en alguno el furor provocado por su mitad, no saliera con su barra de hierro ardiente, bastante satisfecho para poder dirigirse al mismo Waverley. Nuestro héroe, atendiendo así mismo á

(1) Partridge, como sabe el lector, es uno de los personajes mas cómicos de la inimitable obra de Fielding: este escudero de Tom Zones posee como Sancho Panza un tesoro de refranes, los que así en Inglaterra como en todos los países son la sabiduría de las naciones.⁴

⁴. Nótese la actitud domesticadora: se acerca el universo literario inglés al lector del polisistema meta español mediante un paralelismo entre dos personajes de ficción (cfr. "Tom Zones" [sic: Jones]). Esa parte de la glosa extratextual no tiene su origen en DEF.

CAPITULO XXX.

107

su propia defensa , se vio obligado á disparar contra él, y el desgraciado mariscal cayó. A vista de este espectáculo , sobrecogido Eduardo de horror, no pensó ni en servirse de su segunda pistola , ni en hacer uso de la espada. Echóse sobre él el populacho, desarmóle; y estaba á panto de cometer las mayores violencias, cuando apareció un venerable eclesiástico , cura de la parroquia.

Este digno personaje (que no era un Goukthrapple ni un Rentowell) era reverenciado del pueblo , aunque predicaba las obras prácticas del cristianismo asi como sus dogmas abstractos, y le estimaban las clases superiores aunque desdeñaba lisonjear sus errores haciendo de la cátedra del evangelio una escuela de moral pagana. Su memoria forma como una época en los anales de Cairnvreckan; en términos que para indicar que tal cosa sucedió sesenta años ha, dicen todavía: en tiempo del bueno señor Morton. Sin

embargo, aquella mezcla de fe y de práctica en su doctrina causa tal vez que nunca haya podido descubrir si perteneció al partido evangélico ó al partido moderado en la iglesia de Escocia. Por lo demas, creo que no es muy importante aclarar esta circunstancia , puesto que me acuerdo haber visto yo mismo á uno de estos dos partidos dirigidos por un Erskine, y al otro por un Robertson.

Habian alarmado al señor Morton la esplosion de la pistola y el tumulto creciente que reinaba en derredor de la fragua. Su primer cuidado, despues de mandar que asegurasen la persona de Waverley, pero sin usar de la menor violencia, fué acercarse al cuerpo de Mucklewarth, sobre el cual su muger , por una súbita revolucion de sentimientos, lloraba, daba alaridos y se arrancaba los cabellos, con casi todos los síntomas de la desesperacion. Cuando levantaron al herrero, el primer descubrimiento fué que todavía

CAPITULO XXX.

109

estaba vivo , y el segundo que viviría probablemente tanto tiempo como si no hubiese oído ni aun el ruido de una pistola en su vida; sin embargo, había escapado de buenas : la bala , que le había rozado la cabeza, aturdiólo por un momento, la sorpresa y el miedo hicieron lo demás. Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir venganza, y no sin pena convino en la demanda del señor Morton de conducir al culpable en casa del *laird* poniéndole á su disposición como juez de paz. El resto de la asamblea aprobó esta medida, hasta mislres Mucklewarth , quien acababa de escapar de su acceso de nerviosa ternura, y la que dijo osadamente que nada tenía que objetar contra lo que proponía el cura ; valía mas que el lugar que ocupaba , y esperaba verle un día con hermosa túnica de obispo encima, la que le estaría mejor que los manteos y los cuellos de Ginebra.

Terminada de este modo toda discu-

110

WAVERLEY,

**Sion, fué conducido Waverley, escoltado
por todos los habitantes de la aldea que
no se hallaban enfermos, á casa de
Cairnwreckan, á media milla de distancia.**



CAPITULO XXXI.

INTERROGATORIO.

EL mayor Melville de Cairnwreckan, hidalgo viejo que habia pasado su juventud en la carrera de las armas, recibió al señor Morton con cordialidad; y al prisionero con una política que hacian fria e incómoda las circunstancias equívocas en que se hallaba Eduardo.

Habiéndose informado de la herida del mariscal, y viendo que habia caido de miedo, y que el acusado se habia visto obligado á defenderse, terminó este negocio haciendo que Waverley entregase una corta suma en provecho del herido.

«Deseara sinceramente, dijo á Waverley, que hubiese desempeñado ya todos

mis deberes respecto á vos; pero me veo obligado á preguntaros ¿cual es el motivo que os hace viajar por este pais en estos desgraciados tiempos?»

Ebenezer Cruickshands se acercó al magistrado para participarle las sospechas que concibiera en vista de la reserva de Waverley , y de la manera con que Callum Beg habia eludido sus preguntas. «Su caballo, añadió, pertenecia á Vich Jan Vohr, él lo sabia, pero no ha osado decirlo en rostro al primer guia de Eduardo por miedo de que alguna noche no prendiese fuego á su casa aquella infernal banda de los Mac-Ivors. Concluyó ponderando el importante servicio que habia hecho así á la iglesia como al gobierno, arrestando con el auxilio de Dios (dijo modestamente) aquel delincuente sospechoso y formidable. No disimuló su esperanza de ser un dia recompensado é indemnizado al instante de la pérdida de su tiempo, y hasta de su reputacion de

CAPITULO XXXI.

113

santidad por haber viajado por negocios de estado el día de ayuno.

A esto respondió con mucha gravedad el mayor Melville: que lejos de pretender el menor mérito en este negocio, el señor Cruickshands debía abogar para que le dispensasen de una multa considerable que pudieron imponerle por haber infringido una orden reciente no declarando al mas cercano magistrado el extranjero llegado á su posada ; y que puesto que el señor Cruickshands se jactaba tanto de su religion y de su fidelidad política, no atribuía á malevolencia semejante conducta , pero suponía tan solo que su zelo por la iglesia y el estado se habían dejado adormecer en ocasión de hacer pagar doble á un viajero el alquiler de un caballo. Así mismo como se reconocía incompetente para pronunciar solo acerca de un delito de tal naturaleza, se reservaba dar cuenta de él en la sesión del trimestre siguiente. Aquí nuestra

TOMO III. 8

historia no dice mas del hombre del *Candelero*, quien se retiró á su casa confuso y descontento.

El mayor Melville mandó á todos los aldeanos entrar en sus casas, esceptuando á dos que llenaban las funciones de testigos, á quienes dijo que esperasen bajo. Quedó únicamente en el aposento el señor Morton, á quien el mayor invitó á hacerlo, una especie de factor que hacia las veces de escribano, y el mismo Waverley. Despues de un silencio penoso y embarazoso, el major Melville, habiendo examinado las facciones del jóven acusado con aire lleno de compasion y echando de tiempo en tiempo los ojos en un papel que tenia en la mano, le preguntó su nombre.

«Eduardo Waverley.

—No lo dudaba¿capitan del...de dragones, sobrino de sir Everard Waverley de Waverley Honour?

—El mismo

CAPITULO XXXI.

115

— Jóven ! mucho siento haber de cumplir mi deber.

—Mayor Melville, el deber no necesita de excusas.

—Teneis razon: permitidme pues que os pregunte de que manera habeis empleado el tiempo desde que obtuvisteis licencia para ausentaros de vuestro regimiento.

—Antes de responder á esta pregunta general, permitidme que os demande á mi vez de que me acusan, y cual autoridad me impone la obligacion de responder á vuestras preguntas.

—La acusacion dirigida contra vos, siento decirlo, señor Waverley, es de la naturaleza mas grave, y compromete vuestro carácter como ciudadano y como militar. Os acusan de haber sembrado el espíritu de rebellion entre los hombres confiados á vuestro mando, y de haberles dado el ejemplo de la desercion prolongando arbitrariamente vuestra licencia, en des-

precio de las órdenes reiteradas del coronel Os acusan de alta traicion por haber tomado las armas contra vuestro Rey.... Dificil fuera ser culpable de delitos mayores.

—¿ Qué autoridad me ordena responder á semejantes calumnias?

—Una autoridad que no podeis recusar, y á la que yo no puedo desobedecer.»

El mayor Melville le puso entre manos un *warrant*, ó decreto de prision del consejo criminal y supremo de Escocia, en debida forma contra Eduardo Waverley, *esquire*, sospechoso de inteligencias de traicion y de otros crímenes y delitos.

La admiracion que sobrecogió á Eduardo al leer este decreto pareció al mayor Melville una prueba de que se reconocia culpable, mientras que el señor Morton la miró como la espresion de la inocencia injustamente acusada. Tenian algo de verdadero ambas conjeturas: aunque era Eduardo inocente de los crímenes que le

CAPITULO XXXI.

117

imputaban, al echar una rápida ojeada á su conducta , no podia disimularse que le seria muy difícil justificarse plenamente.

«Este es uno de los actos mas penosos de este arduo negocio, repuso el mayor Melville despues de una pausa, y mas cuando se trata de una acusacion tan grave; pero me veo obligado á invitaros á que me manifesteis todos vuestros papeles.

—Vais á verlos todos, respondió Eduardo poniendo en la mesa su cartera y sus *memoranda*, ó cuadernos de notas; os ruego que dejeis de examinar un papel.

—No puedo condescender en ninguna escepcion.

—En este caso, señor mio, leedlos; pero como creo que no os servirán para nada, espero que me los devolveréis.»

Sacó del seno la carta que habia recibido por la mañana, y la presentó con su sobrescrito: el mayor la leyó para si,

y dió orden al escribano de sacar una copia : insertó esta copia en el sobrescrito, dejóla en la mesa, y volvió el original á Waverley con ademan triste y grave.

Despues de haber dado al prisionero (porque nuestro héroe lo estaba) tiempo para recoger sus ideas , el mayor Melville volvió á su interrogatorio diciendo: que ya que el señor Waverley parecia negarse á responder á preguntas generales, se reduciria á una informacion especial. Procedió pues á sus funciones, y dictó al amanuense la substancia de sus preguntas y respuestas.

«El señor Waverley conocia á un tal Humphry Hongthon, sargento en los dragones de G. ?

—Le conocia muy bien, mandaba una escuadra en mi compañía, y es hijo de uno de los arrendadores de mi tio.

—Muy bien: ¿no poseia vuestra confianza, y una grande influencia sobre sus camaradas ?

CAPITULO XXXI.

119

—Nunca he necesitado á semejante hombre para confidente: hacia caso del saraento Hongthon como de un militar inteligente y activo, y creo que por esta razon le estimaban particularmente sus camaradas.

—Vos empleasteis muchas veces á este hombre para comunicaros con los jóvenes que reclutasteis en Waverley Honour.

—No lo niego: estos pobres diablos, incorporados en un regimiento compuesto casi enteramente de escoceses é irlandeses, se dirigian á mí en todas sus necesidades; y es natural que tomasen por intérprete á su sargento, que era su compatriota.

—Luego confesais que poseia la mayor influencia en los reclutas que llevasteis de Waverley-Honour?

—No lo niego; mas decidme, ¿que linie de comun esta particularidad con lo que tratamos ahora?

—Voy á decíroslo , y os ruego que

useis de la mayor franqueza en vuestras respuestas. ¿Despues que os ausentareis del regimiento, no mantuvisteis ninguna correspondencia directa ó indirecta con el sargento Hongthon ?

— ¡Yo mantener correspondencia con uu hombre de ese rango! ¿y porqué, decid, ó con qué intención?

—Eso es lo que tendréis la bondad de esplicarme: ¿ no le disteis ninguna comision sobre libros?

—Respecto á estos, me acuerdo haberle dado una comision insignificante, y esto porque mi criado no sabia leer: le encargué embalar algunos libros cuya lista le remitia , y enviármelos á Tully-Veolan.

—De qué naturaleza eran estos libros?

—La mayor parte eran obras de literatura, y la mayor parte debian servir para la lectura de una señorita.

¿Entre esas obras de literatura no habia algunos folletos y varios tratados políticos contra el gobierno ?

CAPITULO XXXI.

121

—Confieso que habia algunos tratados de política, pero apenas los miré ; me los dirigia un afectuoso amigo, cuyo corazon vale mas que su entendimiento y sagacidad política : estos escritos parecian producciones insípidas.

—Sin duda ese amigo es un tal señor Pembroke, sacerdote no juramentado, y autor de dos manuscritos hallados en vuestra maleta?

—Os juro, á fe de hidalgo, que nunca leí seis páginas.

—Yo no soy vuestro juez, señor Waverley, vuestras respuestas serán transmitidas á quien corresponda de derecho. ¿Conocéis á Wily Willi ó Will Bathven ?

—Nunca habia oido pronunciar ese nombre.

—¿No os habeis servido jamás de su mediacion para inducir al sargento Humphry Honghton á desertar con sus camaradas á fin de venir á reunirse á los highlanders y demas rebeldes que acababan de

tomar las armas bajo las órdenes del joven Pretendiente?

— Os aseguro, bajo palabra de honor, que no solamente no he tomado parte en esa trama, sino que no querria por ningun príncipe del mundo, ni por obtener un trono yo mismo, hacerme culpable de semejante perfidia.

— Sin embargo, señor mio, examinando esta carta, escrita por uno de esos hidalgos extraviados, y los versos que os envia, no puedo menos de hallar cierta analogía entre las hazañas del capitan Wogan y los hechos de que os acusan: el autor de la carta os lo propone por modelo.»

Esta coincidencia hirió á Waverley; con todo representó que los deseos ó esperanzas de la persona que le habia escrito no podian mirarse como prueba de una acusacion quimérica por los demas.

«Sé del modo mas positivo, dijo el mayor, que durante vuestra ausencia del

CAPITULO XXXI.

123

regimiento no habeis dejado el castillo de ese gefe de los highlanders ó el del señor Bradwardine, que ha tomado tambien las armas por esa desgraciada causa.

—No niego que he habitado en sus casas; pero afirmo por mi honor que ignoraba enteramente sus proyectos contra el gobierno.

—Espero, señor mio, no negaréis que seguisteis á vuestro huésped Glennaquoich á la cita en que, con el pretexto de un partido de caza, se reunieron la mayor parte de los cómplices de su traicion para convenirse en las medidas que habian de tomar.

—No niego que me encontré en esa cita; pero sostengo que no ví ni oí cosa alguna capaz de hacerme sospechar que tuviesen el proyecto de que hablais.

—¿No partisteis de esta cita con Glennaquoich y una parte de su tribu para ir á reunirse con el ejército del jóven Pretendiente? Despues de haberle hecho

la corte, volvisteis á armar y disciplinar el resto de su gente, y juntarle con los otros que caminaban hacia el sud.

— Nunca hice viajes semejantes con Glennaquoich, ni jamás oí decir que la persona que acabais de nombrar se hallase en el pais.»

Waverley contó minuciosamente el accidente que le aconteció en aquella caza, añadió que á su vuelta habia sabido su deposicion, y que entonces creyó percibir por primera vez entre los highlanderes síntomas que parecían indicar trataban de tomar las armas; y que no teniendo el menor proyecto de reunirse con ellos, y no deteniéndole nada en Escocia, habia partido para su pais natal segun las ordenes de sus padres. Rogó el mayor que leyese las cartas que estaban sobre la mesa. El mayor lo hizo así, y leyó las cartas de sir Ricardo, de sir Everard y de la tiaRaquel; pero no sacó las consecuencias que esperaba Waverley. Aquellas respiraban el des-

CAPITULO XXXI.

125

contento y hablaban de venganza; y aquella en que la pobre tia Raquel se declaraba abiertamente por la legitimidad de la casa de los Estuardos parecia contener la confesión formal que solo indicaban obscuramente las otras.

«Señor Waverley, dijo el mayor, permitidme que os haga otra pregunta: ¿no recibisteis varias cartas de vuestro coronel, quien os mandaba volver á vuestro puesto, y os informaba de que se servian de vuestro nombre para propagar el espíritu de desercion entre los soldados?

—No, señor mayor, mi coronel me habia escrito por primera vez de la manera mas honrosa y amigable, invitándome á no pasar todo el tiempo de mi licencia en Bradwardine; pero confieso creia no tenia el derecho para mezclarse en esto... En fin recibí una segunda carta del coronel G. *** el dia mismo en que la gaceta me noticiaba mi deposición: mandábame positivamente reu-

nirme á mi regimiento; pero á causa de la ausencia de que hablaba poco ha esta orden me llegaba muy tarde... Si me escribió otras cartas en el intervalo, lo que es probable si atendemos á la estimacion que merece el coronel G. ***, yo no las he recibido.

— He olvidado, señor Waverley, participaros una circunstancia, que aunque menos importante, os hace sin embargo muy culpable á los ojos del público. Dicen que apuraron delante de vos un *toast* de rebellion, y que á pesar de que erais oficial al servicio de su Majestad sufristeis que un tercero pidiese razon de tal insulto... Los tribunales no podrán mirar esto como un crimen; pero si es cierto, como me han dicho, que los oficiales de vuestro regimiento os han pedido una explicacion acerca de este negocio, me admiro de que en atencion á vuestras cualidades de hidalgo y de militar no hayais sido puntual á contestar á su deseo.»

CAPITULO XXXI.

127

Esto era demasiado para Eduardo: abrumado con el peso de una masa de acusaciones en la que las falsedades mezclábanse con las verdades de modo que no podían distinguirse; viéndose solo, sin amigos, y en un país extranjero, creyó que era llegado el último momento de su honor y de su vida. Apoyó dolorosamente la cabeza en su mano decidido enteramente á no responder á las preguntas que le hiciesen, puesto que su candor y su franqueza no habian servido mas que para dar armas contra él.

El mayor, sin experimentar sorpresa ni turbacion, continuó tranquilamente su interrogatorio.

«¿De qué me sirve responderos ? le dijo Eduardo con voz sofocada: estais al parecer persuadido de que soy culpable, y mis respuestas no hacen mas que confirmaros en vuestra persuasion; gozad de vuestro triunfo y cesad de atormentarme. Si soy culpable de la infame cobardía y

de la horrible perfidia de que me acusais merezco que no deis el menor crédito á cuanto puedo decir; yo confío en el que lee el fondo de los corazones: mi conciencia no me reprocha nada. Os lo repito, no hay para que continue prestándoos armas para triunfar de mi inocencia. No os tomeis pues el trabajo de interrogarme ya porque no os responderé. Esto diciendo, tomó la actitud de un hombre decidido á guardar silencio.

— Permitidme, le dijo el magistrado, que os dé una razón que podrá escitar en vos una confesion franca y sin reserva. La inesperienza de la juventud, señor Waverley, la espone á las celadas de los hombres mas políticos y mas artificiosos. Uno de vuestros amigos al menos, hablo de Mac-Ivor de Glennaquoich, está en el primer rango en esta segunda clase, así como vuestro manifiesto candor, vuestra juventud y vuestra ignorancia de las costumbres de los highlanders me persuaden

CAPITULO XXXI.

129

que sois de la primera. En este caso, uu paso en vago, un error como el vuestro, que me alegraré mucho hallar involuntario, puede escusarse, y yo me ofrezco espontáneamente como intercesor; pero como vos debeis saber la fuerza real los medios con que cuentan y los planes de los que han tomado las armas en estas comarcas, espero que mereceréis mi mediacion en este negocio declarándome cuanto sepais acerca de este objeto. Puedo prometeros que entonces una corta detencion será la única pena que sufriréis por la parte que hayais tomado en esas desgraciadas intrigas.»

Waverley, habiendo escuchado muy atentamente hasta el fin esta larga exhortacion, levantóse de su silla con una energía que todavia no habia manifestado desde que le interrogaban.

«Señor mayor, repuso, hasta ahora he respondido á vuestras preguntas con franqueza, ó me he negado á satisfacer -

TOMO III.

9

las con moderacion, porque se trataba de mí solo: pero ya que me estimais tan poco que me creeis capaz de denunciar á personas que me han dado la hospitalidad, cualquiera que sea su conducta política, os declaro que miro esta invitacion como mas injuriosa que vuestras calumniosas sospechas; y ya que en mi actual situacion no poseo otro medio de probaros mi justo resentimiento contra vuestras insinuaciones que despreciarlas, os declaro que antes me arrancaréis el corazon que una sola sílaba acerca de unas materias de las que no puedo saber cosa alguna sino por medio de la confianza de una hospitalidad sin reserva.»

El señor Morton y el mayor se miraron uno á otro , y el primero , que durante el curso del interrogatorio habia tosido muchas veces , recurrió á su caja y á su pañuelo.

«Señor Waverley. dijo el mayor, el empleo que ejerzo me prohíbe el haceros

CAPITULO XXXI.

131

la menor injuria, como tambien recibir-la de parte vuestra ; daré pues fin á una disension que parece esponernos á ello á uno y a otro. Me veo obligado á firmar una orden de detencion contra vos; pero mi casa os servirá de cárcel.... ¿Teme-ré una negativa si os invito á cenar conmi-go? (Eduardo hizo una señal con la cabe-za negándose á ello.) Mandaré que os lle-ven refrigerantes á vuestro apartamento.»

Eduardo le saludó, y salió escoltado por los ministros, quienes le condujeron a una salita muy aseada. Negóse á tomar todo alimento, y echóse en su lecho su-mergido en el abatimiento del pesar y de la fatiga.

Asaltóle en breve un profundo sueño contra su propia voluntad; mas dicen que los salvajes de la América del Norte⁵, cuando en el curso de sus torturas ob-tienen la menor interrupcion en los tor-mentos, se duermen hasta que los des-pierta la aplicacion del fuego.

⁵ Cfr. DEF (251): “(...) on dit des sauvages de l’Amérique du nord (...)”; WAV (250): “(...) it is mentioned of the North American Indians (...)”. OLI, por mediación de DEF, potencia la perspectiva colonialista del narrador al denominar a los indígenas de Norteamérica “salvajes”, con las connotaciones que el término conlleva de forma de vida primitiva, inculta y al margen del desarrollo de la civilización occidental.

CAPITULO XXXII.

CONFERENCIA Y SUS CONSECUENCIAS.

El mayor habia detenido al señor Morton para que asistiese al interrogatorio de Waverley , ya con la esperanza de servirse de sus luces , ya porque se alegraba de tener un testigo del modo franco y leal con que procedia en sus funciones, en un negocio que interesaba al honor y á la vida de un jóven inglés de antiquísima familia , y que debia heredar cuantiosos bienes. Sabia que su conducta seria rigurosamente examinada, y deseaba salvar su justicia é integridad del menor detrimento.

Cuando se retiró Waverley, el *laird* y

CAPITULO XXXII.

133

el cura de Cairnvreckan se sentaron en la mesa para cenar. Mientras los criados estuvieron allí el señor Morton guardó silencio , así como el mayor : ocupábales demasiado á uno y á otro el interrogatorio que acababan de terminar, para tratar de escoger otra materia, y no querian manifestar sus pensamientos en presencia de los criados. La juventud y la manifiesta franqueza de Waverley contrastaban de un modo extraño con las sospechas que resultaban contra él. La ingenuidad de sus respuestas y la serenidad de su rostro no permitieron que le reputasen por intrigante de profesion, y todo hablaba en su favor.

Ambos reflexionaron acerca de todas las particularidades del interrogatorio, y cada uno las veia segun su modo de juzgar. Uno y otro eran hombres dotados de una penetracion y de una razon elevadas , uno y otro capaces de comparar diversas partes de una deposicion, y

de sacar las conclusiones necesarias; la notable diferencia que existía entre su educación y los hábitos de su estado, producía algunas veces una discrepancia no menos notable entre las consecuencias que cada uno sacaba de las mismas premisas.

El mayor, que había pasado parte de su vida en los campos y en los lugares de guerra, era vigilante por profesion y prudente por experiencia; había dado con muchos malvados en el mundo; y aunque él era magistrado íntegro y hombre de honor, la opinion que formaba de los demas era severa, y severa algunas veces hasta rayar en injusta. El señor Morton, al contrario, había dejado tan solo los estudios literarios del colegio, donde le amaban así sus camaradas como sus superiores, para gozar de la sencilla comodidad de su ministerio. En él había tenido pocas ocasiones para observar el mal, y tan solo se ocupaba en es-

CAPITULO XXXII.

135

citar al arrepentimiento y en predicar las buenas costumbres. Sus parroquianos, movidos de su afectuoso celo, trataban de probarle su afecto y su respeto ocultándole con cuidado todo lo que pudiera causarle la menor pena, es decir, sus propias violaciones de los deberes que tanto les recomendaba. Era una especie de proverbio en el país, donde eran igualmente populares estos dos hombres: que el *laird* sabia todo el mal que se hacia en la parroquia y el cura lodo el bien.

El amor á las letras, aunque subordinado á los deberes y á los estudios de su ministerio, distinguia tambien al cura de Cairnvreckan, y habia dado á su imaginacion desde su juventud, una tintura novelesca que no habian disipado enteramente los acontecimientos de la vida real. La prematura pérdida de una esposa amable y jóven, con quien le enlazara amor, y de un hijo que siguió de cerca

á su madre á la tumba, contribuia aun, á pesar del transcurso de los años, á mantener su propension natural á la melancolía contemplativa. No es pues de admirar que los sentimientos que probaba en este momento difiriesen enteramente de los del rígido presbiteriano, del severo magistrado, y del hombre desconfiado del mundo.

Cuando se retiraron los criados, continuó el silencio hasta que el mayor llenó un vaso de vino, entregó la botella al señor Morton, y principió la conferencia en estos términos:

« ¡ Qué desgraciado negocio este, señor Morton! Temo que ese jóven aturrido esté muy cerca del dogal.

— Dios le libre, respondió el eclesiástico.

— Amen, dijo el magistrado secular; pero creo que vuestra caritativa lógica no sabria negar mi conclusion.

— Pero á buen seguro, mayor, que

CAPITULO XXXII.

137

lo que hemos oído esta tarde me hace esperar que podremos prevenir tal desgracia.

—Es así; mas, mi querido cura, vos sois de aquellos que quisieran estender á todos los criminales el privilegio del clero.

—Sí, no lo dudéis: misericordia y paciencia, ved aquí los cimientos de la doctrina que estoy encargado de enseñar.

—Eso se llama responder como digno eclesiástico; pero vuestro sistema de perdonar á todos los culpables causaría gran daño á la sociedad. No hablo de una aplicacion particular á este jóven.... deseo muy sinceramente poderle ser útil, pues me gusta su modestia y viveza; pero me temo que no sea posible salvarle.

—Y porqué ? millares de imprudentes mal aconsejados hállanse en este momento armados contra el gobierno; muchos, no lo dudeis, han creído que debían seguir los principios que, por de-

cirio así, mamaron con la leche, y creen merecer la palma del martirio.... La justicia al elegir sus víctimas (supongo que no tendrán el proyecto de destruirlo todo), la justicia examinará los motivos que han hecho obrar á los rebeldes. Aquel que por obtener lucrativos destinos no temió encender la guerra civil en el seno de su patria debe pagar todos los males que ha causado ; pero ciertamente tienen derecho para esperar su gracia los jóvenes á quienes arrastraron caballerescas y leales ilusiones.

—Cuando las caballerescas y leales ilusiones se hallan asociadas al crimen de alta traicion, no sé que exista ningun tribunal en toda la cristiandad, mi querido señor Morton , en que los culpables puedan reclamar su *habeas corpus*.

—El crimen de ese joven imprudente me parece que no está bien justificado.

—Porque os engaña la bondad de vuestro corazon: escuchad lo que voy á de-

CAPITULO XXXII.

139

ciros. «Este jóven descende de una familia de jacobitas hereditarios; su tio ha sido siempre gefe de los torys en el condado de ***; su padre alimenta el resentimiento de un cortesano desgraciado; su ayo es un eclesiástico que se ha negado á prestar el juramento, y autor de dos enormes volúmenes que predicán la revuelta. Este jóven, digo, entra en el regimiento de G...., conduciendo en su compañía un cuerpo de jóvenes nacidos todos en las tierras de su tio , los que no temen en sus questiones con sus camaradas dar á conocer los principios religiosos que han sacado de Waverley-lonour. Este usa de toda especie de atenciones y complacencias con sus subordinados; les da mas dinero del que necesitan y del que manda la disciplina militar; los pone bajo la vigilancia de un jóven sargento que le sirve de mediador en sus comunicaciones secretas con su capitan; es el mismo oficial á quien respetan,

mientras que afectan mostrarse indientes de los demas y superiores á sus camaradas.

—Todo esto, mi querido mayor, no prueba otra cosa mas que su sincero afecto á su jóven señor, ó su penosa situacion en el regimiento, compuesto casi enteramente de escoceses ó de irlandeses, siempre dispuestos á querellarse con ellos por ser ingleses y anglicanos.

—Bien dicho, mi querido cura; quisiera que os oyesen algunos miembros de vuestro sínodo ; mas permitidme continuar. Este jóven obtiene licencia para ausentarse de su regimiento, y seditrige á Tully-Veolan.... Todo el mundo sabe los principios del baron de Bradwardine; no hablaré de los servicios que le hizo el tio de Waverley en la guerra de 1715; por instigacion suya ha vuelto á enviar este jóven su despacho. Su coronel le escribió muchas veces, al principio con la mayor dulzura y luego con tono mas se-

CAPÍTULO XXXII.

141

vero: no penseis que lo exagero, pues el mismo coronel me lo ha dicho. El cuerpo de oficiales del regimiento invita á este jóven á que les dé la esplicacion de una disputa que tuvo; y no se digna responder ni á su comandante ni á sus camaradas. Mientras tanto los soldados de su compañía se muestran revoltosos é insubordinados, y cuando por fin se hace pública su rebellion , sorpréndese al sargento Hongthon y otro de sus amigos siguiendo correspondencia con un emisario francés, enviado, segun suponen, por el capitan Waverley para incitarlos á desertar con sus camaradas é ir á reunirse al cuartel general del príncipe Carlos. En la misma época el leal capitan fija su residencia por confesion propia suya en Glnuaquoich en casa del jacobita mas activo, mas diestro , mas determinado de toda la Escocia, y le acompaña á la famosa caza, si es que no fué mas lejos como dice. Su coronel le di-

rige de nuevo dos cartas: en la una le participaba el espíritu de rebelión que reinaba en su compañía , y en la otra le mandaba reunirse á su regimiento; lejos de obedecer envia su dimision.

—Ya estaba depuesto.

—Es verdad, pero él dice en su carta que siente se le hayan adelantado. Embargan su bagaje ya en el lugar donde estaba de guarnicion, ya en Tully-Veolan; ¿y qué encuentran? una coleccion de folletos jacobitas capaces de infestar todo un pais , y dos manuscritos de su amigo y preceptor el señor Pembroke, escritos en el mismo sentido....

—Os ha dicho que no los habia leído.

— En cualesquiera otras circunstancias lo creeria, porque confieso que el estilo es pesado y estúpido así como su doctrina es abominable; pero decidme, ¿puede suponerse que este jóven haya llenado su *vade mecum* con esos monstruosos tratados si no profesase los principios

CAPITULO XXXII.

143

que contienen ? Luego, cuando sabe que se acercan los rebeldes toma una especie de disfraz , se niega á decir su nombre, y si creemos al viejo fanático del *Candelero* montaba el caballo de Glennaquoich. Trae consigo cartas de sus padres, que respiran el mayor odio contra la casa de Brunswick , á mas una poesía á la memoria de un tal Wogan, que abandonó el servicio del parlamento para reunirse á los montañeses armados á fin de restablecer en el trono la casa de Estuardo, y el que llevó en su compañía un escuadron de caballería inglesa: este era el modelo de su propia conducta; y la dicha pieza concluye con un *bien y haga lo propio* que le dirige este leal vasallo y apacible personaje Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich Vich Jan Vohr, etc. En fin, continuó el mayor Melville enardeciéndose con la relacion de sus argumentos, ¿donde hallamos esta segunda edicion del caballero Wogan? Le hallamos en el

camino mas propio para la ejecucion de sus deseos, y encajando un pistoletazo al primer vasallo del rey que se atreve á sospechar de sus intentos.»

El señor Morton , como hombre prudente , se abstuvo de contradecir al magistrado , porque sus argumentos no hubieran servido sino para confirmarle en su opinion ; contentóse con preguntarle que trataba hacer de su prisionero.

«Es una cuestion bastante difícil considerando la situación del pais.

—¿No pudierais guardarle en vuestra casa hasta que se disipase la tormenta?... Es un jóven, y un jóven bien nacido.

—Mi querido amigo, mi casa no se libraria mas que la vuestra del huracan que amenaza á nuestro rededor. Acabo de saber que el general en gefe que marcha contra los insurreccionados no ha querido presentar batalla en Corrierick, y que se dirige al norte con todas sus fuerzas disponibles para ir á Invernes, á John

CAPITULO XXXII.

145

ó Groat's House ó al infierno mismo, dejando a los lowlands sin defensa y á disposicion del ejército de los highlanders.

—Gran Dios! qué decís? Eso es cobardía , traicion ó impericia ?

—Ninguna de esas tres cosas: posee á mi entender todo el valor de un soldado, es hombre honrado , sabe las órdenes que ha recibido, y obedece á lo que le han mandado; pero así puede él obrar á su arbitrio en una circunstancia critica, como yo reemplazaros en el púlpito.»

Estas importantes observaciones hicieron perder de vista por un instante el negocio de Waverley; pero el mayor no tardó en volverle á poner á examen.

«Me propongo, dijo, confiar este jóven al comandante de un cuerpo de voluntarios que vuelve de organizar las milicias urbanas en muchos distritos algo sospechosos. Han recibido órden de ir á Stirling, y mañana debe pasar por aquí

TOMO III.

10

un destacamento mandado por ese hombre de oeste.... Como le llamais?... Vos le conoceis; digisteis que se parecia en todo á los santos guerreros de Cromwell.

—Gilfillan : deseo que nuestro jóven viaje con seguridad bajo su escolta: se ven cosas estrañas en la exaltacion actual de los espíritus y en medio de una crisis como en la que nos hallamos; temo no sea Gilfillan de una secta que ha sufrido la persecucion sin recibir obras de misericordia.

—Su encargo se reducirá á conducir al señor Waverley hasta el castillo de Stirling, y á mas le mandaré que le trate con las mayores atenciones. Os aseguro que no veo mejor medio para salvarle; y estoy persuadido de que no me aconsejaréis me haga yo responsable de darle libertad.

—¿Teneis algun inconveniente en que me vea particularmente con él mañana por la mañana ?

CAPITULO XXXII.

147

—Ninguno , señor Morton, ninguno; estoy seguro de vuestra lealtad y de vuestro carácter; ¿mas decidme por favor qué proyecto llevais en ello?

—Quisiera ver si le determinaria á declararme algunas circunstancias que pudieran servirnos mas adelante, si no para excusar su falta , al menos para disminuirla. »

Ambos amigos se separaron desasosegados reflexionando la situación del pais.



CAPITULO XXXIII.

CONFIANZA.

PASÓ Waverley la noche en brazos de un desagradable ensueño, agitado por mil tristes pensamientos; y apenas despertó sintió todo el horror que le inspiraba su actual estado. Como saldria de él? Podia caer sobre él la ley marcial que en una crisis de guerra civil sin duda no seria escrupulosa en la eleccion de sus víctimas ni en el examen de las pruebas. No podia inspirarle mas confianza el ser juzgado ante un tribunal de Escocia, porque sabia que las leyes y los procedimientos de este reino eran distintos bajo muchos aspectos de los de Inglaterra , y le habian afirmado que estaban allí

CAPITULO XXXIII. 149

menos protegidos la libertad y los derechos de un vasallo⁶. Irritóle mas y mas el descontento contra el gobierno á quien consideraba como autor de su situacion y del peligro en que se hallaba. Arrepintióse interiormente de los escrúpulos que le habian impedido seguir á Mac-Ivor al campo de batalla.

«¿Porqué no he abrazado, se decía á sí propio, porque no he abrazado, á imitacion de tantos honrados ingleses, la primera ocasion de proclamar al descendiente de los antiguos reyes de la Gran Bretaña, heredero legítimo de su corona? Porqué no he hollado las odiosas insignias de la rebelion? La gloria y los merecimientos de la familia de Waverley estriban en su constante lealtad a los Estuardos. Por el modo con que el magistrado escocés ha interpretado las cartas de mi tio y de mi padre no puedo dudar que ansian el que no siga las huellas de mis ascendientes... ¡ Por haberles deso-

⁶ Cfr. DEF (258): "(...) et on lui avait fait croire, *quoique à tort*, que la liberté et les droits du sujet y étaient moins soigneusement protégés"; WAV (256): "(...) and had been taught to believe, *however erroneously*, that the liberty and rights of the subject were less carefully protected". A diferencia de otros momentos textuales donde la manipulación de OLI —a partir de DEF— conlleva una actitud crítica hacia los ingleses (p. ej. OLI: VI, 76), en el ejemplo en cuestión la traducción española da una imagen poco favorable de la justicia escocesa, al omitir el comentario del narrador que contradice la creencia sostenida por Waverley respecto a la misma. Cfr. XER (II, 209): "(...) y le habian echo creer, *aunque sin razon*, que la libertad y los derechos de súbdito eran allí protegidos con menos esmero" (cursiva mía).

150

WAVERLEY,

bedecido véome privado de mi libertad y en la víspera de mi juicio !... ¿ Porqué no me he dejado llevar del primer movimiento de mi justa indignacion al verme vergonzosamente destituido? Estaria libre , empuñaria las armas, y combatiria como mis abuelos por el amor y por la gloria.... Vedme solo en un pais extraño, á merced de un juez insensible , caviloso, rígido y frio.... Debo esperar el pasar de un horrible calabozo á la infamia de un suplicio público.... Oh Fergus! no ha tardado en cumplirse tu profecía!

Mientras que Eduardo se entregaba naturalmente á estas dolorosas reflexiones; mientras que proferia contra la dinastía reinante la crítica que merecia su propia imprudencia y cuyos resultados eran hijos de la casualidad: M. Morton aprovechándose del permiso que le habia concedido el mayor, se presentó á visitarle. Rogóle al momento Waverley que no turbase su soledad, y le previno que no

CAPITULO XXXIII.

151

se hallaba dispuesto á responder á sus preguntas ni seguir conversacion alguna; pero mudó de propósito al observar el aire de bondad , franqueza y candor de este eclesiástico, que ya le habia preservado de la violencia de los habitantes del pueblo.

«En cualquiera otra ocasion, le dijo , tendria el mayor placer en atestiguaros mi reconocimiento por haberme salvado la vida; pero de tal suerte veo preocupado mi espíritu, que me hallo en la imposibilidad de daros las gracias como debo por vuestros buenos oficios.

— Mi visita, le respondió M. Morton, no tiene mas objeto que seros útil. El mayor Melville, de quien tengo el honor de ser amigo, ha debido llenar los deberes que le imponen su destino y su título de militar; á mí no me atan los mismos deberes, y mi estado me manda ser indulgente. No vengo con ánimo de sorprender vuestra confianza ni de arran-

caros confesiones que puedan perjudicaros. Dios me es testigo que mi proyecto único es invitaros á que me pongais en el caso de poder demostrar vuestra inocencia, bien persuadido del celo que para conseguirlo emplearé. Ruégoos que me permitais aprovechar la ocasion de rendiros este ligero servicio segun mis débiles medios ; no os será fácil confiar vuestros intereses á manos mas seguras y mas fieles.

—¿Sois sin duda un ministro presbiteriano? preguntó Eduardo.»

M. Morton le respondió con una inclinacion de cabeza.

«Si consultara las preocupaciones en que me han educado creeria que debia desconfiar de vuestras ofetas; pero he observado que iguales prevenciones reinan en este pais contra vuestros hermanos de la fe episcopal, y me he persuadido que tambien son injustas.

— ¡Desgraciado del que piensa de otro

CAPITULO XXXIII.

153

modo! respondió M. Morton; ¡desgraciado del que considera las ceremonias como la parte esencial de la moral!⁷

—Confieso , añadió Waverley, que me parece del todo inútil cansaros con la relacion de mi historia. Cuanto mas reflexiono sobre mi conducta, menos adivino el verdadero motivo de la acusacion dirigida contra mí. Tengo el sentimiento interior de mi inocencia , pero no sé como poder disculparme.

—Por esa razon, M. Waverley, os ruego que me concedais vuestra confianza: por fortuna no me faltan amigos de alto rango; preveo que no podeis dar los pasos que vuestra situacion exige: yo los daré por vos, y si mis esfuerzos no os son útiles al menos no podrán perjudicaros.»

Despues de algunos momentos de reflexion conoció Waverley que la confianza que dispensaria á este eclesiástico no podia perjudicar ni á Fergus ni al baron de Bradwardine, puesto que habian to-

⁷ Cfr. DEF (260): “—Malheur à qui pense autrement! répondit M. Morton; malheur à celui qui regarderait les cérémonies comme la partie essentielle de *la religion chrétienne* ou de la morale!”; WAV (258): ““Evil to him that thinks otherwise,” said Mr Morton; ‘or who holds *church government* and ceremonies as the exclusive gage of *Christian faith* or moral virtue””. Las dos omisiones del texto meta español —la primera de ellas por mediación de DEF y la segunda por autocensura— dan como resultado la eliminación de la conexión del poder, la organización eclesiástica y lo ritual del culto con la fe cristiana. Cfr. GUT-LOP (II, 36): “—Infelices son —dijo el eclesiástico— aquellos para quienes *el gobierno* y las ceremonias *de la Iglesia* constituyen la parte esencial de *la religión cristiana* ó de las virtudes morales” (cursiva mía).

mado ya las armas contra el gobierno. Refirióle pues con exactitud todas las particularidades que el lector ya conoce; solo le faltó hablar de su amor á Flora, y tampoco hizo mencion de Rosa Bradwardiue.

M. Morton pareció sorprenderse al oir la visita que Waverley habia hecho á Donald Bean Lean. «Me sorprende, dijo, que no la hayais referido al mayor. Esta circunstancia hubiera podido despertar estrañas sospechas en el entendimiento de aquellos que no conocen el poder de la curiosidad y de una imaginacion novelera. Cuando yo rayaba en vuestra edad, M. Waverley, hubiera sido para mí la suprema delicia seguiros en vuestra loca caminata, disimuladme el adjetivo; pero no faltan hombres á quienes no es fácil imaginar que se pueda uno tomar tanto trabajo sin un importante objeto, y que no dejarán de señalar á vuestro viaje otro cualquier motivo distinto del verdadero. Donald pasó en el pais por una especie de

CAPITULO XXXIII.

155

Robin Hood: sus hazañas y su arrojo dan materia á los cuentos de invierno referidos al calor del fuego de la chimenea. Nadie niega que posee talentos superiores al despreciable papel que representa: y como es ambicioso y sin escrúpulos, todo induce á creer que tomará parte en las revueltas que van á principiar.

M. Morton tomó una nota exacta de todas las particularidades concernientes á la entrevista de Waverley con Donald.

El tierno interés que este digno eclesiástico tomaba por su infortunio y la convicción que parecia tener de su inocencia reanimaron el valor de Eduardo, á quien la frialdad del mayor habia hecho desconfiar de todo el mundo. Apretó afectuosamente la mano de M. Morton, diciéndole que su generosa amistad le habia libertado de un enorme peso; y que cualquiera que fuese su suerte podia asegurarle que pertenecía á una fa-

milia que se hallaba en estado de mostrar su reconocimiento.

M. Morton no pudo contener las lágrimas, y se sintió todavía mas inclinado á servir á su amigo, cuya franqueza atestiguaba la inocencia.

Eduardo preguntó á M. Morton si sabia á que sitio debian conducirle.

«Al castillo de Stirling, respondió su amigo: me alegro mucho por que el gobernador es un hombre honrado y humano ; pero me tiene inquieto el trato que os darán en el camino, porque el mayor Melville se ve obligado á confiaros á otra persona.

— En extremo me regocijo, porque detesto á ese frió, á ese insensible magistrado escocés, y confio que no volveré á verle. No ha tenido piedad de mi inocencia ni de mi infortunio; y su helada observancia de las leyes de la política cuando me atormentaba con sus sospechosas preguntas, con sus insinuaciones

CAPITULO XXXIII.

157

y su desconfianza , era tan cruel como la barbarie de aquel antiguo tribunal... Os ruego que no le escuseis; decidme antes á quien encargarán la custodia de un prisionero de estado de mi rango.

—Dicen que á Gilfillan, que pertenece á la secta de los *cameronianos*⁸.

—Nunca habia oido hablar de semejante secta.

—Pretenden pertenecer á la parte mas austera de los presbiterianos que en el reinado de Carlos II y de Jacobo II rehusaron aprovecharse de la tolerancia ó indulgencia, que así se llamaba, que concedieron á los otros miembros de esta secta. Celebraban sus juntas á cielo raso; y perseguidos con crueldad y violencia por el gobierno de Escocia, tomaron mas de una vez las armas.... Origínase su nombre de Ricardo Cameron su gefe.

—Me acuerdo ¿Pero el triunfo del presbiterianismo en tiempo de la revolucion no estinguió esta secta?

⁸ Cfr. DEF: "*caméroniens*"; WAV: "Cameronians". OLI adapta la ortografía del término en un intento de "españolizarlo".

— No del todo: tan gran acontecimiento no bastó enteramente á su proyecto que no era nada menos que restablecer la iglesia conforme al modelo de la santa liga y de la alianza. Juzgo, es cierto, que apenas sabian lo que deseaban; pero componiendo un cuerpo numeroso é instruidos en el manejo de las armas, fundaron una sociedad aparte en el estado. Despues de la unión de la Escocia y la Inglaterra formaron una liga que no era de esperar con sus antiguos enemigos los jacobitas, para oponerse á esta importante medida nacional. Desde entonces su número se ha disminuido por grados; pero existen todavía en los condados del oeste, y algunos de ellos mejor dispuestos que en 1707 han tomado las armas á favor del gobierno actual. Ese hombre á quien llaman Gifted Gilfillan⁹ ha sido por mucho tiempo su gefe; debe pasar mañana por aquí al frente de un destacamento que manda para regresar á Stirling; y á él

⁹ En inglés "gifted" tiene el significado de 'inspirado; con dones o talentos'. Este apodo evoca con ironía las cualidades del personaje en cuestión ligadas a su fanatismo religioso. DEF recoge la carga semántica del antropónimo en una nota a pie de página para la primera aparición textual del segmento. OLI simplemente opta por la repetición.

CAPITULO XXXIII.

159

piensa entregaros el mayor. Os recomendaré con todo mi corazon á Gilfillan; pero imbuido como lo está en todas las preocupaciones de su secta, y puritano feroz, ningun caso hará de la recomendacion de un ministro profano como cortesmente me llamará. A Dios por ahora, mi digno amigo, no quiero abusar esta mañana de los favores del mayor para conseguir permiso de volver á visitaros en este dia.»



CAPITULO XXXIV.

COMIENZAN A ARREGLAR LOS ASUNTOS.

CERCA de la hora de medio dia volvió M. Morton con una invitacion del mayor Melville , quien rogaba á M. Waverley le honrase con su compañía en la mesa, á pesar del desagradable negocio que le detenia en Cairnvreckan, y de donde deseaba sinceramente que saliese Waverley con felicidad. Lo cierto era que la favorable opinion que habia concebido M. Morton habia disminuido algun tanto las prevenciones del viejo militar acerca de la pretendida complicidad de Eduardo en la rebelion que habia habido en su regimiento. Por otra parte, en la situacion desgraciada de la Escocia la simple sos-

CAPITULO XXXIV.

161

pecha de deslealtad á la casa de Hanover ó de adhesion á la casa de los Estuardos podia muy bien ser un crimen , pero no llevaba consigo la mancha del deshonor; y una persona que poseia toda la confianza del mayor acababa de darle informes enteramente contrarios á los de la víspera. Los highlanders, conforme á la segunda edicion de las novedades, habian abandonado la frontera de los lowlands para seguir el ejército del lado de Invernes. No podia conciliar con la bien conocida destreza de algunos de sus gefes; pero tal era el camino que debia parecer naturalmente mas agradable á otros. Recordaba que habian seguido la misma táctica en 1715, y concluia que la insurreccion tendria el mismo fin. Estas nuevas cambiaron en gozo su pesar, y aceptó sin dificultad la proposicion de dar algunas muestras de interés á su jóven prisionero. Añadió el mayor que consideraba este asunto como una calaverada de la juventud que úni-

TOMO III.

11

camente merecia algunos dias de detencion.

El generoso mediador no consintió tan fácilmente en acibarar la invitacion á su amigo: no se atrevia á manifestar el verdadero blanco de sus deseos, que eran obligar con esta complacencia al mayor Melville á hacer una relacion favorable de lo ocurrido al gobernador Blackeney. Con el ardiente carácter de nuestro héroe temia desgraciar su proyecto si tocaba esta cuerda. Insinuó que el convite del mayor probaba la persuasion en que estaba de que no habia en la conducta de Waverley cosa alguna que pudiera comprometer al militar y al hombre de honor. Por último se manejó tan bien, que triunfó de la repugnancia que experimentaba Eduardo de hallarse en presencia de un hombre cuyos modales eran tan frios y tan sujetos á la etiqueta.

El recibimiento fué serio y ceremonioso; pero habiendo aceptado Eduardo la

CAPITULO XXXIV, 165

invitación, é inducida su alma á sentimientos mas suaves por el afecto que le mostraba M. Morton, creyóse obligado á manifestar alegría, pero sin poder afectar intimidad. Por lo demas el mayor parecía amar la vida, y su vino era delicioso. Con la antigua historia de sus campañas dió muestras de poseer un exacto conocimiento de los hombres y de los asuntos. M. Morton desplegaba en su conversacion una alegría dulce y apacible que rara vez dejaba de animar las sociedades que frecuentaba: á su grado Waverley, cuya vida era un sueño, abandonóse al impulso del momento y bien pronto pareció el mas festivo de los tres. Sus pláticas eran naturalmente muy agradables, aunque el desaliento sellaba fácilmente sus labios; en las actuales circunstancias procuró manifestar su arrojo, y que era superior al infortunio. Su jovialidad agradó felizmente á los demas, y los tres convidados parecian encantados los

unos por los otros: el mayor se Empañó en vaciar tercera botella de Borgoña, cuando hirió sus oídos el lejano sonido de un tambor. El mayor á quien la delicia de hablar habia puesto en olvido de sus deberes de magistrado, maldijo prorumpiendo en un voto militar el contratiempo que le recordaba el desempeño de sus funciones. Levantóse, y se arrimó á una ventana de donde podia estender la vista por el espacioso camino.

Acercábase poco á poco el sonido del tambor, que no tocaba marcha militar, sino una especie de redoble semejante al que llama á apagar un incendio á los dormidos artesanos de los pueblos de Escocia. El objeto de esta historia es hacer justicia á cada uno; debo pues declarar en conciencia que el tambor habia protestado que sabia tocar todas las marchas conocidas en el ejército inglés, y habia comenzado por ensayar las de los *tambores de Dumbarton*; pero impúsole silen-

CAPITULO XXXIV.

165

cio su gefe. Era este Gifted Gilfillan, que no queriendo que sus soldados marchasen al son de una marcha profana y de persecucion en su concepto, mandó repicar al tambor el aire del salmo ciento diez y nueve. No reinaban tan altos los conocimientos del músico, y recurrió al inofensivo redoble que interrumpió á los convidados, y que fué substituido á la música sagrada. Podrá parecer esta una circunstancia frívola, pero el tambor no era nada menos que tañedor de la ciudad de Anderton. Todavía me acuerdo de su sucesor, que fué miembro de la *convención* de un pueblo, y cuya memoria debe tratarse con respeto.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO TERCERO.

Páginas.

CAP. XXV. Nuevas de Inglaterra.....	1
CAP. XXVI. Aclaraciones.....	23
CAP. XXVII. Continuacion de la misma ma teria.....	35
CAP. XXVIII. Una carta de Tully-Veolan.....	54
CAP. XXIX. Acogida que dieron a Waverley los lowlands despues de su visita á los highlanders	72
CAP. XXX. Que la pérdida de una herra dura puede ser algunas veces un inconve- niente serio.....	93
CAP. XXXI. Interrogatorio	111
CAP. XXXII. Conferencia y sus consecuen cias	132
CAP. XXXIII. Confianza	148
CAP. XXXIV. Comienzan á arreglar los asuntos	160

WAVERLEY.

WAVERLE Y, NOVELA

original inglesa

de

Sir Walter-Scott



TOMO IV.

Barcelona

Librería de Oliva

1836.



Es menester maestro de ceremonias para presentar un Waverley á un Estuardo?

Pie de ilustración: ¿Es menester maestro de ceremonias para presentar un Waverley á un Estuardo?

WAVERLEY,
O SESENTA AÑOS HA;
NOVELA ORIGINAL INGLESA,
Por Walter Scott.

Con Láminas

TOMO CUARTO

BARCELONA

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1836.

WAVERLEY.

CAPITULO XXXV.

LO QUE ERA UN VOLUNTARIO SESENTA
AÑOS HACE.

CUANDO oyó el mayor el sonido discordante del tambor abrió de par en par una puerta de vidrios que daba á una especie de galería exterior , y siguiéronle M. Morton y su jóven amigo. Descubrieron luego y muy distintamente al tambor, y en seguida una larga bandera de cuatro puntas, donde se veian grabados estos caracteres de colosal forma : *Alianza, iglesia, rey , reinos*. El comandante de

TOMO IV. 1

2

WAVERLEY ,

la tropa caminaba al lado del porta-estandarte, y era un hombre alto, seco, mayor de sesenta años , y duro y severo en su mirar. El orgullo que se veía retratado en los modales del posadero del *Candelero* anunciaba una devoción hipócrita y desdeñosa ; pero en su carácter se unía cierta elevación al sombrío fanatismo , y era imposible mirar á este gefe sin que la imaginación se lo representase en medio de alguna extraordinaria crisis en la que un príncipe religioso fué la causa de la general fermentación. Mártir en los tormentos, soldado en el campo de batalla, desterrado y errante, pero consolado en su soledad y en sus privaciones terrestres por la fuerza y la supuesta pureza de su fe , quizás también espía feroz , tan terrible al ejercer los actos de su poder como inflexible en la adversa suerte.... hubiera podido semejante hombre según las circunstancias ofrecer uno de estos caracteres. A pesar de tantos

CAPITULO XXXV.

3

rasgos de energía, traslucíase algún viso de afectado y de presuntuoso en la gravedad de sus maneras y de sus discursos que le hacían ridículo. Al ver á M. Gilfillan experimentaba cada uno, según el estado de gozo ó pesar en que se encontraba, un sentimiento de temor, de admiración ó de gana de reír. Vestía como los paisanos de Escocia de los condados del oeste: es decir, una tela mas fina que la usaban los pobres, pero sin la menor pretensión de adoptar la moda del día, ó la de los galanes escoceses de época alguna. Iba armado con una espada larga, y con un par de pistolas, que á formar juicio por su hechura antigua, podían haber figurado en la derrota de Pentland-Hills de 1666, ó en la del puente de Bothwell.

Cuando llegó cerca del balcón se tocó con solemnidad, pero ligeramente con la mano derecha, su grande peluca blonda, para devolver al mayor el saludo

que este le habia dirigido quitándose su sombrero triangular bordado de oro.

Waverley creyó por un momento que veia al gefe de los republicanos del tiempo pasado conferenciando con un oficial de Malborough. El dignísimo comandante marchaba al frente de unos treinta soldados vestidos y equipados de muy distinto modo: llevaban el traje ordinario de los lowlands, de diferentes colores, cuya variedad contrastando con sus armas dábales la apariencia de un populacho en desorden: ¡tan acostumbrados están los ojos á buscar la uniformidad del vestido en los militares! Marchaban en la primera fila aquellos que participaban del entusiasmo de su gefe y cuyo natural arrojo era formidable en el combate, en que los exaltaba el fanatismo de su secta. Otros se engreian y afanaban orgullosos con empuñar las armas con toda la importancia que les daba la novedad de su situacion. Los últimos, fatigados

CAPITULO XXXV.

5

sin duda con las penalidades del camino, arrastrábanse con negligencia, ó se separaban para buscar en las tabernas ó en los vecinos hogares con que refrescar.

Seis granaderos de mi regimiento, pensó el mayor recordando sus campañas, hubieran dispersado bien pronto todas estas gentes.

Sin embargo se dirigió cortesmente á M. Gilfillan preguntándole si habia recibido la carta que tuvo el honor de escribirle, y si podia encargarse del prisionero de estado de que le habia hablado y que debia conducirse al castillo de Stirling.

Sí: fué la lacónica respuesta del jefe de los cameronianos, respuesta que pareció salir del fondo de sus entrañas.

«Vuestra escolta , señor Gilfillan , no es tan numerosa como creía.

— Muchos soldados eran víctimas del hambre y de la sed, y he tenido que concederles tiempo suficiente para reponer sus fuerzas.

— Me admiro que no me hayan hecho el honor de venir á reponerse en Irn-vreck ; cuanto poseo está á disposicion de todos los que sirven al gobierno.

— No he querido hablar de la reposicion de las fuerzas vitales, respondió Gilfillan al mayor con una sonrisa de menosprecio ; sin embargo os doy las gracias; pero una parte de mi tropa goza en este momento de oir la plática de la tarde de boca del admirable M. Jabesh Rentowell.

—Como, señor comandante, en el momento en que los insurgentes se preparan para inundar el pais, os habeis podido resolver á dejar parte de vuestros soldados escuchando un sermon en medio de los campos !»

Sonrióse Gilfillan con desden, y contentóse con dar esta respuesta indirecta:

«¡Serán los hijos de este mundo mas sabios que los hijos de la luz!

— Sea lo que fuere, dijo el mayor, como habeis de conducir á este jóven a

CAPITULO XXXV.

7

Stirling y ponerle juntamente con estos papeles en manos del gobernador, me atrevo á invitaros á que tomeis durante el camino algunas precauciones de disciplina militar. Me parece, por ejemplo, que hariais bien en caminar mas juntos, en exigir de vuestros soldados que no desamparen sus filas, en cubrir sus flancos y no dispersarse como bandada de ocas en una selva comun. Para evitar toda sorpresa debeis quizás ordenar que camine delante una vanguardia compuesta de los mas bravos de vuestro destacamento , y enviar delante de ella un descubridor. Por este medio al acercaros á un pueblo ó á un bosque.... (Aquí el mayor se interrumpió). Pero como no me escuchais, M. Gilfillan, creo que puedo dispensarme de daros mis consejos; conoceis mejor que yo , no lo ignoro, las precauciones que debeis tomar; no hablaré mas que una palabra: tratad con suavidad al jóven que confio á vues-

tra custodia ; tomad únicamente las medidas que os parezcan indispensables para conducirlo con seguridad á Stirling.

—He examinado, respondió Gilfillan, la comision que me ha confiado un digno y religioso noble William , conde de Glencairn, y juzgo que no debo recibir órdenes ni instrucciones del mayor William Melville de Cairnvreckan.»

Coloreáronse el rostro y las orejas del mayor bajo del polvo que las cubria y los rizos de su peluca militar, mucho mas cuando vio que M. Morton sonreia mirándole.

«M. Gilfillan, respondió con aspereza, os pido mil veces perdon por haberme atrevido á hablar así á un personaje de vuestra importancia ; pero pensaba que como os habeis ocupado tanto tiempo en dar á comer á las bestias, deberiais saber la diferencia que hay entre los highlanders y los rebaños de los highlanders. Si por fortuna encontrais algun

CAPITULO XXXV.

9

antiguo militar que se digne daros sus consejos, no os desdeñéis de escucharle; pero nada tengo que añadir, sino que confio este jóven á vuestra cortesía y á vuestra custodia. M. Waverley, añadió el mayor, siento verdaderamente que partais, pero confio que tendré el placer de volveros á ver en Cairnvreckan en circunstancias que me permitan daros una acogida mas agradable que la actual.»

Así hablando tomó la mano de nuestro héroe y la estrechó amistosamente. El respetable M. Morton le dio tambien un á Dios afectuoso ; y Waverley montó en su caballo, que uno de los fusileros tenia de la brida. El destacamento se ordenó en dos filas y se puso en marcha: al atravesar el pueblo iban tras ellos los niños gritando: «Eh! ved a ese habitante del sud á quien han prendido por haber disparado un pistoletazo.»

CAPITULO XXXVI.

INCIDENTE.

HACE sesenta años que acostumbraban los escoceses comer á las dos de la tarde; y así eran cerca de las cuatro cuando M. Gilfillan se puso en marcha en un hermoso dia de otoño. Aunque Stirling distase diez y ocho millas, podian llegar allí aquella misma noche. Caminaba pues con rapidez al frente de su destacamento, mirando de tiempo en tiempo á nuestro héroe, como dándole á entender el ansia que tenia de platicar con él. No pudiendo resistir á la tentación, aceleró el paso hasta colocarse al lado del caballo del prisionero.

«Jóven, dijo ásperamente á Waver-

CAPITULO XXXVI.

11

ley, ¿podréis decirme quien era el anciano vestido de negro y con la cabeza empolvada que he visto junto al *laird* de Cairnvreckan ?

— Un ministro presbiteriano, respondió Eduardo.

—Presbiteriano! decid un miserable partidario de la negra indulgencia, uno de esos perros mudos que no pueden ladrar y que amalgaman en sus arengas palabras de terror y de consuelo sin sentido alguno, sin gracia y sin calor— ¿Habeis sido educado sin duda ninguna en semejante escuela ?

— No: pertenezco á la iglesia de Inglaterra.

— Oh! son dos herencias que se parecen mucho, y no es admirable que se protejan mutuamente. ¿Quien habia de creer que la santa iglesia de Escocia, edificada por nuestros antepasados en 1642, habia de ser invadida por la corrupcion del siglo? Sí, ¿quien habia de

pensar que las graciosas esculturas del santuario serian mutiladas y destruidas en tan corto tiempo?»

Dos ó tres de los asistentes acompañaron con profundos suspiros estas dolorosas lamentaciones, y Waverley juzgó inútil responder á ellas. Pero M. Gilfillan, decidido á hablar, siguió sus exclamaciones¹, é ignoro cuanto tiempo las hubiera continuado el militar teólogo, si no hubiese llamado su atencion un buhonero que se habia unido al destacamento atravesando el camino, y que gemia y suspiraba con todas sus fuerzas á cada pausa de esta homilía.

«Y quien eres tú, amigo mio? preguntó Gifted Gilfillan.

— Un pobre buhonero que regresa á Stirling y que reclama humildemente la compañía de vuestra señoría; posee un talento extraordinario para encontrar y definir los secretos...., los secretos oscuros é incomprensibles, causas de

¹ Cfr. DEF (272-73) que recoge el contenido del texto inglés: "(...) je vous prouverais que vos surplis, vos chapes et tous vos vêtements ne sont que les vêtements de rebut de la grande prostituée assise sur les sept collines, et buvant à la coupe d'abomination (...)". OLI omite la intervención de Gifted Gilfillan posiblemente por motivos de autocensura. El estricto presbiteriano, con su característico registro religioso, arremete contra las veleidades, los intereses mundanos y lo ritual de algunas prácticas religiosas, como la anglicana y la católica, llegando incluso a una alusión ofensiva contra la Iglesia de Roma a la que califica de prostituta. Cfr. XER (II, 14): "(...) Le probaria que las sobrepellices, las dalmáticas, las casullas y demas ornamentos son los desechos de la grande prostituta sentada sobre las siete colinas, bebiendo el vaso de la abominación; pero es vm. sordo como las culebras de esa oreja: sí, está vm. seducido por sus encantos, trafica vm. con ella, y se ha embriagado con el vaso de la fornicacion". La estrategia de OLI también conlleva la supresión de una nota a pie de página de DEF con una serie de ataques e insultos contra la religión católica. XER (II, 14), por el contrario, opta por traducir la nota: "Despues de la reforma, los presbiterianos han encontrado en el Apocalipsis una mina de invectivas mordaces contra Roma la prostituta, y el papa que es vicario del diablo, ó el diablo encarnado (...)".

CAPITULO XXXVI.

13

las apostasías de este pais. Sí, vuestra señoría penetra hasta las raíces del mal. — Amigo, respondió Gilfillan en tono mas suave del que habia empleado hasta entonces, no me deis el tratamiento de señoría; yo no voy á los parques ni á los cercados, ni á los mercados, para ver como se quitan el sombrero los aldeanos y hacen cortesías las mugeres, como sucede al mayor Melville de Cairnvreckan. No quiero que me llamen lord ni señoría, no: mi escasa fortuna, que solo consiste en veinte mil marcos de plata, se ha aumentado por la bendicion del cielo; pero no ha crecido con ella el orgullo de mi corazon, ni aspiro á que me den el título de capitan, aunque he recibido una comision firmada por ese noble señor conde de Glencairn que me designa con este título. Mientras viva, mientras tenga una moneda² en mi bolsillo ó una gota de sangre en mis venas, seré y quiero ser Hebanu Gilfillan,

² Cfr. DEF: "*plack*". La solución de OLI neutraliza el nombre de la moneda escocesa; en otras apariciones textuales opta por la repetición del término en cursiva, en una ocasión con nota a pie de página (se compara con "*boddle*" por el poco valor de ambas monedas; véase OLI: IV, 114).

siempre dispuesto á sostener las leyes y doctrinas de la iglesia de Escocia, en otro tiempo gloriosa, antes que traficase con la impiedad.

— Ah! dijo el buhonero, he visto vuestras fertilísimas posesiones de Manchlin; os ha cabido en suerte un muy delicioso sitio y no se encuentra tan rico ganado en tierra alguna del *laird* en Escocia.

— Teneis razon, sí, teneis razon, amigo, respondió Gilfillan, que no se mostraba insensible á las lisonjas cuando le tocaban este asunto; teneis razon, son de la verdadera raza del conde de Lancastre, no los hay semejantes en los parques de Kilmanrs.»

Juzgo que el lector pasará tan poco cuidado como nuestro héroe por saber los detalles de la larga conversacion que tuvieron acerca de las cualidades de tan famoso ganado. Gilfillan volvió bien pronto á tomar el hilo de sus discusiones teológicas; y el buhonero que no pro-

CAPITULO XXXVI.

15

fundizaba en tanto grado esta materia mística, contentábase con suspirar y espresar su edificacion en los intervalos que podia.

«¡Qué fortuna seria para todos los pueblos ciegos³ que he visitado yo, decia, que el cielo les enviase semejante luz que les mostrase la senda de la verdad!... He viajado con mis mercancías por Rusia, Francia, por los Países-Bajos, por Polonia y por parte de la Alemania. Ah! cuanto sufriría su señoría si oyese los cánticos, si viese los regocijos y las misas de las iglesias! y la música en los coros! y los juegos de azar en el santo día de sábado!»

Esta exclamacion prestó materia á Gilfillan para perorar sobre el *Libro de las diversiones*, sobre diferentes sectas⁴ y sobre el asesinato del arzobispo Sharp, que le condujo a una discusion acerca de la legitimidad de las armas defensivas, y que habló como un hombre ins-

³ Cfr. DEF (271): "tous les peuples aveugles et papistes". OLI ejerce una labor de autocensura y omite el calificativo peyorativo de 'papistas'.

⁴ La traducción española sustituye los nombres de diferentes movimientos religiosos de la cultura de salida, ajenos al lector meta, por el término genérico "sectas" (domesticación).

truido y con una erudicion que no era de esperar de él despues de haber oido el principio de su discurso. Waverley mismo, que hasta entonces habia estado sumido en sus melancólicas reflexiones, le escuchó con atencion.

M. Gilfillan examinó en seguida si era justo el que un simple particular se atribuyese el derecho de la pública venganza; y cuando se ocupaba en discutir con sumo calor la causa de Mac James Mitcheli interrumpió su arenga un incidente.

Los últimos rayos del sol brillaban en los límites del horizonte, cuando entró el destacamento en una senda profunda y escarpada que conducia á la cima de su recuesto; el pais parecia descubierto, formando parte de un matorral comun y muy dilatado ; pero era en extremo desigual, presentando aquí y allá escavaciones llenas de espinosas retamas y espesísimas malezas. Un reducido soto cubria

CAPITULO XXXVI.

17

la eminencia que atravesaba la tropa: las avanzadas, que se componian de los soldados mas ligeros y robustos, habian pasado ya la cima y se habian perdido de vista por un momento. Seguíanlos á alguna distancia Gilfillan, el buhonero y los que estaban principalmente encargados de custodiar á Waverley. Los otros venian en zaga de trozo en trozo y sin observar orden alguno en su marcha.

Tal era el estado de las cosas. cuando el buhonero, habiendo perdido, segun decia, su perro, se paró y se puso á silbar. Esta señal repetida mas de una vez ofendió á su compañero, tanto mas, cuanto menos atencion indicaba por parte del buhonero á los tesoros de la controversia teológica que prodigaba para edificacion suya; manifestó pues ásperamente que no tenia tiempo para perderlo en aguardar á un animal inútil.

Si vuestra señoría se dignase traer á la memoria la historia de Tobías....

TOMO IV.

2

— Tobías! gritó con viveza Gilfillan:⁵ me parece que me he equivocado al formar opinion de vos conmigo mismo.

— Puede ser, respondió el buhonero con sangre fria; sin embargo permitidme que vuelva á llamar á mi pobre *Bawty*.»

Correspondieron á esta señal de una manera inesperada: porque seis ú ocho highlanders, emboscados detrás de las malezas, arrojáronse á la senda con sus armas en la mano. Gilfillan no se desconcertó con semejante aparicion.

«La espada del Señor.... gritó con voz robusta sacando la espada de la vaina...» Hubiera sin duda hecho tanto honor á la buena causa como el mas arrojado de los campeones de Drumellog; pero de repente..... tomando el buhonero el mosquete de manos del highlander mas inmediato, descargó con tanto acierto un golpe en la cabeza del profesor cameriano, que lo tendió en el suelo. En

⁵ Cfr. WAV (272): “‘Tobit and his dog baith are altogether heathenish and apocryphal, and none but a prelatist or a papist would draw them into question’”. Gilfillan, defensor a ultranza de la doctrina presbiteriana, considera el Libro de Tobit o Tobías apócrifo, y censura a otras iglesias – como la católica romana– que lo aceptan como parte integrante de los escritos del Antiguo Testamento. OLI suprime la crítica de dicho personaje como resultado de la autocensura, apartándose de su texto francés intermediario que sí recoge el contenido del original inglés. Cfr. XER (II, 20): “Tobias y su perro son paganos y apócrifos. Solo los prelatistas y papistas pueden ponerlo en duda...”.

CAPITULO XXXVI.

19

medio del desórden consiguiente á este suceso, uno de los soldados de Gilfillan hirió tirando á la aventura al caballo de nuestro héroe , quien recibió muchas contusiones al caer bajo del cuerpo del animal. Sacáronle de allí al punto dos montañeses , que le agarraron cada uno de un brazo y le alejaron del campo de batalla, llevándole, ó mejor arrastrándole , por turno. Waverley oyó todavía descargas de fusilería á sus espaldas: supo por los que le acompañaban que los disparaban las avanzadas de Gilfillan y su retaguardia que se habian reunido. A su vista los highlanders se pusieron en fuga despues de haber despojado al gefe cameroniano y á dos de sus soldados heridos de peligro. No dejaron de oirse aun mas tiros de fusil; pero los cameronianos viéndose sin gefe y recelosos de caer en una segunda emboscada, pasaron poco cuidado de correr en seguimiento del prisionero, y opinaron que obrarian con

20

WAVERLEY ,

**mas acierto siguiendo su viaje á Stirling
y llevándose consigo á su capitan y sus
compañeros heridos.**



CAPITULO XXXVII.

CONTINUA LA PENOSA SITUACION DE
WAVERLEY.

LA rapidez , ó por mejor decir la violencia , con que arrastraban á Waverley privábale de la respiracion ; y estaba de tal suerte maltratado con la caída, que no podia resistir con facilidad la rapidez de la fuga. Conociéronlo sus guías, y llamaron á algunos compañeros: envolvieron á Waverley en una capa , y distribuyéndose así la carga pudieron los highlanders continuar su rápida carrera sin que Eduardo tuviese necesidad de hacer movimiento alguno. Hablaban poco y siempre su lengua gaélica, y no amaynaron el paso hasta haber hecho cerca de dos

millas , teniendo cuidado de alternar unos tras otros en el trabajo de llevarle. Nuestro héroe quiso trabar conversacion con ellos; pero no le respondian mas que : *Chan eil benal' agam* (esto es: no sabemos el inglés). No ignoraba que esta es la respuesta ordinaria de los montañeses cuando les hacen una pregunta que no comprenden, ó que fingen no comprender. Probó á pronunciar el nombre de Vich Jan Vohr, persuadido á que á su vigilante amistad era deudor de hallarse libre del poder de Gilfillan; pero su escolta pareció no haberle entendido.

La luna habia reemplazado al crepúsculo, cuando hicieron alto á la entrada de una garganta de montañas, á donde se bajaba por una cuesta rápida y que parecia llena de árboles y malezas. Destacáronse dos de los montañeses, y penetraron en ella por una estrecha senda como yendo á la descubierta: uno de ellos volvió en breve y dijo algunas palabras

CAPITULO XXXVII.

23

á sus camaradas, quienes tomaron otra vez su carga, y continuaron llevándola con las mayores precauciones. A pesar de sus atentos cuidados, Waverley se rozaba algunas veces de un modo incómodo con los troncos de los árboles y de las ramas que cubrían la senda.

Cuando llegaron abajo , Waverley oyó el ruido de un torrente sin verle por causa de la obscuridad; su escolta se detuvo de nuevo ante una miserable choza cuya puerta abrieron. El interior de este cortijo correspondia á su exterior apariencia y á su situacion: no tenia ningun piso; las paredes se componian tan solo de guijarros y de turba; y el techo horadado de grietas, era de ramas de árboles. El fuego ardia en el centro, y llenaba toda aquella morada de humo, del cual salia tanta cantidad por la puerta como por una salida circular formada en el techo. Una vieja sibila highlandesa, único habitante de la solitaria mansion, pare-

cia ocuparse en preparar la comida. A la claridad de la llama reconoció Waverley que sus conductores no eran de la tribu de Ivor; pues Fergus vigilaba con el mayor cuidado para que todos los miembros de su tribu llevasen el *tartan* de un color distinto que los otros; costumbre antigua en los montañeses, y la que conservaban todavía los gefes, orgullosos de su origen, y celosos de su rango ó de su autoridad respectiva.

Eduardo durante su residencia en Glen-naquoich habia tenido tiempo para notar esta diferencia de vestido y habia oido hablar muchas veces de ella. Viendo que no conocia á los que le habian arrebatado, paseó dolorosamente sus miradas por el interior de aquella caverna. Esceptuando un cubo de lavar y un mal armario, llamado en Escocia un *ambry*, no se veia mas mueble que una ancha cama rodeada de tablas segun su uso y abriéndose tan solo por una corrediza: colocáronle

CAPITULO XXXVII.

25

en esta cama así que manifestó por señas que no quería tomar ninguna especie de refrigerio. Su sueño no fué tranquilo: visitáronle visiones estrañas , y hubo menester un continuo esfuerzo de espíritu para disiparlas : á estos síntomas sucedieron un violento dolor de cabeza y otros dolores agudos en los miembros; al dia siguiente vieron claramente los libertadores ó nuevas guardias de Waverley que le era imposible pasar mas adelante.

Despues de larga consulta, salieron de la cabaña seis de ellos llevándose sus armas y no dejando con el enfermo mas que dos de sus camaradas, uno de los cuales anciano y el otro jóven. El primero cuidó de Eduardo y limpió sus contusiones , muy visibles por causa de su hinchazon y lívido color: su maleta , que no habian olvidado los highlanders , le proveyó de todos los lienzos que necesitaba; y con gran sorpresa suya pusieron á su disposicion todos los efectos que con-

tenia. Los accesorios de su lecho parecían medianos; el viejo highlander cerró la puerta porque no tenía cortinas, después que dijo algunas palabras en gaélico invitándole á descansar, como creyó comprender Waverley. Ved pues á nuestro héroe por segunda vez en manos de un Esculapio de los highlanders; pero en situación mas triste que cuando recibió la hospitalidad en casa el buen Tomarait.

La fiebre sintomática que resultó de las contusiones no se calmó hasta el día tercero, gracias á los cuidados de sus celadores y á la fuerza de su constitución; logró entonces incorporarse aunque no sin dolor, notó que la vieja que le servía manifestaba, así como el viejo montañés, extrema repugnancia á dejar abierta la puerta del lecho, como si temiesen que se entretuviera en observar sus movimientos: cada vez que Waverley abría su jaula, cerrábanla al punto. Por fin el viejo highlander terminó esta lucha clavando

CAPITULO XXXVII.

27

un clavo por la parte de fuera que hizo inútiles todos los esfuerzos del enfermo.

Waverley no sabia que pensar de aquella especie de contradiccion por parte de una gente que al parecer no intentaba despojarle, y que por otra parte miraba como un deber prevenir á sus deseos en todo lo demas. Trajo á su memoria que durante la crisis de la enfermedad creyó haber visto cerca de su lecho una muger mas jóven que su rancia enfermera. Es verdad que no conservaba sino una memoria confusa de aquella aparicion; pero confirmóse en su idea cuando prestando atento oido oyó muchas veces durante el dia la voz de una doncella chucheando con su enfermera.

Quien puede ser? se preguntaba: porque procura ocultarse? Su, activa imaginacion le ofreció al punto á Flora Mac-Ivor: despues que quiso persuadirse por algunos minutos que ella era quien venia como un ángel consolador á

visitar su doloroso lecho conoció que tal suposición era enteramente quimérica. ¿ Como podía creer que hubiese renunciado á la seguridad de su mansion de Glennaquoich por venir á refugiarse sola en aquel miserable asilo en medio del teatro de la guerra ? Sin embargo, sentia palpar su corazón cuando creia oír los pasos de una jóven adelantándose de puntillas, y los sufocados sonidos de sus dulces acentos cuando hablaba con la vieja Juana de voz ronca y sorda. Eduardo habia oído dar este nombre á su vieja enfermera.

Sin mas distracción que esta, en su soledad ocupóse en los medios de satisfacer su curiosidad á pesar de todas las precauciones de Juana y del genízaro montañés; porque desde el primer dia no habia vuelto á ver al jóven que le cuidaba. Despues de examinar detenidamente la construcción de su prision de madera, creyó hallar el medio de conten-

CAPITULO XXXVII.

29

tar su deseo con un clavo que arrancó de una tabla mas estropeada que las otras. Por entre esta estrecha abertura percibió una muger envuelta en su *plaid* y hablando con Juana. Desde nuestra primera madre la ilimitada curiosidad ha hallado un justo castigo en su contrariedad: no era dé la estatura de Flora, y su posicion impedia verle el rostro : para colmo del pesar de nuestro curioso, mientras que trabajaba con el clavo en ensanchar la abertura un ligero ruido descubrió su empresa; y la persona que deseaba conocer desapareció para no volver mas, ó al menos no la vió mas.

Desde este punto abandonaron todas las precauciones tomadas para impedirle ver la choza: no solamente le permitieron que se levantara, sino que le ayudaron á salir del que podia llamarse lecho de prision; aunque le impidieron salir de la choza; porque el jóven montañés, que estaba de vuelta y el otro mas anciano

se relevaban alternativamente para cuidarle. Cuando Waverley intentaba acercarse a la puerta, el de los dos que estaba de facción le rempujaba decentemente, pero con firmeza, como dándole á entender por señas que era peligroso salir y que se hallaba en la vecindad algun enemigo. La vieja Juana parecia inquieta y en acecho. Waverley, que todavía no habia recobrado fuerzas bastantes para evadirse contra la voluntad de sus guardianes, vióse obligado á armarse de paciencia. Su comida era mejor de lo que pudiera esperar, y no faltaban en ella las aves ni el vino: los highlanders no osaban nunca acompañarle en la mesa; y fuera de sus esfuerzos para impedirle salir, manifestábanle el mayor respeto. No tenia mas diversion que mirar por la ventana, ó antes bien por una abertura de forma irregular: á diez pasos bajo el lugar donde estaba construida la choza descubria un arroyo anchísimo y muy rápido, que

CAPITULO XXXVII.

31

coronado de árboles y de breñas, emblanquecía con su espesura las rocas por entre las cuales se abría paso.

El sexto día de su reclusion Waverley se halló tan completamente restablecido, que se ocupó seriamente en los medios de evadirse, persuadido de que cualesquiera que fuesen los peligros á que iba á esponerse no podían compararse estos á la insoportable monotonía de la vida que llevaba en la choza de Juana: deliberaba entre sí acerca del partido que tomaría cuando se hallase en libertad. Dos se presentaban á su imaginación, y ambos ofrecían peligros y dificultades: el primero era volver á Glennaquoich; no dudaba que Fergus Mac-Ivor le recibiría cordialmente; y el modo con que le habían tratado los agentes del gobierno le libraba á su entender de todo juramento de fidelidad: el segundo era dirigirse á algún puerto de mar y embarcarse para Inglaterra. Fluctuaba su espíritu sin resolverse á ninguno de estos

dos partidos; y si se hubiera evadido como intentaba es probable que se determinara por el mas fácil, pero habia decidido su estrella que no tuviese la facultad de escoger.

En la tarde del séptimo dia abrióse con violencia la puerta de la cabaña; Waverley vio entrar dos montañeses á quienes conoció como que formaron parte de la escolta que le habia conducido. Despues de una conversacion con sus dos camaradas, hicieron comprender por señas á Waverley que debia disponerse á seguirles. No podian darle nueva mas agradable, pues la manera con que le habian tratado en su retiro no le permitia creer que llevasen intento de maltratarle. Su novelesca imaginacion, cuyas inquietudes, pesares y sufrimientos habian detenido momentáneamente su arriesgado vuelo cesaba de estar ociosa. Su pasion á las cosas extraordinarias, aunque pueda estimular á la naturaleza de esta disposición del alma

CAPITULO XXXVII.

33

aquel grado de peligro que da solamente mas dignidad á los sentimientos del hombre, su pasion á las cosas extraordinarias, digo, habia quedado sofocada bajo el peso de los males insuperables en la apariencia que le habian poco ha abrumado por todas partes en Cairnvreckan. De hecho aquella mezcla de curiosidad y de imaginacion exaltada compone una especie de valor que pudiera compararse á las luces de que se sirven los trabajadores en el fondo de las minas: despiden bastante claridad para guiarles y para sostener su constancia en los accidentes ordinarios de sus faenas, pero se apagan con el contacto mas formidable de los gases y de los vapores mortales. Al presente el valor de nuestro héroe se habia reanimado; entregábase de nuevo á todas las ilusiones de la esperanza, mirando á los montañeses que acababan de llegar, quienes tomaban de prisa algun refrigerio, y hacian los ligeros preparativos de la partida.

TOMO IV.

3

Estaba sentado en la ahumada choza, á cierta distancia del fuego, en derredor del cual formaban los demas un grupo, cuando sintió Waverley que le golpeaban suavemente el hombro; vuélvese y ve á Alice, la hija de Donald Bean Lean. Enseñóle esta un paquete de papeles, guardándose de que lo viesen los demas; puso un dedo en sus labios, y se adelantó sin decir palabra para ayudar á la vieja Juana á arreglar las maletas. Era evidente que Alice deseaba fingiese no conocerla; sin embargo, volvióse la jóven cuando creyó que no podían verlo los demas, y viendo que Eduardo examinaba lo que hacia, rolla diestramente el paquete en una camisa, teniendo cuidado en ponerla en el fondo de la maleta. ¡Qué abundante materia para formar nuevas conjeturas! ¿Era Alice su misteriosa guardiana? La hija de la caverna era el genio tutelar que habia venido á velar su doloroso lecho? Acaso se halla-

CAPITULO XXXVII.

35

ba en poder de su padre? Y entonces qué proyectos tenía Donald respecto á él?.... ¡Esta vez habia descuidado el pillaje, su objeto constante ! No tan solo le habian entregado su maleta, sino tambien su bolsa, que tuviera en su poder aquel ladron de profesion! Tal vez el paquete explicaria este misterio.... pero Alice habia dado á entender que no debia consultarla sino en secreto.... y no le habia mirado ya desde que estuvo cierta de que hubo comprendido su operacion. Al contrario, salió en breve de la cabaña, y cuando estuvo en el umbral de la puerta, aprovechóse de la obscuridad para sonreirse mirando á Waverley con aire espresivo antes de desaparecer por la sombría falda de la montaña.

Los highlanders enviaron varias veces á su jóven camarada á la descubierta: cuando volvió la cuarta vez, levantáronle é hicieron seña á Waverley de que les siguiese. Antes de salir apretóle la mano

á la vieja Juana, que tan generosamente le habia cuidado, y al mismo tiempo le dio pruebas mas sólidas de su reconocimiento.

«Dios os bendiga y os proteja, capitan Waverley ! le dijo Juana en el buen escocés de los lowlands.»

Sorprendióle tanto mas esta exclamacion, cuanto que la vieja se habia servido constantemente de la lengua gaélica: la impaciencia de su escolta no le dió tiempo para hacer la menor pregunta.



CAPITULO XXXVIII.

UNA AVENTURA NOCTURNA.

LA tropa hizo alto á algunos pasos de la choza ; el gefe, en quien Waverley creyó reconocer el agigantado highlander, lugarteniente de Donald Bean Lean, mandó con señas y medias palabras que guardasen el mas profundo silencio. Entregó á Waverley una pistola y una espada, le enseñó con el dedo la senda, puso la mano en su propia espada⁶ como dándole á entender que habrian menester la fuerza para abrirse paso, y se colocó á la cabeza del destacamento, el que trepaba la senda formando una sola fila como una tropa de indios. Waverley seguia inmediatamente al gefe, quien se

⁶ Cfr. DEF: "claymore", espada típica del pueblo montaños. Como ya se ha indicado para otros objetos culturales, la norma de OLI consiste en alternar una traducción que tiende a neutralizar los rasgos culturales foráneos con la repetición en cursiva.

adelantaba con las mayores precauciones por miedo de hacer ruido y dar la alarma. Detúvose en la cima de la montaña: Waverley comprendió presto el porqué, al oír á cierta distancia una centinela inglesa que gritaba: *all's well* (1); la voz bajó con el soplo del viento de la noche hasta el fondo del valle, y repitiéronla los ecos. Oyóse el mismo grito segunda, tercera y cuarta vez, siempre mas débil, como partiendo de un puesto cada vez mas distante: era evidente que habia cerca y sobre las armas un destacamento de soldados, pero bastante cerca para descubrir una banda hábil en todas las astucias de una guerra de rapiña, como eran los hombres que observaban todas aquellas precauciones inútiles del enemigo.

Cuando á aquellos gritos sucedió el

(1) *All's well*, todo va bien: este es el de las centinelas inglesas.

CAPITULO XXXVIII.

39

silencio de la noche , los highlanders principiaron su rápida marcha, pero guardando el mayor silencio; Waverley no tuvo ni tiempo ni gana de hacer observaciones , con todo percibió que pasaba por junto á un vasto edificio, donde vio una débil luz en dos ó tres ventanas. Algo mas lejos el guia se puso á *oler el viento*, como lo hubiera hecho un perro faldero, y dio de nuevo la señal de hacer alto; principió á andar á gatas cubierto con su *plaid*, de modo que con dificultad podian distinguirle en el matarral por donde iba á hacer su reconocimiento. Tornó en breve y mandó que partiese su tropa, esceptuando un solo hombre; luego , indicando á Waverley que debia imitar su prudente manera de continuar su camino , principiaron todos tres á andar á gatas.

Despues de haber caminado durante algun tiempo de un modo tan penoso, Waverley sintió el olor del humo, que

4o

WAVERLEY,

sin duda habia percibido mucho mas pronto el olfato mas fino y mas ejercitado de su conductor : provenia de un aprisco arruinado, cuyas paredes eran de piedras sin cimientto, como es uso en Escocia. El higlilander guió á Waverley hasta el pie de la pared; y sin duda para darle á conocer todo el peligro á que se hallaban espuestos, ó tal vez por manifestar su habilidad, invitóle con señas y con su ejemplo á mirar por encima de la pared, que no era muy alta. Obedeció Eduardo, y vió una avanzada de cuatro ó cinco soldados, tendidos cerca del fuego, de guardia: dormian todos, esceptuando al que estaba de faccion , paseándose de arriba á bajo y con el mosquete al hombro, en cuya arma reflejaban los rayos del fuego. Alzaba frecuentemente los ojos hacia la parte del cielo donde aparecia la luna, que acababa de salir de los vapores que hasta entonces habian cubierto su disco.

CAPITULO XXXVIII. 41

Al cabo de uno ó dos minutos, por una de aquellas súbitas variaciones de la atmósfera , frecuentes en todos los países montuosos, levantóse una ventolina y arrojó las nubes que habian obscurecido el horizonte. El astro de la noche alumbró con todo su brillo una vasta estension de estériles arbustos. Es verdad que en el lado por donde viniera Waverley crecian varios árboles y chaparros, formando acá y acullá sombría cortina; pero en el lado por donde se dirigia, nada podia ocultarle á la vista del centinela, ni á él ni á sus compañeros, mas que la pared del parque cuando permanecían tendidos en el suelo.

El montañés tenia fijos los ojos en la bóveda celeste; pero con sentimientos muy opuestos á los que Homero, ó por decir, á los que Pope presta al lugareño sorprendido por la noche; tambien murmuró un juramento contra el astro a quien llamaba *la linterna de M.*

Farlane: miró tristemente á su rededor por algunos minutos, y se detuvo al parecer en su resolucion. Dejó á su compañero junto á Waverley, é hizo seña á Eduardo para que permaneciese tranquilo: despues de dar algunas órdenes en voz baja al montañés volvió atrás favorecido por la irregularidad del terreno, en igual direccion y con las mismas precauciones que habia tomado anteriormente. Eduardo volvió la cabeza, y le vió arrastrarse por tierra en cuatro pies con la destreza de un indio, aprovechándose de todas las breñas y recodos de la senda para no ser visto, y no pasando nunca adelante en los lugares mas espuestos á la vista, sin haberse asegurado antes de que la centinela estaba de espaldas. En fín, á los sotos y bosques que cubrian parte del matorral en aquella direccion, y se estendian probablemente hasta la entrada del valle donde Waverley habia habitado tanto tiempo. El highlander desapareció

CAPITULO XXXIII.

43

tan solo por algunos minutos : con efecto, salió de golpe por el lado opuesto, adelantándose fieramente por el matorral, sin tratar de obrar encubiertamente. Cuando estuvo á un tiro de distancia, disparó contra la centinela, y la hirió el brazo: el pobre diablo se vio interrumpido de un modo poco agradable en sus contemplaciones meteorológicas, y en el aire de *Nancy Dawson* que se entretenia en silbar. Disparó tambien el soldado, pero no con igual éxito: sus camaradas, que se despertaron sobresaltados, avanzaron por el lado de donde habia salido el tiro: todavía se distinguia el highlander, pero desapareció en breve por medio de las breñas; porque habia verificado completamente su *astucia de guerra*.

Mientras que los soldados le perseguian en una direccion, Waverley, guiado por el montañés que habia quedado con él, tomó la direccion opuesta, en la que no tenian puesta la atencion las centinelas.

Despues de andar un cuarto de milla, la espalda de la altura los robó enteramente a la vista: con todo oian todavía los gritos de alerta y el redoble de un tambor que llamaba á las armas; pero estos ruidos hostiles se oian á lo lejos detrás de ellos, y se debilitaron mas y mas á medida que continuaron su huida.

Despues de caminar media hora por un pais siempre raso y estéril, llegaron al tronco de un viejo roble que manifestaba en sus restos haber sido extraordinariamente corpulento: hallaron en un barranco vecino algunos montañeses con tres caballos. Lo primero que hizo el que cuidaba de Eduardo fué dar cuenta de su tardanza, porque repitió muchas veces el nombre de Duncan Duroch, quien llegó casi al mismo instante sin aliento, y no habiendo escapado al parecer de la muerte mas que por milagro; pero riendo y alegre con el buen resultado de su estratagema. Waverley comprendió fácil-

CAPITULO XXXVIII.

45

mente que un montañés ágil y que conocia perfectamente el pais debia haberse adelantado á los que no tenian iguales ventajas. La alarma que Duncan habia esparcido pareció prolongarse, porque se oian á lo lejos algunos tiros de fusil, lo que redobló la alegría de Duncan y de sus camaradas.

Volvió entonces á tomar las armas que habia prestado á nuestro héroe, dándole á entender que estaban superados todos los peligros del viaje.

Waverley no se hizo de rogar para montar uno de los caballos; la fatiga y las consecuencias de su enfermedad le hacian muy agradable este nuevo modo de continuar el viaje. Colocaron su maleta en un segundo caballo; Duncan montó el tercero, y se pusieron al punto en camino seguidos de su escolta. Sin haber experimentado otro accidente, llegaron al amanecer á la orilla de un rio muy rápido: los alrededores de esta comarca

eran a un mismo tiempo fértiles y pintorescos : frondosos árboles sombreaban las orillas del agua ; y veíanse muchos campos de trigo que en este año prometían abundante cosecha, recogida ya en gran parte.

A la orilla opuesta del río, y rodeado en parte por el curso sinuoso de sus aguas, elevábase un vasto alcázar, cuyas arruinadas torrecillas reflejaban los primeros rayos del sol. El edificio formaba un cuadrilongo bastante estenso para encerrar un patio central, las torres de cada ángulo eran mas altas que las murallas, las que estaban superadas por otras torrecillas irregulares en forma y elevación. Percibíase en una de las torrecillas una centinela, á quien su gorro azul y su flotante *plaid* daban á conocer por highlander, así como en otra se desplegaba una enorme bandera blanca, anunciando á lo lejos que la guarnición de aquella plaza era del partido de la casa de Estuardo.

CAPITULO XXXVIII.

47

Despues de cruzar rápidamente una pequeña ciudad , en la que su aparicion no escitó sorpresa ni curiosidad entre los habitantes, que se disponían á entregarse á sus campestres faenas, pasaron los highlanders por un muy antiguo y estrechísimo puente, sostenido por muchos arcos. Haciendo una vuelta sobre la izquierda, entraron en una avenida rodeada de viejos sicómoros, cuyo sombrío pero pintoresco aspecto habia admirado de lejos á Waverley.

Ya habian bajado para recibirle una enorme puerta de hierro, defensa exterior de la plaza; abrióse una segunda puerta de roble , guarnecida con muchos clavos, y la tropa entró en el patio. Un hidalgo vestido de montañés, con cuerda blanca en el gorro, ayudó á Waverley á bajar del caballo, y le dijo cortesmente que se alegraba de su llegada.

El gobernador, porque tal es el titulo que tomaba, habiendo conducido á

Eduardo á un destruido aposento, donde habia sin embargo un pequeño catre de campaña, le ofreció todos los refrigerios que pudiera desear, y con esto se disponia á dejarle solo.

«Tendréis á bien, le dijo Waverley despues de las excusas de estilo, añadir á todas vuestras bondades la de decirme donde estoy, y si debo considerarme como prisionero?

—No depende de mí responder á vuestras preguntas de un modo tan explícito como deseara, le respondió el gobernador ; bastará deciros que os hallais en el alcázar de Doune , en la comarca de Menteith , y que no teneis nada que temer.

—¿Podré saber qué seguridad tendré de lo que decís ?

—El honor de Donald Estuard, gobernador de esta ciudadela, y teniente coronel al servicio de su alteza real el príncipe Cárlos Eduardo.»

CAPITULO XXXVIII.

49

Dichas estas palabras , apresuróse á salir, como para evitar que se prolongase la discusion.

Nuestro héroe, fatigadísimo en extremo, se echó en la cama, y no tardó en dormirse.



TOMO IV.

4

CAPITULO XXXIX.

CONTINUACIÓN DEL VIAJE.

CUANDO se despertó Waverley el día estaba ya muy adelantado; y principió á sentir que ya muchas horas que no habia tomado alimento alguno : no tardaron en servirle un abundante desayuno; pero el coronel Estuard , para substraerse á la curiosidad de su huésped no se presentó, contentóse con enviarle de su parte un criado con encargo de ofrecer al capitan Waverley todo lo que necesitara para su viaje, el que debia continuar aquella misma tarde. Waverley tuvo á bien hacer varias preguntas al criado; pero este opuso á su curiosidad la impenetrable barrera de una ignorancia y de

CAPITULO XXXIX.

51

una estupidez reales ó afectadas, levantó la mesa, y dejó de nuevo á Waverley entregado á sus meditaciones.

Reflexionando acerca de los caprichos de la fortuna, la que al parecer tenia gusto en ponerle siempre á disposicion de los demas, sin permitir que dirigiese por sí mismo sus acciones, Eduardo detuvo de repente los ojos en su maleta, que habian depositado en el aposento mientras dormia. Acordóse entonces de la misteriosa aparicion de Alice en la choza del valle, y disponíase á examinar los papeles que pusiera ella entre su equipaje; mas el criado del coronel Estuard entró y se apoderó de la maleta, que cargó sobre sus hombros.

«Amigo , le dijo Waverley, ¿me permitiréis mudar de ropa blanca?

—Vuestra señoría recibirá una de las camisas en el comedor del coronel, pues ahora debo poner la maleta en el carro del equipaje.»

Y sin dar otra respuesta salió friamente con la maleta , dejando á Eduardo casi indignado. Al cabo de algunos minutos oyó el ruido de un carro que salía del patio , y comprendió que se hallaba privado por entonces, sino por siempre, de las únicas noticias que podrian aclarar algun tanto los extraordinarios acontecimientos que tanta influencia habian ejercido recientemente sobre su suerte. Permaneció solo en aquel estado de melancolía durante cuatro ó cinco minutos⁷.

Pasado este espacio de tiempo, óyese ruido de caballos en el patio, y el coronel vino á preguntar á su huésped si deseaba tomar aun algun refrigerante antes de partir. Eduardo aceptó este ofrecimiento sintiéndose en estado de honrar la comida: aun tardaron en servirla. La conversacion de este gobernador era la de un verdadero hidalgo de provincia, mezclada con algunos términos de guerra : evitaba con el mayor cuidado soltar

⁷ Nótese el cambio de OLI respecto al tiempo de espera: tanto DEF como WAV señalan 'cuatro o cinco horas'.

CAPITULO XXXIX.

53

la menor espresion acerca de las operaciones militares y situacion política de la Escocia ; y cuando Waverley le dirigia alguna pregunta directa sobre estos artículos, respondia directamente tambien que no le era permitido hablar de tales materias.

Despues de comer el gobernador dijo á su huésped que habiéndole informado su criado de que iba delante su bagaje, se tomaba la libertad de entregarle un pequeño lio de ropa blanca para lo que pudiera necesitar hasta que tuviese su maleta; despues de este cumplimiento salió. Pasado un instante dijo un criado á Waverley que su caballo estaba dispuesto.

Eduardo bajó al patio, montó en su caballo, que tenia un soldado de la brida, y salió de las puertas del castillo de Doune escoltado por veinte caballos, que menos se parecian á una tropa regular, que á una banda de ciudadanos armados de priesa por urgente é imprevista

causa. Su uniforme, que no era mas que una afectada imitacion del de los cazadores de Francia, distaba mucho de ser completo, y daba cierto aire desmañado á los que le vestian. Eduardo , cuyos ojos estaban acostumbrados á ver el conjunto de un regimiento bien disciplinado, conoció fácilmente que no componian su escolta tropas regulares, y que á pesar de su destreza en el manejo de los caballos, eran cazadores ó criados, mas bien que verdaderos soldados. Los caballos no estaban acostumbrados á aquella regularidad de movimiento tan necesaria para hacer las evoluciones simultáneamente y con precision, ni parecian mas adiestrados (*bitted*, sirviéndome de la palabra técnica) en el manejo de la espada. Con todo, aquellos hombres poseian vigoroso y marcial continente, y tomados individualmente pudieran ser formidables en el servicio de la caballería irregular. El comandante de este destacamento mon-

CAPITULO XXXIX.

55

taba un soberbio caballo de caza ; y á pesar de su vestido militar, Waverley reconoció al punto á su antiguo conocido el Señor Falconer de Balmawhapple.

Aunque el primer encuentro de nuestro héroe con este hidalgo no hubiera sido de los mas amigables, olvidara de buena gana su loca querella por disfrutar del placer de trabar conversacion, placer de que estaba ya mucho tiempo privado; mas sin duda la memoria de su desafío con el baron de Bradwardine, del que Eduardo habia sido la causa involuntaria , irritaba todavía el espíritu del grosero y orgulloso *laird*. Tuvo cuidado en no hacer la menor seña que pudiera probar que reconocia á su prisionero; caminaba con ceño al frente de su tropa, á la que llamaba enfáticamente el escuadron del capitan Falconer, aunque apenas era bastante numeroso para formar la escuadra de un sargento. Precedíale un trompeta y un estandarte que

llevaba el alférez Falconer, hermauo segundo del *laird*. El teniente, bastante viejo, parecia un cazador y un buen compañero , pero de rango poco elevado en la sociedad; la espresion de una fria alegría dominaba su fisonomía, cuyas facciones vulgares denunciaban su intemperancia; llevaba metido hasta la oreja con modo jactancioso su arremangado sombrero, y silbaba el aire de *Rob de Dumblain*, bajo la influencia de una media pinta de aguardiente; trataba alegremente con una feliz indiferencia acerca del estado del pais, la conducta de su tropa, el objeto del viaje, y todos los intereses del mundo. Waverley, al echar de ver á este personaje, que se balanceaba sobre su cabalgadura, quiso ver si podia saber algo por él, ó al menos entretener de este modo al fastidio del camino hablando juntos.

« Vaya una bella tarde, señor mi, le dijo.

CAPITULO XXXIX.

57

— Oh! sí, soberbia, amigo, repuso el teniente con el lenguaje mas vulgar de la Escocia.

— Sí, volverán á entrar perfectamente las cebadas , continuó Waverley para no dejar caer la conversacion.

— Pero los arrendadores, llévelos el diablo á todos, y los tratantes de granos no disminuirán por eso el antiguo precio, á espensas de los que mantienen caballos.

— Sois tal vez mariscal, señor mio?

— Sí, mariscal, teniente , maestro de manejo; ¿y ciertamente quien pudiera adiestrar y mantener los pobres animales mejor que yo que los he vendido todos ?

— ¿Tendréis la bondad de decirme á donde vamos?

— A llevar el mensaje de un loco.

— En ese caso , creyera que un personaje de vuestra apariencia no debia hallarse en el camino.

— Bien, bien, muy bien, señor mio ;

pero no hay *causa sin causa* : habeis de saber que el *laird* me compró todos los caballos para montar su tropa, conviniéndose á pagarlos segun el precio y las circunstancias del tiempo; pero no tenia un cuarto, y me han avisado de que su firma no vale un alfiler⁸ en el tesoro del Estado, con todo es preciso que me pague mis mercancías á san Martin. Así pues, como el *laird* me ha ofrecido generosamente este grado, y como el viejo *Fifteen* se ha negado siempre á reembolsarme mi dinero por haber suministrado caballos contra el gobierno, he pensado que lo mejor que podia hacer es partir yo mismo para cobrar; y ya presumiréis , señor mio , que habiendo tocado cabestros toda mi vida, no me pone mucho pavor hallarme en peligro de que atavien mi cuello con una corbata de *Saint-Jouston*.

— ¿ Luego no perteneceis á la clase militar?

⁸ Cfr. DEF (294): “(...) son billet ne vaudrait pas une épingle (...)”; WAV (288): “(...) his bond will not be worth a boddle (...)”. ‘Boddle’ – al igual que ‘plack’ – es una moneda escocesa de cobre que por su poco valor (inferior al penique inglés) suele formar parte de expresiones idiomáticas que sugieren la idea de poca importancia o cuantía. OLI, a partir de DEF, recoge ese sentido pero no incluye ningún término monetario. En una aparición textual posterior, la traducción española opta por la repetición del término extranjero en cursiva, con una nota a pie de página referida al escaso valor de la moneda (véase OLI: IV, 114).

CAPITULO XXXIX.

59

—No señor, gracias á Dios, respondió el bravo partidario; no soy hecho para tan corta brida; he sido educado en un buen astillero. Soy tratante de caballos, y si vivo para veros este invierno en Witson-Tryst, en Stagshaw-Bank , ó en la feria de Hawick, y necesitais un caballo corredor que gane el premio, os serviré á vuestro gusto; por que Jamie Jinker no ha engañado jamás á nadie. Vos sois un bravo jóven, señor mio, y debeis conocer los caballos; veis ese animal que monta Balmawhapple, yo se lo he vendido. Su ladre es *Lame-la-escala* , yegua que ganó el galardón del rey en Caverton-Edge; su padre es *Pelafustan*⁹, que pertenece al duque Hamilton, etc. , etc.»

Estendíase Jinker acerca de la genealogía de la yegua de Balmawhapple, hablaba ya de su abuelo ya de su abuela, y Waverley esperaba ocasión para saber de él noticias mas interesantes, cuando el noble capitán detuvo su caballo hasta que

⁹ Cfr. DEF: "Pied-poudreux"; WAV: "Dusty-Foot". En ambos textos el nombre del caballo tiene tanto un significado literal ('pie polvoriento') como figurado ('vagabundo, persona errante'). La traducción española sólo recoge el sentido figurado.

60

WAVERLEY ,

estuvo en la misma línea que el chalan genealogista, sin poner directamente atención en Eduardo, «Creia, dijo, haber prohibido espresamente hablar al prisionero.» El trasformado chalan bajó la cabeza y se retiró á retaguardia, donde se consoló de la leccion que acababa de recibir disputando violentamente sobre el precio del heno con un arrendador, que para renovar su escritura de arrendamiento se habia visto obligado á pesar suyo á ponerse en campaña con su *laird*.

Waverley se vio pues reducido otra vez á guardar silencio, previniendo que si trataba de entablar aun conversacion con alguno de sus guardias, daria ocasion á Balmawhapple para que hiciera valer insolentemente la autoridad de que estaba revestido, y para que se entregara á su carácter naturalmente despótico y brutal, empeorado aun con el incienso de servil adulacion.

Al cabo de dos horas el destacamento

CAPITULO XXXIX.

61

se halló cerca de Stirling: sobre las almenas ondeaba el estandarte de la union, cuyos colores resaltaban al sol poniente. Para acortar el camino, ó tal vez para manifestar su importancia é insidiar á la guarnicion inglesa, Balmawhapple quiso cruzar el parque real que rodea la parte inferior de la roca en cuya cima está situada la fortaleza.

Con espíritu mas tranquilo, Waverley no dejara de admirar aquel pais tan interesante por una mezcla de memorias novelescas y de bellezas naturales: aquella llanura, teatro de antiguos torneos; aquella roca en cuya altura asistian las bellas á los combates, haciendo cada una voto para que la victoria coronase á su caballero favorito; las torres de aquella iglesia gótica donde estos votos recibian su recompensa; y en fin, sobre la cima de la misma montaña, la ciudadela , palacio y fortaleza al mismo tiempo, donde el valor recibia la palma de manos del rey,

y donde los caballeros y damas terminaban el día con las danzas, los cantos y los festines: la vista de tales objetos debía interesar á un jóven de novelesca imaginacion.

Mas Waverley estaba entregado á pensamientos de muy diferente naturaleza, y pronto le sacó de sus profundas meditaciones un incidente inesperado. Balma-whapple, al hacer desfilas su cuerpo de caballería al pie de las murallas, dominado por su natural orgullo, mandó tocar una sonata y desplegar su estandarte. Este insulto causó probablemente sensacion; porque cuando el peloton estuvo á tiro de la batería, pasó silbando una bala por encima de la cabeza del presuntuoso capitan, y se enterró á algunos pasos de distancia cubriéndoles de polvo. No tuvo necesidad de mandar á la tropa que apresurase el paso; con efecto, obedeciendo cada uno al impulso del momento, dieron ocasion á los caballos del se-

CAPITULO XXXIX.

63

ñor Jinker para manifestar su celeridad; y galopando sin orden, no volvieron á tomar el trote (como el teniente lo observó despues) hasta que arrivaron á una eminencia, donde ya no podian llegar los saludos poco bondadosos del castillo de Stirling. Debo decir en honor de la verdad que no solamente se quedó en la retaguardia Balmawhapple, é hizo todos sus esfuerzos para replegar su tropa desordenada, sino que respondió descargando contra las murallas su pistola; pero como estaba media milla distante de la fortaleza no he podido saber cual fué el resultado de aquel acto de venganza.

El destacamento atravesó la memorable llanura de Bannockburn, y pasó mas allá del Torwood, que recuerda al aldeano escocés gloriosas ó terribles memorias, las hazañas de Walacio , ó las crueldades de Wudd-Willie Grime. En Falkirk, pequeña ciudad famosa, ya en los fastos de la Escocia, y que pronto debia

distinguirse en los acontecimientos de la guerra actual , Balmawhapple hizo alto para descansar allí aquella noche. Todo se arregló sin muchas consideraciones á la disciplina militar; el digno teniente se ocupaba tan solo en saber donde vendian el mejor aguardiente: juzgaron que era inútil poner centinelas, y la guardia no se compuso mas que de los hombres del destacamento que pudieron procurarse licor. Fácilmente hubieran destrozado este destacamento algunos hombres resueltos ; pero entre los habitantes habia algunos apasionados á la causa de los Estuardos , la mayor parte de ellos eran indiferentes , y los demas tenian miedo. No aconteció nada digno de referirse en el discurso de la noche, sino que despertaron muchas veces á Waverley los bebedores , los que sin remordimientos y sin piedad hacian resonar sus canciones jacobitas.

Al dia siguiente al amanecer el escua-

CAPITULO XXXIX.

65

dron tomó el camino de Edimburgo, aunque la palidez de los rostros acusaba á mas de un soldado de haber pasado la noche en el desorden. Hicieron alto en Lintithgow, famoso por su antiguo palacio, todavía derecho y habitable sesenta años ha, pero cuyas venerables ruinas han sido transformadas en nuestros tiempos en cuarteles para los prisioneros franceses. ¡En paz sean las cenizas de aquel sabio ministro que puede contar entre los últimos servicios que hizo á la Escocia el haber interpuesto su crédito para prevenir semejante profanacion!

A medida que los caballeros se acercaban á la capital de la Escocia por medio de una llanura fértil y bien cultivada, oíase mas y mas el ruido del cañon. ¡La obra de la destruccion ha principiado ya! se dijo á sí mismo dolorosamente Waverley. El propio Balmawhapple juzgó que no era inútil tomar algunas precauciones: envió un destacamento de vanguardia ,

TOMO IV. 5

colocó en buen orden el resto de sus soldados, y se adelantó fieramente.

En breve llegaron á una altura, desde donde la vista distinguia á Edimburgo, estendiéndose en la larga colina que desciende hacia la parte de oriente desde el castillo. Sitiada, ó por mejor decir, bloqueada por los insurreccionados del norte , dueños ya dos ó tres dias de la ciudad, la guarnicion hacia fuego por intervalos á los cuerpos de highlanders que se esponian á acercarse á su vecindad ó á la calle principal. La mañana era serena y pura: el efecto de aquellas descargas disparadas á intervalos desiguales era envolver la ciudadela en nubes de humo, de las cuales las mas elevadas se disipaban lentamente por el aire, en tanto que el velo del medio se hacia cada momento mas sombrío por las nuevas nubes que salian de las murallas. El edificio cubierto de este modo por varias partes como de un velo tenia cierto aspecto de gran-

CAPITULO XXXIX.

67

deza, mas terrible todavía para Waverley cuando pensaba en la causa que le producía, y en que cada esplosion anunciaba tal vez la muerte de un bravo.

Cuando se acercaron á la ciudad Balmawhapple, que no habia olvidado el recibimiento poco amigable que encontrara delante de Stirling, no pensó en poner á prueba la artillería del castillo. Dejó pues el camino ancho para hacer un recodo á la izquierda dirigiéndose hacia el antiguo Holy-Rood, sin entrar en la ciudad; formó su gente en batalla delante de la fachada de este venerable edificio, y entregó su prisionero á un oficial de los highlanders, quien le condujo al punto al interior del palacio.

Atravesó una galería larga, baja é irregular, cuyas paredes estaban decoradas, segun dicen, con cuadros que pretenden sean retratos de reyes de Escocia, aunque la mayor parte de aquellos reyes hubiesen existido mas de cincuenta años antes que

se inventase la pintura al óleo. Esta galería servía de sala de los guardias ó de vestíbulo para los aposentos que el aventurado Cárlos Eduardo ocupaba en el palacio de sus antepasados. Varios oficiales vestidos al modo de los highlanders y al de los lowlands pasaban y volvían á pasar de priesa, ó se detenían en aquella pieza como para esperar órdenes; algunos secretarios se ocupaban en escribir pasaportes, hojas de revista, listas de muertos y heridos, etc. Todos estaban atareados y ocupados en algun proyecto importante. Waverley, á quien nadie dirigía la palabra, se sentó tristemente en la tronera de una ventana, esperando no sin inquietud la crisis de su destino que parecía cercana.



CAPITULO XL.

UN CONOCIMIENTO ANTIGUO Y OTRO NUEVO.

MIENTRAS que Waverley estaba sumergido en su meditacion percibió detrás de sí el roce de un plaid, una mano amiga tocó su hombro, y una voz familiar exclamó: «¿El profeta de los highlanders decia la verdad, ó la segunda vista no merecerá ya crédito?»»»

Waverley se volvió, y le abrazó tiernamente FergusMac-Ivor.

«Seais mil veces bien venido al palacio de Holy-Rood, vuelto á su legítimo soberano... ¿No os dije que nosotros saldríais con la nuestra, y que vos caeríais en manos de los Filisteos si nos dejabais ?

70

WAVERLEY,

— Querido Fergus, ya mucho tiempo que no he oído la voz de un amigo.... ¿Dónde está Flora?

— En paraje seguro, y presenciando nuestra fortuna.

— Está aquí?

— Sí, es decir en la ciudad, no tardaréis en verla; pero antes es preciso que os dé á conocer á un amigo, en quien pensais poco y que muy á menudo me ha pedido noticias de vos. »

Esto diciendo, le asió de la mano, le arrastró fuera de la sala de los guardias; y antes que Waverley viese adonde le conducía hallóse en una sala de audiencia arreglada con la intención de darle cierto aspecto de sala real.

Un jóven de blondos cabellos, á quien distinguían la dignidad de su continente y la noble espresion de sus facciones regulares, salió de un círculo de militares y de gefes de los highlanders que le rodeaban y se adelantó hacia él. Waverley creyó

CAPITULO XL.

71

reconocerle al punto en su gracioso andar y fáciles modales, sin que necesitase observar la estrella que brillaba en su pecho y la charretera bordada en su rodilla.

«Dígnese vuestra Alteza real, dijo Fergus inclinándose profundamente, permitir que le presente...

— Al descendiente de una de las mas antiguas y de las mas leales familias de Inglaterra, dijo el jóven caballero interrumpiéndole; os ruego que me escuseis, mi querido Fergus, si os interrumpo, mas ¿es menester maestro de ceremonias para presentar un Waverley á un Estuardo?..»

Dichas estas palabras alargó la mano con la mas amable cortesía á nuestro héroe, quien no pudo evitar el rendirle el homenaje que parecia debido á su rango, y que era ciertamente un derecho de su nacimiento (1). «Siento, señor Wa-

(1) Ved aquí una de aquellas frases semi-jaco-

verley, que por circunstancias mal explicadas hasta ahora, os hayan detenido á pesar vuestro en el Perthshire y durante el camino algunos de nuestros partidarios; pero nos hallamos en una situación tal que apenas podemos distinguir á nuestros amigos... Yo mismo en este momento no sé si debo lisonjearme de contar al señor Waverley en el numero de los míos.»

Al llegar aquí se interrumpió por un instante; mas antes que Eduardo pudiera dar una respuesta oportuna ni aun recoger sus ideas sobre este asunto, el principe sacó un papel de su faltriquera y continuó.

«No tendria ninguna duda acerca de esto si me refiriese á esta proclamacion que han publicado los amigos del elector de Hanover, la que nombra al señor

bitas que se le han escapado al autor en el curso de sus novelas, y que le han acarreado ciertas críticas de parte de los celosos partidarios de la casa de Hanover y de Brunswick.

CAPITULO XL.

73

Waverley entre los nobles é hidalgos que por premio de su fidelidad á su legítimo soberano se ven amenazados del suplicio señalado á los reos de alta traicion; pero no quiero deber partidario alguno sino al afecto y al convencimiento. Si el señor Waverley desea proseguir su camino hacia el sud ó reunirse con las tropas del elector de Hanover tendrá un pasaporte mio y libertad de hacerlo; solamente sentiré no poder salirle garante de las probables consecuencias de semejante resolución. Mas si el señor Waverley se determina á seguir las huellas de su respetable abuelo sir Nigel; si quiere abrazar una causa recomendada tan solo por su justicia; si sigue á un proscrito que se echa en los brazos de su pueblo para recobrar el trono de sus padres ó para perecer : puedo decirle que hallará en esta noble empresa compañeros dignos de él, y un dueño que puede ser desgraciado pero no ingrato.

El político gefe de la raza de loor conocia muy bien toda su ventaja entablando esta conferencia personal entre su amigo y el príncipe aventurero. Desconociendo el lenguaje y los modales de una corte civilizada, que habia adquirido Cárlos en grado eminente, hirieron á Eduardo hasta el fondo de su corazon aquellas palabras benévolas, y vencieron los motivos prudentes que le detenian. Verse así solicitado por un príncipe cuya persona y el valor que desplegaba en esta singular aventura correspondian tan bien á sus ideas de héroe de novela; verse adulado en los antiguos aposentos del palacio de sus padres reconquistado por aquella espada que desenvainaba ya para alcanzar otras victorias: era bastante para volver á Eduardo la dignidad é importancia que creia haber perdido. Despreciado, calumniado y amenazado por otra parte, movíanle seducciones irresistibles á abrazar la causa que las preocu-

CAPITULO XL.

75

paciones de la educacion y los principios políticos de su familia le recomendaban ya como la mas justa. Todos estos pensamientos que le asaltaron de una vez borraron de su espíritu cualquiera consideracion de una tendencia opuesta. El tiempo por otra parte no admitia deliberaciones, y Waverley hincando la rodilla ante Cárlos-Eduardo, consagró su corazon y su espada á la defensa de sus derechos.

El príncipe (porque aunque desgraciado por causa de las demencias y faltas de sus antepasados, daré á Cárlos-Eduardo aquí y en todas partes el título debido á su nacimiento), el príncipe se apresuró á levantarle, y le estrechó entre sus brazos con una espresion de reconocimiento sobrado afectuosa para no ser franca. Dió tambien muchas veces las gracias á Fergus Mac-Ivor por haberle proporcionado tal partidario, y presentó á Waverley á los diferentes señores, gefes de los highlanders y oficiales que se hallaban

cerca de su persona , como á un hidalgo de las mas elevadas esperanzas, cuyo franco y valeroso entusiasmo por su causa era una garantizacion de los sentimientos de las principales familias inglesas en esta crisis importante. Con efecto, era esta materia de duda entre los partidarios de la casa de los Estuardos; la desconfianza bastante fundada de la cooperacion de los jacobitas ingleses impedia que se pusieran muchos escoceses de alto rango bajo el estandarte de Cárlos , y disminuia el valor de los que ya se habian puesto: nada podia favorecer mas al caballero que esta declaracion en su favor del representante de la casa de Waverley-Honour, tan conocida entre los caballeros y realistas. Tal era lo que habia previsto Fergus desde el principio: amaba realmente á Waverley, porque sus sentimientos y proyectos no habian estado nunca en oposicion; esperaba que con el tiempo se uniría con Flora, y alegrábase de

CAPITULO XL.

77

verle en fin empeñado en la causa que habia abrazado él mismo. Mas, como ya hemos dado á entender, conseguia un triunfo como político en haber adherido á su partido un hombre de tal importancia; y gozábase tambien con la consideracion personal que adquiría él mismo cerca del príncipe por el servicio que le hacia.

Por su parte Cárlos-Eduardo parecia andar solícito en manifestar á sus oficiales la importancia que daba á su nuevo partidario; y con este intento le refirió al punto como en confianza los pormenores de su situacion.

«Señor Waverley, le dijo, por causas de que no estoy enterado sino incompletamente careceis de muchas noticias, é ignorais, segun presumo, las particularidades importantes de mi situacion actual. Con todo habréis oido hablar de mi desembarco en el lejano distrito de Moldart, con siete individuos solamente; en

donde numerosos gefes de tribus, en medio de su leal entusiasmo, han colocado de repente á un aventurero al frente de un valeroso ejército. Creo que habréis sabido tambien que el general en gefe del elector de Hanover marchaba contra nosotros á la cabeza de un ejército fuerte por su número y disciplina con intencion de presentarnos batalla; pero les abandonó el valor cuando no estuvimos distantes uno de otro mas que tres horas de marcha , de suerte que nos ha cedido el paso, y se ha dirigido hacia el norte sobre Aberdeen , dejando el pais bajo abierto y sin defensa. Para aprovecharme de esta circunstancia me he dirigido á esta metrópoli, alcanzando á dos regimientos de caballería que habian amenazado destruir á todos los montañeses que pasaran mas allá del fuerte de Stirling. Mientras que los magistrados y los principales ciudadanos discutian entre sí si debian abrir las puertas ó defenderse, mi

CAPITULO XL.

79

fiel amigo Lochil, añadió el príncipe tocando el hombro de este bravo gefe, dio fin á su indecision forzando las puertas á la cabeza de quinientos camerones.

Hasta entoncestodo iba bien para nosotros; pero en este intervalo, habiendo recobrado el valiente general algun vigor en el aire vivo de Aberdeen, se embarcó para Dumbar, y acabo de recibir la nueva cierta de que ha desembarcado ayer. Así es que mi consejo de guerra está dividido en dos opiniones: segun unos, como somos probablemente inferiores en número, y ciertamente en disciplina y provisiones militares, por no decir nada de nuestra falta absoluta de artillería y de la debilidad de nuestra caballería, seria mejor que nos retirásemos á las montañas, hiciésemos la guerra en ellas hasta que nos llegasen socorros de Francia , y que todas las tribus hubiesen tomado las armas en favor nuestro. Segun los otros, un movimiento retrógrado causaria el ma-

yor daño á nuestra empresa, y enfriaría el celo de nuestros amigos , lejos de proporcionarnos otros. Los oficiales que son de este último dictamen, entre quienes se cuenta á vuestro jóven amigo Fergus Mac-Ivor, sostienen que si los highlanders ignoran la disciplina militar y la disciplina de mis soldados de Europa, los soldados con quienes han de combatir no ignoran menos su terrible manera de pelear ; que podemos contar así con su valor como con el sacrificio de los gefes é hidalgos; que como estos se precipitarán en medio de las filas enemigas, las tribus los seguirán ; en fin , que habiendo sacado la espada , debemos echar la vaina y poner nuestra esperanza en los combates y en el Dios de los combates: ¿el señor Waverley tendrá la bondad de darnos á conocer su opinion en estas circunstancias difíciles ?»

Waverley se abochornó de modestia y de placer creyéndose honrado con esta

CAPITULO XL.

81

pregunta: y respondió con tanto celo como valor que no osaba dar un parecer fundado sobre conocimientos militares; pero que el partido mas agradable para él seria el que le proporcionase mas pronto ocasion de probar su entusiasmo á su alteza real.

«Contestación de un Waverley! dijo Cárlos-Eduardo: para que ocupeis un rango digno de vuestro nombre, permitidme reemplazar vuestro despacho de capitan, que os han quitado, con el de mayor general, quedando en el servicio de mi persona en calidad de edecan hasta que os pueda dar un regimiento; y espero que pronto habrá muchos formados.»

Waverley, acordándose de Balma-whapple y de su tropa, respondió :

«Vuestra alteza real me perdonará si no acepto ningun rango hasta que me halle en un lugar donde posea bastante crédito para levantar un cuerpo, en cuyo mando pueda ser útil: dignaos permitir-

TOMO IV.

6

me que sirva en calidad de voluntario á las órdenes de mi amigo Fergus Mac-Ivor.

Al menos, le dijo el príncipe, sin duda admirado de tal respuesta, no me privaréis del placer de armaros al modo de los highlanders. Dichas estas palabras, desatóse su propia espada escocesa, cuyo cinturón estaba guarnecido de plata, y el puño de acero trabajado rica y curiosamente.

« La hoja , dijo es de *Andres Ferrara* (1); y ha sido como una alhaja hereditaria en nuestra familia ; pero estoy per-

(1) Las espadas que se encuentran todavía en Escocia con el nombre de este artista son de manufactura española. Ferrara era, dice la tradición, un hábil artífice de Guipúzcoa, que se vio obligado á refugiarse en Escocia en el reinado de Jacobo IV ó Jacobo V por haber muerto á su aprendiz, quien le había robado el secreto del temple de su acero.

CAPITULO XL.

85

suadido que la pongo en mejores manos que las mias , y añadiré á ello unas pistolas del mismo artífice..... Coronel Mac -Ivor, sin duda tendréis muchas cosas que decir á vuestro amigo; no os privaré por mucho tiempo del placer de conversar juntos. Os ruego no olvideis que os espero á ambos esta tarde : tal vez será esta la última noche que pasaremos en este palacio ; y como vamos al campo del honor con una conciencia tranquila, gozaremos alegremente de la víspera del combate.

Habiéndose despedido del Príncipe, el gefe y Waverley salieron de la sala de audiencia.



CAPITULO XLI.

EL MISTERIO PRINCIPIA A PONERSE EN CLARO.

«QUE OS parece? dijo Fergus á su amigo bajando la escalera.

—Es un príncipe por quien es dulce vivir y morir : tal fué la respuesta del jóven entusiasta.

—Ya sabia yo que no pensariais de otro modo así que le vieseis , y alegrárame de que hubiese sido mas pronto; pero vuestra determinacion me lo impidió. Con todo tiene tambien sus debilidades, ó antes bien el papel que representa es difícil; y sus oficiales irlandeses, que nunca se apartan de su lado, son consejeros tristes que no pueden juzgar con acierto las numerosas precauciones que se toman de

CAPITULO XLI.

85

antemano. Lo creeriais? Me he visto obligado en los momentos actuales á no tomar mi título de conde , aunque sea la recompensa de diez años de trabajos; y esto por no escitar la envidia de C*** y de M***; mas habeis hecho muy bien, Eduardo, en rehusar el empleo de edecan. Hay dos vacantes; pero Clanronald, Lochil, y casi todos los gefes de tribus. pedimos uno para el jóven Aberchallader, y el partido de los lowlands con los irlandeses no esperan menos obtener el otro para el *master* de F.*** Vuestro nombramiento, en detrimento de uno de aquellos candidatos, os hubiera acarreado muchos enemigos: mucho me sorprende que el príncipe os haya ofrecido el destino de mayor, cuando debe saber que algun hidalgo que le ha subministrado ciento y cincuenta hombres, apenas se contentara con el título de teniente coronel..... Mas, *paciencia, primo, y barajad!*... Todo va bien por ahora; será

preciso equiparos para esta tarde, porque hablándoos francamente no vais decente para presentaros en la corte.

— Es verdad que desde nuestra separacion no me he quitado mi vestido de caza; pero probablemente, amigo mio, lo debeis saber tambien ó mejor que yo.

— Haceis sobrado honor á mi perspicacia : me hallaba tan ocupado al principio en los preparativos de la batalla que creíamos dar en Cope, y luego en nuestras operaciones en los lowlands , que cuanto pude hacer fué dar algunas instrucciones generales á la gente nuestra que dejábamos en el Pertshire para socorreros y protegeros si os encontraban; mas contadme vos mismo toda la historia de vuestras aventuras, que no hemos oido sino incompleta y desfigurada.»

Waverley le hizo la relacion de los pormenores que sabe ya el lector, y Fergus le escuchó con la mayor atencion. Llegaron á su alojamiento en un patio

CAPITULO XLI.

87

enlosado desviado de la calle , casa de una viuda alegre de cuarenta años , que ponía muy buen rostro al jóven gefe; pues era de tal carácter, que el humor festivo y el buen continente siempre la interesaban , cualquiera que fué la opinión política de su huésped. Callum Beg recibió á Waverley con la sonrisa de un amigo.

«Callun! dijo Fergns, llamad á *Shemus an Snath* (Jacobo de la Aguja). Era este el sastre hereditario de Vich Jan Vohr. Shemus, le dijo el gefe, el señor Waverley os llevará la *cath dath* (tela): en cuatro horas habeis de hacer sus *trews*; va sabeis la medida de un hombre bien formado: la décima sexta parte de auna¹⁰ para la pantorrilla... la undécima desde las caderas hasta los talones, y la séptima para la cintura.

— Consiento en que su señoría mande colgar á Shemus si hay en los highlanders un par de tijeras que corten mejor

¹⁰ Para traducir el nombre de la unidad de longitud OLI recurre a un término foráneo en la cultura meta, que resulta de la adaptación ortográfica del vocablo francés "aune" (vara). Cfr. WAV: "nail".

que las mias el *cumadh an trews* (1).

—Necesitamos, dijo el gefe, un *plaid* como los de Mac-Ivor, y un cinto, un gorro azul de igual hechura que el del príncipe : mi fraque verde con galon de plata le estará de perlas, pues todavía no le he usado. Decid al alferez Mac-Combich que escoja una de las mejores tablachinas: mi querido Eduardo, el príncipe os ha dado pistolas y espada , yo os daré el *dirk* y la bolsa; añadid á todo esto calzado de talones bajos, y sois , querido Eduardo, un verdadero hijo de Ivor.»

Despues de dar así sus órdenes, Fergus volvió á entablar conversacion con Waverley sobre sus aventuras.

«Veo claramente, dijo, que Donald Bean Lean es quien os ha detenido prisionero : habeis de saber que cuando me puse al frente de mi tribu para ir á encontrar al príncipe, encargué á este

(1) El *trews* ó pantalón de los highlanders.

CAPITULO XLI.

89

honrado Donald que hiciese una expedición , y se me reuniese lo mas pronto posible: en vez de conformarse con estas instrucciones , el hidalgo , como veia el pais sin guarnicion, habia juzgado que le convenia mas hacer la guerra por su cuenta. Ha maltratado todo el pais, robando indistintamente á amigos y enemigos, bajo el pretexto de recoger el *black-mail*, sirviéndose á menudo de mi nombre y algunas veces del suyo (Maldita sea su desvergüenza!). Válgame mi honor, que si vuelvo á ver la roca de Benmore , creo que he de hacer colgar á ese bellaco. Le reconozco en la manera como habeis salido de manos del bribón é hipócrita Gifted Gilfillan..... No dudo que fuera el mismo Donald que hacia el papel de buhonero; mas no puedo creer que no os haya saqueado, ó al menos que no os haya exigido un escesivo rescate para daros libertad.....

— ¿Cuando y por quien supisteis que

habia perdido la libertad? preguntó Waverley.

— Lo supe por el mismo príncipe, quien se informó muy por menor de todo lo concerniente á vos: me dijo que os hallabais en poder de nuestros partidarios; y ya conoceréis, mi querido Eduardo, que no me convenia hacerle muchas preguntas: me preguntó de que modo debia disponer de vos, y le rogué mandase que os condujesen aquí como prisionero de guerra. Creí deber tomar esta precaucion á fin de no comprometeros con el gobierno inglés, si persistiais en vuestro proyecto de volver cerca de vuestros padres. Recordaréis que ignoraba enteramente entonces que os hubieran acusado de alta traicion, lo que, segun presumo, habrá contribuido á que mudaseis de plan. Encargóse á ese grosero oficial Balmawhapple que os escoltase por el camino desde Doune con la partida que llama él su escuadron: ademas de que

CAPITULO XLI.

91

naturalmente repugna todos los sentimientos nobles y generosos, presumo que desea vengarse de su duelo con Bradwardine, y á mi entender, creo que vuestra historia causó ciertos rumores poco honrosos que circularon en el regimiento á que pertenecía.

—Teneis razon , querido Fergus; mas no me decís nada de Flora?

—¿Qué quereis que os diga , si no es que goza de salud y que habita en casa de una de sus amigas? He creido oportuno bajo todos aspectos hacerla venir aquí: despues de nuestra victoria, figuran muchas damas de rango en nuestra guerrera corte: os aseguro que hay motivo para envanecerse en ser pariente tan cercano de una persona como Flora Mac-Ivor; y como hay en la corte tantas gentes que emplean todos los medios posibles para hacer valer sus diversas pretensiones, muy bien puede uno no descuidarse en darse algo mas de importancia.»

Habia en esta última frase algo de penoso para el corazón de Waverley: no podía imaginar sin repugnancia que considerase á Flora su hermano como un medio de favor, por causa de la admiración que naturalmente escitaba en todas partes ; y aunque este sentimiento estuviese perfectamente de acuerdo con muchos rasgos del carácter de Fergus, considerólo como un principio de egoismo indigno de la noble alma de su hermana y del espíritu altivo é independiente del mismo jefe Fergus , á quien estas operaciones eran familiares , como á un hombre educado en la corte de Francia; no notó la impresion poco favorable que se veia pintada en su rostro, y continuó diciendo:

«No verémos á Flora mas que esta tarde en el baile y en el concierto que habrá en palacio Tuvimos entre los dos una querella porque no quiso bajar á despedirse de vos.....y no quiero renovarla

CAPITULO XLI.

93

pidiéndole que os reciba esta mañana; este paso seria quizá no tan solo inútil, sino que arriesgábamos no verla esta tarde.»

En esto estaban, cuando Waverley oyó en el patio bajo de la ventana una voz que le era muy conocida.

« Os lo repito, mi digno amigo , decia el interlocutor , habeis violado esencialmente la disciplina militar; y si no fuéseis como si dijéramos un *tyro* (1), vuestra conducta merecia las reprensiones mas serias. Un prisionero de guerra no debe ser cargado de hierros, ni metido en un subterráneo, *in ergastulo*; como hubiera sucedido si hubieseis encerrado á ese hidalgo en el calabozo del castillejo de Balmawhapple. Convengo en que un prisionero tal pueda estar por precaucion detenido *in cárcere*, esto es en una prision pública.»

(1) Un bisoño.

Dejóse oír entonces la voz de Balma-whapple : comprendieron solamente que se ausentaba muy descontento; pero no pudieron oír de su respuesta mas que la palabra *laud lauper* (1). Eduardo no los halló ya cuando bajo al patio para presentar sus respetos al digno baron de Bradwardine. El uniforme que vestia este último hacia mas estraña su desmesurada y perpendicular estatura ; y el sentimiento de su autoridad militar aumentaba á proporcion de la importancia de sus modales, y de la afectacion dogmática de su conversacion.

Recibió á Waverley con su benevolencia acostumbrada, y su primer movimiento fué pedirle con inquieta curiosidad la explicacion de las circunstancias que habian servido de pretexto á la perdida de su des-

(2) Esta palabra escocesa designa á un hombre que pasa á menudo de un pais á otro, un *tránsfugo*.

CAPITULO XLI.

95

tino en el regimiento de G***; y dijo que no era porque tuviese el menor temor de que su jóven amigo hubiera merecido un tratamiento tan duro, sino porque le parecia justo y conveniente que el baron de Bradwardine, como hombre de un grado elevado, y digno de confianza, pudiera refutar enteramente toda especie de calumnia contra el heredero de Waverley-Honour , á quien por tantos títulos podia mirar como hijo propio.

Fergus Mac-Ivor que acababa de reunirse con ellos, hizo al baron una relacion rápida de las aventuras de Waverlev, y concluyó contando el lisonjero recibimiento del jóven caballero. El baron escuchó silencioso, y cuando Fergus cesó de hablar asió de la mano á Eduardo, y la sacudió cordialmente felicitándole de haber entrado al servicio de su legítimo príncipe. «Porque, añadió , aunque en todos tiempos se haya mirado la violacion del juramento militar como

cosa escandalosa y contra el honor, nadie ha dudado nunca de que quedaba un militar libre del juramento de obediencia recibiendo su *dimissio*, ya hubiese pronunciado el juramento cada soldado individualmente, lo que llamaban los romanos *per conjurationem* , ya lo pronunciara un soldado en nombre de todos. Si fuere de otro modo, la condicion del soldado seria peor que la de aquellos que sacan carbon de las minas, la de los salineros, y otros esclavos del suelo: algo dice de esto el tratado del sabio Sanchez. *De jurejurando*, que sin duda alguna habeis consultado en esta ocasion. En cuanto á los que os han calumniado con sus imposturas, declaro que han incurrido en la pena de la ley *Memnonia*, llamada tambien *lex Rhemnia*, y de la que hay un comentario en la arenga de *Tullius, contra Verres*. Mas creyera, mi querido Waverley, que antes de aceptar cualquier destino en el ejército del príncipe,

CAPITULO XLI.

97

os informarais del rango que tenia en él el baron de Bradwardine, y de si gustaba de que entrarais en el regimiento de dragones que desea levantar.»

Eduardo eludió la reconvencion diciendo que se habia visto obligado á dar al punto una respuesta al príncipe , y que ignoraba entonces si su amigo el baron se hallaba en el ejército ó servia en otra parte.

**Terminada esta pequeña dificultad, Waverley preguntó por miss Bradwardine, y supo que habia llegado á Edimburgo con Flora Mac-Ivor, escoltadas por un destacamento de la tribu de Fergns. Esta medida era necesaria en atencion á los acontecimientos de la guerra ; Tully-Veolan hubiera sido para una jóven sin protectores morada poco agradable, y peligrosa por causa de la proximidad de los highlanders, y tambien por las dos grandes aldeas que, así por aversion á los cate-
ranos como por su zelo por el presbiteria-**

TOMO IV.

7

nismo, se habian declarado en favor del gobierno , y formaban varios cuerpos de partidarios, quienes tenian frecuentes escaramuzas con los montañeses llegando al extremo de atacar algunas veces las casas de los hacendados jacobitas.

« Os propusiera , añadió el baron, que vinieseis á visitar mi alojamiento en los Luckenbooths (1), y os admirariais de paso de ver á High-Street (2) que es sin la menor duda calle mas hermosa que ninguna de las de Paris ó de Londres; pero la pobre Rosa está algo asustada del cañon del castillo, aunque le he probado por *Blondel* y *Cohorn* que es imposible que nos alcance una bala. Su Alteza real me ha encargando tambien que vaya al

(1) Cuartel viejo de la antigua ciudad.

(2) High-Street es la calle mayor de la antigua ciudad; en Edimburgo High-Street significa calle hermosa, calle mayor, calle alta, todos estos epitetos serian exactos.

CAPITULO XLI.

99

campo para hacer recoger los bagajes, *conclamare vasa.*

— Pronto están recogidos los bagajes de la mayor parte de nosotros, respondió riendo Fergus.

— Perdonad , coronel Mac-Ivor , pero no tan pronto como pensais: sé que la mayor parte de vuestra gente ha tenido cuidado de salir de los highlanders ligeros de bagajes y desembarazados ; mas no sabré referiros por menor todos los mueblecillos inútiles que han recogido en el camino. He visto á uno, coronel, perdonadme os repito; he visto á uno de vuestra gente (perdonadme os digo otra vez) con un espejo de chimenea á la espalda.

—Sí, sí respondió alegremente Fergus; y si le hubieseis preguntado acerca de eso, os respondiera sin duda: Un pie que camina agarra siempre alguna cosa. Convenid , mi querido baron, en que una tropa de panduros de Schmirschitz haria cien veces mas daño en el pais

que el caballero del *Espejo* y todas nuestras tribus juntas (1).

—No lo niego, coronel; son, como dice un autor pagano, horribles á la vista, pero de un carácter mucho mas dulce de lo que promete su fisonomía: *ferociores in aspectu, mitiores in actu*. Mas me entretengo en hablar con estos dos jóvenes en tanto que mi deber me llama al parque del Rey (2).

—Espero que vendréis á comer con nosotros, le dijo Fergus: aunque sé en casos de necesidad vivir como montañés, me acuerdo de la educacion que recibí en Paris, y entiendo perfectamente el arte de *faire la meilleure chere* (3).

(1) Véase la última frase de la advertencia, tom. 1.^o¹¹

(2) El parque del Rey comprende el monte de Arturo y sus inmediaciones: Salisbury-Craigk, Saint-Leonard, etc.

(3) El francés del señor coronel no es muy

¹¹ La notas 1 y 3 (*vida infra*) —con una referencia a otro momento textual de la novela y una nota del traductor, respectivamente— son añadidos propios de OLI.

CAPITULO XLI.

101'

—Quien diablos puede dudarlo? dijo riendo el baron: vos no suministraréis mas que la cocina , y la buena ciudad suministrará los materiales; vamos, tambien tengo ciertas diligencias que hacer por este lado. Dentro de tres horas soy con vos, si la comida puede esperar hasta entonces.»

Dicho esto, despidióse de sus dos amigos, y fué á desempeñar su comision.

puro: esta frase significa el arte de comer bien (N. del T.).



CAPITULO XLII.

UNA COMIDA DE MILITARES.

JACOBO *de la aguja* era hombre de palabra cuando el whisky no estaba de por medio. En esta ocasion, Callum Beg, que se creia aun deudor de Waverley, puesto que habia rehusado su oferta de librarse de su deuda á espensas del huésped del *Candelero* , aprovechóse del caso para cumplir su obligacion haciendo como centinela al sastre hereditario de Sliochd Nau Ivor; y segun su espresion, no lo dejó hasta que hubo acabado su faena. Para desembarazarse de tal sujecion, Shemus hizo volar la aguja como el rayo por medio de la tela; cantaba una de las terribles batallas del antiguo héroe Fin Ma-

CAPITULO XLII.

103

coul (1), y echaba tres puntos á la muerte de cada guerrero. Hallóse en breve dispuesto el vestido completo, porque el fraque de Fergus sentaba perfectamente al talle de Eduardo, y en lo restante del vestido tenia poco que hacer.

Nuestro hóroe se vistió entonces á la manera del viejo Gaul, muy propia para dar cierto aire valeroso á su talle mas elegante que robusto: espero que mis hermosas lectoras le perdonarán el que se mirase mas de una vez al espejo, y el que creyese ver en él un hombre bien formado. En efecto, era difícil que dejase de conocerlo: sus cabellos de color castaño claro (Eduardo no llevaba peluca, aunque era esta una moda general) resaltaban con suma gracia bajo de su gorro; su estatura anunciaba el vigor y la agilidad; los anchos pliegues de su

(1) Uno de los héroes de la tradicion osiánica.

capa le prestaban una dignidad verdadera, y sus ojos azules manifestaban á un tiempo la blandura del amor y el ardor de la guerra. Su timidez, que realmente no era mas que falta de trato, daba cierto interés á sus facciones , sin hacerle perder nada de su gracia y de su viveza.

«Es un buen mozo, muy buen mozo, dijo Evan Dhu (que era ya el alférez Mac-Combich) dirigiéndose á la alegre huésped de Fergus.

—Muy buen mozo , respondió la viuda Flockhart; pero no lo es tanto como vuestro coronel, alférez.

—No quise hacer una comparacion, ni decir que tiene el rostro agraciado, sino tan solo que el señor Waverley tiene buen continente, y que no pedirá cebada en una batalla ; maneja medianamente la espada y la tablachina ; yo mismo he jugado con él en Glennaquoich, y tambien Vich Jan Vohr los domingos despues de medio dia.

CAPITULO XLII.

105

—¿Qué es lo que decís, señor Mac-Combich? vuestro coronel es incapaz de tal profanacion.

—Bueno! bueno! nosotros somos jóvenes, mistress Flockhart, y como dicen, *¡jóvenes santos diablos viejos!*

—Alférez Mac-Combich , ¿ es verdad que os batís mañana con sir John Cope?

—Creo que sí, si quiere esperarnos, mistress Flockhart.

—Como , ¿ os pondréis cara á cara con los terribles dragones , alférez Mac-Combich.

—Sin duda, mistress Flockhart; uñas contra uñas , como dice Conar á Satanás, y el diablo lleva las mas cortas.

—¿Y el coronel se arriesgará á ponerse delante de las bayonetas?

—A buen seguro que sí, mistress Flockhart; y él será el primero que peleará, así me valga san Phedaro!

—¡Misericordia divina, qué es lo que me decís ¡si llegasen á matarlo los soldados-rojos!

—Si así sucediera, mistress Flockhart, yo conozco á uno que lo sobreviviera para llorarlo... Mas tratamos de vivir hoy y de comer; ved aquí á Vich Jan Vohr que ha arreglado su maleta , y con él al señor Waverley, cansado de pavonearse delante del espejo grande; tambien tendréis hoy al baron de Bradwardine, aquel que mató al jóven Ronald de Ballenkeiroch; vendrá con aquella especie de baile que hace contorsiones con el cuerpo llamado Macwheeble; ni mas ni menos que el cocinero francés del *laird* de Kittlegal, seguido de su perro *Vuelve-el-asador*: y por fin me tendréis á mí, que estoy hambriento como un milano, hermosa paloma. Decid pues á Catalina que prepárela sopa, y poneos vuestros *pin-niers* (1); porqué ya sabeis que el coro-

(1) Especie de tocas con listoncillos colgando en cada lado, desde las sienes donde se aseguran hasta la cintura.

CAPITULO XLII.

107

nel no consiente nunca en sentarse si no os ve á la cabeza de la mesa , sobre todo no olvideis, señora mia, la botella de aguardiente.»

Estas instrucciones hicieron servir la comida: mistress Flockhart, sonriéndose vestida de luto , como el sol en medio de una niebla, se colocó al cabo de la mesa, deseando tal vez muy poco que se terminase una rebelion que le procuraba convidados de mas consideracion que los que solia tener; el coronel se puso enfrente de ella, y Waverley y el baron á sus lados. El oficial de paz y el oficial de guerra, es decir el baile Macwheeble y el alférez Mac-Combich, despues de muchos saludos respetuosos a sus superiores, se colocaron el uno á la derecha y el otro á la izquierda del gefe. La comida fué escelente, en atencion al tiempo, al lugar y á las circunstancias, y Fergus estuvo alegre hasta el extremo: indiferente á los peligros ardiente y vivo por na-

turalaleza , jóven y ambicioso, figurábase ya en su imaginacion coronadas sus esperanzas por la suerte ; poco le importaba la probable alternativa del sepulcro de un soldado.

El baron se escusó de haber llevado en su compañía al baile.

«Acabamos de ocuparnos en arreglar los gastos de la campaña, dijo el anciano; y como creo á fe mia que será la última vez , he acabado como principié: es mas difícil tener el *nervio de la guerra*, como llamaba un sabio autor á la caja militar, que tener carne y huesos ó sangre.

—Como! respondió Fergus, ¿habeis levantado el único cuerpo de caballería que nos es útil, y no habeis recibido algunos luises de la Dontelle?

—No , Glennaquoich ; otros mas hábiles se me han adelantado.

—Eso es muy escandaloso, dijo el jóven highlander; mas partiremos juntos los subsidios que me han aprobado: dor-

CAPITULO XLII.

109

miréis tranquilamente noche y mañana, y antes de terminar el día adquiriremos provisiones de un modo ó de otro. Waverley con cierto empacho pero cordialmente le hizo igual ofrecimiento.

—Os doy muchísimas gracias, amigos míos, respondió Bradwardine; pero no tomaré parte de vuestro peculio, *peculium*: el baron Macwheeble se ha agenciado toda la suma que necesitábamos.»

El baile se agitó con ansia en su silla, y pareció enteramente incomodado. En fin, después de muchos *hum* preliminares y una verdadera tantología acerca de su rendimiento á su señoría el *laird*; después de protestar que le serviría en vida y muerte, de día y de noche, insinuó que todos los bancos habían enviado su dinero metálico al castillo: que sin duda Sandie Goldie, el platero (1), hacía mucho

(1) Por mucho tiempo fueron también los plateros banqueros: vemos en *Nigel* al platero Henet banquero de Jacobo 1.º

por su señoría, pero tenían poco tiempo para entender el *wadset* (1) , y si su señoría pudiera entenderse con Glennaquoich y Waverley....

—No oiga yo hablar de semejantes despropósitos, respondió el baron con un tono de voz que enmudeció á Macwheeble ; si deseais continuar en mi servicio, conformaos con las órdenes que os he dado antes de sentarnos á la mesa: lo tengo resuelto.»

Macwheeble no sintiera mas vivo dolor si hubieran hecho pasar una parte de su sangre á las venas del baron, inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho, sin tener ánimo para responder una sola palabra á aquella orden perentoria. Despues de moverse repetidas veces en su silla, volvióse á Glennaquoich, y le dijo con

(1) Cesion para contrato de las rentas de una tierra hasta el reembolso de una deuda, término de la jurisprudencia escocesa.

CAPITULO XLII.

111

voz mal segura , que si tenia mas dinero del que necesitaba para la campaña, él se lo pondria en buenas manos, y con mucha ventaja para las circunstancias actuales.

Al oir Fergus esta proposicion disparó en larga risa cuando hubo tomado aliento :

«Mil gracias, baile, dijo; pero ya sabeis que un militar no tiene mas banquero que su huésped. Tomad, mistress Flockhart, continuó sacando cinco ó seis monedas de oro de su bien provisto bolsillo, y vaciando el resto en el delantal de la viuda: lo que tomo me basta para mis urgencias, haced favor de guardarme lo demas : sed mi banquero si vivo, y mi albacea si muero; mas no olvideis dar algo á los bravos montañeses que canten mejor el *coronach* al último Vich Jan Vohr.

—Eso es, dijo el baron, el *testamentum militare*, que tenia entre los romanos el

privilegio de ser nuncupativo.»

Pero el corazon de la buena mistress Flockhart conmovióse dolorosamente con las palabras de Fergus : lloró de un modo lamentable, y rehusó decididamente tocar el legado de Fergus, quien se vio obligado á volverlo á tomar.

« Bien , dijo , será pues la recompensa del granadero que me haga saltar los sesos.... haré porque le cueste caro antes de que lo logre.»

El baile Macwheeble no pudo menos de dar otra vez aun su dictamen, siéndole imposible guardar silencio cuando se trataba de dinero.

«Seria bueno, dijo, que dispusieseis de esta suma en favor de miss Mac-Ivor ¡No es posible prever los acontecimientos de la guerra, y no costará mas que cuatro letras ! Si gustais estenderé una donacion *mortis causa*.

—Si acontece eso, respondió Fergus, la jóven lady tendrá otras ocupaciones de

CAPITULO XLII.

113

mas monta que pensar en estos miserables luises de oro.

—Teneis razon , es *indubitable*... pero su señoría no ignora que el mas profundo pesar.....

— Se sufre mas fácilmente que la hambre, no es así? Teneis razon , es verdad, mucha verdad: aun creo que hay hombres que por esta sabia reflexion se consolarian de la pérdida general de sus padres, amigos y bienhechores; pero hay pesares que no conocen ni el hambre, ni la sed, y la pobre Flora..... »

En esto se detuvo , y cuantos le escuchaban tomaron parte en su emocion: las ideas del baron rodaron al punto sobre su hija, y una lágrima humedeció los ojos del anciano.

«Señor Macwheeble, dijo con voz sufocada , vos poseeis todos mis papeles , y estais enterado de todos mis asuntos: si muero , sed justo con Rosa.»

El baile á pesar de todo era de carne y

TOMO IV.

8

huesos, y no carecia de ciertos conocimientos de justicia y de benignidad; así es que despidió un lamentable gemido.

«Si llegase ese día desgraciado, dijo, mientras Duncan Macwheeble poseyera un *boddle* (1) seria de miss Rosa, y escribiría copias por un *plack* (2), antes que sufrir que le faltase la menor cosa. Si algún día acontece que la bella baronía de Bradwardine y Tully Veolan, con la torre y la casa (añadió sollozando á cada pausa), cortijo, pequeños cercados, pantanos, matorrales, tierras de pasto, tierras de labor, edificios, verjeles, palomares, con los derechos de pesca y de batel en el lago de Veolan, pastos, bosque de leña y turba, tierras y cualesquiera pertenencias (aquí tuvo que recurrir á la punta de su larga corbata para enjugar las lágrimas que le ar-

(1) *Boddle*, cerca de dos dineros.

(2) Casi el mismo valor que el *boddle*.

CAPITULO XLII.

115

rancaban á pesar suyo las ideas que dis-
pertaba su tégnica jerga), el todo que se
halla mas ampliamente extendido en los
títulos y documentos ; y situado en la
parroquia de Bradwardine y en el conda-
do de Perth; sí, como decia, todas estas
cosas han de pasar, con perjuicio de la
hija de mi dueño, á manos de Inch Grob-
bit, que es un whig y un partidario de la
casa de Hanover, ¿habrá de administrar-
las su agente Jamie Howie, que no sirve
para nada? Qué baile!»

El principio de esta lamentacion tenia
realmente algo de tierno , pero el fin
produjo unánime risa.

«Alentaos, mi querido baile, dijo el
alférez Mac-Combich , el tiempo de pe-
lear ha llegado : Sueckus Mac-Suackus y
el resto de vuestros amigos cederán el
punto á la espada mas larga.

— Y esta espada será la vuestra , baile,
dijo el gefe que vió á Macwheeble ponerse
pálido al oir aquellas palabras: vamos,

baile, buen ánimo ; el baron entrará en Tully-Veolan sano y salvo y victorioso, y reunirá la tierra del *laird* Killancureit á la baronía de Bradwardine, ya que ese cobarde mal educado no quiere declararse en favor del príncipe como verdadero hidalgo.

— A buen seguro que están muy cercanas esas propiedades, respondió el baile enjugándose los ojos; debiera administrarlas naturalmente un mismo agente.

— Y yo, mi querido baile, cuidaré de mi persona : habeis de saber que me falla terminar una buena obra que he principiado, y es hacer entrar á mistress Flockhart en el regazo de iglesia católica, ó al menos en vuestra asamblea episcopal. Quisiera, mi querido baron, que hubieseis oido esta mañana su voz de contralto , dando lección á Kate y á Marty: vos que sois músico temblariais con la idea de oirla cantar las salmodias del Agujero de Haddow.

CAPITULO XLII.

117

— Dios os perdone, cuando vayais allá, coronel, respondió mistress Flockhart... mas espero que vuestra gente tomará el té antes de ir á palacio; voy á prepararlo yo misma.»

Dichas estas palabras, salió mistress Flockhart; se cree que los convidados continuaron hablando de los acontecimientos próximos de la campaña.



CAPITULO XLIII.

EL BAILE.

EL alférez Mac-Combich acababa de partir para el campo de los montañeses; Macwheeble se había retirado para acabar en alguna obscura taberna la digestion de su comida, y del anuncio de la ley marcial que Evan Dhu le había hecho. Waverley se fué con Fergus y el baron al palacio de Holy-Rood: los dos últimos estaban alegres, y en el camino el baron se chanceó en extremo con nuestro héroe sobre las gracias seductoras que le daba su nuevo vestido.

«Si poseeis algun ascendiente en el corazon de alguna doncella escocesa, dijo, os ruego que os acordeis al hacerla vues-

CAPITULO XLIII.

119

tra declaracion de estos versos de Virgilio.

**Nunc insanus amor duri me Martis in armis
Leta inter media atque adversos detinit
hostes.**

Versos que Robertson de Struan, jefe de la tribu Donnochie (á menos que no se prefieran las pretensiones de Lude, *primo loco*), ha traducido en este elegante dístico :

**For unel lowe has gartan 'de low my leg
And clad my hurdies in a philabeg.**

— Pero vos llevais pantalones, vestido que prefiero al *philabeg*¹², como mas antiguo y mas decente.»

Llegaron sin embargo al palacio de Holy-Rood, y anunciáronlos é introdujéronlos en los aposentos.

Sobrado sabe el lector cuantos hidalgos distinguidos por su rango, por su fortuna y por su nacimiento, tomaron parte en la desesperada empresa de 1745. Las

¹² Se trata del "kilt", la falda que llevan los hombres de las Tierras Altas y que les cubre hasta las rodillas. El texto meta omite la nota a pie de página de DEF donde se traducen los versos precedentes.

damas de Escocia tambien abrazaron generalmente la causa de un príncipe jóven, amable y valiente, que venia á echarse en los brazos de sus conciudadanos, mas como héroe de novela que como político calculador. No es pues de admirar que á Eduardo, que habia pasado la mayor parte de su vida en la grave soledad de Waverley-Honour, le sedujese, arrebatase y transportase el cuadro que le presentaban las antiguas salas del palacio de Edimburgo por tanto tiempo desiertas. Los muebles no tenian nada de espléndido, á pesar de la confusion y precipitacion causadas por las circunstancias, el efecto general era imponente, y la reunion podia llamarse brillante.

Los ojos del jóven amante descubrieron en breve al objeto de su afecto: Flora Mac Ivor volvia á su puesto en uno de los extremos de la sala, y la acompañaba Rosa Bradwardine. En un círculo donde no faltaban elegantes bellezas, habian

CAPITULO XLIII.

121

llamado á su rededor gran número de admiradores, siendo en verdad de las mas apuestas mugeres del baile. El príncipe puso pronto en ellas la atencion, principalmente en Flora , con quien bailó, sin duda porque habia sido educada en el continente y hablaba muy bien francés é italiano.

Aprovechóse Fergus de un momento de calma al fin de la contradanza para acercarse á miss Mac-Ivor, Waverley le siguió como por instinto. La esperanza que no habia cesado de alimentar en el fondo de su corazon pareció abandonarle al aspecto del objeto de todos sus deseos; y como quien quiere acordarse de las imágenes de un sueño, hubiera dado todo lo del mundo por hallar en aquel momento los motivos de una ilusion que se desvanecía de golpe. Seguia á Fergus con la cabeza inclinada , en la actitud de un criminal á quien conducen al suplicio, y que pasando á pasos lentos por medio

de la muchedumbre llamada por la curiosidad, no puede darse cuenta del ruido que hiere sus oídos, ni del tumulto por el cual pasea sus ojos estraviados.

Flora pareció un poco conmovida y turbada al acercarse Waverley.

«Hermana, dijo Fergus, te presento un hijo adoptivo de Ivor.

— Y yo lo recibo como un *segundo hermano*, respondió Flora.»

El tono con que pronunció esta última palabra poseía una afectación tan ligera, que hubiera escapado á cualquiera otro no devorado por la fiebre del temor: era con todo un acento tan señalado, y estaba tan de acuerdo con sus miradas y maneras, que quería decir evidentemente: No pensaré nunca en el señor Waverley con otros sentimientos que los de la amistad. Eduardo se detuvo temblando, aturdido, y se volvió á su amigo; este se mordió los labios con un aire de despecho que probaba que también él interpretaba

CAPITULO XLIII.

123

de un modo poco favorable la acogida que hacia su hermana á su amigo. Acabóse mi sueño! Tal fué el primer pensamiento de Waverley, pensamiento que le afectó tan dolorosamente , que los colores abandonaron sus mejillas.

«Ah, gran Dios! exclamó, miss Rosa, todavía no se ha restablecido.»

Pronunció con emoción estas palabras, que llegaron hasta el oido del mismo caballero, quien se acercó apresuradamente a Waverley, le asió de la mano, y le dijo que deseaba hablarle en particular. Eduardo hizo un esfuerzo indispensable en las circunstancias, y tomó otra vez fuerzas bastantes para seguir al caballero á un rincón retirado del apartamento.

El príncipe le detuvo algun tiempo allí, haciéndole diversas preguntas sobre las grandes familias torys y católicas de Inglaterra, sobre sus alianzas , su crédito y su adhesion á la casa de Estuardo. Wa-

verley no hubiera podido responder nunca á tales preguntas mas que de un modo general, y de la actual turbacion de su espíritu era ya de esperar que sus respuestas fuesen tan vagas como obscuras. Sus contestaciones, algunas veces contradictorias , hicieron sonreir al caballero : con todo continuó la conversacion, que sostuvo casi solo hasta que Eduardo hubo recobrado su serenidad. Es probable que el príncipe habia entablado esta conferencia particular con la mira de confirmar el rumor que hiciera circular entre sus partidarios de que Waverley era un personaje que poseia una verdadera influencia política; no obstante, pudiera concluirse de las últimas expresiones de que se sirvió que mas bien debia atribuirse aquella larga conferencia á un motivo de benevolencia y de interés en favor de nuestro héroe.

«No puedo, dijo, resistir á la tentacion de participaros como me vanaglo-

CAPITULO XLIII.

125

rio de ser el confidente de una hermosa dama.... Lo sé todo.... y os aseguro que tomo el mas vivo interés en la conclusion de este negocio. Haced , os ruego, haced por dominar vuestros afectos; hay en esta sala ojos tan perspicaces como los mios; pero no puedo aseguraros que todas las lenguas tengan igual discrecion.» Dichas estas palabras, volvióse con gracia, se reunió á un grupo de oficiales superiores que habia á algunos pasos de allí, y dejó á Waverley ocupado en reflexionar acerca de sus últimas palabras. Sino eran enteramente ininteligibles para él, bastaban para hacerle comprender la necesidad de ser prudente como le recomendaban. Haciendo un esfuerzo por merecer la estimacion que su nuevo príncipe acababa de manifestarle , y obediendo á sus instrucciones, se acercó al lugar donde estaban sentadas Flora y miss Rosa; presentó sus respetos á la última, y logró entrar en conversa-

cion sobre algunas materias
indiferentes.

Mi querido lector, si alguna vez os ha sucedido tomar caballos de posta en.... ó en... (podréis llenar estos dos blancos poniendo quizá el nombre de las dos posadas mas antiguas de vuestra morada), debeis acordaros de la dolorosa repugnancia con que los pobres animales ofrecen sus despellejados cuellos á la collera del arnés; mas cuando el irresistible argumento de los postillones los ha obligado á correr una milla ó dos, acaban por endurecerse contra su primera sensacion; y enardeciéndose bajo el arnés, como diria el mismo postillon, continúan como si sus cruceros no estuviesen magullados. Esta comparacion pinta tambien el estado de Waverley en esta tarde memorable, que la prefiero (mucho mas siendo, como creo, enteramente original) á todas las comparaciones mas brillantes que pudiera prestarme el *Arte de la poesía* de Byshe.

CAPITULO XLIII.

127

Todo esfuerzo animoso lleva la recompensa en sí mismo, como la virtud; y nuestro héroe tenia por otra parte otros motivos para perseverar en una afectacion de indiferencia, en pago de la evidente frialdad de Flora. El orgullo acudió á socorrerle, aplicando á las heridas de su corazon sus cáusticos dolorosos, pero saludables. Distinguido por el favor del príncipe, destinado como podia esperar á hacer brillante papel en una revolucion en que se trataba de conquistar un reino poderoso, superior por su instruccion, é igual al menos por sus otras cualidades personales, á la mayor parte de los nobles personajes entre quienes figuraba, jóven, rico, de alta cuna, ¿podia dejarse abatir por las desdeñosas miradas de una belleza caprichosa ?

Tales pensamientos¹³ determinaron á Waverley á hacer todos los esfuerzos posibles para que Flora conociese que no era hombre que se dejará abatir por una

¹³ Cfr. DEF (326): "Nymphé! quelle que soit ta froide indifférence, / Mon cœur saura d'une égale fierté! / *Les sentimens renfermés dans ces deux vers*, qui n'étaient pas encore écrits alors, déterminèrent Waverley à faire tous ses efforts (...)"; WAV (315-16): "O nymph, unrelenting and cold as thou art / My bosom is proud as thine own. / *With the feelings expressed in these beautiful lines* (which, however, were not then written), Waverley determined (...)". Nótese que OLI manipula el texto donde se hace referencia a unos versos previos que se han omitido, de manera que se mantiene la coherencia textual y el lector no se percata de dicha eliminación. Cfr. XER (III, 101): "Al par de esa tu fria indiferencia, / Sabrá mi corazon, ninfa orgullosa, / Mostrar el mismo orgullo en tu presencia. / *Los sentimientos que encierran estos tres versos* que no estaban escritos todavía en aquel tiempo, determinaron á Waverley á hacer todos sus esfuerzos (...) (cursiva mía).

negativa, mucho mas cuando su vanidad le decia entre sí que ella perdía en ello tanto como él. Para favorecer esta mudanza de plan, pensaba á mas con secreta esperanza que Flora tal vez tendria en mas su corazon cuando creyese que ya no reinaba en un todo en él. Diéronle tambien cierto ánimo las últimas palabras del caballero, aunque temia que tan solo quiso aludir en ellas á los deseos particulares de Fergus. Poco á poco, el tiempo, el lugar y la suerte, concurrieron á escitar su imaginacion, y se propuso desplegar varonil firmeza de carácter, dejando lo demas al destino. A mas de esto, si él solo se mostraba triste y desesperado en la víspera de una batalla, ¡qué armas no prestaba á la maledicencia, que ya se habia ejercitado en demasía contra su reputacion! «No, no, se dijo á sí mismo; jamás daré aquí ocasion á mis enemigos, cualesquiera que sean, para poseer una ventaja tal sobre mí.»

CAPITULO XLIII.

129

Lleno de estas ideas, y animado aun mas con una sonrisa del príncipe, Waverley desplegó toda su viveza, imaginacion y natural elocuencia, y se captó la aprobacion universal por el papel que hizo en la conversacion, que rodó poco á poco sobre los asuntos mas propios para hacer brillar sus talentos ó instruccion. La alegría de la velada se mantenía mas que se turbaba con la proximidad del peligro del siguiente dia: todos veían un bello porvenir, y gozaban de los momentos presentes. Esta disposicion del espíritu es favorable sobre todo para el ejercicio de la imaginacion, de la poesía, y de aquella elocuencia enlazada tan íntimamente con la poesía. Eduardo, como hemos observado en otra parte, poseía algunas veces una verdadera facilidad de declamacion. En esta velada conmovió mas de una vez los corazones, y á mas escitó la risa con una alegría original; sosteníale y alentábale la disposición ge-

TOMO IV. 9

neral, como hemos dicho, pues los mas frios se dejaron arrastrar como él del impulso del momento. Rehusaron bailar muchas señoras, y bajo diversos pretextos hallaron medio para acercarse al grupo formado en rededor del encantador inglés. Presentáronle á muchas de ellas de la mas alta distincion; y hubiérase dicho que habia pasado toda su vida en los salones de la capital: tanta fué la facilidad de sus modales y presencia de espíritu para sostener la conversacion, y tan bien supo deshacerse de su cortedad habitual.

Flora Mac-Ivor parecia ser la única muger presente que no se dejase llevar del general entusiasmo, y guardó constantemente el mismo tono de reserva y frialdad; con todo no pudo ocultar su sorpresa al descubrir en él unas prendas que no habia visto brillar en tanto grado en sus conferencias anteriores con Eduardo. No me atreveré á asegurar si interior-

CAPITULO XLIII.

131

tnente no sintió algun pesar por haber sido tan pronta en desechar los deseos de un amante destinado al parecer á ocupar elevado rango en el mundo. Siempre habia contado entre las imperfecciones de Eduardo su estremada cortedad; educada en una corte extranjera , y sin tener idea alguna de la reserva de los ingleses , parecíale debilidad ó timidez de espíritu y de carácter; pero si sintió que Waverley no se hubiera manifestado siempre con ella tan halagüeño y tan amable, no fué mas que por un momento; porque todo lo acontecido despues que se habian visto hacia, segun ella, irrevocables sus últimas denegaciones.

Con sentimientos muy distintos de los de su amiga, Rosa Bradwardine escucha ha con el mayor placer y gozaba de secreto triunfo con el homenaje público que rendian á aquel cuyo mérito habia apreciado sobrado presto y con sobrada ternura. Sin el menor impulso de zelos,

de inquietud ó de temor , dejábase llevar del placer de observar la aprobacion general. Cuando Waverley hablaba no oia mas que su voz; cuando respondian otros sus ojos se fijaban tambien en su persona como espiando su respuesta : tal vez en esta velada tan corta y seguida de tantos pesares Rosa probó el placer mas puro y mas desinteresado que el corazon puede conocer.

«Baron, dijo el príncipe, no querria confiar mi querida á vuestro jóven amigo; aunque algo novelero, es en verdad uno de los jóvenes mas seductores que he visto.

— Válgame mi honor, respondió el baron, algunas veces es mas serio que un sexagenario como yo: si vuestra alteza real le hubiera visto en Tully-Veolan pasearse meditabundo como un hipocondríaco , ó como herido de un frenesí soporífero, como dice Burton en su *Anatomía de la melancolía*, no podriais

CAPITULO XLIII.

133

concebir como en tan poco tiempo haya podido adquirir esa jovialidad y esa viveza.

— En verdad, dijo Fergus, que á mi entender eso es una inspiracion del *tartan*; aunque Waverley siempre me pareció hombre de mucho honor y de buen sentido, le he encontrado algunas veces meditabundo y distraído.

— Debémosle estar muy agradecidos, dijo el príncipe por haber reservado para esta velada unas cualidades que ocultara á sus mas íntimos amigos.... Mas se hace tarde, y hemos de hacer nuestros preparativos para la jornada de mañana: ocúpese cada uno en sus cosas, y honrad con vuestra compañía el ligero refresco que os he hecho preparar.»

Trasladóse la sociedad á otros aposentos en seguimiento del príncipe: al extremo de una larga fila de mesas habian preparado un docel, bajo el cual estaba colocado el sillón del caballero, cuyo aire de corte-

sía y de dignidad era conforme á su nacimiento y á su noble ambicion. Apenas habia pasado una hora, cuando dejaron oír aquella señal de partida tan conocida en Escocia.

Good night and joy be with you, etc. (1).

«Buena noche pues, y la alegría sea con vosotros, dijo el caballero; buena noche hermosas damas que tanto habeis honrado á un príncipe proscrito y desterrado; buena noche, mis bravos amigos. ¡Ojala la alegría que hemos disfrutado en esta feliz velada sea presagio de que volveremos en breve victoriosos y triunfantes al palacio de Holy-Rood para gozar nuevos placeres!

Cuando el baron de Bradwardine hacia mencion en lo sucesivo de los tiernos adioses que le diera el príncipe en esta

(1) Buena noche se dice a menudo en el sentido de *á Dios*. Hemos creído deber citar el texto mismo de este principio de un canto nacional.

CAPITULO XLIII.

135

**ocasion nunca dejaba de repetir con voz
melancólica:**

**Audiit et voti Phoebus succidere partem
Mente dedit partem volucres dispersit in
auras.**

**Versos, decia, muy bien traducidos en
inglés por mi amigo Bangona:**

**Ac half the prayer wi Phoebus grase did find
Thet'other half he whisthled down the wind (1).**

**(1) Febo lo oyó, y resolvió no atender mas
que ala mitad de su súplica; silbó la otra mitad,
que se confundió con los silbidos de los vientos.**



CAPITULO XLIV.

LA MARCHA.

LAS tumultuosas pasiones y los diversos sentimientos que agitaban á nuestro héroe no le permitieron dormirse hasta muy tarde, mas su sueño fué profundísimo. Sus ensueños le transportaron á Glennaquoich, y creia asistir en el castillo de Jan Nau-Chaistel á la brillante fiesta que acababa da celebrarse en Holy-Rood; oia distintamente el sonido de un *pibroch*, y al menos esto no era ilusion; porque el principal tañedor de gaita de la tribu Mac-Ivor hollaba con arrogante paso el empedrado del patio que habia delante la puerta del alojamiento de su gefe; y como notó mistress Flockhart, á quien sin duda agradaba

CAPITULO XLIV.

137

poco su música, estremecía las piedras de las murallas con sus ruidosos sonidos. En fin, aquel sonido llegó á ser bastante fuerte para disipar el sueño de Waverley con el que se habia mezclado armónicamente al principio.

El ruido de los *broques* de Callum (á cuyo cuidado le habia confiado Fergus de nuevo) fué una segunda señal de partir.

«¿Vuestra señoría, le dijo, no quiere levantarse? Vich Jan Vohr y el príncipe han partido para el largo verde *glen* situado tras el *clashan* (1) á lo que llaman el parque del Rey; y ya hay mucha gente de pie esta mañana que no podrán estarlo á la noche.

Waverley se levantó al punto, y con la ayuda é instrucciones de Callum compu-

(1) *Clashan* ó *clanchaune*: tal es el nombre que dan los highlanders á las aldeas y villas situadas en las fronteras de los highlanders. Callum no ve en Edimburgo mas que un gran *clashan*.

so sus *tartanes* de un modo oportuno. Callum le dijo que su *dorlach* (1) de cuero con cerraja habla llegado de Doune, y habia sido nuevamente colocado en los carros con el equipaje de Vich Jan Vohr.

Esta perífrasis hizo comprender á Waverley que habian traído su maleta: pensó en seguida en el paquete misterioso de la hija de la caverna; pero no era este el momento de satisfacer su curiosidad. Rehusó el ofrecimiento que le hizo mistress Flockhart de beber el trago de por la mañana, siendo probablemente el único del ejército del caballero capaz de no tentarse al oír esta proposición cortés; habiéndose despedido de ella, partió con Callum.

«Callum, dijo bajando una calle sucia del lado de Canongate (2), ¿donde tomaré un caballo?

(1) Maleta.

(2) Cuartel de la antigua ciudad.

CAPITULO XLIV.

139

— Como! en qué diablos pensais? Vich Jan Vohr (por no citaros al príncipe que hace otro tanto) camina á pie á la cabeza de su tropa; ¿queréis ir de otro modo que él?

— No, no, Callum; dadme mi escudo arreglado bien... ¿Qué os parezco ahora?

— Os pareceis al bravo montañés que hay pintado en la muestra de la gran posada de la madre Middlunas. »

Callum creia decir una grande cosa; pues miraba aquella muestra de la madre Middlunas como una pieza acabada de pintura; pero Waverley que no sintió toda la fuerza de esta comparacion, no le hizo ya mas preguntas.

Habiendo llegado al campo raso al salir de los sucios arrabales de la metrópoli de Escocia, Waverley se sintió mas ágil y mas alerta; reflexionó con sangre fria sobre los acontecimientos de la víspera, y sobre los de esta jornada con esperanza y valor.

Cuando hubo trepado un recuesto cascajoso llamado la colina de san Leonardo descubrió un singular y animado cuadro en el parque real ó en aquel valle que hay entre el Arthur y Seat y las eminencias sobre las cuales se levanta hoy día Edimburgo por la parte de mediodía. Allí estaba el ejército de los highlanders, que se preparaba á ponerse en marcha. Waverley habia visto ya un espectáculo de este género en el gran partido de caza en que habia acompañado á Fergus Mac-Ivor; pero el golpe de vista de que gozaba en aquel momento era incomparablemente mas interesante. Las rocas que formaban como el fin del cuadro, y hasta el azulado cielo, resonaban con el concierto de tañedores de gaita, llamando cada uno por un *pibroch* particular á sus gefes y tribus. Los montañeses no habian tenido mas techo aquella noche que la bóveda celeste; y en este momento se levantaban con el murmurio y el movimiento de una multitud

CAPITULO XLIV.

141

irregular, como un enjambre de abejas alarmadas en su colmena, y agitándose para combatir. Todos los movimientos de aquellos hombres parecían espontáneos y confusos, pero el resultado era el orden y la regularidad. Un general quedara satisfecho de la conclusion, mas un instruidor no dejara de hallar ridículo aquel orden principiado en el desorden.

La especie de confusion que provenia de la precipitacion con que las diversas tribus se ordenaban bajo sus banderas respectivas antes de ponerse en marcha, era en sí misma un espectáculo animado y divertido. No llevaban consigo tiendas, porque la mayor parte habian dormido en el suelo por gusto aunque el otoño estaba ya adelantado y las noches principiaban á ser frías (1). Gastaron algun tiempo en formarse en batalla, y despues hubo un confuso movimiento de *tartans* flotan-

(1) Era el 20 de setiembre.

tes, de penachos y de banderas desplegadas de las cuales la una ostentaba la palabra de orden de los Clanronald: *Ganion Coheriga!* (contradíganos quien se atreva); la otra la del Marqués de Tullibardine: *Loch-Sloy-Forth, fortune and fill the fetters*: una tercera la del los Gordon: *Bydand* (1). Todas las demas tribus tenian tambien sus divisas y sus emblemas.

Por fin esta agitada multitud se reunió en una coluna sombría y compacta, que se apoyó en los dos extremos del valle. El estandarte del caballero iba en el centro, y en él se echaba de ver una cruz sobre fondo blanco con esta divisa: *Tandem triumphans* (en fin triunfante).

La caballería, poco numerosa, compuesta de algunos hidalgos de los lowlands, de sus criados y de sus lugareños, formaba la vanguardia. Sus estandartes, sobrado multiplicados en propor-

(1) Prontamente.

CAPITULO XLIV.

143

cion de su número, se desplegaban en los límites que trazaba el horizonte; muchos miembros de este cuerpo, entre quienes distingió por ventura Waverley á Balmawhapple y á su teniente Jinker (quien habia bajado por orden del baron con muchos otros de los que apellidaba *oficiales reformados*), si no contribuian á la regularidad de la marcha, aumentaban al menos la parte pintoresca del cuadro corriendo á galope tendido cuanto podia permitirlo la multitud para colocarse en sus filas. Los encantos de las Circes de High-Street, y sus prolongadas libaciones antes de dormir, les habian impedido sin duda ocupar su puesto mas de mañana. Los mas prudentes de estos rezagados hicieron una vuelta y siguieron el camino ancho para juntarse con sus cuerpos, manteniéndose á alguna distancia de la infantería; mas á espensas de los cercados que saltaban, ó bien les hacian brecha. La aparicion y desaparicion repen-

tina de estos cortos destacamentos dispersos, la confusion ocasionada por los que trataban, aunque inútilmente la mayor parte, de abrirse paso por medio de las filas de los highlanders á pesar de sus juramentos, de sus maldiciones y de su resistencia, aumentaban la singularidad pintoresca de aquella grande escena disminuyendo su regularidad militar.

Mientras que Waverley contemplaba este espectáculo, mas notable todavía por el canon que la guarnicion del castillo disparaba de cuando en cuando contra las centinelas de los highlanders que abandonaban los puestos mas vecinos para reunirse al cuerpo principal, Callum Beg, con su libertad ordinaria , le recordó que la tribu de Vich Jan Vohr estaba casi á la cabeza de la columna ya bastante lejos, y que caminaria aun muy aprisa cuando diera el cañon la señal de partida. Advertido de este modo Waverley, principió al punto á andar con paso vivo, echan-

CAPITULO XLIV.

145

do no obstante una ojeada de tiempo en tiempo á las sombrías masas de guerreros que le precedían. El ejército, visto de mas cerca ofrecía menos imponente aspecto que visto á gran distancia: los primeros de cada tribu estaban armados de espadas, de tablachinas y de fusiles, y la mayor parte de pistolas ; todos llevaban á mas el *dirk*; pero estos eran los gentiles hombres, es decir, los parientes de los gefes de cualquier grado que lo fuesen, y los que poseían un título inmediato á su apoyo y protección. Con dificultad pudieran elegirse en ningun ejército de la cristiandad hombres mas bellos y valerosos: sus hábitos de independencia y de libertad, que todos ellos sabían siempre subordinar á las órdenes de su gefe, y la moda particular de disciplina de los highlanders, hacíanlos igualmente formidables por su bravura individual y por su juicioso convencimiento de obrar todos de acuerdo para dar á su especie de ata-

TOMO IV.

10

que nacional todos los cambios posibles de fortuna.

Mas en un rango no tan elevado se hallaban individuos de un orden inferior: los labradores, quienes no permitian que se les diese tal denominacion. Pero aunque pretendiesen á menudo con cierta apariencia ser de origen mas antiguo que los señores á quienes servian, llevaban no obstante la librea de la suma indigencia , mal equipados, peor armados, medio desnudos, con talles mal formados, y de aspecto miserable. Cada poderosa tribu llevaba algunos de estos ilotas¹⁴ en su comitiva: así los Mac-Couls , aunque hiciesen remontar su origen hasta Conchai, padre de Find ó Fingal, eran una especie de gabaonitas, ó criados hereditarios de los Estuardos de Appina. Los Macleaths , descendientes del desgraciado rey que llevaba este nombre, eran vasallos de los Morays y de la tribu Don-nochil, ó de los Robertsones de Alhole....

¹⁴ Cfr. DEF: "*ilotes*"; WAV: "*Helots*". El narrador –al pasar revista a las tropas jacobitas– compara la condición de ciertos montañeses de rango inferior con la de los ilotas, o grupo de esclavos en la sociedad espartana. La traducción literal de OLI recoge el componente cultural, a diferencia de las soluciones de XER: "pobretes" y GUT-LOP: "miseros individuos" que neutralizan dicha alusión.

CAPITULO XLIV.

147

Pudiera citar otros ejemplos ; mas temeria ofender el orgullo de todas las tribus que existen todavía , y promover una tempestad de los highlanders en la tienda de mi librero-editor.

Aquellos ilotas, obligados á tomar las armas para obedecer á las órdenes arbitrarias de sus gefes , por mandato de quienes iban á cortar leña y conducir agua, estaban en general mal alimentados, mal vestidos, y peor armados aun. Es verdad que la causa principal de esta última circunstancia era la orden del gobierno de desarmar generalmente á todos , y la que habian ejecutado manifiestamente en todos los highlanders, aunque la mayor parte de los gefes hubiesen recurrido á todos los medios posibles para eludir aquella medida, conservando las armas de los principales personajes de su tribu, y no entregando mas que las de sus satélites inferiores: resultaba pues que la mayor parte de aquellos pobres diablos, co-

mo ya hemos dicho, iban al combate en una situacion muy miserable.

De este modo, mientras que las primeras filas de una tribu estaban compuestas por hombres de admirable esterior, ya respecto á las armas, ya al vestuario, las demas parecian de verdaderos bandidos. El uno iba armado con una hacha ó con una espada sin vaina, el otro con un fusil sin llave ó con una hoz puesta al extremo de una pértiga ; algunos no llevaban mas que sus *dirks* ó dagas, ó bastones, ó estacas arrancadas de los vallados. El aire salvaje de aquellos hombres, su barba y sus cabellos desordenados, hacian que fuesen objeto de terror no menos que de admiracion para los habitantes de los Lowlands. Era tan poco conocida entonces la situacion de los highlanders, que el aspecto y el carácter de aquel pueblo de aventureros armados escitaban tanto la admiracion de los habitantes mas meridionales de la Escocia,

CAPITULO XLIV.

149

como lo hiciera la invasion de negros africanos ó de esquimos salidos de las montañas septentrionales de su propio pais. El mismo Waverley no conocia los highlanders sino de un modo general , y por las muestras que le habia enseñado de cuando en cuando el político Fergus. No pudo pues pensar sin decaer en cierto modo de ánimo en la atrevida empresa de una tropa, que contando apenas cuatro mil hombres, de los cuales todo lo mas estaban armados la mitad, esperaba mudar los destinos y renovar la dinastía de los reinos británicos. La larga columna estaba todavía detenida , cuando un cañon de hierro , el único que poseia el ejército que tan importante revolucion meditaba, dió la señal de la marcha. El caballero habia manifestado deseos de que abandonasen aquella inútil pieza; pero quedó sorprendido cuando los gefes de las tribus le rogaron con instancia que les permitiese llevarla , alegando

que sus montañeses , poco acostumbrados á la artillería, daban supersticiosamente absurda importancia á aquella pieza, y que estaban persuadidos de que contribuiría esencialmente á alcanzar una victoria que no podían deber mas que á sus mosquetes y á sus *claymores*: confiáronla pues á dos ó tres artilleros franceses, y disparábanla algunos *poneys* de los montañeses; pero no se servían de ella mas que para dar las señales.

Apenas hubieron oído el cañon , cuando principió á moverse toda la linea : de en medio de estos batallones prestos ya en marcha salió un grito salvaje de alegría que hendió los aires y se perdió en los agudos acentos de las gaitas, y sufocó poco despues á esta misma música el ruido de la pesada marcha de tanta gente puesta en movimiento. Las banderas flotaron y brillaron ; los caballeros corrieron á colocarse en la vanguardia , ó se destacaron en centinelas para

CAPITULO XLIV.

151

reconocer al enemigo; y desaparecieron á los ojos de Waverley cuando hubieron dado vuelta alrededor de la base de Arthur Seat, bajo el notable anfiteatro de las rocas de basalto que se elevaban delante del pequeño lago de Duddington.

La infantería avanzó en igual direccion arreglando su marcha á la de otro cuerpo que seguia un camino mas hacia el sud. Waverley se vio obligado á acelerar el paso para llegar al lugar de la línea de batalla que ocupaban Vich Jan Vohr y sus partidarios.



CAPITULO XLV.

UN INCIDENTE HACE NACER TARDIAS Ó
INÚTILES REFLEXIONES.

CUANDO Waverley alcanzó aquella parte de la colina que ocupaba su tribu, los hijos de Mac-Ivor hicieron alto, se formaron en batalla, y le recibieron al son triunfante de las gaitas y con aclamaciones generales. Muchos de ellos le conocían personalmente, y alegrábanse de verle vestido á la manera de su país y de su tribu. «Gritais, dijo á Mac-Combich un highlander de una tribu vecina, gritais como si fuera vuestro gefe que se colocara á vuestra cabeza.

—*Mar é Bran is ea brat hair*, si no es Bran es el hermano de Bran, respondió

CAPITULO XLV.

153

Mac-Combich con una espresion proverbial.

—Oh! entonces ese es el bello Duinhewassel Saxon que debe enlazarse con ladi Flora!

—Eso puede ser , y puede no ser , y no os atañe ni á vos ni á mí, Gregor.»

Fergus se adelantó para abrazar al voluntario y hacerle afectuosa acogida; mas creyó necesario darle las razones de la disminucion de su batallon , que contaba apenas trescientos hombres; porque dijo, habia enviado muchos de destacamento. La verdad era que la desercion de Donald Bean Lean le habia privado de mas de treinta soldados valientes, en cuyos servicios habia contado. Muchos de sus partidarios de adopcion se habian visto obligados á reunirse á las banderas de los diversos gefes á quienes debian pleito homenaje. El gefe de la rama rival de la de Ivor habia congregado tambien su gente , aunque no se habia declarado to-

davía ni por el caballero , ni por el gobierno, y con sus intrigas habia disminuido considerablemente las fuerzas de Fergus. En resarcimiento de estas contrariedades, confesaban generalmente que los hombres de Vich Jan Vohr, podian compararse por su equipo y táctica con las mejores tropas que seguian los estandartes de Cárlos-Eduardo. El viejo Ballenkeiroch le servia de mayor, quien se reunió con los otros oficiales que habian conocido á Waverley en Glennaquoich para recibir cordialmente al que venia á dividir con ellos sus peligros y su gloria futura.

Al salir de la aldea de Duddingston el ejército de los highlanders siguió durante algun tiempo el camino grande que conduce de Edimburgo á la ciudad de Addington. Despues de atravesar el riachuelo de Esk en Musselburgh, dejó las llanuras que terminan en el mar, é hizo un movimiento hácia la derecha para

CAPITULO XLV.

155

ocupar la eminencia de Carberry-Hill, famosa ya en la historia de Escocia, como el lugar donde la infortunada María se entregó á discrecion de sus vasallos sublevados. Tomaron esta direccion, porque el caballero acababa de informarse de que el ejército del gobierno habia pasado la última noche al raso en la parte de poniente de Addington, con intento de ir á marchas forzadas hacia Edimburgo costeando el mar. Posesionándole de las alturas, que en muchas partes dominaban el camino, los montañeses podian esperar ocasion de atacar con ventaja. En consecuencia de esto , situáronse á la espalda de Carberry-Hill para tomar aliento, y porque desde esta posicion central sería fácil ganar con prontitud los flancos de los ingleses, dado caso de que lo juzgasen oportuno. Un mensajero advirtió allí á Mac Ivor que el príncipe le esperaba; añadió que las avanzadas habian encontrado al enemigo,

que habian tenido una escaramuza, y que el baron de Bradwardine habia enviado algunos prisioneros.

Waverley, saliendo de las filas para satisfacer su curiosidad, percibió presto cinco ó seis dragones cubiertos de polvo y galopando á rienda suelta, que habian venido á dar el aviso de que el ejército del gobierno caminaba hacia poniente siguiendo la costa del mar. Adelantándose un poco mas lejos, hirieron su oído acentos lastimeros; acercóse y oyó una voz que interrumpida por el dolor trataba de repetir una oracion en el dialecto de su pais natal. La voz del infortunio hallaba siempre pronta respuesta en el corazon de nuestro héroe: entró sin vacilar en la choza de donde salian los gemidos, y por en medio de la obscuridad apenas pudo distinguir una especie de paquete colorado. Los que acababan de despojar al herido de sus armas y de una parte de su equipo le habian dejado su ca-

CAPITULO XLV.

157

pa de dragon , en la que estaba envuelto.

«En nombre del cielo, dijo el herido al oir los pasos de Waverley, dignaos darme una gota de agua.

— Vais á tenerla, le respondió Waverley levantándole en brazos y conduciéndole á la entrada de la choza: bebed, le dijo acercándole á los labios su calabaza.

— Me parece que conozco esta voz, dijo el desgraciado: paseó sus miradas con admiracion por el vestido de Eduardo , y dijo dolorosamente : No, no es el jóven *squire*.»

Así llamaban habitualmente á Eduardo en los dominios de Waverley-Honour : la voz que acababa de oir le hizo estremecer , y despertó en su corazon mil penosas sensaciones que le causaran ya en parte los acentos bien conocidos de su pais natal.

«Hongton, dijo contemplando sus facciones desfiguradas ya por la muerte, mi querido Hongton, sois vos?

—Ah! no esperaba tener el consuelo antes de morir de oír una voz inglesa: me han echado moribundo aquí, porque no he sabido decirles la fuerza de nuestro regimiento... Pero, ah! *squire*, ¿por qué nos dejasteis por tanto tiempo? por qué nos dejasteis caer en las asechanzas de ese demonio del infierno, de ese Ruffin?... os hubiéramos seguido por medio de la sangre y del fuego.

—Ruffin ! os aseguro, Hongton, que os ha engañado de un modo abominable.

—Muchas veces lo he pensado, aunque nos enseñaba vuestro sello... Timms ha sido fusilado, y yo deshonorado.

—No os fatiguéis en hablar; voy á buscar un cirujano.»

Mac-Ivor volvía en este momento de la cabeza de la columna, donde habian celebrado consejo de guerra, y se dirigió apresuradamente á Waverley. «Buena nueva! exclamó : antes de dos horas vendremos á las manos, y el príncipe está al

CAPITULO XLV.

159

frente del ejército. Amigos, nos ha dicho sacando su espada, arrojo la vaina. Venid, Waverley, partamos.

— Esperad un momento por favor, no mas que un momento ; este pobre prisionero se muere; ¿donde podré hallar un cirujano?

— A fe mía que no lo sé; no ignorais que no tenemos sino dos ó tres franceses que á mi ver no son mas que practicantes.

— Este herido va á perder toda su sangre.

— Desgraciado! tal será en esta tarde la suerte de otros mil: venid.

— No puedo ir ; es el hijo de uno de los arrendadores de mi tio.

— Si es uno de los vuestros, preciso es cuidarle; voy á enviaros á Callum Beg; pero *Diaoul Ceade millia molligheart*. ¡Qué diablos ha pensado el baron en embarazarnos con prisioneros moribundos!»

Callum acudió con su celeridad acostumbrada. La inquietud que manifestaba

Waverley por el herido, lejos de perjudicarle, le fué favorable en el espíritu de los montañeses, quienes imaginaban que su filantropía tomaría igual interés en cualquiera otro que se encontrase en situación tan cruel; mas cuando supieron que el moribundo era un hombre de su *following* (1), exclamaron con transporte que era un buen gefe y merecía ser amado. Apenas había transcurrido un cuarto de hora cuando espiró el pobre Humphry suplicando á su jóven señorito que cuidase de Job Hongh, su padre, y de su madre, cuando se hallase de vuelta á Waverley Honour, y conjurándole que no se batiese con aquellas gentes contra la antigua Inglaterra.

Cuando hubo exhalado el último suspiro, Waverley que había sido testigo por la primera vez de las agonías de un moribundo, y había experimentado un

(1) *Following*, de su comitiva, de su tribu.

CAPITULO XLV.

161

sincero pesar con una especie de remordimientos , mandó á Callum que condujese al cadáver á la choza. Este se apresuró á obedecer, y no se olvidó de registrarle todos los bolsillos; mas observó que estaban cuidadosamente vaciados. Apoderóse con todo de la capa, y semejante el prevenido faldero que quiere ocultar un hueso, puso su presa en un matorral, que señaló con el mayor cuidado y á fin de encontrarla si volvía á pasar por allí, y hacer un excelente rokelay para su vieja madre Elspat.

Waverley y él necesitaron apresurarse para colocarse otra vez en su fila en la columna, que avanzaba rápidamente para ocupar las alturas de la aldea de Tranent, por donde el ejército enemigo había por fuerza de pasar entre el mar y la aldea.

La triste conferencia que Waverley acababa de tener con su sargento llenó su imaginacion de tardias y penosas re-

TOMO IV.

11

flexiones. Veia claramente, segun habia confesado aquel pobre mozo, que la conducta del coronel G*** era justa, y aun indispensable, pues se habian servido de su nombre para escitar á los soldados á la desercion. Acordándose de que habia perdido su sello en la caverna de Bean Lean, no dudó que este hombre artificioso se aprovechó de él como de un medio propio para producir un movimiento en su regimiento, con esperanza de sacar algun partido. Ni tampoco dudó de que el paquete de cartas que la hija de Donald habia puesto en su maleta podria dar alguna luz sobre este misterio. La exclamacion: «*Ah! squire, porqué nos abandonasteis ?*» resonaba sin cesar en sus oidos.

—Sí, dijo; mi conducta fué con efecto imprudente y cruel: os hice abandonar el techo paterno, os privé de la proteccion de un dueño sensible y generoso para ponerlos bajo el yugo de la discipli-

CAPITULO XLV.

163

na militar , cuyo peso debia sufrir yo, en vez de lo cual he infringido todos mis deberes. ¡O indolencia é indecision fatales! si no sois verdaderos vicios, ¡qué males tan funestos acarreaís!

FIN DEL TOMO CUARTO.

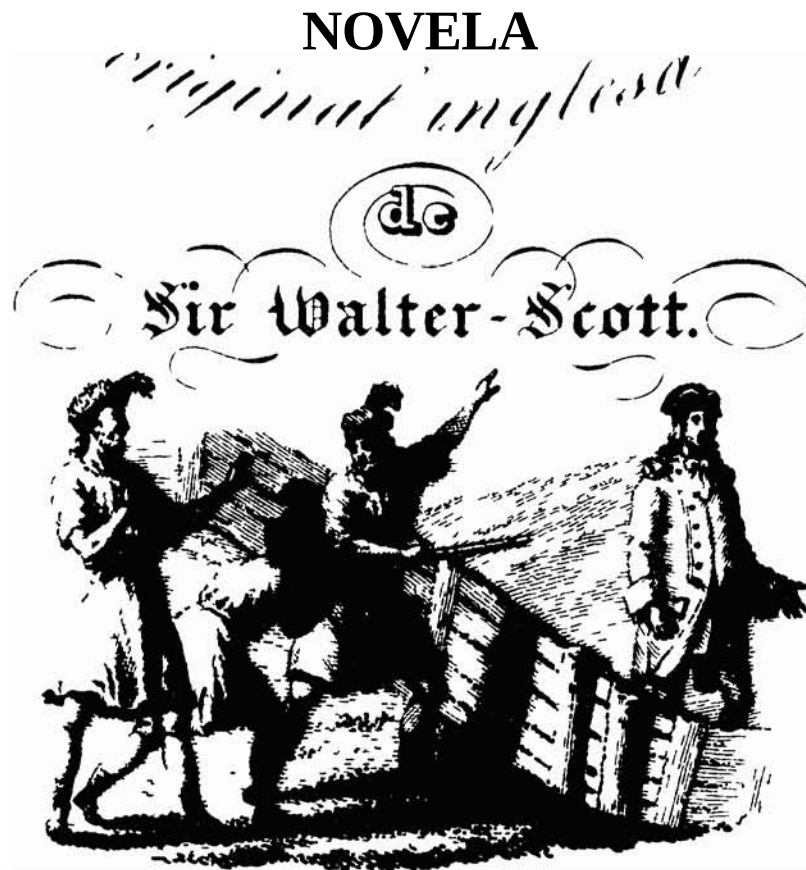
INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO CUARTO.

Páginas.

CAP. XXXV. Lo que era un voluntario se senta años ha	1
CAP. XXXVI. Incidente	10
CAP. XXXVII. Continúa la penosa situación de Waverley	21
CAP. XXXVIII. Una aventura nocturna. ...	37
CAP. XXXIX. Continuación del viaje.	50
CAP. XL. Un conocimiento antiguo y otro nuevo	69
CAP. XLI. El misterio principia á ponerse en claro	83
CAP. XLII. Una comida de militares.....	102
CAP. XLIII. El baile	118
CAP. XLIV. La marcha.....	136
CAP. XLV. Un incidente hace nacer tar dias ó inútiles reflexiones.....	152

WAVERLEY.



TOMO V.

Barcelona

Librería de Oliva

1836.



Pie de ilustración: Admirado el oficial de la generosa intervención de Eduardo, le entregó el pedazo de su espada.

WAVERLEY,
Ó SESENTA AÑOS HA;

NOVELA ORIGINAL INGLESA,

Por Walter Scott.

Con Láminas

TOMO QUINTO.

Barcelona

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERÍA.

1836.

WAVERLEY.

CAPITULO XLVI

LA VISPERA DEL DIA DE LA BATALLA.

AUNQUE el ejército de los highlanders habia hecho una marcha rápida, el sol estaba ya cerca de su ocaso cuando llegó á las alturas que dominan la estendida llanura que hay del norte al mediodía en las costas del mar. Allí están situadas las dos aldeillas de Scaton y de Cockenzie, y mas lejos la villa mas considerable de Preston. El camino bajo que conduce siguiendo la larga costa á Edimburgo atravesaba esta llanura; este camino es-

TOMO V.

1

tá descubierto desde Scaton-House hasta Preston , donde vuelven á principiar las cercas de pared. El general inglés habia escogido este camino por dos motivos: en primer lugar porque era mas cómodo para la caballería ; y en segundo , porque con esta maniobra esperaba encontrar de frente á los montañeses, que venian de Edimburgo en direccion opuesta. Habíase engañado en sus cálculos, el caballero, ó los que le servian de consejeros, habian preferido dejar el paso directo enteramente libre, para apoderarse de las alturas.

Los montañeses se formaron al punto en línea de batalla , y casi al mismo instante desfiló la vanguardia inglesa por las cerras y árboles de Scaton con intencion de colocarse en la llanura. Como el espacio que separaba los dos ejércitos no era mas que de una media milla, Waverley veia distintamente los escuadrones de dragones, unos tras otros, precedidos de

CAPITULO XLVI.

3

sus centinelas, formándose en línea á medida que llegaban, y presentando su frente al del ejército del príncipe. Sosteniales un tren de piezas de artillería, con que formaron en breve una batería, que dirigieron contra las alturas. Seguian á este primer cuerpo tres ó cuatro regimientos de infantería, marchando en columna cerrada ; sus bayonetas puestas en el extremo del fusil parecian filas sucesivas de estacadas de hierro; y sus armas lanzaron á lo lejos el resplandor de un vasto relámpago cuando á una señal dada hicieron una súbita evolucion para ponerse en línea; un segundo tren de artilleros y otro regimiento de caballería formaron esta larga marcha , situándose en el flanco izquierdo de la infantería.

Mientras que el ejército inglés hacia estas evoluciones, los highlanders desplegaban la misma prontitud y el mismo ardor; de suerte que los dos ejércitos se hallaron en órden completo de batalla

en el mismo instante. Los highlanders dieron entonces un grito espantoso, que repitieron á lo lejos los ecos de las montañas ; los ingleses respondieron con voces triunfantes de desafío, y dispararon al propio tiempo algunos cañonazos contra una de las avanzadas. Los montañeses se prepararon sin demora al ataque.

« Veis á los soldados rojos? dijo Mac-Combich á Fergus en forma de argumento: se parecen á un huevo vacilante sobre un baston: nosotros tenemos ventaja en el ataque, porque hasta *un haggis* (1), bendígale Dios, cargaria con-

(1) Mac-Combich hace aquí una de aquellas comparaciones triviales, ó antes bien una de aquellas aproximaciones vulgares, que son tanto mas chocantes en la conversacion, cuanto menos relacion tienen con los objetos comparados. *El haggis* es una especie de manjar escocés que hacen ya con carne, ya con harina de cebada y otros ingredientes: el *haggis* es el gran regalo de los Escoceses.

CAPITULO XLVI.

5

tra ellos desde la altura que ocupamos.

Pero aunque el terreno que los montañeses tenían que bajar no fuéase muy dilatado, era intransitable, á causa de estar cubierto de honduras, cortado por las cercas, y atravesado en toda su longitud por una ancha y profunda zanja; gracias á estas circunstancias, la mosquetería enemiga hubiera tenido grandísimas ventajas. Los gefes interpusieron pues su autoridad para reprimir la impetuosidad de sus tropas, y se contentaron con enviar algunos destacamentos de soldados escogidos para escaramuzar y reconocer el terreno.

Los dos ejércitos presentaban en este momento un espectáculo interesante y poco ordinario : la diferencia del equipo y de la disciplina hacia resaltar mejor sus evoluciones. La suerte actual de la Escocia parecía depender del resultado de su choque; observábanse ambos de la misma manera que dos gladiadores en la arena

buscan con los ojos el lugar mas favorable para atacarse. Distinguíanse fácilmente en la primera línea los oficiales superiores, y el estado mayor de cada ejercito con sus anteojos en mano, dando órdenes, y recibiendo las noticias de los ayudantes de campo y oficiales de órdenanza, quienes galopeando como si la jornada pudiera decidirse con la celeridad de sus caballos, daban nueva vista á este cuadro. Los cazadores habian principiado ya sus escaramuzas parciales é irregulares; y de cuando en cuando caia una gorra ó un sombrero , y se llevaban á un herido sus camaradas. Estos eran tan solo ataques sin consecuencia; porque no convenia á ninguno de los dos partidos avanzar en tal direccion. Los campesinos de los alrededores se mostraban algunas veces con precaucion, como para espiar el resultado de la lucha que iba á trabarse ; y á poca distancia en la bahía habia dos vajeles con pabellon inglés, cuyos puentes y ga-

CAPITULO XLVI.

7

vias se veian cubiertos de espectadores menos tímidos.

Este imponente reposo duraba ya algun tiempo, cuando Fergus y otro gefe recibieron orden de dirigir sus tribus al pueblo de Preston, para incomodar al ejército de Cope en su flanco derecho, y obligarle á mudar de posicion. A fin de poder ejecutar esta orden, el gefe de Glennaquoich ocupó el cementerio de Tranent.

« No podia escoger puesto mas favorable, dijo Evan Dhu, para los que tengan la desgracia de ser muertos , y deseen ser enterrados en tierra cristiana.»

El general inglés, para desalojarlos, hizo avanzar dos divisiones, sostenidas por un cuerpo de caballería; los dragones se acercaron tanto, que Waverley reconoció el estandarte de la compañía que habia mandado; oyó las trompetas y cajas, á cuyo son habia marchado tantas veces; y distinguió también las voces de

mando que pronunciaba en ingles el coronel que tanto habia respetado. Al echar los ojos á su rededor y sobre los vestidos estraños y salvajes de sus compañeros, de los highlanders, al oir sus palabras en un dialecto grosero y desconocido, al poner la atencion en su propio vestido, tan diferente del que habia llevado desde la infancia, creyó por un instante que cuanto veia era un sueño estravagante, horrible y contra naturaleza.

Gran Dios! pensó, ¿luego soy traidor á mi patria, desertor de mi estandarte , y enemigo de mi tierra natal, como decia ese infeliz Hongton al morir?

Antes que ahogase esta importuna reflexion, su antiguo comandante, notable por su desmesurada estatura y por su marcial continente, se acercó en persona para reconocer el terreno.

Ahora le arreglaré, dijo Callum apoyando el cañon de su fusil en la cer-

CAPITULO XLVI.

9

ca detrás de la cual se ocultaba, á cerca de sesenta pasos de distancia.

Estremeci6se Eduardo, como si estuviese á punto de ver cometer un parricidio en su presencia.

Los blancos cabellos y el ademan venerable de su gefe recordáronle el respeto casi filial que le tenian todos los oficiales; pero aun no habia gritado: Detente! cuando un viejo montañés que se hallaba cerca de Callum le detuvo el brazo.

«Guarda la pólvora, le dijo, su hora no ha llegado todavía; pero que se guarde mañana, veo su mortaja en su pecho.»

Callum, insensible como una roca á toda consideracion, era muy accesible á las ideas supersticiosas; palideció al oir *Taishtr* (1), y cesó de apuntarle.

(1) El vidente, el divino: es señal cierta de la muerte de una persona que el vidente la perciba envuelta en su mortaja.

El coronel G.*** que no pensaba en el peligro que acababa de correr, volvió lentamente á la cabeza de su regimiento.

Sin embargo, el ejército inglés habia tomado otra línea: uno de sus flancos se apoyaba en la costa del mar, y el otro en la costa de Preston. Como esta posición presentaba los mismos obstáculos para el ataque, Fergus recibió orden de volver á su primer puesto con su destacamento; y este movimiento obligó al ejército del general Cope á formar un frente de batalla paralelo con el de los montañeses. Estas maniobras de una parte y otra se habian llevado mucho tiempo; las sombras casi cubrian ya la tierra, y los dos ejércitos se dispusieron á pasar la noche sobre las armas, sin dejar sus líneas respectivas.

«No haremos nada esta noche, dijo Fergus a Waverley; antes de dormirnos en nuestros *plaids* vamos á ver al baron en la retaguardia.

CAPITULO XLVI.

11

Al acercarse al puesto de este bravo y diligente oficial, notaron la escrupulosa prudencia con que habia colocado sus centinelas y patrullas de noche; y el propio se ocupaba en leer al resto de su tropa la oracion nocturna con voz fuerte y sonora. Aunque los anteojos que tenia puestos en la nariz, y el talante de Saunders Saunderson en un guerrero semejante, llenando las funciones de clérigo, tuviesen algo de risible, las circunstancias en que se hallaban, la cercanía del peligro, el traje militar de los asistentes, y sus caballos atados tras ellos á varias estacas, concurrían á dar solemnidad á este acto de devocion.

«Me he confesado esta mañana antes de que os despertasteis, dijo Fergus á Waverlce; mas aunque buen católico, no me niego á juntar mis oraciones con las de ese respetable anciano. Esperaron pues tranquilamente que acabase el baron.

— Hijos, dijo el señor Bradwardine cerrrando su libro, atacad mañana al enemigo con conciencia ligera y manos pesadas.» En seguida dió cortésmente las gracias á Fergus y á Waverley, quien le preguntó su parecer sobre la posicion de los dos ejércitos.

«Como pues? respondió el baron; sa-beis aquellas palabras de Tácito: *In rebus bellicis máxime dominatur fortuna*, lo que corresponde poco mas ó menos á nuestro proverbio nacional: La fortuna puede mucho en la pelea. Pero creedme, señores, ese general inglés no es gran clérigo: enfria el valor de sus soldados manteniéndolos sobre la defensiva, indicio manifiesto de inferioridad ó de temor: están allá bajo sobre las armas, tan inquietos como el sapo bajo el golpe del rastrillo, en tanto que nuestras gentes se despertarán frescas y dispuestas mañana por la mañana..... Pero, buena noche, jóvenes amigos.... quisiera participaros

CAPITULO XLVI.

13

un cuidado que me altera, pero si todo sale en bien, mañana os consultaré, Glennaquoich.

—Casi podría aplicar al señor Bradwardine el retrato que hace Enrique de Fluellen (1), dijo Waverley dirigiéndose con su amigo á su *bivac*.

—Ha estado en la guerra, respondió Fergus , y no es posible comprender como puede aunar tanto acierto á tanta puerilidad. Quisiera saber el motivo de su pesar..... sin duda es por Rosa pero escuchad: los ingleses ponen sus centinelas para la noche.»

El redoble del tambor, y el agudo acompañamiento de los pífanos resonaron de nuevo y cesaron enteramente. Las trompetas y cajas de la caballería , tocaron en seguida la brillante música de guerra que sirve de señal á esta operacion militar de todas las noches, y la ter-

(1) Enrique IV de Shakespeare.

minaron con una sonata menos ruidosa y mas melancólica.

Ambos amigos antes de acostarse para descansar pasaron sus miradas en torno suyo: por la parte de poniente la bóveda celeste estaba radiante de estrellas ; pero una bruma de otoño, que salía de la mar, cubría el horizonte por el lado de levante, y rodaba en blancos torbellinos por encima de la llanura donde se hallaban acampados los ingleses. Sus vanguardias llegaban hasta la orilla de la gran zanja; habian encendido de trecho en trecho grandes hogueras, cuya llama arrojaba una sombría claridad, en medio la densa niebla que los rodeaba como pálida auréola.

Los highlanders, *apretados como las hojas en el valle de Vallumbrosa*, estaban todos tendidos á la espalda de las alturas, y dormían todos con el mas profundo sueño, á escepcion de las centinelas.

«Cuantos valientes de estos, dijo Wa-

CAPITULO XLVI.

15

verley, dormirán mañana un sueño aun mas profundo.

—No penseis en eso, no penseis mas que en vuestra espada, y en la mano que os la ha dado: cualquiera otra reflexion es ahora tardía.»

Esta respuesta de Fergus no tenia réplica; Eduardo creyó que debia servirse de esta circunstancia para apaciguar las emociones que principiaban á turbar su alma: juntóse con su amigo para formar con sus dos *plaids* una cama mediana. Sentóse Callum junto á ellos, pues tenia especialmente el encargo de cuidar de la persona del gefe; y principió con monótona sonata una larga y triste canción gaélica, que semejante al murmurio de un viento lejano, adormeció á los dos amigos.



CAPITULO XLVII.

LA BATALLA.

DISPERTÁRONLOS despues de algunas horas de sueño, y enviólos á llamar el príncipe: fuéron al punto cuando el reloj del pueblo tocó las tres. El príncipe, sentado en un monton de vainas de guisantes, que le habia servido de cama, estaba ya rodeado de sus principales oficiales y de los gefes de la tribu: cuando entró Fergus en el círculo acababa de terminarse la deliberacion.

«Valor, bravos amigos! dijo el caballero, y cada uno se colocó en breve á la cabeza de la tropa que mandaba. Un amigo fiel se ha ofrecido á conducirnos por un camino estrecho y tortuoso , pero

CAPITULO XLVII.

17

transitable, que cruza el pantano á nuestra derecha, y confina en la llanura donde están acampados los enemigos: superada esta dificultad , el cielo y nuestras valientes espadas harán lo demas.»

Esta proposicion causó unánime gozo, y cada gefe se apresuró á poner en órden sus soldados con el menor ruido posible.

El ejército mudó de posicion haciendo un movimiento hacia la derecha, y entró en breve en la senda que atravesaba el pantano con silencio y con mucha rapidez. Como la niebla no habia ascendido aun á las alturas, los soldados gozaron durante algun tiempo de la claridad de las estrellas; pero este débil resplandor desapareció con la proximidad del día, y la cabeza de la columna continuó en descender sumergida en un Océano de nieblas que estendia sus blanquizcas oleadas por toda la llanura y por el mar que la rodeaba.

La obscuridad y la necesidad de con-

TOMO V.

2

servar el orden en un camino estrecho, pantanoso y desigual, debían presentar algunas dificultades; sin embargo, estos inconvenientes no eran tan grandes para los montañeses, por su género de vida, como para cualquier otra tropa; continuaron pues su marcha con paso firme y rápido.

Cuando la tribu de Ivor se acercó á tierra firme, siguiendo las huellas de los que les precedían, oyeron el grito de una centinela, sin que la niebla les permitiese distinguir al dragon que había dicho: «Quién vive?»

— Silencio! dijo Fergus, silencio; nadie responda si aprecia la vida. Avancemos!» Y avanzaron en silencio.

La centinela descargó su carabina, y huyó; al ruido del tiro sucedió el del galope de su caballo.

«Mylax in limine latrat (1) dijo el ba-

(1) *Mylax* (nombre clásico de un perro) ladra á la puerta.

CAPITULO XLVII.

19

ron de Bradwardine, que oyó el tiro; el bellaco va á dar la alarma.»

La tribu de Fergus habia llegado al campo raso, cubierto en otro tiempo de rica mies; pero habian quitado las gavillas, y no quedaba mas que una vasta llanura, en la que no interceptaba la vista ningun árbol ni chaparro. El resto del ejército seguia con mas presteza, cuando oyeron los tambores ingleses tocar la generala. No entraba en el plan de los highlanders sorprender al enemigo ; asi es que no se confundieron al verle en vigilancia y dispuesto á recibirles; esto les hizo tan solo apresurar las disposiciones para el combate, las que fueron muy sencillas.

El ejército del príncipe estaba arreglado en orden de batalla á la parte de levante, formando dos líneas desde los pantanos hasta el mar: la primera estaba destinada á cargar al enemigo, y la segunda de reserva; la caballería, poco nume-

rosa, que mandaba el príncipe en persona, permaneció entre las dos alas. El Aventurero (1) habia manifestado al principio deseos de atacar al enemigo á la cabeza de la primera línea, y no habia abandonado su proyecto sino á pesar suyo, cediendo á las instancias y ruegos de los que le rodeaban.

Avanzaron las dos líneas, preparandose la primera al combate: las tribus que la componian formaban cada una separadamente una especie de falange estrecha de frente, estendiéndose hasta diez , doce ó quince filas de profundidad, segun su número. Los hombres mejor armados , ó los mas nobles, porque estas

(1) *The adventurer*. Esta palabra no debe tomarse aquí en mal sentido: el autor quiere decir que Cárlos Eduardo era un príncipe de novela, un héroe aventurero. Sir Walter Scott nos le pinta valiente en los momentos de peligro á pesar de cuanto han repetido su pretensa cobardía.

CAPITULO XLVII.

21

dos palabras eran sinónimas, ocupaban el frente de aquellas subdivisiones irregulares; los otros colocados detrás les guardaban en cierta modo las espaldas, lo que comunicaba un impulso físico y un doble ardor á los que debían los primeros hacer frente al peligro.

«Quitaos el *plaid*, Waverley! exclamó Fergus que se desembarazaba del suyo; antes que el sol aparezca en la mar, no nos faltará seda para reemplazar nuestras telas.»

Los hombres de las tribus se despojaron de sus *plaids* y prepararon sus armas: hubo un imponente silencio por espacio de tres minutos, durante el cual se descubrieron la cabeza, levantaron los ojos al cielo, y pronunciaron una corta oración. Waverley sintió entonces palpar su corazón, como si quisiera escaparse de su seno: no era de miedo ni por el ardor del combate; era una mezcla de estos dos sentimientos, una emoción nueva y enér-

gica que le aturdió al pronto y le causó una especie de fiebre delirio. El sonido de los instrumentos de guerra aumentó todavía su entusiasmo: las gaitas tocaron sus *pibrochs*, y las tribus acometieron a los ingleses en columna cerrada: luego amainaron por un momento el paso, y el murmurio de sus voces juntas mudóse en breve en clamores salvajes.

El sol, que á la sazón aparecía en el horizonte , disipó la niebla ; los vapores se levantaron como una cortina, y dejaron percibir los dos ejércitos á punto de venir á las manos. La línea del ejército inglés estaba opuesta directamente al cuerpo de los montañeses, brillaba por su completo equipo, y ocupaban sus alas la caballería y la artillería; pero esta vista no causó ningún terror á los sitiadores.

«Adelante, hijos de Ivor, exclamó Fergus; y se precipitaron dando un grito terrible.»

Lo demas de esta jornada es bien sa-

CAPITULO XLVII.

23

bido: la caballería que atacó á los highlanders, habiendo recibido su fuégo, se desbandó sobrecogida de pánico terror , y se huyó á galope. Los artilleros abandonados por la caballería , se salvaron despues de haber descargado sus piezas contra los montañeses, quienes sin recurrir segunda vez á sus fusiles , sacaron sus espadas y cayeron de golpe sobre la infantería con un furor sin igual.

En este momento de terror y de confusion , Waverley notó á un oficial inglés, que parecia de alto rango, apoyado solo contra un cañon, que apuntó y disparó él mismo, despues de la huida de los artilleros , contra la tribu de Mac-Ivor, que era la que tenia mas cerca.

Admirado de su marcial continente, Waverley , queriendo librarle de una muerte inevitable, pasó por un momento delante á los guerreros mas ágiles, y le dijo que se rindiera ; el oficial le respondió con una estocada, que recibió

en su escudo, y el arma del inglés dando en vago se rompió. En el mismo punto, Dugald Mahony iba á hendirle la cabeza con un hachazo. Waverley detuvo y paró el golpe; el oficial viendo que era inútil toda resistencia, y admirado de la generosa intervencion de Eduardo, le entregó el pedazo de su espada. Eduardo confió el prisionero á la guardia de Dugald, recomendándole que le tratase con miramiento, sin desnudarle; y le prometió una recompensa.

A la derecha de Eduardo la refriega era todavía terrible: la infantería inglesa, formada en las guerras de Flándes, disputaba el terreno con valor; pero sus líneas sobrado entendidas fuéron rotas en muchos lugares por las masas cerradas de los highlanders, cuyas armas, fuerza y agilidad extraordinarias sobrepujaban la táctica y disciplina de los ingleses.

Al dirigir la vista á esta horrorosa escena, percibió Waverley al coronel G***,

CAPITULO XLVII.

25

abandonado por sus soldados á pesar de los esfuerzos que hacia para replegarlos; y vióle como corria á ponerse á la cabeza de un pequeño cuerpo de infantería, que de espaldas contra la pared de su parque, pues su casa estaba contigua al campo de batalla, continuaba una resistencia desesperada é inútil. Waverley notó que habia recibido ya muchas heridas , y que sus vestidos y su silla estaban cubiertas de sangre ; quiso salvar á este bravo y digno militar , pero no pudo, sino ser testigo de su muerte. Los montañeses, furiosos y codiciosos de sus despojos, se apiñaron á su rededor; y antes que Eduardo pudiera introducirse en medio de ellos, vio á su antiguo comandante arrojado de su caballo con un golpe de dalle, y recibiendo en el suelo mas golpes que no eran menester para quitarle veinte veces la vida. No obstante, cuando llegó Waverley, todavía no habia perdido enteramente el sentido: el moribun-

do guerrero reconoció al parecer, fijó en él una mirada de reconvención mezclada de tristeza, y se esforzó por hablarle; pero sintiendo que se le acercaba la muerte, juntó las manos en actitud de orar, y entregó su alma á su Criador. La última mirada que arrojó á Waverley le hizo mucha mas impresion cuando se acordó de ella algun tiempo despues que no en aquel momento de desórden y de confusion (1).

Todos los ecos de la llanura repetian

(1) No sabemos por que el autor no ha designado mas que con una inicial á un gefe tan conocido, siendo por otra parte fiel á la historia. El coronel Gardiner era en efecto valiente oficial y entusiasta religioso tal como nos le pinta Scott. Atribúyenle una respuesta que acabará de caracterizarle: cuando partió á Preston, su esposa conmovida por un funesto presentimiento, le manifestaba viva inquietud: « Tú olvidas, querida mía, le dijo, que nos queda una *eternidad* para vivir juntos.

CAPITULO XLVII.

27

gritos de victoria : la batalla estaba terminada, y todos los bagajes, artillería y municiones de guerra, habian quedado en poder de los vencedores. Nunca se vió victoria mas completa: apenas habian escapado algunos débiles restos; solamente la caballería, que abandonara el ampo á la primera carga, y habíase desbandado y dispersado por el pais.

De cuanto pueda tener relacion con nuestra historia no nos resta referir mas que la suerte de Balmawhapple, que montado en un caballo tan terco y colérico como su caballero, persiguió á los dragones cerca de cuatro millas mas allá del campo de batalla. Algunos fugitivos en un postrer acceso de valor le hicieron cara, le hendieron el cráneo, y probaron de este modo que el pobre diablo no carecia de sesos, lo que se habia dudado siempre durante su vida. Su muerte fué poco sentida : la mayor parte de los que le conocian convinieron en que el alfé-

rez Mac-Combich tuvo razon en decir que habian muerto otros muchos en Sheriff Muir. Su amigo el teniente Jinker no se sirvió de su elocuencia mas que para disculpar á su yegua favorita de haber contribuido en cierto modo á su pérdida, diciendo que habia repetido mil veces al *laird* que era una vergüenza poner una gamarra al pobre animal, cuando pudiera conducirle con una corta brida. Y que necesariamente debia echársele la culpa al *laird* mas que al animal de cualquiera desgracia que sucediera, faltándole los pies ú otra cosa; mientras que si se hubiera servido de un simple bridon, la condujera tan fácilmente como á un caballo de carreta.

Tal fué la oración fúnebre de Balmawhapple.

CAPITULO XLVIII.

EMBARAZO IMPREVISTO.

APENAS se habia terminado la batalla y restablecido algun tanto el órden, quando el baron de Bradwardine, despues de haber llenado todos los deberes de su cargo, se apresuró á reunirse con Glennaquoich y su amigo Eduardo Waverley. Halló al primero ocupado en apaciguar varias disputas suscitadas entre sus vasallos relativamente á los mas distinguidos hechos de armas de la jornada, y mas aun sobre el repartimiento del botin. Entre las discusiones de esta naturaleza, la mas importante concernía á un reloj de oro, que sin duda habia pertenecido á algun desgraciado oficial inglés. Uno de

los competidores que fué escludido de su pretension consolóse diciendo : «Está muerto desde que Vich Jan Vohr le ha dado á Murdoc» En efecto, el reloj, que tomaba por un animal viviente, se habia parado por falta de cuerda.

En el momento en que acababa de decidirse esta discusion , llegó el baron de Bradwardine á donde estaban sus dos jóvenes amigos: aunque parecia tranquilo y satisfecho, traslucíase con todo en él alguna pena secreta: echó pie á tierra, y confió su caballo de escuadron á uno de sus criados. «No me enfado muchas veces, dijo á este hombre; pero si me jugais una de las vuestras, y abandonais al pobre Berwick antes de que esté bien proveido por correr en busca del botin, lléveme el diablo si no os tuerzo el cuello:» y así hablando acariciaba con la mano al caballo que le habia llevado por medio de los peligros de aquel dia. Despues de despedirse de él cordialmente

CAPITULO XLVIII.

31

dirigióse al gefe Mac-Ivor y á Eduardo».

«Y bien , mis buenos amigos, les dijo, la victoria es gloriosa y decisiva; no siento mas que esos mandrias de soldados se hayan salvado tan aceleradamente: alegrárame de daros á conocer todos los pormenores de una carga de caballería, ó combate ecuestre *praelium equestre*, que es el colmo y el orgullo del arte de la guerra; pero su cobardía me ha quitado la ocasion. Como sea, he tenido la dicha de desenvainar otra vez la espada por la antigua causa!... Confieso, hijos, que no he hecho tanto como vosotros, viéndome obligado á tener en órden las filas de nuestra caballería ; mas un caballero debe no envidiar ni rebajar la gloria de sus compañeros de armas, aunque haya corrido tres veces mas peligros que ellos y mucho mas cuando con la gracia de Dios puede llegarle su turno. Pero Glennaquoich, y vos también, Waverley, os ruego que me escucheis uno y otro con

atencion en este momento, para ayudarme con vuestras luces en un negocio de la mayor importancia , y en el que va el honor de la casa de Bradwardine. Os pido perdon, alférez Mac-Combich, y á vos, Edderalshendrach, y á vos, Inveranghlin, y á vos, señor mio.

Este último era el viejo Bellenkeiroch, quien trayendo á la memoria la muerte de su hijo, miró al baron con un ademán feroz de desafío. El baron, que fácilmente se alteraba, principiaba ya á fruncir las cejas, cuando Glennaquoich hizo salir al mayor manifestándole en tono de gefe lo mal que hacia en renovar una antigua querella en las circunstancias actuales.

La llanura está cubierta de cadáveres, dijo el viejo mntañés ausentándose á pasos lentos: uno mas apenas se hubiese notado; y si no fuése por vos, Vich Jan Vohr, seria este el mio ó el de Bradwardine. El gefe le calmó arrastrándole á un

CAPITULO XLVIII.

33

paraje apartado, y volvió en seguida á donde estaba el baron.

« Este es, Ballenkeiroch, le dijo á media voz, es el padre del que pereció en el desgraciado negocio de las granjas de Bradwardine ocho años ha.

— Ah! dijo el baron suavizando la severidad amenazadora de sus facciones, mucho puedo sufrir de un hombre á quien he causado tan gran pena ; habeis hecho bien en decirlo , Glennaquoich; aunque me lance miradas mas sombrías que una noche de san Martin, no se ofenderá Cosme Comyne Bradwardine. Ah! yo no tengo posteridad masculina , y debo soportar mucho de parte de un hombre á quien he privado de la suya, aunque os haya satisfecho enteramente respecto á este negocio por *assythment* y cartas de *slains* (1). Mas, como decia, no

(1) *Assythment*, término consagrado en el foro de Escocia, y que significa reparacion legal, TOMO V.

tengo posteridad masculina, y es menester con todo que atienda al honor de mi casa ; de esto queria hablaros en particular. »

Los dos jóvenes amigos esperaban con inquieta seguridad. « Hijos míos, les dijo, según vuestra educación estoy persuadido de que os hallais al corriente de los enfiteusis ó dependencias feudales.

— Muy particularmente, respondió al punto Fergus, temiendo que el baron entablase una discusión interminable, é hizo una seña á Waverley invitándole á que no le desmintiese.

— Mis jóvenes amigos, añadió sir Bradwardine, no ignorais sin duda que la dependencia de la baronía de Bradwardine

compensacion : llamaban cartas de *slains*, ó cartas de *muertos* las cartas que escribía al asesino el pariente del muerto para declarar lo que estaba satisfecho; y también las cartas en que el asesino ofrecía una reparación: aquí se trata de las últimas.

CAPITULO XLVIII.

35

es de una naturaleza honrosa y particular; pues es *blanca* (palabra que Craig (1) quiere se traduzca en latin por *blancum* ó antes bien *francum franc alleu*), mediante la obligacion de quitar ó de sacar las botas al rey despues de la batalla: *pro servitio detrahendi seu exuendi caligas regis post battaliam.....»*

Aquí Fergus dirigió á Eduardo una mirada con sus ojos de águila, frunciendo casi imperceptiblemente las cejas, y encogiéndose de hombros de manera igualmente imperceptible.

El baron continuó: «Dos grandes dificultades se presentan á mi espíritu: la primera es saber si en algun caso puedo rendir el servicio ú homenaje feudal á la persona del príncipe..... diciendo espresamente el título *las botas del rey (Caligas Regis)*. Os ruego que principieis por

(1) Sir Tomas Craig, jurisconsulto escocés distinguido del siglo xvi, que habia estudiado en Paris.

darme vuestro parecer acerca de esta primera cuestion, cuya importancia conoceis. ¿ El Príncipe tiene derecho á mi homenaje?

— No hay la menor duda respondió Mac-Ivor conservando su sangre fria; el príncipe es regente, y sabeis que en la corte de Francia hacen á la persona del regente los mismos honores que á la misma persona del rey; por otra parte, si me diesen á escoger entre sacar las botas del jóven caballero ó las del rey su padre, os confieso que me decidiria diez veces mas de buena gana por las del príncipe.

— Sí; pero atended que no se trata aquí de preferencias personales: no niego que el ejemplo de los usos establecidos en la corte de Francia es de gran peso; sé muy bien que el príncipe, como un *alter ego* (1), tiene derecho de exigir homenaje de todos los enfiteutas de la corona ,

(1) Otro yo, otro rey.

CAPITULO XLVIII.

37

puesto que todo vasallo leal debe segun el acto de regencia respetar al príncipe como el propio rey. No plazca á Dios que quiera debilitar el brillo de su autoridad negándole un homenaje que debe darle tanto esplendor; porque dudo que el mismo Emperador de Alemania tenga derecho de hacer sacar sus botas á un franco baron del imperio... Pero pasemos á la segunda dificultad. El príncipe no lleva botas, sino *trews* y *broques* (1).

Este segundo dilema casi comprometi-
tió la forzada gravedad de Fergus.

«Como! dijo, ya sabeis aquel proverbio, baron: Es difícil sacar los calzones de un montañés de losHighlanders. Ahorabien, las botas están en el mismo caso.

— Con todo, la palabra caligae conti-

(1) Hemos dicho ya que los *trews* eran pantalones escoceses, y las *broques* eran sandalias de piel de vaca, atravesadas de agujeros para poder caminar mas fácilmente por los terrenos pantanosos.

nuó el baron, quiere decir antes *sandalias* que *botas* en la significacion primitiva: aunque convengo en que, segun las tradiciones de la familia, y en los antiguos títulos, la palabra *caligae* representa la palabra *botas*; y Cayo Cesar, sobrino y sucesor de Tiberio, recibió el sobrenombre de Calígula de *Caligulis, sive caligis levioribus, quibus adolescentior usos fuerat in exercitu Germanici, patris sui*: porque en su infancia, en el ejército de Germanicus, su padre llevaba sandalias mucho mas ligeras que las de los soldados. Aun hay mas: esta cláusula ha sido por mucho tiempo adoptada en los conventos; leemos en un antiguo glosario sobre la regla de san Benito que se ataban las *caligae* con correas.

— Son verdaderas *troques*, dijo Fergus.

— Creo que teneis razon, mi querido Glennaquoich; los términos están claros: *Caligae dictae sunt quia ligantur; nam socci non ligantur sed tantum intromittuntur;*

CAPITULO XLVIII.

39

es decir, dan el nombre de sandalias á esta cláusula porque se atan, mientras que las *socci*, que corresponden á nuestras chinelas no van atadas á los pies. El título ofrece también dos palabras alternativas, *oter et tirer, exuere sea detrahere*. La primera se aplica evidentemente á las sandalias ó *broques*, y la ultima á las botas; hallaria noticias mas estensas sobre esta materia si pudiera procurarme algun sabio tratado acerca de las usanzas y vestidos: *de re vestiaria*.

— Dudo que podais adquirir aquí el libro que deseais, dijo Fergus dirigiendo la vista á los montañeses que acababan de despojar á los muertos, aunque se trata aquí lo bastante *de re vestiaria*. »

Esta observacion, que se adoptaba perfectamente al buen humor del baron, le hizo sonreir, pero en seguida volvió á tomar el hilo de su discurso con el tono mas serio.

«Es verdad que el baile Macwheeble,

40

WAVERLEY ,

dijo, pretende que este homenaje honroso no es debido por su naturaleza misma sino pidiéndomelo, si *petatur tantum*: y que debo esperar que su Alteza , real exija que un gran enfiteuta de la corona venga á ofrecerle este servicio. El baile me ha citado sobre este asunto el caso de *Grippit versus. Spiur* en las *Dudas y cuestiones de Dirliton*, quien cita en efecto aquel ejemplo en que un propietario fué despojado jurídicamente de un dominio *ob non solutum canonem*, por la inobservancia de un canon, es decir: por no haber pagado un tributo feudal anual de tres alfileres, ó tres bagatelas estimadas en la séptima parte de un sueldo de Escocia: y el defensor fué *exonerado*; pero salvo vuestro parecer , creo preferible buscar la ocasion de rendir este servicio al príncipe, y hacerle el ofrecimiento espontáneamente. Haré que me acompañe el baile con una cédula de protesta que está ya estendida; vedla (y sacó un papel). En

CAPITULO XLVIII.

41

ella intimo á su Alteza real que si acepta los servicios de otro que el baron de Bradwardine, presente y dispuesto á quitarle sus *caligae* (bien signifique esta palabra botas ó bien broques) no pueda perjudicarle este acto á los privilegios del susodicho Cosme Comyne de Bradwardine, para llenar en lo futuro el dicho servicio, ni dar derecho á ningun escudero, ayuda de cámara, page ó caballero cuyo zelo plazca á su Alteza real emplear en esta ocasion, para despojar el dicho Cosme Comyne de Bradwardine del dominio y baronía de Bradwardine y otras que posee, como se espresa arriba, en virtud de la concesion feudal y fiel observancia de las cláusulas de esta.»

Fergus aplaudió las sabias precauciones que el baron habia meditado; y este se despidió de los dos amigos con la sonrisa de su importancia satisfecha.

«Que Dios dé larga vida á nuestro querido amigo , dijo Fergus á Waverley

cuando aquel no pudo oírle; de veras que es el mas absurdo original de esta parte del Tweed. Estuve por aconsejarle que viniese esta tarde al círculo del principe con un calzador de botas bajo el brazo... y á mi entender lograra hacerle adoptar esta sugestion si hubiese conservado mi seriedad.

—No sé como halláis placer en ridiculizar á un hombre tan respetable.

—Con vuestro permiso, mi querido Waverley, ¡vos sois tan ridículo como él! ¿No habeis echado de ver que ese pobre hombre no piensa mas que en sus ceremonias? Desde la infancia que sueña en ellas, como si fuera este el mas bello privilegio y la mas bella ceremonia del mundo ! No dudo que la esperanza de hallar la ocasion de hacer al príncipe el ofrecimiento de quitarle las botas habrá contribuido mucho á hacerle tomar las armas. Creedme, si hubiera querido contradecirle, no hubiera dejado de tratar-

CAPITULO XLVIII.

43

me de ignorante y de impertinente; aun quizá hubiera tenido el capricho de proponerme un reto. Una vez me hizo esta proposicion por una bagatela de etiqueta, mucho menos importante á sus ojos que esa cuestion de botas ó broques, cualquiera que sea la palabra que prefieran los sabios al traducir *caligae*..... Mas será preciso que vava al cuartel general para preparar al príncipe á esta escena verdaderamente extraordinaria : estoy seguro de que seré bien recibido ; porque mi parecer principiará por hacerle reir, y le dispondrá a conservar cierto aire de seriedad durante la ceremonia , en la que la risa estaria fuera de propósito. Con qué, á mas ver, mi querido Waverley.»



CAPITULO XLIX

EL PRISIONERO INGLÉS.

Así que partió el gefe, el primer pensamiento de Waverley fué ir á donde estaba el oficial inglés cuya vida habia salvado: hallábase detenido con sus compañeros de infortunio en la casa de un hidalgo, no lejos del campo de batalla.

Al entrar en la sala de los prisioneros, Waverley reconoció al punto al que buscaba, no solamente por su majestuosa estatura y aire de dignidad, sino tambien porque tenia al lado á Dugald Mahony, que con el hacha de armas al hombro no le habia dejado mas que á su sombra, tal vez por miedo de que le faltase la recompensa prometida. Por este

CAPITULO XLIX.

45

medio habia impedido así mismo Dugald que despojasen al prisionero en el tumulto general; porque calculaba juiciosamente que esta consideracion no podia menos de aumentar el precio de su servicio. Apresuróse á informar á Waverley de que habia guardado al soldado rojo todo entero, y que desde el momento en que su señoría habia detenido su hacha de Lochaber, no valia un *plack* menos.

Waverley le reiteró la promesa de recompensarle liberalmente; y se adelantó al inglés para manifestarle cuanto deseaba poder hacerle algun servicio que suavizase su mala suerte.

«No soy bastante novicio en la carrera de las armas, le dijo el oficial inglés, para lamentarme de los cambios de la guerra : mi único pesar es ver escenas semejantes en el seno de nuestra isla natal ; fuera de ella en ninguna parte me afectan sino de un modo muy débil.

—Otra jornada semejante á esta, le

dijo Eduardo, y os afirmo que no existirá ya la causa de vuestros pesares, y que principiará á reinar el órden y la tranquilidad.»

El prisionero se sonrió y sacudió la cabeza.

«En mi situacion actual, dijo, no me atrevo á combatir vuestra opinion; sin embargo, debo deciros que á pesar de la victoria que acabais de conseguir, y á pesar del valor que habeis manifestado, es imposible que lleveis á cabo vuestra empresa, que es superior á vuestras fuerzas.»

Fergus llegó en este momento, y no le costó poco abrirse paso entre la multitud. «Venid, Eduardo, dijo; el príncipe hace hoy noche en Pinkie House, y es forzoso que vayamos allá, si hemos de gozar el placer de asistir á la ceremonia de las *caligae*! Nuestro amigo el baron se ha mostrado muy cruel obligando al baile á venir al campo de batalla:

CAPITULO XLIX.

47

ya sabeis que el pobre Macwheeble se estremece al aspecto de un highlander armado ó de un fusil cargado. En este momento escucha las instrucciones del baron, concernientes al acto que debe declarar al principe: á cada tiro de fusil que oye baja la cabeza como un ánade que se agacha, y á cada síntoma de miedo sufre por via de penitencia una severa repulsa del baron, á cuyos ojos la descarga de toda una batería situada á cien pasos de distancia , no seria suficiente excusa para no escuchar un discurso en el que se trate del honor de su familia.

—Y por qué medios ha logrado el baron de Bradwardine alejarle tanto?

—Ah! de este modo: vino hasta Musselbourg con la esperanza de hacer alguna operacion de banco con nosotros ; y las órdenes perentorias de su dueño le han hecho avanzar hasta Preston, cuando ha sabido que la batalla estaba termina-

da. Laméntase amargamente de algunos de nuestros soldados que casi le han muerto de miedo presentándole el cañon de sus pistolas; pero se han contentado con exigirle tan solo por su rescate un sueldo inglés: me parece que no seria del caso incomodar al preboste mayor por este negocio. Vamos, partamos, mi querido Waverley.

— Waverley!.... exclamó el oficial inglés con el acento de la mas viva emocion: sois acaso el sobrino de sir Everard, del conde de... ?

—Sí señor, respondió nuestro héroe, algo sorprendido del tono de la pregunta que acababan de dirigirle.

—Vuestro encuentro me alegra y me entristece á un tiempo.

—No me es posible adivinar, señor mio, porque os merezco tanto interés.

—¿Vuestro tio no os habló nunca de un amigo llamado Talbot?

—Muy á menudo , señor mio , y siem-

CAPITULO XLIX

49

pre elogiando á ese hidalgo.... Creo que es coronel, y que ha casado con miss Emilia Blaudeville ; mas me figuraba que el coronel Talbot estaba en el continente. —He llegado hace poco, y hallándome en Escocia, he creído que estaba en mi puesto allá donde pudiera ser útil á mi pais. Sí, señor Waverley, yo soy ese coronel Talbot: me glorio de confesar que á la generosidad del respetable sir Everard, vuestro tio, debo un rango y mi felicidad doméstica. Oh ! gran Dios, quien me dijera que hallaria á su sobrino con semejantes vestidos, y batiéndose por una causa semejante !

—Señor mio, dijo altivamente Fergus, estos vestidos y esta causa son los vestidos y la causa de los hombres de honor.

—Si mi situacion no me impidiese contradeciros, fácil me seria demostraros que ni el valor ni el brillo de la cuna pueden embellecer una mala causa. Con el permiso del señor Waverley, y sobre

TOMO V.

4

todo con el vuestro, si es preciso que tambien lo pida, tengo cierta cosa que decirle concerniente á su familia.

—El señor Waverley, caballero, es dueño enteramente de sus acciones.... Eduardo, os digo , espero que cuando termineis vuestros negocios con el nuevo amigo me acompañaréis á Pinkie.»

Dichas estas palabras , el gefe de Glen-naquoich salió componiendo los pliegues de su *plaid* con aire altivo y cierta afectacion.

A peticion de Waverley, el coronel tuvo libertad para bajar á un vasto jardin contiguo á la casa. Paseáronse durante algun tiempo en el mas profundo silencio: sin duda el coronel buscaba modo de entrar en conversacion, y por fin se dirigió así á Eduardo.

« Señor Waverley, os soy deudor de la vida ; ¡pero osconfioso que mas quisiera haberla perdido que veros con el uniforme y la escarapela de esos hombres!

CAPITULO XLIX.

51

—Coronel Talbot, disculpo vuestras reconvenciones , pues ese modo de pensar es la consecuencia natural de la educacion que habeis recibido y de las preocupaciones con que habeis sido educado; me parece que no debeis mirar como extraordinario que un hombre cuyo honor ha sido injustamente atacado, se haya aprovechado de la primera ocasion que se le ha presentado para vengarse de sus pérfidos calumniadores.

—El partido que habeis tomado no hace mas que confirmar los rumores injuriosos que circulan ya respecto á vos, y habeis probado que vuestro plan de conducta estaba trazado de antemano. ¿Ignorais, señor Waverley, en qué embarazo, y hasta en qué peligros, ha puesto vuestra conducta á vuestros padres?

— Peligros decís?

—Sí señor: cuando dejé la Inglaterra vuestro padre y vuestro tio acusados de alta traicion se habian visto obligados á

dar fianza; y no sin pena habian logrado hacerla recibir algunos amigos celosos. Mi viaje á Escocia no tenia mas objeto que sacaros del abismo en que os habeis precipitado.... No puedo ocultaros lo fatal que vuestra pública adhesión á la rebellion será á los miembros de vuestra familia , puesto que la sola sospecha les ha causado ya tantos pesares. ¡Cuanto siento no haberos vislt antes de este fatal paso!

— No sé en verdad , respondió Eduardo , porque el coronel Talbot se ha tomado tanta pena por mí.

—Señor Waverley , tengo en muy poco las ironías, y os responderé dando a vuestras palabras el sentido mas sencillo. Los beneficios que debo á vuestro tio son mayores que los que pueda recibir un hijo del mas tierno padre; le miro como á tal, y como creo que de ningun modo podré probarle mejor mi justo reconocimiento que siéndoos útil, quiero hacer-

CAPITULO XLIX.

53

lo, querais ó no vos. No se me oculta cuan grande es la obligacion personal que me habeis impuesto hoy; pero no añadirá nada al ardiente deseo que tengo de salvaros, así como toda vuestra frialdad no podrá disminuirlo.

—Posible es, señor mio, que os guien sentimientos benévolos; mas permitidme que os diga que vuestro lenguaje es duro, al menos muy parcial.

—Al llegar á Inglaterra, añadió el coronel, hallé á vuestro tio puesto bajo la vigilancia de un mensajero del rey, en consecuencia de las sospechas que vuestra conducta hizo nacer contra él... Es mi mejor amigo , ya os lo he dicho; es mi bienhechor, me plazco en repetirlo... sacrificó su dicha á la mia... nunca dijo una palabra , ni tuvo un solo pensamiento que no fuese la espresion de la mas tierna benevolencia... Hallé á este amigo en su prision, irritado por la desgracia, permitidme que lo diga, por la causa

de las persecuciones que sufría. No os lo ocultaré, señor Waverley, vuestra conducta me ha parecido muy poco laudable: sabeis quizá que muchos de mis parientes gozan de algun crédito con el gobierno ; pues bien , no les dí un punto de reposo hasta que obtuve la libertad de sir Everard, y partí para Escocia. Vi al coronel G.*** cuya muerte desgraciada bastará para hacer execrar por siempre esta insurreccion! En una conversacion que tuve con él conocí que por alguna circunstancias posteriores y un nuevo examen de los fautores de vuestros soldados sublevados , y mas aun por la buena opinion que tenia de vuestro carácter, que no os miraba ya como culpable, y no dudé que si afortunadamente os descubria, lograria terminar este negocio; pero la fatal insurreccion ha destruido todas mis esperanzas. Desde que principié mi larga carrera militar, esta ha sido la primera vez que he visto á los ingleses poseidos

CAPITULO XLIX.

55

de pánico terror, huir vergonzosamente ante unas hordas sin disciplina y sin armas; y ahora encuentro al heredero, al hijo adoptivo de mi mejor amigo, tomando parte en un triunfo que debiera avergonzarle! ah! lejos de compadecer la suerte de G.***, ¡cuan feliz es su suerte comparada con la mia!

Poseían tanta dignidad el lenguaje y los modos algo altivos del coronel Talbot, y su acento al hablar de la prision de sir Evevard pintaba tan bien su verdadero dolor, que Eduardo se sintió mortificado y entristecido en presencia del prisionero á quien habia salvado la vida algunas horas antes. No sintió que Fergus viniese á interrumpir segunda vez su conversacion.

«Su Alteza real, dijo este último, manda al señor Waverley que venga al cuartel general. «El coronel Talbot echó á Eduardo una ojeada de reconvencion, que no escapó á la mirada de águila del gefe de la tribu.

«El señor Waverley debe venir al punto , añadió Fergus con un tono de voz enteramente enfático. Waverley se volvió de nuevo al coronel.

— Nos volveremos á ver, le dijo; entretanto voy á disponer que os subministren cuanto necesiteis.....

— No necesito nada , respondió el coronel; ¿porqué he de ser yo tratado mejor que tantos valientes que en este infuasto dia han preferido las heridas y la cautividad á la fuga?... ¡Que no sea yo del número de los que han quedado en el campo de batalla ! Me consideraria feliz si tuviera la certidumbre de que mi discurso hubiese hecho alguna impresion en vuestro espíritu y en vuestro corazon.

— Celad cuidadosamente al coronel Talbot, dijo Fergus al oficial de los montañeses; tal es la voluntad espresa del príncipe: ese prisionero es de la mas alta importancia.

— No permitáis que le falte cosa algu-

CAPITULO XLIX.

57

na, y guardadle todas las consideraciones debidas á su rango, dijo Waverley.

— Con tal que esas consideraciones puedan conciliarse con la mas estricta vigilancia, replicó Fergus.»

El oficial prometió conformarse con sus órdenes; Eduardo siguió á Fergus á la puerta del jardin, donde los esperaba Callum con tres caballos. Al volver la cabeza, percibió nuestro héroe al coronel Talbot, á quien un destacamento de highlanders volvía á su prisión; en el umbral de la puerta se detuvo para hacerle seña con la mano, como invitándole á reflexionar sobre lo que acababa de decirle. «Los caballos, dijo Fergus poniendo el pie en el estribo, se han familiarizado con los zarzales tanto como las moras. Veamos si nos llevarán á Pinkie-House tan rápidamente como llevaban á sus dragones por medio de la llanura.

CAPITULO L.

PORMENORES POCO IMPORTANTES.

EL príncipe es, dijo Fergus, quien me envia á buscaros; mas supongo que no ignorais de que importancia es ese nobilísimo coronel Talbot como prisionero. Cítanle como uno de los mejores oficiales de los soldados rojos , como un amigo particular y un favorito del mismo elector , y de ese terrible héroe, el duque de Cumberland, á quien hacen volver de sus *triunfos* de Fontenoi para venir á devorarnos vivos á nosotros pobres highlanders. ¿Os ha dicho que tocan las campanas de Saint-James? Me parece que no dicen como en otro tiempo los de Bow: *Vuelva Whittington?*

CAPITULO L.

59

—Fergus!

— En verdad no sé que se podrá hacer de vos... os volveis como veleta al impulso del viento de toda doctrina nueva. Acabamos de alcanzar un triunfo que no tiene igual en lo historia; todos suben vuestro valor hasta los cielos: el príncipe arde de impaciencia por daros personalmente las gracias... todas las bellas de *la rosa blanca* (1) os preparan coronas: ved pues al *esforzado caballero* del día, inclinado al cuello de su caballo como una vendedora de manteca que va al mercado : estais sombrío y triste como un entierro.

— Me ha afectado la muerte del pobre coronel G.***, quien habia usado de mucha benevolencia conmigo.

— Estad triste cinco ó seis minutos,

(1) Fergus alude aquí tal vez á la querella de las dos rosas: la rosa blanca llegó á ser el emblema del partido de los Estuardos.

60

WAVERLEY ,

y volved á ponerlos alegres: tal vez mañana nos caberá á nosotros la misma suerte; y qué importa? Despues de la victoria hay cosa mejor que una gloriosa muerte? Mas esto sobre todo es *una desgracia*; con que deseémosla á nuestros enemigos antes que á nosotros mismos.

— Pero el coronel Talbot me ha dado la triste nueva de que mi padre y mi tio están presos de órden del gobierno por causa mia.

— Nosotros saldremos fianza por él, amigo mio: vuestro *Andrés Ferrera* será su fiador, así que le vea yo en Westminster-Hall!

— Ya han obtenido su libertad por una caucion mas igual.

— ¿Entonces porqué se deja abatir co-razon tan noble, Eduardo? Pensais que los ministros del elector hayan perdido de tal modo el discurso, que en un momento de crisis pongan á sus enemigos en libertad, si pudieran tenerlos encer-

CAPITULO L.

61

rados ó castigarlos!... Estad bien persuadido de que el gobierno no tiene medio alguno para detener legalmente en la prision á vuestros padres, ó es que teme á nuestros amigos, los bravos *caballeros* de la antigua Inglaterra. En fin, Waverley, nada debeis temer por vuestros padres , y á mas nos será fácil enviarles noticias de vos.»

Eduardo, aunque poco satisfecho de las reflexiones de su amigo, se redujo á callar: habia notado á menudo que Fergus no tomaba sino muy débil parte en los sentimientos de las personas á quienes amaba, menos que no conviniese á sus proyectos actuales. Fergus no dejaba de conocer algunas veces que habia ofendido á Waverley; mas ocupado enteramente en el único objeto de sus esperanzas , era incapaz de reflexionar seriamente los pesares que causaba á su amigo; y esta indiferencia , muchas veces manifiesta , habia disminuido algun tanto el afecto

del jóven voluntario á su comandante.

El caballero recibió á Waverley del modo mas afectuoso, y le dio el parabien por el valor que habia manifestado : llamóle en seguida aparte, y le hizo muchas preguntas relativas al coronel Talbol, y acerca de sus relaciones con la familia Waverley. «No puedo persuadirme, añadió, que ese hidalgo , ligado tan particularmente con nuestro escelente amigo sir Everard, y esposo de una dama de la familia Blaudeville, cuyo leal sacrificio á los verdaderos principios de la verdadera iglesia de Inglaterra es bien público; no puedo persuadirme, digo, que no sea de nuestros amigos el coronel, aunque las circunstancias le hayan obligado á acomodarse á los tiempos.

— En atencion al modo con que me ha hablado hoy, dijo Eduardo, no puedo menos de ser de un parecer muy opuesto al de vuestra Alteza real.

— Puede ser, pero al menos lo pro-

CAPITULO L.

63

barémos: le pongo bajo vuestra vigilancia, dejándoos la facultad de conducirlos respecto á él de la manera que juzgueis oportuna; me persuado de que le haréis conocer sus verdaderos sentimientos acerca de la restauración del rey nuestro padre.

— Estoy convencido, respondió Waverley inclinándose con respeto , de que si el coronel Talbot da su palabra de honor, no debemos temer que falte á ella; pero si rehusa darla , espero que vuestra Alteza real dará el cuidado de vigilarle á cualquier otro que no sea el sobrino de su amigo.

—No puedo confiarle á otro mas que á vos, respondió el príncipe sonriéndose; y luego, tomando un aire mas serio, añadió: importa muchísimo al bien de mi servicio, que suponiendo que no podais grangearos la confianza del coronel Talbol, se crea al menos públicamente que reina entre él y vos la mayor inti-

midad. Tendréis pues la bondad de recibirle en vuestro cuartel; y si rehúsa dar su palabra de honor, reclamaréis una guardia competente: os ruego que desempeñéis sin demora esta comision, y mañana por la mañana volveremos á Edimburgo.

De este modo otra vez, á las cercanías de Preston , Waverley perdió el solemne espectáculo del homenaje del baron de Bradwardine; mas en este momento pensaba tan poco en todo lo que no era mas que vanidad, que habia olvidado la ceremonia con que Fergus quiso escitar su curiosidad. Al dia siguiente apareció una Gaceta oficial que referia la batalla ya referida, como designaron su victoria los highlanders: anunciaba que el caballero habia tenido su corte en Pinkie, y terminaba con el párrafo siguiente, entre otras descripciones de lo acontecido en aquel dia.

«Desde el fatal tratado que aniquiló

CAPITULO L.

65

la independencia de la nacion escocesa, no habiamos tenido la dicha de ver á ninguno de nuestros príncipes recibiendo el homenaje de uno de los grandes vasallos del reino, recordándonos con estos actos feudales las memorias de nuestra antigua historia, así como tambien la noble y caballeresca sencillez de aquellos lazos que unian á la corona los guerreros que la habian siempre sostenido y defendido. Esta tarde, 20 de setiembre , hemos asistido a la mas patética de las ceremonias que pertenecen á los dias gloriosos de la Escocia. Acababa de formarse el círculo, cuando Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine, coronel, etc. , etc. , acompañado de Macwheeble, baile de la antigua baronía de Bradwardine (quien dicen que acaba de ser nombrado comisario de guerra), se adelantó gravemente hacia su Alteza real, y le suplicó le permitiera llenar cerca de su persona las obligacio-

TOMOV.

5

nes impuestas en el privilegio que concedió Roberto Brucio á uno de sus antepasados. El baron presentó el privilegio en su original al gran canciller de su Alteza real, quien recibió su demanda, ó hizo que la empadronasen. Al punto su Alteza real puso su pierna sobre una almohada, y el baron de Bradwardine, hincando una rodilla desató las ataduras de las *broques* ó sandalias de los highlanders, que calza nuestro jóven héroe, en testimonio del afecto que le merecen sus bravos compañeros de armas. Esto hecho, y habiendo anunciado que estaba acabada la ceremonia, su Alteza real abrazó al valiente oficial, y le dijo con emocion: Señor baron, podeis estar persuadido que sin el deseo de conformarme puntualmente con la órden de Roberto Brucio, nada del mundo hubiera podido determinarme á recibir semejante servicio de aquellas manos que manejaron la espada con tanta gloria para volver á ce-

CAPITULO L.

67

ñir la corona en las sienes de mi padre.

El baron de Bradwardine tomó entonces de manos del señor comisario Macwheeble un testimonio de como se habian cumplido todos los puntos y circunstancias del homenaje, *rite et solemniter, acta et perada*, cuyo testimonio ha sido exactamente trasladado al protocolo del lord gran canciller, en los registros de la cancillería. Sabemos que su Alteza real lleva intencion de elevar al coronel Bradwardine á la dignidad de par, con el título de vizconde de Bradwardine y Tully-Veolan; y que entre tanlo su Alteza real, en nombre de su padre, ha querido concederle una honrosa adicion á sus armas, á saber: un saca botas en sotuer con una espada desnuda, que deberán estar cantonados á la derecha de su escudo, con esta nueva divisa encima:

Saca y saca.

Si no fuese por las chanzas de Fer-

gus, pensó Waverley despues de leer este largo y grave documento , me pareceria todo esto muy regular, y distaria mucho de mirarlo en manera alguna como ridículo. Efectivamente, todas las cosas tienen su buen y mal costado: en sustancia , no sé porque el saca-botas del baron de Bradwardine no ha de ser tan perfecto en el blason como los cántaros, los carros, las lanzaderas , las rejas de arado, los candelcros , y otros muchos utensilios que vemos en los escudos de armas de nuestras mas antiguas familias.

Mas este episodio es solamente una digresion que termino para volver á nuestra historia.

Cuando Waverley estuvo de vuelta en Preston halló al coronel Talbot enteramente sosegado de las profundas emociones que habia experimentado en el discurso de aquella fatal jornada. Habia tomado otra vez su carácter natural, que era el de un hidalgo y de un oficial in-

CAPITULO L.

69

glés: noble, franco, generoso, pero no escento de preocupaciones contra los que no eran compatriotas suyos ó de sus mismas opiniones políticas. Cuando supo que estaba bajo la vigilancia de Eduardo por órden del caballero , contentóse con decir friamente : «Estaba lejos de prever que fuera deudor de una obligación tan grande á ese jóven, y le doy muy sinceramente las gracias : al menos puedo orar como aquel honrado ministro presbiteriano que decia no ha mucho tiempo que ya que habia venido á buscar entre nosotros una corona terrestre, deseaba que sus trabajos fuesen pronto recompensados con una corona celeste. Os doy de grado mi palabra de honor de que no haré la menor tentativa para evadirme sin noticia vuestra: ¿como pudiera hacerlo cuando mi viaje á Escocia no tenia otro objeto que el de encontraros? Felicitóme de ver satisfechos mis deseos, aunque no del todo como yo quisiera;

mas presumo que no permaneceremos mucho tiempo juntos. Nuestro *caballero* (este es un nombre que podemos darle así vos como yo), con sus *plaids* y sus gorros azules (1), no tardará sin duda en continuar su cruzada hacia el sud.

— Al contrario , me parece que el ejército se detendrá algun tiempo en Edimburgo á esperar refuerzos.

— Y á sitiar el castillo, respondió el coronel con sardónica sonrisa.... Bien; en tal caso, á menos que el general Guest, mi antiguo comandante, no haga traicion , ó que la fortaleza caiga en el Loch del norte, me parece que tendremos tiempo para entablar amistad. Apostaria á que vuestro bravo caballero se ha puesto en la cabeza que sea yo su prosélito; esto es maravilloso, pues yo trataré de haceros mio..... Mas como os he habla-

(1) *Blisch-dounet*: designaban tambien así á los highlanders por causa de su gorro nacional.

CAPITULO L.

71

do hoy bajo la influencia de una emocion á la que raras veces me abandono, espero que me permitiréis diferir la continuacion de nuestra controversia hasta que nos conozcamos mejor.



CAPITULO LI.

INTRIGAS POLITICAS Y AMOROSAS.

No es necesario que refiramos en esta historia la entrada triunfante del príncipe en Edimburgo despues de la jornada decisiva de Preston; no haremos mencion mas que de una sola circunstancia, porque manifiesta toda la grandeza de alma de Flora Mac-Ivor.

En el éxtasis y desórden de la alegría, los highlanders que formaban la escolta del príncipe descargaron muchas veces sus fusiles ; y desgraciadamente algunos los habian cargado con bala. Flora estaba en un balcon agitando su pañuelo, y le rozaron ligeramente la sien; Fergus, testigo de este accidente, voló á donde se

CAPITULO LI.

73

hallaba su hermana. Cuando vió que la herida era de poca consideracion, sacó su espada para ir á atravesar á aquel cuya imprudencia le habia hecho correr tan gran riesgo. «Por amor del cielo ! esclamó Flora deteniéndole de su *plaid*, no hagas ningun daño á ese pobre diablo! Antes da gracias al cielo conmigo de que este accidente haya acontecido á Flora Mac-Ivor; porque si un whig hubiera sido la víctima, no dejaran de decir que le habia hecho fuego de intento. »

Waverley escapó de la alarma que le hiciera probar tal accidente, pues se habia detenido detrás por acompañar al coronel Talbot.

Caminaron á caballo, y como para sondear mutuamente sus sentimientos, hicieron rodar la conversacion sobre materias enteramente indiferentes.

Cuando Waverley la hizo recaer por fin sobre lo que mas le interesaba, sobre la situacion de su padre y de su tio, el

coronel Talbot trató mas de reanimar su valor que de aumentar su ansiedad; aun se halló menos dispuesto á continuar sus reconvenções cuando oyó la historia de su jóven amigo, que este le refirió por entero.

« De ese modo, dijo el coronel, no habeis obrado por premeditacion, sirviéndome de las espresiones de los jurisconsultos; habeis sido juguete de algunas caricias de ese caballero andante italiano, y de las operaciones de dos ó tres de sus reclutadores de los highlanders. Ciertamente que habeis cometido una grande ligereza; pero gracias al cielo¹ no sois tan culpable como me temia; con todo no debeis pensar actualmente en abandonar el partido que habeis abrazado. Todo me induce á creer que en las disensiones que no pueden menos de suscitarse en esa reunion compuesta de tantos elementos heterogéneos , os librareis á tiempo de vuestro imprudente empeño. Si el asunto

¹ OLI, por mediación de la traducción francesa que le sirve de fuente, incluye una expresión con connotaciones religiosas que no aparece en el texto original inglés. Este añadido textual contribuye a caracterizar al coronel Talbot como una persona creyente, actitud de la que da muestras en otros momentos de la novela.

CAPITULO LI.

75

puede arreglarse así, os aconsejo que paseis á Flándes, y me lisonjeo de obtener vuestro perdon cuando hayais vivido algunos meses en el continente.

— No me es posible permitiros, coronel Talbot, dijo vivamente Waverley, que fundeis ningun plan acerca de mi intencion de desertar de un partido que tal vez he adoptado con alguna ligereza, pero con voluntad propia, y cuando estoy muy resuelto á esperar el resultado de esta lucha.

— Espero, respondió riendo el coronel Talbot, que si me prohibís el hablar, al menos me dejaréis dueño de mis pensamientos y de mis esperanzas. Decidme, os ruego: ¿ nunca habeis examinado vuestro misterioso paquete ?

— Lo tengo en mi equipaje ; en Edimburgo le hallarémos. »

En breve llegaron á Edimburgo: Eduardo tenia asignado su alojamiento, por orden del mismopríncipe, en una casa

agradable, donde habia una pieza para el Coronel Talbot. Waverley se apresuró á examinar su maleta : despues de un rato de estarla registrando halló el paquete, y le abrió apresuradamente.

En la primera cubierta decía: *Edward Waverley, Esg.* Encerraba muchas cartas abiertas: las dos primeras que abrió eran de su coronel. En la mas atrasada hacía benévolas reconvenciones por no hacer ningun caso de los consejos que habia creido deber darle, concernientes al modo con que empleaba el tiempo de su licencia. Recordábale que se acercaba el término fijado para su vuelta. Sin esta circunstancia, añadió, en vista de las noticias que corrian por aquí, y de las órdenes que he recibido , me hubiese visto obligado á llamaros: los descalabros que hemos sufrido en Flándes nos hacen temer por fuera una invasion de parte del enemigo, y por dentro la insurreccion de los enemigos de la casa reinante.

CAPITULO LI.

77

Os invito pues á volver lo mas pronto posible; vuestra presencia es tanto mas necesaria, cuanto que la insubordinacion principia á manifestarse en vuestra compañía: esperaré vuestra llegada para tratar de descubrir los culpables.”

La segunda, de fecha ocho dias mas atrasada , y su estilo el que necesariamente debia emplear el coronel no recibiendo respuesta á su primera, recordaba á Waverley sus deberes en calidad de hidalgo, de oficial y de inglés ; informábale de que el espíritu de sublevacion y de revuelta se aumentaba en su compañía, y sobre todo entre los hombres que habia conducido él mismo, quienes no temian decir que obraban segun las intenciones y órdenes de su capitan. El coronel manifestaba la mayor sorpresa de que no estuviese aun en el regimiento, á pesar de las órdenes que habia recibido; y le conjuraba, con la amistad de un padre y la autoridad de un gefe, volviese sin

demora para mayor seguridad. Decia en la *posdata*: Encargo al cabo Timms que os lleve esta car'a y os la entregue en propias manos.

La lectura de estas cartas llenó de amargura el corazon de Eduardo, y se apresuró á hacer una pública retractacion, en memoria de su bravo y respetable coronel. No podia dudar, se decia, que sus cartas hubiesen llegado á mis manos; y viéndolas desatendidas, ¿qué cosa mas sencilla que el tercer requirimiento que habia recibido en Glennaquoich, cuando ya era tarde para conformarse á él? Habiendo desatendido aquella última órden, su deposicion, lejos de ser un acto de dura severidad, era una consecuencia inevitable de sus aparentes faltas.

Eduardo abrió todavía otra carta, que era del mayor de su regimiento: participábale que circulaban públicamente rumores que comprometian su honor.

CAPITULO LI.

79

«Pretenden, decia el mayor, que un tal *falconer de Ballihople*, ó un nombre semejante á este, propusa delante de vos brándis de rebelion, y que vos lo sufristeis en silencio, aunque el ultraje que hacia á la familia real era tan grosero, que un hidalgo que se hallaba presente , y que es afectísimo á la casa de Hanover, se creyó obligado á sacar la cara por el gobierno. El capitan Waverley sufrió de este modo que un extranjero pidiese razon de una injuria que debia mirar como personal. Ninguno de vuestros hermanos de armas, añadia el mayor, ha querido creer este cuento, no menos injurioso para vos que para el regimiento ; y esperan con impaciencia que les proveais de medios para desmentir semejante calumnia.»

¿Cual es vuestro parecer sobre lo que acabáis de ver ? le dijo el coronel Talbot, á quien Waverley entregó las cartas despues de haberlas leído.

— ¿Qué quereis que me parezca? que me hará perder la cabeza.

— Calmaos, mi jóven amigo, abrid esos otros papeles sucios que teneis ahí.»

El primero era una carta dirigida al señor W. Ruffen, y decia así:

«Querio señó mio.

«Algunos de nuestros jóvenes, no quieren pica el anzuelo , aunque les dije que me habeis enseño el sello del jóven squire, Mas Timms os entregará la carta segun deseais, y dirá al viejo Adan que la ha entregao en propias manos del squire, pues lo mismo es entregárosla á vos; y estará dispuesto al señal en favo de la buena iglesia y de la buena causa.

«Vuestro , querio señó mio

H. H. »

«*Podata.* Decid al squire que desea-
mo recibir noticias suya, y que algunos
conciban dudas poque no escribe él mi-

CAPITULO LI.

81

mo; el teniente Bottler es envidioso y está en asecho (1)².»

«Supongo, dijo el coronel Talbot, que ese Ruffen es el mismo Donald de la caverna, que ha interceptado vuestras cartas y mantenido bajo vuestro nombre una correspondencia con el pobre diablo Honghton.

—Me parece esto muy verosímil; pero ¿quién puede ser ese Adan?

— Probablemente Adan es un nombre para designar al pobre G***.»

Las otras cartas que leyó Talbot probaron hasta la evidencia las maquinaciones de Donald Bean.

John Hodges, uno de los criados de Waverley que no habia dejado el regi-

(1) No hemos reproducido mas que una parte de las faltas de ortografía de esta carta, temiendo hacerla casi ininteligible: bastará que el lector la suponga malísimamente escrita, como carta de soldado.

TOMO V.

6

² Cfr. WAV (361): ““Dear sur, sum of our yong gulpins will not bite, thof I tuold them you shoed me the squoire’s own seel. But Timms will deliver you the lettrs as desired, and tell ould Addem he gave them to squoir’s hond (...)””. En el texto inglés Houghton, hijo de un rentero del tío de Waverley, se expresa en el dialecto de la zona de Waverley-Honour. Además de caracterizar su habla como no estándar, da la impresión de que Walter Scott quiere mostrar que el personaje comete faltas cuando se expresa por escrito, lo que hace que su discurso se aleje bastante del inglés normativo en comparación con otras intervenciones suyas. OLI —a partir de DEF— presenta la ortografía de Houghton como marcada (eliminación de ciertas letras y sustitución de unas por otras), mientras que XER y GUT-LOP se decantan por un español estándar. Nótese también la “repetición fallida” de OLI en todas las apariciones del apellido del personaje: “Honghton” o “Hongton”.

miento, y que cayó prisionero en Preston, vino á buscar á su antiguo dueño para entrar á su servicio. Refirió que poco tiempo despues que Waverley obtuvo licencia para ausentarse , un buhonero llamado Ruffen ó Ruthwen, conocido de los soldados bajo el nombre de Willy Will (1), habia hecho frecuentes viajes á la ciudad donde estaba de guarnicion el regimiento: llevaba una bolsa llena de oro y plata , vendía su mercancía á muy buen precio, regalaba bien á menudo á los dragones de su compañía, y en breve hizo amistad con muchos de ellos, particularmente con el sargento Honghton, y otro sargento llamado Timms. Habíales comunicado en nombre de su capitan cierto plan para dejar el regimiento, é ir á juntarse con él á los Highlanders, donde se decía que habian ya tomado las armas las numerosas tribus. Estos jóvenes, que

(1) Will, el astuto.

CAPITULO LI.

83

aunque incapaces en parte de tener opinion propia, habian sido educados con principios jacobitas, y que sabian que sir Everard, su señor, fuera siempre de las mismas opiniones, cayeron fácilmente en el lazo.

Como no ignoraban que Waverley se hallaba bastante lejos en los Highlanders³, creyeron que no era extraño trasmitiese sus cartas por medio de un buhonero , y la vista de su sello, bien conocido, parecia dar autenticidad á unas negociaciones, que no hubiera podido sin peligro escribir de su propio puño. Principiaron á trasmitir la trama por las conversaciones imprudentes de los que tenian parte en ella. Willy Will probó que le correspondí tal nombre, pues desde el instante en que percibió que habian concebido sospechas, no volvió á aparecer. Cuando anunciaron la deposicion de Eduardo Waverley en la Gaceta, una gran parte de su compañía se amotinó: mas fué cer-

³ Nótese que al cambiar el nombre de la región (DEF: "Highlands") por el gentilicio OLI incurre en una falta de sentido.

cada y desarmada por el resto del miento. Honghton y Timms fueron condenados por el consejo de guerra á perder la vida; pero les permitieron echar suertes, y Timms fué la víctima. Honghton manifestó el mas sincero arrepentimiento; y las esplicaciones y reconvenciones del coronel le demostraron que habia cometido una accion muy criminal. Es de notar que así que el infeliz se vio convencido , conoció al mismo tiempo que el incitador de la trama habia obrado sin mision. Porque si era una cosa deshonrosa contra la Inglaterra, decia, el squire sin duda la ignoraba : nunca hizo accion alguna contra el honor, nunca tuvo semejante pensar: así era sir Everard, así fueron todos los Waverleys; de modo que vivia y moria en la persuasion de que Ruffen habia procedido sin estar autorizado.

Por este profundo convencimiento, por este lenguaje espresivo y la positiva

CAPITULO LI.

85

seguridad de que todas las cartas dirigidas á Waverley habian sido entregadas á Ruthwen, el coronel G***. habia cambiado de opinion acerca de Eduardo ,-como dijo á Talbot.

El lector debe haber comprendido ya mucho tiempo que Donald Bean Lean habia hecho el papel de enganchador. ¿Por qué motivos? Vedlos aquí : naturalmente audaz, intrigante y activo, mucho mas de lo que creia Fergus Mac-Ivor, bajo cuya proteccion estaba obligado á vivir, y á quien temia y no amaba, Donald ya mucho tiempo que era el encargado de varias comisiones secretas por parte de ciertos partidarios del caballero. En esta parte política de su oficio de mero-deador llevaba por blanco elevarse mas allá de su precaria y peligrosa situacion con algun golpe atrevido. Estaba en particular encargado de saber la fuerza de los regimientos que guarnecian la Escocia, el carácter de los oficiales, etc. Ya

mucho tiempo que habia echado los ojos á la compañía de Waverley, como fácil de seducción; Donald creia así mismo que Waverley era celoso partidario de los Estuardos, lo que confirmaba su larga residencia en casa del jacobita baron de Bradwardine. Cuando vio pues llegar á nuestro héroe á la caverna real, Donald no pudo persuadirse que aquel viaje tuviese por único objeto la curiosidad; concibió al punto la esperanza de emplearse en algun negocio importante bajo los auspicios de este rico hidalgo inglés. No mudó de parecer porque Waverley no quisiese entrar en esplicaciones con él: su conducta respecto á esto le pareció una prudente reserva; pero ofendido de que no le confiasen un secreto que le prometía cambios de fortuna, resolvió hacer papel en el drama, quisieran ó no: con este deseo, durante el sueño de Waverley , Donald le quitó su sello para servirse á su tiempo de él cerca de aquel de

CAPITULO LI.

87

los dragones que descubriera se hallaba en los secretos de su capitan. Su primer viaje á ***, ciudad donde estaba de guarnicion el regimiento , le desengañó de su primera suposicion, pero le abrió una nueva carrera de intrigas. Sabia que el servicio que mejor recompensaban los amigos del caballero era el de adherir al partido jacobita una parte del ejército: para lograrlo recurrió á las maquinaciones que sabe ya el lector, y que aclaran cuanto hay de obscuro en los acontecimientos que precedieron á la partida de Eduardo de Glennaquoich.

Siguiendo los consejos del coronel Talbol, Waverley rehusó conservar en su servicio al jóven dragón cuya relacion acababa de poner mas en claro aquellas intrigas.

Hízole presente Talbot que seria hacer un gran perjuicio á aquel pobre mozo el empeñarle en una empresa desesperada: de cualquier modo que se terminase, el

testimonio de aquel jóven podría servir al menos para explicar las circunstancias que habian comprometido al mismo Waverley.

Escribió pues este á su padre y á su tio una relacion abreviada de cuanto le habia acontecido, advirtiéndoles que no le contestasen cosa alguna. El coronel Talbot entregó al jóven dragón una carta para el capitan de uno de los vajeles de guerra ingleses que cruzaban el Frith⁴: rogábale en ella que hiciese transportar aquel jóven á Berwich con pasaporte para el condado de ***. Dióle todo el dinero que necesitaba para hacer prontamente su viaje ; y aprovechándose de su indicacion, alquiló un pescador que le condujo á bordo del vajel.

Cansado de la presencia de Callum Beg , á quien miraba en algun modo como el espía de todas sus acciones, Eduardo tomó á su servicio un simple aldeano que acababa de ponerse la cucarda blan-

⁴ Nótese el error ortográfico procedente de DEF; cfr. WAV: "firth".

CAPITULO LI. 89

ca en un acceso de celos, porque Jenny Job, á quien amaba ya mucho tiempo, habia danzado durante toda una noche con Bullock , cabo de fusileros ingleses.



CAPITULO LII.

INTRIGAS DE SOCIEDAD Y DE AMOR.

EL coronel Talbotmanifeslabá á Waverley mayor afecto desde que el último le había comunicado sus cosas; Eduardo por su parte apreciaba cada momento mas á aquel bravo militar. Las espresiones de su antipatía ó de sus censuras eran en cierto modo agrias, aunque por lo regular no había persona alguna mas fácil de convencer; el hábito de mandar había también dado á sus modales un aire de arbitraria intolerancia, á pesar del barniz de política que contrajera en el trato del mundo. Como militar, difería de todos los que había visto Waverley: el

CAPITULO LII.

91

baron de Bradwardine era un militar pedante ; el mayor Melville, aplicado minuciosamente á los tégnicos pormenores de la disciplina , parecia mas bien un hombre hábil en hacer maniobrar un batallon, que un general propio para mandar un ejército ; en cuanto á Fergus , su espíritu militar estaba de tal modo amalgamado con sus planes y miras ambiciosas, que podia tomársele por un soberanillo antes que por un soldado. El coronel Talbot era en un todo un modelo de los oficiales ingleses: su corazon se habia consagrado enteramente al servicio de su rey y de su patria, sin jactarse, como el baron, de conocer con perfeccion la teoría de su arte , ni como el mayor, de saber sus menudencias, ni como el gefe de Glennaquoich, de hacer servir sus conocimientos para sus proyectos de fortuna. Añadamos á esto que Talbot era un hombre instruídísimo y de gusto cultivado, aunque imbuido, como dijimos ya, en to-

das aquellas preocupaciones que son especialmente inglesas.

Eduardo tuvo tiempo para estudiar á fondo el carácter del coronel, pues el ejército de los montañeses perdió muchas semanas en el sitio de la ciudadela; y durante todo este tiempo Waverley no tuvo otra cosa que hacer que disfrutar los placeres que ofrece la sociedad. Deseaba vivamente que su nuevo amigo consintiese en trabar amistad con sus antiguos conocidos; mas despues de una visita ó dos, le dijo el coronel sacudiendo la cabeza que no se sentia con ánimo de continuarlas. A mas de esto, caracterizó al baron como el pedante mas ceremonioso y mas insoportable que habia encontrado en su vida , y al gefe de Glenaquoich como á un escocés afrancesado, que poseia toda la finura y cualidades especiosas de la nacion donde habia sido educado, con el orgullo, seriedad y carácter falso y vengativo de su Escocia.

CAPITULO LII.

93

Si el diablo, dijo el coronel, hubiera buscado un agente para trastornarlo todo en este desgraciado país, no hallará ninguno mas digno de su confianza que ese jóven ambicioso, activo, flexible, perverso, y mandando como señor absoluto una banda de esos valentones á quienes admirais.

Las damas no se libraron de su censura: convenia en que Flora Mac-Ivor era de bello personal, tenia por muy hermosa á miss Bradwardine ; pero pretendíi que la primera destruia todo el efecto de sus atractivos con la afectacion de sus ademanes, que sin duda habia tomado, decia, en la pretendida corte de San-German (1); y en cuanto á rosa Bradwardine,

(1) Sabido es que Jacobo II habitó el alcázar de San-German. El coronel llama así á su corte á *mok-ceant*, una corte de teatro, pues su animosidad política no escusa las alusiones crónicas contra los Estuardos.

creia imposible hallar una muger mas monótona.

«La poca educacion que ha recibido, decía , no sient a mejor á su sexo y juventud, que le sentaria en una velada uno de los antiguos vestidos de gala de su padre.» A mayor abundamiento, habian cegado á este escelente coronel el mal humor y las preocupaciones nacionales. La vista de una cucarda blanca en el seno, ó de una rosa blanca en los cabellos, y el *Mac* delante de un nombre, hubieran bastado para transformar á sus ojos un ángel en diablo; y en efecto, él mismo decia riendo que no toleraria á la propia Venus si la anunciaran en un salón bajo el nombre de miss *Mac Júpiter*.

Ya presumirá el lector que Waverley miraba con otros ojos á dichas jóvenes : mientras todo el sitio , hízoles diarias visitas, aunque conoció con dolor que hacia tan pocos progresos en el corazon de Flora como el ejército del ca-

CAPITULO LII.

95

ballero en la rendicion de la ciudadela. Flora siguió exatamente el plan que se habia trazado de tratarle con indiferencia , sin afectar evitar ó huir las ocasiones de hallarse a solas con él. Adaptaba á su sistema palabras, miradas y gestos; y ni el abatimiento de Waverley, ni el enfado que Fergus dejaba traslucir algunas veces , pudieron obtener de ella la menor atencion que pasase los límites de la política usual.

Mas Rosa por su parte ganó terreno poco á poco en el espíritu de nuestro héroe, quien echó de ver que cuando ella lograba vencer su natural timidez manifestaba un carácter mas elevado; que las circunstancias críticas del tiempo parecian despertar en ella cierta dignidad de sentimientos y de lenguaje que no habia observado, y que no dejaba escapar ninguna ocasion de estender sus conocimientos, y de perfeccionar su gusto.

Flora Mac-Ivor llamaba á Rosa su

discípula , y se dedicaba á dirigir sus estudios ; pudiera notarse que cuando se hallaba en presencia de Eduardo trataba mas de hacer brillar los talentos de su amiga que los suyos propios. El lector me permitirá suponer que ocultaba esta generosidad y este desinterés con la mas fina delicadeza, evitando toda idea de afectacion ; de suerte, que su modo de obrar en esta parte no se parecia en nada al que suelen afectar las hermosas cuando elogian á otra: ni mas ni menos que la amistad de David y de Jonathan comparada con la intimidad de dos presumidos de Bond Street. El hecho es que aunque sintiesen el efecto, con dificultad podian adivinar la causa: cada una de por sí, como dos excelentes actrices perfectas en su género, encantaban á todos los espectadores, sin que pudiera dudarse que Flora cedia á su amiga el papel que debia presentar sus talentos con mas ventaja.

Mas para Waverley, Rosa Bradwardine

CAPITULO LII.

97

poseía una atracción á la que pocos hombres les es posible resistir: tal era el manifiesto interés que tomaba en todo lo que le interesaba á él.

Rosa era sobrado novicia para prever todas las consecuencias de su constante solicitud por Eduardo; su padre estaba sobrado absorto en sus sabias y militares discusiones para notar la tierna preferencia de su hija; y Flora Mac-Ivor no quería alarmarla con advertencia alguna, porque creía que las atenciones de Rosa acabarían probablemente por conquistar sus afectos. Desde la primera conferencia de las dos amigas después de los nuevos acontecimientos, Rosa había revelado el estado de su corazón á su compañera más penetrante que ella, y sin saberlo la propia llosa. Desde entonces, no solamente determinó Flora no corresponder de modo alguno al amor de Waverley, sino que consagró también todos sus cuidados á que Rosa poseyese enteramente sus afectos.

TOMO V. 7

tos. No dejó de seguir con menos zelo este proyecto, aunque su hermano, medio chanceánadose y medio serio, dijo algunas veces que estaba enamorado de miss Bradwardine: sabia que Fergus miraba el matrimonio con toda la licencia acostumbrada en el continente , y que no daría su mano, ni aun á un ángel, mas que con el objeto de afirmar su alianza, y de aumentar su crédito y fortuna. El extraño proyecto del baron de querer despojar á su hija de la herencia de Tully-Vedan, por entregarla á un heredero lejano pero masculino, parecia pues un obstáculo insuperable que impediría á Fergus pensar seriamente en Rosa Bradwardine. En efecto, la cabeza de Fergus era un foco perpetuo de intrigas y de proyectos: semejante á un mecánico mas ingenioso que perseverante, abandonaba algunas veces un plan de repente y un motivo, para ocuparse en otro que acababa de crear su imaginacion, ó que ha-

CAPITULO LII.

99

bia abandonado en otro tiempo. Era pues difícilísimo prever que línea de conducta seguiría definitivamente en sus proyectos.

Aunque Flora apreciase sinceramente á su hermano, cuya actividad y energía de carácter admirara, independientemente de los lazos de la sangre, no desconocía sus defectos, los cuales miraba como en un todo incompatibles con la felicidad conyugal. Conocía que una muger dulce, modesta, sensible , no hallaría en su compañía aquella dicha que no puede nacer mas que de los mutuos sentimientos de un afecto siempre creciente. Eduardo, á pesar de su espíritu novelesco y de sus primeros sueños de gloria de y combates, parecía nacido para apreciar y para disfrutar la felicidad de la vida doméstica. No trataba de tomar activísima parte en las grandes escenas que pasaban á su rededor; y las discusiones de los gefes rivales le enojaban mas

bien que le interesaban. A los ojos de Flora, Eduardo era el hombre que podía hacer feliz á su amiga , por la entera conformidad de sentimientos que habia entre los dos.

Notaba este rasgo del carácter de Eduardo, un día que estaba sola con miss Bradwardine.

«Tiene demasiado entendimiento y demasiado gusto , respondió Rosa, para tomar interés en querellas pueriles. ¿Qué le importa saber, por ejemplo, si el gefe de la tribu de los Mac Indallaers, que no ha traído mas que cincuenta hombres, debe tomar el título de coronel ó el de capitán? ¿Como queréis que el señor Waverley tome seriamente parte en aquella violenta altercacion que se suscitó entre vuestro hermano y el jóven Corrinaschian respecto al destino que el uno reclama para el gefe de la rama primogénita de la tribu, y el otro para el de la rama segunda ?

CAPITULO LII.

101

— Mi querida Rosa, si el señor Waverley poseyese las cualidades heróicas que le suponeis, miraria como un honor y como un deber el tomar parte en esas discusiones , no porque sean muy importantes en sí mismas , sino porque le presentarian la ocasion de ser mediador entre las ardientes cabezas que ellas dividen. ¿Os acordais del dia en que Corinaschian tomó un tono muy alto requiriendo la espada? El señor Waverley se conteni6 con levantar la cabeza, como si dispertase de profundo sueño, y pregunt6 friamente de que se trataba.

—Sí; y me acuerdo tambien de que la risa que ocasion6 la tal distraccion sirvi6 mucho mas para terminar la disputa que cuanto pudiese haber dicho.

—Convengo en ello; pero confesad, mi querida Rosa, que fuera mas honroso para el señor Waverley apaciguar el altercado con la fuerza de la razon.

—¿Queriais meterle á pacificador ge-

neral en medio de esos montañeses tan prontos en estallar como la pólvora? Os ruego creais, mi querida Flora , que exceptuo á vuestro hermano... Tiene mas entendimiento que la mitad de ellos juntos; ¿mas pensais que todos esos furiosos, cuyas querellas me hacen morir de miedo todos los dias, pueden compararse á Waverley?

— No permita Dios, mi querida Rosa, que le compare á esos hombres sin educacion. Solo me lamento de que con el talento é ingenio que ha recibido de la naturaleza no tome en la sociedad el eminente puesto que le corresponde y que debe pretender, y que no les dé vuelo para servir á la noble causa de la que se ha declarado defensor. Lochil, y P... y M..., y G... ¿no han recibido la mas seguida y esmerada educacion? puede negarse que tienen talento ? porqué no imitar su útil actividad? Estoy por creer que enfrió su zelo ese hipocondríaco y flemá-

CAPITULO LII.

103

tico inglés cuya compañía le gusta tanto.

—El coronel Talbot ! Ciertamente que es un hombre muy desagradable: dirán que está persuadido de que en toda Escocia no hay una sola muger que sea digna de presentarle una taza de té; mas el señor Waverley es tan amable, tan instruido!

—Sí; sabe admirar la luna y citar una estancia del Taso.

—Sabeis de que modo peleó en Preston?

—Eh! en cuanto á pelear, respondió Flora, creo que todos los hombres (todos los que son dignos de este nombre) poseen poco mas ó menos el mismo valor; menos comun es por lo general saber hacer una retirada. Por otra parte los hombres, cuando se hallan unos en presencia de otros tienen cierto instinto peleador, como los otros animales, tales como el toro. el perro, etc., etc. ; mas Waverley no es dado á empresas gran-

des y peligrosas; nunca seria su célebre abuelo sir Nigel, sino tan solo el poeta y panegirista de sir Nigel. ¿Quereis que os diga, querida , donde estará enteramente a su gusto? En el apacible círculo de la felicidad doméstica, disfrutando de los elegantes placeres de la literatura y de la sociedad en Waverley-Honour: allí adornará la antigua biblioteca del alcázar al estilo gótico, llenará los estantes con los mas raros y preciosos libros, dibujará planos y paisajes , compondrá versos, levantará templos, descubrirá grutas; en las hermosas noches de estío se detendrá bajo la columnata de su pórtico para mirar desde allí á los gamos errando á la claridad de la luna; ó tendido á la sombra de envejecidos robles, recitará versos á su bella esposa, que se apoyará en su brazo; y será un hombre feliz.»

— Y su esposa será una muger feliz, pensó la pobre Rosa ; mas tan solo suspiró, y mudó de conversacion.

CAPITULO LIII.

FERGUS ENAMORADO.

CUANTO mas examinaba de cerca Waverley la corte del caballero, menos satisfecho estaba : veia á su rededor tantas intrigas, tramas y chismes, como pueda haber en la corte de uno de los primeros soberanos de Europa: como dicen que contiene la bellota la raiz de todas las ramas del roble futuro. Cada personaje algo distinguido se ocupaba en sus intereses particulares con un ardor, que parecia á nuestro héroe no guardaba proporcion con su mérito real. Casi todos creian tener motivos para estar descontentos; los mas legítimos sin duda eran los del res-

petable baron de Bradwardine, que no se afligia mas que por la causa comun.

«A duras penas, dijo un dia á Waverley despues de haber recitado juntos los trabajos del sitio; á duras penas podrémos ganar la corona mural; no ignorais que estas coronas se hacian con las plantas y yerbas encontradas en una plaza que se tomara por asalto , ó quizás con la yerba llamada *parietaria*; pero no la obtendrémos en el bloqueo y sitio del castillo de Edimburgo. Fundó su opinion en sabias citas, de las que creemos oportuno privar al lector.

Waverley escapó de la compañía del baron de Bradwardine , y se dirigió al alojamiento de Fergus; quien le habia dicho la víspera que fuera. «Mañana, mi querido Waverley , hábale dicho, debo tener una conferencia particular con el príncipe : no dejeis de venir despues que haya vuelto de Holy-Rood, y tomaréis parte en la satisfaccion del buen re-

CAPITULO LIII.

107

sultado de esta conferencia, que no dudo sea bueno.»

Waverley halló á Mac-Combich en el aposento de su amigo: iba á dar cuenta al gefe de la especie de foso , llamado una trinchera, que acababan de escavar en contorno de la ciudadela. En breve se dejó oír en la escalera la voz de Fergus, que gritaba con furor : «Callum!.. Callum Beg!.. Diaoul (1)!..»

Fergus entró en el aposento con todos los síntomas de un hombre agitado por la mas violenta cólera, y pocos rostros habia en que se pintase el furor con rasgos mas señalados que en el suyo. Las venas de su frente se hincharon como prontas á romperse, ensancháronse sus narices, inflamáronse sus mejillas, chispeaban sus ojos, y su mirada recordaba á un endemoniado. Su aspecto era tanto mas espantoso, cuanto se conocia que

(1) Diablo! juramento.

hacia inútiles esfuerzos para contentar la rabia; pues esta lucha interior se manifestaba en las convulsiones de todos sus miembros. Desató su espada, y la arrojó contra la pared con la mayor violencia. «No sé que me detiene, exclamó rechinando los dientes, que no pronuncio juramento inviolable de no volverla á lomar en su servicio !.. Callum! carga mis pistolas... y tráemelas. »

Callum, á quien nada aturdia ni turbaba ejecutó tranquilamente sus órdenes. Evan Dhu, sospechando que el gefe acababa de recibir un insulto, se disponia á tomar parte en su cólera, y esperaba en silencio que le fuese conocido el nombre del agresor, y la hora y el lugar de la venganza.

—Ah! estais aquí, Waverley, dijo Fergus despues de calmarse un poco.... Sí, me acuerdo que os invité ayer á que vi-nieseis á tomar parte en mi triunfo; pues bien, seréis testigo de mi... contrariedad.»

CAPITULO LIII.

109

Evan le presentó la relacion escrita que tenia en la mano, y Fergus le repelió con rabia: «Quisiera , dijo , que esa caverna destruyera á los imbéciles que la sitian, y á los soldados bribones que la defienden!.... Sin duda creeréis, Eduardo, que estoy loco..... Evan, dejadnos, pero no os ausenteis.

—El coronel parece que está un poco indispueto , dijo mistress Flockhart á Mac-Gombich, á quien encontró en la escalera; podríamos decirle si quiere tomar algo... Tiene estendidas todas sus venas como si fuesen hilos.

—Necesita una pequeña *sangría*; tal es su remedio ordinario, respondió tranquilamente el habitante de los Highlanders.

—Sé, Waverley, dijo Fergus, que el coronel Talbol os incita veinte veces al dia á maldecir el desgraciado empeño que habeis contraido con nosotros; no querais hacerme creer lo contrario , pues

en este momento estoy tentado á maldecir el mio... ¿Creeréis que he presentado esta mañana dos peticiones al príncipe, y que me ha negado las dos? Qué decís?

— Para poder contestaros habia de conocer la naturaleza de vuestras peticiones.

— ¿Y qué importa su naturaleza? no basta que las haya hecho yo, que le he prestado mas servicios que tres gefes juntos? No lo negocié yo todo, é hice tomar las armas á todas las tribus del Perthshire cuando nadie osaba moverse? No soy hombre que pida nada fuera de razon, y aun cuando así fuese, debia haber obrado de otro modo. «Voy á decíroslo todo, ahora que principio á respirar con alguna libertad. ¿Os acordáis de mi despacho de conde? Su fecha tiene ya diez años, era la recompensa de los servicios que llevo hechos.... y puedo decir que desde aquella época no he desmerecido... No creais que tengo en mucho este

CAPITULO LIII.

111

título : soy tan filósofo como podais serlo vos, y creo que este pedazo de pergamino no es mas que un miserable papel. Sé muy bien que el título de gefe de una tribu tal como la de Sliochd Nau Ivor es cien veces de mas consideracion que el de conde; mas tenia mis razones para tomar este maldito título. Habeis de saber que ha llegado por casualidad á mi noticia como el príncipe habia inducido fuertemente a ese viejo loco de baron de Bradwardine á no pensar ya en que pasase su baronía á la cabeza de un primo á los diez y nueve ó veinte grados, que sirve en las tropas del elector de llanover, en detrimento de vuestra hermosa amiguita Rosa. Todo induce á creer que el viejo baron no osará desobedecer las órdenes de su rey, de un soberano señor que puede cambiar á su placer el destino de un feudo.

—¿Y qué vendrá á ser el homenaje ?

— Vaya al diablo el homenaje! Rosa sin duda tendrá el encargo de sacar las chinelas de la reina el día de su coronación, ó de alguna otra bagatela semejante. Como sea, Rosa Bradwardine es un partido que me conviene bajo todos aspectos, y después que su padre ha dado oídos á la razón, no veía ya ningún obstáculo, á menos que el barón no tuviese el capricho de obligar al esposo de su hija á tomar el nombre de Bradwardine, en lo que convendría que no debía consentir considerada mi posición. Hubiera pues eludido las pretensiones del orgulloso barón dando á su hija el título de condesa: este arreglo me parecía tan justo como natural, y Rosa hubiera podido también quedar vizcondesa de Bradwardine, de su jefe, después de la muerte de su padre; no encontraba objeción alguna que hacer á esto.

— Pero, Fergus, nunca hubiera recelado yo que profesaseis el menor afecto

CAPITULO LIII.

113

á miss Bradwardine , puesto que no cesabais de burlaros del padre.

—Profeso, mi buen amigo, á miss Bradwardine todo el afecto debido á la señora futura de mi casa, á la que ha de ser madre de mis bijos: es una jóven encantadora , llena de inteligencia y de razon, y nadie puede negar que su familia es una de las mas antiguas de Escocia. Cuando haya tomado algunas lecciones de Flora sobre los modales del gran mundo, estoy persuadido que podrá lucir en él. En cuanto á su padre , á pesar de su originalidad y de su fastidioso pedantismo, sé por la leccion que ha dado á sir Hew-Hulbert, á aquel querido difunto el *laird* de Balmawhapple y á otros, que nadie osara burlarse de él; así poco me importan sus ridiculeces... Os lo repito, no veia el menor obstáculo para verificar este enlace, y todo estaba ya dispuesto en mi cabeza.

— Mas, Fergus, habeis pedido el con-
TOMO V. 8

sentimiento del baron, ó el de Rosa?

— Para qué? Declararme con el baron antes de haber tomado mi título de conde no me sirviera mas que para suscitar una larga y fastidiosa discusion sobre la mudanza de nombre; mientras que el conde de Glennaquoich no tenia mas que presentarse para ser recibido sin la menor objecion... Unicamente habia de pedirle que adoptase su maldito *oso* y sus ridículos *saca-botas* para admitirlos separados por un palo (1), ó en un escudo de pretension (2), ó en un escudo separado,

(1) Las armas del marido pónense á la derecha del escudo, y las de la muger á la izquierda.

(2) Las armas de la esposa, cuando es una heredera, se pueden llevar en un escudo colocado en el centro de la cota de armas; lo que indicando las pretensiones del marido á sus dominios, se llama un escudo de pretension, á menos que no haya otro término de heráldica ignorado del editor, que confiesa ser tan novicio en esta noble ciencia como el Jabali-Rojo de *Quintin Durward*.

CAPITULO LIII.

115

en fin, de modo que no empañen mis propias armas. Respecto á miss Rosa, no sé que objeciones pueda hacerme cuando obtenga el consentimiento de su padre.

—Tal vez las mismas que me ha hecho á mí vuestra hermana, aunque obtuve vuestra aprobacion.»

Muchísimo mortificó á Fergus la comparacion que esta suposicion encerraba; mas tuvo la prudencia de suprimir la respuesta que tenia ya á la punta de los labios, para decir tan solo: Ah! fácilmente hubiéramos arreglado todo eso; así pues, os supliqué que vinieseis esta mañana, imaginando locamente que necesitaria vuestra asistencia como padrino de boda. Pues bien! He dado á conocer mis derechos... y no me han sido nega-

Algunas casas reales tienen tambien sus escudos de pretension para representar los reinos que otros poseen á pesar de sus derechos.

dos ; he recordado las promesas que me habia hecho el caballero, y le he enseñado nado mi título de conde... ha convenido en la legitimidad de mis reclamaciones. Le he pedido que me permitiera usar de mis derechos, y me ha dicho que esto seria escitar la envidia de muchos gefes⁵: he destruido esta pueril objecion ofreciendo presentar su consentimiento por escrito, pues no pudieran negármele al ver la fecha de mi nombramiento, ó le obtuviera espada en mano. Entonces el príncipe se ha visto obligado á hablar claro. Mi querido Fergus, me ha dicho, me veo obligado á no aprobar vuestro título por ahora, para no dar un pretexto á... (Aquí Fergus nombró al gefe de la tribu rival de la suya). Observad, mi querido Waverley, que este cobarde *holgazan* no tiene mas títulos para ser gefe de tribu que yo para ser emperador de la China. A fin de eludir las urgentes instancias, el príncipe alega que me

⁵ Cfr. WAV (375): "the jealousy of C- and M- ". DEF y OLI sustituyen las iniciales de los nombres propios extranjeros por un nombre común, ofreciendo a sus respectivos lectores un texto no marcado culturalmente.

CAPITULO LIII.

117

concede este sobrada confianza, que gozo de una consideracion esclusiva, etc. : todos estos efugios no sirven mas que para cubrir su cobardía. A fin de quitar todo pretexto á este miserable, el príncipe me ha pedido como un favor personal esperar algun tiempo todavía para tomar el título que tan legítimamente me pertenece. ¡En vista de esto, Waverley, confiad en las promesas de los príncipes!...

—¿Aquí ha terminado vuestra audiencia?

— No ha terminado aquí: quería ponerle ante los ojos toda su ingratitud para conmigo, é hice todos los esfuerzos posibles para dominarme, pues temblaba de cólera. Supliqué á su Alteza real con el tono mas tranquilo que pude atendiese la peticion que me habia tomado la libertad de hacerle, porque dependia de ella la felicidad de mi vida, y para convencerle, le participé todo mi plan, á fin de demostrarle que las circunstancias en

que me hallaba me obligaban á reclama el uso del titulo que me habia dado.

— ¿Y qué os ha contestado el principé?

— Qué me ha contestado!... (la santa escritura nos dice: No maldigais nunca á vuestro príncipe ni aun de pensamiento!...) que me ha contestado!... que se alegraba de la confianza que acababa de hacerle, porque le presentaba la ocasion de escusarme los mas amargos disgustos; y me ha dado su palabra de príncipe de que el corazon de miss Rosa no estaba libre, y que habia ya prometido favorecer su inclinacion: así, mi querido Fergus, ha añadido con el tono mas amistoso, puesto que no hay nada de enlace, espero que no tendréis tanta prisa en tomar vuestro título de conde. Dichas estas palabras *me dejó plantado.*

— Y qué habeis hecho?

— Os diré lo que *hubiera podido* hacer venderme al diablo ó al elector de Hanover... al que me ofreciera el medio mas

CAPITULO LIII.

119

seguro y mas pronto de vengarme ; mas ya me veis ahora completamente tranquilo... Estoy persuadido que proyecta casar á miss Bradwardine con alguno de esos bellacos irlandeses ó franceses... Yo lo escudriñaré... Guárdese de mí el imprudente que me ha suplantado: *bisogna coprirsi, signor* (1).»

Prolongóse la conversacion durante algunos minutos; mas estos pormenores interesarían muy poco al lector. Waverley se despidió de Fergus, cuyo acceso de furor se habia calmado , reemplazándole el deseo de vengarse; y volvió aquel á su alojamiento incapaz de darse cuenta á sí mismo de los diversos sentimientos que esta esplicacion acababa de despertar en su propio corazon.

(1) Es preciso esconderse, señor.

CAPITULO LIV.

SIEMPRE INCONSTANTE.

SOY el hijo del capricho , se dijo á sí mismo Waverley encerrándose en su sala, que paseaba á pasos desmesurados. ¿Qué me importa que Fergus Mac-Ivor desee enlazarse con Rosa Bradwardine? Yo no la amo. Tal vez ella me hubiera amado; mas he desdeñado su sencillo y natural afecto por suspirar inútilmente por una orgullosa que jamás amará á nadie, á menos que el viejo Warwick (1), artífice de reyes, no vuelva á la tierra. En cuanto al baron, poco caso hiciera de sucederle en su baronía , y no tuviera que temer

(1) Bajo el reinado de Eduardo IV.

CAPITULO LIV.

121

que su amor á su nombre fuera un obstáculo: tomara el diablo, si queria sus estériles matorrales y sacara las *caligae* del rey. Hecha para los tiernos afectos de la vida doméstica , amiga de recibir y de corresponder á aquellas dulces atenciones que encantan la existencia do los que viven uno para otro, búscala Fergus Mac-Ivor! El no la maltratará, estoy bien cierto de ello, es incapaz; pero al cabo del primer mes de matrimonio ya no pensará en ella , tan solo le ocupará el cuidado de humillar á algun gefe rival á algun cortesano privado, ó de añadir á sus posesiones algun lago y algunas montañas cubiertas de arbustos, ó de aumentar el número de sus vasallos con algunos *caterans* mas, pero sin cuidarse de lo que hará su esposa , ni como se distraerá.

Y este cruel destino de la mas amable de las criaturas hubiera podido precaverse si el señor Eduardo Waverley tuviera ojos! Válgame mi honor que no

puedo comprender como me ha parecido Flora mejor que Rosa! es bien formada, lo confieso, sus maneras son mas fáciles; pero hay muchos que dicen que las de miss Rosa son mas naturales, y por otra parte es mucho mas jóven.

Estoy por creer que Flora tiene dos años mas que yo : trataré de saberlo esta tarde.

Tomada tal resolucion, Waverley salió para ir á tomar el té (era moda sesenta años ha) en casa de una señora de calidad, afecta á la causa del príncipe. Encontró allí, como habia previsto, á las dos amigas. Cuando entró levantáronse todos; pero Flora volvió á sentarse al punto, y continuó la conversacion. Rosa, al contrario, hizo un movimiento casi imperceptible para volverse hacia él. Sus modales, se dijo á sí mismo Waverley, son sin contradiccion mucho mas atractivos.

Suscitóse una discusion sobre si la len-

CAPITULO LIV.

123

gua gaélica era mas fluida y mas propia para la poesía que la italiana. La lengua gaélica no hallara abogados en otra parte ; pero aquí la defendieron animosamente siete damas de las montañas, que gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, y ensordecieron á la compañía con sus ejemplos de *eufonia céltica*. Flora, al ver que se sonreían desdeñosamente las damas de los Lowlands dio algunas razones para probar que la comparación no era tan absurda. Invitaron á Rosa á que manifestase su opinion , y esta se decidió vivamente en favor de la lengua italiana, que le habia enseñado Waverley.

Rosa tiene el oído mas fino, se dijo este último para sí, aunque sea menos música que Flora; esta comparará algun día su Mac-Murroug Nau Fonn al Taso ó al Ariosto.

La asamblea no sabia que hacer, si rogaria á Fergus que tocase la flauta, su ins-

trumento favorito, ó si invitaria á Eduardo á leer una pieza de Shakespeare. La dueña de la casa, de muy alegre carácter, propuso decidir la cuestion por votos, y se encargó de recogerlos bajo espresa condicion de que aquel de los dos hidalgos que no ejercitare aquel dia su ingenio prometeria hacerlo al dia siguiente. Quiso la casualidad que los votos se dividiesen de modo que fuera el de Flora el que habia de decidirlo. Mas Flora, que al parecer se habia propuesto como un deber no decir nunca una palabra que pudiera dar la menor vislumbre de esperanza á Waverley, acababa de volar en favor de la música, bajo la condicion de que el baron tuviese la bondad de acompañar á Fergus con el violin.

Os felicito por vuestro gusto , miss Mac-Ivor, dijo Eduardo para sí mientras que buscaban el volumen: esta música era buena cuando estábamos en Glennaquoich ; pero el baron no es muy fuer-

CAPITULO LIV.

125

te, y Shakespeare merece ser escuchado. Escogieron la tragedia de *Romeo y Julieta*, y Eduardo leyó con no poco gusto, espresion y calor muchas escenas de esta pieza. Algunas personas se contentaron con aplaudir batiendo las manos; pero el mayor número aplaudió con lágrimas. Flora, que conocia la pieza, fué del numero de las primeras; Rosa, que la oía por la vez primera, no pudo menos de dar pruebas de su enternecimiento.

Es mucho mas sensible que su amiga! se dijo para si Waverley.

Entablóse la conversacion acerca de los incidentes de la pieza y acerca de los personajes. Fergus declaró que el único que valia la pena de nombrarse como hombre valiente y tratable era Mercurio⁶.

«No sé, dijo, todos los rasgos de su ingenio que le caracterizaron en su tiempo; mas sin duda fué un hombre muy amable segun las ideas de entonces.

— Es una vergüenza, dijo el alférez

⁶ Cfr. DEF y WAV: "Mercutio". Nótese que la traducción fijada en español para el personaje de Shakespeare suele ser 'Mercucio'.

Mac-Combich (que seguía de ordinario los pareceres del coronel), es una vergüenza que ese Tibbert ó Taggart (1), poco importa su nombre, vaya y le dé en el brazo al otro hidalgo mientras que estaba apaciguando la querrela (2).

Las damas, como es justo, se declararon abiertamente por Romeo; con todo esta conformidad no fué enteramente unánime; la señora de la casa y algunas otras damas achacaron á Romeo como un crimen haber cesado con tanta ligereza de amar á Rosalinda por amar á Julieta. Invitaron con muchas instancias á Flora á que diese á conocer su dictámen acerca de este capítulo de acusación. « Creo, dijo miss Mac-Ivor, que esta mudanza de afecto no solo no está fuera de la natura-

(1) Mac-Combich estropea el nombre del personaje que es en la pieza sobrino de Capeto⁷.

(2) *Romeo y Julieta*, acto 3.º, escena 1.ª: en la que Mercurio y el mismo Tybalt quedan muertos.

⁷ Cfr. DEF: "Capulet". Al personaje se le conoce en el polisistema meta español como 'Capuleto'.

CAPITULO LIV.

127

leza, sino que en esta ocasion se ha elevado el poeta hasta el mas alto grado de su arte. Nos representa á Romeo como un jóven sensible, muy dispuesto á enardecerse: el primer objeto de su amor es una muger que no puede corresponderle en manera alguna, el mismo lo repite: *Es invulnerable á las flechas del amor*; y mas idelante: *Ha jurado no amarme nunca*. Decidme, os ruego, ¿podia esperarse discretamente que Romeo amase mucho tiempo sin esperanzas de que le correspondiesen? El poeta ha escogido con maestría el momento en que el ardiente jóven se halla reducido á la desesperacion, para darle á conocer una muger de mas prendas que la que le desdeña. Me parece que es imposible imaginar una situacion que mejor inflamara á Romeo por Julieta, que la que esta le saca de la profunda melancolía que le abrumba al entrar en la escena, y la que el mismo está muy lejos de conocer.

—Como así! miss Mac-Ivor, dijo una dama jóven, llevais cuenta de quitarnos nuestro mejor privilegio? Quereis persuardinós que el amor no puede existir sin la esperanza, y que un amante puede ser infiel si la que ama le manifiesta sobrado rigor? Confieso que no esperaba una conclusion tan poco sentimental.

—Convengo con vos, mi querida lady Betty, que es posible que un amante persevere en sus afectos á pesar de las circunstancias que debieran desanimarle; que puede arrostrar los peligros, soporto el frio... pero una indiferencia constante y seguida es un veneno mortal para el amor. Por poderosa que sea la *atraccion* de vuestros encantos, creedme, no hagais nunca esta esperiencia en el corazon de una persona que os interese: os lo repito, el amor puede alimentarse con la mas débil esperanza; pero sin ninguna esperanza el amor no puede existir mucho tiempo.

— Será pues, si os place, dijo Evan, co-

CAPITULO LIV.

129

mo la yegua de Duncan Mac-Girdie. Su dueño queria acostumbrarla por grados á pasar sin comer, ¡y ya no le daba mas que un puñadito de paja al dia, cuando murió el pobre animal!»

«La comparacion de Evan hizo reir á toda la tertulia; y luego mudó de asunto la conversacion. Al separarse volvió Eduardo á su alojamiento, y en el camino soñaba en lo que habia dicho Flora.

Esto es hecho, se dijo a sí mismo, ya no amaré mas á Rosalinda... seguiré sus consejos, los que he comprendido muy bien, diré á su hermano que renuncio á mis primeros proyectos. En cuanto á Julieta... puedo con honor seguir los pasos á Fergus! estoy persuadidísimo de que no conseguirá su pretension. Sin duda recibirá *un no*, dijo tranquilamente nuestro héroe resuelto á abandonarse á las circunstancias, y con esto fué á acostarse.

CAPITULO LV.

UN BRAVO ABRUMADO POR EL DOLOR.

Si imaginan mis hermosas lectoras que la ligereza de mi héroe en sus amores es enteramente imperdonable, debo advertirles que no provenían todos sus pesares y embarazos de esta fuente sentimental. Pasaban días enteros sin que Waverley pensase en Flora ni en Rosa Bradwardine; en los cuales formaba tristemente mil conjeturas acerca de la situación de su familia en Waverley-Honour, y sobre el resultado de la guerra civil en que se había empeñado. El Coronel Talbot discutía á menudo con él sobre la justicia de la causa que había abrazado.

«No, decía; no os es posible abando-

CAPITULO LV.

131

narla en la actualidad; porque suceda lo que suceda, debeis cumplir las promesas que habeis hecho tan imprudentemente: mas quisiera, añadia, que os convencieseis de que la justicia no está de vuestra parte, que procedeis contra los verdaderos intereses de vuestra patria, y que todo os prescribe que os aprovecheis de la primera ocasion favorable para separaros de esa desgraciada expedicion antes que la bola de nieve no se derrita⁸.

Contentábase Waverley en estas discusiones políticas, con oponer al coronel los argumentos de que se servian todos los partidarios de la familia desterrada, y con los que fuera inútil molestar al lector. Mas embarazado se veia cuando el coronel le ponía delante de los ojos el cuadro comparativo de las fuerzas de los insurreccionados, y de las que reunia el gobierno para combatirlos. A esto no daba mas que una sola respuesta.

« Si la causa que he abrazado, decia ,

⁸ Cfr. DEF (400): "(...) avant que la boule de neige ne se fonde"; WAV (381): "(...) before the snow-ball melts". OLI comunica una información diferente al negar la forma verbal, posiblemente por una decodificación errónea del texto francés: la partícula 'ne' no funciona como negación del verbo sino que tiene un valor expletivo. La imagen de la bola de nieve que se derrite puede interpretarse en este contexto como la derrota de los seguidores de los Estuardos y las consecuencias que conlleva para los vencidos la pérdida de una guerra.

es tan peligrosa, seria mayor cobardía mía abandonarla. »

De este modo acallaba á su vez al coronel, y la conversacion cambiaba de objeto.

Una noche despues de una larga discusion sobre esta materia, habíanse despedido los dos amigos con buena armonía, y Waverley se habia acostado, cuando creyó oir un gemido ahogado: estremeciósse , y prestando atento oido, reconoció que salia de la sala del coronel separada de la suya por un débil tabique, en el que habia puerta de comunicacion. Acercóse, y oyó en breve de una manera muy distinta profundos suspiros. Qué tendrá el coronel? se dijo para sí; quando nos separamos, no noté en él la menor mudanza: sin duda ha sentido de repente alguna indisposicion.

En esta persuasion, abrió suavemente la puerta, y vió el coronel en bata, sentado delante de su mesa, en la que se veia una

CAPITULO LV.

133

carta abierta y un retrato. El coronel levantó la cabeza , y Waverley quedó indeciso en si pasaria adelante ó se retiraria; mas observó que las mejillas de su amigo estaban cubiertas de lágrimas.

Levantóse el coronel como avergonzado de hallarse sorprendido mientras que se entregaba á tan viva emocion.

«Señor Waverley, dijo, creia que estando en mi aposento, y á tal hora, no debia temer, aunque prisionero, semejante....

—Ah! os ruego que no pronuncieis la palabra *indiscrecion*! He oido que respirabais con pena, temí no estuvieseis enfermo, y por saberlo me he tomado la libertad....

—Estoy bueno, dijo el coronel, perfectamente bueno.

—Pero os abruman los pesares: ¿no habrá medio para aliviarlos?

—Ninguno, señor Waverley: pensaba en la Inglaterra..... reflexionaba sobre

134

WAVERLEY,

ciertas noticias que he recibido y que no son muy agradables.

— Ah! gran Dios! mi tío....

— No , mis pesares son respecto á mí... Siento que hayáis visto cuanto me afectan ; pero es preciso dar al dolor libre curso de tiempo en tiempo para sufrirle de este modo con mas ánimo. Quisiera dejaros ignorar la causa , porque sé que os causará sentimiento, y que por otra parte no podeis remediarlo; mas os veo con deseos de saberlo, y no me gustan los misterios Leed esta carta.

La carta era de la hermana del coronel Talbot, y contenia lo que sigue.

«Mi querido hermano.

«He recibido el paquete que me has enviado por Hodges. Sir E. W. y M. R. gozan aun de libertad; pero no se les ha permitido salir de Londres. Quisiera poder darte felices nuevas de nuestro *square* (1) ; pero la desgraciada jornada de

(1) Las gentes de tono de Londres habitan ge-

CAPITULO LV.

135

Preston le ha llenado de consternacion, y mas aun la horrible nueva de que habias muerto. Ya sabes el estado de la salud de lady Emilia, cuando tu amistad con sir Everard te prescribió como un deber el separarte de ella, conmoviéndola decorosamente la noticia de que habia estallado la rebelion; pero armóse de valor para conservarte, decia, tu esposa y el heredero que ya tanto tiempo deseabas. Ah! mi querido hermano, estas esperanzas se han frustrado; á pesar de todas las precauciones tomadas, la noticia de la desastrosa jornada de Preston llegó á lady Emilia, sin que se hallase preparada para ello. Sentóse y fué madre; pero su pobre hijo sobrevivió pocos minutos á su nacimiento. ¡Ojalá no tuviera otras desgracias que anunciarte!... Aunque tu última carta, desmintiendo

neralmente en edificios situados en los *squares* (plazas con un jardin en medio).

formalmente la horrible relacion que habian enviado, haya reanimado las fuerzas de la enferma, con todo teme el doctor que sean serias las consecuencias, y hasta, no debo ocultártelo, muy peligrosas; sobre todo por causa de la incertidumbre en que tu Emilia debe permanecer durante algun tiempo; incertidumbre que agrava las ideas que se ha formado de la ferocidad de los enemigos en cuyo poder estás prisionero.

« Te ruego, mi querido hermano, no escuses cosa alguna para obtener tu libertad , ya con tu palabra de honor, ya con dinero, ya por cambio, ó no importa de que modo. No he exagerado nada el estado de la salud de tu Emilia; mas he debido decirte la verdad.

Soy siempre, mi querido Felipe, tu apasionada hermana.

***Lucia Talbot.*»**

Cuando hubo acabado de leer esta carta, Eduardo quedó inmóvil de dolor, la

CAPITULO LV.

137

conclusion era evidente, porque si el coronel no se hubiese puesto en viaje por venir á buscarle, no sucediera tal desgracia. Esta era bastante cruel en lo que tenia de irremediable: el coronel Talbot y lady Emilia, mucho tiempo sin hijos, habian creido ver colmados todos sus deseos, y su esperanza se habia frustrado; mas esto casi no era nada en comparacion de lo que les amenazaba. Considerábase Eduardo con una especie de horror como la causa primera de estos dos motivos de desesperacion. Antes que recogiera sus ideas, habia ya recobrado el coronel su calma habitual, aunque sus ojos estaban todavía húmedos; y fué el primero que volvió á tomar la palabra.

«Es una muger, mi jóven amigo , dijo, por la que un militar no debe avergonzarse de derramar lágrimas; y con esto le enseñó el retrato que probaba que merecia en efecto todos sus pesares. Pues

bien , continuó, lo que veis, sábelo Dios, no es mas que una débil parte de los encantos que posee! Ah! tal vez debiera decir.... que poseia!.... mas cúmplase la voluntad de Dios!

—Partid, volad á socorrerla; no será aun tarde !

—Acaso puedo hacerlo? amigo mio, ¿ no estoy prisionero bajo mi palabra?

—Yo salgo fiador por vos os devuelvo vuestra palabra.... y respondo de todo.

—Faltaríais a vuestro deber , como faltara yo al honor si aceptase esa proposicion..... No sabeis qué responsabilidad caería sobre vos!...

—Yo respondo de todo con mi cabeza. Partid, coronel, partid!.... Yo soy la causa de la muerte de vuestro hijo: ah! no permitais que sea el asesino de vuestra esposa!

—No, mi querido Eduardo, le dijo el coronel, apretándole afectuosamente la

CAPITULO LV.

139

mano; nada tenéis que reprocharos; si os he ocultado el secreto de mis pesares durante dos dias, no era sino por temor de que vuestra sensibilidad considerase las cosas bajo este aspecto. Cuando dejé la Inglaterra por venir á buscaros no podiais pensar en mí, y apenas conociais mi nombre... ¿se os puede hacer responsable de acontecimientos que no os era posible prever? Dios solo puede leer en lo futuro; y seria ultrajarle creer que ha sometido su débil criatura á esta terrible responsabilidad.

—¿Porqué abandonasteis á lady Emilia cuando estaba en vísperas de haceros padre, por buscar á un... ?

—He hecho mi deber , y no me arrepiento: si el camino del reconocimiento y del honor fuese siempre fácil y llano, poco mérito seria seguirle. Debemos á menudo contrariar nuestros intereses, nuestras pasiones, y algunas veces nuestros mas dulces sentimientos: ¡tales son

140 WAVERLEY,
las pruebas de la vida!... yo ya he sufrido muchas.... no es esta la primera, aunque no sea de las menos amargas (las lágrimas le asomaron á los ojos). Pero mañana, añadió apretando las manos á Eduardo, hablaremos de todo esto. Buenas noches! Hagamos por olvidarlo durante algunas horas: me parece que á las seis amanecerá, y ya son mas de las dos. Buenas noches!»

Retiróse Eduardo sin tener fuerzas para responderle.



CAPITULO LVI.

WAVERLEY OBRA.

AL dia siguiente, al entrar el coronel en la sala del desayuno, supo por el criado de Eduardo que habia salido este muy de mañana , y que todavía no habia vuelto. El dia estaba ya muy adelantado cuando volvió en fin sin aliento, pero con una alegría que admiró al coronel Talbot. Ved mi faena de esta madrugada, dijo echando un papel sobre la mesa. Alick, prepara el bagaje del coronel, pronto.»

El coronel examinó el papel con sorpresa; era un pasaporte firmado por el príncipe, quien autorizaba al coronel Talbot para ir á Leith , ó cualquiera otro

punto ocupado por sus tropas, y para embarcarse con direccion á Inglaterra, ó cualquiera otro pais que juzgase oportuno, bajo la condicion de que daria palabra de honor de no tomar las armas contra la casa de Estuardo durante un año, contado desde aquel dia.

—Decidme en nombre del cielo, dijo vivamente el coronel , por que medios habeis logrado este pasaporte.

—Partí muy de mañana para encontrarme cuando se levantase el príncipe, pero habia salido á visitar el campo de Duddingston: fuí allá, y le he pedido audiencia, la que me ha otorgado al instante: no os diré ni una palabra mas hasta que os vea hacer los preparativos necesarios para partir.

—¿Debo hacerlos antes de saber si puedo servirme de este pasaporte, y sobre todo de que modo le habeis obtenido?

—No me pidais pormenores por favor; el tiempo urge: me bastará deciros que

CAPITULO LVI

143

cuando pronuncié vuestro nombre, los ojos del príncipe chispearon como lo han hecho los vuestros hace dos minutos.

—Se ha manifestado el coronel, dijo vivamente, favorable á nuestra causa? No, he respondido, no hay esperanzas de tal (el príncipe se puso serio). Pedí vuestra libertad. —No es posible dársela, repuso; mi demanda era extravagante, atendida la importancia del coronel como amigo y confidente de tales personajes... No temí referirle vuestra historia y la mia : «Juzgue vuestra Alteza por su corazon, le he dicho , los sentimientos de que estoy poseido... Coronel Talbot, diréis lo que os dé gana; mas el príncipe tiene un corazon, y un corazon generoso. —No someteré este negocio á mi consejo, me dijo; pudiera oponerse á lo que me parece justo, y no quisiera que un amigo como vos tuviese que echarse en rostro la desgracia de una familia... Sentiria detener prisionero á un bravo ene-

migo en las circunstancias en que se encuentra el coronel Talbot; y creo por otra parte que podría justicarme con mis prudentes consejeros, haciendo valer el buen efecto que debe producir este acto de libertad en las grandes familias de Inglaterra con las cuales está aliado el coronel Talbot.

—Su política se ha engañado , dijo el coronel.

—Tanto mejor, al menos ha obrado como hijo de rey. —Ved aquí el pasaporte, me ha dicho, he puesto una condicion por modo de fórmula; pero sino conviene con ella el coronel, dejadle partir sin exigir su palabra de honor... He venido á estos lugares á combatir con los hombres, y no á desconsolar ni á matar á las mugeres.

—Nunca creyera que habia de deber tantas atenciones al pretendiente

—Al príncipe, dijo Eduardo sonriéndose.

CAPITULO LVI.

145

—Al caballero, respondió el coronel; este es un nombre excelente de viaje , y que podemos darle ambos. ¿No os ha dicho nada mas?

—Me ha preguntado si podia hacer otra cosa por mí, y habiéndole contestado que no, me ha tomado la mano. —¡Ojalá me ha dicho, que todos los oficiales de mi ejército fuesen tan desinteresados como vos ! Hay entre nuestros amigos algunos que, no contentos con pedirme cuanto puedo concederles, pretenden cosas que ni yo ni el mayor potentado de la tierra podria otorgar. Por las peticiones que me hacen, ha añadido, estoy por creer que no ha habido ningun príncipe mas semejante á la divinidad que yo.

—Pobre jóven! dijo el coronel; ya principia á sentir los disgustos de su situacion.... Mas tal favor, mi querido Waverley, es mas que bondad de corazon; Felipe Talbot no le olvidará nunca,

TOMO V.

10

mientras Felipe Talbot tenga memoria.

— Mi vida! ah ! déos Emilia las gracias: es un favor que vale mil vidas⁹: no vacilo en daros la palabra que exige; vedla (escribióla en la fórmula de estilo) ¿Y ahora como lo arreglaré para partir?

—Todo estaá dispuesto , le dijo Waverley ; vuestras maletas están cerradas, mis caballos os esperan ; el príncipe me ha permitido detener un batel que os conducirá á bordo de la fragata *the Fox*. al efecto he mandado un mensajero á Leith.

—Bravísimo: el capitan Beavir es intimo amigo mio, me conducirá á Berwick ó á Shields, desde donde tomaré la posta para Londres.... Haríais bien en confiarme el paquete de cartas que os ha enviado miss Bean Lean ; tal vez me ayudarán á seros útil.... mas ved aquí á vuestro amigo de los highlanders, Glen... Como pronunciais este nombre bárbaro? Acompañale un oficial de ordenanza; su-

⁹ Cfr. DEF (407): "c'est une faveur qui vaut mille vies!"; WAV (386): "this is a favour worth fifty lives". El cambio numérico de OLI, por mediación del texto francés, subraya el valor que el coronel Talbot concede a la ayuda que le ha prestado Waverley.

CAPITULO LVI.

147

pougo que no debo decir su maton. ¿No dirá cualquiera en su andar que le pertenece la tierra entera? Miradlo que ufano con la gorra á la oreja y el *plaid* plegado sobre los hombros.... Quisiera hallarme rostro á rostro con ese jóven: si no tuviese atadas las manos, pronto castigaría vo su orgullo ó él el mio.

—Vaya, coronel Talbot, cuando percibís un *tartan* , no sois dueño de vos , como un loro cuando vé un vestido de grana: vuestras preocupaciones nacionales no son mas justas que las de Fergus.»

Continuaron su conversacion por la calle hasta que llegaron cerca del gefe, quien saludó secamente al coronel; este le volvió su saludo con ceremonia: su antipatía era recíproca por demas.

«Os aseguro, dijo Waverley al coronel, que juzgais con sobrada severidad á los highlanders.

—No lo creais, les hago justicia: que se estén en medio de sus desiertos mon-

tes , y en ellos que pongan si quieren sus gorras en los cuernos de la luna; ¿mas qué hacer tienen en mi país donde se usan calzones, y donde se habla una lengua inteligible? Digo inteligible relativamente á su jerga ; porque los highlanders hablan casi el inglés como los negros de la Jamaica¹⁰. De veras compadezco al Pr....: quiero decir al caballero, de que se vea obligado á vivir en medio de semejantes bandidos. Os aseguro que aprenden su oficio desde jóvenes : hay por ejemplo uno de esos hijos subalternos del diablo que sigue á menudo á vuestro amigo Glena... Glenamuck, ó como queráis llamarle... Al verle dirán que tiene quince años, mas tiene un siglo si contamos su edad por sus rasgos de maldad y de atrocidad. Hace algunos dias que jugaba al tejo en el patio; acertó á pasar un hombre de buena traza, quien recibió un tejo en la pierna , y levantó su caña; pero el bellaco sacó su pistola, y sin decir

¹⁰ Cfr. DEF (408): "(...) les Lowlanders parlent à peu près l'anglais comme les nègres de la Jamaïque..."; WAV (387): "(...) the Lowlanders talk a kind of English little better than the negroes in Jamaica". El coronel Talbot, guiado por una actitud xenófoba y colonialista, arremete contra el inglés que emplean los habitantes de las Tierras Bajas, cuya habla materna es el escocés. OLI altera el sentido de manera que las críticas van dirigidas al dominio del inglés que tienen los montañeses.

CAPITULO LVI.

149

agua va (1) puso toda la banda dispersa por miedo de las consecuencias inevitables del caso : el pobre hidalgo perdió la vida á manos de ese pequeño basilisco.

—Ah! coronel, como pintaréis la Escocia á vuestra vuelta!

—Oh! el juez Shallow (2) me ahorrará ese trabajo. Desierto, desierto: todos bribones todos bribones! Ah! sí, grande verdad cuando se halla uno fuera de Edimburgo y camino de Leith.»

En breve llegaron al puerto.

«A Dios, coronel, le dijo Waverley: celebraré que encontréis vuestra familia en el estado que deseais... Tal vez nos veremos pronto; el ejército debe ponerse en marcha para Inglaterra.

(1) Principian ya á ser menos frecuentes estos saludos inesperados en Edimburgo, donde era en otro tiempo muy peligroso pasar por bajo de las ventanas: porque el grito de *agua va* era muchas veces tardía advertencia.

(2) Shakespeare, Enrique IV.

—No me habéis de eso : no quiero llevar ninguna noticia de vuestros movimientos.

A Dios pues, coronel; presentad mis respetuosos deberes á sir Everard como también á mi tia Raquel. Pensad algunas veces en mí y del modo mas favorable que os sea posible, hablad de mí con toda la indulgencia que os permita vuestra conciencia, y á Dios !

—A Dios , mi querido Waverley, mil gracias por todo lo que habeis hecho por mí; y dejad el *plaid* á la primera ocasion que se os presente: siempre pensaré en vos con reconocimiento, y la única censura que haré contra vos será decir: *¿Qué diablos iba á hacer en aquella galera?»*

De este modo se separaron: el coronel entró en el batel, y Waverley tomó otra vez el camino de Edimburgo.

CAPITULO LVII.

MARCHA.

No llevamos intencion de usurpar los dominios de la historia: solamente recordaremos á nuestros lectores que en los primeros dias del mes de noviembre, el jóven caballero resuelto á arriesgarlo todo al frente de un cuerpo de seis mil hombres á lo mas, emprendió el penetrar en el corazon de la Inglaterra , aunque no ignoraba los inmensos preparativos de defensa que hacian en ella para recibirle. Partieron á esta cruzada en una estacion en que cualquiera otro ejército no hubiera podido ponerse en marcha; pero que realmente daba gran ventaja a los activos montañeses sobre unos ene-

migos menos robustos. A pesar de un ejército superior, apostado en las fronteras bajo las órdenes del feld-mariscal Wade, sitiaron y tomaron á Carlisle; y despues de apoderarse de ella continuó el ejército su marcha hacia el sud.

Como el regimiento de Mac-Ivor, formaba la vanguardia de las tribus, Waverley que sufría la fatiga como un verdadero montañés, y que sabía hablar algo el gaélico, caminaba siempre á la cabeza del cuerpo, despues del gefe ; mas miraba los progresos del ejército con ojos muy distintos. Fergus, lleno de audacia y de fuego, y creyéndose en estado de resistir al universo entero, no formaba ningun cálculo, sino pensaba que cada paso que daba le ponía mas cerca de Londres ; no pedía ni deseaba otro socorro que el de las tribus para colocar otra vez en el trono á los Estuardos. Cuando por ventura iban nuevos partidarios á alistarse bajo las banderas del

CAPITULO LVII.

153

príncipe, no los miraba Fergus mas que como instrumentos que podian disminuir las recompensas que sin duda distribuiria el monarca á los montañeses.

Las reflexiones de Eduardo eran de otra naturaleza: habia observado que en todas las ciudades donde habian proclamado á Jacobo III nadie gritaba *god bless him* (1)! El populacho quedaba absorto, escuchaba sin emocion y daba muy pocas señales de aquel ruidoso y tumultuoso afecto que le hace asir todas las ocasiones de ejercitar su melodiosa voz. Habian hecho creer á los jacobinos que los condados del norte estaban llenos de ricos *squires* y de osados arrendatarios apasionados á la rosa blanca; mas vieron pocos *torys* en la clase pudiente: los unos huian, los otros se fingían enfermos, y otros se entregaban al gobierno

(1) Bendígale Dios. ¡Viva Jacobo!

como sospechosos. Entre los que quedaban habia algunos que miraban con una sorpresa mezclada de terror y de aversion á aquellos montañeses cuyo lenguaje y vestidos eran tan estraños. Los mas perspicaces no podian imaginar que aquella reducida tropa, mal equipada, mal armada, mal disciplinada, llevase á cabo su temeraria empresa : así es que el ejército del príncipe no reclutó sino á los que cegaba el fanatismo político , y á algunos hombres arruinados que no tenian nada que perder.

Preguntaban al baron de Bradwardine qué pensaba de aquellos reclutas; y tomando lentamente un polvo, y abriendo grandes ojos, respondió sacudiendo la cabeza :

«No puedo menos de formar bonísima opinion de ellos, pues se parecen exactamente á los hombres que fuéron á reunirse al rey David en la caverna de Adulam : *videlicet*, es decir, son todos

CAPITULO LVII.

155

gente empeñada y descontenta ; lo que vierte la *Vulgata* por gentes cuya alma yace sumida en la amargura. «Sin duda harán prodigios con sus manos, y eso es lo que necesitamos; porque he visto algunos que nos lanzaban á nosotros mismos miradas muy siniestras.»

Ninguna de estas consideraciones inquietaba á Fergus, entretenido á mirar la fertilidad del pais que atravesaban, y la situacion de los castillos que veian: «Waverley-Honour, preguntó á nuestro héroe, es tan bello como ese edificio?

—Es dos veces mas grande.

—¿El parque de vuestro tio es tan dilatado como ese ?

—Dos veces mas vasto , y mas parecido á un bosque que á un parque.

—Flora será una muger feliz !

—Creo que miss Mac-Ivor no necesita el alcázar de Waverley-Honour para ser feliz....

—Tambien lo creo, pero la posesion

156

WAVERLEY,

de una propiedad tal merece muy bien entrar en cuenta.

— Miss Mac-Ivor repararía fácilmente semejante omisión.

—¿Qué quereis decir, señor Waverley? dijo Fergus algo confundido , ¿hablais seriamente ?

— Muy seriamente , querido Fergus.

— Luego tratais de darme á entender que no deseais ya mi alianza , ni la mano de mi hermana ?

—Vuestra hermana ha rehusado la mia, ya directamente, ya por todos aquellos medios que acostumbran emplear las señoras cuando quieren alejar á un amante que les desplace.

—En mi vida he oido que una dama despidiese á un amante, ó que este se retirase, sin explicarse delante del tutor legal, cuyo consentimiento tuviera ella... Me parece que no esperaríais que mi hermana os cayese en la boca como una ci-

CAPITULO LVII.

157

ruela madura, segun el proverbio de nuestras montañas.

— Coronel, ignoro enteramente cuales son las formalidades que emplean vuestras damas para despedir á sus amantes; soy en un todo extranjero á los usos de vuestras montañas en esta clase de negocios; mas no creo tener el menor derecho para interponer apelacion de la sentencia pronunciada por miss Mac-Ivor. Os diré francamente que aunque admirador de la reconocida belleza y raros talentos de miss Mac-Ivor, no me resolveria nunca á recibir la mano de un ángel con un imperio por dote, si no debia su consentimiento mas que á la autoridad y á la importunidad de sus amigos y tutores: no tendré otra esposa que la persona que me honre libremente con su eleccion.

— ¡Un ángel con un imperio por dote! dijo Fergus con sardónica sonrisa... me parece que vuestras pretensiones son

demasiado elevadas para un simple *squire* de vuestro condado... Pero si Flora Mac-Ivor, añadió mudando de tono, no puede llevaros un imperio por dote, es mi hermana , y este título me hace esperar que nadie querrá tratarla de un modo inconsiderado.

— Es Flora Mac-Ivor; y si yo fuese capaz de olvidar las atenciones debidas á una señora, os aseguro que este título seria para ella suficiente proteccion.»

La frente del gefe se puso mas sombría: Eduardo lo observó, pero estaba sobrado indignado del tono que habia usado con él, para creerse obligado á dar el menor paso que pudiera desviar la tempestad. Uno y otro permanecian tranquilos en la apariencia; pero Fergus no estaba en estado de guardar por mas tiempo aquella penosa reserva: con todo supo contenerse, volvió la cabeza, y continuó su camino con el mas profundo silencio. Como estaban acostumbra-

CAPITULO LVII.

159

dos á verles caminar juntos, y siempre el uno al lado del otro, Waverley esperó tranquilamente que el compañero recobrase su buen humor si lo tenia por conveniente, pero determinadísimo á no adelantarse en lo mas mínimo para ello, ni hacer la menor sumision.

Despues que anduvieron un cuarto de hora en este obstinado silencio, Fergus emprendió otra vez la conversacion, pero en tono muy diferente: «Tal vez me he encolerizado demasiado, dijo; mas convenid, mi querido Eduardo, en que vuestra ignorancia de los usos del mundo es capaz de hacer perder la paciencia á cualquiera. Os habeis amoscado porque Flora os ha manifestado cierta altanería y quizá sobrado entusiasmo en sus principios políticos.... Os enfadaís como un niño con ira el trebejo que pedia llorando; é imputais como un crimen á vuestro amigo el no tener los brazos bastante largos para llegar hasta

160**WAVERLEY ,**

Edimburgo, á fin de daros al instante el objeto de vuestros deseos. Convendréis en que si tuviese menos prudencia y moderacion , el disgusto que siento al verme forzado á renunciar una alianza que los montañeses y los habitantes del llano miran como suspendida sin saber el motivo ni la causa; convendréis, digo, en que semejante mortificacion seria capacísima de inflamar á un hombre mas sufrido y mas frio que no soy yo. Voy á escribir á Edimburgo á fin de saber el verdadero estado de este asunto; no obstante, doy solamente este paso en la suposicion de que os será agradable.... No puedo creer que no tengais respecto á Flora los mismos sentimientos que me habeis manifestado tantas veces.

—Coronel Mac-Ivor, respondió Eduardo, que no queria entrar mas á fondo en un negocio que consideraba ya mucho tiempo como terminado, conozco todo el precio de los servicios que teneis la

CAPITULO LVII.

161

bondad de ofrecerme, y me miro como honradísimo con el celo que manifestais; pero como miss Mac-Ivor se ha determinado por su propia voluntad á desechar mis ofrecimientos, creo que no debo importunarla de nuevo. Ya mucho tiempo que deseaba daros á conocer estos pormenores; mas habeis visto por vos mismo el estado del corazon de vuestra hermana respecto á mí, y esto sin duda os ha prevenido. Os confieso que sentia la mayor repugnancia en trabar conversacion sobre un asunto que no podia menos de ser desagradable para él uno y para el otro.

—Muy bien, señor Waverley: queda terminado el asunto: no necesito instar mucho á mi hermana á decidirse en favor de nadie del mundo.

—Ni yo necesito esponerme de nuevo á ver despreciados mis ofrecimientos.

—Con todo daré algunos pasos, añadió Fergus, como si no hubiese oido la

TOMO V.

11

reflexion de Eduardo; trataré de saber qué piensa mi hermana sobre este asunto, y entonces veremos como ha de terminarse.

— Haced lo que gustéis; no necesitáis consejos de nadie. Sé que es enteramente imposible que miss Mac-Ivor mude de modo de pensar; pero si contra toda probabilidad sucediese esto, yo siempre seré el mismo : os hago esta observacion para evitar tan solo cualquier error.»

Mac-Ivor estuvo tentado á terminar al punto la querella por la via de las armas, y miró á Waverley de arriba abajo con ojos centellantes, como buscando el lugar en que el acero debia dar un golpe mortal. Mas aunque ya no se baten en nuestro tiempo segun las reglas y figuras de Caranza, ó de Vicente Saviola, con todo nadie sabia mejor que Fergus que era necesario un razonable pretexto para un duelo de muerte. Por ejemplo, se puede enviar un cartel á uno que os ha pisado

CAPITULO LVII.

163

en medio de una muchedumbre , ó á uno que os ha empujado contra la pared ó que os ha lomado vuestro asiento en el teatro; pero el código del honor moderno no permite pedir satisfaccion alguna porque uno cese de amar á una hermosa parienta que le ha despreciado. Fergus se vio pues obligado á devorar el insulto que pretendia haber recibido, prometiéndose espiar la ocasion de vengarse con cualquier pretexto.

El criado de Waverley conducia siempre en la retaguardia del batallon á que estaba agregado un caballo ensillado para su dueño, aunque este se servia raras veces de él; mas en este momento, indignado de la conducta imperiosa y desazonable del que habia creido amigo, dejó desfilar la columna , y montó su caballo, con intencion de reunirse al baron de Bradwardine para pedirle servir bajo sus órdenes en calidad de voluntario.

La hiciera buena, se decía para sí en el camino, si me hubiese aliado con ese hombre lleno de orgullo, de amor propio y de cólera! El es coronel!... Merece el grado de generalísimo!... «Gefe de una pequeña tribu de trescientos á cuatrocientos hombres, tiene todo el orgullo necesario para ser kan de Tartaria, gran señor, ó gran mogul!... mas ya estoy fuera de él! Si Flora era un ángel, el cuñado de su marido seria un segundo Lucifer de ambición y de cólera.

El baron, cuya erudicion se consumia por falta de ejercicio (como Sancho, en Sierra Morena, que pensaba que los refranes se le perdian en el buche¹¹) alegróse de la proposicion que le hizo nuestro héroe, esperando indemnizarse del penoso silencio que guardaba ya tanto tiempo.

Esto no obstante, el buen anciano hizo muchos esfuerzos para reconciliar á los amigos. Fergus escuchó sus reflexiones con la mayor frialdad, y Waverley creyó

¹¹ Cfr. WAV (394): "(like Sancho's jests while in the Sierra Morena)". OLI, a partir de DEF, amplia el intertexto de Scott con un comentario que acentúa el carácter cómico del personaje cervantino. Cfr. GUT-LOP (II, 226): "(como los proverbios de Sancho en Sierra Morena)".

CAPITULO LVII.

165

que no debía dar los primeros pasos para volver á atar unos lazos que habia roto el primero de un modo tan poco razonable. El baron lo participó al príncipe, quien á fin de prevenir toda querella en su pequeño ejército, prometió hacer presente á Mac-Ivor lo inoportuno de su conducta. Los embrazos de la marcha fueron causa de que trascurriesen dos dias sin que Cárlos-Eduardo hallase ocasion de interponer su mediacion.

Aprovechóse Waverley de los conocimientos militares que habia adquirido en el regimiento de G..., y sirvió de ayudante al baron: *Parmi les aveugles un borgne est roi* (1), dice el adagio francés. La caballería, que componian tan solo los hidalgos de los Lowlands, sus arrendatarios y sus criados, concibió la mas alta idea de los conocimientos de Waverley, y tomó el mas sincero afecto á su

(1) Entre los ciegos un tuerto es rey.

persona. Imaginaban que era grande honor para ellos el que un distinguido hidalgo hubiese dejado á los highlanders por servir con los dragones en calidad de simple voluntario. Reinaba secreta enemistad entre la caballería y la infantería, no solamente por causa de la preeminencia en el servicio, sino porque la mayor parte de los hidalgos de las tierras bajas que habitaban cerca de los Highlanders solian tener á menudo algunas querellas con las tribus vecinas, y miraban de muy mal ojo á los que pretendian tener mas valor que ellos y servir mejor al príncipe.



CAPITULO LVIII.

REINA LA CONFUSION EN EL CAMPO DEL
REY AGRAMANTE.

WAVERLEY tenia la costumbre de desviarse algunas veces del regimiento para observar todos los objetos curiosos que percibia a alguna distancia. Se hallaban en el Lancashire : dejó su escuadron durante una media hora para ir á formarse idea de una antigua fortaleza guarnecida de torres y almenas. Volvia á bajar la avenida, cuando encontró al alférez Mac-Combich: este hombre habia tomado cierto afecto á nuestro héroe desde el dia que lo encontró en Tully-Veolan, y que le introdujo entre los montañeses: aflojó el paso de intento, como para encontrar

á nuestro héroe; sin embargo, cuando estuvo cerca de él, acercóse solamente al estribo, no pronunció mas que esta palabra *guardaos!* y se ausentó rápidamente para evitar toda esplicacion.

Eduardo, algo sorprendido de esta advertencia, siguió con los ojos á Evan, y viole en breve desaparecer por medio de los árboles. Su criado Alick Polwarth, que estaba con su dueño, vió tambien ausentarse al highlander , y se aproximó á Eduardo.

«No creeré ya nada, dijo como alarmado, si os hallais seguro en medio de estos montañeses.

— ¿Qué quieres decir, Alick?

— Señor, los Mac-Ivors se han puesto á la cabeza que habeis hecho una afrenta á su jóven señora , miss Flora : y he oido á algunos amenazar con que os tomarian por un gallo silvestre. No ignorais que la mayor parte de ellos no tendrian escrúpulo en disparar contra el mismo

CAPITULO LVIII.

169

príncipe, si su gefe les daba la señal con una simple ojeada , y hasta sin su órden, si creyeran darle gusto en ello.»

Aunque convencido de que Fergus no era capaz de semejante perfidia , conoció Waverley que todo lo debia temer hallándose en poder de aquellos montañeses. Sabia que cuando el honor de un gefe ó de su familia se veia atacado, cada miembro de la tribu aspiraba á la dicha de vengarle. No le era desconocido su proverbio : «La venganza mas pronta y mas segura es la mejor.» Creyó pues prudente dar de espuelas al caballo en vista del aviso de Evan, y reunirse prontamente á su escuadron. Antes de llegar al cabo de la avenida, una bala le rozó silbando la oreja, y oyóse un tiro de pistola.

«Es ese demonio de Callum Beg, dijo Polwarth ; le he visto huir ocultándose en esas largas yerbas.»

Indignado justamente con esta traicion, Eduardo salió á galope de la ave-

nida ; vio á alguna distancia al batallon de Ivor que desfilaba en la llanura, y percibió al mismo tiempo un hombre corriendo sin aliento para colocarse en las filas. Concluyó de aquí que era este el asesino , que saltando por encima de los cercados , debía llegar mas pronto á donde estaba su cuerpo que un hombre á caballo. No pudiéndose ya moderar, dio órden á Polwarth de ir á encontrar al baron de Bradwardine, cuyo regimiento se hallaba á poca distancia , y darle cuenta de cuanto acababa de acontecer. El propio dio galope á su caballo para reunirse á la tropa de Ivor : el gefe acababa de dejar al príncipe, y se volvía á su puesto; mas así que percibió á Waverley volvió la brida para venir á su encuentro» — Coronel Mac-Ivor, dijo Eduardo sin mas preámbulos, debo informaros de que uno de los de vuestra gente acaba de dispararme un tiro desde un lugar en que se habia emboscado.

CAPITULO LVIII.

171

— Como ese es un placer de que quiero disfrutar al punto (aunque no emboscado) alegrárame de conocer á ese de mi tribu que se ha tomado la licencia de ganarme por la mano.

—Estoy á vuestras órdenes allá donde queráis: el hidalgo que os ha ganado por la mano es vuestro page Callum-Beg que veis ahí.

—Callum, dijo Fergus, salid de las filas: ¿ habéis disparado contra el señor Waverley ?

—No, respondió Callum sin la menor emoción.

—Vos fuiste, dijo Polwarth, que se había apresurado á venir á todo escape, despues de encargar á un caballero su comision para con el baron; vos fuiste : os he visto tan distintamente como vi la antigua iglesia de Condingham.

— Mentís , respondió Callum con su imperturbable sangre fría.»

El combate de los escuderos hubiera

sin duda precedido al de los dos caballeros, como en tiempo de la caballería; Polwarth era un bravo labrador del condado de Merse que temia menos el *claymore* y el *dirk* de los montañeses que las flechas de Cupido ; mas el gefe pidió la pistola á Callum con su tono imperativo de costumbre. La cazoleta abierta y la llave negra de humo indicaban que el arma acababa de ser disparada.

«Toma, dijo Fergus dándole en la cabeza con toda la fuerza de su brazo con su pistola ; toma, aprende á no obrar sin órden mia y á no mentir en seguida para disculparte.» Callum recibió el golpe sin tratar de evitarle y cayó. «No deis un paso; dijo Fergus á los demas de su tribu, os va la vida! Levantaré la tapa de los sesos á cualquiera que ose interponer su mediación entre el señor Waverley y yo.» Todos permanecieron inmóviles. Evan Dhu fué el único que dio algunas señales de inquietud y de pesar. Callum ten-

CAPITULO LVIII.

173

Dido en tierra perdía mucha sangre; pero nadie se atrevió á prestarle el menor socorro: parecía que hubiese recibido el golpe de la muerte.

«En cuanto á vos, señor Waverley, añadió Fergus, tened la bondad de hacer recular el caballo veinte pasos.»

Waverley lo hizo así. Guando estuvieron solos á alguna distancia , el gefe añadió con afectada frialdad: « No pudo menos de admirarme , caballero , la misteriosa reserva con que me hablasteis algunos dias hace: un ángel, como dijisteis muy bien, no hubiera podido agradaros sino os llevaba un imperio por dote: me he agenciado escelentes comentarios sobre este texto que tan obscuro me pareció al principio.

—No puedo adivinar lo que queréis decir, si es que no habeis formado el proyecto de trabar una querella.

—No finjais una ignorancia que de nada os puede servir; el príncipe, el

mismo príncipe me ha dado á conocer vuestras operaciones. Distaba mucho de suponer que vuestras conexiones con miss Bradwardine fuesen un motivo suficiente para que rompieseis vuestros empeños con mi hermana: conozco ahora que así que habeis sabido que el baron cambiaba el destino de sus tierras, habeis creido conveniente desechar la hermana de vuestro amigo y robarle su querida.

— ¿El príncipe os ha dicho que yo estoy comprometido con miss Bradwardine? no es posible.

— Me lo ha dicho: sacad la espada y defendeos, sino es que preferís renunciar á todas vuestras pretensiones.

— Eso es locura, ó alguna estraña equivocacion.

— Dejaos de efugios, y sacad la espada, dijo Fergus fuera de sí, desenvainando la suya.

— ¿He de batirme como un loco sin saber por qué ?

CAPITULO LVIII.

175

—Renunciad pues para siempre vuestras pretensiones á la mano de missBradwardine!

—¿Con qué derecho, exclamó Waverley, con qué derecho me hablais así? ¿Cual es el hombre en la tierra que se crea con derecho de dictarme semejantes condiciones? Y esto dicho Waverley empuñó la espada.

Iban á cruzar los aceros, cuando llegó el baron seguido de la mayor parte de sus caballeros : venian á rienda suelta , los unos por curiosidad y los otros para tomar parte en la disputa. A su llegada los montañeses creyeron deber sostener á su gefe;y todo anunciaba que aquella escena de confusion acabaria por ser sangrienta. El baron peroraba, Fergus votaba, los highlanders voceaban en gaélico, y los caballeros juraban en el dialecto de los lowlands; por fin la cosa llegó á tal extremo, que el baron amenazó atacar á los Mac-Ivors sino volvian á po-

nerse en sus filas; y en respuesta le apuntaron muchos de ellos sus armas de fuego. Mantenía sordamente el desorden el viejo Ballenkeiroch, quien creía que era llegado el día de la venganza , cuando se levantó de repente un grito : «*¡Lugar, lugar! ¡Lugar á Monseñor! ¡Lugar á Monseñor!*»

Este grito anunciaba al príncipe ; era él en efecto, seguido de un destacamento extranjero de Fitz-James-Dragons, que le servían de guardias de corps. Su llegada restableció poco á poco el orden : los montañeses se colocaron otra vez en sus filas; los caballeros envainaron los sables; y el baron y Fergus guardaban el mas profundo silencio.

Llamólos el príncipe, como tambien á Waverley : cuando supo que la disputa provenia de la maldad de Callum Beg. mandó que fuese entregado al punto al preboste mayor del ejército para castigarle sin demora alguna. Fergus, con el

CAPITULO LVIII.

177

tono de un hombre que parece reclamar un derecho antes que solicitar un favor, rogó que le permitiese castigarle él propio: una negativa hubiera ofendido al derecho patriarcal de los gefes , derecho de que eran celosísimos. El príncipe sabía cuan peligroso era de contenerles, y en consecuencia de esto consintió que Callum fuese entregado á la justicia de su propia tribu.

Informóse el príncipe del asunto que habia suscitado la querella entre Fergus y Waverley ; durante algunos minutos reinó profundo silencio. Los dos jóvenes hidalgos no se atrevían á esplicarse en presencia del baron de Bradwardine, porque se hubieran visto obligados á nombrar á su hija : miraban fijamente al suelo, y su rostro anunciaba el temor y la turbacion. El príncipe, educado en medio de malcontentos de toda clase en la corte de S. German, habia pasado su aprendizaje *del oficio de rey*, sirviéndonos

TOMO V.

12

178

WAVERLEY ,

de las espresiones del gran Federico; sabia cuanto importaba mantener, ó restablecer la union entre sus partidarios, y tomó al punto las medidas que juzgó oportunas.

«Mr. de Beaujeu? (1) dijo.

— Monseñor? respondió un jóven oficial francés de muy buen talante que le servia de ayudante.

— Tened la bondad de alinear esos montañeses, como también la caballería, si os place, y de ponerlos otra vez en marcha, *hablais* tan bien el inglés! No os costará mucho trabajo.

— Ah! no le hablo muy bien , monseñor, repuso el conde de Beaujeu inclinándose profundísimamente, é hizo *piaffer* su caballo al frente del regimiento de Fergus, aunque no entendia ni una palabra el gaélico, y poquísimo el inglés.

(1) Todo este diálogo está en el original en francés y en mal inglés¹².

¹² Cfr. DEF (422): “—Messieurs les sauvages écossais, dit-il, c’est-à-dire *gentlemen savages*, have the goodness d’arranger vous! (...)”; WAV (400): ““Messieurs les sauvages Ecossois – dat is – *gentilmen savages*, have the goodness d’arranger vous’ (...)”. El conde de Beaujeu es uno de los oficiales de caballería procedentes de Francia que llegan a Gran Bretaña para apoyar la reclamación a la corona por parte de Carlos Eduardo Estuardo, educado éste en la corte de Saint Germain. Scott pone en boca del conde Beaujeu una lengua híbrida donde se mezclan el francés con algunas expresiones en un inglés incorrecto que delata la influencia de su lengua nativa. Con este “franglais” el autor busca suscitar un efecto cómico entre los lectores. OLI –a partir de DEF– reproduce ese idioma mixto en cursiva pero también traduce algunos segmentos al español, ya sea en el propio texto o en notas a pie de página.

CAPITULO LVIII.

179

— Señores salvajes escoceses, dijo , es decir, *gentlemans sauvages*, *have the goodness* (1) de alinearos.»

La tribu, que comprendió el mandato mucho mas por los gestos que por las palabras, se apresuró á alinearse.

«Ah! *verywell!* es decir muy bien, dijo el conde de Beaujeu, *gentlemans sauvages!*

— Pero muy bien: qué es lo que *llamais visage monsieur?* (dirigiéndose á un soldado. Ah! si! *face!* Os doy gracias monsieur. Hidalgos, *have the goodness to make* de frente , *to de right* por fila. Marchen! Pero muy bien, señores míos. Es preciso ponerlos en marcha. Marchad pues, en nombre de Dios! porque se me ha olvidado la palabra inglesa. Mas sois gente bizarra, y me comprendéis muy bien.»

En seguida, el conde dirigió su caballo hácia la caballería del baron de Brad-

(1) Tened la bondad.

wardine para practicar la misma operación. «*Gentlemans cavalerie, you must fall en...* (1). Ah! á fe mia que no os decia á vos que cayeseis. Temo no se haya hecho daño el grueso *gentleman*. Ah! mi Dios, es el comisario que nos llevó las primeras noticias de este maldito fracaso. Mucho lo siento, señor mio.»

Mas el pobre Macwheeble, que figuraba en calidad de comisario de guerra, con su larga espada al lado , y una cucarda blanca ancha como una galleta, acababa de ser sacado de la silla en el tumulto, y antes de poder hacer andar su jaco, vió que le habian dejado en la retaguardia, con grandes risotadas de los espectadores. «Hola, señores, *wheel to de right* (2). Ah! esto es! Eh! señor de Bradwardine,

(1) Hidalgo de caballería, debeis caer en... Estas palabras son equívocas.

(2) Vuelta á la derecha! El conde de Beaujeu pronuncia *de por the*.

CAPITULO LVIII.

181

tened la bondad de ponerlos á la cabeza de vuestro regimiento, porque, válgame Dios, que no puedo mas.»

El baron se vio obligado á socorrer á Mr. de Beaujeu, que habia agotado ya todo su inglés. Los dos objetos que el príncipe se habia propuesto estaban conseguidos: el primero era cambiar la disposition de espíritu de los montañeses , y de los caballeros, que no pudieron menos de escuchar con atencion los mandatos pronunciados por un extranjero; y el segundo, desviar al baron de Bradwardine.

«Señores, dijo Cárlos-Eduardo á Fergus y á Waverley cuando se vio solo con ellos, si debiese menos favores á vuestra desinteresada amistad; os manifestaría el descontento que me ha causado vuestra loca querella en un momento en que el servicio de mi padre reclama tan imperiosamente la mas perfecta union entre todos sus amigos. Lo que es mas

doloroso para mí es ver que aquellos á quienes me habia prescrito como un deber estimar y querer, miran como un juego el arruinar todas mis esperanzas.»

Los dos hidalgos se apresuraron á manifestarle respetuosamente que se atendrian á su decisión.

«Confieso, dijo Eduardo, que no sé de que se me acusa: no busqué al coronel Mac-Ivor sino para informarle de que uno de sus gentes por poco no me habia asesinado. En cuanto al motivo que le mueve á querer batirse conmigo, no sé mas sino que me acusa sin fundamento de haber embarazado sus pretensiones, comprometiéndome con una dama joven á quien ama.

— Si padezco error, respondió Fergus, proviene de la conversacion con que me honró esta mañana su Alteza real.

— De nuestra conversacion? respondió el caballero ; es imposible que Mac-Ivor me haya comprendido tan mal!

CAPITULO LVIII.

183

Condújole aparte, y despues de algunos minutos de animadísima conversacion, volvió á galope hacia Eduardo.

—¿Es posible, dijo (coronel, acercaos, no soy amigo de secretos); es posible, señor Waverley, que no me haya engañado suponiéndoos el amante correspondido de miss Bradwardine? Aunque no me habeis dicho nada, me lo habia persuadido en términos, que no he tenido dificultad en decírselo esta mañana á Vich Jan Vohr, á fin de que no se ofendiese si cesabais de ambicionar una alianza que un amante libre de todo lazo anterior no abandonaria con tanta ligereza aun despues de una repulsa.

— Vuestra Alteza real, respondió Waverley, debe haber fundado su opinion en conjeturas enteramente desconocidas para mí, cuando me ha hecho el honor de suponerme el amante correspondido de miss Bradwardine. Conozco cuanto me honra esta suposición ; mas no poseo

ningun título para merecerla: respecto á lo demas, tengo sobrada poca confianza en mi propio mérito , para esperar alcanzarlo despues de haber sido terminantemente despreciado.»

El caballero guardó silencio por espacio de algunos instantes mirando sucesivamente á Eduardo y á Fergus.

«Señor Vaverley, dijo en fin, por mi honor que sois menos dichoso de lo que pensaba, no sin razon á mi entender. Señores, permitidme que sea mediador entre vosotros, no en mi calidad de príncipe regente, sino como á Cárlos Eduardo, como á vuestro compañero de armas en la misma causa: olvidad todos mis títulos, y no penseis mas que en vuestro honor. ¡Qué escándalo para nuestros amigos! Qué triunfo para los partidarios de la casa de Hanover al ver que siendo tan pocos reina la desunion entre nosotros! Cesad de hacer del nombre de las damas de que se trata materia de dis-

CAPITULO LVIII.

185

cordia : permitidme que os diga que merecen mas consideraciones por vuestra parte! »

El príncipe desvió aparte á Fergus , y le habló de un modo muy animado durante dos ó tres minutos; en seguida volvió á Eduardo para decirle: «Me parece que he demostrado al coronel Mac-Ivor que su resentimiento provenia de una equivocacion á que yo habia dado lugar; estoy persuadido de que el señor Waverley es sobrado generoso para guardar el menor rencor por lo que ha pasado. Despues de la esplicacion que acabo de daros , espero , coronel, que desengañaréis á vuestra tribu, á fin de prevenir toda nueva violencia (Fergus se inclinó). Señores, tenga yo la satisfaccion antes de dejaros de veros dar la mano... Ambos avanzaron friamente y con lentos pasos , como queriendo evitar cada uno de por sí hacerlo el primero ; sin embargo acabaron por sacudirse la mano , y se sepa-

raron despues de haberse despedido respetuosamente del caballero.»

Cárlos Eduardo dirigió entonces su caballo hacia la primera fila de los Mac-Ivors , y echó pie á tierra para beber en la cantina del viejo Ballenkeiroch. Caminó con ellos cerca de media milla haciéndoles muchas preguntas sobre la historia y las alianzas de Sliochd Nau Ivor, encajando con suma destreza las pocas palabras gaélicas que sabia, y manifestando el mayor deseo de instruirse en aquella lengua. Montando otra vez á caballo, alcanzó en breve el regimiento del baron de Bradwardine , y mandando que hiciese alto, examinó con la mayor escrupulosidad las armas y arneses, y tomó nota de los principales oficiales y de muchos cadetes. Cerca de una hora caminó con él Bradwardine, y escuchó con paciencia la relación de tres largas anécdotas acerca del mariscal duque de Berwich.

CAPITULO LVIII.

187

Ah! Beaujeu, mi querido amigo!
dijo cuando se hubo reunido con su
estado mayor: ¡cuan enojoso es algunas
veces el oficio de príncipe! pero,
courage! c'est le grand jeu après tout

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO QUINTO.

Páginas.

CAP. XLVI. La víspera del día de la batalla.....	1
CAP. XLVII. La batalla	16
CAP. XLVIII. Embarazo imprevisto.....	29
CAP. XLIX. El prisionero inglés.....	44
CAP. L. Pormenores poco importantes.....	58
CAP. LI. Intrigas políticas y amorosas.....	72
CAP. LII. Intrigas de sociedad y de amor.....	90
CAP. LIII. Fergus enamorado.....	105
CAP. LIV. Siempre inconstante	120
CAP. LV. Un bravo abrumado por el dolor...	130
CAP. LVI. Waverley obra.....	141
CAP. LVII. Marcha.....	151
CAP. LVIII. Reina la confusión en el campo del rey Agramante.....	167

WAVERLEY.

Esta obra es propiedad del Editor, y todos los ejemplares irán firmados y lubricados por él mismo.

Franc. Oliva.

WAVERLEY,

NOVELA

original inglesa



TOMO VI.

BARCELONA

Librería de Oliva.

1836.



Pie de ilustración: El señor Rubrick tuvo la satisfaccion de dar la bendicion nupcial á los dos esposos.

WAVERLEY,

Ó SESENTA AÑOS HA;

NOVELA ORIGINAL INGLESA,

POR WALTER SCOTT.

Con Láminas

TOMO SEXTO.



arcelona.

IMPRENTA DE OLIVA , EN LA PLATERIA.

1836.

WAVERLEY.

CAPITULO LIX.

ESCARAMUZA.

CASI es inútil recordar al lector que ha leído la historia que despues de un consejo de guerra , celebrado en Derby el 5 de diciembre, los montañeses abandonaron su proyecto de avanzar mas lejos en el interior de la Inglaterra, y se decidieron á retirarse hacia el norte con gran sentimiento de su jóven y audaz gefe (1).

(1) El Príncipe (como tambien Fergus) no cedió á la opinion de aquellos oficiales sino des-
TOMO VI.

1

2

WAVERLEY ,

En consecuencia de esto, principiaron su retirada , y con la rapidez de su marcha escaparon á los movimientos del duque de Cumberland, que los perseguía con un numerosísimo cuerpo de caballería.

Esta retirada era cruel renuncia de sus altas esperanzas : ninguno las habia formado mas brillantes que Fergus, y á ninguno por consiguiente mortificó mas esta mudanza; hizo las mas vivas representaciones en el consejo de guerra ; y viendo que no producian efecto , no pudo contener las lágrimas de dolor y de rabia. Desde entonces varió toda su persona en términos, que era imposible, por decirlo así, reconocer en él aquel jóven ardiente é impetuoso, para quien pocos dias antes parecia el mundo demasiado estrecho.

Continuó la retirada por espacio de

pues de hacer todos los esfuerzos posibles para decidirlos á presentar batalla al duque de Cumberland.

CAPITULO LIX.

3

muchos dias , cuando una mañana, la del 12 de diciembre tal vez, quedó muy sorprendido Waverley al recibir visita de Fergus en los cuarteles que ocupaba en una aldea , entre Shap , y Penrith.

Como no habia vuelto á ver al gefe desde su rompimiento, esperaba Eduardo con inquietud saber el motivo de esta visita. Notaba con sorpresa la alteracion de toda su persona : su mirar habia perdido mucha parte de su viveza, sus mejillas estaban cóncavas, su voz era desmayada, su andar casi vacilante , y sus vestidos, que acicalaba antes con tanto cuidado, veíanse desordenados. Invitó á Waverley á acompañarle hasta la orilla de un riachuelo que habia cerca de allí: una sonrisa melancólica movió ligeramente sus labios cuando vio que Eduardo tomaba su espada y la ataba á su cintura. Así que llegaron á un lugar cubierto de yerba y solitario á la orilla del agua: «Y bien! Waverley, dijo Fergus, nuestra bella aven-

4

WAVERLEY,

tura se ha frustrado del todo! Me alegraría de saber vuestros proyectos.... No me mireis con aire de admiracion; ayer tarde recibí una carta de mi hermana: si hubiese sabido mas pronto las noticias que me da, hubiera evitado una escena cuya memoria me es siempre dolorosa. Escribíle nuestra querella y el motivo que la causó; y me contesta que nunca os dio lugar á formar la mas leve esperanza de ser correspondido: de este modo me he portado como un insensato.... Pobre Flora ! me escribe enagenada todavía con nuestros triunfos; ¡como van á cambiar sus ideas cuando le llegue la nueva de esta fatal retirada!»

Waverley, sinceramente conmovido con el acento de profunda melancolía con que Fergus acababa de hablarle, suplicóle afectuosamente que olvidase la penosa esplicacion que tuvieron juntos: apretáronse de nuevo la mano; mas esta vez con cordialidad y de corazon.

CAPITULO LIX.

5

«Qué pensais hacer? preguntó nuevamente Fergus; no hariais bien en abandonar este desgraciado ejército, marchar á largas jornadas hacia el norte de la Escocia y embarcaros en alguno de los puertos que están todavía en poder nuestro? Cuando os halleis en el continente vuestros amigos alcanzarán fácilmente vuestro perdón.... Me alegraría de que os llevaseis en vuestra compañía á Rosa Bradwardine en calidad de esposa, y que los dos tomaseis bajo vuestra proteccion á Flora.... (Eduardo pareció sorprenderse). Rosa os ama, y creo que vos la amais tambien sin saberlo; porque no pasais por muy hábil en esto de conocer vuestros verdaderos sentimientos.» Pronunció estas últimas palabras con una especie de sonrisa.

«Amigo mio, respondió Eduardo, como podeis proponerme desertar de una causa en la que todos nos hemos embarcado?

— Sí, embarcado!... El vajel no tardará en naufragar, y es tiempo para los que aprecian la vida de echarse en una lancha.

— Y los otros qué harán? si nuestra retirada era tan fatal como decís, porque la han consentido los gefes de los highlanders?

— Se han persuadido que el gobierno , como cuando la primera insurrección , no hará decapitar ó colgar, y que no confiscará los bienes mas que á los hidalgos de los lowlands, y que los dejarán tranquilos en medio de sus soldados¹, desde donde, según su proverbio , podrán observar desde la altura de sus rocas las oleadas, hasta que se aplaquen los vientos. Pero se engañan!.... han importunado sobradas veces para que se les deje tranquilos; y por esta vez se ha asustado demasiado John Bull para que recobre en mucho tiempo su buen humor. Los ministros de Hanover han

¹ Cfr. DEF (428): “(...) au milieu de leurs solitudes (...)”; WAV (405): “(...) in their poverty and their fastnesses (...)”. El cambio de sentido de la traducción española podría deberse a un fallo tipográfico. Cfr. XER (IV, 39): “(...) enmedio de sus soledades (...)”; GUT-LOP (II, 242): “(...) pobres y solitarios (...)”.

CAPITULO LIX.

7

merecido en todo tiempo ser colgados como bellacos ; pero al presente, si tienen la fuérza en la mano (lo que no puede dejar de suceder en breve, puesto que la Inglaterra no hace ningun movimiento, y que la Francia no envia el menor socorro), merecerian la horca como imbéciles si dejasen una sola tribu de los highlanders en estado de incomodar al gobierno.... No se contentarán con cortar las ramas, sino que arrancarán el árbol de raiz.

—Me aconsejais la huida, y no seguiré yo este consejo aunque peligre mi vida: ¿pero vuestros proyectos cuales son ?

—Oh ! mi destino está fijado! mañana ó habré muerto ó estaré prisionero.

—Qué quereis decir Fergus? El enemigo dista de nosotros una jornada de marcha , y por otra parte somos bastante fuértes para rechazarle: acordaos de Glandsmuir.

—Lo que os digo no es sino la verdad,

8

WAVERLEY ,

al menos por lo concerniente á mi persona.

— En qué fundais esa triste predicción?

— En una autoridad que no ha engañado nunca á ningun miembro de mi familia.... He visto.... he visto, añadió con voz ahogada, he vislo el *Bodach-Glas*!

— El *Bodach-Glas*!

— Sí: en el largo tiempo que residisteis en Glennaquoich, ¿no oisteis hablar alguna vez de la fantasma parda, aunque siempre evitamos mencionarla?

— No, nunca.

— Ah! la pobre Flora os interesará mucho en esta relacion! —Si esta colina fuéра Beumore , ó si ese ancho y azul lago que mirais desarrollarse entre aquellas montañas fuéра el Loch-Tay ó mi Loch an Ri, lo que voy á referiros guardaria mas armonía con semejante sitio. Sin embargo , sentémonos en este montecillo:

CAPITULO LIX.

9

Sadleback yUlswater (1) convendrán mas en lo que voy á confiaros , que los fuértes vallados, los cercados y las granjas de Inglaterra. Sabed pues que cuando mi abuelo Jan-Nau-Chaistel asoló el Northumberland, se habia asociado para esta espedicion con un gefe del mediodia de la Escocia, ó capitan de una banda de lowlands , llamado Halbert Hall. Al volver á sus paises por los montes Cheviots, tuvieron una querella por la reparticion del botin , y de palabras pasaron á golpes. Los lowlands fuéron todos esterminados, y su mismo gefe cayó el último al filo de la espada de mi abuelo. Desde entonces se ha presentado siempre su espíritu á los Vich-Jan Vohr cuando les amenazaba alguna desgracia , y sobre to-

(1) Montaña y lago del Westmoreland. El Westmoreland y el Cumberland ofrecen lagos y montañas como la Escocia, pero de formas mas salvajes.

do cuando estaba próxima su muerte. Mi padre le vio dos veces : la víspera de la batalla en que cayó prisionero en Shirriff-muir, y el día de su muerte.

— Mi querido Fergus, y hablais seriamente de semejante cuento?

—No os pido que me creais; mas os digo una verdad confirmada por trescientos años de experiencia, y por la mia propia, en esta noche.

— En nombre del cielo esploaos!

— Voy á hacerlo , pero con condicion de que no habeis de chancearos sobre lo que os diré.... Escuchad! Desde que principió nuestra desgraciada reina-da, el sueño, por decirlo así, no ha cerrado mis ojos un solo instante: tanto he pensado en la suerte de mi tribu, en ese pobre príncipe que conducen de grado ó á la fuérza como un perro con trailla, y en la ruina total de mi familia. Esta noche, agitado por la fiebre, he dejado mi cuartel con la esperanza de que el aire

CAPITULO LIX.

11

frío me volviese parte de mis fuérzas. No sabré deciros cuanto me cuesta proseguir, estando cierto , como lo estoy , de que no dareis crédito á mi relacion.... Como sea, he atravesado un arroyo en el que han formado un puentecillo con algunas tablas: iba y venia sin determinada direccion.... De repente, los rayos de la luna me han hecho percibir á algunas toesas delante de mí la figura de un hombre muy alto , envuelto en una capa parda , semejante á las que llevan los pastores en el sud de la Escocia: hubiera cambiado al punto de direccion , pero no se me movia de delante siempre á la misma distancia.

—Seria sin duda un aldeano del Cumberland con su vestido de costumbre.

—No: al pronto lo creí así, y me admiraba de que tuviese la insolencia de seguir mis pasos.... le he llamado repetidas veces sin obtener respuesta. El corazon me palpitaba; y queriendo asegurar-

me de la verdad de lo que temia, me he vuelto á la derecha, y despues á la izquierda , he pasado adelante y luego he vuelto atrás. Válgame el cielo! Eduardo, á cualquiera parte que me volviese veia la fantasma delante de mí, no me cabe la menor duda de que era el *Bodach Glas*... Herizáronseme los cabellos.... vacilaron mis piernas.... no obstante, hice un esfuerzo para volver á mi cuartel, y la fantasma se ha deslizado delante de mí (no diré que andaba) guardando siempre la misma distancia. Despues se detuvo á la entrada del puente , y se ha vuelto hacia mí.... Erame preciso ó vadear el arroyo ó pasar por delante de la fantasma tan cerca como estoy de vos. La desesperacion, y la certeza de que mi muerte se acercaba han reanimado mi valor, y he sacado la espada. Hice la señal de la cruz y exclamé: espíritu del mal retírate. — Vich Jan Vohr me respondió la fantasma con una voz que heló toda mi

CAPITULO LIX.

13

sangre, guárdate mañana!—Al parecer no distaba mas que cuatro pasos de mí, mas así que hubo pronunciado estas palabras desapareció ; yo entré en mi cuartel y me eché en la cama donde he pasado algunas horas penosas. Esta mañana he montado á caballo para venir á informaros de lo que ha sucedido ; fuéa sobrado cruel para mí morir antes de reconciliarme con un amigo á quien habia ofendido.

Eduardo no dudaba de que hubiese creado la fantasma la exaltada imaginacion de Fergus , turbada como estaba por el dolor y por la supersticion tan comun entre los montañeses; mas no por esto le enterneció menos su situacion. Para distraerle de aquellas sombrías imágenes, le propuso que permaneciese con él hasta que llegase toda su tribu , y que continuasen yendo los dos juntos. Estoy muy cierto, dijo, de que el baron no me negará este favor.

—Mucho agradezco esta nueva muestra de afecto: ¿pero debo aceptarla, querido Waverley? Estamos en la retaguardia y este es el puesto mas peligroso en una retirada.

— Y el mas honroso !

— Adelante, sea así! decid á Polwarth que tenga siempre dispuesto su caballo... Tendré el mayor placer de gozar de vuestra compañía otra vez.»

La retaguardia tardó algun tiempo en llegar, pues la detuvieron muchos incidentes, y sobre todo los malos caminos: por fin entró en el pueblo en el mismo momento en que arrivaban Fergus y Waverley asidos del brazo del modo mas amigable. Al verles, disipóse el resentimiento de los highlanders contra nuestro héroe: Evan Dhu le acogió con placentera sonrisa, y el propio Callum Beg pareció muy satisfecho: este habia recobrada toda su actividad, pero estaba pálido y llevaba cubierta la cabeza con una ancha venda.

CAPITULO LIX.

15

«Sin duda ese malhechor, digo Fergus, tiene la cabeza mas dura que el mármol, pues el gatillo de mi pistola se rompió sobre ella.

— ¿Porqué le disteis tan fuerte á un mozo tan jóven ?

—Estos bellacos sino reciben de cuando en cuando alguna reprension no hacen nada de bueno.»

Pusiéronse en marcha despues de tomar las precauciones necesarias para evitar toda sorpresa. Los soldados de Fergus y un buen regimiento llegado de Badenoch, y formado por la tribu que mandaba Cluny Macpherson, formaban la retaguardia. Acababan de atravesar una vasta estension de matorrales, y entraban en los cercados que rodean la aldeilla de Clifton; el sol iba á ponerse, y Waverley principió á hacer burla de Fergus sobre las falsas predicciones de la la fantasma.

«Las ideas de antaño², le dijo MacIvor sonriendo, no se han abolido aun.»

² Cfr. DEF (432): "Les idées de mars"; WAV (408): "The Ides of March". El texto francés incurre en un error al traducir el término inglés por "idéas" (ideas) en lugar de 'Ides' (idus). Como resultado, se pierde la alusión intertextual a la fecha del calendario romano (15 de marzo) en que Julio César fue asesinado, relacionada en la novela con los augurios de muerte que suscita en Fergus la aparición de un fantasma. Dicho error, además, ocasiona un texto sin sentido, dado que el segmento "les idées de mars" (las ideas de marzo) carece de un referente —tanto dentro de la novela como a nivel extralingüístico— que resulte significativo para el lector. Por su parte, OLI —al cambiar el texto francés parcialmente y traducir por "las ideas de antaño"— preserva la coherencia textual al aludir a las costumbres y tradiciones montańesas, caracterizadas en algunos momentos de la novela por su componente supersticioso.

Apenas hubo dicho estas palabras cuando echando una ojeada á los matorrales, percibió un cuerpo de caballería enemiga ; apresuráronse á colocarse en las murallas que se hallan en frente de la llanura y del camino real, por cuyos puntos debia penetrar el enemigo en la aldea. Terminadas estas maniobras, descendió la noche densa y sombría aunque estaban en el tiempo de la luna llena, la que no obstante dejaba caer algunas veces dudosa claridad en el lugar de la accion.

Los highlanders se vieron en breve incomodados en la posicion defensiva que habian escogido. Un destacamento de dragones que habia echado pie á tierra, probó á saltar los cercados á favor de las tinieblas, mientras que otro trataba de penetrar en ellos por el camino real; pero ambos fuéron recibidos por un fuégo muy seguido que disminuyó sus filas y los detuvo en sus progresos. No contento

CAPITULO LIX.

17

con esta ventaja, Fergus, cuyo ardiente coraje habia vuelto á tomar toda su impetuosidad con la proximidad del peligro, animó á los suyos con la voz y con el ejemplo. Levantó su espada gritando con todas sus fuérzas : *Claymore!* y precipitándose tras los fugitivos, los persiguió á estocadas hasta la llanura descubierta degollando á cuantos podia: la mortandad fué espantosa.

Mas la luna se desprendió súbitamente de las nubes que la rodeaban, y los ingleses vieron el corto número de hombres que los perseguian con el mayor desorden. Dos escuadrones llegaron al punto en auxilio de sus camaradas, y los montañeses se dieron prisa en volver otra vez á los cercados: muchos de ellos (desgraciadamente su bravo gefe se halló comprendido en este número) fuéron sitiados antes de haber podido ejecutar su provento. Waverley, habia sido separado en la refriega del cuerpo que se retira-

TOMO VI.

2

ba; percibió á algunos pasos á su amigo con Evan y Callum, defendiéndose como desesperados contra una docena de dragones que los cargaban de sablazos. En este momento cubrióse otra vez la luna de nubes, y nuestro héroe no pudo ni socorrer á sus amigos ni distinguir el camino que debia seguir para reunirse con la retaguardia. Despues de hallarse tres ó cuatro veces en mucho peligro de ser muerto ó de caer prisionero, llegó en fin á las trincheras : apresuróse á escalarlas, creyéndose fué ra de todo peligro, y próximo á juntarse con el cuerpo de los highlanders, cuyas gaitas oia á alguna distancia. Respecto á Fergus, no tenia mas esperanza que la de pensar que estaria prisionero: reflexionando dolorosamente sobre lo que acababa de suceder, pintósele en la imaginacion la supersticion de *Bodach Glas*, y se dijo á sí mismo con una emocion involuntaria: ¿El demonio diria pues la verdad ?

CAPITULO LX.

CAPITULO DE ACCIDENTES.

LA posicion de Eduardo era penosa y peligrosa: en breve cesó de oír el sonido de las gaitas ; y lo que era mas triste todavía despues de haber hecho por mucho tiempo inútiles pesquisas y de haber saltado diferentes cercados, llegó por fin al camino real; mas el ruido de los timbales y de las trompetas le anunció que la caballería inglesa ocupaba la aldea , y por consiguiente que se hallaba entre él y los highlanders. Vióse pues obligado á hacer un circuito á la izquierda siguiendo un estrechísima senda, con la esperanza de reunirse á los suyos: caminaba

20

WAVERLEY ,

por el lodo, en medio de las tinieblas y con sutil frio; pero todas estas incomodidades desaparecian ante el temor muy natural de caer en manos de las tropas reales.

Despues de una marcha de cerca de tres millas, arribó á un lugarejo; aunque preveia que los habitantes no eran en general partidarios de la causa que habia abrazado, acercóse con todo á la taberna del lugar con objeto de ver si podia procurarse un caballo para ir á Penrith, donde esperaba encontrar la retaguardia del caballero. Un gran alboroto hirió al punto sus oidos; detúvose á escuchar, y oyó claramente tres ó cuatro juramentos en inglés, y el refran de una cancion guerrera; no dudó que en aquel lugarejo estaban tambien las tropas del duque de Cumberland. Ausentóse sin hacer ruido, venciendo la misma obscuridad de la noche contra la que poco antes murmuraba. Deslizóse tras una barrera empaliza-

CAPITULO LX.

21

da que le parecia codear un jardin; y buscando á tientas la puerta de aquel cercado, asióle de la mano una muger que decia al mismo tiempo:

«Eduardo, eres tú ?

—Esto será alguna desgraciada equivocacion, dijo para sí Waverley haciendo suavemente por retirar su mano.

—No muevas ruido, añadió la muger, ó los soldados rojos te oirán ; pues se entretienen en estancar esta noche todos los carros de géneros que pasen por delante de la taberna : ven á casa de mi padre, ó te harán alguna de las tuyas.»

Bonísimo consejo, dijo para sí Eduardo.

Cruzó el jardinito siguiendo los pasos de la doncella, y llegó á una cocina cuyo piso era de ladrillos: su conductora abajóse para encender una pajuela en una lumbre casi apagada: apenas miró á Waverley dejó caer la pajuela gritando con todas sus fuérzas: «Padre! padre!»

El padre, llamado de este modo apa-

recio en breve : era un arrendatario viejo y robusto, con un par de calzones de piel y botas, sin medias, pues salía de la cama, y el resto de sus vestidos era precisamente una bata del Westmoreland, es decir su camisa. Llevaba en la mano izquierda una candela, y en la derecha blandía un poker (1).

Hola! qué ocurre, hija mía?

— Ah! respondió la pobre doncella en un acceso de terror casi convulsivo, creía que era ese (2) Ned Williams, y es un hombre con *plaid*.

— ¿Y qué tenías tú que tratar con Ned Williams á semejantes horas?»

La pobre doncella que se ruborizaba hasta el blanco de los ojos, no dio la menor respuesta a las preguntas innumera-

(1) Un *hurgon*, instrumento para atizar el fuego, y que es indispensable en una chimenea.

(2) Abreviacion de Eduardo.

CAPITULO LX.

23

bles que su padre le hacia ; continuó sollozando y torciéndose las manos.

—Y tú, mozo, dijo á Eduardo : ¿ignoras que los dragones están en el pueblo, y que si le encuentran te harán pedazos como á un nabo ?

—Sé que mi vida está en peligro ; pero si me socorreis os recompensaré ampliamente ; yo no soy escocés sino un desgraciado hidalgo inglés.

—Poco me importa que seais escocés ó inglés, respondió el honrado arrendatario; me alegrara que te hallases á la otra parte del *hallan* (1); pero ya que estás aquí, Jacob Jopson no venderá jamás la sangre de nadie ; por otra parte los *plaids* se han portado bien, y ayer no hicieron casi daño en el pueblo.» En consecuencia, el bravo arrendatario se ocupó seriamente en dar hospitalidad á nuestro héroe por aquella noche : encen-

(1) Pared de abrigo en una granja.

dio lumbre, despues de tomar la precaucion de tapar la ventana para que no se percibiese la luz de fuéra, y cortó una enorme lonja de jamon, encargando á Cecilia que lo friese : el padre añadió á este plato un vaso de escelente y espumosa cerveza.

Determinaron que Eduardo esperaria en aquel retiro que partiesen las tropas, y entonces le buscarian un caballo y un guia, para ver si le era posible volver á reunirse con sus amigos : entretanto una cama grosera, pero decente, le recibió despues de las fatigas de aquel dia.

Al siguiente supieron que los montañeses habian evacuado á Penrith, que se recogian en Carlisle, y que los destacamentos del duque de Cumberland ocupaban todos los caminos que conducian allá. Probar á pasar sin ser descubierto hubiera sido la mayor de las temeridades, por no decir una verdadera locura. Ned Williams (el verdadero Eduardo) fué

CAPITULO LX.

25

convocado al consejo que tuvo Cecilia con su padre : como sin duda deseaba muy poco que el bello jóven que llevaba su nombre prolongase su residencia en la casa de su querida (por miedo á alguna nueva equivocacion), propuso á Eduardo que se quitase su uniforme de los highlanders y se vistiese á estilo del pais, á fin de conducirlo á la granja de su padre cerca de Ulswater, apacible asilo, donde podria esperar el fin de todas las operaciones militares del pais y de las cercanías , y partir con menos riesgo.

Arregláronse en el precio que debia pagar diariamente en casa del arrendatario, hasta que pudiera ponerse en camino con toda seguridad: forzoso fué que aquellas gentes honradas y sencillas se aprovecharan de la desgraciada situacion de Eduardo para pedirle exorbitantes sumas.

Buscaron prontamente los vestidos que necesitaba Eduardo, y el jóven arren-

datario le dijo que siguiendo las sendas que sabia llegarían á la granja sin ningun mal encuentro. El viejo Jopsony su hija con unas mejillas frescas como la guinda, rehusaron tomar ninguna paga por la hospitalidad que le habian dado: cuanto pudo hacer Waverley , fué dar un beso á Cecilia, y apretar la mano á su padre : uno y otro manifestaron sincera inquietud deseándole vivamente feliz viaje.

El guia Eduardo le condujo por medio de la llanura donde se habia trabado la escaramuza. Los débiles rayos de un sol de diciembre brillaban tristemente en el vasto matorral, que, por la parte en que el camino real del noroeste pasa por entre los cercados de los dominios de los Lousdale, ofrecia el espectáculo de cadáveres de hombres y de caballos con el séquito acostumbrado de la guerra, una muchedumbre de cuervos, de buitres, y de aves de rapiña.

CAPITULO LX.

27

Este fué tu último campo de batalla! pensó Eduardo, cuyos ojos se llenaban de lágrimas al acordarse de los brillantes rasgos del carácter de Fergus, y de su intimidad, porque habia olvidado enteramente todos sus defectos y faltas: aquí cayó el último Vich Jan Vohr, en un matorral sin nombre , en una obscura escaramuza , murió aquel espíritu ardiente que creia con tanta facilidad abrir un camino á su dueño hasta el trono de Inglaterra! Ambicion política, valor, que aspirais á engrandeceros mas allá de vuestra esfera, vosotros habeis enseñado cual es la suerte del mortal! Ah! tambien era el único apoyo de una hermana cuya alma no es menos altiva, y sí mas exaltada que la suya! Aquí, Fergus, desaparecieron todas tus esperanzas respecto á Flora, y toda aquella gloria de tu estirpe, tan noble ya, y cuya bravura aventurera pretendia ennoblecer mas su nombre!

Eduardo agitado por todas estas ideas,

28

WAVERLEY,

tomó la resolución de visitar el campo de batalla, esperando descubrir el cuerpo de su amigo, con la piadosa intención de prestarle los últimos deberes. Su tímido guía le objetó los peligros de semejante empeño, mas fué en vano: Eduardo persistió. Los hombres que seguían el ejército habían despojado ya los muertos de todo aquello que habían podido llevarse; mas las gentes del campo, que no estaban familiarizadas con las escenas sangrientas, no se habían acercado todavía al campo de batalla, y solamente algunos se atrevían á mirarle de lejos con terror. Unos sesenta ó sesenta y dos dragones yacían muertos en el primer cercado, en el camino real y en el matorral; de los highlanders, doce á lo mas habían caído tan solo, y eran los que habiendo avanzado demasiado, no pudieron reunirse con sus camaradas. Eduardo no encontró entre los muertos el cuerpo de Fergus: en un recuesto estaban separa-

CAPITULO LX.

29

dos de los otros los cadáveres de tres dragones ingleses, de dos caballos, y de Callum Beg, cuyo cráneo, á pesar de ser tan duro, le habia hendido por fin el sable de un soldado. Tal vez la tribu de Mac-Ivor habia robado el cuerpo de su gefe; mas tambien pudiera ser que hubiese escapado de la muerte, mucho mas cuando Evan Dhu, que no le hubiese abandonado no se hallaba entre los muertos. En fin era posible que estuviese prisionero y de la amenaza del *Bodach-Glas* no se habia cumplido entonces mas que la parte menos formidable.

La proximidad de un destacamento enviado para obligar á los campesinos á enterrar los muertos, y el que habia ya reunido muchos para el efecto, obligó á Eduardo á juntarse otra vez con su guia, quien le esperaba con la mayor inquietud en una calle de árboles.

Dejado aquel mortífero campo, anduvieron felizmente el resto del camino. En la

granja de Williams, Eduardo pasó por un pariente joven, educado en las órdenes eclesiásticas que se había retirado al campo hasta ver el fin de los disturbios. Esta historia quitó toda sospecha á los buenos y sencillos labradores del Cumberland; y el continente grave y rígidas costumbres del nuevo huésped de la granja estaban perfectamente de acuerdo con el papel que representaba. Esta precaución fué á Eduardo mas útil de lo que creyera al principio, obligándole no pocos incidentes á prolongar su residencia en Fastwaite, que así se llamaba la granja.

La nieve que caía en abundancia no le permitió partir antes de quince días: cuando los caminos principiaron á estar transitables, supo sucesivamente que el caballero se había retirado á Escocia, luego que había abandonado las fronteras retirándose hacia Glasgow; y que el duque de Cumberland tenía puesto sitio a Carlisle. El ejército inglés quitaba pues

CAPITULO LX.

31

áWaverley toda posibilidad de retirarse á Escocia por aquella parte ; y por la del este caminaba el mariscal Wade sobre Edimburgo al frente de formidable ejército. En fin, varias milicias, voluntarios, y no pocos partidarios se habian armado en todas las fronteras para apagar la insurreccion, y detener á todos los repagados que el ejército de los highlanders habia dejado en Inglaterra. En breve la rendicion de Carlisle, y las severas medidas con que amenazaban á la guarnicion rebelde, fueron nuevos motivos para que no pensase de modo alguno en ponerse en camino, solo, por medio de un pais enemigo y de un numeroso ejército, sin esperanza de servir en algo á una causa que parecia desesperada.

En su solitario asilo, privado de la dicha de platicar con personas de cultivado entendimiento, Eduardo pensó muy á menudo en lo que le habia dicho el coronel Talbot: una memoria tan penosa

todavía agitaba su sueño; las últimas miradas, el último gesto de G moribundo. Cuando las raras comunicaciones de los correos le llevaban noticia de los triunfos ó de los reveses alternativos de ambos partidos, hacia voto de no desenvainar ya mas la espada en una guerra civil. La supuesta muerte de Fergus se le retrataba despues ante su mente, con la desesperada situacion de Flora: y con imágenes mas tiernas la de Rosa Bradwardine; pues la pobre Rosa carecia de aquel entusiasmo de lealtad que ennoblecia al menos la desgracia á los ojos de su amiga. Entregábase Eduardo á estas fantasías, sin que le turbasen en ellas ni visitas ni importunas preguntas : y á mas de un paseo de invierno por las vegas de Ulswater, mucho mas que á su esperiencia anterior, debió la fuerza de avasallar su alma domada por el infortunio, y la de poder decirse con firmeza, aunque no tal vez sin despedir un suspiro : «Termi-

CAPITULO LX.

33

nó la novela de mi vida, y principia su verdadera historia.»

Pronto se vió llamado á dar pruebas de su razon y de su filosofía.



TOMO VI

3

CAPITULO LXI.

VIAJE A. LÓNDRES.

TODOS los habitantes de la granja cobraron en breve estimacion á Waverley: poseia en efecto aquella política y aquella amabilidad que casi siempre se concilian el afecto. Aquella buena gente respetaba en sus sencillas ideas su superioridad de instruccion, y sus pesares le hacian interesante á sus ojos: habia eludido sus preguntas atribuyendo su trizteza á la pérdida de un hermano, muerto en la escaramuza de Clifton. En aquella clase de la sociedad menos distante de las costumbres primitivas, en las que los lazos del parentesco eran mirados como sagra-

CAPITULO LXI.

35

doss su continuo descaecimiento escitaba la simpatia, pero no la sorpresa.

En los últimos dias del mes de enero, movióse en cierto modo la alegría de Eduardo con la feliz union de Eduardo Williams, el hijo de su huésped, con Cecilia Jopson. Nuestro héroe creyó que debia hacer todos los esfuerzos posibles para no entristecer las bodas de dos personas que le habian prestado tan grandes servicios: bailó, cantó, jugó y se manifestó el mas alegre de toda la reunion; mas al dia siguiente tuvo que reflexionar sobre asuntos de una naturaleza muy diferente.

Complació tanto al eclesiástico que habia casado á los amantes el que se llamaba estudiante de teología, que al dia siguiente vino es presamente de Penrith á hacerle visita. Nuestro héroe se encontrara apurado por demás si la conversacion hubiese versado sobre materias teológicas; pero afortunadamente agradaba mas al eclesiástico hablar de los negocios del

dia. Llevaba consigo muchos números de gacetas antiguas, en una de las cuales halló Eduardo una noticia que le hacia olvidar cuanto le decia el reverendo señor Twigtgthe, acerca de los acontecimientos de Escocia y de la probable destruccion de los rebeldes por el duque de Cumberland. Ved aquí el artículo, ó poco mas ó menos lo que decia.

«El 10 del corriente falleció en su casa Hill-Street Berkeley square, Ricardo Waverley, hijo segundo de sir Gil Waverley de Waverley-Honour, despues de una enfermedad de languidez, que agravaron las sospechas concebidas contra él, y el verse obligado á presentar caucion como acusado de alta traicion. Una acusacion de igual naturaleza pesa sobre sir Everard Waverley, su hermano mayor: dicen que este último será juzgado en los primeros dias del próximo mes si Eduardo Waverley, hijo de Ricardo y heredero del baron no viene á entregarse como prisionero.

CAPITULO LXI.

37

Es de presumir que si se presenta, su Majestad hará cesar todos los perseguimientos dirigidos contra sir Everard. Aseguran que el jóven ha tenido la desgracia de tomar las armas a favor del pretendiente, y de alistarse en las filas de los highlanders; pero no se ha oído hablar de él desde lo ocurrido en Clifton el 18 de diciembre.»

Tal era este afligente párrafo. Gran Dios! se dijo á sí mismo Eduardo, luego soy un parricida? Es imposible! Mi padre que nunca me manifestó el afecto de un padre, no pudo afectarse bastante con mi supuesta muerte para que esta noticia apresurase la suya! No, no puedo creerlo: sería una locura imaginar un solo momento tan horrible idea; mas sería un verdadero parricidio el que el menor peligro amenazase al generoso tío, que fué siempre para mí mas que padre, cuando un sacrificio de mi parte puede evitar semejante desgracia.

Mientras que estas reflexiones destruían el corazón de Waverley, el eclesiástico interrumpió la lectura de una larga disertación sobre la batalla de Falkirk, al notar la espantosa palidez de su rostro; y le preguntó si se sentía malo. Felizmente entró la novia colmada de gozo y de frescura. Mistress Williams no era una mujer de las más brillantes, pero poseía buen corazón; y adivinando que Eduardo acababa de saber por los papeles públicos alguna noticia desagradable, halló medio de llamar á otra parte la atención del ministro, y entretenerle en otros objetos hasta el momento de su partida. Waverley anunció al punto á sus huéspedes que se veía obligado á partir á Londres lo más pronto que le fuese posible.

Esperimentó con todo un motivo de tardanza á que no estaba muy acostumbrado: aunque su bolsa estaba bien provista cuando partió para Tully-Veolan, vió, después de pagar á su huésped, que no le que-

CAPITULO LXI.

39

daba ya bastante dinero para tomar la posta: no tuvo mas recurso que irse por el lado de Bourroughbridge, con direccion al camino real de Escocia, á fin de tomar un asiento en la diligencia del Novti, enorme y antigua máquina que arrastraban tres caballos, y que *con la ayuda de Dios*, como decia el cartel, iba de Edimburgo á Lóndres en tres semanas. Despidióse pues nuestro héroe de sus amigos del Cumberland, prometiéndose recompensar con el tiempo sus servicios con pruebas de verdadero reconocimiento. Despues de vencer algunas cortas dificultades, y despues de vestirse de un modo mas conforme á su rango, aunque muy sencillamente, logró atravesar el pais, y se halló en el deseado carruaje en frente de mistress Nosebag, esposa del oficial Nosebag capitan-ayudante del regimiento 13.º de dragones³, muger alegre de cerca de cincuenta años, con vestido azul bordado de rojo y empuñando un látigo con mango de plata.

³ Cfr. WAV (418): "the – dragoons". La información sobre el número del regimiento es un añadido de la traducción francesa intermediaria.

Esta dama era uno de aquellos miembros activos de la sociedad que siempre hacen voluntariamente *el gasto de la conversacion*: volvía de Escocia, y participó á Waverley como su regimiento hubiera derrotado á los highlanders, á no ser por un maldito pantano, de los que siempre se encuentran en esa Escocia, y que fué fatal á los pobres soldados de su querido Nosebag en aquel desgraciado día. «Habréis servido en los dragones? dijo precipitadamente á Eduardo.» Cogió á este de un modo tan imprevisto la pregunta, que no pudo menos de responder afirmativamente.

— Oh! bien conocí en vuestro talante, repuso mistress Nosebag, que erais militar y estoy muy cierta que no sois de aquellos pelafustanes peones, como los llama Nosebag. Cual es vuestro regimiento?

Esta era linda pregunta: Waverley concluyó con razon que la buena señora sabía de coro todos los regimientos del ar-

CAPITULO LXI.

41

Mylist (1); y creyó que se descubriría menos fácilmente diciendo la verdad: así es que respondió:

«Mi regimiento era el de G.... mas ya algun tiempo que no estoy en él.

—Ah! sí, aquel regimiento que marchó con tanta celeridad á la batalla de Preston? Os hallasteis allí, caballero?

—Señora, por mi desgracia fui testigo de aquella jornada.

—Pocos soldados de G.... pueden dar cuenta de esa desgracia... Ah! ah! ah! os pido perdon, caballero: mas ya sabeis que una pulla es permitida á la esposa de un militar!»

¡Confúndate el diablo! dijo para sí Waverley: ¿qué mal genio me ha colocado delante de esta vieja curiosa?

Por dicha la buena señora mudaba presto de asunto en la conversacion.

(1) El catálogo del ejército, el calendario militar.

«En breve llegaremos á Ferrybridge, dijo; allá encontraremos un destacamento de nuestros dragones, con encargo de auxiliar á los jueces de paz, para examinar los papeles y detener á los rebeldes!

Apenas habia llegado á la posada cuando se puso á la ventana, y gritó con todas sus fuerzas: Ah! ved al sargentoBridoon que viene con el juez de paz... Este pobre Bridoon es amable como un cordero, y es buen mozo: venid á verle, señor A... A... A... ¿Cuál es vuestro nombre, caballero?

—Buller, respondió Waverley, resuelto á tomar el nombre de un camarada, antes que arriesgarse á ser descubierto inventando un nombre desconocido al regimiento.

—Ah! si á vos os hicieron capitán cuando el miserable Waverley se pasó á los rebeldes: mucho holgara que el viejo capitán Crump hubiera hecho otro tanto, á fin de que mi pobre Nosebag avanzase

CAPITULO LXI.

43

en graduacion Hola! mas porqué no llega Bridoon? Quien puede detenerle? Apostaria á que ya está en las nieblas como dice mi Nosebag: seguidme, caballero: pertenecemos al ejército, y vamos a preguntar á ese ballaco si es este modo de cumplir con su deber.

La turbacion de Waverley es mas fácil de concebir que de describir al verse obligado á seguir á la intrépida amazona. El bravo sargento, alto de seis pies, de ancha espalda, acuchillada la nariz, y maltratadas las piernas, estaba embriagado como verdadero sargento de dragones. Mistress Nosebag principió la conversacion, sino con un juramento, al menos con algunas palabras que se parecieron mucho á esto, mandándole que hiciese su deber.

«Vaya el diablo ese... Bridoon levantó los ojos para dar mas fuerza al epíteto que iba á añadir.... Reconoció á mistress Nosebag, y se apresuró á hacerla la zale-

ma militar.— Bendiga el cielo amable figura, dijo: madama Nosebag, sois vos? Ah! si hubiese bebido esta mañana un trago de mas no lo sentiria por vos, pues conozco vuestro corazon.

—Bien, bien; haz tu deber, bellaco: este caballero es del ejército como yo.... mas examina con cuidado á ese gallo medroso del sombrero torcido, que está en el fondo del carruaje, estoy persuadida de que es un rebelde disfrazado.

—Lleve el diablo á esta vieja beoda, dijo el sargento , cuando estuvo cierto de que no le oian: esta miladi la ayudanta, como la llaman, con sus ojillos ribeteados de escarlata, es mas de temer en el regimiento que el coronel , que todos los oficiales, y que el mismo preboste mayor. —Oh, señor juez, añadió tartamudeando, vamos á registrar la diligencia: veamos el gallo medroso, como le llama ella, será bastante bueno para ser el padrino de una sopa en aguardiente; porque vues-

CAPITULO LXI.

45

tra cerveza del Yorkshire es sobrado fría para mi estómago. El pretendido rebelde era un quákero, que habia osado contrariar la opinion de mistress Nosebag sobre el derecho de hacer la guerra.

La petulancia de mistress Nosebag puso á nuestro viajero en muchos compromisos semejantes á este de que acababa de salir, aunque en verdad le habia sacado ella: en todos los pueblos en que se detenía la diligencia se veía obligado á acompañarla á visitar los cuerpos de guardia. Un día le fué preciso presentarla á un sargento encargado de reclutar gente para el regimiento; jamás se olvidaba de decir a cada instante las palabras capitán Buller, política de que Waverley la dispensara de buena gana. Nunca experimentó mas vivo placer que cuando la llegada de la diligencia á Lóndres le desembarazó de las atenciones de mistress Nosebag.

CAPITULO LXII.

¿QUÉ HACER AHORA?

ERA de noche cuando llegó la diligencia á Lóndres: Waverley se despidió de sus compañeros de viaje , y se separó de ellos prontamente, teniendo cuidado de cambiar á menudo de calle por miedo de que le siguiesen. En fin tomó un carruaje para ir á casa del coronel Talbot, situada en uno de los principales *squares* al oeste de la ciudad. Despues de casado habia heredado el coronel una fortuna que le daba cierta importancia política, y vivia en lo que llaman en Lóndres *al estilo grande*. No sin dificultad pudo hacer Eduardo que le introdujesen: el coronel se hallaba eu la mesa con su esposa,

CAPITULO LXII.

47

cuya encantadora figura conservaba un resto de palidez.

Así que el coronel oyó la voz de Waverley, se levantó y corrió á abrazarle. «Como estais mi querido Stanley? le dijo; seais bien venido, mi querido hijo. Mi querida Emilia, ve al jóven Stanley»

Ladi Emilia se estremeció saludándole cortesmente; la alteracion de su voz y el temblor de su mano anunciaban la viva emocion que acababa de experimentar. Waverley se sentó á la mesa, y el coronel continuó la conversacion. « No esperaba veros aquí, mi querido Frank; me aseguraron los médicos que el aire de Lóndres era enteramente contrario á vuestra enfermedad, y habeis hecho una imprudencia, amigo mio. Así Emilia como yo nos alegramos de recibir vuestra visita, aunque no nos es dado esperar que será muy larga.

—Asuntos de consecuencia, respondió

Waverley , me han hecho emprender este viaje.

—Lo presumo; mas por el bien de vuestra salud os aconsejo que los terminéis lo mas antes que os sea posible. Spontoon! dijo á un criado cuya actitud y talante anunciaban a un militar antiguo, Spontoon, si llamo entrarás tú mismo, y no dejes entrar ningun otro criado, pues tenemos que hablar mi sobrino y yo.

En nombre de Dios, mi querido Waverley, dijo cuando hubieron salido los criados, decidme que asunto os ha decidido á venir á Lóndres: ¿es de naturaleza que os haga despreciar la vida ?

—Querido señor Waverley, dijo Emilia, vos á quien nunca podré probar mi justo reconocimiento, ¿porqué habeis cometido tal imprudencia?

—Mi padre... mi tio... leed ese párrafo. Diciendo esto, enseñó la Gaceta al coronel Talbot.

CAPITULO LXII.

49

—Quisiera, dijo Talbot despues de hojearla, que condenasen á estos bellacos á ser aplastados bajo de sus prensas! Aseguran que en el momento hay en Lóndres mas de una docena de Gacetas de estas. No debe uno sorprenderse si fabrican engaños para tener despacho. Sin embargo, no es sino mucha verdad, mi querido Eduardo, que habeis perdido á vuestro padre: en cuanto á la causa de su muerte no provino ni de la inquietud ni del pesar que despedazaba su corazon por las persecuciones dirigidas contra los miembros de su familia. Debo deciros la verdad para libraros del peso que os abruma, y reconciliaros con vos propio: el señor Ricardo Waverley manifestó en estas circunstancias que profesaba muy poco afecto así á vos como á vuestro tio. La última vez que tuve el honor de verle, me dijo con modo muy festivo que ya que yo tenia la bondad de cuidar de vuestros intereses, creia que seria mejor trabajase

TOMO VI.

4

el por sí mismo y emplease todo el crédito de sus amigos para reconciliarse con el gobierno.

—Mas mi tío, mi querido tío!

—No tiene nada que temer: es verdad que en el tiempo en que insertaron ese artículo en la Gaceta circulaban ciertos rumores... pero eran infundados. Sir Everard ha partido para Waverley-Honour sin mas inquietud que la que vos le causabais... Vos estais en peligro, vuestro nombre se halla en todas las listas de los culpables, y han espedido varias órdenes para que comparecieseis de grado ó á la fuérza. ¿Cuanto hace que habeis llegado ? como habeis venido ?»

Eduardo le refirió exactamente cuanto le habia acontecido, á escepcion de su querella con Fergus; pues como amaba á los highlanders, temia aumentar la antipatía nacional que el coronel alimentaba contra ellos.

«Estais cierto que visteis en los ma-

CAPITULO LXII.

51

torrales de Clifton el cadáver del paje de vuestro amigo Glen... ?

—Sí, ciertamente.

—Eso ha sido un robo hecho á la horca, pues debiera haber muerto en ella: lo llevaba escrito en la frente. Respecto á vos, Eduardo , quisiera que os volvieseis al Cumberland , y ojalá no hubieseis salido de allá! Se ha espedido embargo á todos los puertos, y proseguir con la mayor severidad las pesquisas contra los partidarios del pretendiente. Esa maldita muger charlará tanto, que últimamente llegará á descubrir que su companero de viaje tomó el nombre de Butler.

—La conoceis, coronel?

—Su marido sirvió bajo mi mando por espacio de seis años en calidad de sargento primero : ella era una viuda alegre con poco dinero ; casóse con Nosebag, quien hizo su deber, y ascendió en el cuerpo. Encargaré á Spontoon que descubra su morada ; pues la hallará sin

duda en casa de sus antiguos conocidos del regimiento. Mañana no saldréis de casa pretextando que os hallais indispuesto: tomaréis el nombre de uno de mis parientes, á quien no conoce ninguno de mis criados mas que Spontoon; mas de este nos podemos fiar... Preparaos á quejaros de violento dolor de cabeza; y tú, mi querida Emilia, manda que dispongan un lecho para Frank Stanley, y que le guarden todas las atenciones que exige su estado de convalecencia.»

Al dia siguiente el coronel visitó á su huésped. «Tengo buenas noticias que daros, dijo; quedais enteramente justificado de la acusacion de haber suscitado la insurreccion en el regimiento de G... y de haber hecho traicion á vuestros deberes». He seguido correspondencia sobre este asunto con uno de vuestros mas sinceros amigos, con el pastor Morton: su primera carta estaba dirigida á sir Everard, á quien ahorré el trabajo de responder. Ha-

CAPITULO LXII.

53

beis de saber que vuestro huésped de la caverna, Donald, cayó por fin en manos de los Filisteos, conduciendo los ganados de cierto propietario llamado Kulham... Kerlan...

—Killancureit quizá?

—El mismo. Parece que ese hidalgo era un gran arrendatario que estima en mucho sus ganados, y que no confiando en su propio valor, habia pedido estableciesen un apostadero militar para proteger su propiedad. Donald metió la cabeza en la garganta del leon, como dicen, de lo que resultó que derrotaron su tropa y le hicieron prisionero. Cuando le condenaron á muerte, presentáronsele por una parte un sacerdote católico, y por otra vuestro amigo Morton: escogió á este último⁴, quien, me atrevo á decirlo, desempeñó maravillosamente su deber. Donald declaró ante un magistrado (creo que fué un mayor de Melville) que habia engañado á Hongton, sirviéndose de vues-

⁴ Cfr. DEF (449) que recoge el contenido del texto inglés: "(...) sa conscience fut assaillie d'une oreille par un prêtre catholique, et de l'autre par votre ami Morton. Il repoussa le catholique, surtout à cause de la doctrine de l'extrême-onction que cet économe gentilhomme considérât comme un dégât excessif d'huile (...)". Nótese que OLI ejerce una labor de autocensura y manipula el texto. En este sentido, sustituye el verbo 'assaillir' (en inglés, 'assail'), con sus connotaciones de intento de control y dominio hacia el otro, por la forma neutra 'presentar', con lo que se pierde la alusión al deseo de control espiritual que ejercen los hombres de la Iglesia sobre los fieles. Además, suprime la justificación poco ortodoxa de Donald Bean Lean por la que rechaza al sacerdote católico y elige al presbiteriano: el derroche de óleo que supone el sacramento de la extremaunción. Cfr. XER (IV, 73): "(...) su conciencia fue asaltada de un lado por un cura católico, y del otro por su amigo de vm. Morton. No quiso recibir al católico, especialmente á causa de la doctrina de la extrema unción que aquel gentilhombre económico consideraba como una pérdida excesiva de aceite (...)". (cursiva mía).

tro nombre; que el era quien os sacó de manos de Gilfillan; que á consecuencia de las órdenes del pret... del caballero, os habia hecho conducir como prisionero, al castillo de Doune, y que despues supo que de allí os hicieron partir para Edimburgo bajo una escolta militar. Solamente añadió que le habian encargado libraros, y protegeros y que se lo habian recompensado ampliamente; pero no quiso nombrar la persona que le babia dado esta comision, protestando haber jurado secretamente por la hoja de su *dirck* no declararlo nunca; y nada en el mando al parecer hubiera sido capaz de hacerle violar semejante juramento.

— Y que ha sido de él?

— Ha sido colgado con su teniente y cuatro de su banda en el fuerte de Stirling, despues que levantaron el sitio los rebeldes: concediéronle el privilegio que su horca fuese mas alta que la de los otros.

CAPITULO LXII.

55

— No tengo poderosos motivos para sentir, ni para alegrarme de su muerte; sin embargo, me hizo mucho bien y mucho mal.

— Su declaracion puede seros utilísima, pues os libraré de las acusaciones que os colocaban en una categoría muy diferente de la de esos desgraciados hidalgos que han tomado las armas contra el gobierno: su traicion (debo llamarla así, aunque hayais participado vos de su huida) proviene de un error, y no puede considerarse como deshonrosa aunque sea criminal. Cuando los culpables son muchos la clemencia debe estenderse á la mayor parte de ellos; todo me inclina á creer que obtendré vuestro perdón, con tal que no caigais en las garras de los tribunales antes que hayan elegido sus víctimas: ya sabeis el proverbio vulgar: *El primero que llega, aquel es servido primero*. Por otra parte, al gobierno le es forzoso intimidar á los jacobitas que

quedan aun en Inglaterra : esta rigurosa medida no puede durar mucho, pero en el momento lo debeis temer todo⁵: con que poneos á cubierto hasta que haya pasado la tempestad.»

Spontoon entró con aire inquieto: por medio de sus conocidos en el regimiento habia encontrado á madama Nosebag. «Estaba, dijo, furiosa, pues ha descubierto que un impostor habia viajado con ella bajo el nombre del capitan Butler del regimiento de dragones de G... Iba á denunciarle, á fin de que le persigan como á un emisario del pretendiente: pero Spontoon (soldado viejo), aunque fingiendo aprobarlo, la habia inducido á diferir su declaracion.

Esto no obstante, no debian perder tiempo; pues los indicios que daria esta buena señora podian descubrir fácilmente que el pretendido Buthler no era sino Waverley; y esto seria ciertamente peligroso para Eduardo, quizá tambien para

⁵ Cfr. DEF (450): "*Cette mesure de rigueur ne peut être de longue durée; mais dans ce moment vous auriez tout à craindre (...)*"; WAV (424): "*This is a vindictive and timid feeling which will soon wear off, for, of all nations, the English are least bloodthirsty by nature. But it exists at present (...)*". Los planteamientos que el coronel Talbot expone ante Waverley ponen de manifiesto la actitud chovinista del primero: los ingleses son un pueblo civilizado a diferencia de los bárbaros escoceses. Teniendo en cuenta el talante conciliador de Scott, el discurso de este personaje deja entrever la carga irónica que el autor escocés pone en sus palabras. OLI, a partir de DEF, lleva a cabo algunas manipulaciones textuales. Así, suprime dicha muestra de orgullo nacional. Además, el hecho de que el proceder del gobierno se presente como algo severo y que Waverley debe temer — aspectos que no recoge el texto inglés— sugiere un deseo de crear en los lectores un sentimiento favorable hacia los perseguidos. Cfr. GUT-LOP (II, 271): "*Es un deseo de venganza tímido y que no durará mucho, porque entre todos los pueblos el menos sanguinario por naturaleza es el inglés. Pero por el momento ese deseo existe*" (cursiva mía).

CAPITULO LXII.

57

Su tío, y hasta para el coronel Talbot: tratábase ya solo de saber donde se refugiaría.

«En Escocia, dijo Eduardo.

—En Escocia! exclamó el coronel; con qué intento? me parece que no será para uniros segunda vez álos rebeldes.

—No, coronel; miro como terminados mis comprometimientos, ya que todos mis esfuerzos para reunirme con ellos han sido vanos; á mas de esto, en la campaña de invierno que se proponen hacer en las montañas, seríales de mas, antes que útil. Me parece que forman el proyecto de alargar la guerra para dar al príncipe ocasion de escaparse, y en seguida capitular ellos mismos: mi persona no hiciera mas que servirles de estorbo; porque me han dicho que por este motivo han dejado de guarnicion en Carlisle todos los ingleses que se hallaban en su ejército. Aun hay mas de esto, coronel: por mala que sea la consecuencia

que saquemos de lo que voy á confesaros, debo deciros que estoy fastidiado del oficio de la guerra, como dice el oficial original de una comedia de Fletcher: «Estoy cansado de tantas batallas.»

— Batallas! eh! qué es lo que habeis visto? Algunas escaramuzas! ¿Qué diriais pues si hubieseis estado en la guerra en un grado mayor, y hubieseis visto sesenta ó cien mil combatientes de una y otra parte?

— No deseo verlo, coronel; una comida suficiente, como dice nuestro proverbio popular vale por un gran festin. Los soldados (1) con sus penachos y la gloriosa guerra me encantaban en la poesía ; pero las marchas nocturnas, las vigiliass, los bivaques bajo un cielo de invierno, y los otros accesorios del noble oficio, no me han gustado pizca en la práctica. En cuanto á los fendientes, tu-

(1) Espresiones de Shakespeare en *Othello*.

CAPITULO LXII.

59

ve mi parte en Clifton, donde escapé diez
reces por milagro, y creia tambien que
vos.....Aquí se detuvo.

— Que recibí bastantes en Preston,
ibais á decir? respondió riendo el coro-
nel, qué quereis? esta es mi vocacion
Enrique ! (1)

— Pues no la mia : puesto que he te-
nido la dicha de manejar honrosamente
mi espada, como simple voluntario, re-
nuncio á volverla á tomar.

— Me alegro que os animen tales sen-
timientos; mas decidme ¿qué esperais
hacer en Escocia?

— En primer lugar, ver si puedo irme
á alguno de los puertos de mar que están
todavía en poder del príncipe, donde no
me será difícil embarcarme para el con-
tinente.....

—Muy bien; y en segundo lugar?

(1) El coronel cita aquí una frase de Shakespeare
en Enrique IV.

60

WAVERLEY,

— Para no ocultaros nada, hay á la sazón en Escocia una persona de quien depende la felicidad de mi vida; su posición me tiene en ascuas....

— Adivinólo Emilia, el amor está en la danza; y cual de aquellas dos lindas escocesas, que por fuerza queriais que admirara, cual es la preferida? Sin duda no es miss Glen ?

— No.

— Ah! la otra puede pasar, posible es que se instruya la sencillez; pero nunca el ceño ni el orgullo. Puedo deciros en confianza que el proyecto que llevais obtendrá la aprobacion de vuestro tio; pues tuve ocasion de hablarle sobre ello chanceándome, me parece solamente que ese intolerable suegro, con sus botas, su tabaco, su latin, y sus interminables historias acerca del duque de Berwich, se verá obligado á ir á habitar un pais extranjero. En cuanto á su hija.... fácil os seria hacer muy buen casamiento en

CAPITULO LXII.

61

Inglaterra: pero si realmente amais á aquella rosa de Escocia, como vuestro tio tiene formada la mas alta opinion del baron de Bradwardine y de su hija, y como desea ardientemente veros casado, ya por vuestro honor, ya por estar seguro de que los tres armiños pasantes no perecerán , os aconsejo que sigais la inclinacion de vuestro corazon. Por lo demás, os daré á conocer mas circunstiadamente los verdaderos sentimientos de vuestro tio sobre la materia , pues no tardaré en reunirme con vos en Escocia.

— De verdad? Y porqué causa volveréis á Escocia? Me parece que no será la tierna memoria que pudiera inspiraros el pais de las montañas y de los torrentes?

—No, por mi honor: gracias al cielo queda restablecida en un todo la salud de mi querida Emilia; y diciendo la verdad, confio terminar felizmente el negocio que he principiado, con tal que me sea posible tener una conferencia con su

Alteza real el general en jefe; porque, como dice Fluellen (1), el duque me ama, y doy gracias al cielo de haber merecido su afecto. Voy á ocuparme en los preparativos de vuestra partida: durante mi ausencia, que no durará mas que algunas horas, tendréis libertad de llegaros si quereis á la pieza contigua, donde hallaréis á mi Emilia, y pasaréis el tiempo en hablar, en leer, ó en cantar; he tomado mis medidas para que ningun criado os interrumpa esceptuando á Spontoon, que es fiel como el acero. »

El coronel volvió al cabo de dos horas, y encontró á Waverley su jóven amigo junto á su esposa, y esta admirada de los modales, de la sensibilidad y de la instruccion de Eduardo, quien estaba alegre por hallarse en fin en compañía de personas de su rango, despues de haberse visto privado de ella por tanto tiempo.

(1) En Shakespeare.

CAPITULO LXII.

63

«Con que, Eduardo, le dijo el coronel, escuchad mis arreglos, pues no queda tiempo que perder. Eduardo Waverley, unas veces Williams y otras Butler, debe continuar llevando el nombre de Francisco Stanley, mi sobrino; partirá mañana temprano, y un carruaje le conducirá hasta cierta distancia, donde encontrará á Spontoon con una silla de posta que le llevará prontamente á Huntingdon. La presencia de Spontoon, á quien todos conocen en el camino como criado mio, evitará toda sospecha: en Huntingdon encontraréis al verdadero Francisco Stanley, estudiante en la universidad de Cambridge. Como no sabia si la salud de mi Emilia me permitiria ir á Escocia, habia obtenido un pasaporte para mi sobrino, quien debia ir en lugar mio, y como su viaje no tenia mas objeto que buscaros á os, lo que ya no necesitamos, Stanley sabe vuestra historia: comeréis juntos, y quizá vuestras dos prudentes cabe-

zas formarán un nuevo plan para disminuir los peligros del viaje. Con que, añadió abriendo una cartera de cordoban, es preciso armaros para el viaje...

—Mi querido coronel, me confundo...

—Oh! en todos tiempos podeis disponer de mi bolsa; pero este dinero que voy á entregaros es vuestro propio: temiendo alguna desgracia, vuestro padre me remitió en fideicomiso una suma de quince mil libras esterlinas, y á mas teneis la propiedad de Brerewood. Tomad estas cédulas de banco en favor de doscientas libras, y cuando necesitéis mayor suma no teneis mas que avisármelo.»

El primer uso que hizo Eduardo de este aumento de fortuna fué enviar una gran taza de plata al honrado arrendador Jopson. Recibid, le escribió, recibid esta fianza como una memoria de parte de vuestro amigo Williams, quien no olvidará nunca la noche del 18 de diciembre último. Rogábale al mismo tiempo que le

CAPITULO LXII.

65

guardase con cuidado sus vestidos de montañés, y sobre todo sus armas, las que tenia en mucho, ya por ser primorosas en sí, ya porque la amistad de quien se las diera subia de punto su valor á sus ojos. Lady Emilia se encargó de hacer á mistress Williams un presente que fuése de su gusto y lisonjease su amor propio; á mas el coronel, que era tambien un tantico agricultor, prometió enviar al patriarca de Ulswater un rico arado.

Waverley pasó un dia feliz en Lóndres: al dia siguiente viajando del modo convenido halló á Francisco Stanley en Huntingdon; y en breve se hicieron conocidos los dos jóvenes.

«Fácil me es el adivinar el enigma de mi tio, dijo Stanley: este prudente veterano me decia que como no me servia mi pasaporte podia trasladá-roslo; y que si sucedia algun mal evento , que lo tomarian por una ligereza de un jóven

TOMO VI.

5

loco de Cantabria (1)⁶: veos pues Francisco Stanley en este pasaporte.»

El pasaporte fué útil á Waverley, quien se sirvió de él sin escrúpulo, habiendo renunciado á toda oposicion contra el gobierno en nombre del cual era espedido: el jóven estudiante hizo mil preguntas á Waverley á fin de saber los pormenores de su campaña, las costumbres y los usos de los highlanders. Al dia siguiente, Stanley acompañó á su amigo algunas millas; pero se vio obligado á separarse de él, pues Spontoon, rígido observador de la disciplina y de la obediencia, no cesaba de representarle que no se conformaba con las instrucciones de su tio.

(1) Es decir, un estudiante de Cambridge.

⁶ Cfr. DEF: "Cantabre"; WAV: "Cantab". 'Cantab', abreviatura de 'Cantabrigian', designa a un estudiante de la universidad de Cambridge. A partir de DEF, OLI incluye el significado del término en una nota a pie de página, pero establece un vínculo erróneo con 'Cantabria' en el texto principal debido a la solución translativa de la traducción francesa, basada ésta en su nota sobre una colonia de cántabros que el emperador Probo llevó supuestamente a Cambridge.

CAPITULO LXIII.

LOS ESTRAGOS DE LA GUERRA CIVIL-.

NUESTRO héroe viajó en posta, según el uso de estos tiempos, sin que le detuviese otro acaecimiento que el tiempo necesario para responder á dos ó tres preguntas acerca de su nombre , de las que salió bien, gracias al talisman de su pasaporte. Llegado á las fronteras de Escocia, supo la victoria decisiva de Culloden (1), que habian alcanzado las tropas inglesas.

(1) En 16 de abril de 1746 se terminó en Culloden, en el condado de Inverness, la caballeresca expedicion del último de los Estuardos: cuatro compañías francesas protegieron con su valor á los

Ya mucho tiempo que todos lo presagiaran así, aunque la jornada de Falkirk diera nuevo brillo á las armas del caballero : con todo tal nueva le afligió vivamente, y permaneció mucho tiempo como inconsolable.

«¡Aquel príncipe tan generoso, tan amable, tan magnánimo, está fugitivo, su cabeza puesta á talla; y sus amigos, tan bravos , tan entusiastas, tan fieles, ó están muertos, ó aprisionados, ó desterrados! Qué hará ahora el entusiasta y ardiente Fergus, si es que ha sobrevivido á la noche de Clifton?... Qué hará el honrado, el sensible , el virtuoso baron de Bradwardine, cuyas ridiculeces no servian sino para hacer que resaltase mas su desinterés, su verdadero valor, el candor de su alma, la bondad de su corazon?

highlanders, heridos por la primera vez de pánico terror; pero los suplicios esperaban aun á los vencidos despues de la derrota.⁷

⁷ La nota que procede de DEF muestra el posicionamiento no neutral de los traductores respecto al antagonismo entre Inglaterra y Escocia, orientando los sentimientos de sus lectores a favor del bando derrotado. Nótese que XER, que en proporción incluye un mayor número de notas del texto francés que OLI, omite ésta en cuestión. Véanse también las notas 8, 9 y 10.

CAPITULO LXIII.

69

En qué horrible situacion deben de encontrarse Rosa y Flora, privadas tambien de sus protectores naturales?»

Waverley pensaba en Flora con los sentimientos que animan á un hermano para con su hermana; pero pensaba en Rosa con sentimientos mas vivos y mas tiernos. Al menos podré, se decia á sí mismo, proteger á estas dos huérfanas, y reemplazar los apoyos que han perdido.

Agitado con tales pensamientos, apresuró aun mas su viaje. Apenas llegó á Edimburgo, conoció cuan embarazosa era su situacion: no pocos habitantes de esta ciudad habíanle visto y conocido bajo el nombre de Eduardo Waverley; ¿como pues servirse del pasaporte de Francisco Stauley? La prudencia le prescribia evitar toda sociedad y partir para el norte de la Escocia lo mas antes posible; no obstante se vio obligado á diferir su partida por dos ó tres dias , pues esperaba una carta del coronel Talbot: tambien

habia de dejar el sobrescrito de su nuevo nombre en un lugar que tenían convenido. Salió por la tarde para ejecutar este último proyecto, procurando evitar todas las miradas; mas sus precauciones fueron inútiles: la primera persona que encontró fué mistress Flockhart, quien le reconoció al instante.

«Ah! Dios os proteja , señor Waverley! Sois vos? exclamó: id , nada teneis que temer de mí, pues soy incapaz de venderos. Qué mudanza! Cuan alegres estabais el coronel Mac-Ivor y vos en nuestra casa!» La buena viuda no pudo menos de derramar algunas lágrimas.

No era posible ocultarse de mistress Flockhart: Waverley la reconoció de buen grado , y le confesó todo el peligro de su situación.

«Se hace de noche, le dijo su antigua huésped; venid á tomar una taza de té conmigo... Si quereis quedaros en la salita yo cuidaré de que no os incomode na

CAPITULO LXIII.

71

die , y nadie os conocerá, porque Kate y Mally (1), mis dos bachilleras, siguieron á dos dragones del regimiento de Hawley, y las he reemplazado con dos nuevas criadas.»

Waverley aceptó sin melindres su invitacion, y estuvo alojado en su casa una noche ó dos, persuadido que gozaria de seguridad en ella mas que en ninguna otra parte. Al entrar en la sala sintió palpar su corazon al aspecto del gorro de Fergus colgado cerca del espejo , y adornado todavía con la escarapela blanca. Mistress Flockharl notó la direccion de sus ojos. «Ah! dijo suspirando, el pobre coronel compró uno nuevo la víspera de su partida , yo no quiero dejar que se eche á perder este, y le acepillo yo propia todas las mañanas. Cuando le miro, paréceme que oigo al coronel pidiendo su gorro á Callum... entonces hago por

(1) Abreviaciones familiares de Catalina y Marta.

imitar su voz, y llamo tambien á Callum!.. Es una locura; todas las vecinas me llaman jacobita; pero digan cuanto quieran... ni sé si lo soy ó no: el coronel tenia tan buen corazon!... era tan bueno!.. Oh! sabeis, señor Waverley, cuanto debe de padecer!

— Padecer decís? donde está?

—Eh! por amor de Dios! no lo sabeis? Bien os acordaréis de Dugald, que llevaba siempre un hacha de armas al hombro; pues bien, vino pidiéndome algo de comer, y me dijo que el gefe, como el le llama (yo siempre le digo el coronel) y el alférez Mac-Combich, á quien conoceis muy bien, habian sido acogidos no sé en que parte de las fronteras de Inglaterra en noche oscurísima, y que Callum Beg (este era mi bribonzuelo) habia sido muerto, y que vos tambien, así como otros muchos bravos de la tribu. Ah! como lloraba hablando del coronel! Ahora diz que van á formar consejo al coronel

CAPITULO LXIII.

73

y á los oficiales hechos prisioneros en Carlisle.

—Y su hermana?

—Ah! la que llamaban lady Flora? Está en las cercanías de Carlisle, en casa de una señora distinguida y papista de sus amigas, á fin de estar cerca de su hermano.

—Y la otra dama jóven? preguntó á mas Eduardo.

—Cual otra? yo no sé que tuviese mas que una hermana el coronel.

—Hablo de miss Bradwardine.

—Ah! sí! la hija del *laird*? Pobre niña! era tambien buena jóven, pero mas tímida que lady Flora.

—Por amor del cielo! donde está?

—Y quien lo sabe? Los persiguieron á todos por sus cucardas y rosas blancas... mas ella tornó otra vez á casa de su padre en el Perthshire así que supo que se aproximaban los soldados del gobierno. Oh! gentiles mozos habia entre ellos! Yo

74

WAVERLEY ,

me vi obligada a alojar á un mayor llainado Whacker; era tan honrado y tan amable! pero, señor Waverley, distaba mucho de valer tanto como el pobre coronel.

— Sabeis que ha sido del padre de miss Bradwardine?

— Del viejo *laird*? Nadie lo sabe: dicen que se batió como demonio en la sangrienta jornada de Inverness. Deaion Clank, el hojalatero dice, que el gobierno está furioso contra él, porque ha salido (1) dos veces... pero no hay loco peor que un viejo loco... El pobre coronel no ha salido mas que una vez.»

Esta conversacion declaraba cuanto sabia la buena viuda acerca de la suerte de sus últimos huéspedes: pero era lo bas-

(1) *Out, to go out*, salir, ir fuera: tal era la delicada espresion de que se servian en Escocia para designar á los que habian tomado las armas en 1715, y 1745.

CAPITULO LXIII.

75

tante para determinar á Eduardo á partir á todo riesgo para Tully-Veolan, con la esperanza de adquirir informes mas positivos sobre la suerte del baron y su hija. Dejó una carta, firmada con el nombre de Stanley para el coronel Talbot, en el lugar convenido, y el sobrescrito en que le indicaba le dirigiese las suyas al correo mas inmediato del alcázar de Bradwardine.

Tomó caballos de posta hasta Perth, con intencion de hacer lo restante del viaje á pie, no solamente por gusto, sino para poder dejar fácilmente el camino real cuando percibiese algun destacamento de soldados. La campaña que acababa de hacer habíale acostumbrado á la fatiga: el equipaje lo enviaba delante cuando tenia ocasion. Cuanto mas avanzaba hacia el norte, mas sensibles se le hacian los rastros de la guerra: á cada paso encontraba carros rotos , caballos muertos, árboles derribados, puentes destruidos ó

medio reparados , y granjas devastadas: todo anunciaba haber pasado por allí un ejército enemigo⁸. En los lugares en que los propietarios eran partidarios de los Estuardos , estaban las casas, ó demolidas, ó desiertas , interrumpidas todas las faenas que pudieran llamarse cultivo de adorno ; y los desgraciados habitantes erraban por los campos trémulos, tristes y consternados⁹ (1).

Hasta la tarde no llegó á las cercanías de Tully-Veolan. ¡Cuan diferentes eran sus sentimientos de los que le animaban la vez primera que entró allí! Entonces era tan novicio en la carrera de la vida , que

(1) Los pormenores que el autor va á presentarnos acerca de las fatales venganzas de los ingleses no están en cosa alguna exagerados. El príncipe Cárlos-Eduardo triunfara siempre como caballero, pero el duque de Cumberland, hijo segundo de Jorge II, triunfó como verdugo: familias enteras fueron quemadas vivas en sus casas, y arrojadas á las llamas con las bayonetas¹⁰.

⁸ Cfr. DEF (459): "(...) tout annonçait le passage d'une armée ennemie"; WAV (432): "(...) all indicated the movements of *hostile armies*" (cursiva mía). Mientras que en WAV el calificativo de 'hostil' se aplica a los dos ejércitos enfrentados, OLI –por mediación de DEF– sólo presenta como 'enemiga' a una de las facciones, a saber, la inglesa.

⁹ Cfr. DEF (459): "(...) les *malheureux* habitants erraient dans la campagne, *tremblans*, tristes et consternés"; WAV (432): "(...) the inhabitants were seen gliding about, *with fear*, sorrow, and dejection on their faces" (cursiva mía). Nótese que OLI, a partir de DEF, recurre a una adición ("desgraciados") y una modificación ("trémulos") que subrayan la penosa situación en que han quedado los partidarios de la causa jacobita tras ser derrotados por las tropas gubernamentales.

¹⁰ OLI recoge la nota a pie de página de DEF en la que se arremete contra los ingleses por las atrocidades cometidas. Se trata de otro ejemplo de manipulación textual donde la traducción intenta crear en los lectores un sentimiento de compasión y apoyo hacia el bando perdedor, integrado en su mayoría por escoceses. Cfr. XER que omite la nota en cuestión.

CAPITULO LXIII.

77

un dia de mal tiempo y de aburrimiento era una de las mayores desgracias para él: parecíale entonces que no debia consagrar su tiempo mas que á los estudios amenos, interrumpidos tan solo por los placeres de alegre y amable sociedad. Qué mudanza! En el espacio de algunos meses habíase vuelto su carácter triste, pero mas elevado: el peligro y la desgracia son maestros severos que nos instruyen presto. «Mas triste, empero mas avisado, sentia mayor confianza en su carácter; y su dignidad de hombre le parecia al menos una compensacion de las lisonjeras ilusiones que disipara con tanta presteza la experiencia.

No sin admiracion vio que cerca de la aldea se habia establecido y apostado un destacamento bastante numeroso: y se le figuró al punto ver algunas tiendas armadas en la llanura llamada el Matorral comun. Por miedo de que le reconociesen, hizo un largo circuito por una senda

que le era familiar para llegar á la entrada del parque. Qué cuadro se ofreció á su vista! Solo quedaba media puerta, inutilizada y estremecida sobre sus goznes; la otra media la habian hendido y destinado al fuego , y habian amontonado las astillas para llevárselas ; las almenas estaban mutiladas y arrojadas por tierra; y los osos que hicieran centinela tantos siglos ha, yacian entre los escombros. La entrada estaba devastada con igual crueldad: habian derribado los árboles, de los cuales veíanse muchos tendidos en medio del camino. Las bandadas de labradores, y los caballos de los dragones, habian convertido en negro limo la verde alfombra que admirara Eduardo en otro tiempo.

Al entrar en el patio, Waverley, vió realizados todos los temores que le habian hecho concebir aquellos primeros estragos: habian saqueado la casa, y hasta habíase principiado á prenderla fue-

CAPITULO LXIII.

79

go. Aunque las paredes de piedra habian resistido en algunos parajes á las llamas, los establos estaban enteramente consumidos, las torrecillas y pináculos del cuerpo del edificio principal ennegrecidos, las losas del patio arrancadas ó rotas, las puertas destruidas ó con un solo gozne, las ventanas hundidas , y los muebles hechos pedazos y esparcidos por todas partes. Aquellos antiguos adornos, á los que el baron daba tanta importancia y tenia tanto respeto, habian sido objeto de los mas despreciables ultrajes. La fuente estaba demolida, el agua formaba una balsa en el patio, y el pilon servia de abrevadero. Todos los osos grandes y pequeños habian experimentado igual suerte que los que habia á la entrada, por fin veíanse en el suelo los girones de uno ó dos retratos de familia que parecian haber servido de escudos ridículos á los soldados.

Eduardo contemplaba con el corazon

oprimido todos aquellos destrozos: y á cada paso sentia redoblársele su inquietad sobre la suerte del baron y de su hija. La azotea ofreció todavía á sus ojos nuevo espectáculo de devastacion : la balaustrada estaba derribada, destruidas las paredes, los acirates llenos de malas yerbas, y los árboles frutales cortados ó arrancados de raiz. En uno de los compartimientos de aquel antiguo jardin habia dos inmensos castaños con los cuales se envanecia particularmente el baron:á fin de ahorrarse el trabajo de derribarlos, los agentes de la devastacion habian tenido la infame industria de minarlos, poniendo paquetes de pólvora en sus cavidades. Uno de estos árboles se habia hecho pedazos con la esplosion, y los fragmentos diseminados embarazaban el recinto que cubriera el ramaje por tanto tiempo con su sombra. La segunda mina no habia producido efecto tan completo: una cuarta parte del tronco se habia des-

CAPITULO LXIII.

81

membrado de la masa, la cual, aunque mutilada y desfigurada por un lado, estendia todavía por el otro sus intactas y frondosas ramas.

Entre aquellos restos de la desolacion general habia algunos que escitaban mas directamente la sensibilidad de Waverley : al mirar la fachada del alcázar , de este modo degradado, sus ojos buscaron naturalmente el balconcillo que pertenecia al aposento de Rosa en el *tercero*, ó antes bien en el *quinto* piso. Fácil era reconocerle, porque las flores y plantas con que le decoraba Rosa con tanto orgullo y placer habian sido precipitadas desde la galería almenada: muchos de sus libros yacian esparcidos acá y acullá entre los fragmentos de los tiestos. Waverley reconoció uno que le habia pertenecido: un pequeño ejemplar del Ariosto, que recogió cual si fuese un tesoro, aunque estaba muy maltratado por el viento y la lluvia.

TOMO VI.

6

Mientras que sumergido en las penosas reflexiones que escitaba semejante espectáculo, buscaba Eduardo con los ojos alguno que pudiese revelarle la suerte de los desgraciados propietarios de aquellas ruinas, una voz bien conocida hizo oír de repente algunos versos de una antigua balada escocesa.

Ah! pensó Eduardo, eres tú, desdichado? has quedado aquí para llorar, y hacer resonar los versos de tus baladas en este devastado recinto que te diera en otro tiempo abrigo?

En esto llamó á David, primero en voz baja y despues gritando : «David! David Gellatley!»

El pobre *inocente* salió de en medio de los escombros de una especie de invernadero , que terminaba antes lo que llamaban azotea; pero al aspecto de un extranjero se ocultó sobrecoigido de horror. Acordándose Waverley de los hábitos de este infortunado, principió á silbar un

CAPITULO LXIII.

83

aire que David habia oido otras veces con placer, y que habia aprendido á repetir despues de haberlo oido. Sin duda la música de nuestro héroe no se semejaba mas á la de *Blondel* que se parecia David á *Ricardo Corazon de león*; pero producía el mismo efecto, y le facilitó los medios de darse á conocer, David salió de su escondrijo como dudando aun si avanzaria ó no: Waverley que temia intimidarle, le hizo mil señas de amistad para darle ánimo.

Es su espíritu! dijo David á media voz; pero se acercó, y en fin pareció encontrar un antiguo conocido. El mismo, infeliz! no era ya mas que la sombra de lo que habia sido: el extraño vestido que llevaba en tiempo mas feliz no ofrecia ya mas que girones, y parecia aun mas ridículo con los remiendos que le habia hecho con pedazos de tapiz , de cortinas, y de lienzos de cuadros. Su rostro habia perdido su aire indolente y distraido, la po-

bre criatura tenia los ojos hundidos, las mejillas flacas, y parecia medio muerto de hambre, y enfermo de miseria y de dolor. Despues de vacilar largo rato, acercóse á Waverley con alguna confianza y le examinó con ademan azorado y melancólico.

« Estan ausentes, dijo en seguida, ausentes y muertos.

— Quien ha muerto? le preguntó Waverley, olvidando que el pobre inocente no estaba en estado de responderle de una manera precisa.

— El baron.....el baile.... Saunders Saunderson... y lady Rosa, cuya voz era tan dulce... ausentes... muertos...»

David hizo seña á Waverley de que le siguiese dirigiéndose con rápidos pasos por la orilla del arroyo que rodeaba el jardin por la parte de levante : y Eduardo echó tras él con la esperanza de procurarse alguna esplicacion. El alcázar estaba desierto, y tan solo podia encontrar

CAPITULO LXIII.

85

en las ruinas para que le guiase el pobre orate. En breve llegó Gellatley al extremo del jardin: encaramóse sobre la vieja tapia, que le separaba del bosque donde estaba la antigua torre de Tully-Veolan; saltó el arroyo, y continuó su marcha con la misma rapidez, trepando por unos fragmentos de rocas y dando vuelta á otros: pasaron por bajo de las ruinas del alcázar; Eduardo apenas podia seguir á David porque la noche estendia ya su negro manto : despues de descender por el alveo del arroyo, percibió á vueltas del matorral una brillante luz que le pareció guia mas segura que el inocente. Presto arribaron, por senda mas penosa aun, á la puerta de una miserable cabaña : algunos perros elevaron al punto la voz, pero sus ladridos disminuian por grados; Waverley oyó dentro una voz y creyó que debia prestar oido. «A quién me traes aquí, mal orate? dijo una vieja con el acento de la cólera. David por única respuesta

se puso á silbar el aire que acababa de hacerle conocer á Eduardo , y este no vaciló en tocar á la puerta. Profundo silencio reinó entonces en la cabaña, si esceptuamos á los perros, que principiaron otra vez á ladrar: oyó á la dueña de la cabaña que se acercaba á la puerta, sin duda con intencion de echar los cerrojos en vez de levantar el picaporte; apresuróse á ganarla por la mano, y se halló en frente de una vieja cubierta de andrajos que exclamó: «Qué buskais por las casas ajenas á esta hora? retiraos; los dos lebreles feroces y casi muertos de hambre se habian despojado de toda su ferocidad, y se acercaron á nuestro héroe como si le reconociesen. Percibió tambien un hombre alto y flaco con una barba de tres semanas y raido uniforme, que parecia no ocultar sino á su pesar una pistola en la mano, y otra que estaba á punto de tomar de su cintura.

Era el baron de Bradwardine: no ne-

CAPITULO LXIII.

87

cesitamos añadir que al instante dejó caer el arma, y apretó cordialmente á Waverley entre sus brazos.



CAPITULO LXIV.

MUTUAS ESPLICACIONES.

LA historia del baron fuera corta cer-
cenando los adagios y lugares latinos,
ingleses y escoceses con que la embelle-
ció su erudicion: insistió en el pesar que
esperimentó al perder á Eduardo y á
Glennaquoich; y luego volvió á referir
en cierto modo las batallas de Falkirk y
de Culloden; y dijo que despues de esta
última y desastrosa jornada, viendo que
todo se habia perdido, se decidió á tornar
á sus tierras , persuadido de que gozaria
de mas seguridad en medio de sus
terratenientes que en ninguna otra parte.
Habian enviado un destacamento de sol-
dados para talar sus propiedades; porque

CAPITULO LXIV.

89

la clemencia no era la orden del día. Felizmente intervino la justicia civil con una decisión de otra suerte: juzgaron que la baronía no podía ser confiscada en provecho de la corona, porque había en ella una substitucion. Malcolm Bradwardine d'Inchgrabbit, heredero privilegiado, no debía pagar una falta que no había cometido, y le autorizaron, así como á otros muchos herederos de la misma clase, para tomar posesion de ella.

Diferente de tantos que se hallaban en iguales circunstancias, el sobrino laird hizo ver en breve que su intencion era aprovecharse de la mala suerte de su predecesor en toda su estension. Esta conducta era tanto mas reprehensible, cuanto que todos sabian que el baron no había querido que pasase la baronía á su hija, siguiendo el caballeresco principio que le hacia respetar los derechos del heredero masculino del nombre de Bradwardine.

«Mas los consejos de Bradwardine,

dijo el baron, no han sido para mi sucesor: los terratenientes se han hecho los sordos cuando les ha pedido dinero, y cuando vino mi primo á la aldea con Jacobo Howie, el nuevo agente, llegaron hasta á dispararle un fusilazo por detrás á la hora del crepúsculo: sospecho que debió ser John Heatherblutter, el viejo guarda-bosque que servia conmigo en 1715. Mi primo se atemorizó tanto, que pudiera decirse de él lo que decia Ciceron de Catilina: *Abiit evasit, erupit, effugit*: tomó las de Villadiego, mi querido amigo, pues podemos decirlo así, hasta *Stirling*, y ahora ha puesto en venta la baronía, en calidad de último heredero por substitution. Ahora bien, si la venta se verifica aun lo sentiré mas, viendo pasar inmediatamente la baronía de mis manos á las de otro propietario, lo que hubiese sucedido dentro de algunos años, siguiendo el curso natural de las cosas; mientras que mi patrimonio no será ya el de la

CAPITULO LXIV.

91

familia que hubiera debido poseerle *in secula seculorum*. Cúmplase la voluntad de Dios! *Humana perpessi sumus* (1) Sir John de Bradwardine, sir John el Negro, como le llamaban, mi antepasado y el de los Inchgrabbit, distaba mucho de pensar que saliese de su raza semejante hombre. Con todo mi pariente me ha denunciado á algunos de los hombres distinguidos del pais como un asesino, uu gefe de matones y de malvados. Los soldados enviados á Tully-Veolan han recibido orden de correrme á tiros como á una perdiz de las montañas, como hicieron con el rey David en la Escritura ó con nuestro valiente William Walacio: esto no es decir que quiera yo compararme con el uno ni con el otro. Cuando tocasteis á la puerta, creí que habian descubierto la última guarida del gamo viejo... y que iba á perecer como un ciervo

(1) Hemos sufrido cuanto puede sufrirse.

de diez garcetas.... Pero, Juana ¿no teneis nada que darnos de cenar?

—Oh! si señor: os daré lo que ha traído esta mañana John Heatherblutter; y ya veis que el pobre David está asando los huevos de la gallina negra.

— Me atrevo á decir, señor Waverley, que sin duda presumisteis era nuestro David quien volvía los huevos que os parecían tan bien cocidos en la cena del alcázar: no hay nadie en el mundo que sepa como él remover con sus dedos la ceniza caliente y asar los huevos!

Sin embargo, David , con la nariz casi en el fuego removiendo el césped, dando un talon contra el otro, hablando entre dientes, y volviendo los huevos, parecia querer desmentir el proverbio que dice: que es menester cabeza para cocer un huevo, celoso tambien de justificar los elogios que acababa de prodigarle Juana.

«David, añadió esta, no es tan nega-

CAPITULO LXIV.

93

do como piensan; y no os hubiese conducido aquí, señor Waverley, si no supiera que erais amigo de su señoría el laird; los mismos perros os han conocido; todos os aman aquí , hombres y animales.... Con el permiso de su señoría, voy á contaros una anécdota de mi pobre David. Habeis de saber que el señor baron se ve precisado á ocultarse.... Ah! qué vergüenza, gran Dios!.... Por la noche viene aquí; pero pasa el dia en la caverna de la hechicera: aunque el arrendatario de Corse-Cleugh ha tenido el cuidado de proveerla de paja, acontece algunas veces en tiempos húmedos que molesta á su señoría el frio, y entonces viene temprano á calentarse y dormir; pero se vuelve muy de mañana. Y una mañana, ah! qué miedo tuve! dos malditos soldados rojos se ocupaban en la pesca negra (1) ó en algun otro entre-

(1) *Black-fishing*. Llaman así la pesca del

tenimientos semejante, porque su red no deja nunca de hacer daño ; percibieron á su señoría cuando entraba en el bosque y se le encararon con el fusil. Abalancé-me como un halcón, y exclamé: Quereis matar á un pobre inocente? y me acerqué á ellos y les dije que era mi hijo: pero me rechazaron jurando que era el viejo rebelde como llaman los bellacos á su señoría. David estaba en el bosque: oyó la disputa, y espontáneamente tomó la capa parda que su señoría habia dejado caer para correr mas veloz, y salió enseguida del bosque con un aire de importancia é imitando tan bien á su señoría, que los soldados cayeron en el garlito, y creyeron que habian disparado contra el loco Sawney (1) como le llaman; con

salmón, que hacen de noche con teas y estacas con puntas de hierro.

(1) Fou Sawney , el loco escocés. Sawney es uno de los sobrenombres que dan á los esco-

CAPITULO LXTV.

**esto me dieron doce sueldos y dos sal-
mones para que no fuese á quejarme. No,
no, David no tiene el juicio cabal como
los demás (pobre jóven!); pero no es tan
loco como piensan. Es verdad que por
mucho que haga por su señoría siempre
es poco, pues nosotros y los nuestros he-
mos vivido mas de doscientos años en
sus tierras; su señoría fué quien metio
en el colegio á mi pobre Jamie , y quien
le mantuvo en el caserío hasta que par-
tió para un mundo mejor (1), y el fué
quien impidió que me llevasen á Perth
como hechicera. Perdone Dios á los que
querian hacer daño á una pobre y débil
muger! y su señoría es quien ha alimen-
tado y vestido á David por espacio de
tanto tiempo!»**

**coses en general , así como John Bull designa
la Inglaterra, y Jonathas la Irlanda.**

**(1) El hermano de David de quien
hablamos en el capítuto 12 tomo 1.**

Waverley vió por fin el momento de interrumpir el discurso de la vieja Juana pidiéndole noticias de missBradwardine,

«Está buena, gracias á Dios, y se halla en Duchram, dijo el baron: aunque whig, el laird, que es pariente mio de lejos y que lo es de mas cerca de mi capellan el señor Rubrik, digo, no ha olvidado nuestra antigua amistad en estos tiempos desgraciados, y se ha apresurado á ofrecer un asilo á mi hija: Dios se lo pague! El baile hace todos los esfuerzos posibles para conservar algunos destrozos de este naufragio á mi querida Rosa.... Ah! me temo que no tendré la dicha de volverla á ver ; porque será preciso que lleve mis huesos á un pais extranjero.

—Oh! no, no, vuestra señoría se engaña, dijo Juana: tan mal como ahora os hallabais en el año quince, y la baronía se os devolvió con todo lo demas. —Mas los huevos están dispuestos, y ved

CAPITULO LXIV.

97

para cada uno una silla y un salero, con los restos del pan blanco del baile; tambien queda aguardiente del que envió la madre Macleary: ¿con qué, no cenaréis como unos príncipes?

—Deseo muy sinceramente que cierto príncipe conocido nuestro no esté peor que nosotros! dijo el baron á Waverley, quien le acompañó en sus deseos de que el desgraciado caballero gozase de seguridad.

La conversacion versó en breve sobre sus proyectos futuros: el plan del baron era muy sencillo, esto es, huir á Francia, donde con el crédito de sus antiguos amigos esperaba obtener un empleo militar, de que se creía aun capaz; invitó á Waverley á que le siguiese, proposicion á que accedió este con la condicion de esperar antes el resultado de las operaciones del coronel Talbot. Pensaba tácitamente que el baron aprobaria su amor á Rosa, y le daria derecho para obligarle

TOMO VI.

7

á aceptar sus socorros en el destierro;
pero evitó esplicarse sobre esto hasta
que estuviese decidida su suerte. En
seguida hablaron de Glennaquoich,
por quien el baron manifestó tomar el
mayor interés, observando que era el
verdadero Aquíles de Horatius
Flaccus:

Impiger, iracundus, inexorabilis, acer.

**Verso, añadió, traducido al
escocés en el dístico de Struan
Robertson.**

**A fiery etter-cap á fractions chiel.
As het as ginger and as stieve as steel (1).**

**Flora tuvo su parte en el interés que
manifestó el buen anciano.**

**La noche avanzaba; la vieja Juana se
enjauló en una especie de pocilga
detrás del *hallan* ó pared exterior;
David ronca-**

**(1) Una fogosa cabeza, un aferrado guerrero,
ardiente como la gengibre, y duro como el acero.**

CAPITULO LXIV. 99

ba ya entre Ban y Buscar; pues los dos perros le siguieron á la choza cuando abandonaron el alcázar. Su conocida ferocidad, y la reputacion de hechicera que disfrutaba Juana, contribuian á desviar de allí toda visita. Macwheeble era el encargado de enviarles la comida, añadiendo á ella algunas friolerillas de lujo para uso de su dueño, todo con las precauciones necesarias. Por fin, el baron despues de algunas ceremonias, ocupó su cama habitual, y Waverley se colocó en un ancho sitial de terciopelo desgarrado, que era del salón de Tully-Veolan, cuyos muebles estaban dispersos por todas las casas de la aldea: ambos disfrutaron de tan apacible sueño como si se hubiesen acostado en lechos de plumas.



CAPITULO LXV.

NUEVAS ESPLICACIONES.

Asi que amaneció, la vieja Juana principió á barrer su pobre choza , para despertar al baron que dormia de ordinario en profundísimo sueño.

«Preciso es que vuelva á mi gruta, dijo este á Waverley; ¿quereis venir conmigo á dar un paseo hasta el *glen*?»

Pusiéronse en camino por una senda estrecha que habian trazado los pescadores y leñadores en las largas orillas del arroyo; y caminando, esplicó á Waverley como podria pasar un dia ó dos en Tully-Veolan sin peligro, y aun pasearse por las cercanías, con tal que tuviese la precaucion de decir que era un agente que

CAPITULO LXV.

101

iba con intencion de comprar la baronía en nombre de algun hidalgo inglés. En consecuencia de esto le recomendó que hiciese una visita al baile, que habitaba aun en la casa del factor llamada la pequeña Veolan, aunque debia dejarla en el término cercano. La pequeña Veolan estaba situada á una milla de la aldea: el pasaporte de Francisco Stanley era una garantía para Eduardo respecto del comandante militar, y en cuanto á los labradores que pudieran reconocerle, aseguró el baron que nada tenía que temer de ellos.

«Estoy muy persuadido añadió el anciano de que sospechan estoy en estas cercanías, pues he observado que no permiten ya á sus hijos que vengán aquí á buscar nidos de pájaros; lo que no pude impedir jamás cuando gozaba del pleno poder de un título de baron!... Muchas veces encuentro en varios parajes, provisiones dejadas de intento ! Dios bendi-

ga y proteja á estas bravas gentes! Espero que tendrán un dueño tan bueno como yo , y mas sabio.»

Un suspiro muy natural terminó esta frase; mas la firme y constante resignacion que el baron manifestaba en su desgracia , tenia cierta cosa de respetable y aun de sublime: ni se abandonaba á inútiles pesares, ni se dejaba abatir por la melancolía, no proferia nunca quejas ni injurias contra el partido dominante.... sabia sufrir y callar.

«Creo que he becho mi deber. decia; y sin duda los que me persiguen creen que hacen el suyo!... Mas algunas veces padezco al ecbar los ojos á las ennegrecidas y degradadas paredes de la habitacion de mis padres!... Vale mas que piense que los oficiales no pueden contener á veces las devastaciones de los soldados: el mismo Gustavo Adolfo permitió algunas veces el pillaje, como podemos leerlo en la relacion que hace el coronel

CAPITULO LXV.

103

Mauro de su expedicion con el valiente regimiento escocés llamado el regimiento de Mackay. Yo propio he visto escenas de desolacion como la de Tully-Veolan cuando servia bajo el mando del mariscal duque de Berwick: ciertamente que podemos decir con Virgilius Maro: *Fuimus troes* (1): tal es el fin de una antigua cancion. La duracion de una casa y de una familia siempre es bastante larga cuando los hombres han combatido lo bastante para morir con honor. Aquí tengo un retiro que pudiera muy bien tomarse por una *domus última* (2) »

Acababan de llegar al pie de una escarpada roca. El baron levantó los ojos. «Los pobres jacobitas, dijo, somos ahora como los conejos de que habla la escritura: una débil raza obligada á ocultarse en medio de las rocas... Con qué, á

(1) Los tróyanos ya no existen.

(2) Ultima morada, sepulcro.

Dios, mi querido Eduardo, nos volveremos á ver esta noche en casa de la buena Juana; voy á entrar en mi *Patmos* (1) lo que no es muy fácil para mis miembros algo cansados con la edad.

Dichas estas palabras principió á trepar por las rocas ayudándose con las rodillas y con las manos para llegar á unos zarzales que ocultaban una gruta , cuya entrada se parecia á la boca de un horno. El baron hizo pasar al punto su cabeza y sus hombros, y sucesivamente todos sus largos miembros hasta que desaparecieron sus piernas y pies , semejante á la serpiente que se pliega y se rolla sobre sí misma para entrar en su guarida, ó á un largo árbol genealógico introducido penosamente por el estrecho mechinal de un antiguo armario. Waverley tuvo la

(1) El baron alude aquí al retiro de san Juan en la isla de Patmos.

CAPITULO LXV.

105

curiosidad de visitar aquella cueva, como pudiera llamarse.

El baron se parecia lo bastante á lo que causa tanta sorpresa y admiracion á los niños (y las personas mayores, entre las cuales me cuento yo): se parecia , digo, á una *devanadera dentro de una botella*, que no se ve sin hacer al punto por adivinar como ha sido introducida ó como saldrá. La gruta era demasiado estrecha y demasiado baja para que pudiera estar en pie, y aun para sentarse, aunque logró despues de muchos ensayos ridículos ponerse en esta postura. Su única diversion era leer á su querido *Titus Livius*, y grabar alguna vez en la roca con su cuchillo algunas sentencias latinas ó algun texto de la Escritura. Como la caverna estaba seca y llena de paja y helecho, el baron la reputaba cama muy agradable y comodísima para un soldado viejo. « Difícil es que me descubran, añadió acurrucándose con un aire de co-

modidad, que contrastaba singularmente con su actitud, porque la buena Juana y su hijo siempre están alerta: no creeréis cuanta serenidad, ó por mejor decir, que instinto manifiesta el pobre inocente cuando se trata de mi seguridad.»

Al volver á la choza hubo una explicación entre Eduardo y Juana: desde el punto que la vio habia reconocido en ella á la vieja que le cuidó durante su enfermedad despues que le libraron de manos de Gifted-Gilfillan. Habia reparado que la choza, aunque un poco reparada y provista de ciertos muebles nuevos, era el lugar de su detención; habia visto tambien en el matorral comunal de Tully-Veolan el tronco de un árbol viejo llamado el *trysting-tree* (1), que no dudó fuese el mismo bajo el cual se reunieron los highlanders en aquella memorable noche. La víspera habia traído ya á la

(1) El árbol de la cita.

CAPITULO LXV.

107

memoria todas estas particularidades; pero no quiso catequizar á Juana delante del harón por razones que probablemente adivinará el lector.

Su primer paso fué preguntar quien era la jóven que le habia visitado durante su enfermedad. Juana pareció reflexionar por espacio de algunos segundos; y despues de esto, pensando que no podia perjudicar á nadie revelando este secreto, dijo á Waverley.

—La jóven que os hizo visita no tiene igual en la tierra: es miss Rosa de Bradwardine.

—¿Y sin duda fué ella, dijo Eduardo admirado de este descubrimiento, que ya presumia, fué ella no puedo dudarlo, quien me alcanzó la libertad?

—No os engañáis, señor Waverley: pero ¡buen Dios! cuanto lo sentiria si supiese que lo sabeis! Me ordenó que hablase siempre en lengua gaélica á fin de haceros creer que os hallabais en High-

landers: yo sé esta lengua pues mi madre era highlandesa.

Eduardo supo al momento todo el misterio de su libertad: jamás música alguna hizo en los oídos de un filarmónico sensación mas agradable que la que produjo en su corazón la ode la vieja. Pero como el lector no está como él enamorado, creo haré bien en privarle de todos los pormenores que contó la buena mujer con fastidiosas repeticiones en una narración de mas de dos horas; me contentaré con presentarle lo mas esencial.

Cuando Waverley participó á Fergus la carta que habia recibido de miss Rosa por medio de David, y en la que le avisaba que Tully-Veolan estaba ocupado por un destacamento de soldados, el activo gefe de los Mac-Ivor trató en breve de sacar partido de ello. Solícito en incomodar los puestos enemigos, no queriendo dejarlos establecer tan cerca de él, y

CAPITULO LXV.

109

deseando agradar al baron, porque ya muchas veces le habia ocurrido la idea de pedir la mano de su hija , resolvió enviar algunos hombres de su tribu, para desalojar á los soldados-rojos y llevarse á Rosa á Glennaquoich. Acababa de encar- gar esta comision á Mac-Combich , cuan- do supo que el ejército de sir John Cope se dirigia hacia los highlanders para ata- car y dispersar las fuerzas del caballero, antes de que se aumentasen mas: vióse pues obligado á reunirse al estandarte de Carlos Eduardo con toda su tribu.

Fergus antes de partir envió orden á Donald para que marchase en su compa- ñía; pero este astuto merodeador halló medio de diferir el obedecer con pretextos mas ó menos plausibles. Su objeto era obrar por sí propio: obligado por el tiempo y las circunstancias, Fergus aceptó sus excusas como buenas, dejando para una ocasion propicia el proyecto de vengarse; y no pudiendo hacer otra cosa,

le encargó la expedición de Tully-Veolan, recomendando que respetase el caserío; que se estableciese en el vecindario para proteger á Rosa , y á los otros habitantes del lugar, y en fin que molestase y rechazase todos los destacamentos de voluntarios ó de tropas regulares que apareciesen por aquel lado.

Esto era dar á Donald una comisión de partidario que se propuso interpretar en su favor, puesto que no le detenía ya el tener á Fergns tan cerca: y como había adquirido cierto crédito en los consejos del príncipe, por algunos servicios secretos que le hiciera anteriormente, resolvió aprovecharse, como dicen, del sol para hacer su heno. Fácilmente logró echar á los soldados de Tully-Veolan; después principió á poner contribuciones á los terratenientes y á hacer querrelas por su cuenta, aunque no se atrevió á incomodar á los habitantes del casar, por temor de procurarse un poderoso

CAPITULO LXV.

111

enemigo en el ejército del caballero: porque sabia , que *la cólera del baron era de temer.*

Esto no obstante se puso la cucarda blanca, é hizo varios servicios á miss Rosa, en consideracion, decia, á la sagrada causa que habia abrazado el baron, y lamentándose de la necesidad en que se hallaba de atender á las necesidades de su tropa.

En esta época fué cuando la fama con su acostumbrada exageracion hizo saber á Rosa que Eduardo Waverley habia muerto al mariscal-herrador de Cairn-breckan; que habia sido arrojado en un calabozo á consecuencia de las órdenes del mayor Melville, y que debia aparecer ante un consejo mililar. En su cruel inquietud, Rosa propuso á Donald Bean que libertase al prisionero: Donald aceptó semejante comision con tanto mayor placer cuanto esperaba hacer olvidar con este servicio algunos pecadillos que po-

dian echarle en cara. Sin embargo, aunque ponderaba tanto su respeto á sus deberes, tuvo la destreza de diferirla tanto, que Rosa desesperada ofreció comprar sus socorros con el don de algunos preciosos diamantes que habian pertenecido á su madre.

Donald Bean, que habia servido mucho tiempo en Francia, conocia, y aun tal vez estimaba en demasía el valor real de estas baratijas; pero tambien comprendió que miss Bradwardine temia llegase á saberse que habia dado sus joyas para obtener la libertad de Waverley. Resuelto á no dejar perder su botin por tal escrúpulo, ofreció y juró de su propia voluntad no mencionar jamás el nombre de Rosa en esta transaccion, y lo hizo de tanto mejor grado, cuanto que no le resultaba ninguna ventaja de lo contrario. Hasta quiso dar á la jóven dama, como dijo á su teniente, la prenda que reputaba por mas inviolable que todas, esto

CAPITULO LXV.

115

es, el juramento que pronunció por la hoja de su *dirck*.

En parte le inspiraron este acto de buena fe algunas atenciones, que Rosa manifestaba á su hija Alice, atenciones que habian ganado el corazon de esta doncella highlandesa y lisonjeado el orgullo de su padre. Alice, que habia logrado aprender algunas palabras del inglés, comunicaba á menudo con su protectora; y en pago de sus bondades, le entregó todos los papeles que revelaban la intriga de Donald con el regimiento G... y de los que era depositaria. Vino a bien con igual zelo en restituirlos á Waverley, sin que su padre supiese nada; porque, pensó Alice, mi padre no necesita de estos aramebes, y pueden, ser útiles al bello hidalgo, y á la amable miss.

El lector recordará el modo como los puso en manos de nuestro héroe antes de que partiese de *Glen*.

Con todo la espulsion del destacamento

TOMO VI.

8

de Tully-Veolan alarmó las cercanías, y mientras que Donald iba en seguimiento de Gilfillan, enviaron fuerzas muy considerables para rechazar á los insurreccionados, y mantener la tranquilidad en el pais. El comandante, era un oficial rígido observador de la disciplina, y no solamente no quiso presentarse en casa de miss Bradwardine, que se hallaba sin protectores, sino que prohibió con las mas severas penas causar el menor daño en los campos. Estableció su cuartel en una altura próxima al castillo , y colocó cuerpos de guardia en todos los caminos de las cercanías. Donald supo todos estos pormenores cuando, despues de dispersar la tropa de Gilfillan, se disponia á entrar otra vez en Tully-Veolan: y no queriendo renunciar al premio de su empresa depositó su prisionero en la cabaña de la vieja Juana, cuya situacion apenas conocian los mismos habitantes de Tully-Veolan, y que era desconocida tambien al

CAPITULO LXV

115

mismo Waverley. La enfermedad del prisionero frustró todos los planes de Donald; pero no impidió que recibiese la recompensa prometida. Cuando se vió obligado á dejar el pais con su banda, y á escoger otro teatro para ejercitar sus talentos, determináronle las instancias de miss Rosa á dejar en la cabaña un viejo herbolario que sabia algo de medicina, y él se encargó de cuidar del enfermo.

Mil inquietudes despedazaron en breve el corazon de la pobre Rosa: supo por la vieja Juana que prometian una recompensa al que entregase la persona de Waverley: resistirá Donald á la tentacion?.. En el esceso de sus temores creyó que no le quedaba otro partido que tomar sino informar al príncipe de los peligros que corria Waverley, persuadida de que la política y el honor le harian mirar como un deber el acudir á socorrerle. Al principio concibió la idea de no firmar la

carta: mas temió que si iba anónima no produciria ningun efecto: firmóla pues con mano trémula, y la confió al hijo de un arrendador quien se alegró de que se le presentase ocasion de hablar al príncipe para pedirle un grado de oficial.

Cuando el príncipe recibió la carta se dirigia á los Lowlands; al punto conoció cuanto le importaba tener en su poder un jóven, á quien suponía ligado con los jacobitas de Inglaterra: y dio las órdenes mas terminantes á Donald Bean Lean para que entregase á Waverley sano y salvo con su bagaje al gobernador del castillo de Doune : Donald no se atrevió á desobedecer, porque el ejército del príncipe estaba sobrado cerca para que pudiera hacerlo sin ser castigado: por otra parte era tan buen político como buen merodeador, y no queria perder el mérito de sus servicios anteriores. Hizo pues, como dicen, de la necesidad virtud, y encargó á su teniente que acom-

CAPITULO LXV.

117

pañase á Eduardo hasta Doune: el lector sabe el modo con que desempeñó el teniente esta comision.

El gobernador de Doune tenia orden de hacer escoltar su cautivo hasta Edimburgo como prisionero de guerra, pues temia el príncipe que Waverley, viéndose en libertad, formase otra vez el proyecto de volver á Inglaterra. Con todo no resolvió esto sin aconsejarse antes con el gefe de Glennaquoich, con quien consultó la manera como debia disponer de Eduardo, pero sin manifestarle como habia sabido el lugar de su retiro.

Creíase obligado el príncipe á respetar de este modo el secreto de una dama; aunque la carta de Rosa estaba concebida en términos muy vagos, y aunque trataba de hacer creer que obraba solo por humanidad y por zelo por el servicio de su alteza real, manifestaba tan vivamente su temor de que llegase á saberse que ella habia tomado parte en el asunto,

que el caballero adivinó el secreto motivo del interés que tomaba por Waverley. Esta conjetura, bien fundada en parte, le hizo suponer varias cosas desnudas de fundamento: atribuyó la viva emoción que manifestaba Waverley en el baile de Holy-Rood, al acercarse á Flora y á Rosa, á los sentimientos que alimentaba respecto á esta última; y creyó que contrariaba la opinión de los amantes el empeño del baron en querer mantener la substitucion de sus propiedades, ó algun otro obstáculo. Es verdad que habia oido decir muchas veces que el afecto de Waverley se dirigia á miss Mac Ivor; pero no ignoraba cuan pródiga es la fama de esta especie de rumores, y creyó estar cierto de que el hidalgo inglés era el amante correspondido de miss Rosa. Deseando atraer á Eduardo á su servicio, y al mismo tiempo darle gusto, insistió el príncipe con el baron para obligarle á traspasar el dominio á su hija : el señor

CAPITULO LXV.

119

Bradwardine habia consentido por fin en ello, lo que determinó á Fergus á hacer las dos peticiones, la del título de conde, y la de la mano de miss Bradwardine, peticiones desechadas como hemos visto. El caballero, continuamente ocupado en sus multiplicados asuntos, no habia tenido todavía tiempo para esplicarse con Eduardo, aunque muchas veces estuvo en un tris que no lo hiciese. Cuando Fergus declaró sus intenciones, el príncipe juzgó que debia permanecer neutral entre los dos pretendientes, confiado en que esperarían el fin de la expedicion para terminar su debate; pero en la marcha hacia Derby, comprendió en una conferencia que tuvo con Fergus que este gefe se equivocaba acerca de la conducta de Eduardo; y creyó deber desengañarle, declarándole que tenia fuertes razones para pensar que este no se curaba de miss Mac Ivor, y que se hallaba comprometido con miss Bradwardine:

120

WAVERLEY,

me parece que no habrá olvidado el lector la querella que á esto se siguió entre Eduardo y el gefe.

Estas circunstancias esplicarán algunos acontecimientos de la presente historia que no hemos referido por menor á fin de escitar la curiosidad del lector, como es costumbre en los autores de novelas.

Cuando la vieja Juana hubo revelado los principales hechos de esta narracion, Waverley salió fácilmente de la especie de laberinto de incertidumbres en que divagaba estraviado: Rosa Bradwardine pues era á quien debia aquella vida que de tanto peso le era: algunas reflexiones le hicieron concluir, con todo, que valia mas vivir por ella á fin de dividir un dia con ella su independencia y su fortuna en Inglaterra ó en un pais extranjero. El placer de tener tan cerca á un hombre del mérito del baron, y á quien en tanto tenia sir Everard, aumentaban aun sus deseos en favor de tal enlace; las singu-

CAPITULO LXV.

121

laridades del señor de Bradwardine que tan estafalarias y ridículas parecían en su prosperidad, no eran mas que rasgos de un carácter original para aquellos que sabían lo que era en el infortunio.

Lleno el corazon de lisonjeras esperanzas respecto de su dicha futura, partió Eduardo para la pequeña Veolan, residencia del señor Duncan Macwheeble.



CAPITULO LXVI¹¹.

EL señor Duncan Macwheeble, que no era ya ni comisario de guerra, ni baile, aunque disfrutaba todavía del vano título de esta segunda dignidad, habia escapado de la proscripción separándose pronto del partido insurreccionado, y principalmente por causa de su nulidad. Hallóle Eduardo en su gabinete, en medio de muchos montones de papeles viejos. Tenia delante un enorme plato lleno de sopa de harina de avena, y á su izquierda una cuchara de cuerno , y una botella de *twopenny* (1). Hojeaba un voluminoso

(1) Cerveza escocesa, llamada así por el precio de la botella *twopenny* (dos sueldos) antes del aumento de los derechos.

¹¹ Los títulos de los capítulos LXVI a LXXI están formados por lemas o epígrafes, esto es, breves citas literarias en prosa o verso. Entre las fuentes de estos lemas hay que señalar a literatos ingleses, en especial Shakespeare. La norma que sigue OLI es la omisión de estos títulos, con excepción del capítulo LXX en el que se decanta por la repetición del epígrafe en latín ('*Dulce Domum*').

CAPITULO LXVI.

123

proceso, y de cuando en cuando llegaba á su grande boca la cuchara, cargada copiosamente del nutritivo alimento. Una botella de aguardiente de Holanda colocada al alcance de su mano derecha, indicaba que este honrado miembro del cuerpo de los legistas habia tomado ya su trago de por la mañana, ó que se proponia sazonar la sopa con este digestivo líquido, y quizá hubieran podido admitirse á un tiempo ambas suposiciones. Su gorro de dormir y su bata habian sido en otro tiempo de *tartan*; pero siempre tan prudente como económico, el buen baile los habia hecho teñir de negro, por miedo de que su color de mal augurio recordase su escursion á Derby. Para completar su retrato, su rostro estaba pintarrajado de tabaco hasta los ojos, y sus manos ennegrecidas de tinta hasta el puño.

Cuando Waverley se adelantó hacia la verde barrerilla que protegía su atril y

su silla contra la proximidad del vulgo, el baile frunció las cejas, y le miró con ojos inquietos. Nada le repugnaba mas que ver reclamar el honor de su saber á alguno de los desgraciados hidalgos que en adelante se hallaban mas en el caso de demandar su asistencia que de acarrearle provecho alguno; pero al punto reconoció al rico hidalgo inglés. Quien sabe cual es su situacion?... dijo para sí. Era el amigo del baron... Qué haré?

Estas reflexiones dieron un aire ridículo de embarazo al pobre baile. Waverley, que buscaba tan solo al señor Macwheeble para participarle sus proyectos de felicidad, no pudo menos de reir al verle. Como el baile creia imposible que un hombre amenazado de perder su libertad, ó atormentado por la miseria, se permitiese reir, quedó enteramente sereno con la alegría de Eduardo: dióle al punto la bien venida á la pequeña Veolan, y preguntóle que queria para desa-

CAPITULO LXVI.

125

yunarse. Antes de todo en su visita tenia que hablar particularmente con el señor Macwheeble, y le pidió permiso para cerrar la puerta con cerrojo: no le gustó á Duncan esta precaucion , que indicaba habia algun peligro que temer; pero no podia ya volver atrás.

Convencido de que podia fiarse del baile interesándole en ser fiel, Eduardo le participó su situacion y proyectos: el prudentísimo baile escuchó en un principio con todos los síntomas del miedo, oyendo que Waverley se hallaba aun proscrito: serenóse poco que mucho á vista del pasaporte; frotóse las manos cuando espuso Eduardo su fortuna actual, abrió grandes ojos al saber cuales eran sus brillantes esperanzas; pero cuando le dio á entender su intencion de dividirlo todo con miss Rosa Bradwardine; el pobre baile perdió casi la razon en la exaltacion de su gozo: agitóse violentamente en su sillón como la pitonisa en

el sagrado trípode; hizo volar su mas linda peluca por la ventana , pues la cabeza de madera en que estaba colocada estuvo al alcance en su primer impulso; lanzó su gorro al techo y le volvió á recoger; principió á silbar un aire favorito; hizo una pirueta escocesa con una gracia y agilidad inimitables, y arrojándose por fin en una silla, desfallecido de fatiga, exclamó : «Lady Waverley, diez mil libras esterlinas de renta al año! Líbreme Dios de perder la cabeza!

— Amen! de todo corazon, dijo Waverley; mas señor Macwheeble, ahora tratemos de negocios.»

Esta última palabra fué como un calmante para la agitacion del baile; cortó la pluma, preparó los anchos márgenes de una media docena de pliegos de papel, y bajo los *Estilos de jurisprudencia* de Dallas San-Martin, venerable obra que estaba encaramada en el mismo estante que los *Institutos* de los Staer, las *Dudas*

CAPITULO LXVI.

127

de Dirleton, las *Prácticas* de Balfour, y otros pesados y antiguos registros. Abrió el volumen al artículo *Contrato de matrimonio*, y se dispuso para estender lo que llamaba pequeña minuta, á fin de impedir á las partes el desdecirse.

No sin trabajo logró Waverley hacerle comprender que iba muy de prisa. Necesito vuestra asistencia, le dijo: en primer lugar tened la bondad de escribir al comandante del destacamento acantonado en Tully-Veolan, que el señor Stanley, hidalgo inglés y pariente cercano del coronel Talbot, se halla de negocios en casa del señor Macwheeble; y que sabiendo el estado del país, envia su pasaporte para que le ponga el visto bueno el capitan Forster. El oficial contentó á esta misiva convidándole cortesmente á comer; convite que no aceptó el pretendido Stanley, como supondrá el lector, pretextando negocios.

El segundo servicio que Eduardo pidió

al baile fué que hiciese partir á un criado á caballo para el correo, donde el coronel Talbot debia dirigir sus cartas y que diese orden al mensajero de esperar hasta que recibiese una carta para el señor Stanley.

El baile llamó al instante á su aprendiz ó criado (sesenta años ha se servian indiferentemente de estas dos palabras).

—Jacobo Scribeer, le dijo, cuida mucho del jaco blanco. El pobre animal ha sufrido mucho en esta última campaña! Dirian que tenia alas el dia que... tiene poco aliento desde el dia... Hem! Dios os bendiga!...Iba... Sí, desde que le estropeó por ir á buscar al caballero, que vino á separar al señor Waverley y á Vich Jan Vohr (por poco no me rompo cien veces el cuello); pero flojo era el negocio de que se trataba! Ahora todo va á repararse. Lady Waverley!... Diez mil libras esterlinas al año!... Bendígaos Dios!....

CAPITULO LXVI.

129

—Mi querido señor Macwheeble , olvidais que nos falla el consentimiento del baron, el de la jóven dama!....

—Ellos le darán, yo os lo fio, ellos le darán.... Diez mil libras de renta! Qué diferencia de aquel fanfarrón de Balmawhapple! con la renta de medio año podeis comprar á Balmawhapple , rentas y tierras! Dios nos haga agradecidos!»

A fin de obligarle á mudar de conversacion, preguntóle Waverley si habia tenido recientemente noticias del gefe de Glenaquoich.

«Todo cuanto sé, respondió el baile, es que sigue en el castillo de Carlisle y que no tardará en ser juzgado.... No le deseo el menor daño, añadió; pero espero que no le soltarán los que le han cogido, y que no le permitirán venir á estas fronteras á atormentarnos con el *black-mail* y con toda suerte de violencias, ultrajes, opresiones y despojos, ya por sí mismo, ya por medio de los otros

TOMO VI.

9

que enviaba al efecto. Y qué ha hecho del dinero? sabia guardarlo? no: dejaba derrocharlo á troche moche en Edimburgo á aquella ociosa señorita. Mas lo que pronto tiene pronto se va. En cuanto á mí, deseo no ver ya mas en el pais, ni un *Kilt*, ni un soldado rojo, ni un fusil, á menos que no sea para matar algun perdigon. Todos son unos: y cuando os han causado algun daño vais á pedir órden de restitution y pago de perjuicios, y quedais lucido; no tienen un *plack* para pagaros, y en vano hariais estender la minuta de notificacion.»

Mientras tanto llegó la hora de comer, y el señor baile dio esperanzas á su huésped de hallar medio para introducirle en el alcázar de Duchran, que habitaba á la sazón miss Rosa, sin riesgo tan solo de ser molestada.

«Con todo no me será muy fácil, dijo , porque el laird es ardiente partidario del gobierno.»

CAPITULO LXVI.

131

El gallinero habia pagado hoy su contribucion: en la sala del baile humeaban el *cockylecky* (1) y no pocas tajadas de carnero sazonadas á la escocesa. Acababa el baile de introducir en el corcho de una botella de Burdeos (que tal vez provenia de la bodega de Tully-Veolan) el sacatapon, cuando pasó su *poney* por delante de la ventana á galope tendido; creyó pues que era prudente dejar entonces á un lado la botella. Entró el clérigo¹², y entregó un paquete al señor Stanley. Eduardo reconoció la letra y el sello del coronel Talbot, y le abrió con mano trémula. El paquete contenia dos decretos en debida forma: en el uno concedia su alteza real proteccion y seguridad á Cosme-Comyne de Bradwardine, antes baron de Bradwardine, despojado de su baronía por haber tomado las armas en la rebellion; el segundo concedia igual-

(1) Sopa hecha con un gallo ó pollo y puerros.

¹² Cfr. DEF: "clerc"; WAV: "Jock Srieve". Para referirse al aprendiz del administrador Macwheeble, OLI —a partir de DEF— sustituye el nombre propio por uno común, con una interpretación errónea derivada de la polisemia del correspondiente segmento textual francés: "clerc" comprende los significados de 'clérigo, primer oficial y pasante'. Cfr. XER: "muchacho", que opta por una traducción que neutraliza la alusión al empleo del personaje.

mente proteccion á Eduardo Waverley, esg. La carta del coronel Talbot estaba concebida en estos términos.

«Mi querido Eduardo: acabo de llegar, y no ha sino algunas horas que he tenido la dicha de terminar el asunto objeto de mi viaje. He encontrado muchas mas dificultades de las que esperaba, y á su alteza real en una disposicion de espíritu poco favorable para mi negocio: acababa de dar audiencia á tres ó cuatro hidalgos ingleses. «Talbot, me ha dicho despues de acogerme con mucha afabilidad , creeréis que cinco ó seis hidalgos honorables y los mas apasionados al gobierno de la ribera del norte del Forth, tales como el mayor Melville de Cairnvreckan, Rubrick de Duchran y otros, acaban de arrancarme con sus reiteradas instancias cartas de proteccion y promesa de perdon en favor de ese viejo y antojadizo rebelde á quien llaman baron de Bradwardine ? Han alegado que la noble-

CAPITULO LXVI.

133

za de su carácter personal, y la manera generosa con que se ha comportado con los prisioneros que la suerte de las armas hiciera caer en manos de los insurreccionados, debían abogar en su pro , mucho mas cuando la confiscacion de su baronía seria un castigo bastante severo. El señor Rubrick se ha encargado de darle asilo en su casa, hasta que todo se arregle en ese pais: ¿es verdad que se hace un poco duro perdonar á un enemigo tan decidido de Brunswick ? »

«El momento no era muy favorable para presentar mi peticion: con todo he osado decir á su alteza real que me alegraba de hallarle en tan clementes disposiciones, y que ellas me alentaban á hacerle una demanda de la misma naturaleza. El príncipe me ha parecido muy descontento: he insistido haciendo valer la estimacion con que me honraba su alteza en premio de mi afecto á su persona, y de los ligeros servicios que habia tenido la

dicha de prestarle: á mas he hablado de los tres votos que tenemos en el parlamento. Le he visto embarazado, pero persistiendo siempre en su negativa. He manifestado la ventaja que sacaria el gobierno adheriendo para siempre á su causa al heredero de la familia de Waverley: tampoco le ha hecho impresion esto. He referido las obligaciones de que soy deudor á sir Everard, y á vos personalmente, y que no reclamaba por recompensa de mis servicios mas que el medio de probar mi reconocimiento. He notado que el principe meditaba todavía otra negativa: entonces, último recurso, sacando de mi faltriquera mi despacho de coronel: «Ya que su alteza real, le he dicho, no me juzga digno de un favor que ha concedido á otros hidalgos cuyos servicios quizas no igualan á los mios, le suplico muy humildemente acepte mi dimision y me permita dejar el servicio.»

«El príncipe no esperaba esto: me ha

CAPITULO LXVI.

135

dicho cosas obsequiosas acerca de mis servicios, y me ha otorgado mi demanda.

«Veos pues otra vez libre, mi querido Eduardo; espero que cumpliréis la promesa de ser avisado de hoy mas, y de no olvidar nunca este acto de clemencia. Ya veis que *mi* príncipe no es menos jeneroso que el *vuestro*: es verdad que no concede un favor con aquella gracia extranjera y aquellos cumplimientos que distinguen á vuestro caballero errante; pero tiene los francos modales de un inglés; y la repugnancia evidente con que os otorga vuestra peticion prueba el sacrificio que hace de su propia inclinacion á vuestros deseos. Amigo mio, el ayudante general me ha agenciado los *duplicados* de las cartas de proteccion para el baron; el original obra en manos del mayor Melville. Me he figurado que os alegraréis de ser el primero que le dé tan feliz uueva, y os remito una copia. El señor Bradwardine debe dirigirse sin tar-

danza á Duchran para hacer allí su cuarentena: si quereis, podeis acompañarle, y aun os permito deteneros siete ú ocho dias, porque sé que cierta bella anda por allá. Os participo con gusto que todos los progresos que haréis en su corazon admirarán á sir Everard y á mistress Raquel, quienes no se consolarán plenamente de la suerte de los *tres armiños pasantes*, sino cuando les presenteis una mistress Waverley. Ciertos negocios amorosos por parte mia (ya han pasado muchos años despues) interrumpieron ciertos proyectos que formaban entonces de perpetuar en los tapices la memoria de *estos tres armiños*, y en consecuencia debo resarcirles este perjuicio. Aprovechaos pues del tiempo, porque asi que paseis ocho dias en Duchran, os veréis obligado á partir á Lóndres á fin de solicitar vuestra gracia en el tribunal de justicia.

«A Dios, mi querido Waverley ; siempre á vuestra disposicion.—*Felipe Talbot*.

CAPITULO LXVII.

CUANDO Eduardo volvió algun tanto de la especie de enagenamiento que produjeron en él estas nuevas inesperadas, invitó al señor Macwheeble á acompañarle hasta el retiro del baron. Mas el circunspecto baile observó que si el baron se manifestaba de seguida en público sus vasallos darian á conocer su satisfaccion con gritos de alegría y regocijos que podrian ofender á las autoridades existentes, autoridades á las que él, Duncan Macwheeble, tenia un respeto ilimitado. «Mejor hariais dijo en ir solo á casa la vieja Juana, y conducir al baron á la pequeña Veolan al abrigo de las sombras de la noche, donde tendrá un buen le-

cho: yo mismo iré á buscar al capitan Forster para enseñarle las cartas de proteccion que conceden al baron, y pedirle su permiso para recibirle esta noche en su casa, á fin de hacerle partir en posta mañana por la mañana para Duchran con el señor Stanley.... porque supongo que vuestra señoría conservará todavía este nombre.

— Ciertamente , señor Macwheeble; y vos no vendréis al *Glen* á ver á vuestro patron?

—. De buena gana iria , podeis creerlo, y doy gracias á vuestra señoría de haberme recordado mis deberes; pero el sol se pondrá antes que vuelva de casa del capitan , y ya sabeis que el matorral no goza de buena reputacion á aquellas horas inusitadas!.... Dicen muchas cosas sobre la vieja Juana Gellatley... El *laird* no les da el menor crédito... siempre ha sido tan imprudente y tan temerario!... y él jamás ha temido, ni á los hombres, ni á

CAPITULO LXVII.

139

los diablos; pero estoy seguro de que sir Jorge Mackenge dice que ningun teólogo puede dudar que hay hechiceras, puesto que la Biblia nos prohíbe dejarlas vivir; así como ningun legista de Escocia puede dudarlo tampoco, puesto que nuestra legislación las condena á muerte. De esta manera, la ley y el Evangelio apoyan esta opinion; si vuestra señoría no cree al *Levitico* creerá el libro de los *Estatutos*; mas sea esto como gaste á vuestra señoría pues poco le importa a Duncan Macwheeble. No obstante enviaré á buscar esta tarde ala vieja Juana; no conviene tratar ligeramente á las gentes de tal reputacion. Y despues habremos menester á David, para volver el asador; porque he de enviar á Eppu á matar una oca para la cena de vuestras señorías.

Cuando el sol iba á ponerse Waverley partió para la choza. Al entrar en ella, la pobre Juana, encorvada por la edad, y ennegrecida por el humo de su lumbre

de césped, iba y venia por su morada con una escoba de abedul, y murmuraba algunas palabras entre dientes, procurando dar un aire de decencia á su piso y á su hogar , á fin de hacerles dignos de sos huéspedes. El ruido de los pasos de Waverley hizo estremecer y temblar todos sus miembros, tan inquieta le tenia la seguridad del baron: con mucho trabajo le hizo comprender que el señor Bradwardine ya no tenia nada que temer respecto de su persona, pero le habian despojado de su propiedad... «Eh! y quien será tan atrevido que le quite sus bienes? dijo; en cuanto á ese Inchgrabbit, querria algunas veces ser verdaderamente hechicera para arreglarle, si no temiera que el diablo me coja la palabra.»

Eduardo le dió algunas monedas de plata, y le prometió que seria recompensada su fidelidad.

«¿Qué recompensa me seria mas agradable , respondió, que el placer de ver

CAPITULO LXVII.

141

que mi anciano amo y miss Rosa descubraban lo que es suyo?»

Waverley se despidió de ella, y corrió al *Patmos* del baron: apenas silbó á media voz , vio al anciano , semejante á un viejo tejon sacando la cabeza de la madriguera para reconocer.

«Venís presto , hijo mío, dijo bajando; ¿acaso han descubierto mi retiro los soldados rojos? no estamos ya seguros aquí?

—Nunca es sobrado presto para recibir buenas noticias, respondió Waverley; y se apresuró á referirle cuanto tenia que anunciarle de bueno.»

El anciano, juntando las manos, y alzando sus ojos al cielo, oró un momento en silencio, y despues exclamó: «Loado sea Dios ! veré otra vez á mi hija!

—Para no separarse mas de ella, añadió Waverley.

—Así lo espero.... á menos que no sea para ganar con mi trabajo la subsistencia, porque estoy algo corto de mone-

da; mas ¿qué importan los bienes del mundo?

— ¿Y si hubiese una situacion, dijo Eduardo con timidez, que librase á miss Bradwardine de las incertidumbres de la fortuna , y la colocase en el rango en que nació, os opondriais á ello, mi querido baron, porque uno de vuestros amigos seria el hombre mas feliz de la tierra?»

El baron se volvió prontamente hacia él como si no hubiese oido bien.

«Sí; continuó Eduardo, no miraré como verdaderamente revocado mi decreto de proscripcion, sino me permitís acompañaros á Duchran; pero....

El baron hacia al parecer por reunir toda su dignidad para hablar de un modo conveniente sobre lo que el llamara en otro tiempo un tratado de alianza entre las casas de Bradwardine y de Waverley; pero no pudo lograrlo, y el ser padre le hizo olvidar que era baron. Dejó á un lado el orgullo del nacimiento y

CAPITULO LXVII.

143

los títulos: y el gozo y la sorpresa se pintaron en todas las facciones del anciano cuando, no siéndole posible contener la emoción de la naturaleza, apretó á Waverley entre sus brazos exclamando con sollozos: «Hijo mio, mi querido hijo! hubiera podido encontrar en el universo entero otro que mereciese mas bien mi elección?»

Eduardo le volvió sus abrazos con el mas tierno afecto, y por espacio de algunos minutos caminaron sin hablarse uno al lado del otro. Eduardo rompió el primero el silencio.

«Pero, y miss Bradwardine? dijo.

— Ella no tiene mas voluntad que la de su padre; y por otra parte vos reunís cuanto puede lisonjear á una persona bien nacida... ¡En los dias de mi prosperidad no hubiera deseado otro esposo para mi hija que el digno sobrino de mi escelenle amigo sir Everard! Mas supongo, jóven, que no cometeréis en ello nin-

guna imprudencia; que tendréis la aprobacion de vuestros amigos, de nuestros parientes, y sobre todo del respetable sir Everard, que hace las veces de padre, *loco parentis*; Oh! no debemos olvidar esto.»

Aseguróle Eduardo que sir Everard se creia muy honrado con el modo lisonjero con que habia recibido su peticion, la cual aprobaba de todo en todo: y para convencerle de ello entregó al baron la carta del coronel Talbot.

El baron la leyó con la mayor atención.

«Sir Everard, dijo, ha preferido siempre el honor y la cuna á las riquezas; y en efecto, no necesita ir tras la *diva pecunia*: ya que Malcolm se ha hecho culpable de parricidio, pues no merece otro nombre la enagenacion de la herencia de nuestros antepasados, siento ahora, añadió fijando los ojos en una parte del techo de Tully-Veolan que se perci-

CAPITULO LXVII.

145

bia por encima de los árboles, siento no poder dejar á Rosa el viejo caserío y sus dependencias. Sin embargo, añadió despues de reflexionar algunos instantes, todo es para mejor tal vez; porque, como baron de Bradwardine, creeria deber insistir en ciertas pretensiones respecto de mi nombre y de mis armas, que hoy dia , siendo *laird* sin tierras , y con una hija sin dote , no deben vituperarme haber abandonado.

—Gracias á Dios, pensó Eduardo, que no oirá mi tio hablar de sus escrúpulos! porque sin duda hubieran contendido el oso rampante y los tres armiños pasantes.

—Os ruego que creais, añadió con todo el ardor de un jóven enamorado, que será para mí la mas completa felicidad poseer el corazon de vuestra amable hija, y que me reputo por tan dichoso obteniendo vuestra aprobacion, como si mi llevase un condado por dote.»

En esto llegaron á la pequeña Veolan:

TOMO VI.

10

la oca humeaba en la mesa, y el baile blandía el cuchillo y el tenedor; su patron y él volvieron á verse con franca alegría. La cocina tuvo tambien sus huéspedes : colocaron á la vieja Juana en un rincon de la chimenea ; David volvió el asador con su inmortal habilidad, y los mismos perros Ban y Buscar , á quienes habia cabido abundante parte, durmieron en el suelo.

Al dia siguiente el señor Bradwardine partió para Duchran con su jóven amigo, donde ya esperaban al baron, pues sabían el resultado de los pasos que habian dado unánimemente en su favor los hidalgos partidarios del gobierno. Estaban tambien persuadidos de que hubiese conservado tambien sus propiedades, sino hubieran pasado á manos de su indigno pariente, cuyos derechos, como resultaban de la condenacion del baron por crimen de rebellion, no podia destruirlos un perdon de la corona. El anciano tenia

CAPITULO LXVII. 147

gusto en repetir con su ordinaria alegría que queria cien veces mas poseer la estimacion de sus honrados vecinos que volver á entrar en el entero goce de su baronía y dependencias.

No probaré á pintar la entrevista del padre y de la hija, que tan tiernamente se amaban, y á quienes habian separado tan crueles circunstancias; ni menos aun probaré á explicar el amable rubor de mistress Rosa cuando recibió los cumplimientos de Waverley: ni tampoco trataré de indagar si tenia curiosidad de saber el motivo particular de su viaje á Escocia. En fin ¿para qué molestar al lector con los desabridos pormenores de una declaración de amor sesenta años ha? Bastará decir que bajo los auspicios de un escrupuloso observador de las ceremonias, tal como el baron , todo se hizo en debida forma. Encargóse él mismo á la mañana siguiente de su llegada de anunciar á Rosa las proposiciones de

Waverley, quien las dijo con la timidez conveniente á una doncella. La fama pretende con todo que Waverley halló cinco minutos la víspera por la tarde para informarla de lo que ocurría, mientras que el resto de la compañía miraba tres serpientes entrelazadas, que formaban un surtidor en el jardín.

Mis hermosas lectoras lo decidirán por sí propias; en cuanto á mí, no sé como pudiera terminar en algunos minutos un asunto de tal monta, y cuya esplicacion costó lo menos una hora al baron.

Desde entonces Eduardo fué mirado como un verdadero amante. A fuerza de sonreirse con aire de inteligencia y hacerse inclinaciones de cabeza, la señora de la casa le señaló lugar en la mesa al lado de mistress Bradwardine, y en el juego le concedió el privilegio de ser su compañero. Cuando entraba en la sala, aquella de las cuatro mistress Rubrick que se hallaba sentada junto á Rosa ha-

CAPITULO LXVII.

149

cia siempre como que habia olvidado su dedal ó sus tijeras, á fin de dejarle su silla; y algunas veces, cuando el papá y la mamá no estaban allí para decirles: *Señoritas prudencia y discrecion*, las señoritas se reian algun tanto. El viejo *laird* de Duchran solia tambien decir alguna palabra alusiva, y la vieja lady hacer alguna observacion. El mismo baron no podia siempre guardar su seriedad; pero Rosa no sabia que opinar de sus chanzas, pues no las entendia; por lo regular siempre eran alguna cita latina. Tal vez los criados se hacian señas sobrado expresivas, y las criadas reian sobrado fuerte; por fin todos cuchicheaban y conocian que habia un secreto bajo el tapiz. Alice, la linda doncella de la caverna, que despues de la *desgracia* que habia experimentado su padre (como ella decia) servia á Rosa Bradwardine en calidad de camarera, no era la última en sonreirse y guiñar el ojo. Rosa y Waverley soportaban

no obstante estas pequeñas vejaciones, como las habian soportado tantas parejas, y como las soportan tantas otras, y soportarán otras semejantes; pero probablemente hallaban alguna indemnizacion; porque al parecer no estaban muy tristes durante los seis dias que pasó nuestro héroe en Duchran.

Determinóse definitivamente que volvería Eduardo al castillo de Waverley, para hacer todos los preparativos necesarios; que pasaria por Lóndres para solicitar su gracia, y que tornaria lo mas antes posible para recibir la mano de su desposada.

Eduardo quiso tambien visitar en este viaje al coronel Talbot; pero se proponia sobre todo saber la suerte del infortunado gefe de Glennaquoich, verle en Garlisle, tratar de conmutar su pena sino podia obtener su perdon, y ofrecer á la desgraciada Flora un asilo cerca de Rosa, ó al menos prestarle todos los servi-

CAPITULO LXVII.

151

cios que dependiesen de él. Parecia muy difícil librar á Fergus de su suerte: Eduardo habia probado ya interesar en su favor á su amigo el coronel; pero Talbot le habia contestado haciéndole ver que no podia entremeterse mas en esta especie de negocios.

El coronel estaba aun en Edimburgo, donde prolongaba su residencia para terminar una comision que le habia confiado el duque de Cumberland; esperaba á lady Emilia, á quien habian los médicos ordenado un viaje á cortas jornadas, haciendo uso del suero de cabra, á quien habia de acompañar su sobrino Stanley. Pasó pues Eduardo á Edimburgo á ver al coronel, quien le felicitó afectuosamente por su dicha, y se encargó con gusto de muchas comisiones que nuestro héroe se vio obligado á dejarle al partir. En cuanto á Fergus, fué inexorable: es verdad que manifestó á Eduardo que sus solicitudes serian inútiles ; pe-

ro confesó por otra parte que no podia en conciencia usar de su crédito en favor de aquel desgraciado gefe. «La justicia, dijo, que debe vengar á la nacion del ultraje que acaba de recibir, no pudiera elegir otra víctima que mas mereciese servir de ejemplo. El no puede alegar que le hayan seducido ó engañado, pues ya mucho tiempo que tenia meditada su empresa, y con pleno conocimiento de causa ha levantado el estandarte de la rebellion. La suerte de su padre no ha sido parte á intimidarle, ni la clemencia del gobierno que le habia restituido sus dominios y títulos lo ha sido á cambiar sus principios. Es valiente, generoso, pero sus buenas cualidades no le hacen sino mas temible, así como su claro entendimiento hace menos perdonable su crimen: su entusiasmo por una mala causa le llama á ser mártir de ella. Por fin, ha conducido al campo de batalla algunos centenares de hombres, que á no ser

CAPITULO LXVII.

153

por él no hubieran alterado nunca la paz del país. Os lo repito, continuó el coronel, sabe Dios que le compadezco sinceramente como á semejante mío; mas ese jóven gefe habia examinado y comprendido muy bien el desesperado papel que ha hecho, se ha jugado á pares ó nones la vida ó la muerte, un féretro, ó una corona de conde; y la justicia no puede permitir que retire sus postas porque los dados han rodado contra él.»

Tales eran las conclusiones que en aquel tiempo aun sacaban contra un enemigo vencido algunos hombres valientes: confiemos en que ya no veremos las escenas ni oiremos los argumentos de esta naturaleza que se oian y se veian tan generalmente en la gran Bretaña sesenta años ha.

CAPITULO LXVIII.

SEGUIDO Waverley de Alick Polwarth, su antiguo criado, á quien habia vuelto á tomar en su servicio en Edimburgo, llegó á Carlisle cuando el Consejo de *Oyer y Terminer* (1) estaba reunido para juzgar á los acusados de alta traicion. Se habia apresurado mucho en el camino: ah! no con la esperanza de salvar á su amigo, sino solo con el fin de verle por última vez: debiéramos haber dicho que ya habia derramado el dinero á manos llenas para procurar defensores á los prisioneros-

(1) *Oir y terminar*. Estas palabras son de origen franco-normando, como otras muchas de la legislación inglesa.

CAPITULO LXVIII.

155

ñeros. Un procurador y el primer abogado de Carlisle seguían pues el proceso; mas así como cuando llaman al lecho de un moribundo de elevado rango á los módicos mas famosos, y estos están allí tan solo para ver si por ventura la naturaleza ofrecerá imprevista mudanza, así en un proceso como el de Fergus van los abogados á espiar alguna irregularidad accidental en el proceso. Eduardo penetró en la sala de audiencia, que llenaba inmensa muchedumbre; mas arribaba de Escocia, y por su conato y agitacion supusieron que era pariente de los prisioneros: todos le hicieron lugar. El consejo terminaba su tercera sesion: acababa de pronunciarse el *decreto de culpabilidad*. En este solemne momento echó Waverley los ojos á las dos personas que estaban en la barandilla: era imposible equivocarse la imponente estatura y nobles facciones de Fergus Mac-Ivor, á pesar del desorden de sus vestidos y la lívida palidez de su

rostro, causada por su larga detencion: á su lado se veia á Evan Mac-Combich. Eduardo quedó penosamente aturdido; mas volvió en sí cuando el escribano criminal profirió estas solemnes palabras: «Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich, por otro nombre Vich Jan Vohr; y Evan Mac-Ivor de Tarrascleug, por otro nombre Evan Dbu Evan Mac Gombich, ó Evan Dbu Mac Combich, vosotros y cada uno de vosotros estais acusados y convencidos de alta traicion: ¿qué teneis que decir en favor vuestro contra el juicio que va á pronunciar el consejo, á fin de que perezcais segun la ley?»

En el momento en que el juez presidente metia en su cabeza el fatal gorro de sentencia (1), Fergus se cubrió tambien, le miró fija y severamente, y respondió con firmeza:

(1) El presidente se cubre cuando va á pronunciar un fallo de muerte.

CAPITULO LXVIII.

157

«No puedo dejar creer á esta numerosa asamblea que no tengo nada que responder; pero lo que os diria no podeis oirlo, porque mi defensa seria vuestra condenacion: usad pues de vuestros derechos en nombre del cielo. Dos dias ha que os place derramar cual agua la mas noble sangre, la mas pura; derramad tambien la mia; si toda la de mis antepasados corriese por mis venas la verteria gustoso por tan santa causa.»

Volvió á tomar tranquilamente su puesto y rehusó el levantarse de nuevo.

Mac-Combich le miró con calma, y se levantó con intencion de hablar; pero el aparato del consejo y la dificultad de traducir sus pensamientos en una lengua que no era la suya le privaron la palabra. Los espectadores dejaron oir un murmullo de compasion, persuadidos de que este pobre desgraciado queria hacer valer para escusar su conducta la obediencia que debia á su gefe. El presidente pres-

cribió el silencio, y animó á hablar á Mac-Combich.

«Milord, dijo Evan con el tono mas insinuante que pudo tomar, cuanto iba á decir se reduce á que si vuestra escelencia y el honorable consejo perdonasen á Vich Jan Vohr y le dejasen ir á Francia con condicion de no turbar ya mas el gobierno del rey Jorge, se harian ejecutar por él seis de los mas denodados de su tribu. Si me dejais ir á Glennaquoich, yo mismo los traeré para que les corten la cabeza ó los cuelguen, y deberéis principiar por mí.»

A pesar de la solemnidad del lugar, esta extraordinaria proposicion escitó una especie de risa en la asamblea; el presidente reprimio esta incidencia: y dijo Mac-Combich, paseando sus miradas en aire de desprecio:

«Si los señores sajones rien de que un pobre desgraciado se atreva á creer que la vida de cinco ó seis personas de su ran-

CAPITULO LXVIII.

159

go vale tanto como la de su valiente gefe, hacen bien en reir; pero si rien porque creen que no cumpliria mi palabra y que no volveria, les digo que no conocen ni el corazon de un highlander ni el honor de un hidalgo.»

Ya no volvieron a principiar la risa, y el mas profundo silencio reinó en la asamblea. El presidente pronunció pena de muerte contra los presos con todos los horribles acompañamientos; y fijaron para el dia siguiente la hora de la ejecucion.

«Respecto á vos, Fergus Mac-Ivor, añadió, renunciad á la esperanza de obtener perdon: preparaos á padecer mañana por última vez en la tierra, y á presentaros delante de otro tribunal.

—Tal es mi único deseo, respondió Fergus, siempre con la misma firmeza. Una lágrima cayó de los ojos de Mac-Combich, quien los habia tenido fijos en el gefe.

—Y en cuanto á vos, pobre ignorante, repuso el juez, vos que fiel á los malhadados principios en que habeis sido educado, acabais de probarnos que según vuestras ideas de obediencia como miembro de una tribu os creiais con derecho de resistir á las órdenes del gobierno y de no reconocer por gefe mas que á un ambicioso que se ha servido de vos como del instrumento de sus crímenes en cuanto á vos, digo, compadezco vuestra situacion. Presentad una peticion para obtener el perdon, y yo haré de modo que le obtengais; y sino....

— Gracias, respondió Evan; mas no le quiero; puesto que habeis de derramar la sangre de Vich Jan Vohr, nada tengo que pedir sino ordenar que me quiten mis cadenas, que me vuelvan mi *claymore*, y que me permitan acercarme á vos solo por dos minutos.

— Caiga su sangre sobre su cabeza! dijo el presidente, llévense los prisioneros.

CAPITULO LXVIII. 161

Abrumado Waverley con el peso de sus dolorosas reflexiones arrastróle la muchedumbre sin percibirlo, y no volvió en sí sino hasta que se vio en la calle. Su primera idea fué ver á Fergus y hablarle: aproximóse al castillo; pero le rechazaron en él. «El gran gerif, le dijo un sargento, ha dado orden de no dejar entrar á nadie, á escepcion del confesor y de la hermana del prisionero.

«Y donde está miss Mac-Ivor?» Supo que miss Mac-Ivor se hallaba en la casa de una antigua familia católica no lejos de Carlisle.

Rechazado en la puerta del castillo, y no osando dirigirse con un nombre proscrito, ni al gran gerif, ni á los jueces, recurrió al procurador que defendia á su amigo. Díjole este que temiendo se estraviase la opinion pública si dejaban describir los últimos momentos de los jacobitas á los amigos del pretendiente, habian mandado escluir de la prision á to-

dos los que no fuesen parientes cercanos suyos; no obstante (por servir al heredero de Waverley-Honour) prometió alcanzarle permiso para ver al día siguiente al prisionero antes que le quitasen las cadenas para ejecutarle.

«Acaso es esto un sueño? dijo Waverley; ¿es de Fergus de quien me hablan? De Fergus, tan caballeresco y tan valiente! de Fergus el gefe de una tribu decidida! Es él propio á quien vigiar á los cazadores, y despues combatir al frente de los suyos? Fergus tan bravo, tan activo, tan jóven, el amor de las damas, el héroe del canto de los bardos! ¿Es él quien se halla cargado de hierros como malhechor? Es él quien ha de ser arrastrado al patíbulo para sufrir en él lenta y cruel muerte, y para ser mutilado por las manos del mas vil de los hombres? Ah! sin duda salió del infierno el espectro que predijo semejante suerte al valiente gefe de Glennaquoich.»

CAPITULO LXVIII.

163

Rogó con voz trémula al procurador previniese á Fergus la visita que le haria si obtenia permiso, y volvió tristemente á su posada. En seguida escribió á Flora Mac-Ivor un billete apenas inteligible, pidiéndole licencia para presentarse en su casa aquella misma tarde. El mensajero volvió pronto con esta respuesta: «Por horrible que fuera la situacion de miss Flora Mac-Ivor no podria negarse á la peticion del mejor amigo de su hermano.» Esta carta estaba trazada por una mano que la desgracia no habia sido poderosa á hacer temblar.

No necesitó Eduardo mas que decir su nombre para que le admitiesen en la casa que habitaba mistress Mac-Ivor. Hallóla en una sala antigua, sentada junto á una ventana con celosías , y ocupada en coser una especie de vestido de franela blanca. A corta distancia leia un libro de oraciones católicas una muger que parecia extranjera y pertenecer á alguna

comunidad religiosa: cuando esta persona vio entrar á Waverley, dejó el libro en la mesa y salió. Flora se levantó para recibirle, y le alargó la mano; mas uno y otro guardaron el mas profundo silencio durante algunos minutos. La tez de Flora habia perdido su frescura, y parecia esterillada: sus vestidos negros hacian resaltar en estremo la palidez de sus manos y de su rostro mas blanco que el mármol. Sin embargo, á pesar de todas estas señales de dolor , no habia descuidado en cosa alguna su compostura, y llevaba los cabellos arreglados con esmero pero sin ningun adorno.

«Le habeis visto, preguntó con sofocada voz?

—Ah! no; no me lo han permitido...

—En nada se desvian de sus principios... Sometámonos... Esperis obtener permiso para verle?

— Quizá mañana!...

—Ah! mañana, ó nunca... Confio aña-

CAPITULO LXVIII.

165

dió levantando los ojos al cielo, confio que nos volveremos á ver en una patria mas feliz; con todo, me alegrara que pudierais verle mientras que está aun en esta tierra de miseria.... Siempre os amó con ternura, aunque es inútil hablar de lo pasado...

—Sí: es inútil, repitió Waverley.

—Y aun de lo venidero mientras se trate de los acontecimientos de este mundo, continuó Flora: ¡qué de veces en efecto me he representado esta horrible catástrofe! Qué de veces me he preguntado si me seria posible soportarla! Ah! cuan lejos estaba de adivinar toda la amargura de semejante momento!

—Querida Flora, si la energía de vuestro pecho...

—Ah! sí; lo habeis dicho respondió con el acento del delirio. Sí; existe, señor Waverley, existe en mi corazon un demonio que se place en decirme sin cesar y con callada voz... (pero seria locura escu-

166

WAVERLEY,

charle), en decirme que la energía de mi pecho de que tanto se vanagloriaba Flora, es la que ha muerto á mi hermano.

—Gran Dios! y podeis manifestar un pensamiento tan horrible!

—Sí, es horrible; pero es el que me persigue como una fantasma: sé que no es mas que una quimérica imaginacion; pero él es el que no cesa de atemorizar mi espíritu con fatales imágenes, y el que me dice que mi hermano, tan inconstante como entusiasta , hubiera dividido la energía de su alma entre cien objetos. Y soy quien le he incitado á entusiasmarse y á arriesgarlo todo por esta causa! Ah! ¿porqué no le dije una sola vez: «Hermano mio, el que desenvaina la espada muere á los golpes del acero....? Porqué no le dije una sola vez: «Permanece tranquilo en nuestros hogares, conserva tu vida y la de tus vasallos, para empresas cuyo éxito sea posible? Empero, ah! señor Waverley, yo no cesé de compeler

CAPITULO LXVIII.

167

su alma ardiente: ah! á su hermana puede achacar él la mitad de su desgracia.»

Eduardo procuró combatir con todos los argumentos que le sugirió su imaginacion tan horrible idea: le trajo á la memoria que una misma educacion habia dado á su hermano iguales principios acerca del deber.

«Oh ! no creais que los he olvidado, repuso con viveza: no me lamento de su empresa porque fuese vituperable, oh! no, en esto persisto; sino porque era imposible que se terminase de otro modo que el que vemos.

—Sin embargo, dijo Eduardo, no siempre pareció ser tan peligrosa y desesperada; por otra parte, Fergus con su temerario coraje hubiera abrazado esta causa, quisieseis vos ó no; vuestros consejos no han servido sino para dar unidad y consistencia á sus operaciones: han ennoblecido, pero no precipitado su resolucion.»

Flora habia tomado otra vez su aguja, y no oia ya á Waverley.

«Ah! dijo en seguida con espantosa sonrisa, os acordaréis de haberme visto ocupada en preparar sus cintas de desposado : hoy me ocupo en coser su vestido de boda! Nuestros amigos de esta casa, añadió haciendo por dominar su emocion conceden un lugar en su capilla de tierra santa á los sangrientos restos del último Vich Jan Vohr !.... Pero el féretro no recogerá mas que una parte de ellos.... no: su cabeza!.... Ni aun tendré la triste satisfaccion de pegar mis labios á los yertos labios de mi querido Fergus.»

La desgraciada Flora despues de algunos sollozos convulsivos, se desmayó en su sillón.

La religiosa que habia permanecido en la antesala, entró de prisa, y rogó á Waverley que saliese del aposento, pero no de la casa.

Pasada una media hora le llamaron:

CAPITULO LXVIII.

169

miss Mac-Ivor habia logrado con penoso esfuerzo recobrar la calma: Eduardo creyó que este era el momento de hablar de la esperanza que alimentaba miss Bradwardine de que Flora la miraria como una hermana adoptiva, y que viviría con ella.

«Mi querida Rosa me ha escrito ya sobre el particular, respondió Flora; pero el pesar es egoísta y exclusivo; á no ser así, le hubiera respondido que hasta en mi desesperacion he experimentado un momento de placer al saber que ella esperaba ser feliz , y que el buen baron de Bradwardine habia escapado del naufragio general; señor Waverley, dad esto á mi querida Rosa; es el único adorno de algun precio que tiene su pobre Flora, y fué regalo de una princesa. Entrególe el cofrecito que contenia la cadena de diamantes, que ataviaba regularmente su tocado. « Estos diamantes, dijo , me son ya inútiles : mis amigos han

obtenido ya mi admision en el convento de las benedictinas escocesas de Paris... Mañana... si sobrevivo al dia de mañana... mañana... partiré con esta respetable hermana... A Dios , señor Waverley. ¡ojalá seais tan feliz en vuestra union con mi querida Rosa como mereceis uno y otro!... Confío en que pensaréis alguna vez en los amigos que habeis perdido... A Dios por última vez; no trateis ya de volverme á ver.

Flora alargó su mano á Waverley, quien la inundó de lágrimas, y salió con pasos mal seguros para volver á Carlisle. En la posada le entregaron una carta, en la que le daban aviso de que le habian concedido licencia para ver á Fergus el dia siguiente asi que abriesen las puertas de la ciudadela, y para permanecer en su compañía hasta el momento en que el gerif diera la señal de la fatal partida.

CAPITULO LXIX.

DESPUES de pasar la noche sin dormir, dirigióse Waverley muy de mañana á la esplanada de la gótica ciudadela de Carlisle, donde ya mucho rato que esperaba antes que abriesen las puertas y que bajasen el puente levadizo. Enseñó su licencia al sargento de guardia, y le permitieron entrar.

Fergus estaba preso en el sombrío aposento de una torre vieja situada en el centro del castillo y rodeada de fortificaciones exteriores que parecian hechas al menos en el reinado de Enrique VIII. Al ruido de las barras de hierro y de los cerrojos, que corrieron para que entrase Eduardo, respondió un ruido de cadenas

cuando el infortunado gefe corrió arras-trando sus pesados grillos para echarse en los brazos de su amigo. «Mi querido Eduardo, le dijo con voz firme y aun festiva , sois un tierno amigo ! La noticia de vuestra cercana dicha me ha causado el mayor placer: ¿como están Rosa y nuestro antiguo amigo el original baron? muy bien, ¿no es así? vuestras miradas me lo dicen.

«Y como decidisteis la cuestion de preferencia entre los tres armiños pasan-tes y el oso con el saca-botas?

— Mi querido Fergus, ¿como podeis hablar de cosas semejantes en tal momento?

— Ah! convenid en que ambos entramos en Carlisle con mas felices auspicios el 16 de noviembre último cuando enarbolamos la bandera blanca en sus antiguas torres: mas ¿ quereis que llore como un niño porque la suerte me ha venido? No ignoraba cuanto arriesgaba:

CAPITULO LXIX.

173

mi papel era atrevido, y sabré desempeñarle con valor, pero puesto que no restan sino algunos momentos que pasar con vos, hablemos de lo que mas me interesa. «El príncipe ha tenido la fortuna de escapar de los sabuesos ?»

— Sí; y está en lugar seguro.

— Ah! Lado sea Dios! contadme su huida.»

Waverley le refirió cuanto habia oido decir de esta historia extraordinaria, lo que oyó Fergus con el mas vivo interés. Preguntóle en seguida de otros muchos amigos , y particularmente le pidió nuevas de la gente de su tribu.

«Ha padecido menos que los demas, le dijo Eduardo: pues al punto que perdieron á su gefe se desbandaron segun el uso general de los highlanders; y como no estaban ya sobre las armas , cuando ahogaron la insurreccion les han tratado con menos rigor. Fergus supo estos pormenores con viva satisfaccion. Mi que-

rido Waverley, dijo, vos sois rico y generoso; si alguna vez llega á vuestros oídos que algun agente del gobierno atormenta á los Mac-Ivors, acordaos de que vestisteis su *tartan*, y que sois hijo adoptivo de su raza. El baron, que habita cerca de nuestras montañas, y que sabe nuestros usos, os dirá de que manera podeis socorrerlos; prometed al último Vich Jan Vohr que seréis su protector. »

Como fácilmente creerá el lector, Eduardo dio su palabra; y la cumplió tan bien, que todavía es venerada su memoria en Glennaquoich , donde le conocen por el nombre del amigo de los hijos de Ivor.

«¡Que no esté en mi poder, dijo Fergus, legaros mis derechos al amor y á la fidelidad de esta antigua y valiente raza! ó que no pueda al menos decidir á mi pobre Evan á no rehusar la vida que le ofrecen! Que no pueda ser él para vos

CAPITULO LXIX.

175

lo que ha sido siempre para mí : el mas tierno... el mas bravo... el mas afectuoso!...»

Las lágrimas que su propia suerte no pudo arrancar de sus ojos, corrieron por la de su hermano de leche.

«Ah! repuso enjugándolas, vos no podeis ser para ellos Vich Jan Vohr! estas tres palabras mágicas son el único talisman¹³, continuó sonriéndose, que sea bastante á mandar sus afectos: el pobre Evan seguirá á su hermano de leche en muerte como le ha seguido en vida.

—Os afirmo, dijo Mac-Combich levantándose del suelo, donde habia permanecido por miedo de interrumpir su conversacion, os afirmo que mi único deseo fué siempre morir cerca de mi gefe.

—Ya que hablamos de las tribus, dijo Fergus, decidme que pensais de la predicción del *Bodach-Glas*? (Y anticipándose á la respuesta de Eduardo) La heuelto á ver esta noche, dijo, á la clari-

¹³ Cfr. DEF (505): "(...) sont le seul *Ouvre-toi, Sésame* (...)"; WAV (472): "(...) are the only *Open Sesame* (...)". Se trata de las palabras mágicas que permiten abrir la cueva de los tesoros en el cuento oriental "Alí Babá y los cuarenta ladrones". Por otra parte, el OED recoge que esta fórmula se emplea, por extensión, para referirse a un medio que es capaz de producir maravillosamente cierto resultado, siendo éste el sentido con el que se emplea en la novela. Nótese que OLI recurre a una sustitución que preserva dicho sentido aunque se pierde la referencia literaria.

dad de un rayo de la luna, que entrando por esa alta y angosta ventana, caía al pie de mi lecho. Porqué he de temerle? pensó; mañana á esta hora ya mucho rato que seré un ser inmaterial como él. « Espíritu pérfido, le he dicho, ¿vienes á hacer tu postrera visita en la tierra, y á gozarte en la caída del último descendiente de tu enemigo?» Qué opinais sobre esto, querido Waverley? La misma pregunta he hecho á mi confesor, hombre bueno é instruido, y me ha respondido que la iglesia no desechaba la posibilidad de tales apariciones, pero que nuestra imaginacion es la que nos engaña muchas veces... Vos qué opinais?

—Yo soy de su sentir, contestó Eduardo , que queria evitar trabar una discusion sobre la materia. »

El respetable eclesiástico entró para administrar á los prisioneros los últimos auxilios de la religión conforme á los ritos de la iglesia romana. Eduardo se re-

CAPITULO LXIX. 177

tiró. Llamáronle como al cabo de una hora ; y en breve entró un destacamento, precedido de un herrero para quitar los grillos á los prisioneros.

«Amigo mio, dijo Fergus sonriéndose, ya veis que homenaje rinden á la fuerza y al valor de los highlanders: nos han tenido encadenados cual bestias feroces, hasta paralizar nuestras piernas con la opresion de estos hierros: y ahora nos custodian seis hombres con el fusil cargado por miedo de que tomemos por asalto la ciudadela. »

Eduardo supo despues que habian tomado semejantes precauciones porque los prisioneros hicieron una tentativa para evadirse: tentativa que por fuerza les salió mal.

Pronto oyeron la señal de los tambores.

«He aquí la última señal de ejercicio que oiré , dijo Fergus; ahora mi querido Eduardo antes de separarnos, habladme de Flora..... Ah! este nombre despierta

178

WAVERLEY,

las mas tiernas emociones: en mi coraron.

— Yo no me separo aun, de aquí dijo Waverley.

Es preciso, amigo; no podeis acompañarme mas lejos. No es que tema, por mí lo que va á seguirse, añadió vivamente, la naturaleza tiene sus torturas así como el arte... Cuan feliz reputaríamos al hombre que escapase de las agonías de una enfermedad dolorosa y mortal en el espacio de media hora ! y esto no durará, hagan lo que quieran, no durará mas tiempo: mas el espectáculo que pudo sufrir un moribundo es capaz de matar á su amigo. Esa hermosa ley de alta traicion es uno de los beneficios que debe la pobre antigua Escocia á vuestra libre patria, continuó Fergus con una firmeza y sangre fria extraordinarias. Nuestra jurisprudencia era mas suave: mas uno ú otro dia, cuando no haya ya highlanders salvajes que se aprovechen de ello, supongo que vuestros ingleses borrarán

CAPITULO LXIX.

179

de su código esa ley que los semeja á una nacion de caníbales, y abolirán el espectáculo horroroso de presentar al pueblo las cabezas de los ajusticiados. Ah! no se atreverán á poner sobre la mía una corona de conde, de papel! Este rasgo satírico no seria fuera del caso Eduardo. Al menos espero la coloquen en la puerta de la parte de Escocia, á fin de que aun despues de su muerte se vuelvan mis ojos hacia los azulados montes de mi tierra natal, á la que tan tiernamente amo.» El baron añadiera:

Dulcis moriens reminiscitur Argos (1).

Un ruido de ruedas y de caballos se dejó oir en el patio del castillo.

«Os lo he dicho, Eduardo , no debeis seguirme, y el ruido que oigo me dice

(1) Muere repitiendo el nombre tan dulce de Argos.

que se acerca mi hora. Decidme como hallasteis á mi pobre hermana.»

Waverley á quien interrumpian los sollozos , le habló del dolor de Flora.

«Pobre Flora! la sentencia de tu muerte te hubiera afligido menos que la mia. Eduardo, vais á conocer la dicha de amar y ser amado: ojalá la goceis largo tiempo en compañía de la amable Rosa! Pero nunca conoceréis aquel sentimiento tan puro que unió dos huérfanos como Flora y yo, solos en cierto modo en la tierra , y siendo en todo uno para uno desde la infancia. Confío en que mi pobre Flora se consolará, pasado el primer dolor de nuestra separacion, acordándose de que he cumplido mi deber: sí, su leal entusiasmo la sostendrá, y pensará en Fergus como en aquellos héroes de nuestra raza que tanto lugar ocupaban en su imaginacion.

— No la veréis ya? Creo que esperaba veros.

CAPITULO LXIX.

181

— Amigo , un engaño necesario le escusará tan cruel despedida... porque no hubiese podido separarme de ella sin derramar lágrimas... y tal vez creerian esos hombres que mi desgracia habia sido bastante á arrancar lágrimas de mis ojos: han hecho pues creer á Flora que me veria algunas horas; y esta carta, que mi confesor le entregará, debe decirle que todo se ha acabado.»

Entró un oficial á avisarle que el gran gerif y su séquito esperaban en la puerta de la cindadela para reclamar los cuerpos de Fergus Mac-Ivor y de Evan Mac-Combich.

— Voy , dijo Fergus; y dando el brazo á Eduardo, descendió la escalera de la torre seguido de su confesor y de Mac-Combich, con los soldados que cerraban la marcha. Ocupaba el patio un escuadron de dragones y un batallon de infantería, formando un cuadro; en medio de sus filas estaba el patíbulo, pintado

de negro, que arrastraba un caballo blanco. El verdugo, hombre feo como su empleo, y llevando el hacha en la mano, se veía sentado á un extremo del siniestro carruaje, y en el otro habia una silla vacía para dos personas. Percibíase al gran gerif y su comitiva por medio del sombrío y gótico arco que se levantaba junto al puente levadizo: pues el uso no le permitia adelantarse mas, sin usurpar los derechos de la autoridad militar.

«Que bien dispuesto está para una escena de desenlace! dijo Fergus con desdenosa sonrisa.

— Mirad aquellos bizarros dragones, exclamó vivamente Mac-Combich, que galopaban tan de prisa en Gladsmuir, antes que hubiésemos muerto una docena ; que tal se dan hoy el aire de valientes!

El sacerdote le rogó que guardase silencio. Acercóse el carro: Fergus, despues de abrazar á Waverley una y otra vez, subió en él con listos pasos; Evan

CAPITULO LXIX.

183

se sentó á su lado. El sacerdote debía seguirlos en un carruaje perteneciente al hidalgo en cuya casa estaba momentáneamente Flora. Cuando Fergus tendía la mano á Waverley, mandaron cerrar las filas, y el séquito se puso en marcha: hicieron alto algunos momentos en la puerta de la ciudadela, donde el gran gerif debía recibir á los condenados de manos de la autoridad militar. *God save the king Jorge!* gritó el gran gerif. Acabada esta ceremonia se levantó Fergus y exclamó con fuerte voz: *God save the king James !* Tales fueron las últimas palabras que Eduardo oyó pronunciar á su amigo.

El séquito se volvió á poner en marcha, y el carro pasó mas allá de la portada de la bóveda, de la portada donde se habia parado algunos instantes. Oyóse la marcha de la muerte, y con sus lúgubres sonos oyéronse los tañidos de las campanas de la catedral: en breve se ale-

jó la música militar , y pareció haber cesado; solo resonaba la voz del bronce.

El último soldado habia ya pasado el arco, por bajo del cual desfilaba antes el destacamento , y el patio estaba desierto; únicamente quedaba en él Waverley, inmóvil como estúpido, y fijos los ojos en el lugar donde encontró la postrer mirada de su amigo. En fin , una criada del gobernador , movida de compasion viendo su mudo dolor, le invitó á ir á sentarse á casa de su amo; y reiteró muchas veces su invitacion sin obtener respuesta. Eduardo, vuelto de aquel estado de estupor dió las gracias con gestos á la buena doncella, encasquetóse el sombrero hasta los ojos, salió precipitadamente del castillo, y atravesó las calles solitarias de Carlisle hasta su posada, donde se encerró en un aposento. Al cabo de cerca de una hora, que le pareció un siglo, oyó el ruido de los pífanos y tambores que tocaban una sonata viva; las confu-

CAPITULO LXIX.

185

sas voces de la multitud que llenaba las calles le dieron á entender que se habia terminado la terrible escena: no probaré á pintar los sentimientos que experimentó. Por la tarde le visitó el eclesiástico, y le dijo que iba por mandato de Fergus Mac-Ivor , para decirle que habia muerto como habia vivido, y que se habia acordado de su amistad hasta el último momento. Añadió que habia visto tambien á Flora, y que al parecer estaba mucho mas tranquila despues que todo se habia acabado: el sacerdote proponia salir de Carlisle al dia siguiente con ella y con sor Teresa, á fin de dirigirse al puerto mas vecino y embarcarse para Francia. Eduardo dió á aquel digno sacerdote una sortija de valor, así como tambien una suma bastante considerable para que la emplease en oficios católicos, en memoria de su amigo: pensaba con razon que Flora agradeceria aquella muestra de afecto. *Fungarque inani munere*, se di-

jo á sí mismo cuando hubo salido el eclesiástico.

Al día siguiente antes de amanecer salió Eduardo de Carlisle, prometiendo no volver á entrar nunca dentro de sus muros: no volvió sino á medias la cabeza para ver la puerta gótica por bajo de la cual pasó; porque la plaza está rodeada de vieja muralla.

«No están aquí, dijo Alick Polwart, que adivinó el motivo de la incierta y tímida mirada que Waverley dirigió hacia atrás.»

Alick habia sido testigo de la ejecución, y habia saciado sus ojos con el placer que siempre halla el pueblo en estas escenas horribles. «Las cabezas, dijo, están en la puerta de Escocia, como la llaman: era una lástima que Evan Dhu, siendo tan valiente fuese highlander. El *Laird* de Glennaquoich tenia tambien buen corazon cuando no le poseian sus accesos de cólera.»

CAPITULO LXX.

DULCE DOMUM.

CIERTA melancolía menos penosa habia reemplazado poco á poco en el espíritu de Eduardo á la horrorosa impresion que produjera en él su residencia en Carlisle: esta mudanza fué casi de todo punto el resultado de la obligacion triste y consoladora á un tiempo mismo, de escribir á miss Bradwardine. Sin tratar de ocultar los dolorosos sentimientos de que estaba penetrado, procuró al menos no atemorizar demasiado la imaginacion de Rosa, y á su turno se familiarizó tambien con el cuadro que habia trazado para dirigir la sensibilidad de otro. Sus cartas fueron

por grados menos tristes, y se atrevió á hablar en ellas de un porvenir dichoso; sin embargo, no pudo por algun tiempo aun buscar como otras veces sensaciones dulces en las escenas de la naturaleza.

Mas al acercarse al lugar de su nacimiento, principió por la primera vez desde Edimburgo á experimentar aquel placer que causa casi siempre la vista de un pais cultivado y animado por numerosa población á los que acaban de dejar lugares desiertos donde todo es soledad y grandeza salvaje. ¡Cuanto mas vivas aun fueron estas sensaciones cuando volvió á ver el antiguo dominio de sus padres, y reconoció los viejos robles del parque de Waverley, é imaginó con que placer conduciría á Rosa á aquellos sitios predilectos ! Presto vio cual se elevaban las torres del alcázar por encima de los árboles que le rodeaban: y por fin, Eduardo se arrojó en los brazos de aquellos respetables parientes á quienes de-

CAPITULO LXX.

189

bia tanto reconocimiento y tanto afecto. Ninguna palabra de reconvencion turbó tan feliz entrevista: á pesar de todas las penas que habian experimentado sir Everard y mistress Raquel, la resolucion que tomara Eduardo de entrar en el peligroso servicio del jóven caballero, estaba demasiado de acuerdo con sus propios principios para que pudiesen vituperarle. El coronel Talbot habia preparado la cosa, elogiando su valor, y sobre todo ponderando la generosidad que habia manifestado en Preston. Sir Everard y su hermana se representaban á su sobrino combatiendo cuerpo á cuerpo con un oficial famoso por su bravura, haciéndole prisionero, y salvándole la vida; en su entusiasmo le colocaron al lado de los Wilibert y de los Hildebrand, de los Nigel, aquellos héroes tan ensalzados de su estirpe.

Waverley, volvía mas moreno de rostro, y su continente era mas varonil que

en otro tiempo; lo que junto á su talla mas desplegada y á la especie de dignidad que adquiriera en los hábitos de la disciplina militar, confirmaba la verdad de las relaciones del coronel, y sorprendia hasta admirarles , á todos los habitantes de Waverley-Honour: todos corrían á verle, escucharle, y celebrar sus encomios. El señor Pembroke, que alababa secretamente su valor por haber abrazado la verdadera causa de la iglesia de Inglaterra , le reprochó con dulzura el poco cuidado que habia tenido de sus preciosos manuscritos. Esta negligencia le habia causado algunos disgustos personales: cuando un mensajero del rey arrestó á sir Everard, habia creido prudente ocultarse en el tabuco del sacerdote (asilo llamado así por causa del uso á que habia servido ya en otro tiempo). El dispensero no se atrevia ir allá mas que una vez al dia, y asi es que se vio obligado á comer muchas veces fria la comida, ó me-

CAPITULO LXX.

191

dio caliente, que aun es peor; sin contar que á las veces se pasaban dos y tres dias sin levantar la cama.

Eduardo trajo involuntariamente á la memoria el *Patmos* del baron de Bradwardine , tan contento con la cocina de Juana y con la paja de su escondrijo en una roca: mas se abstuvo de hacer la menor observacion acerca de un contraste que tal vez mortificara á su preceptor.

Todo estaba en movimiento en Waverley-Honour para los preparativos de las bodas de Eduardo; acontecimiento que miraban el buen baronet y mistress Raquel como la renovacion de su juventud. Como habia dicho el coronel Talbot, el casamiento les parecia adecuado bajo todos aspectos; porque no faltaban á Rosa mas que las riquezas de que ellos estaban tan abundantes. El señor Clip-purse recibió pues orden de llegarse al alcázar con mas felices auspicios que aquellos de que hicimos mencion al prin-

cipio de esta historia: pero el señor Clippurse no fué solo ; porque como habia envejecido, tenia en su compañía un sobrino, ó jóven buitre (como le llamara quizás nuestro juvenil inglés (1) á quien debemos el cuento Swallow el procurador): tio y sobrino trabajaban bajo el nombre de señores Clippurse y Hookrem. Estos respetables personajes, segun sus instrucciones, debian estender el contrato con tanta liberalidad, como si Eduardo se enlazase con la única heredera de un par con los dominios paternales anexos á su armiño.

Empero antes de entrar en una materia cuyas dilaciones son proverbiales, debo presentar una comparacion al lector: recuerde pues el viaje de una piedra que hace rodar hacia bajo desde una montaña el escolar jugador , pasatiempo

(1) El autor designa con este título al poeta Erabbe.

CAPITULO LXX.

193

en el cual me he entretenido yo mismo en mis juveniles años: al pronto la piedra descende con lentitud y se extravía para evitar los menores obstáculos que la detienen; pero cuando ha tomado ya toda la fuerza é impulso, y se acerca al término de su carrera , precipítase como el rayo , salva largo espacio á cada bote, salta por encima de las zanjás y de los vallados , como un cazador del Yorkshire, y corre con tanta mas rapidez, cuanto mas cerca está el momento en que debe ser condenada á eterno reposo. Tal es la marcha de una historia cual esta: los primeros acontecimientos están referidos por menor, á fin de que el lector se familiarice con cada personaje, mas antes por sus acciones, que por el fastidioso intermedio de un retrato directo ; pero cuando llega la conclusion apenas nos detenemos un momento en las mas importantes circunstancias que la imaginacion debe haber anticipado, dejándoos supo-

TOMO VI. 13

ner , querido lector, todo lo que no nos seria fácil describir menudamente sin apurar vuestra paciencia.

Estamos pues tan poco dispuestos á querer seguir en todas las menudencias de su oficio á los señores Clippurse y Hookrem, ó las de sus compañeros encargados de reclamar la rehabilitacion de Eduardo y de su futuro suegro , cuanto que no podemos mas que tocar por encima y con ligereza materias mas interesantes: por ejemplo, las cartas que se dirigieron en esta ocasion sir Everard y el baron , aunque incomparables modelos de elocuencia en su género, deben ser entregadas á inexorable olvido. Ni aun puedo deciros exactamente como fué que la buena de la tia Raquel, no sin recordar con una alusion tierna y delicada el sacrificio que hiciera Rosa de las joyas de su madre para obtener el auxilio de Donald Bean-Lean , guarneció su cofrecito de un adorno de diamantes que pu-

CAPITULO LXX.

195

diera envidiar una duquesa. El lector adivinará también el modo liberal con que fueron consolados en su desgracia Job Houghton y su esposa, aunque no fué posible persuadirles que su hijo había muerto de otra manera que combatiendo al lado del joven *squire*; en términos que Alick, que era amiguísimo de la verdad y había hecho todos los esfuerzos posibles para explicarles lo que ocurriera en realidad, recibió por fin orden de no decir ni una palabra sobre la materia. Verdad es que se desquitó de ello por sus relaciones de grandes batallas, de sangrientos suplicios, de mortandad y de osadas hazañas, que escitaban la admiración y el asombro de los criados del alcázar.

Mas aunque estas importantes materias no ocupen mas lugar en una historia que la relacion de un proceso seguido en una cancillería en los papeles públicos , no obstante, á pesar de todo lo que pudo

apresurarlo Waverley, las lentitudes de la justicia, juntas á las de los viajes en aquella época, hicieron transcurrir mas de dos meses antes que llegase á casa del *laird* para reclamar la mano de su desposada.

Fijóse la celebracion del matrimonio para de allí á seis dias. El baron de Bradwardine , para quien las bodas, los bautismos y los entierros eran dias feriados de la mas alta importancia , quedó algo encogido cuando despues de contar todos los convidados, halló que no eran arriba de treinta personas , comprendidos los miembros de la familia de Duchran y todos los sugetos del vecindario que merecian acudir á la fiessta.

«Cuando yo me casé , decia suspirando, acompañáronme trescientos hidalgos á caballo seguidos de sus criados, sin contar veinte ó cuarenta *lairds* de los Highlanders, que siempre iban á pie.

Con todo, consoló su orgullo la refle-

CAPITULO LXX.

197

xion de que como su yerno y él habían tomado las armas contra el gobierno, pudiera alarmarse este, ó al menos ofenderse, si viera á todos los parientes, amigos y aliados de las dos familias, reunidos y armados con todo el apresto de la guerra, segun la usanza antigua de la Escocia en semejantes ocasiones.

«Por otra parte, añadió con un suspiro, ¡cuantos amigos para quienes fuera tan grato este bello dia, están ya en un mundo mas feliz que aqueste, ó gimen desterrados lejos de su patria !

Celebróse el casamiento en el dia fijado; y el respetable señor Rubrick, pariente del señor de Duchran y capellan del baron de Bradwardine, tuvo la satisfaccion de dar la bendicion nupcial á los esposos. Francisco Stanley, que habia ido espresamente para ello, fué el padrino. El coronel Talbot y su esposa llevaban intento de asistir á la ceremonia; pero la salud de lady Emilia no les permitió

198

WAVERLEY,

hacer el viaje. En despique de esto escribieron á los recién casados rogándoles, como tambien al baron, que no partiesen para el alcázar de Waverley antes de honrarlos deteniéndose algunos dias en una hacienda que acababa de comprar el coronel en Escocia, con ventajoso ajuste, y en la que se proponia residir durante algun tiempo.



CAPITULO LXXI.

Los esposos, y los demas testigos de las bodas viajaron suntuosamente: sir Everard habia regalado á su sobrino un carruaje de seis caballos, cuya modernísima elegancia y magnificencia ofuscaron media Escocia. Iba tambien el carruaje del señor Rubrick: estas dos carrozas iban llenas de señoras, y escoltadas por varios hidalgos á caballo, con sus criados en número de veinte. El baile salió en el camino al encuentro del séquito, sin tener ante sus ojos el miedo del hambre, para pedir que se dignasen pasar por su casa, la pequeña Veolan. El baron parecia no volver de su sorpresa, y respondió que su hijo y él irían positiva-

mente montados hasta la pequeña Veolan á hacer visita al baile; pero que no les era posible conducir en su compañía el *comitatus nuptialis*, esto es, el cortejo nupcial. Añadió que se alegraba, ya que habia vendido la baronía su indigno poseedor, que el nuevo *dominus* ó propietario hubiese restablecido en su lugar á su antiguo amigo Duncan.

El baile saludó agachándose, con todas las monadas que hacia en tales ocasiones, é insistió en su invitacion. El baron, aunque ofendido tal vez de sus porfiadas instancias, conoció que no podia negarse á ellas sin hacer traicion á ciertas sensaciones que procuraba en extremo disimular.

Al acercarse á la avenida cayó en una profunda meditacion; pero se estremeció de repente al ver restablecidas las almenas, quitados los escombros y (lo que le pareció aun mas maravilloso), los dos osos de piedra, objetos de su idolatría, de

CAPITULO LXXI.

201

Faccion en su lugar acostumbrado. «Ves, dijo á Eduardo, que el nuevo poseedor ha manifestado en el poco tiempo que es dueño de aquí mas *gusto*, como dicen los italianos, que adquiriera en toda su vida, *vita adhuc durante*, aunque yo mismo le hubiese educado, ese perro de Malcolm. Mas ahora que hablamos de perros, ¿no son aquellos Ban y Buscar que vienen por la avenida con David Gellatley?

— Me parece que haríamos bien en ir á encontrarle: creo que el dueño actual del alcázar es el coronel Talbot, quien sin duda espera nuestra visita: al principio temimos deciros que habia comprado vuestro antiguo dominio patrimonial; y aun ahora, si no quereis visitarle, iremos directamente á casa del baile.»

El baron necesitó toda la energía de su alma; con todo suspiró y tomó lentamente un polvo. «Vamos, ya que me han conducido tan lejos no pasaré por

delante de la puerta sin ver al nuevo señor de mis antiguos terratenientes, me alegraré de saludarle.

En consecuencia, echó pie á tierra, y todos le imitaron: daba el brazo á su hija, y descendiendo la avenida le hizo observar como la *diva pecunia*, la plata dios de los ingleses, y su divinidad titular, como podia llamarla, habia hecho desaparecer en poco tiempo todas las señales de la devastacion.

Con efecto: no solamente habian quitado los árboles destruidos arrancando hasta sus raices; sino que habian nivelado la tierra á sus alrededores y sembrado césped; tan bien, que á no ser los ojos familiarizados con el lugar nadie diria que habia sido recientemente talado. El exterior de David Gellalley habia sufrido una reforma análoga: parábase á intervalos en la calle de árboles para admirar el nuevo vestido que adornaba su persona, y que tenia los mismos colores que

CAPITULO LXXI.

203

el antiguo, pero de una tela bastante fina para componer al mismo Touchstone (1). Danzó con sus trazas acostumbradas, primero por el baron, y despues por Rosa, pasando sus manos por su vestido y clamando: «Qué bien vas, David, qué bien!» mas pudiendo apenas cantar un refran de sus mil y una canciones, en la estravagante alegría que le quitaba el aliento.

Los perros manifestaban tambien con mil y mil saltos el gozo de volver a ver á su dueño.

— Por mi honor, Rosa, dijo el baron á su hija; el reconocimiento de este pobre inocente y de estos dos animales me arranca lágrimas de placer, mientras que ese miserable Malcolm... Pero estoy muy reconoci-do al coronel Talbot por haber cuida-do tanto de mis perros y del pobre David. Querida Rosa, no debemos

(1) Personaje de Shakespeare.

nosotros permitir que sean mas tiempo una carga vitalicia para su propiedad.

Todavía hablaba, cuando lady Emilia, apoyada en el brazo de su esposo, salió á recibir á sus huéspedes en la segunda puerta con todas las señales de una franca alegría.

Despues de los cumplimientos de costumbre que se terminaron en breve por la facilidad y escelente educacion de lady Talbot, escusóse esta de haber usado de artificio para llamar al baron y á su hija á un lugar que debia representarles algunas penosas memorias.

«Mas como este dominio, dijo , va á mudar de dueño , deseábamos que el señor baron.....

— Llamadme señor Bradwardine, madama, y perdonad, repuso vivamente el anciano.

— Está bien; deseábamos que el señor Bradwardine y el señor Waverley viesen lo que hemos hecho para restablecer la

CAPITULO LXXI.

205

morada de vuestros antepasados en su primitivo estado.»

El baron se inclinó respetuosamente. Con efecto al entrar en el patio, lo halló todo como lo babia dejado cuando tomó las armas algunos meses antes: preciso es con todo esceptuar las cuadras, que habian consumido enteramente las llamas, y en cuyo lugar se veia ahora un edificio mas cómodo y pintoresco. El palomar estaba repoblado; la fuente suministraba agua con su abundancia ordinaria: no solamente habian restablecido el oso que se elevaba encima del pilon, sino que tambien habian reemplazado en su pedestal todos los demas osos , renovándolos ó repasándolos, como si nunca los hubiesen tocado. Por el cuidado acordado á estas cosas accesorias imaginará acertadamente el lector, que el interior de la casa habia sido igualmente restaurado asi como tambien la azotea y los jardines, donde todo habia tomado otra

vez su primitivo aspecto. El baron miraba con muda sorpresa: en fin se dirigió al coronel Talbot en estos términos:

«Al mismo tiempo que reconozco la obligacion que os debo, caballero, por haber restaurado los emblemas de mi familia, no puedo menos de admirarme de que no hayais puesto en parte alguna vuestras propias armas, es decir, un mastin, según creo, llamado comunmente un *talbot*. El poeta lo dice:

A talbot Strong a Sturdy tike (1).

Tal es al menos la cimera de las armas de los condes de Shrewsbuay, con quienes sin duda está aliada vuestra familia.

— Creo, dijo el coronel, que nuestros perros son de la misma línea: en cuanto á mí, aunque pudiera disputarse la pre-

(1) Un fiero talbot, — un perro de raza.

CAPITULO LXXI.

207

ferencia de los escudos de armas, no lo haria, y como dice el proverbio : *Buen perro, buen oso!*

El baron haciendo esta arenga, durante la cual habia apurado un segundo polvo, entró en la casa con Rosa, lady Emilia, el jóven Stanley y el baile. Waverley se habia detenido en la azotea con el resto de la compañía para admirar un nuevo invernadero adornado de raras plantas. El baron volvió á su materia favorita: «Sin duda por antojo, coronel, habeis preferido las armas de otra familia á las de la vuestra: conocí á muchos de vuestros compatriotas, hombres de honor y de noble cuna, que hacian otro tanto; no obstante debo recordaros, que vuestro escudo es antiquísimo, tanto como el de mi jóven amigo Francisco Stanley, que lleva una águila y un niño !....

— La *ave y el angelote*, como le llaman en Derbyshire , dijo Stanley.

— Sois un mal bufon, señor mio, re-

puso el baron , que se habia hecho muy amigo de aquel jóven, sin duda porque le gustaba contradecirle. Sois un mal bufon, y será menester que os corrija un dia de estos (y hablando así le enseñaba ti puño cerrado). Queria decir, coronel Talbot, que vuestra raza es una noble *prosapia* ú origen; y ya que habeis adquirido justa y legalmente para vos y los vuestros este dominio, perdido para mí y los mios, deseo que le disfruteis tantos años como los abuelos de su último propietario.

— Vaya un deseo generoso, señor Bradwardine.

— Con todo, coronel, no puedo menos de manifestar cuanto me admira que vos que teneis tanto *amore patrio*, amor á vuestro país (de lo que quedé bien convencido cuando tuve el honor de veros en Edimburgo), os hayáis decidido á trasplantar vuestros lares ó dioses domésticos *procul á patriae finibus*, tan lejos

CAPITULO LXXI.

209

de vuestro suelo natal y a espatriaros en cierto modo!

— Oh! ahora bien, mi querido baron, no sé porqué, pues no quiero guardar el secreto de estos dos jóvenes orates, Stanley, Wavcrley, y de mi esposa, que no es mas avisada, ha de imponer un viejo militar á otro. Habeis pues de saber que de tal modo conservo el amor á mi pais que la suma que he adelantado al vendedor de esta bella y vasta baronía no ha servido mas que para hacerme adquirir una pequeña propiedad del condado de.... llamado Brerewood Lodge, la cual no tiene sino unas doscientas y cincuenta aranzadas¹⁴ de tierra; pero cuyo principal mérito consiste en estar situada algunas millas de Waverley-Honour.

— Mas en nombre del cielo, quien ha comprado la baronía ?

— Esa esplicacion, dijo el coronel, atañe á la profesion del señor baile.»

Durante esta conversacion, sosteníase

TOMO VI.

14

¹⁴ Cfr. DEF y WAV: "acres". La traducción española, desde una perspectiva domesticadora, se decanta por una unidad de media propia de la cultura meta, aunque no equivalente a 'acre' en cuanto a cantidad.

el baile sobre un pie y despues sobre el otro, con todas las señales de la impaciencia, y semejante, como él mismo dijo despues, á una gallina puesta viva en el asador cuando la sacan del fuego. Adelantóse en fin con una risotada que hubiera podido comparar él así mismo al cloqueo de la dicha gallina, en el triunfo de su postura. «Vedme aquí , vedme aquí dispuesto á dar la esplicacion á vuestra señoría, dijo sacando de su faltriquera un legajo de papeles cuyo sello quitó temblándole la mano, de prisa. Ved aquí un testimonio en debida y legal forma firmado por Malcolm Bradwardine, en el que *resulta* que por la suma efectiva de... libras esterlinas que ha recibido, enagena, cede y vende las tierras de la baronía Bradwardine, Tully-Veolan, con la torre , el casar , y...

— Por amor del cielo pasad adelante, pues sé todo eso de coro, le dijo el coronel.

CAPITULO LXXI.

211

—A Cosme Comyne Bradwardine esg. prosiguió el baile, á él á sus herederos y demas que tengan derecho, para que la posea *a me vel de me* (1)¹⁵.

—Os ruego, señor baile, que leais un poco mas de prisa.

—Coronel, por mi conciencia de hombre de bien, que no puedo leer mas aprisa, bajo espresa reserva.

—En verdad, mi querido Machweeble, que eso es tan largo como un invierno de Rusia: dejadme acabar. En una palabra señor Bradwardine sois de nuevo propietario de todos los bienes de vuestra familia, propietario con todos vuestros derechos, y no están gravados mas que con la suma que ha recibido el vendedor, y que me aseguran es inferior á su valor.

—Nada de eso, nada de eso, y no desplazca á vuestras señorías exclamó el baile

(1) El, ó los que hereden de él.

¹⁵ Cuando actúa en su papel oficial de administrador del barón de Bradwardine, Macwheeble emplea un lenguaje burocrático con frases en latín, frecuentes muletillas, términos legales en inglés y otros referentes a la legislación escocesa. OLI, a partir de DEF, reproduce en español el registro burocrático y legal del administrador y repite los segmentos en latín, pocas veces acompañados de una nota a pie de página con su traducción (como en el ejemplo en cuestión).

frotándose las manos, mirad el libro de las rentas anuales.

—La cual suma, añadió el coronel, como proviene del dinero del señor Waverley sobre todo de la venta que me ha hecho de la propiedad de su padre, queda asegurada á vuestra hija y á su familia por contrato de matrimonio.

— Es una donacion con garantía esclamó el baile, hecha á Rosa Comyne Bradwardine, alias Waverley, durante su vida, y á los hijos del dicho matrimonio; y yo he estendido la corta minuta de un contrato antes de matrimonio *intuitu matrimonii* de suerte que no puede sujetarle á reduccion como una donacion entre marido y muger *inter virum et uxorem*.»

Seria difícilísimo decidir si el digno baron quedó mas satisfecho de esta restitucion de su dominio patrimonial, que de la delicada atencion que habian tenido dejándole dueño de disponer de él á su muerte evitando hasta la apariencia de

CAPITULO LXXI.

213

atarle á una obligacion pecuniaria. Despues que se calmaron algun tanto las primeras emociones de su gozo, pensó en aquel indigno pariente, el que, decia, semejante á Esaul, habia vendido sus derechos por una sopa de lentejas.

« Mas quien ha preparado esa sopa para el? exclamó el baile, me alegrara de saberlo; quien sino Duncan Macwheeble el humildísimo servidor de vuestra señoría? Su señoría el jóven señor Waverley lo puso todo entre mis manos desde el principio. Desde la primera estacion puedo decir que los enredé; he jugado con ellos el espectro tras los matorrales, los he acariciado; y sino he sacado mi partido díganlo los mismos Inchgrabbit y James Howie que es un procurador. No quise ir á buscarlos directamente con el jóven desposado para arreglar la cosa, no, no: híceles miedo ponderando la ruindad de nuestros terratenientes, y diciéndole que los Mac-Ivors no están to-

davia tranquilos, en términos que no se atrevían á pasar el umbral de su puerta despues de ponerse el sol , por temor de que John Heather-Blutret, ó algun otro bribon semejante, no les hiciera sentir el peso de su brazo. Por otro lado, les he remachado las instancias del coronel Talbot. Venderian muy cara la baronía al amigo del duque? no sabian acaso quien era el dueño? no habian visto lo bastante con el triste ejemplo de mas de un pobre diablo estraviado?

— Por ejemplo el señor Macwheeble, que fué á Derby, le dijo pasito el coronel.

— Chiton, coronel, por el amor de Dios dejad eso á un lado; muchos hombres de bien fueron á Derby; y añadió Macwheeble mirando al baron, que parecia meditar profundamente, no debemos nombrar la sogá en...»

El baron salió de su meditacion con sobresalto, cogió á Macwheeble de los botones de su vestido y le condujo al alféizar

CAPITULO LXXI.

215

de una ventana, desde donde solo llegaron á los oídos de las personas presentes algunos fragmentos de su conversacion. Trataban ciertamente de pergaminos y de papel sellado, porque aunque fuese su señor quien habia entablado la materia, como este era otra vez propietario, ninguna cosa podia absorber tanto como aquella la atencion del baile.

«Comprendo muy bien á vuestra señoría, y se puede hacer esto tan fácilmente como un testimonio por ausencia.

—A ella y á él, despues de mi muerte, y á sus herederos varones, pero con preferencia á su segundo hijo, si Dios les concede dos, quien llevará el nombre y las armas de Bradwardine-Bradwardine, sin otro nombre y sin otro escudo.

— Muy bien, señor; haré esta mañana un corto *memorandum*, no costará mas que un acto de abolicion, *in favorem*, y yo le buscaré para el término inmediato en el tribunal del fisco.»

Acabada esta conversacion particular llamaron al baron para que recibiese en Tully-Veolan otros huéspedes nuevos, eran estos el mayor Melville de Cairnwreckan y el reverendo señor Morton, seguidos de dos ó tres conocidos mas del baron, que habian sabido como le habian reintegrado el dominio de sus padres.

Oyéronse tambien en el patio los alegres gritos de los labradores; el señor Saunderson, que guardaba el secreto ya muchos dias con laudable discrecion, habia soltado completamente la lengua al ver llegar los carruajes.

Empero mientras Eduardo recibia con política al mayor, y manifestaba el mas tierno afecto al señor Morton: su suegro parecia algun tanto incomodado, no sabiendo como llenaria los deberes de la hospitalidad con sus huéspedes, ni como animaria el gozo de sus terratenientes. Apresuróse lady Emilia á sacarle del apuro diciéndole que aunque se consideraba

CAPITULO LXXI.

217

lejos de poder hacer las veces de mistress Eduardo Waverley, en muchos casos, esperaba que el baron aprobaria los preparativos que habia hecho esperando tan crecido número de huéspedes, y que por lo menos tendrian una comida que no seria enteramente indigna de la antigua hospitalidad deTully-Veolan. Es imposible describir el placer que esta seguridad causo al baron: ofreció el brazo á la amable lady con cierto aire de galantería que parecia á un tiempo el de un *laird* escocés y de un oficial francés para conducirla al comedor, hácia donde precedió á todos los demas caminando como si fuese á bailar un minuete.

Gracias á las instrucciones y al celo de Saunderson, estaba todo arreglado en aquella pieza, así como tambien en las otras, de modo que parecia no habia habido en ellas mudanza alguna. Si se habian visto obligados á reemplazar algunos muebles, habian cuidado de darles

cierta semejanza con los antiguos; no obstante el baron observó uno nuevo, que le hizo salir las lágrimas de los ojos: era un cuadro grande representando á Fergus Mac Ivor, y á Waverley vestidos de highlanders; el lugar de la escena era un salvaje desfiladero de las montañas; y en él se veia tambien descender la tribu de los Mac-Ivors: este cuadro estaba sacado del esquicio que trazara en Edimburgo un jóven dibujante, y lo habia ejecutado en tamaño mayor un hábil pintor de Lóndres: el mismo Raéburn (1) (cuyos gefes escoceses parecian vivos en el lienzo) no hubiera tratado tan bien el asunto. El carácter ardiente, altivo ó impetuoso del desgraciado gefe de la tribu contrastaba en gran manera con el aire melancólico, entusiasta y meditabundo de su amigo

(1) Pintor distinguido de Edimburgo: Raéburn ha hecho entre otros un hermoso retrato de sir Walter Scott, que decoraba el salón del señor constable.

CAPITULO LXXI.

219

mas feliz. Al lado del cuadro estaban colgadas las armas que llevara Eduardo en la desgraciada guerra civil: este cuadro fué generalmente admirado.

Con todo fué preciso comer, á pesar de las tiernas memorias que escitó aquella obra maestra; y colocándose el baron al extremo inferior de la mesa, quiso que lady Emilia se colocara al superior para dar una leccion á la jóven pareja. Despues de meditar un momento sobre el medio de resolver la cuestion de precedencia entre la iglesia presbiteriana y la iglesia episcopal de Escocia, rogó al señor Morton, como extranjero, que bendijese la mesa, observando que el señor Rubrick, que era *de casa*, daria gracias, tributándolas al cielo por los favores distinguidos que habia recibido.

La comida fué escelente; Saunderson servia vestido de gala con todos los criados subalternos que habia reunido, esceptuando á dos, de los cuales no se habia

oido hablar desde la jornada de Cullo-den. Las bodegas del baron estaban llenas de un vino que fué proclamado como excelente; y el oso de la fuente manó rico ponch con aguardiente durante toda la tarde en beneficio de la clase inferior. Cuando levantaron la mesa, el baron, en el momento de proponer un *toast*¹⁶ dirigió tristemente los ojos á la alacena cargada todavía con la mayor parte de su vajilla de plata, que habian podido salvar del pillaje, ó que habian vuelto á comprar á los soldados los hidalgos de las cercanías, restituido espontáneamente á su dueño.

«En estos tiempos, dijo, pueden reputarse felices los que han conservado su vida y sus bienes: no obstante, al pronunciar el *toast* no puedo menos de lamentarme de que me falte un mueble, lady Emilia; un *poculum potatorium*, coronel Talbot.»

En esto el baron siente que le tocan

¹⁶ OLI, al igual que su traducción francesa intermediaria, opta por la simple repetición del término inglés en cursiva sin ninguna glosa explicativa. Cfr. XER y GUT-LOP: "brindis".

CAPITULO LXXI.

221

el hombre , y ve en manos de su mayor-domo *Alexander ab Alexandro* la famosa copa de saint-Duthac, el oso sagrado de Bradwardine. Dudo que la restitucion de su dominio le hubiese causado tanto gozo! «Por mi honor, dijo, casi estoy por creer en las *brownies* (1) y en las hadas á presencia de todos.

—Celebro, dijo el coronel Talbot, haber tenido la dicha de volveros ese antiguo mueble, dándoos con esto una prueba del tierno interés que tomo en todo lo que concierne a mi jóven amigo Eduardo. Para que no acuseis á mi Emilia de ser mágica, ni á mí de hechicero (lo que seria un malísimo renombre en Escocia), habeis de saber que vuestro amigo Frank Slanley, á quien ha sobrecochado una fiebre del *tartan* desde que Eduar-

(1) La brownie es un trasgo doméstico que cuida particularmente de los muebles de las casas de Escocia.

do le ha contado sus historias de los antiguos usos de Escocia, nos ha hecho la descripción de esta extraordinaria copa, Spontoon, mi criado, que como todos los soldados viejos observa mucho y habla poco, me dijo que creía haber visto la copa descrita por el señor Stanley en manos de mistress Nosebag. Esta mujer, que en otro tiempo había sido esposa de un cambalachero, había hallado ocasión en los últimos disturbios de Escocia de hacer en parte su antiguo comercio, y esto la había hecho depositaria de los objetos mas preciosos que percollaban los soldados. Ya imaginaréis que la copa fué al punto comprada, y me consideraré muy feliz si me es permitido creer que no ha disminuido á vuestros ojos el valor de ese mueble, porque el coronel Talbot haya contribuido á hacéroslo restituir.»

Una lágrima del baron se mezcló con el vino que vertió en la copa para proponer un *toast* de reconocimiento al coro-

CAPITULO LXXI.

223

nel Talbot, y á la constante prosperidad de las casas reunidas de Waverley-Honour y de Bradwardine.

Réstame decir que así como nunca se manifestó deseo mas feliz que este, así tambien no hubo jamás voto mas felizmente cumplido, atendiendo á la inestabilidad de las cosas humanas.



CAPITULO LXXII.

POSDATA QUE DEBIERA HABER SIDO
EL PREFACIO.

AMABLE lector, hemos terminado nuestro viaje: si la paciencia no os ha abandonado nunca en estos volúmenes, me veo obligado á confesar que habeis cumplido vuestros deberes con la mas escrupulosa exactitud. Sin embargo, á ejemplo del conductor que, no contento con que le hayais pagado generosamente, va todavía á importunaros pidiéndoos *para beber*, me atrevo á suplicaros que pongais colmo á vuestra complacencia con un ligero suplemento. Por lo demas, de vos depende cerrar el libro, así como sois dueño de cerrar vuestra puerta.

CAPITULO LXXII.

225

Este capítulo debiera haber servido de prefacio; pero dos razones me han determinado á darle el lugar que ocupa: primeramente, la mayoría de los leyentes de novelas, como mi propia conciencia me lo recuerda, son inclinadísimos al pecado de omision por lo respectivo á prefacios; y en segundo lugar, es una costumbre bastante general en esta clase de lectores el principiar un libro por el ultimo capítulo. Por manera que estas observaciones desterradas á lo último de mi historia, tienen la ventaja de estar colocadas en su lugar.

No hay ninguna nacion en Europa que en el transcurso de medio siglo ó poco mas haya experimentado un cambio mas completo que el reino de Escocia. Se deben contar entre las primeras causas de estas innovaciones los efectos de la insurreccion de 1745, la abolicion del poder patriarcal de los gefes de tribu y de la jurisdiccion feudal de los barones , y

TOMO VI.

15

de la nobleza de los Lowlands; por fin la completa estincion del partido jacobita, que temiendo confundirse con los ingleses ó adoptar sus usos, miró por mucho tiempo como punto de honor el conservar las costumbres y los antiguos estilos escoceses. El progresivo acrecentamiento de las riquezas, y la estension del comercio, han contribuido despues de hacer tan diferentes de sus antepasados á los escoceses de nuestros dias, como difieren los ingleses actuales de los que vivian en tiempo de la reina Isabel.

Los efectos de todas estas mudanzas, por lo que mira á las opiniones y á la economía política, los ha delineado con talento y precision lord Selkirk (1); mas aunque esta importante revolucion se haya hecho de una manera rapidísima no ha podido obrar sino por grados. Los pasa-

(1) Observations on the highlanders and emigration.

CAPITULO LXXII.

227

jeros que se han embarcado en un profundo y apacible rio no pueden percibir la distancia que han andado sino dirigen sus miradas hácia atrás, hácia el punto de donde partieron.

Aquellos contemporáneos nuestros que se acuerdan de los últimos veinte y cinco años del siglo diez y ocho, reconocerán la verdad de esta asercion, sobre todo si han tenido relaciones con algunos miembros de aquellas familias, á las que llamaban en mi infancia *gentes de la antigua raiz*, por causa de su afecto fiel y sin esperanza á la casa de Estuardo. Esta raza ha desaparecido casi de todo punto hoy dia, y con ella muchas preocupaciones, absurdas en verdad, empero al mismo tiempo, no pocos ejemplos de la hospitalidad de la virtud, del honor antiguo de los escoceses, y de un afecto desinteresado á los principios de lealtad que habian recibido de sus padres.

La casualidad ha querido, aunque no

nací entre los highlanders (y esta confusión debe ser parte para que se me perdonen mis faltas en lengua gaélica) que haya yo pasado mi infancia y la mayor parte de mi juventud en medio de personas tales como las de que acabo de hablar. Por conservar la memoria de aquellas costumbres, y de aquellos usos que ví desaparecer para siempre he reproducido en escenas imaginarias, y he atribuido á personajes ficticios, una parte de los acontecimientos que habia oído referir a aquellos que figuraran en ellos como actores. En efecto, los acontecimientos mas romancescos de esta historia se fundan precisamente en hechos reales: los recíprocos servicios de un highlander, y un oficial superior del ejército del rey son literalmente verdaderos: el accidente del tiro del fusil sucedió á una dama de noble nacimiento, que murió poco después, y la que dio la heroica respuesta prestada aquí á Flora. No hay

CAPITULO LXXII.

229

ni uno de los hidalgos que se vieron obligados á esconderse despues de la batalla de Culoden que no pudiera referir aventuras mas estrañas que las de mis héroes: la huida del mismo Cárlos-Eduardo seria el ejemplo mas evidente.

Todo lo concerniente á la batalla de Preston y á la escaramuza de Clifton está tomado de la relacion de un testigo ocular, y rectificado en la *Historia de la rebelion* del respetable autor de Douglás (1). Los hidalgos escoceses de los Lowlands y los personajes subalternos no se presentan aquí como retratos individuales, sino como destinados á representar las costumbres generales de aquella época, de las cuales ví algunos restos en mi juventud, ó bien he recogido de la tradicion.

Mi objeto ha sido pintar aquellos caracteres, no por medio de una exagerada

(1) J. Home.

caricatura del dialecto nacional, sino por medio de sus hábitos, costumbres y sentimientos; de modo que puedan rivalizar de lejos con aquellos admirables retratos irlandeses, que debemos á miss Edgeworth, y que tan diferentes son de los *tiernos amores*, que forman ya mucho tiempo el fondo invariable de todas nuestras novelas y piezas dramáticas.

No obstante, no tengo mucha confianza en la manera con que he desempeñado mi plan; y estaba tan poco satisfecho de mi obra, que le habia dado de mano sin concluirla, y la he vuelto á encontrar por casualidad entre otros papeles sueltos, donde habia permanecido extraviada muchos años. En este intervalo, han aparecido con asuntos semejantes, dos obras escritas por dos célebres damas: hablo de *Glenburnie* de miss Hamilton, y del último *Tratado de las supersticiones de los Highlanders*. Mas *Glenburnie* no da á conocer mas que las costumbres pasto-

CAPITULO LXXII.

231

rales de Escocia, aunque es verdad que las describe con admirable fidelidad; y el libro de la espiritual mistress Grant de Lagan sobre las tradiciones nacionales, en nada se parece á la imaginaria narracion que he compuesto.

Quisiera pues persuadirme que mi obra no carecerá de interés para el lector: los ancianos hallarán en ella algunas escenas de que fueron testigos en su juventud, y la generacion presente podrá formarse una idea de las costumbres de sus abuelos.

Siento con todo, que la tarea de delinear el fugaz cuadro de las costumbres de nuestro pais, no haya ocupado los ocios del único autor escocés capaz de desempeñarla con fruto, de aquel autor tan eminente en nuestra literatura, y cuyos bosquejos del coronel Eaustic y de Umphrville revelan ya muchos rasgos de nuestro carácter nacional (1). Mas pla-

(1) El autor alude á las obras de Enrique Mackenzie.

cer hubiese tenido en leerle , que no sentiré en el orgullo de autor aventajado, suponiendo que las páginas precedentes me procuren esta envidiada gloria.

Habiéndome ya separado del uso, colocando estas reflexiones al fin de la obra que me la ha inspirado, me arriesgaré aun á violar las formas de estilo terminando con esta dedicatoria:

Dedica respetuosamente estos volúmenes á nuestro Adisson escocés, Enrique Mackenzie, un desconocido admirador de su ingenio.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEXTO.

Páginas.

CAP. LIX. Escaramuza	1
CAP. LX. Capítulo de accidentes.....	19
CAP. LXI. Viaje á Londres.....	34
CAP. LXII. ¿Qué hacer ahora?	46
CAP. LXIII. Los estragos de la guerra civil...	67
CAP. LXIV. Mutuas esplicaciones.....	88
CAP. LXV. Nuevas explicaciones.....	100
CAP. LXVI.....	122
CAP. LXVII.....	137
CAP. LXVIII.....	154
CAP. LXIX.....	171
CAP. LXX. Dulce domum.....	187
CAP. LXXI.....	199
CAP. LXXII. Posdata que debiera haber sido el prefacio.....	224

***Coleccion de novelas publicadas en la casa
de OLIVA. BARCELONA.***

Ya se considere la presente Coleccion por lo que respeta al mérito, variedad, instruccion y moralidad de las novelas escogidas, ya relativamente á la finura del papel, limpieza y perfeccion tipográfica y comodidad del tamaño; puede salirse garante de su superioridad sobre todas las demas colecciones de la misma clase dadas á luz en España en tiempos rígidos, en que solo se permitia estrechísimo circulo a la eleccion. Innumerables son los autores románticos, muchos hay entre ellos que con mas ó menos celebridad han tomado la pluma, sea trazando un cuadro histórico del carácter y pasiones propios de otros siglos, sea conmoviendo al corazon con imágenes tiernas y esquisitas, ya tambien presentando ejemplos de saludable moral: de todos ellos hemos entresacado las novelas que han obtenido universal aceptacion y aplauso; y pues no ha habido opo-

sición á nuestros deseos, podemos publicar las mejores obras que componen nuestra Coleccion sin variaciones que las desfiguren, ni mutilaciones y supresiones, que son el mayor defecto que puede caber en cualquier escrito, y particularmente en las novelas.

A la entusiasta sublimidad, al robusto nervio, al ímpetu fogoso y heroico del genio de ARLINCOURT, seguirán las lánguidas dulzuras del Templo de Venus de MONTESQUIEU, la blanda sensibilidad y facundia de M.^a GENLIS y la filosófica inventiva de MONTENGON; y finalmente en esta Coleccion entrará lo mas selecto que se ha escrito en su clase así en España como en el extranjero.

Actualmente han dado principio á la Coleccion que anunciamos, y se hallan impresas las novelas que á continuacion se expresan, á las que seguirán otras muchas. Como tratamos de publicar lo mejor que hay escrito en este género, á juicio y dictamen de personas de ilustracion y criterio, no puede decirse precisamente el número de tomos que compondrá la Coleccion entera.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESTE MISMO TAMAÑO.

NOTA. LOS precios indicados corresponden á Barcelona; en los demas puntos del Reino son condicionales.

La Princesa de Clermont, novela histórica, escrita en francés por la Condesa de Genlis, y traducida al español por D. G. G., segunda edición, adornada con una lámina fina: 1 tomo 16, 8 rs. vn. pasta.

El Templo de Venus en Gnido, por Montesquieu; traducido y en parte imitado por D. J. R. C.: 1 tomo 16, 8 rs. vn. pasta.

Cornelia Bororquia, ó la Victima de la Inquisicion: 1 tomo 16, con una lámina fina, 8 rs. vn. pasta.

La Estranjera, ó la Muger misteriosa, escrita por el Vizconde de Arlincourt, y

traducida nuevamente al castellano: 2 tomos 16, con láminas, 18rs. vn. pasta.

***El Solitario del Monte Salvaje*, por el Vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16 con láminas, 18 rs. vn. pasta.**

***Eusebio , historia sacada de las memorias que dejó él mismo*, por D. Pedro Montengon: 4 tomos 8 marquilla, 60 rs. vn. pasta.**

***La Abadesa, ó procedimientos inquisitoriales*, por W. H. Ireland, traducida del inglés: 2 tomos 16, con láminas, 18 rs. vn. pasta.**

El Hijo del Carnaval, historia notable y sobre todo verídica; por Pigault-Lebrun: 2 tomos 16, con láminas, 18 rs. vn. pasta.

Waverley, o Sesenta años ha; por sir Walter Scott: 6 tomos 16 con láminas, 54 rs. vn. pasta.